

# Esta luz *nunca se* apagará

Entre  
ángeles  
&  
demonios

Myrian González Britos

**Esta luz  
nunca  
se apagará**

«Entre ángeles y demonios»



Myrian González Britos

**© 2020 Myrian González Britos**  
**Todos los derechos reservados**

Queda terminantemente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Primera edición abril 2020

ISBN: 979-8640258745

## Nota de la autora

La Retinosis Pigmentaria llegó a mi vida para enseñarme a ver la vida  
con otros ojos, con los ojos del alma...

## Agradecimientos

*Pero el ángel les dijo: «No tengan miedo.  
Miren que les traigo buenas noticias  
que serán motivo de mucha alegría para todo el pueblo».  
Lucas 2:1*

En primer lugar, a Dios y a mis ángeles. A mi esposo por su amor infinito y su apoyo incondicional. A mi madre, mi lectora número uno y mi mejor amiga en todo el mundo. A mis lectoras y amigas: Patricia Alejandra Celedón, Jessica Sabio, Paloma Samanta Jaen, Eliz Nathalia Martínez González y, ante todo, a mis futuros lectores, cuya existencia hace posible este sueño.

Eternamente grata...

## Dedicatoria

Dedico esta novela a todas aquellas que la leyeron y vivieron en carne propia las emociones de Anna y Marcello. También a todos aquellos que padecen de alguna enfermedad visual incurable. Yo mejor que nadie les comprendo.

Con esta novela curé las heridas de mi alma, aquellas provocadas por la maldad, la envidia, la falta de amor propio, y el exceso de ingenuidad.

Con Anna Bellini comprendí que siempre vale la pena creer en los sueños y en las personas.

El secreto de la felicidad está en vivir cada segundo como si fuera el último.

Tú decidirás si vivirlo con pasión o con temor.

También dedico a una lectora muy especial por su cumpleaños: para ti mi querida Dulce Landa.



## Prólogo

**L**ucifer decidió dar un pequeño paseo por la tierra en busca de diversión. Su tétrica apariencia quedó encubierta por una belleza indescriptible. Altura aventajada, piel bronceada, pelo castaño claro, ojos azules clarísimos y un cuerpo escultural que robaría las almas femeninas sin mucho esfuerzo.

—La belleza es poder ante los ojos mortales —se dijo con expresión ufana.

Optó por unos elegantes pantalones negros ajustados que realzaban sus torneadas piernas, una camisa negra igualmente ceñida y una americana del mismo tono combinados con unos zapatos de cuero también negros y un reloj de la marca Rolex. Elegante, sensual, misterioso y sublime. Así era el amo del infierno.

—Perfecto —se dijo en tono serio—, como mi alma.

Esbozó una sonrisa de lado antes de ponerse unas gafas de sol, justo cuando el Arcángel San Miguel aterrizó delante de él.

—¿Qué pretendes, Lucifer?

El diablo no abandonó su deje.

—Recuperar algunas almas, Miguel.

El arcángel frunció el entrecejo en un gesto de desaprobación. Extendió sus grandes alas blancas en un gesto amenazador. Lucifer metió las manos en los bolsillos con gesto despreocupado.

—El mundo está enfermo, Miguel. Ya no creen en Dios ni en mí —negó con la cabeza—, y eso hiere mucho mi ego.

El arcángel San Gabriel y San Rafael aparecieron tras Miguel mientras los demonios de Lucifer cruzaban la puerta del infierno con pasos firmes.

—El mundo necesita recuperar la fe en mí y tal vez en Dios —apostilló Lucifer—, y solo las grandes tragedias logran tal «milagro» en sus corazones vacíos.

Miguel dio un paso hacia él.

—¡Dejadlos en paz!

El diablo lo miró desafiante.

—Nunca.

Lucifer extendió sus grandes alas negras y se elevó por encima de los arcángeles con cierta prepotencia. Soltó una risotada burlona antes de dirigirse a la tierra con oscuras pretensiones en mente.

—Nosotros sabemos muy bien lo que está buscando —dijo Rafael—, la busca a ella entre los humanos.

Miguel miró con tristeza infinita la tierra.

—Sí, Rafael.

Lucifer sobrevoló varios países, hasta que un enorme impulso de aterrizar en tierras alemanas le indicó dónde estaba lo que buscaba hacía siglos. Miguel extendió sus grandes alas y convocó a todos los ángeles celestiales para la inevitable cruzada con los demonios en la tierra.

—Debemos protegerlos —anunció Gabriel.

—A la humanidad —señaló el arcángel Raguel tras ellos—, él nunca juega limpio.

Miguel asintió.

—Una terrible prueba se acerca a los humanos.

Rafael miró con ojos melancólicos la tierra.

—Una gran batalla contra un enemigo invisible.

—Una de las primeras —apostilló Uriel.

Lucifer aterrizó en un parque repleto de niños. Frunció el entrecejo algo confundido. ¿Por qué su alma lo llevaba a aquel pueril sitio? Una bola aterrizó cerca de sus pies y le robó la atención por completo. Se acuclilló y la cogió.

—¡Es mía! —gritó una niña de pelo rubio y ojos claros.

El señor de las sombras la miró con melosidad.

—Hola, preciosa —saludó el demonio a una niña de tres años.

Antonellaladeó la cabeza antes de regalarle una sonrisa.

—Hola.

La niña lo miró con atención.

—¿Cómo te llamas?

Ella dudó unos segundos, sus padres siempre le decían que no debía hablar con extraños, sin embargo, a pesar de eso, ella le dijo su nombre.

—Antonella.

Él la miró con profundidad.

—Me llamo Lucifer, aunque por aquí me conocerán como Ludwig von Höllemann.

La niña frunció el entrecejo en un gesto de asco.

—Qué nombre más feo —le dijo y él rio de buena gana—, me devuelves la bola —le exigió.

Abrió y cerró la manita en un gesto de impaciencia.

—Eres muy mandona.

Antonella resopló.

—Mi bola...

Lucifer le alargó la bola con una cálida sonrisa en los labios.

—¡Antonella! —gritó Anna al despertarse.

Marcello encendió la luz de la mesilla al oír su grito.

—Tranquila, cielo —le dijo el alemán—, solo fue una pesadilla.

Anna se abrazó a su marido con todas sus fuerzas.

—Él está aquí.

El agente frunció el entrecejo en un gesto de duda.

—¿Quién?

Anna se estremeció como si tuviera mucho frío.

—Lucifer.

Marcello negó con la cabeza, nunca creyó en esos seres.

—Shhh —le ronroneó con dulzura—, aquí estoy.

Anna se quedó profundamente dormida entre sus brazos.

—Cielo, esos seres no existen —musitó antes de apagar la luz.

Cuando cerró los ojos, se encontró en una sangrienta cruzada entre ángeles y demonios en un mundo repleto de dolor y terror.

—¿Qué es esto?

Estaba en medio del bien y el mal. Giró sobre los pies y escrutó horrorizado el lugar. Era Hagen en una visión apocalíptica.



—¿Te gusta esa canción, Marcello? —le preguntó un hombre vestido de negro y envuelto en una bola de fuego de color rojo sangre—. Bienvenido al lado oscuro de tu alma... —la voz ronca y sombría le erizó toda la piel.

Marcello se miró y percibió que estaba completamente desnudo. La canción: *Wish i had an ángel* del grupo Nightwish empezó a sonar a todo volumen. Era la canción que Anna solía escuchar para escribir los últimos días.

—No es real...

Las personas se taponaron las orejas y gritaron de dolor.

—¿Quién eres?!

El hombre aterrizó de golpe en el suelo y lo miró desafiante a través de sus grandes ojos azules. Esbozó una sonrisa ladina a la vez que extendía sus grandes alas negras.

—¿No adivinas, agente Hoffmann?

Tras él empezaron a estallar los coches y los edificios mientras caminaba con total despreocupación entre los muertos y los escombros.

—No puede ser...

Unos truenos feroces irrumpieron el cielo y, segundos después, una lluvia rojiza empezó a caer sobre la ciudad. Era sangre humana. Marcello miró horrorizado su cuerpo manchado de pies a cabeza.

—Dios mío...

Un ángel se interpuso entre él y Lucifer.

—Miguel —le dijo Lucifer con expresión taimada.

El arcángel cogió una espada dorada de la espalda.

—¿Qué quieres?

Lucifer se elevó a unos metros y cogió una espada de color plata con piedras preciosas en la hoja.

—¿No adivinas?

Cuando las espadas entrecocaron con ferocidad en el aire y el pavimento bajo sus pies empezó a hundirse, Marcello se despertó empapado en sudor y con el corazón latiéndole a mil por hora en el pecho.

«Lucifer» susurró con la respiración entrecortada.



## Anna - Más allá de lo visible

**N**unca quisiste volver al pasado? ¿Nunca quisiste volver a ser como eras antes? A veces cerraba los ojos y volvía al pasado, donde podía correr por los valles de mi pueblo sin miedo a tropezarme o mirar el cielo sin temor al dolor. A veces no quería volver por miedo a la realidad, a la empañada y sombría realidad.

—Ángeles, os necesito.

Anoche había soñado con ellos, fue tan real que incluso pude tocarlos. El recuerdo erizó toda mi piel. Ellos siempre estaban cerca cuando los necesitaba.

—Pero el ángel les dijo: «No tengan miedo. Miren que les traigo buenas noticias que serán motivo de mucha alegría para todo el pueblo» —leí el versículo algo ensimismada—. Lucas 2:1... —señalé con un marcador de color.

—¿Mutti? —me dijo de pronto uno de mis hijos—, ¿estás triste? —era Engel.

Observaba la ventana de mi cuarto con atención mientras fuera llovía de manera torrencial. En general, veía todo nublado. En general, mis días siempre estaban nublados.

—Un poco, mi amor.

Él se acercó con su pijama celeste y me miró con atención. A veces me daba la sensación de que mi hijo tenía muchos años más de lo que en realidad tenía.

—Ven con mami.

Se acomodó entre mis piernas. Deslicé la mano por la ventana y traté de mirar el jardín a través del cristal empañado. Nada. No veía nada.

—No estés triste, Mutti —me dijo Engel y posó la manita sobre la mía—, he venido para protegerte.

—Lo sé, mi vida.

Me preguntaba si algún día terminaría viendo así la vida. Borrosa. Confusa. Vacía.

—La Retinosis Pigmentaria cambió mi vida —dije con lágrimas en los ojos—, mi destino, mi alma.

Engel se volvió y se abrazó a mí con fuerza.

—No estés triste, Mutti —repitió.

Podía alegar que era una guerrera, fuerte y decidida, pero me mentiría y no me gustaba mentirme. Si pudiera elegir, hubiera elegido ser normal. Hubiera elegido ver. Hubiera elegido ser libre.

Pero este era mi destino.

Ver la vida a través de un cristal empañado.

—Mi destino.

A veces me preguntaba cómo sería mi vida si Marcello no existiera en ella. Cogí el portarretrato que se encontraba en la cómoda a un lado y escruté con los ojos nublados la foto de mi familia, mi fuente de vida, mi todo.

—Sois mi cura —dije, rota al fin—, sois mi corazón.

—Mutti, te amo.

Me rompí a llorar con toda el alma. Quería tantas cosas, pero algunas eran simplemente imposibles.

—Y yo a ti, mi amor.

La noche pasada, mientras nuestros hijos dormían, Marcello encendió la radio y la canción «*Yo te amo solo a ti*» de Alessandra Amoroso empezó a sonar. Cogió mi mano y me llevó hasta el balcón, donde la bailamos sumidos en nuestro amor, en nuestro eterno amor.

—*Cielo mío —me dijo antes de besarme los labios con dulzura—. Me hubiera gustado llegar antes a tu vida —besó toda mi cara—, y evitarte tantas penas innecesarias...*

*Le envolví el cuello con los brazos y me puse de puntillas para alcanzar su boca.*

—*Llegaste justo a tiempo, Marcello.*

*Me levantó contra su cuerpo y le rodeé la cintura con las piernas.*

—*Te amo tanto, Anna Bellini.*

*Marcello reclinó su cabeza sobre la mía y sonrió.*

—*Te amo tanto, Marcello.*

*Aquella noche, bajo las estrellas más brillantes del cielo, volvíamos a tener diecisiete años.*

*Quedaban los recuerdos.*

*La alegría.*

*Las sonrisas.*

*Las lágrimas.*

*Los abrazos.*

Engel empezó a llorar con toda el alma y su llanto me devolvió al presente de golpe. Me aparté de él y le pedí que no llorara por mi culpa.

—*Me duele, Mutti —me dijo anegado en lágrimas—, el corazón.*

*Le besé toda la carita y sentí en los labios el sabor amargo de su dolor.*

—*No, mi amor —le pedí, llorando—, tú eres mi cura, mi fe, Engel.*

*Alargó la manita y rozó mi cara con suma ternura. En sus ojos vi tristeza, vi angustia y también amor, amor infinito.*

—*Mutti...*

*Cogí mi móvil y busqué nuestra canción, la que solía escuchar cuando lo esperaba a él e Ian.*

—*¿Te gusta?*

*Los Bee Gees asaltaron la habitación con su vieja canción: (Our Love) Don't Throw It All Away.*

—*Sí, Mutti.*

*Me levanté con él en brazos y empecé a mecarme.*

—*Algún día le dedicarás esta canción a alguien —le dije y él parpadeó dejando caer sus lagrimitas por su sonrojada piel—, ¿a Victoria quizá?*

*Él sonrió y le mordí el hoyuelo de la barbilla con afecto.*

—*No me hagas abuela antes de mis cincuenta años ¿eh? —bromeé antes de romperme a llorar—, espero poder verlos aún.*

*Engel lloró.*

—*Perdóname por no ser tan fuerte, mi amor.*

*Recostó su cabecita en mi hombro sin dejar de llorar.*

—*Te amo tanto, hijo.*

*La puerta se abrió y giré el rostro tras estrechar a mi hijo con afecto. Marcello entró y me miró con profundo dolor. Había días en que la tristeza simplemente comandaba mi alma y lo único que me restaba hacer era llorar.*

—*Cielo —vocalizó con los ojos nublados.*

Se acercó y me miró con infinita ternura.

—Te amo, Anna.

Me secó las lágrimas con los pulgares.

—Y yo a ti —le dije, apenada.

La Retinosis Pigmentaria podía ofuscar la visión, pero nunca al amor y la fe.

—Lo llevaré a la habitación —anunció y cogió a Engel.

Cuando volvió, me alargó la mano y me sonrió con dulzura. La cogí tras sorberme por la nariz. Puso la radio y la canción «No angel» de Birdy relleno la habitación.

—No estés triste, cielo —me pidió a la vez que me rodeaba la cintura con sus brazos en nuestro pequeño balcón.

Envolví su cuello con los míos y me perdí en sus maravillosos ojos azules. Marcello continuaba siendo el hombre más atractivo del mundo. Y el hecho de poder verlo alegraba mi corazón y calmaba mi alma. Tenía tanto miedo de que mis ojos se apagaran para siempre. Tenía miedo de olvidar su rostro y los de nuestros hijos. No quería vivir en la oscuridad, en el olvido.

—Quería decirte que pronto estaré bien —le dije, llorando—, pero tengo tanto miedo, Marcello.

Sus lágrimas, cristalinas y brillantes bajo el efecto de la luz de la farola del jardín, rodaron por su rostro casi al mismo compás que las mías en el mío.

—Esta luz nunca se apagará —me dijo tras besarme los ojos con ternura infinita—, nunca, Anna.

Su boca posó sobre la mía y por unos instantes, cerré los ojos y comprendí que incluso en la oscuridad más profunda, se podía ver con los ojos del alma.

«Anna, no temas» resonó una misteriosa voz en mi cabeza.

—Son ellos —susurré.



## Marcello - Señor y señora Hoffmann

**T**odos hablaban del magnate Ludwig von Höllemann en los medios de comunicación de mi país. «El diablo» como lo apodaban en el mundo empresarial. Incluso la insignia oficial de su empresa era la imagen de un demonio en un trono.

—Macabro —bisbiseé.

Por coincidencia, el conde Monteschimi nos encargó vigilarlo, ya que, según sus fuentes, era amigo de Zeus, nuestro peor enemigo.

—Llevamos años buscándolo —me dijo Erich, desanimado—, a veces me pregunto si existe.

—Es como el diablo —le dije y el corazón me latió con mucha fuerza en el pecho—, no lo vemos, pero está ahí.

Muchas personas murieron por culpa de Zeus, el mafioso sin rostro y sin alma. Bebí un sorbo de agua mientras evocaba mis últimas pesadillas que envolvían a los ángeles y demonios. No siempre eran muy nítidas, a veces eran solo retazos de imágenes sin sentido. Tragué con fuerza.

Visualicé el reloj de pulsera.

—Debo irme, mi vuelo sale en tres horas. *Bis bald!*<sup>[1]</sup>

—Buen viaje —me desearon.

Anna tenía un deseo hacía tiempo y decidí darle una sorpresa en Bagni di Lucca, donde pasábamos las vacaciones de verano. Al ver el caballo blanco soltó un grito y saltó de alegría. La cogí en brazos y la besé con mucha pasión.

—Eres único, Marcello —me dijo con la voz temblorosa—, haces tanto por mí...

La miré con ojos soñadores, con los ojos del Marcello del pasado, el chico herido y duro que ella curó con su llegada.

—Por amor, Anna Bellini —le besé los labios—, por amor soy capaz de todo, cielo.

La acomodé sobre el animal y luego lo monté yo. Anna estaba delante de mí, con la cabeza recostada en mi pecho y las manos sobre la cabeza del caballo.

—Siempre quisimos dar un paseo romántico por nuestro pueblo, cielo.

Ella asintió sin emitir una sola palabra. Estaba llorando, la conocía tan bien a mi Hormiguita. Dimos un largo paseo por el valle, a orillas de las colinas mientras le canturreaba la canción: *Per amore* de Zizi Possi.

—Es perfecto, Marcello...

Nos detuvimos en un viejo puente medieval y escrutamos embelesados el atardecer.

—Lo es —le dije cerca de la oreja—, nuestro amor es perfecto, Anna Bellini.

Giró el rostro y esbozó una dulce sonrisa que pellizcó mi corazón. Ahuequé su rostro entre las manos y capturé sus labios en un profundo beso de amor.

—Te amo, Anna.

En aquel lugar mágico siempre volvíamos a tener solo diecisiete años. El mejor año de nuestras vidas, el año que nos conocimos.

—Te amo, Marcello.

Nos metimos en nuestra casa sumidos en besos y caricias, horas después. Subimos al cuarto riéndonos por lo bajo. Abrí la puerta y la cerré con sumo cuidado para no hacer ningún ruido. Me

acerqué tras desabrocharme los botones de la camisa. Anna besó mis pechos con los ojos entrecerrados, erizándome toda la piel. Solté un gemido de placer cuando succionó mis pezones. Anna se puso seria de un momento a otro.

—¿Qué pasa, cielo?

Parecía incómoda.

—¿Me deseas, Marcello?

Pensé que mis besos, mis caricias y mi «entusiasmo» eran pruebas suficientes, pero no, mi Hormiguita necesitaba una demostración más gráfica.

—Te amo, cielo —le bajé un tirante—, con locura, mi amor.

Puso cara de niña asustada.

—¿Cada gramo de más, cada lunar fuera de lugar, cada estría odiosa, cada celulitis detestable o centímetro extra?

Enarqué ambas cejas en un gesto de sorpresa. Le bajé el otro tirante y deslicé el vestido hasta dejarla completamente desnuda ante mis ojos. Anna trató de taparse con los brazos sus hermosos senos. Los aparté con suavidad.

—Amo cada gramo, cada lunar, cada estría, cada celulitis y cada centímetro de tu hermoso cuerpo, Anna Bellini.

Parpadeó emocionada.

—Estoy loco por ti —le besé la frente—, no podría vivir sin ti —le besé los ojos—, eres mi todo —besé la punta de su pequeña nariz—, eres mi mundo entero, cielo —le besé con mucha pasión.

La llevé a la cama y la recosté con delicadeza como si fuera nuestra primera vez. Me gustaba seducirla, coquetear con ella y explorar cada centímetro de su cuerpo.

—¿No sientes atracción por aquellas bellas mujeres que vimos el otro día en la fiesta de la Bermer? —su voz estaba teñida de tristeza—, eran tan altas, tan delgadas y tan hermosas...

Me acomodé entre sus piernas tras quitarme las ropas.

—¿De qué estás hablando, Willis? —me mofé antes de enterrar mi lengua en su boca—. Para mí la mujer perfecta eres tú, cielo —la penetré lentamente—. Te amo, Anna Bellini —mordisqueé su labio inferior con ternura—, nací amándote —jadeé al tiempo que me movía.

Anna me arañó la espalda y me robó un gemido.

—Con locura y desesperación, cielo.

Estábamos tan excitados que llegamos al clímax en pocos minutos.

—Te amo, Marcello —gimió sobre mis labios—. Con toda el alma.

Nos metimos bajo el edredón dispuestos a seguir amándonos, pero nos detuvimos en seco cuando escuchamos a nuestros pollitos. ¡No habíamos trancado la puerta!

—Papi, Mutti —dijeron a coro.

¿Eran las siete? Anna se desesperó, ya que estábamos desnudos. Le di mi camiseta y la puso con un hábil movimiento. Bajamos el edredón a la altura de nuestros pechos y los miramos con cara de yo no fui.

—¿Mamá tuvo calambres? —demandó Antonella, tras bostezar.

Verlos con sus pijamas y con sus pelos alborotados me daban unas tremendas ganas de comerlos a besos.

—Sí —dijimos monocorde, sin abandonar nuestras caras de reos culpables ante el tribunal.

Nuestros pollitos preguntaron si podían dormir con nosotros. Abrumado, busqué a tientas mi pantalón de dormir y me lo puse con presteza mientras Anna se ponía mi ropa íntima.

—¡Sí!

Ellos saltaron a la cama chillando de alegría y se acomodaron entre nosotros. Los miré embobado antes de cubrirlos con el edredón.

—Te amo —le dije a mi esposa, que me miraba con expresión de gatito moribundo al otro lado de la cama—. Os amo tanto.

Sus ojos se nublaron.

—Te amo —resopló y miró a nuestros pitufos—. Os amo tanto.

La vida era un cuento de hadas al lado de mi esposa y mis hijos. Sin ellos la vida no tendría sentido para mí.

## Anna - Mis ángeles

Engel me regaló una pluma blanca preciosa que había encontrado en el jardín. Me dijo que los ángeles me la enviaban. Me acuclillé frente a él y lo miré con amor infinito tras arreglarle el mechón que solía caerse en su frente. Me sonrió con la mirada. Era tan hermoso mi hijo que no parecía de este mundo. Sus grandes ojos azules, su pequeña nariz, su boquita carnosa y roja como la fresa, su piel extremadamente blanca y su pelo negro le daban un aire misterioso y angelical. Eso sin mencionar su súper inteligencia. A los dos años ya sabía todo el alfabeto alemán e italiano. Sus profesores me aconsejaron a llevarlo en alguna escuela especial para niños súper dotados, pero aún no habíamos decidido nada con Marcello. Era mi Sheldon Cooper, aunque más callado y enigmático que él. Ian empezó a mostrar su súper inteligencia a los cuatro años, cuando decidió que no podía vivir sin su gemelo, palabras tuyas, no mías.

—Te quiero, Mutti —me dijo—, no estés triste, yo te cuidaré y no te tropezarás.

Lo estreché con fuerza.

—Lo sé, cielo.

Ian y Matt discutían por algo mientras Abril y Antonella ponían leña al fuego. ¡Eran tan Paula! Engel rodeó mi cuello con sus bracitos y me dijo algo en un idioma que no comprendía. ¿Era mandarín o coreano? Me aparté de él y lo miré con atención. Él deslizó el dedo índice por mi nariz, aquel gesto me transportó al pasado junto a su padre, mi primer y único amor.

—¡Hola! —saludaron nuestros nuevos vecinos—, traje chipa recién horneada —anunció Aramí—. ¡Y mate dulce!

Llevaban en el vecindario solo dos meses. Thomas y Stefan abrieron una sucursal de la empresa de su padre en Hagen y, por ende, decidieron vivir aquí. Era más tranquilo que Wuppertal para los niños. Su segunda hija dormía en su cochecito plácidamente.

—Yeruti está durmiendo —me dijo Aramí—, es tan buenita.

Alexis entró tras ella con su otra hija, Victoria de cinco años. Mis hijos corrieron para saludarlo, adoraban al tío Alexis y sus golosinas. Victoria bajó de los brazos de Alexis y corrió hacia Engel. Mi hijo se ruborizó como una grana cuando ella le plantó un beso en la mejilla. Luego la cogió de la mano y la llevó hasta sus juguetes. Era raro, porque él nunca compartía sus cosas con nadie.

—Dios mío —dijo Alexis con su peculiar voz de libélula alocada—, ¡takuchila desde niña!

Aramí le dio un golpecito en el brazo y le robó un gemido de dolor muy teatral. Al cabo de unos minutos, llegó Paula con su hijo Giulio y Gigo.

—Hoolaaa —saludaron.

—Prepararé café —anuncié entre risitas.

Me volví hacia mis hijos y los miré con amor infinito mientras mis amigos se ponían al día. Boquiabierta, posé mis ojos en Engel y Victoria. Él le arregló con mucha delicadeza el pelo y ella sonrió con ternura. Ian se acercó y le dijo algo. Engel se levantó y ayudó a Victoria para que se levantara. La cogió de la mano y la llevó al patio. Cogí mi móvil y les tomé una foto para la posteridad. Esbocé una sonrisa ante la tierna imagen que veían mis ojos.





Valentina llegó con Walter y un bolso rojo con un rostro de un vikingo de tamaño considerable. Era el bolso de su hijo, nos aclaró. Puso al pequeño vikinguito en el suelo mientras Paula colocaba el DVD de la película «Creed» para torturarnos, perdón, para verla aquella tarde.

—Mi Rocky sigue sorprendiéndome —dijo, cantarina.

—Algunas cosas nunca cambiarán —musité, sonriendo.

Gigo y Alexis piropeaban al hijo de Apollo Creed mientras devoraban sus palomitas azucaradas. Los niños dormían plácidamente en la habitación de entretenimiento, como la llamaba Marcello.

—¡Mi amor! —gritó una vez más mi prima al ver a Rocky.

¡Vaya! Tenía la cara muy rara. Las cirugías que se había hecho estos últimos años le dejaron algo deforme el rostro, pero guardé mi opinión bajo mis rollitos. ¡Ni loca le diría algo así a Paula! Para eso estaba Valentina.

—Se ve raro —dijo ella y sonreí—, le parece a Calamardo de Bob Esponja.

Valentina era la voz de mi consciencia. Paula la miró con severidad, pero respetó su opinión, por unos segundos.

—Es hermoso con o sin cirugías, Pulgarcito.

Valentina achicó los ojos y frunció los labios.

—*Na klar.* <sup>[2]</sup>

Valentina nos contó que en la tienda la miraron raro cuando les habló en alemán. Sarah quería saber qué dijo y cuando ella repitió la frase, todos nos echamos a reír.

—¡Le dijiste prostituta del diablo!

Mi alemán no era perfecto, pero la primera palabra la conocía muy bien. La usé cuando insulté a una agente el año pasado.

«Schlampe des Teufels».

—El traductor ruso me odia —dijo Valentina—, anoche le dije a Jonás algo en alemán y me dice: ¿estás segura, mi amor? Le pregunté qué le dije exactamente y me contesta: Méteme en el culo tu enorme y deforme zanahoria.

Nos echamos a reír como locas.

—¡Su zanahoria es enorme, pero nada deforme! —nos aclaró—. Y la primera vez que lo hicimos por la puerta trasera me hizo cantar el himno nacional de España en alemán.

Nos reímos a toda potencia, en especial al ver su mueca.

—Yo le lamería el culo a Sylvester —soltó mi prima y un gemido de asco se me escapó—, ¿nunca lamieron el de vuestros maridos? —alzó y bajó las cejas de un modo muy cómico—, con un poco de lubricante sabor fresa o banana —se puso pensativa—, o de chocolate. ¡Nico ama cuando lo hago!

Era demasiada información para mi pobre cerebro, aunque, cuando Marcello me lo hizo cierta vez, no reclamé, precisamente. Aramí y Alejandra la miraron con estupor. Alexis y Gigo con devoción y Sarah con admiración.

—Yo a mi marido le hice muchas cosas —dijo mi cuñada—, somos muy creativos en la intimidad.

En mi mundo eso significaba que eran muy perversos. En el de Paula lo más normal. En el de Valentina una posibilidad.

—No hay agujeros que mi rubio no haya explorado con su lengua, sus dedos y su enorme... —se detuvo—, ya sabéis.

—¿Zanahoria? —repuso Valentina y todos nos reímos— *Karotte*.

Gigo, Paula y yo nos miramos con complicidad. Años atrás vimos el vídeo de Erich y la agente. Y sí, la tenía bastante vistosa. Hecho que llevó a mi prima a querer estar con él, aunque solo una noche. Detalle que, por fortuna, no mencionó. A veces, muy raras veces, Paula era discreta.

—Peter es súper amoroso en la intimidad —comentó Alejandra—, pero en medio de la acción se pone súper salvaje —lanzó un tipo de gruñido—, ¡me encanta cuando aprieta mis nalgas y bombea como un animal dentro de mí!

Un «Ohhh» se escapó de todas, menos de Aramí, que no podía dar crédito a lo que acababa de decir su hermana mayor. Gigo y Alexis se lanzaron al sofá y simularon desmayarse ante la información.

—¿Thomas no?

Todas posamos nuestros ojos en Aramí, que estaba roja como un tomate. Dentro de poco estaría acostumbrada a nuestras charlas indecentes al estilo de la serie «Sexo en la ciudad». Solo era cuestión de tiempo.

—No me puedo quejar —dijo y nos echamos a reír—. Aunque es fanático de la lluvia. Siempre que llueve, lo hacemos bajo ella y de manera muy, pero muy salvaje.

¿Qué os decía? Ya se estaba adaptando.

—*Takuchila* —le dijo Alejandra.

Desvergonzada en guaraní sonaba tan chistoso.

—¿Y tú Anna? —me preguntó Gigo—, ¿no hablarás de tu sexy marido?

Le di un golpecito en el brazo.

—Marcello es un dios en la cama —solté y todas soltaron un gemido de asombro—, el otro día le dije que nunca había probado otro pene ¿y qué hizo él?

—¿Contrató a un gigoló? —lanzó Sarah con sorna—, por Dios, ¡es mi hermano!, preferiría cortarse el pene antes de hacer semejante locura.

Le lancé un pequeño peluche.

—No, pero compró un muñeco inflable con un pene enorme —les dije, riendo—, no me animé y le dije a Marcello que podría embarazarme de él y traer de vuelta a Chucky —se echaron a reír—, así que lo regalamos a Gigo.

Gigo soltó un gemido de placer.

—Marcello es sensacional, Anna —me dijo él—, el muñeco —me aclaró.

Le lancé un cojín y él chilló como una cría. Paula apagó la televisión cuando la película terminó y tomamos el mate dulce con algunas chipas.

—El fin de semana pasado, mi delicioso marido, perdió una apuesta.

La miré con socarronería.

—¿Seguís apostando?

Paula me miró como si acabara de darle una bofetada.

—¡Claro! El día que dejemos nuestras apuestas será porque algo anda mal o decidí huir con Sylvester Stallone.

Nos echamos a reír. ¡Eso no era amor, sino obsesión!

—Y esta vez, él tenía que montar una cama de IKEA, ¿sabéis lo que eso significa para un riquillo como él que nunca hizo nada similar?

Paula conectó su móvil por la televisión y Nico apareció en la pantalla empapado en sudor. Paula le grababa mientras trataba de montar una simple cama matrimonial.

—Cielo, deja de grabar mi trasero —le dijo Nico—, y no subas este vídeo a YouTube —puso cara de circunstancia—, que te conozco muy bien, Paula Ricci.

Paula apareció en la pantalla e hizo una mueca de asombro.

—¡Ni loca subiría este vídeo! —protestó ella—, ya te persiguen sin la necesidad de verte empapado en sudor —su voz se enronqueció—, y semidesnudo.

Nico se volvió y miró con cara de póker la cámara.

—El mes pasado subiste el vídeo donde jugábamos a la famosa escena de Psicosis.

Paula negó con la cámara.

—No es cierto.

—Ajá, Paula.

Ellos tenían sus excentricidades, claro estaba. Aún recuerdo el día que Nico se vistió de pene y ella de vagina para una fiesta de disfraces, donde todos los confundieron con unos panes: el señor baguette y la señora boule. Nunca pensé reírme tanto. ¡Estaban chalados!

—Fue Gigo, Nico.

Nico ladeó la cabeza mientras intentaba adivinar para qué servían aquellos tornillos que habían sobrado. Algo andaba mal o eran tornillos de reserva, según él.

—¿Y cómo ese vídeo llegó a él?

Nico se secó la frente perlada con una toalla tras beber un sorbo de agua de una botella de cristal azul. ¡Era tan petulante! Según Paula, aquellas aguas costaban más que una cerveza negra alemana de marca. Ella, muchas veces, las recargaba con agua de grifo y nadie protestaba el sabor. ¡Esa era mi prima!

—Un misterio más para la humanidad, mi amor.

Paula nos contó que tras montar la cama se la montaron en la cama.

—Y la muy desgraciada se partió en plena acción —nos dijo, riéndose a carcajadas—, pero al menos fue tras el clímax.

Aramí y Alejandra le pidieron para ver el vídeo que hicieron en Filadelfia, en la famosa escalera que subió Rocky Balboa en la película.

—¡Dios! —gritó Paula, emocionada—, ¡el día que besé a Sylvester!

Mi prima siempre se emocionaba al verlo, porque aquel día, ella y Nico decidieron dejar atrás todas sus heridas emocionales. Fue el mayor triunfo de ambos. La canción: *Going the distance* de Bill Conti empezó a sonar mientras Paula y Nico corrían lado a lado con una ropa muy parecida a la que usó Rocky en su tiempo. Tenía sus ventajas ser ricos, ya que contrataron un gran equipo para grabar aquel momento.

—Ay, Hormiguita —me dijo Paula, y me abrazó—, no llores... —me pidió, llorando.

Me rompí a llorar con Gigo, para ambos aquel vídeo era la representación de todo lo que padecimos en el pasado.

El dolor.

La desesperanza.

La lucha.

La búsqueda.

La desesperación.

La victoria.

—¡Sí! —gritó Paula, en el vídeo—, ¡no me dejaré vencer jamás!

Levantó los brazos.

—¡Jamás, mi amor! —gritó Nico.

Nico y Paula se miraron con amor infinito antes de subir cada escalón. Antes de dejar atrás con cada pisada el pasado doloroso y sombrío que les tocó vivir.

—Te amo —se dijeron y se besaron.

Uno, dos, tres escalones con el corazón latiéndoles a mil por hora.

—¡Nooo! —gritó Paula al vernos allí—, ¡Ahhh! —saltó y nosotros también—, ¡os amooo!

Llegaron a la meta llorando con mucha amargura y luego se abrazaron.

—¡Te amooo!

Se dieron un beso apasionado mientras las personas los observaban con ojos curiosos y nosotros lanzábamos serpentinas con Gigo, anegados en lágrimas.

—¡Esa es nuestra Paula! —gritamos y saltamos abrazados.

Todos en la sala lloramos.

—¡Te amo, Paula Bellini!

Nico la cogió en brazos.

—¡Te amo, Nicolás Ricci!

Y minutos después, a pocos metros de nosotros, apareció él, Sylvester Stallone. Gigo, por cierto, se desmayó.

—¡Dios mío! —gritó Paula—, ¿tú le has contratado?

Sylvester Stallone apareció vestido como Rocky.

—Seguir cuando crees que no puedes más es lo que te hace diferente a los demás, Paula —le dijo y mi prima lo besó con mucha pasión.

Un «oh» se me escapó ante la impresión.

—Yo también lo besaría —me dijo Nico con una sonrisa—, Paula...

Mi prima se apartó de su amor platónico a duras penas.

—¡Gracias! —le dijo ella, llorando—, por todo, Rocky.

Él le cogió de la mano y juntos levantaron los brazos.

—¡Nunca desistas, Paula!

«Y algunos sueños, aunque llevan su tiempo, se hacen realidad» pensé, emocionada.

## Marcello - El disfraz de tu alma

**J**onás y su familia se mudaron a Alemania para ayudarnos con una compleja misión: Encontrar a Zeus, el mafioso más cruel y sanguinario que jamás existió en la faz de la tierra.

—Es un fantasma —dijo Peter, ensombrecido.

Nadie jamás lo vio, ni siquiera sus propios hombres.

—Un gran misterio —acotó Jonás, pesimista.

Había asesinado a miles de personas a lo largo de los años sin dejar rastro alguno.

—Un genio en el arte de ocultarse —dije, negando con la cabeza.

—Ese tío hizo pacto con el diablo —apostilló Peter—, es la única explicación para todo esto.

Hablando del diablo...

—El tal Ludwig tiene la ficha impecable —lancé, frustrado—, nadie lo tiene tan impecable.

—Ni siquiera Jesús —blasfemó Erich y se santiguó—, algo esconde.

—Practica esgrima —se aventuró Jonás—, y es un excelente arquero —nos enseñó un vídeo donde aparecía Ludwig lanzando flechas contra un ciervo—, hijo de puta.

La flecha iba directo a la cabeza del animal, en el centro.

—Nadie acertaría a esa distancia —musité—, son varios metros.

—Tiene una visión envidiable.

—Y una puntería asustadora.

Estábamos atónitos con las informaciones que acabábamos de recibir de uno de nuestros infiltrados en México. Erich resopló y Peter puso los ojos en blanco al leer los documentos. Jonás optó por el silencio. Suarez nos llamó desde Guadalajara. Pulsé el altavoz del teléfono. Peter y Erich se acercaron a mi mesa mientras yo devoraba un regaliz con cierta impaciencia.

—Buenas tardes —nos saludó.

Le devolvimos el saludo sin mucha efusión. Fui directo al grano.

—¿No hay otra manera? —le pregunté.

Suarez suspiró hondo antes de contestar.

—La única manera de entrar al club es siendo un stripper —afirmó.

Los cuatro nos miramos con cara de pocos amigos. Peter, Erich y yo recordamos de manera inevitable lo sucedido en Ibiza, años atrás cuando nos confundieron con unos strippers.

—¿Conocéis a mi mujer no? —nos dijo Erich, algo nervioso—. ¡Me cortará las pelotas y se las dará a nuestro perro tras cocinarlas en mi frente!

Peter se rio por lo bajo y yo tampoco pude evitar reírme de su comentario. Jonás lo miró con expresión divertida mientras leía los documentos una vez más.

—¡Tu hermana es la hija perdida de Hannibal Lecter! —gritó con las mejillas arreboladas y nos reímos aún más—. ¿Os habéis olvidado que las vuestras son sus mejores amigas? —acotó y dejamos de reírnos al instante.

—Anna era dócil, pequeña, tierna, pero cuando se enfurece, creo poder aseguraros que Hitler y todos los soldados nazis de las SS se arrodillarían a sus pies sin pestañear.

—Alejandra me mataría —susurró Peter—. Es una india indomable cuando se pone celosa.

—Valentina es más cruel que Voldemort —acotó Jonás—. La varita mágica terminaría en un

lugar muy crucial —miró su trasero—. No en las cachas precisamente.

Suspiramos al unísono y nos sentamos de golpe en el sofá de mi sala. No dijimos nada por varios minutos.

—La única manera de llegar a Augusto Cárdenas es a través de su talón de Aquiles, el stripper Ángelo, su amante.

Erich hizo una mueca cómica.

—¿Es gay?

Suarez carraspeó nervioso, ya que también era homosexual. Peter y yo le dimos un golpe en la cabeza. Erich era el metedor de pata número uno de Alemania y sus alrededores. Mi cuñado soltó un taco por lo bajo. Jonás recogió su melena en un rodete sin apartar la vista del rubio.

—Lo siento —se disculpó Erich—. No lo sabía —solfeó con los labios.

Suarez colgó tras despedirse. Mordí nervioso la piel interna de los mofletes. Pensé en alguna forma eficaz y menos denigrante de llegar al amante de Augusto, uno de los narcos colombianos que trabajaba para Zeus.

Teníamos dos días para ensayar un baile erótico, usando unos minúsculos tangas rojos que mal cubrirían nuestros culos.

—¿Bailamos Despacito? —sugirió Erich, y mi latín lover salió a flote.

La canción comenzó a sonar en el ordenador a toda potencia. Nos dejamos llevar y soltamos a nuestra «Demi Moore interior» sin muchos tapujos. Jonás reía a mandíbula batiente tras derrumbarse con Peter en el suelo. Erich empezó a menear las caderas y a darse unos golpecillos en el trasero.

—Permiso —dijo Annabella, mi secretaria.

Nos quedamos congelados y con cara de idiotas.

—Eh... —dije ruborizado hasta el alma.

Mi secretaria paseó los ojos en nuestros rostros encendidos con una expresión interrogante en la mirada.

—Uhm... —ronroneó Erich, con la mano derecha paralizada en el aire.

Jonás y Peter la miraron desde el suelo con cara de asombro, como si acabaran de ser pillados haciendo algo muy deshonesto.

—Lo siento, señores.

Tras recomponernos del susto, le explicamos por qué estábamos bailando «tan sensualmente» aquella canción de moda. Ella no dijo nada por varios minutos y se quedó mirándonos como si acabara de salirnos otra cabeza.

Erich colocó el sonido de los grillos, rellenando el mutismo incómodo con su peculiar chispa. Peter y yo ni siquiera le lanzamos una mirada elocuente, ¡era inútil!

—Creo que deberían mover más las caderas —nos sugirió tras tragar con fuerza—. Mi tía podría ayudarles, es profesora de danza.

Soltamos de golpe el aire que habíamos retenido en los pulmones desde el momento que conocimos la nueva misión de la agencia.

—Tenemos solo dos días para ensayarnos —dijo afligido Peter.

Annabella llamó a su tía de manera inmediata y ella aceptó ayudarnos esa misma tarde. Sin perder el tiempo, fuimos a una tienda de ropas eróticas y nos compramos unos tangas inexistentes de color rojo. ¿Por qué ese tono? ¡*Keine Ahnung!* <sup>[3]</sup> Jonás estudió la ropa íntima con minuciosidad.

—¡Este tanga le quedaría pequeño incluso a mi menuda mujer! —rugió—. ¡No puedo usar algo tan minúsculo como esto!

La dependienta del lugar nos devoró con los ojos, literalmente hablando. Me sentía tan indefenso, tan expuesto ante su mirada.

—Ese tanga quedaría pequeño incluso en mi hija de dos años —dijo Erich, indignado. — Revisó el atuendo.

—Es el tamaño más grande —matizó la dependienta, sin apartar sus ojos voraces de nosotros—. Se adaptará a sus cuerpos —Peter soltó un gemido bastante discutible.

¡Era tan humillante!

—Es nuestra gran oportunidad de coger al hijo de puta que mató a Carlos, nuestro compañero —les dije y ellos asintieron—. Él hubiera hecho lo mismo por nosotros —acoté con un deje que rayaba el sobrecogimiento y la perplejidad.

Jonás se limitó a mirarnos. El vikingo de dos metros tendría más problema en adaptarse al tanga que nosotros.

—Hora del primer ensayo —les dije tras visualizar el reloj de pulsera.

Llegamos a la casa de la tía de mi secretaria media hora después. Annabella nos acompañó. El cielo plomizo anunciaba fuertes tormentas, pero hoy era un día latino y el sol brillaría a pesar de estar oculto tras las espesas nubes negras.

—¡Hola! —la mujer nos saludó con euforia tras apretujarnos los culos con atrevimiento—. ¡Excelentes, strippers!

Quisimos explicarle que no éramos strippers, pero optamos por callarnos, ya que explicarlo resultaría más embarazoso.

—¡Quítense las chaquetas y también las camisas! —nos ordenó mientras Luis Fonsi comenzaba a rellenar el salón con su canción «*Despacito*».

—Antes de la presentación es conveniente beber algo fuerte —dijo la mujer y nos sirvió tequila con limón.

Peter bebió cinco copitas de un trago y nosotros lo copiamos. En pocos minutos comenzamos a bailar la canción latina de moda con tanta sensualidad que mal nos reconocíamos.

—¡Así! —ordenó la mujer de cuarenta años, que tenía un cuerpo de sirena—. ¡Así, vikingo!

Empezó a menear su culo contra nuestras partes íntima con mucha sensualidad. En general, me contenía muy bien a las tentaciones, pero en este caso, se hacía imposible. Una alarma se encendió en alguna parte de mi embriagado cerebro, pero lo puse en silencio, para que no molestara.

¡Más tequila!

Peter y Erich la rodearon y comenzaron a menear sus cuerpos con mucha sensualidad mientras Jonás y yo bailábamos con mi secretaria, que cohibida, apenas lograba moverse entre los dos.

—¡Libera tu diosa interior! —le chilló la mujer algo achispada.

Cogió la mano de su sobrina y la llevó hasta una silla. La hizo sentarse en ella y luego nos arrastró hasta ella.

—Ponte de espaldas y oscila con sensualidad tu hermoso culo —me ordenó—. Tú incítala con palabras sensuales —le recomendó a Jonás.

Nos pellizó las nalgas antes de retomar su baile con mis amigos. El alcohol hizo lo suyo y bailé con toda la sensualidad que me inspiraba mi mujer, que se metió en mi cabeza de un momento a otro, despertando mis demonios más salvajes.

—¡Uhu! —gritaron Peter y Erich al ver mi baile súper hot.



Por la noche, follé como un animal a mi mujer.

—¡Dios! ¡Marcello! —jadeó extasiada al experimentar el segundo orgasmo.

El baile sensual y el alcohol eran afrodisiacos muy efectivos. ¿O había algo más?

—¿Qué has tomado? —me preguntó Anna entre jadeos mientras le pedía que se sentara sobre mi boca.

¡Necesitaba succionarla hasta dejarla seca!

Se sentó a horcajadas sobre mi cara y hundí mi lengua en su deliciosa parte íntima.

—Muévete, cielo —le rogué al tiempo que le lamía como un can en celo.

Mis socios y yo nos reunimos al día siguiente con la profesora de danza y repetimos nuestras clases.

—Anoche follé como un animal —comentó Erich—. En mi vida estuve tan caliente.

Le di un golpecito en la cabeza.

—¡Menos información! —le dije furioso.

Erich encogió los hombros y rio por lo bajo.

—Me olvidé que mi diosa insaciable es tu hermana.

Otro golpe.

—¡Ey!

Peter bebía el tereré con impaciencia, como si tuviera mucha sed, demasiada sed. Le miramos con ojos evaluadores antes de preguntarle por qué estaba tan nervioso y agitado.

—Como dirían en Paraguay —glosó nuestro amigo tras servirse más tereré—: en mi vida cogí como anoche y a medida que le comía a mi mujer —alzamos nuestras cejas al escucharlo, jamás utilizó aquel lenguaje tan ordinario—, más cachondo me ponía. ¡Quería cogerla por horas!

Coger en Paraguay era follar. Jonás rio por lo bajo.

—Prefiero no comentar, pero me dormí casi a las tres de la mañana —apostilló el vikingo, entre risitas—. Mal me levanté y ya estaba en las mismas...

—Hmmm —dijimos los tres, pensativos.

Nos miramos e hicimos una mueca de asombro al deducir las posibles razones de nuestro «calentamiento global».

—¡Nos puso algo en la bebida! —dijimos—. ¡Algún afrodisiaco!

Llamé a la tía de mi secretaria que confirmó nuestras sospechas sin rodeos. Nos dijo que era la única manera de que nos «desinhibiéramos» o, caso contrario, nadie creería que éramos strippers profesionales.

Silencio.

Miradas.

Suspiros.

—¿Puede darnos más? —terminé diciendo.

Annabella nos trajo por la tarde la poción mágica que soterraría nuestra timidez en el palco ante decenas de mujeres indecorosas y sinvergüenzas.



—Veinte gotas, no más, señor.

«Cincuenta gotas y no se habla más del tema».

—En su sala le he dejado la cera orgánica que me ha pedido, señor.

Los cuatro pusimos cara de espanto al oírla. Anna siempre se depilaba con aquella cera especial que, según ella, era la menos dolorosa. Además, ni locos iríamos a un Spa para que nos desplumaran, preferíamos hacerlo solos y a escondidas de todos.

—Gracias, Annabella.

Nos marchamos al antiguo apartamento de Erich, nuestra guarida espiritual cuando estábamos muy cansados o estresados. Ser padres y agentes no era tarea simple.

—Tenemos que depilarnos las piernas —dije mientras calentábamos aquella cera orgánica a baño María—. ¿Nuestras partes íntimas también?

Éramos strippers y para ello debíamos estar sin pelos como un pollo a punto de ir al horno.

—La mujer que nos contrató nos revisará hasta el culo —comentó Jonás, con cara de terror—, en estos momentos quería ser un enano —miramos la cera con ojos implorantes—, eso dolerá.

Por fortuna tenía pocos pelos en los pechos, pero Jonás y Peter...

Aquella misión era complicada, de vida o muerte. No teníamos otra opción que disfrazarnos de strippers, una vez más.

Antes de la sesión de cera, nos pusimos una crema gelatinosa de color verde oscuro en la cara, por recomendación de Erich, para mejorar nuestras pieles de bebés de treinta y poco, palabras suyas, no mías, por cierto. La vanidad comandó nuestras acciones a continuación.

—Sarah suele usarla antes de ir a la cama —nos comentó tras colocarse en el rostro—, rejuvenece la piel y elimina puntos negros.

Me puse una buena cantidad en la cara, al igual que Jonás y Peter.

Debíamos esperar media hora para quitárnosla de la cara. En ese lapso, nos depilaríamos. Fuimos a por la cera. Leímos las instrucciones con atención.

—Es sencillo —dije.

Untamos todas las partes peludas del cuerpo con la cera y luego pusimos unas bandas blancas sobre la misma. ¡Aquello era pan comido! ¿Por qué se quejaban tanto las mujeres?

—Debemos tirar la banda —nos dijo Peter en tono serio—, y luego tirarla.

Contamos hasta tres antes de quitarnos las bandas.

—1... 2... 2 y medio... 3...

Ninguno se animó. Volvimos a contar hasta tres antes de arrancarnos el alma con aquel simple, pero doloroso movimiento.

—¡Por Dios! —grité con lágrimas en los ojos—. ¿Por qué alguien se torturaría de este modo tan sanguinario?

Erich gritó a todo pulmón cuando tiró la segunda banda de su pierna. Jonás cogió una toalla y la metió en la boca para ahogar sus gritos titánicos.

—Podemos hacer lo mismo con algunos narcos —dije, exhausto—, en lugar del electroshock.

Erich cogió el móvil y puso la banda sonora de la película: Platoon. Los tres lo miramos con lágrimas en los ojos. Era perfecta para aquel duro y traumático momento de nuestras vidas.

—¡Maldita sea! ¡&%\$/\$\$%&! —tronó Peter, en alguna lengua muerta.

Los cuatro estábamos semidesnudos y untados de pies a cabeza con aquella cera asesina. Nos sentamos en el piso del cuarto de baño para torturarnos con más comodidad.

—Por fortuna no me puse en las pelotas —comentó Peter con la respiración entrecortada—, porque la castración no estaba en mis planes.

Nos persignamos al unísono.

—¡Auf! ¡Auf! ¡Auf! —chillamos a medida que retirábamos aquellos parches de nuestras piernas—. *Scheiße!*<sup>[4]</sup> —proferimos monocorde.

Las cosas empeoraron cuando intentamos quitarnos la crema de la cara. ¡Era peor que la cera!

—¡Mierdaaa! —chillé al quitarme un pequeño trozo de la mejilla derecha—. Ay... ay... ay... —decía cada vez que la quitaba del rostro—. ¡§\$%&”§%&#!

Cuando llegué a cierto punto de mis pómulos, lloré unos segundos antes de seguir. Mis amigos gritaban como si estuvieran en alguna sesión de tortura. Me reí de ellos entre lágrimas. Luego golpeé la pared con los puños.

—¡Por todas las mierdas del universo! —voceó Jonás.

El vikingo soltó un quejido de lamento mientras recostaba la cabeza contra la pared.

—¿Por qué Dios? ¡¿Por qué nos haces esto?! —gritó Erich—. ¡¿Por qué?!

—A tiempos desesperados, medidas desesperadas —dije con lágrimas en los ojos.

Jonás me miró con ilusión.

—¿Llamarás a un cura para exorcizarnos? —dijo el vikingo—, ¿o harás un pacto con el diablo?

—Algo parecido, vikingo.

Decidí llamar a Gigo y Alexis. Cogí mi móvil y lo llené de cera de paso.

—No hagáis nada —me aconsejó Gigo—, tampoco os visteis —puse cara de Bob Esponja confundido—, será la paga por ayudaros.

—Vale —le dije con voz automática.

Intenté apartar el móvil de mi cara, pero el infeliz se pegó con tal fuerza que cuando lo quité, casi me arranqué la piel. Solté un taco bastante soez antes de lanzar el aparato al sofá.

—Tenemos cera cerca de nuestras partes íntimas —me recordó Erich—, eres consciente de eso, ¿no?

Teníamos cera en gran parte de nuestros cuerpos y aquella crema asesina en la cara. No teníamos mucha opción, más que esperar que Gigo y Alexis nos ayudarían con alguna solución menos martirizante.

—Sí.

Erich asintió.

—Y no me importa.

Unas horas después, ellos aparecieron con unos maletines rosas muy llamativos.

—¡Hoooolaaa! —saludaron tras quitarse las gafas de sol—. ¡Dios mío!

Los zombis de la serie «*The walking dead*» eran más atractivos que nosotros en aquel instante.

—¿Por qué lleváis toallas? —demandaron—. No era el trato.

Pensé que se habían asustado al vernos, pero no, no era eso. Nos quitamos las toallas, llevábamos ropa íntima. ¡No éramos tontos!

—Uhm —dijeron ambos.

Gigo y Alexis nos ayudaron con unas sencillas técnicas para arrancar aquellas bandas sin sentir tanto dolor.

—Anna es tan afortunada —musitó tras besar mi ombligo.

No dije nada, porque el dolor que experimentaba no me dejaba. Dos horas después estábamos sin cera y sin pelos.

—Como premio a nuestra labor —nos dijo Alexis tras besar el pecho de Jonás—,

queremos un baile sensual.

Ante la ayuda de aquellas libélulas, les regalamos un baile muy similar a los zombies del vídeo clip «*Thriller*».

—¡Morí! —gritaron eufóricos aquellos dos—. ¡Sois los tíos más hermosos del planeta! — empezaron a girar a nuestro alrededor con pasos muy graciosos—. ¡Dioses del Olimpo!

Por la noche, me miré horrorizado al espejo al verme con el tanga rojo casi inexistente.  
Scheiße!



## Anna - Despacito

**M**e acosté temprano aquel lunes, no estaba bien anímicamente. Recé una oración a mis ángeles y tras sentir sus presencias, me quedé dormida.

Marcello apareció en casa tras las ocho de la noche. Se sentó en el borde de la cama y acarició mi mejilla con ternura, despertándome con aquel dulce gesto.

—Cielo, ¿qué tienes?

Parpadeé a cámara lenta y lo miré con embeleso. Se había afeitado y puesto la loción post-barba que tanto me gustaba.

—Pena y hambre, Marcello —le dije con lágrimas en los ojos—, me siento frustrada.

Era la peor escritora del planeta. Había publicado más de cinco novelas a través de Amazon y ganaba menos que el mendigo de la esquina. Valentina y yo fundamos la página «Escritoras por accidente» y éramos tan malas, que apenas teníamos miembros. Marcello retiró algo de su bolsillo.

—Oh, cielo. ¿Quieres un bombón?

Miré el bombón con adoración. Incluso una luz potente iluminó el mismo.

—No —le dije resoluta.

Marcello besó mis labios apretados.

—¿No? —me preguntó con un ápice de preocupación.

Jamás rechazaba un bombón, tenía que estar muy mal para eso.

—Prefiero dos, mi amor —le dije, sonriente.

Marcello rio de buena gana antes de precipitarse sobre mí y llenarme la cara de besos.

—Te amo tanto, cielo.

Le miré embobada, mi bello marido estaba tan hermoso y tan blanquito. Sus vellos dorados me robaron un suspiro. Llevaba puesto sus pantalones de casa y una camiseta gris. Todo le sentaba tan bien a él.

—Al final, lo único que sé hacer es comer, Marcello —le dije apenada—. Comer y dormir...

—También decir tonterías, cielo.

Quitó el envoltorio del pequeño bombón y luego me lo puso en la boca. ¡Era pecaminosamente delicioso!

—También...

Marcello enterró su cara en mis pechos y soltó un resoplido de indignación. Le acaricié el pelo ligeramente húmedo con ambas manos mientras devoraba el bombón que me había regalado, preguntándome si me daría uno más.

—No es cierto, cielo —alzó la cara y me miró—, haces que mi vida y la de nuestros hijos sea maravillosa. Sin ti nos moriríamos, Anna Bellini.

Y con esta respuesta, me comí los bombones siguientes y luego a él. ¡Adiós depresión! Mejor medicina que su amor, no existía.



Estábamos organizando la fiesta de despedida de soltera de Perlita, la hermana de Aramí y Alejandra, en casa. Kaori sugirió un bar y las hermanas parecían estar de acuerdo, pero mi prima, no, evidentemente.

—¡Iremos al mejor club de strippers de la ciudad! —exclamó Paula.

Nos miramos con asombro y luego la miramos con la misma expresión.

—¡No seáis mojigatas! —protestó y Perla asintió con energía.

Paula rodeó el hombro de la novia y le guiñó un ojo en señal de complicidad. Perla levantó su vaso a lo alto y al final, todas estuvimos de acuerdo con ellas. ¡Al club de strippers!

—¿Qué le diremos a nuestros maridos? —dije azorada tras beber un sorbo de mi copa.

Paula no tendría problemas, su marido era un loco a su altura. Las demás estábamos casadas con unos tiranosaurios Rex de pura cepa, los alemanes eran una raza muy, pero muy celosa.

—Haremos una pijamada —repetí las palabras de mi prima a Marcello, que estaba encerrado en el cuarto de baño desde que llegó del trabajo.

¿No se sentía muy bien?

—¿Quieres que te busque, cielo?

Los niños se quedarán con Daniel y Thomas, así que no había problemas con la hora.

—No te preocupes, mi amor —le dije al tiempo que me maquillaba—. Paula me traerá a casa cuando termine la fiesta.

«Eres una mentirosa, Anna Bellini».

Marcello entreabrió la puerta del cuarto de baño y lo miré con curiosidad, ya que me pareció ver purpurina en su cuello. Oisqueé el aire. ¿Y ese olor? ¿Era vainilla?

—¿Te cuidará bien?

Antes de que pudiera responderle, salió y me besó con pasión desmedida. Me llevó hasta la cama y se acomodó entre mis piernas. Ni siquiera se molestó en quitarme las bragas. Se limitó a enganchar la tela con un dedo y apartarla a un lado.

—Marcello —gemí mientras su miembro penetraba mi sexo.

—Necesito follarte, cielo —masculló, embriagado.

Cuando utilizaba aquella palabra, perdía la cordura por completo.

—¡Dios!

Marcello me penetró a toda prisa y con mucha fuerza. ¡Estaba insaciable estos últimos días!

—¡Eres deliciosa, cielo mío! —exclamó y aceleró aún más sus embates.

Le clavé las uñas en sus maravillosas y pétreas nalgas. No había elegancia ni ternura en nuestro acto. ¡Estábamos embrujados! ¡Poseídos!

—Oh, cielo —jadeó mi hermoso marido a medida que el orgasmo se acercaba.

Llegué antes, como de costumbre. ¡Era imposible aguantar mucho con aquel dios germano entre mis piernas! Eché la cabeza hacia atrás mientras él seguía clavándome con desenfreno y desesperación.

—¡Oh, cielo! —chilló él, tras acabar.

«¿Vainilla?» olfateé su pelo algo grasiento.

—¿Te has puesto aceite corporal, mi vida? —le pregunté tras arreglarle su mechón rebelde. Ahora lo tenía algo voluminoso, como en la adolescencia. Marcello seguía jadeando tras el frenesí. Me miró con expresión jocosa.

—No, cielo —me dijo y me ayudó a levantarme—. Paula está por llegar... —pasó a otro tema.

«Hmm».

Se arregló la camisa blanca y levantó la cremallera de sus vaqueros con mucha sensualidad. Por un momento pensé que no tenía ropa interior.

—Me vestiré —le dije y continué mirándole el culo—. ¿Llevas ropa interior? —lancé.

Él buscó mi enfoque y arrugó el entrecejo.

—*Natürlich!* <sup>[5]</sup>—exclamó.

«Uhm, cuando me esconde algo, responde en alemán».

—Na klar... —repliqué con el cejo fruncido.

Paula me buscó a las siete en punto con su camioneta negra cuatro por cuatro con las chicas que cantaban a viva voz «*Despacito*».

—¡No! —chillé, encolerizada.

¡Era mi infierno particular! Marcello comenzó a bailarla con mucha sensualidad y quise darme un tiro. ¿Era la única persona a detestar con toda el alma aquella canción?

—Diviértete, cielo —me dijo y metió la lengua en mi boca.

Paula comenzó a tocar el claxon sin parar. Le hice un gesto con la mano y disfruté de lo indecible de aquel fogoso y pecaminoso beso de despedida. Marcello acarició mis glúteos con lascivia y me dijo que me esperaría desnudito en la cama tras la fiesta de despedida.

¿Para qué necesitaba strippers teniendo aquel marido? Paula bajó del coche y me arrastró hasta él, literalmente hablando.

—¡Cúdate, cielo!

Le lancé un beso desde la ventanilla del copiloto.

—Me siento culpable, chicas —les dije, apenada.

Nuestros maridos en una reunión de trabajo y nosotras camino a un club indecente donde pagaremos para ver hombres semidesnudos.

—¡Vive la vida loca! —gritó Paula, y empezamos a canturrear la vieja canción de Ricky Martín cuando aún era heterosexual.

«Eso sonaba muy discriminativo».

—La reina de la noche, la diosa del vudú —canturreamos a voz en cuello mientras Paula tocaba el claxon al mismo compás—. ¡Vive la vida loca!

Olvidamos nuestras vidas de casadas con hijos y disfrutamos de la noche como nunca.

—¡Vive la vida loca!

Paula se detuvo en el semáforo y mientras ellas hablaban, atisbé a lo lejos el enorme cartel con la foto de un atractivo hombre de ojos muy azules y piel bronceada. Tenía la mirada muy profunda.

«Luwig von Höllemann & CIA.»

—Es el multimillonario del que te hablé —me dijo Paula—, el nuevo socio de los Ricci.

No sabría explicar por qué me tenía tan hechizada, era como si no tuviera voluntad sobre mí misma.

—¡Es un dios! —chilló Sarah.

Negué con la cabeza.

«Es el diablo» resonó una voz ronca en mi cabeza.

—Dios... —dije, agitada.

—¿Te pasa algo, Hormiguita?

Negué con la cabeza.

—No, nada.

Llevé la mano a mi cuello y apreté el colgante en forma de ángel.

«No me abandonéis».



## Marcello - Despacito

**L**e hice el amor a mi mujer antes de que se marchara de juerga con su prima y sus amigas. Le dije que tenía una reunión muy importante con mis socios, y que tardaría unas horas.

—Soy agente secreto —nos dijo Jonás con cara de póker—. Era el mejor del ejército —continuó—, y, ahora, un prostituto en mis horas libres.

Peter soltó un largo y lastimero suspiro.

—Somos los agentes más azarados del planeta —puntualizó Jonás—, cuando era un niño soñaba con ser como James Bond, pero hoy ni siquiera puedo compararme con el imbécil de Austin Powers.

—¡El culo me arde! —se quejó Erich, removiéndose en el asiento de mi Mercedes Benz, último modelo.

Peter también se quejó y yo, aunque me ardía la raya del culo, opté por callarme. Jonás se mantuvo callado, supuse que, aunque le ardía el trasero, lo soportaba con tenacidad vikinga.

—Nos contrataron sin ver nuestro baile —adujo Erich—. Nuestra belleza vale más que nuestra danza —sonrió con picardía—. Somos irresistibles, a pesar de los años.

Soltó un quejido de lamento y siguió frotándose contra el asiento. Le reprendí y el muy cabrón se removió aún más. ¡Era tan infantil!

—¿Cómo las mujeres usan estas prendas tan incómodas? —remarcó Peter—. ¡Son violadores íntimos!

—Las pelotas se me cuelgan —se quejó Jonás y los tres soltamos un taco—. Una a cada lado —matizó y la imagen se nos coló en la mente.

—¡Calla, vikingo! —exclamamos los tres y él se echó a reír.

El tráfico estaba fluido aquella noche, aquella terrorífica noche en que vendería mi cuerpo a decenas de mujeres desesperadas por meterme mano.

En ese lapso, Anna me envió un audio.

«Te echo de menos» me dijo mientras sus amigas y su prima reían a todo pulmón de fondo.

—¡Nde tavyrai! <sup>[6]</sup> —chilló Alejandra entre risas.

Peter se puso en alerta al instante.

—¿Esa es mi mujer?

Sarah rio con toda el alma y Valentina soltó un comentario bastante indecente.

—Scheiße! —chillaron todas.

Jonás resopló al oír a su dulce Pulgarcito. Erich miró mi móvil como si fuera una granada a punto de estallar mientras «*Mil lágrimas*» de Nicky Jam sonaba de fondo.

—¿Dónde están? —dijeron los tres al unísono.

Le envié un audio a Anna. En el siguiente audio de mi mujer, Paula gritó que estaban en el supermercado, comprando cosas para la cena. Nos relajamos tras escucharla.

—Nuestras esposas haciendo una pijamada inocente y nosotros nos ofreceremos como unos vulgares prostitutos —dijo Erich, y nadie replicó.

Nos limitamos a suspirar hondo. Mi traviesa jugará al Twister mientras yo bailaré semidesnudo en un palco repleto de mujeres indecentes, que me tocarán hasta el alma. La culpa tiñó mi caja torácica. Jonás y yo intercambiamos una mirada revestida de culpa a través del



espejo retrovisor.

—Llegamos —dijo Peter, tan atribulado como yo.

Erich cogió las botellas de agua con las gotas mágicas y bebimos tras brindar por el éxito de nuestra misión.

—Espero que esta poción tenga su efecto —les dije, compungido.

Cinco minutos después...

—¡Despacito! —comenzamos a canturrear en el camerino, bailando con sensualidad aquella pegadiza canción latina.

Los otros bailarines nos miraban con jovialidad y cierta confusión. El amante de nuestro blanco era un joven estirado y bastante petulante. Era moreno y muy musculoso.

—¡Ricky Martín! —le gritó Erich.

Él le lanzó una mirada desdeñosa, que hirió profundamente a mi amigo.

—Amargado —dijo Erich, tras resoplar—. Soy más guapo que él.

Peter bebió más agua y estaba cada vez más eufórico. Le saqué la botella y él rio, rio como un demente. Aquello no era nada bueno. Abrí la boca para reprenderlo, pero volví a cerrarla cuando alguien nos gritó.

—¡Vosotros! —vociferó un hombre alto y barbudo—. ¡Aquí tenéis vuestras ropas!

—No consigo pensar —me dijo Erich, con la voz algo camuflada—. Esto no tiene nada que ver con ser rubio.

Jonás lo miró algo achispado. El vikingo estaba demasiado callado tras beber la poción mágica.

—No —le dijo él meneando la cabeza—. ¿Qué decías?

Peter le palmeó el hombro con brusquedad.

—¿Desde cuándo pensáis los rubios? —rio de buena gana—. ¡Tenéis solo dos neuronas! Una para respirar y la otra para hablar —rio aún más.

Erich lo miró con desdén y Jonás con curiosidad, creo que no comprendió lo que le dijo.

—¡Ahora! —nos gritó el encargado del lugar.

Cogimos nuestros atuendos de prostitutas baratos. Erich sería soldado, yo mecánico, Jonás surfista y Peter un campesino.

—¡Al palco! —nos ordenó nuestra madame.

Una mujer nos roció un aceite que olía a vainilla. Tiró nuestros pantalones y metió la mano en nuestros tangas inexistentes. Puse los ojos como platos al sentir la invasión inesperada de sus manos en mi bulto.

—¿Se depilaron? —nos preguntó el hombre de casi dos metros de altura.

—Sí.

Empecé a repasar a toda prisa la lista de jugadores de la selección nacional mientras ella acariciaba con mucha lascivia mi parte íntima.

—¡Al palco!

Salimos al palco tras beber nuestra poción mágica. La canción del momento comenzó a sonar a toda potencia, mezclándose con los alaridos efusivos de las mujeres presentes.

—¡Mi vida! —gritaron unas cuantas.

—¡Qué culos! —gritaron otras tantas.

—¡Baile! —chillaron otras más.

Comenzamos a bailar la canción con destreza y mucha sensualidad. A medida que avanzaba la canción, otros strippers iban apareciendo en el palco para el delirio de las mujeres.

Una mujer rubia, de unos cuarenta y poco, subió al palco. Me tocó bailar de espalda

mientras Peter le decía cositas al oído. Jonás se soltó su larga melena y cogió a una morena casi de su altura. Se volvió con sensualidad y se quitó de un tirón los pantalones de surfista, dejando a la vista sus enormes cachas. Desvié la mirada con cara de espanto.

—¡Dios! —gimió mi cliente y recorrió mi torso con sus manos atrevidas.

Mis mejillas empezaron a arderme, en especial cuando vi a mi mujer con uno de los strippers a pocos metros de mí. Una bofetada imaginaria me devolvió al presente de golpe.

«¡¿Mi mujer?!» grité para mis adentros como una bestia herida.

Cambié unas diez veces el tono de mi cara. ¿Qué cojones hacía allí? ¿Y con aquel prostituto? ¡Yo soy el único prostituto de este palco que puede tocarla!

«¡Anna Bellini!» grité para mis adentros con tanta furia, que el cielo entero se estremeció.

La muy desvergonzada bailaba con erotismo con Ángelo, a pocos metros de mí. Giró el rostro y me lanzó una mirada asesina, que me hizo temblar de pies a cabeza.

—Oh... Oh... —dijo Erich, y me indicó el palco, donde estaba su esposa, la de Peter y la de Jonás.

Gruñí como un león. ¡Estábamos perdidos! Jonás se quedó paralizado. Peter horrorizado y Erich crucificado. ¡Mi hermana lo matará!

Anna Bellini me ignoró por completo y se deleitó con el stripper, el chico que buscábamos. ¡Maldita misión!

—Al menos las vuestras no son unas descaradas y sinvergüenzas como la mía —rugí y me acerqué a mi tormento de metro cincuenta—. ¿Qué haces aquí, Anna? —le dije cabreado, muy cabreado.

Ella me hizo sentar de golpe en la silla y comenzó a bailar con sensualidad sobre mi regazo.

«Ay, Dios». ¿Tenía que ser tan deliciosa? En dos segundos tenía una erección casi dolorosa entre las piernas.

—¿Qué mierda estás haciendo tú aquí? —me preguntó mientras estrujaba mi miembro con sus pequeñas manitas—. Adivino, ¿una misión?

Estaba a punto de estallar cuando alejó sus garritas deliciosas de mi duro miembro.

—¡¿Tú qué haces aquí, Anna Bellini?!

Cuando estaba furioso o muy excitado la llamaba por su nombre y apellido, como en el colegio. Ahora estaba enfadado y muy, pero que te muy cachondo. ¡Tenía sentimientos encontrados!

—Eh —musitó nerviosa.

Me levanté de un salto y me puse tras ella. Pedí al encargado del sonido que volviera a colocar la canción «Despacito», su martirio. Empecé a bailar el hit que tanto detestaba.

—Despacito —la arrullé, fregando mi bulto contra sus nalgas.

La muy insolente me siguió el juego.

—Marcello —gimió cuando le lamí la oreja y la apretujé contra mi erección—. Muévete despacito —rogó.

—¿De qué estás hablando, Willis? —le dije, alucinado.

Sarah empelló con poca delicadeza a una mujer que intentó tocar a su marido. Mi hermana era algo celosa, algo. Giré de repente a mi esposa, y rodeé mi cuello con sus brazos.

—Eres un inmoral, Marcello —me farfulló—. Muy inmoral...

Al final, nuestras esposas terminaron cediendo a nuestros encantos. Todo parecía ir bien, incluso cogimos al amante de Augusto, sin que nadie sospechara nada. Mientras bailábamos, nuestros hombres lo tomaron por sorpresa en el camerino y lo llevaron a la fortaleza sin

problemas. Teníamos auriculares especiales y escuchábamos todo a través de ellos mientras nos prostituíamos.

—¡Ja! —chillamos y chocamos los cinco cuando salimos del club.

Nuestras mujeres nos felicitaron y nos llenaron de besos...

Pero todo no pasaba de una mera ilusión...

—¡Deslenguado! —despotricó Sarah, y tiró la oreja de Erich con violencia.

Él soltó un quejido.

—¡Amor, duele!

Valentina tiró con fuerza el pelo de Jonás.

—¡Eres un vikingo indecente! ¡Un cualquiera!

—¡Ay, Pulgarcito! ¡Eso duele!

Peter y yo nos miramos con asombro, esperando la reacción de nuestras esposas. Si me rompía a llorar como solían hacer mis hijos, ¿Anna me indultaría?

—Dentro —dijeron Anna y Alejandra con cara de pocos amigos—. Ahora.

Ni los mafiosos más terribles me daban tanto miedo como mi mujer cuando se cabreaba.

Llegamos a casa casi a las dos de la mañana. Los cuatro estábamos sentados en el sofá de mi sala, escuchando los gritos histéricos de nuestras esposas. El italiano, el español, el alemán y algo de guaraní se entremezclaron en un solo alarido de quejas e insultos.

—¿Qué hacíais allí? —protestamos.

Ellas nos enseñaron sus móviles, donde aparecían nuestros culos.

—Fuimos a ver unos strippers —dijeron como si tal—. ¡Gran sorpresa nos llevamos al ver vuestros culos en aquellos targas casi inexistentes!

Nos miramos y luego las miramos. Abrimos nuestras bocas, pero las volvimos a cerrar cuando vimos sus expresiones. ¿Ellas podían ir a un club y nosotros no podíamos prostituirnos?

«Mejor me callo» me dije resignado.

—¡Dormiréis en la sala! —nos gritaron mientras manteníamos las cabezas gachas todo el tiempo—. ¡Váis a reflexionar muy bien acerca de lo sucedido hoy! —imprecaron antes de subir al cuarto del piso de arriba.

Nos miramos y luego atisbamos la escalera con ojos huidizos. Ellas continuaban maldiciendo. Estaban muy cabreadas.

—¡Es una verdadera vergüenza!

El silencio se acomodó entre nosotros. Erich colocó el sonido del grillo y le dimos un golpe en la cabeza.

—¡Ay!

Silencio y suspiros. Empezamos a mover nuestros cuerpos, empujando el uno del otro y ronroneando bien bajito:

*«Despacito».*

*Quiero respirar tu cuello despacito,*

*deja que te diga cosas al oído*

*para que te acuerdes si no estás conmigo».*

Nos reímos por lo bajo antes de colocarnos en nuestras camas montadas en la sala, sin hacer ruido, despacito.

¡Mierda! ¡Empezaba a odiar aquella canción!

«Mentira».

¡Misión cumplida! ¡Despacito, pero cumplida al fin!



## Anna - Casita

**T**ras el almuerzo, mis hijos y yo nos instalamos en la sala de juegos, donde solíamos ver películas y jugar. Anya leía un libro en el sofá «*Por 13 razones*» de Jay Asher. La miré con ojos melosos.

—¿Te gusta, cielo? —le pregunté mientras peinaba a Abril.

Antonella jugaba con Matt, y los gemelos hacían sus tareas en la mesa. Anya me miró con ojos reprobatorios.

—La verdad —frunció los labios en un gesto de fastidio—, no entiendo por qué es tan famoso este libro, Mutti.

Abrí mi boca para replicarla, pero su tía Paula llegó y la volví a cerrar.

—Hola —saludó y mis pollitos gritaron al verla—. ¡Mis amores!

Giulio me dio un beso mojadito. Mi sobrino estaba hermoso. Su similitud con mi prima era increíble.

—Hola, tía Paula —le saludó Anya.

Paula la atisbó de pies a cabeza.

—Hola, mi vida.

Anya subió a su cuarto tras despedirse.

—Es muy introvertida —dije, pensativa—. Me preocupa su manera de ser, Paula.

Mi prima hizo un aspaviento con la mano.

—¡Es peor que el hijo de Nico!

El año pasado, apareció Nick, hijo de Nicolás y una modelo llamada Lilly Campbell, una americana que conoció cuando era muy joven. Ella murió en el 2014, tras una larga lucha contra el sida. Antes de morir, le confesó a su único hijo, quién era su padre. Nick apareció un año después a la vida de Nicolás Ricci.

—Nick es insufrible, Anna. Intento acercarme a él, pero siempre levanta su muro alrededor para que no logre cruzar la barrera. ¡Tiene dieciséis años! ¡Por el amor de Dios!

Resopló con poca delicadeza.

—¿Vemos la nueva película de Sylvester Stallone? —me preguntó—, estoy nerviosa y necesito mi tranquilizante natural —alzó y bajó las cejas—. El hijo de Apollo Creed entrenará con Rocky —dijo entusiasmada—, mi clítoris tiembla, Anna.

No sabía cómo replicarle.

—Ah...

—Gira y gira como un trompo ante la emoción.

Engel se acercó y me enseñó su tarea. Los números empezaron a moverse en la hoja. Mi hijo me dijo que aquello era demasiado simple y quería algo más difícil.

«Odio las matemáticas».

—¡Buenas tardes! —saludó mi delicioso marido.

Lo miré con ojos de cordero degollado.

—¡Hola, mi vida! —chillé y me gané un beso mojadito.

Nuestros hijos saltaron a su alrededor, menos Abril, que era la más pequeña de todos. Marcello se tiró al piso y ellos saltaron sobre él. Abril se acercó con timidez y su padre la llenó de besos.

—¡Encanto de papá!

Paula y yo lo miramos con ojos soñadores. ¡Era el mejor padre del mundo! Y un marido exquisito en la intimidad.

«¿Era necesario resaltar esto?» me dijo mi cerebro. Marcello vino a gatas hasta mí, me agaché y me dio un inquietante beso de lengua.

—¿Cómo estás, cielo?

Acarició mi mejilla con ternura. Ayer estuve muy triste, efectos de mi discapacidad visual y otras cosas. Solía nadar en mi charco depresivo, pero por fortuna, nunca sola.

—Mejor, *sole mio*.

Anya saludó a su padre antes de salir con Saori.

—Iremos a dar unas vueltas —nos dijo.

Marcello le dijo que no tardara mucho, pero ella mal le respondió. Su manera de ser nos tenía en vilo.

—Papi —dijeron Ian y Engel al unísono— para el día del padre tenemos que presentar una obra teatral y pensamos que podrías ayudarnos.

Marcello se rascó el mentón antes de llamar a sus amigos y proponerles el tema del teatro. Erich dijo sí al instante y Peter, aunque tardó más, terminó cediendo. Jonás aceptó, a pesar de que andaba peleado con Erich. Y es que el rubio le lanzó un chicle a la cabeza y para librarse de la misma tuvo que cortarse unos mechones. Pero por suerte, las riñas de aquellos «hombres niños», no duraban más que unas horas.

—Mañana nos reuniremos en tu apartamento, rubio —le dijo Marcello y Erich—, para hablar del teatro.

—¿Qué se viene? —me preguntó Paula con sorna.

—Una gran aventura, prima.

Por la noche, mientras Marcello roncaba suavemente en la cama, decidí ir a la cocina a por unos bombones de almendra que me había regalado Paula.

—Mi chocó-pata interior necesita sus dulces medicinas —me dije con sorna.

Me deslicé de la cama con sumo cuidado. Miré a Marcello con ojos soñadores y suspiré hondo antes de cometer mi calórico crimen.

—¿Y la dieta? —me dijo mi consciencia.

Mordí el labio inferior con impaciencia.

—Acabo de abandonarla en la cama —contestó mi estómago—. Uno o dos bombones no la matarán del todo.

«Tres o cuatro» pensé al evocar el tamaño de los bombones.

«Ve a por ellos, súper cerdita» me dijo el infeliz.

Caminé de puntillas hasta la puerta mientras la banda sonora de la película «*Misión imposible*» empezaba a sonar en mi cabeza a todo volumen.

En el camino... pisé un juguete, me tropecé, caí de culo en la moqueta, pero no desistí de mi misión. Me levanté y fui a por mis bombones. Bajé cada escalón con cautela felina. Crucé la puerta de la cocina sin encender la luz y gateé hasta mis bombones.

—Ven, Anna —me decían aquellos deliciosos dulces—. Ven, cómenos, Anna...

Abrí la puerta del armario con mucho cuidado y retiré una caja de lata en forma de corazón del fondo. Cogí dos bombones justo cuando alguien encendió la luz y me encontró con las manos en la masa.

—¡Dios santo todopoderoso! —exclamé con el corazón latiéndome en alguna parte de las bragas.

Era Marcello.

—Lo siento, cielo, no quería asustarte —me dijo, compungido.

En general, me asustaba por cualquier cosa, efecto de mi enfermedad visual, que me generaba cierto pánico. Miré los bombones y luego lo miré a él con cara de circunstancia, dibujándole una hermosa sonrisa en sus labios.

«Oh oh». Estaba en una gran encrucijada, entre mis dos grandes debilidades: Marcello vs. bombones.

—¿Cielo? —me dijo mi hermoso e irresistible marido desde el umbral—. ¿Antojos nocturnos?

Parpadeé sin cambiar mi posición y mucho menos mi expresión de ladrona pillada en fragante.

—Eh... —vacilé—. ¿Crearías si te dijera que soy una sonámchoco?

Marcello rio de buena gana.

—¿De qué estás hablando, Willis? —soltó y nos echamos a reír.

Apagó la luz y gateó hasta mí. Cogió un bombón y lo metió en mi boca tras quitarle el envoltorio. Luego se comió el otro.

—Así compartiremos la culpa, cielo —le di un beso—. Yo también soy sonámchoco —me mordió el labio inferior con sensualidad—. Hay una marca que me fascina, cielo.

Devoré el bombón sin desviar la mirada de él. La cocina estaba a oscuras, pero la farola del jardín iluminaba parte del recinto y podía ver con nitidez su hermoso rostro.

—Ah, ¿sí? ¿Lindt o Hussel? —Sonreí—. También son mis favoritos.

Marcello me dio un empalagoso beso sabor chocolate con almendra.

—Mi bombón favorito se llama Anna Bellini —susurró sobre mis labios—. Y anhelo con vesania quitarle el envoltorio y devorarla a mordiscos ahora mismo...

Puse cara de actriz porno teniendo un orgasmo antes de lo previsto.

—¿Por qué soy redondita?

Marcello negó con la cabeza sin abandonar su deje meloso.

—Porque eres deliciosa, cielo —me dibujó una s en el cuello—, irresistible —succionó con más fuerza—, adictiva...

Marcello 1 – 0 bombones.

—Soy adicto a ti, cielo.

Me senté a horcajadas sobre sus piernas.

—¿A pesar de mis kilitos de más? —le demandé al tiempo que meneaba las caderas con erotismo—, ¿aun teniendo esta tripita saliente de tres meses sin un bebé dentro?

Apretujó mis nalgas.

—Cada centímetro —soltó un gemido cuando aumenté el ritmo de mis caderas—, y cada gramo de tu cuerpo me... me... enloquecen, cielo.

Marcello 2 – 0 bombones.

—Te amo tanto, Marcello —le succioné la lengua con apetencia—, soy loca por ti...

Se levantó a tuestas del suelo conmigo a cuestras, sin apartar sus labios de los míos. ¡Era tan habilidoso!

—Y yo a ti, cielo.





## Marcello - Entre el amor y el odio

Llegué a mi casa con el alma hecha trizas tras una misión en el sur de Italia. No logramos vencer al enemigo esta vuelta y dos inocentes, Megan y Josh, de dos y cuatro años, pagaron con sus vidas la culpa de su padre, un hombre desesperado que entró en la mafia para conseguir darles una vida mejor y al final terminó arrancándoles las suyas como paga de una deuda.

—¿Por qué Dios permite estas cosas? —me dije, derrotado—, ¿las pesadillas con los demonios tienen algo que ver?

Miles de conjeturas estrujaron mi corazón con saña.

—¿Por qué? —dije con la voz rota.

Mis amigos y colegas estaban tan mal como yo. Ni siquiera nos despedimos. Ninguno consiguió hablar durante todo el viaje de regreso.

Anna dormía plácidamente con nuestros pollitos en la cama que había montado para ellos meses atrás. Los observé con amor infinito desde la puerta. Me moriría si algo les llegara a pasar y Dios es consciente de ello.

—Cielo —murmuré mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas.

Anna no pasaba por una buena etapa, consecuencia de su enfermedad.

—Lo... Lo... siento.

Quería arrancarle aquella pena del alma, pero no sabía cómo hacerlo.

—Te daría mis ojos si pudiera.

Cerré la puerta con cuidado y bajé a mi despacho. Me serví un poco de wiski. Nunca fui de beber, pero hoy necesitaba hacerlo.

—¿Por qué estás cosas pasan, señor?

Me senté en mi sillón con la copa en la mano. Bebí un buen sorbo mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas sin parar.

Alguien abrió la puerta, era Engel. Se frotó los ojitos antes de entrar.

—Papi, ¿estás triste?

Se acercó y me miró con expresión curiosa. Posé la copa sobre el escritorio y acto seguido lo cogí en brazos. Lo acomodé en mi regazo y le miré a través de las pestañas humedecidas por el dolor.

—Sí, mi amor.

Alargó la manita y me tocó la cara.

—Ellos ya están en el cielo, papá.

Lo miré con cierto estupor.

—¿Quiénes, hijo?

Engel sonrió.

—Los niños que murieron.

Llevé la mano a la boca y traté de ahogar mi llanto. Engel siempre fue un niño muy especial, de una inteligencia casi inhumana, según sus profesores y una sensibilidad extrema, según su madre. Era capaz de ver el alma de las personas.

—Ellos no sufrieron, papá.

No le pregunté cómo lo sabía, no por falta de curiosidad, sino por no conseguir controlar el

llanto.

—Amor de papá —le dije y lo abracé—, tu mami, tú y tus hermanos sois mi vida, mi todo.

Engel y yo nos quedamos dormidos en el sofá, abrazados. Aquella noche, soñé con Megan y Josh, estaban en un sitio hermoso lleno de niños, animales y ángeles, muchos ángeles.

—¿Existen? —dije, anonadado.

Cuando me desperté, me encontré con mi hijo acurrucado entre mis brazos.

—Engel.

Sentí una paz que no me cabía en el pecho. Una sensación indecible en el corazón. Besé su cabecita y él dijo algo que no comprendí. Evoqué de pronto los cuerpecitos de Megan y Josh colgados por la viga del techo. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo mientras las lágrimas volvían a rodar por mis mejillas una tras otra.

—Te amo tanto, hijo —dije anegada en lágrimas—, tanto...

Algunas misiones dejaban profundas huellas en mí, huellas que nunca se borrarían mientras viviera.

—¿Marcello? —me dijo de pronto Anna desde la puerta—, oh, mi amor... —me dijo con lágrimas en los ojos.

Solté un profundo sollozo mientras ella cogía a Engel en brazos. Lo llevó a la habitación y volvió tras ello. Estaba acurrucado en el sofá como un niño indefenso y vulnerable.

—Marcello... —dijo apenada.

Me senté y ella se metió entre mis piernas. Me abracé a ella como si la vida se me fuera en ese gesto y lloré, lloré con toda el alma. Anna me tocaba la cabeza mientras sollozaba conmigo.

—No pude salvarlos, cielo... —balbuceé, llorando a lágrima viva—, no pude salvarlos... —me rompí un poco más.

Cuando los agentes policiales bajaron los cuerpos, a pesar de ser consciente de que ya no estaban vivos, les toqué los cuellos en busca de algún rastro de vida.

—Están muertos —dije con incredulidad—, están muertos.

Sus asesinos grabaron todo y enviaron el vídeo a su padre, que se dio un tiro horas después. Yo en su lugar hubiera hecho lo mismo.

—Anna, lamento no poder curarte los ojos —le dije a mi mujer entre sollozos—, lamento no poder devolverte la luz de tus ojos, cielo...

Ella se apartó de mí y acunó mi rostro empapado en lágrimas entre sus pequeñas manos.

—Tú eres la luz de mis ojos, Marcello.

Y con esas palabras, me dio un beso, un apasionado beso teñido de dolor y esperanza. Nos tumbamos en el sofá y nos abrazamos con mucha fuerza mientras fuera la lluvia caía de manera desapacible.

«Tú eres la luz de mis ojos» resonó su voz antes de que cerrara los ojos.



Los relámpagos retumbaban en el cielo e iluminaban el lugar donde estaba como fugaces flashes de una cámara fotográfica. Caminaba algo abrumado en una mansión abandonada repleta

de insectos y restos humanos. Llevé la mano a la boca para ahogar un grito de dolor al ver a los niños que habían muerto en la misión.

—Megan —mascullé con el corazón encogido—, Josh...

Estaban bañados en sangre y con unas heridas horribles en las muñecas y en otras partes de sus cuerpos.

—Nuestro padre no nos quería —me dijo de pronto alguien.

Me volví y escruté a Megan con lágrimas en los ojos.

—Por eso dejó que nos mataran —acotó su hermano.

Un hombre muy elegante y bien parecido apareció de la nada con unas alas negras y un brillo peculiar en los ojos. Chasqueó los dedos en el aire y unas antorchas macabras se encendieron de manera automática. Unas víboras de color rojo sangre rodearon las bases de las mismas mientras unas arañas salían de las bocas de los niños. A pesar de las antorchas, el lugar se veía lúgubre y aterrador.

—Podían haber sobrevivido, agente Hoffmann.

Los niños se escondieron tras él y empezaron a llorar.

—¡Duele! —gritó ella—, ¡no quiero morir! ¡Quiero vivir!

Estaban reviviendo lo que padecieron en las manos de sus captores. Intenté acercarme, pero un tipo de pared invisible me lo impidió.

—¡Déjalos en paz! —chillé con todas mis fuerzas.

El hombre me miró con una expresión desapasionada.

—¿Sabes a quién le estás pidiendo?

La pared empezó a mancharse de sangre lentamente y una palabra se formó en el centro, una palabra que me estremeció de pies a cabeza.

«Lucifer».

—¿Quieres un favor mío? —me preguntó con ironía mientras los niños empezaban a convulsionar cerca de sus pies—. ¿Sabías que fueron violados por sus captores? —empecé a llorar con mucha amargura—, uno frente al otro —me tapé las orejas, incapaz de seguir escuchándolo—. Megan gritaba de dolor mientras Josh era violado —negó con la cabeza—, y luego... —suspiró hondo—, ella asistió a su muerte, su cruel muerte... —me miró con magnitud—, ¿quieres que borre esos recuerdos y les devuelva la vida?

Abrí la boca como para replicarle, como para suplicarle que no hiciera más daño a esos niños, pero la cerré de golpe cuando la ventana acristalada a un lado se rompió ante un fuerte impacto. Me agaché y me cubrí la cabeza con los brazos en un acto involuntario para protegerme de los cristales rotos.

—No lo hagas —me dijo alguien—, no hagas ningún trato con él, Marcello.

Aparté mis brazos y escruté con el ceño desencajado al ángel que era idéntico a mí.

—Arael —le dijo Lucifer en tono suave—, ¡cuánto tiempo sin vernos! ¿Ya decidiste a qué bando irás?

No le replicó.

—Siempre tan rebelde, hermano.

¿Eran hermanos?

—Adiós, Arael —se despidió y salió volando del lugar.

El ángel se acercó y me tocó la cabeza sin apartar la vista de mis ojos.

—No dejes que te venza el dolor —me dijo y todo empezó a darme vueltas—, Megan y Josh están en otro lugar —y de repente todo el lugar se convirtió en un hermoso jardín—, están con Dios.

Megan y Josh corrían en el lugar con unos ángeles. Alargué la mano mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas sin parar. La emoción que sentía en mi corazón era indescriptible.

—¿Papá? —dijo de pronto alguien—, despierta...

Cuando abrí mis ojos, me encontré con mis hijos y lloré de alegría. Me senté de golpe en la cama y les pedí un abrazo. Ellos se lanzaron a mis brazos y llenaron de luz mi ensombrecida alma.

—Os amo tanto.

¿Por qué soñaba con aquellos seres? ¿Por qué Lucifer siempre me decía que podía pedirle un favor? Engel me tocó la cara y me obligó a mirarlo.

—No tengas miedo, papá.

Los ojos se me llenaron de lágrimas a la vez que depositaba un beso en su palma. Quería decirle que no tenía miedo, pero algo dentro de mí me lo impedía.

—No lo tendré —le mentí.

Y entonces, evoqué al ángel idéntico a mí.

«Arael».

¿Quién era? ¿Y por qué me parecía tanto? Eran visiones de mi propia alma, según Anna. Preocupaciones que rondaban mi cabeza y atormentaban mi corazón. Desde aquel día, sentía una necesidad casi urgente de comunicarme con los ángeles.

—¿Qué me queréis decir? —le dije al ángel que yacía en el jardín—, no creía en vosotros —afirmé con rotundidad—, hasta ahora.

Las copas de los árboles empezaron a bailotear y emitir una dulce melodía. Las hojas empezaron a caer como gotas de lluvia mientras yo giraba sobre mis pies embelesado con aquel espectáculo, con aquella señal clara que me enviaban los amigos de Anna.

«Arael» resonó una voz grave y ronca en mi cabeza. Aquella voz me era muy familiar.

—Papá.

Mi padre había fingido su muerte y desaparecido de mi vida hacía más de veinte años atrás. ¿Qué tenía que ver él con aquel ángel? Los rayos del sol se filtraron a través de las copas e iluminaron las aguas de la fuente donde se encontraba una de las imágenes de ángel más queridas de Anna.

—Qué extraña sensación —me dije al sentir frío—, ¿los sueños eran un déjà vu?

Miré el agua con expresión atónita. En ella aparecía mi imagen duplicada, como si hubiera dos Marcellos, pero uno más borroso que el otro.

«Dos cuerpos y una sola alma» resonó mi propia voz, pero como si fuera otro.



## Anna - Una noche especial

**M**arcello sonrió y cuando metió la llave en el contacto, la suave música de Sergio Endrigo «*Io che amo solo te*» comenzó a sonar. Tenía los ojos muy inflamados, había llorado.

—Oh, cielo mío —besó mi mano con ternura—, no quiero verte triste. Me parte el alma no poder arrancarte esa pena del corazón —sus ojos se nublaron.

Quería decirle que pronto estaría bien, pero no podía mentirle. Me limité a suspirar.

—Quiero que disfrutes de esta velada, cielo —volvió a besarme la mano—. Una noche a solas siempre viene bien a los enamorados.

Marcello estaba triste, muy triste. Ayer le dije que me estaba quedando ciega y que la oscuridad sería mi único destino. Además, le dije que él merecía tener una mujer normal, alguien que pudiera caminar sola sin tropezarse. Él se arrodilló entre mis piernas y lloró conmigo. Apretujé su cabeza contra mi vientre y lloramos con amargura.

—No podría vivir sin ti, cielo —susurró con voz melosa antes de arrancar el coche.

Cuando entramos en el garaje del edificio y aparcamos, Marcello bajó y abrió la puerta con caballerosidad. Me cogió de la mano con dulzura y caminamos hacia el ascensor. Una vez llegamos a la planta, entre besos y toqueteos, entramos en el viejo apartamento de Erich.

—¿La luz? —dije mientras él me devoraba el cuello.

Me apretujó contra su fuerte cuerpo sin detenerse en sus lascivos besos.

—No lo necesitamos, cielo —murmuró—, quiero demostrarte que incluso en la oscuridad —una lágrima atravesó mi rostro—, te amaré, Anna Bellini. Para siempre, mi amor.

En aquel cuarto apenas se podía distinguir nada. No había música y sólo se oían nuestros gemidos. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad del lugar me relajé un poco más mientras Marcello anclaba sus manos en mi cintura. Estaba de espaldas a él.

—Te deseo tanto, cielo —jadeó mientras me pegaba a él.

Noté cómo me subía el vestido para meter las manos por debajo. No hablé y Marcello, dándome la vuelta, me colocó de cara a él.

—No deseo a nadie más en este mundo —cuchicheó—. Eres la mujer de mi vida —mordió el lóbulo de mi oreja con afecto—, la única mujer que anhelo a mi lado por el resto de mi vida...

Entrecerré los ojos cuando sentí sus labios sobre mis párpados. Exhalé hondo. Mis manos subieron a su cuello y empecé a desabotonarle la camisa negra que llevaba puesto aquella noche.

—Hueles tan bien, Marcello —le dije extasiada—. Tan rico...

Sus labios comenzaron a repartir cientos de besos y mordiscos por mi cuerpo. Cerré los ojos y los disfruté.

—Eres tan dulce, cielo —me cogió de la nuca para besarme.

Eché hacia atrás la cabeza y murmuré:

—Hazme el amor, Marcello.

Me quitó el vestido lentamente mientras le daba dulces mordiscos en sus pechos fibrosos. Marcello acercó la boca a la mía y me besó. Con exigencia, él atrapó mis labios con los suyos y me devoró la boca. Metió la lengua y me besó con deleite, con pasión, con amor. Cerró la puerta y, aprisionándome contra ella me besó con mucho ardor.

—Oh, Marcello —gemí.

Su cuerpo me aplastaba contra la puerta mientras nuestras manos recorrían nuestros cuerpos con cierta impaciencia. Prenda a prenda fuimos desnudando el uno al otro hasta quedarnos sin nada.

—¿Sabes —me dijo al tiempo que con una palma enorme cubría casi por entero uno de mis pechos— cuánto te amo, cielo?

Se inclinó para trazar con la lengua el borde inferior de mi pecho. Me rodeó con la lengua el pezón y me regaló el más ligero de los golpecitos.

—¿Cuánto, mi amor? —jadeé al tiempo que mis dedos se entrelazaban en su cabello—, dime cuánto... —no dejé que su boca se apartara de mi sensibilizada piel un solo centímetro.

Marcello continuó con un hábil lametón de un pezón y luego el otro.

—Eres mi todo, Anna Bellini —succionó con fuerza mi seno derecho—, sin ti nada soy, cielo.

—Por favor —le susurré mientras me arqueaba hacia su boca, rogándole algo más que aquella caricia que me atormentaba.

Marcello cerró los labios con firmeza alrededor de un pezón y atormentó el otro con el pellizco suave de sus dedos.

—Te amo tanto, cielo... tanto...

Abrió más la boca y envolvió todo lo que pudo de mi pecho con los labios, después se apartó un poco y succionó con fuerza. Me dio la vuelta y me puso mirando hacia la puerta. Lamió mi hombro izquierdo, donde se encontraba mi pequeño tatuaje, la letra M medieval, su inicial.

—Cuando lo hicimos —susurró en mi oído—, nos entregamos a cambio nuestras almas, cielo.

Marcello se había tatuado la letra A en su hombro izquierdo. Con deleite, pasó la lengua por él y musitó:

—Me encanta tu piel, cielo.

Me pasó la lengua desde el tatuaje hasta el cuello.

—Marcello —gemí cuando mordisqueó mi hombro con afecto—, me vuelves loca...

No podía verlo en aquella oscura habitación, pero podía sentirlo, oírlo, amarlo.

—Quiero hacerte el amor, cielo —lamió mi nuca con sensualidad—, aquí mismo, contra la pared y, de espaldas a mí —gemí al sentir su mano entre mis piernas—, estás tan excitada, cielo.

Me agaché un poco y él también para poder hacerme suya. Me abrió las piernas con las manos y me penetró lentamente, pegué la boca a la puerta y jadeé. Sentirlo tan duro, tan potente dentro de mí me activó por completo. Me hizo sentir viva y feliz.

—¿Te gusta, cielo? —meneé el trasero de un modo muy incitante—, oh, cielo mío —jadeó y me penetró aún más.

Mis gritos placenteros cargados de erotismo lo enardecieron todavía más.

—Me encanta cómo te mueves, cielo.

Me penetró una y otra vez. Moví mis caderas de adelante hacia atrás, lo enloquecí con mis ágiles y sensuales oscilaciones. Se detuvo y protesté.

—Me recuerda la primera noche que pasamos juntos tras volver a vernos —jadeó al tiempo que se arrodillaba en el suelo—. Ven, cielo.

Me puse a cuatro patas frente a él y me penetró de un solo embate. Marcello dejó caer su cuerpo sobre el mío y, agarrándome con fuerza por la cintura, murmuró mientras incrementaba el ritmo:

—¿Te gusta, cielo?

Un cosquilleo delicioso me recorrió toda la espina dorsal y me hizo gemir de placer.

—Sí —susurré entre jadeos—. Muchooo...

Marcello se arrodilló de un momento a otro y me levantó contra su cuerpo sin salir de mí. Rodeó mi cuello con una mano mientras con la otra acariciaba uno de mis senos. Empezó a penetrarme con más fiereza, con más vigor en aquella incitante posición. Los jadeos duraron poco. Un asolador orgasmo nos alcanzó a ambos y juntos lo disfrutamos mientras nuestras respiraciones desacompañadas rellenaban el recinto.

—Eres increíble, Marcello —susurré con la voz entrecortada.

Pasados unos minutos, en los que nuestras respiraciones se relajaron, él salió de mí y me dio la vuelta para besarme.

—¿Tenías esto en mente? —pregunté.

Marcello me recostó en el piso y se colocó entre mis piernas. Besó mis labios con ternura y musitó:

—La verdad —besó la punta de mi nariz—, no. Quería prepararte una deliciosa cena y ver tu película favorita.

Quería ver su cara, su expresión, sus ojos maravillosos, pero la sombría oscuridad no me permitía. Agarrándome a su cuello, le di un largo beso de amor.

—¿Los puentes de Madison?

Marcello succionó con voracidad mi lengua y me apretujó contra su cuerpo. Su erección me advirtió que estaba listo para un segundo round.

—¿Te apetece, cielo?

Asentí sin abandonar su sabrosa boca.

—¿Nos duchamos antes, Marcello?

Me levantó del suelo y me cargó en brazos hasta el baño. Cuando llegamos al elegante y espacioso cuarto, Marcello me dejó en el suelo. Encendió la luz y entrecerré los ojos en un acto reflejo. El impacto de la luz me ofuscó un poco la vista. Marcello besó mis ojos con ternura.

—Lo siento, cielo —me susurró—, voy a por más toallas.

Asentí con un cabeceo. Miré la enorme estancia con ojos evaluadores. Aquel cuarto de baño era espectacular.

—¡Vaya! —exclamé.

Escruté embelesada la encimera de mármol del lavabo, el jacuzzi ostentoso y la ducha. Erich había invertido bastante en el cuarto de baño, su sitio favorito según Sarah.

Tras dejar las toallas sobre un taburete de madera, Marcello me cogió de la cintura.

—Duchémonos, cielo.

Miré con amor infinito el jacuzzi.

—Mejor allí —sugerí, sonriendo.

El deseo nos atrapó de nuevo mientras llenábamos la bañera con agua y sales. Las manos de mi marido recorrían mis senos, mi cintura, mis nalgas.

—Vuelvo enseguida, cielo.

Marcello retornó con varias velas aromáticas entre manos. Las encendió y las repartió de forma metódica en el lugar.

—Para ti, cielo —me dio una cajita de joyas.

Abrí la misma con el corazón en un puño. Alcé la vista y lo miré con amor infinito.

—Es hermosa —Marcello cogió la gargantilla de oro con la medalla en forma de corazón y me la colocó.

—Esta medalla es el símbolo de mi corazón —una lágrima recta, tibia y húmeda atravesó mi mejilla—. Mientras vivamos, cielo —enjugó mi lágrima con el pulgar—, tú lo cuidarás

mientras yo cuidaré el tuyo —cogió mi mano y la colocó en el centro de su pecho— hasta que la muerte nos separe e incluso más allá de ella misma.

Nos besamos como si fuera la última vez. La canción «*Io amo solo te*» interpretada por Alessandra Amoroso empezó a sonar de fondo. Fue la canción de nuestra boda.

—Siempre te amaré como si tuviera diecisiete años —mordisqueó mi labio inferior con ternura—, con devoción y desenfreno, Anna Bellini.

Hundió la lengua en mi boca y atrapó mis gemidos, mis sollozos, mi propia alma.

—Yo también, Marcello.

Nos metimos en el jacuzzi dispuestos a apagar el fuego de nuestros cuerpos.

—Siempre te cuidaré, cielo —quise llorar—, seré tus ojos, pequeña.

Me senté en el borde del jacuzzi como me lo pidió. Los dedos y la lengua de Marcello colmaron de atenciones mis pezones.

—Quiero saborearte entera, cielo —gimió.

Bajó la mano para abrir los pliegues húmedos de mi entrepierna, acariciándome, calmándome y, por increíble que fuera, excitándome al mismo tiempo. Su boca siguió a las manos.

—Ábrete para mí, cielo —jadeó sobre mi parte íntima—, Dios, sabes tan rico...

Gemí de deseo cuando la presión dulce y cálida de sus labios envió oleadas de placer que resonaron por cada una de mis terminaciones nerviosas.

—Así, cielo —jadeó girando y hundiéndose en mí—. Entrégate, mi amor.

Agité la cabeza de un lado a otro. Mis gemidos y grititos de placer se fundieron con los chupeteos cálidos y húmedos de sus besos. Cuando llegó al clítoris, incrementó el ritmo de su lengua. Lamió de arriba abajo, en círculos, y me dio ligeros golpecitos con la lengua que me hicieron gritar de placer.

—Marcello... —me retorcí contra su boca—, me correré...

La succión suave de sus labios y su lengua me hicieron caer en el olvido.

—Córrete en mi boca, cielo... —aumentó el ritmo de sus caricias—, quiero sentir tu dulce sabor en mi boca...

No hubiera podido contener el orgasmo, aunque lo hubiera querido. Arqueeé la espalda y la levanté, después me corrí en una oleada que parecía interminable.

—Eres increíble, Marcello —di una última sacudida contra su boca—. Madre mía... —llevé la mano a la cabeza.

Marcello iba abriéndose camino a besos por mi vientre y mi torso. Se detuvo un instante para atormentarme un pezón con un suave lametón.

—Mi turno, mi amor —le dije sonriendo—, ¿cambiamos de lugar?

Cogí su duro miembro cuando se sentó en el borde del jacuzzi y se lo metí en la boca lentamente. Lo chupé con suavidad al inicio.

—Oh, cielo... —echó atrás la cabeza y se arqueó con fuerza contra mi boca—, me vuelves loco, Anna Bellini.

La presión de mis manos y de mi boca lo hizo jadear. Minutos después, me apartó y me dijo:

—¿Lista para intentarlo otra vez, cielo? —sonrió con picardía.

Asentí con un leve cabeceo y susurré un «sí» que más bien sonó «seeee». Marcello se sentó en el jacuzzi y me ayudó a sentarme sobre su regazo a horcajadas.

—Oh, cielo.

Fue introduciéndose poco a poco, centímetro a centímetro hasta que al fin se hundió en mí hasta tal punto que los cosquilleos de placer me recorrieron toda la columna.



—Marcello —jadeé.

Empecé a oscilarme con sensualidad. Subí y bajé sobre él con un ritmo muy estimulante, muy abrasador. Me agarró de la nuca y acercó sus ardientes labios a los míos. Abrí la boca y le di un asolador beso que a ambos nos enloqueció.

—Anna Bellini...

El olor de mi alemán, su fiereza en el acto y su posesión me dejaron sin aire en los pulmones. Aquel hombre me tenía embrujada desde siempre y para siempre. Le rodeé el torso con las piernas y me apretó contra él.

—Dios, eres preciosa.

A Marcello le brillaban los ojos, vidriados de deseo.

—Así, cielo —me detuve y empecé a succionar su miembro con mi parte íntima—, oh, sí —jadeó y echó atrás la cabeza—, cielo... —empezó a moverse.

Grité cuando él incrementó el ritmo. Acalorada y enloquecida, busqué su boca mientras sentía cómo mi parte íntima vibraba y lo succionaba con desesperación. Moví las caderas a un ritmo frenético de adelante hacia atrás sin parar. Marcello soltó un gemido gutural mientras, enloquecido, me apretaba y me besaba con pasión insana. Cogió mis pechos con las manos y no pudo más. Soltó un jadeo varonil, se dejó ir en el mismo momento en que yo gritaba.

—Oh, cielo...

Nos abrazamos mientras nuestros cuerpos temblaban ante lo ocurrido.

—Eres mi mundo, Marcello —musité con el corazón en la mirada.

Con la respiración acelerada, continuamos abrazados uno encima del otro. Marcello me acariciaba la espalda de un modo muy tierno.

—Juntos de la mano —me susurró—, sin miedo a nada, mi amor.

Me abracé a él con vigor.

—Siempre juntos, cielo. Siempre.

«Siempre».



## Marcello - Romiau y Juliau

**E**l fin de semana ensayamos con mis hijos y sus compañeritos de clase la pieza teatral que presentarían en la escuela. Erich, Jonás y Peter fueron mis asistentes. Los demás padres no podían, ya que trabajaban. Nosotros estábamos de vacaciones, así que aprovechamos para estar con nuestros hijos lo máximo posible.

—¿Sigues teniendo pesadillas? —me preguntó Peter.

Asentí con un leve cabeceo mientras evocaba lo que había leído en una página de internet sobre el ángel Arael.

*«Arael es el decimoquinto Ángel. Es uno de los Ángeles más poderosos ya que tiene la capacidad de penetrar en la mente humana, atacando la psique de un organismo vivo. Apareció en un lugar casi inalcanzable, fuera de la atmósfera de la Tierra».*

No sabía si su parecido o si era su manera de ser lo que me había impactado, pero aquel ángel marcó un antes y un después en mi vida tras aquel sueño. Incluso solía pedirle ayuda en algunas misiones y muchas veces, podía sentirlo, como una voz dentro de mi ser, una voz que me salvó en dos ocasiones de la muerte.

—Veo rostros y escucho gritos —le dije mientras nos dirigíamos a la escuela—, fuego y dolor.

Erich se santiguó.

—Las últimas misiones te afectaron mucho —me dijo mi cuñado en tono paciente—, reza a tu ángel de la guarda.

Me dijo lo mismo Engel.

—Eso haré.

Los niños gritaron de alegría al vernos.

—No hago teatro desde que tenía cinco años —resaltó Peter.

Jonás y Erich se cruzaron de brazos con una amplia sonrisa en los labios. Subimos al palco con los niños.

—¿Queréis ser los mejores? —chillé a voz en cuello y todos empezaron a llorar.

«Mierda».

Me había olvidado que no eran mis hombres, sino pequeños humanos de seis añitos. Mis colegas trajeron chocolates para amenizar sus llantos. Engel me miraba con atención, fue el único que no se echó a llorar.

—Lo siento —les dije mientras ellos hipaban—. Lo siento mucho —les palmeé sus pequeñas espaldas.

Varios de los niños abrazaron a mis amigos anegados en lágrimas.

—Ruge ya —me dijo Erich, imitando al niño feo del especial de Navidad de Shreck—. ¡Qué rujas! —acotó y le fulminé con la mirada—. ¡Ruge ya!

¿Os dije lo pesado que era mi cuñado? Sentí un dolor sordo en el pecho ante el llanto de aquellos indefensos niños, pero me desentendí del tema y adopté mi posición de profesor de teatro.

—Quiero hacer pis —dijo Angelica, que tiraba de mi camiseta negra con insistencia—.

Necesito ir al baño, señor Shreck.

Mis amigos se echaron a reír.

—Imbéciles —mascullé y rieron aún más—. ¿No puedes irte sola, cielo? —le dije.

Ella negó con la cabeza, agitando sus rizos rubios de un lado al otro con impaciencia.

Empezó a dar saltitos.

—Tengo que ir ya, por favor, papá de mi novio.

Su afirmación dibujó una mueca de asombro en mi cara.

«¿Papá de mi novio?».

—¡Erich! —grité— ¿puedes llevarla al servicio, por favor?

Me miró enfurruñado.

—¿Por qué no la llevas tú?

Compuse una mueca de dolor.

—Tú tienes una hija de su edad —convine—. Por eso.

Él vino protestando y llevó a Angelica al baño protestando. Peter y Jonás acababan de bajar las cajas de disfraces cerca de mis pies. Los niños saltaron alrededor de las mismas y empezaron a revisar los atuendos.

—¿Qué pieza haremos? —demandó Jonás—. Son tan pequeños aún —se recogió su larga melena en un rodete improvisado.

Busqué el cuaderno que me había entregado la profesora y leí lo que anotó.

—Romeo y Julieta.

Mis amigos resoplaron indignados ante la elección de la maestra. Erich retornó con Angelica, y la posó en el piso.

—Me casaré contigo —le dijo ella—. Ian es pasado —Erich sonrió de costado.

Ahora ya conocía su ex, mi hijo número dos. Ian le sacó la lengua y ella también. Engel, que estaba en medio de los dos, negó con la cabeza y sonrió.

—Mujeres —dijo Ian y no pude evitar sonreír.

—¿Qué queréis hacer? —les preguntó Erich, adoptando una actitud seria—. Haremos lo que vosotros queráis.

Los niños se miraron boquiabiertos y luego nos miraron con expectación.

—¡Sí! —chillaron y dieron unos saltitos.

Decidimos transformar la famosa pieza de William Shakespeare en algo más divertido, mezclándola con la obra de Andrew Lloyd Webber «*Cats*».

—¡Gatitos medievales! —gritó Erich.

—¡Será genial! —dijimos y chocamos los cinco en el aire como si acabáramos de resolver un complicado problema de álgebra—. Ni Albert Einstein sería tan brillante —dijo Erich, entusiasmado.

Peter se encargó de conseguir los disfraces. Jonás y Erich montarían las nuevas escenas mientras yo escribiría el guion.

—¿Qué puedo poner?

Los niños empezaron a jugar mientras nosotros organizábamos la pieza teatral. Erich y Jonás clavaban concentrados, cuando de pronto, mi cuñado me dijo:

—Tus gemelos son tu fotocopia, Marcello. ¡Eras igualito a ellos! —sonrió con nostalgia—.

Pero más petulante y avaricioso. ¡Jamás nos invitabas tus cosas!

Peter acababa de llegar con unas cajas en las manos. Las bajó sobre el pavimento y lanzó una mirada de incredulidad a Erich, que seguía concentrado en su labor.

—¿Más que tú, Erich? ¡Imposible!

El rubio giró el rostro y le sacó la lengua, Peter le devolvió el gesto. ¡Vaya! ¡Qué maduros! Jonás rio a mandíbula batiente.

—Continuáis siendo los mismos niños que conocí en el jardín —repuse y ambos me sacaron la lengua—. Mayores, pero inmaduros —acoté y Jonás rio aún más.

—¡Sois unos payasos! —nos dijo Jonás—. ¿Cuándo maduraréis?

Le lanzamos unos peluches.

—¡Nunca! —voceó el vikingo tras devolvernos los juguetes con poca delicadeza—. ¡Sois como mis primos!

Negué con la cabeza antes de continuar con mi tarea.

—¿Te cuento un chiste de vikingo rubio? —le dijo Erich, sonriendo.

Jonás soltó un resoplido de indignación, pero mi cuñado no comprendía ciertos gestos.

—¿Cómo puedes tener entretenido a un vikingo rubio? —preguntó Erich.

Alargó una hoja a Jonás que daba y daba la vuelta el papel.

—Dándole un papel que diga en los dos lados «dame la vuelta».

Jonás arrugó el papel y lo lanzó a la cara de Erich, que reía a mandíbula batiente.

—Corre —le dijo él y mi cuñado obedeció sin rechistar—, ¡te mataré, rubio!

Peter y yo los miramos con expresión de incredulidad mientras los niños gritaban eufóricos a nuestro alrededor. Me levanté y convoqué a todos para iniciar el primer ensayo.

—Cathy, tú serás Juliau Portokalos y Engel será Romiau Miller —dijo Erich.

¿No era Julieta Montesco y Romeo capuleto?

—Los protagonistas de «Mi gran Boda Griega» ¡son la leche! —lo miré más confundido que Cristiano Ronaldo en la NBA—. Idea exclusiva de tu hormiguita.

Erich y Anna eran fanáticos de las comedias románticas.

—Hola —le dijo Cathy a mi hijo.

Engel le sonrió.

—Ian, por su parte, será el gato más egoísta del mundo: George Cat Wade.

Puse cara de Madonna mirándose al espejo sin maquillaje. ¿Quién cojones era ese?

—¡Protagonista de Amor a segunda vista con Sandra Bullock y Hugh Grant! —recalcó con efusión mi cuñado.

Negué con la cabeza. Erich me miró con perplejidad.

—¿De qué planeta eres, Hoffmann?

Decidí no replicarle.

—¡Qué empiece la obra! —gritó Erich, y los niños saltaron de alegría a su alrededor.

Nos desternillamos ante las interpretaciones jocosas y desastrosas de los niños. Erich casi se hizo pis y Peter incluso lagrimeó. Jonás tuvo un ataque de tos y Erich le dijo que era normal a su edad. El vikingo le lanzó algo a la cara y todos nos echamos a reír.

—¡Eres un irrespetuoso, Müller!

—Habla con mi mano, Stolz.

Erich, a modo de venganza, contó un chiste de vikingo rubio:

—Llaman a la puerta y un vikingo rubio se levanta de la cama. Por equivocación, se pone la bata de su mujer —Jonás bostezó—. Abre la puerta y el lechero le da un beso. Cuando vuelve a la cama le dice a su esposa: Cariño, creo que la mujer del lechero tiene una bata como la tuya...

Los tres le lanzamos peluches.

—¡Amargados! —nos gritó.

Grabé el beso de Cathy y Engel, que se limpiaba el moflete cada vez que ella le plantaba un

beso gatuno.

—Ella no me besa, me lame, papá.

Cathy tomaba muy en serio su papel de gata.

—¡Los gatos no besan! —le dijo Cathy—, lamen e incluso lamen sus culitos.

Engel abrió mucho los ojos y yo también.

—Solo en la mejilla —le dije y ella asintió—. Estos niños me asustan —musité, anonadado.

Peter y Erich trajeron algo para merendar media hora después.

—¡Merienda! —dijimos y repartimos a cada uno su bandeja de dulces—. Disfrutéis.

Lo mejor de los ensayos era la hora de la merienda y la siesta. Recostamos a cada uno sobre las almohadas y luego los tapamos con sus finas mantas de terciopelo. Tenía sus ventajas tener tantos hijos.

—Son tan hermosos y tan inocentes —dijo Peter tras servirme algo de tereré—. Al menos mientras duermen.

Erich y Jonás los miraron con ojos melosos.

—No deberían crecer, deberían quedarse así para siempre —acotó el vikingo.

Suspiramos hondo y ladeamos las cabezas de forma sincronizada.

—En especial las niñas —dije y volvimos a suspirar y ladear las cabezas al otro lado.

Estábamos sentados en el alféizar de la ventana, mirando el patio de la escuela mientras llovía desapaciblemente. Anna me envió un audio, mi hormiguita estaba resfriada y por ende no pudo venir a los ensayos para no terminar contagiando a los niños.

«Te amamos» dijeron ella y mis hijos.

—El martes viajamos a Australia —mencionó Peter y volvimos a suspirar como unas damiselas en apuros—. Odio alejarme de mi familia.

Ángelo, el amante de Augusto, nos dio una dirección, una ilusión, una esperanza de coger a su novio. Tras una sesión de tortura, evidentemente. Era la peor parte de nuestro trabajo, torturar a los inocentes.

—Por fortuna, no usamos la vieja estrategia nazi —resaltó Jonás, como si me hubiera leído la mente—. La tortura psicológica es mil veces más efectiva.

Amenazar a alguien con que matarás a su familia siempre funcionaba.

—Te preocupa Anna, ¿no? —me demandó Peter.

Mi mujer siempre me preocupaba. Verla triste era mi peor tortura.

—Ella es muy fuerte —alegó con tanto fervor Erich, que la preocupación se ofuscó por unos instantes—. Es una guerrera.

Anna Bellini era mi debilidad, pero también mi fortaleza.

—Popeye necesita sus espinacas y Anna sus bombones —dijo mi cuñado y nos reímos entre dientes.

Jonás me miró sonriente.

—Eso explica por qué Valentina siempre lleva bombones cuando va a tu casa.

Giré mi rostro y oteé con expresión ladina a mi amigo. ¿Con que Anna traficaba bombones bajo mis narices? ¡Toma ya!

—¿Quién dijo eso? —adujo el vikingo y me reí—. No me delates, Valentina es capaz de castrarme.

—Las pulgarcitos son terribles —le dije y nos reímos.

Nos levantamos tras mirar la hora.

—¡A ensayar! —dijo Peter.



## Romiau & Juliau

El fin de semana llegó y con él la gran pieza teatral «*Romiau y Juliau*» versión Cats. Sarah, Alejandra y Aramí pintaron las caritas de los niños mientras Anna y Paula les ayudaban a ponerse sus trajes de gatitos. Valentina, Gigo y Alexis hacían el resto.

—¡Me pica! —se quejó Ian—. Me pica el popo, papi...

Le dije que si todo salía bien iríamos a comer una rica hamburguesa tras el final de la obra. Era chantaje, pero siempre funcionaba.

—¡Cajita feliz! —chilló saltando.

Me prometió que se portaría bien y que diría exactamente lo que habíamos ensayado. Saori y Anya tomaban fotos de todos.

—¡Registraré todo! —exclamó mi hija—. ¡Mis muñequitos! —besó a sus hermanitos—. ¡Os amo!

Anna se acercó a ellos.

—¡Mis amores! ¡Mis tesoros! —dijo al ver a nuestros gemelos con sus disfraces de gatito. Engel era morisco e Ian rojizo como Garfield—. ¡Os voy a comer a besos!

Anna besó sus caritas.

—¡Mami! —dijo Ian—. No estamos solos —miró a sus compañeritos.

Engel, a su vez, se abrazó a ella y le dio un beso muy cariñoso.

—Mi príncipe hermoso.

—¡Al palco! —dije con cierta tiranía, ya que faltaban solo diez minutos para el inicio de la gran obra—. Por favor...

Los niños resoplaron antes de formar fila y marcharse al palco ordenadamente como me gustaba.

—Te amo —me dijo Anna, y me dio un beso muy fogoso.

—¡Iukk! —exclamaron los niños y no pude evitar reírme.

No pensarán igual a los doce años o, al menos, eso espero.

—¡Buenas noches, señoras y señores! —dijo la maestra—. Hoy los alumnos presentarán la pieza teatral renombrada del dramaturgo inglés, William Shakespeare: «Romeo y Julieta» adaptada a la obra musical de Andrew Lloyd Webber «Cats». ¡Romiau y Juliau!

Todos aplaudieron.

—¡Disfruten!

Peter corrió las cortinas con la ayuda de Jonás. Las mismas quedaron atascadas a medio camino. Los ayudé, pero la muy desgraciada no cedió con facilidad. Jonás se tropezó y casi perdió el equilibrio. Risas irrumpieron el salón ante nuestra desesperación.

—Te dije que la revisarás ayer —protesté y la cortina cayó sobre nosotros tras la presión que ejercimos, el público rio aún más ante la jocosa escena—. Mierda —musitamos.

Los niños también rieron.

—Mr. Bean —le dije a Peter, que me fulminó con la mirada—. Dos en uno —acoté y Jonás también me pulverizó con la mirada.

Retiramos a toda prisa la maldita cortina.

—Quiero hacer pis —dijo Angelica, y se robó más risas.

Erich la cogió y la llevó al baño a toda prisa, cruzando el palco con ella entre brazos. Se robó más carcajadas del público. Encendí la luz central mientras Jonás y Peter ordenaban a los

niños en sus sitios correspondientes. Uno de ellos salió corriendo y yo tras él. Me detuve cuando Anna me pidió que posara para ella. Peter y Jonás empezaron a discutir mientras Erich colocaba a Angelica entre los niños. Peter lo empujó. ¡Dios! Me metí en la pelea y les dije que todos estaban mirándolos. A cambio, me gané una patada de cada uno. El público reía a mandíbula batiente de los peores productores del planeta. Les empujé con poca delicadeza y el teatro al fin empezó.

—¡Romiau! ¡Romiau! ¿Dónde estás que no te veo mi gatito hermoso y perezoso? —dijo Cathy con su dulce y melodiosa voz—. Miau... miau... —maulló y todos suspiraron hondo.

¡Estaban para comérselos a besos!

—Miauuu —maulló ella.

Mis amigos y yo no éramos buenos guionistas, claro estaba. Engel apareció gateando.

—Hijo, ¿qué haces? —le murmuré.

Giró su hermoso rostro y me lanzó una mirada elocuente.

—¿Acaso los gatos no gatean, papi? —dijo y todos se rieron—. Hoffi nunca caminó —matizó con una seriedad encantadora.

Me puse pensativo antes de asentir. ¡Era un genio! Peter grababa la obra con su videocámara último modelo, lo resaltó unas cinco veces durante los ensayos.

—¡Juliau, Juliau! Amor mío, aquí estoy, soñando con lamerte la patita —dijo Engel—. He venido a entregarte mi corazón y un cuenco repleto de Whiskas de pescado como prueba de mi amor.

Engel lamió la patita y se pasó por la cabecita como un buen gatito, robándose suspiros y risas del público.

—¡Ahhh! —chilló Ian, que era un gatogro—. ¡Ella nunca será tuya!

Engel se volvió trepidante y le mostró los dientes y las uñas. Me mordí el labio inferior y sonreí ante la actuación de mis hermosos gemelos.

—¿Quién eres tú? —dijo Engel, mostrándole la patita en un gesto de enfado gatuno.

Ian se sentó y levantó la pierna derecha, fingiendo que se limpiaba la patita. ¡Más risas! Antes de salir de casa le dije que imitara a nuestro gato, pero no pensé que lo haría al pie de la letra.

—Soy el malo de la historia, ¿acaso no te diste cuenta, Engel? —dijo con tanta inocencia que no pude evitar reírme.

Engel entrecerró los ojos.

—Soy Romiau, no Engel —le corrigió a modo de confidencia—. ¿No recuerdas lo que ensayamos?

Más risas.

—¡Ahhh! ¡Es George Cat Wade! ¡El gato más egoísta del planeta! —gritó Cathy desde el balcón.

Guion de Erich y Jonás, por cierto. Ian la miró con expresión ladina y soltó un maullido muy jocosos, que se robó más risas.

—¡No es cierto! ¿Acaso conoces a todos los gatos del planeta? —replicó él con sorna.

Anna gritó eufórica y me robó una risotada.

—¡Posa para mamá!

Ian obedeció, se levantó y posó para su madre, robándose más risas del público.

—¡Te amo, mi vida!

Ian volvió a su anterior posición.

—¡Lucharé por tu patita! —chilló Engel—. ¡Por las cuatro patitas!

Dicho esto, mordió una de las orejas de Ian, que a su vez, le cogió la cola a él. En medio de



la pelea, aparecieron los otros gatitos y pelearon entre ellos, rodando por el palco y robándose suspiros y risas.

—¡Mi gata en celo! —gritó de improviso Ian.

Angelica y Sofia lo miraron con asombro.

—¿Qué es eso?

Él se encogió de hombros.

—Mi papi le dijo así a mi mami antes de salir de la casa —dijo y me quise dar un tiro.

«¡Qué me trague la tierra y me escupa en alguna lejana dimensión gatuna!».

Tomé nota mental: No decir ciertas cosas frente a mis hijos. Los gatitos del bando de Engel pelearon con los de Ian. ¡Fue la escena más tierna del teatro! Luego aparecieron los gatingos, una mezcla de gatos con vikingos.

Laura apareció con sus alitas, imitando una mariposa mágica, idea exclusiva de Peter. ¡Éramos los peores guionistas del planeta!

—¡Romiau, te concedo la felicidad con Juliau! —dijo y Cathy bajó las escaleras mientras «Cuban Pete» sonaba de fondo.

Los gatitos hicieron el trencito levantando las patitas al compás de la simpática canción, que, de un momento a otro, empezó a sonar de un modo muy raro, parecía que la estaban rebobinando. Erich y Jonás corrieron para revisar el reproductor de música. Chocaron entre sí para variar.

—La escena final —le susurré a Engel—. El final —les dije.

Engel y Cathy gatearon y rozaron sus naricillas en un gesto de amor.

—¿Nunca me dejarás, Romiau?

Él negó con la cabeza y ambos maullaron.

—Hasta que termine el teatro no.

Más risas. ¿Tenía que ser tan específico?

—Miau... miau... —dijeron ambos y se robaron unos suspiros.

¡Los gatitos fueron felices para siempre entre perdices y mucha leche!

—¡Quiero hacer pis! —gritó Angelica, y una vez más, Erich cruzó el palco con ella entre brazos.



## Anna - El canal de Anna & Gigo

Gigo acababa de instalar la videocámara que usaríamos para nuestro blog en el canal de YouTube. Paula me había dado la idea el otro día mientras merendábamos en su mansión. Ella y Alexis participarían de vez en cuando, al igual que mi buena amiga, Valentina.

—¿Harás el tarot angelical? —me preguntó Gigo.

Una rara sensación me recorrió de pies a cabeza, en especial al evocar a Marcello y su rara investigación sobre los ángeles. Nunca le dio importancia antes, pero ahora, era como si necesitara saber más de ellos, como si algo lo impulsara a buscarlos. En especial a Arael, el ángel que podía leer la mente humana.

—No, creo que no.

No quería mentir a la gente.

—Debo estudiarlo antes, Gigo.

La vela que encendí a la imagen del ángel minutos atrás se apagó de repente y un jadeo se me escapó del pecho.

«Anna» dijo una melodiosa voz en mi cabeza.

—¿Escuchaste esa voz, Gigo?

Mi amigo tenía la mirada clavada en el portátil.

—¿Perdona?

Volví a encender la vela y el aroma dulzón de la vainilla asaltó mis fosas nasales. Una indescriptible paz se adueñó de mí.

—Nada.

«Ellos están aquí».

En el canal hablaríamos de todo: Comida, cine, literatura, comida, moda, comida, series y comida. El programa lo grabábamos mientras mis pollitos estaban en la escuela o haciendo la siesta. Momento ideal para trabajar, gratis, pero trabajar al fin.

—Sabes, Gigo —le dije con cara de periodista de CNN—, el mayor villano de nuestras dietas no es la comida —Gigo me miró con atención—, sino el metabolismo.

Gigo asintió condescendiente.

—Por ello en la serie «Flash» llaman «Metahumanos» a las personas que sufrieron alguna mutación tras aquella explosión —dijo con cara de Albert Einstein—. Serían como los parientes del metabolismo, hermano gemelo de Merlín, uno de los malvados de Arrow.

Miré la cámara con expresión acusativa y apunté la misma con el dedo índice.

—Metabolismo, le has fallado a la dieta —dije con voz seria.

Gigo se arregló los rizos con mucha gracia.

—Una de nuestras seguidoras ha enviado una pregunta, Gigo.

En realidad, era Paula. Teníamos unos veinte seguidores hasta el momento y la mayoría eran nuestros conocidos. Pocas visualizaciones y más likes negativos que positivos. Pero no desistiríamos fácilmente. ¡La fama era el límite! O, hasta donde nos durara el entusiasmo.

—¿Qué opinas de la serie Arrow?

Mi amigo puso sus ojos en blanco y se mordió el labio inferior con lascivia. Tuve que darle un golpecito en el muslo para que se recompusiera.

—Ay —se abanicó con ambas manos la cara—. La serie es muy buena, pero Oliver Queen

—golpeó la mesada con los puños y empezó a retorcerse como si acabara de tener un orgasmo—. ¡Amo su flecha verde!

Giré el rostro hacia la cámara y puse cara de espanto.

—¿De qué estás hablando, Willis?

Aquella frase siempre se me escapaba. Leí a toda prisa el SMS que me había enviado Aramí, a continuación. ¡Qué papelón!

—Nuestra seguidora de Paraguay —resalté con entusiasmo—, nos dice que ama nuestro canal —le lanzamos unos besos—. ¡Gracias, Aramí!

Gigo guiñó un ojo.

—Saludos a tu hermoso marido y a tus preciosos cuñados —lanzó un beso estrepitoso.

Le di un golpecito en el brazo y él me miró con falso disgusto. Cogí mis anotaciones tras suspirar hondo.

—Retomando el tema del metabolismo —continué—. Han inventado barritas y batidos de 500 calorías para sustituir una comida —Gigo puso cara de can rabioso—, ¿cuándo inventarán una pizza cuatro quesos del tamaño de un edredón, pero con tan solo 200 calorías? ¿Es mucho pedir?

Mi amigo meneó la cabeza en un gesto negativo.

—En síntesis, Anna —me miró con firmeza—, lo único fácil en esta vida es engordar...

—Así es, Gigo —dije con expresión seria.

—Consejo del día —dijo Gigo.

Miré a la cámara con atención.

—Cuando alguien te diga que has comido demasiado para pedir un postre —Gigo puso cara de chico enfadado—, aléjate de esa persona, porque tú no necesitas ese tipo de negatividad en tu vida.

Apagamos la cámara tras despedirnos de nuestros amigos.

—Somos un desastre —dije abatida—. Encima una me dijo que mi marido es imaginario.

Mi amigo se rascó el mentón algo abatido.

—No sé cómo llamar la atención de las personas, Gigo.

Me sentía tan frustrada.

—¿Cómo lo hizo Netflix o Amazon?

La pregunta de mi amigo me recordó el día que le hablé a Marcello de Netflix por primera vez...

—*Necesito con premura Netflix, Marcello.*

*Él acababa de salir del cuarto de baño envuelto en una toalla blanca. Me mordí la piel interna de las mejillas en un acto involuntario. ¡Aquel abdomen de ensueño me tenía embelesada desde 1998!*

—*Ahora necesito otra cosa —le dije tras acercarme.*

*Me miró con expresión ladina. Su sonrisa acarició mi corazón y humedeció ciertas partes secretas de mi cuerpo. ¡Ese alemán podía conmigo!*

—*¿Qué es Netflix, cielo? —me preguntó tras rociarse algo de perfume—, ¿una marca de chocolate?*

*Puse cara de espanto. ¿No sabía qué era Netflix?*

—*¿De qué estás hablando, Willis? —le dije con el tono típico de Arnold—. ¿No sabes lo que es Netflix? ¿Eres agente o qué?*

*Marcello esbozó una sonrisa taimada. ¿Me estaba tomando el pelo? Lo miré de pies a*

*cabeza cuando se quitó la toalla. Me mordí el labio inferior antes de alargar la mano y acariciar aquel culo prieto tan perfecto.*

*—Es la mejor invención del hombre —le dije tras abrazarme a él y besarle la espalda algo húmeda—, después de ti, mi amor —le lamí.*

*Marcello acarició con afecto mis brazos mientras le llenaba de besos el dorso. ¡Olía a gloria! ¡Sabía a gloria!*

*—¡Vaya! —soltó con sorna—. Pensé que era algo de Nesquik o Nestlé —se mofó y me robó una risotada—, tú anótame, yo lo miraré tras retornar de mi reunión, cielo.*

*Le mordí la espalda con afecto.*

*—Eres delicioso, Marcello...*

*—¿Más que tus bombones?*

*Puse cara de mujer intelectual a punto de llegar al orgasmo. Sopesé las posibilidades.*

*—Bueno, eres un bombón humano, mi amor.*

*Se rio con toda el alma.*

*—¿Y esto? —me preguntó al encontrar unos bombones en la gaveta de sus relojes. Alargué el cuello.*

*«Me equivoqué de refugio» pensé con rabia. Luego miré a mi marido con expresión de niña incapaz de romper un plato.*

*—¿Y la dieta, cielo? ¿La has dejado?*

*Me crucé de brazos y me hice la ofendida.*

*—¿Por qué supones que son míos?*

*Marcello se echó a reír.*

*—¡Eres todo un personaje, mi amor!*

La voz de mi amigo me devolvió al presente de golpe.

—¡Dios mío!

Seguí su enfoque y supe al instante lo que podíamos hacer para aumentar el número de audiencia en YouTube.

«Marcello».

Mi delicioso marido acababa de subir del sótano, sudadito y sin camiseta. Llevaba únicamente unos pantalones chándal, unos guantes sin dedos y una toalla negra colgada del hombro derecho. Gigo me dijo que acababa de tener un orgasmo mental. Preferí no adentrarme mucho en el tema.

—Grábalo —musité.

Gigo se reclinó a la altura de mi oreja.

—¿Qué?

—Grábalo —mascullé.

—¿Qué?

—¡Graba a mi marido! —grité y lo asusté—. Disimula, Marcello se acerca.

Mi marido sonrió ampliamente al verme y creo que también tuve un orgasmo. Me acerqué como una japonesa con dolor de pies y me abracé a él gimoteando como un perrito hambriento y herido.

—Cielo, ¿qué tienes?

—Aparte de hambre, mucha frustración y ganas de violarte, nada.

Se echó a reír.

—Soy un cero a la izquierda, Marcello —besé sus pechos musculosos y sudorosos—. Mi

programa en YouTube es un verdadero fracaso.

Me apartó y ahuecó mi rostro entre las manos. Mi clítoris me palpitaba con fuerza, perdón, quise decir: el corazón.

«Claro» me dijo mi entrepierna y la ignoré.

—Cielo, no quiero verte triste —parpadeé a cámara lenta y él supo al instante lo que anhelaba—. Quieres que aparezca en tu canal, ¿no?

Lo miré con ojos soñadores.

—¿Harías eso por mí?

Enarcó una ceja.

—Sin camiseta...

Abrí los ojos de par en par y sonreí ampliamente.

—¿Harías eso por mí?

Negó con la cabeza a la vez que sonreía con sorna.

—Quieres prostituirme, ¿eh?

Una mueca de estupor se adueñó de mi cara.

—¿De qué estás hablando, Willis?

Al día siguiente...

—Mi marido ha aceptado aparecer en el canal para enseñarnos algunas técnicas de defensa personal.

Marcello sonrió tras quitarse la musculosa, por petición mía. Gigo lo lamió de pies a cabeza con los ojos. Solté un gruñido por lo bajo. ¡Era incorregible!

—Más respeto, Gigo —mascullé.

Mi marido empezó a explicarnos sobre algunas técnicas básicas de defensa personal. Cogió a Gigo por detrás y lo apretujó contra su cuerpo. Mi amigo soltó un gemido de placer más que de dolor. Marcello lo tumbó sobre el piso y se puso sobre su cuerpo. Fruncí el entrecejo al ver la cara de actriz porno de Gigo.

—Usa y abusa de mí, Marcello —dijo el muy desvergonzado.

Marcello le dio un azote en el culo.

—¡Más, por favor! —pidió Gigo con una mueca muy sospechosa.

Mi marido resopló antes de incorporarse.

—Es inútil, cielo.

—Lo es —dije enfurruñada.

Marcello siempre aparecía en nuestro canal, a veces como mi ayudante de cocina y otras veces solo como mi marido. La audiencia aumentó un 1000%.

—Hoy prepararé una deliciosa ensalada —dije mientras Marcello cortaba algunos tomates a mi lado—. Tras mezclar las verduras, añade algo de yogurt, jamón, aceitunas y trocitos de queso.

Marcello escrutó con expresión ladina mi súper ensalada.

—Y no olvides mentalizar —miré la cámara— una rica ensaladita engorda menos que una enorme pizza...

Mi marido rio por lo bajo.

—Hasta mañana...

En menos de un mes, aquel vídeo tenía más de tres mil likes y cientos de comentarios. Me pedían más vídeos con él y sus amigos, que aparecieron un par de veces sin camisetas, idea exclusiva de Valentina que también participó un par de veces.

—¡Hola, hormiguitas! —saludé con euforia a mi público—. Hoy tenemos visita

internacional —Gigo colocó la canción «Hey, ya» del grupo Outkast—. Os presento a mi amiga española, ¡Valentina González!

Gigo y yo aplaudimos. De entrada, mi amiga se tropezó y casi derrumbó la videocámara.

—Lo siento —nos dijo azorada—. Buenas tardes —saludó a la cámara—. Soy Valentina González, la escritora —acotó tras exhibir su novela—. Por si os apetece leer alguna novela de amor con un bello y sexy vikingo —dejó de sonreír—. El vikingo en cuestión existe y es mi marido —dijo algo molesta—: Para aquellas que me dijeron que lo había inventado. Mi marido es tal cual lo describo en mi novela.

Valentina se puso algo agresiva.

—Si pudiera les daría buenos golpes con la raqueta eléctrica —les amenazó—. ¡Mi vikingo existe y es solo mío!

Sonreí emocionada al escucharla. ¡No era la única a prostituir a mi marido!

—Bienvenida, Valentina.

En el fondo sonaba la canción de la película «*Pretty woman*», obra de Gigo, claro estaba.

—Hoy cocinaremos un delicioso pollo al horno con albahaca y patatas —comenté animada—. ¿Has traído el pollo, Valentina?

Mi amiga asintió con energía. Se apartó y cogió una casita de gato, luego la abrió y sacó una gallina de la misma. Gigo y yo abrimos mucho los ojos. El asombro se apoderó de ambos.

—Más fresca imposible —matizó ella, sonriendo de oreja a oreja—. Aunque me da mucha pena su destino —besó su cabecita—. ¿No podíamos cocinar solo las patatas con las albahacas?

La miramos horrorizados.

—¿De qué estás hablando, Willis? —dijimos al unísono.

Valentina cogió con manos temblorosas un cuchillo y nos preguntó quién haría el trabajo sucio. La canción de la película «*Psicosis*» comenzó a sonar de fondo, obra exclusiva de Gigo. ¡Jamás mataría una pobre e indefensa gallina! La única vez que intenté hacerlo fue en 1996 con Paula. Primero le contamos historias tristes, anhelando que muriese de tristeza, pero no funcionó. Por último, la emborrachamos con vino y la dejamos en el jardín, esperando que se golpeará la cabeza con algo y tuviera un traumatismo craneal, pero no funcionó. Al final la adoptamos y la bautizamos con el nombre de Nana Fine, por su peculiar voz. Murió un año después, de una rara enfermedad y lloramos por una semana consecutiva.

—¿Lo harás tú o Gigo? —demandó Valentina y me arrancó de mi trance de golpe.

Puse los ojos en blanco.

—Pero ¿quién es el rubio de la relación, Valentina? —le dije enfurruñada—. ¿Tú o Jonás? —maticé por si no comprendió mi alusión.

Ella abrió la boca para replicarme, pero la volvió a cerrar cuando la gallina voló sobre nuestras cabezas. La banda sonora de la película «*Misión Imposible*» empezó a sonar mientras intentábamos cogerla. Jonás apareció para ayudarnos cuando escuchó nuestros gritos. Marcello llegó minutos después, pero ninguno logró atraparla. Leticia, nuestra nana, la cogió sin mucho problema.

—¿Agentes, eh? —les dije—. Deberíais contratar a Leticia —me mofé y a cambio me gané una nalgada de mi marido—. Mmmm... —Marcello sonrió al ver mi mueca de Lolita.

Valentina acarició la cabecita de la gallina.

—Creo que la adoptaré —dijo con una sonrisa—. ¿Qué te parece, vikingo?

—Genial, Pulgarcito.

Días después...

—Los niños en general tienen perros o gatos como mascotas —comentó Jonás con sorna el

fin de semana—, pero no, mi hijo prefiere una gallina.

Walter paseaba con su gallina, que incluso tenía una correa.

—Vikinguita es parte de la familia —dijo Jonás y Marcello se echó a reír—. Eso que no la viste con esto —se arrodilló y le puso un tipo de gorro con dos cuernos—. Ahora sí está hecha toda una guerrera nórdica.

Valentina no dijo nada y eso me llamó mucho la atención.

—¿Pasa algo, Valentina?

Mi amiga resopló.

—Le dije a Jonás que no le pusiera ese nombre a la gallina —musitó bajito—, solía llamar a mi... mi... —miró hacia abajo—, ya sabes...

—¿Tan peluda la tienes? —le dije entre risas y ella se enfadó aún más—. ¡Es una broma! —la seguí—. ¿Por qué no la llamasteis Macarena?

Valentina resopló hastiada.

—¿Tortillita española? —acoté y la hice reír al fin.

Gigo entró disparatado en la casa.

—¡Anna! ¡El vídeo de Vikinguita tiene más de cien mil visualizaciones!

Valentina y yo lo miramos estupefactas. ¿De qué vídeo hablaba?

—¡Oh, no! ¡Gigo!

Gigo corrió por toda la casa cuando empezamos a perseguirlo. ¡El muy cabrón posteó aquel desastroso vídeo! ¡Y colocó «La Macarena» de fondo mientras intentábamos coger a Vikinguita!

—¡Anna! —chilló Marcello desde la puerta.

Valentina y yo ralentizamos los pasos de golpe. Supusimos que ya vio el dichoso vídeo en YouTube.

—¡Valentina! —chilló Jonás.

Supusimos que él también lo vio. Valentina y yo nos miramos con cara de espanto como si acabáramos de ver a dos hombres haciendo el amor.

—Oh oh —dijimos, antes de escondernos en la casita del árbol.



## Marcello - Memorias de Marcello

**M**is gemelos y mi sobrino Marcus tenían un partido importante en la escuela de fútbol hoy por la tarde. El orgullo nos envolvió cuando nuestros hijos marcaron los primeros goles mientras Peter nos servía algo de tereré, el calor estaba sofocante aquel verano.

—¡Vamos, hijo! —chilló Erich.

Me levanté y llevé las manos a la cabeza cuando Engel se acercó a la portería.

—¡Vamos, hijos!

Ian marcó otro gol.

—¡Gooool! —gritamos los tres y luego hicimos el baile de la victoria.

Cantamos: «*We are the champions*» abrazados y meciéndonos de un lado al otro, llamando la atención de todos los presentes.

—Por fortuna, cambiamos de repertorio.

Peter y yo empezamos a bailar la canción «*YMCA*» de Village People. Erich no se resistió y nos siguió. Nuestro lado gay, a veces, afloraba sin querer.

—Al menos ya no usamos «*Material Girl*» de Madonna —acotó Erich, y le lanzamos una mirada asesina—. ¡Nuestro pasado nos condena!

Tras el partido, fuimos a casa y vimos la Bundesliga.

—¡Bayern! —gritaron los trogloditas de mis amigos—. ¿Schalke 04 cómo anda? —demandaron con sorna.

Los miré con expresión de incredulidad.

—¿Dortmund está primero? —acoté y ambos resoplaron indignados.

Me enseñaron el dedo corazón.

—*Dummkopf!*<sup>[7]</sup> —me dijeron y no pude evitar reírme.

Bebimos cervezas mientras nuestros hijos jugaban. Nuestras esposas estaban en un cumpleaños, a unas manzanas de casa con nuestras hijas.

—El tiempo ha pasado volando —dije con nostalgia al mirar a mis hijos.

Erich rio por lo bajo y una alarma se encendió en alguna parte de mi cerebro.

—Me viene a la memoria cuando los gemelos tenían seis meses y tú no sabías quién era quién, Marcello —soltó y nos echamos a reír de buena gana.

Evoqué aquel momento esbozando una sonrisa de lado...

*—Debo bañar a los gemelos —anuncié mientras preparaba la bañera de plástico en el cuarto de baño.*

*Erich preparó a los gemelos al tiempo que Peter buscaba las toallas en el armario de los bebés.*

*—¡Son idénticos! —chilló Erich, que les hacía carantoñas—. ¡Hermosos de tío! —hizo un ruido raro—. Nunca vi bebés más monos que los tuyos, bueno, después de los míos.*

*Mis hijos reían con todas sus fuerzas de su tío. Metí la mano en el agua para cerciorarme de la temperatura de la misma. Estaba lista.*

*—¡Los calcetines! —exclamé atribulado.*

*Me levanté a toda prisa, pero era tarde, muy tarde.*



—No le hubieras quitado los calcetines —dije arrastrando las últimas letras—. ¡No! —grité y Peter dio un respingo al oírme.

Erich me miró con asombro.

—¿Los bañáis con calcetines? —me preguntó con expresión desencajada.

Me acerqué y escruté a mis hijos que se reían, quizás de mi cara. Miré a uno y luego al otro sin saber quién era quién. Erich se quedó mirándome hasta que comprendió la razón de mi exabrupto. Abrió la boca en un círculo perfecto de estupor.

—¿No sabes quién es quién? —preguntó Peter, anonadado.

Me rasqué la barbilla y continué mirando a mis preciosos hijos, que agitaban sus pies y sus manos al mismo tiempo. ¡Eran como dos gotas! Ni un lunar, ni una verruga, ni una marca extra que los distinguiera el uno del otro.

—No tengo la menor idea —dije derrotado—. Soy el peor padre del mundo —deslicé mi mano por mi cara—, ahora tendrán problemas de identidad por el resto de sus vidas, ¡todo porque no sé quién es quién!

Erich soltó un grito ahogado de repente y nos robó la atención por completo. Me acerqué a toda prisa y lo miré con fijeza.

—Dios mío —masculló atónito.

Peter se acercó y nos quedamos mirándolo por varios instantes. Erich seguía perplejo como si en lugar de ver a mis gemelos, estuviera viendo un perro con cara de gato. Le di un leve empujón.

—¿Qué pasa, rubio? —le dije con el corazón encogido.

Erich giró el rostro sin abandonar su mueca de terror.

—Yo tampoco sé quién es quién —manifestó y quise ahogarlo en la bañera de mis hijos—. ¡Soy el peor tío del mundo! —agarró su cara con ambas manos—. ¡Compito contigo, Marcello!

Peter le dio un golpe en la cabeza, desordenándole el pelo un tanto rapado aquel verano. Erich soltó un taco y mis hijos rieron ante su reacción.

—¡Sois como vuestro padre! ¡Siempre riéndose de mí! —protestó y aumentó la frecuencia de sus risillas.

Peter y yo nos echamos a reír. Me senté sobre el váter y me reí hasta lagrimear.

—Soy un padre terrible —comencé a lloriquear, como un crío. Pasé de la risa al llanto en menos de dos segundos—. Anna nunca se confunde, pero yo siempre lo hago. Si mi mujer no me dice quién es quién, no lo sé —lloré—. Simplemente... no lo sé...

Peter me dio unas palmaditas a modo de consuelo. Erich frunció el ceño ante mi patética reacción. Últimamente lloraba por todo.

—Son las hormonas —me dijo mi cuñado, algo compungido con la situación—. Me pasa con cada embarazo de mi mujer.

Anna estaba embarazada de nuestro tercer hijo. Los gemelos apenas tenían cinco meses cuando lo descubrimos. Le dije que lo llamaríamos «Oops, I did it again», pero mi esposa no aprobó mi idea.

Peter dijo los nombres de los gemelos, feaciente de que ellos darían alguna señal que los distinguiera el uno del otro.

—Ian —dijo y ambos rieron—. Engel —más risas.

Peter y yo miramos a mis hijos con expresión interrogante.

—¿Te están tomando el pelo? —le preguntó Peter al rubio, y no pude evitar reírme.

Erich se enfadó y me dijo que era el peor padre del mundo. Volví a llorar.

—Tienes razón, eres el peor padre del mundo —repitió y Peter le regañó, pero Erich no se retractó.

—¿Cómo cogí a uno de los narcos más buscado del mundo y no consigo distinguir a mis gemelos el uno del otro?

Me sorbí por la nariz con un trozo de papel higiénico. Peter hizo una mueca de duda antes de lanzar una gran estupidez, típico de los solteros sin hijos.

—Ian era alérgico al aceite de almendras ¿no?

Erich y yo lo miramos como si acabara de darnos una bofetada. ¿Qué me estaba sugiriendo? ¿Qué le provocara la alergia a mi hijo para descubrir quién era quién? Mentalmente, metí su cabeza en el váter.

—Erich es el rubio, pero yo el que dice las tonterías —repuso al ver mi cara.

Erich rio de buena gana, hasta que comprendió el chiste y se enojó. Era rubio natural, sin duda alguna.

Silencio.

Suspiros.

Mocos.

Más suspiros.

Más mocos.

—La próxima vez que Anna les cambié los pañales, revisa quién tiene las pelotas más grandes —propuso y preferí no opinar.

Peter lo miró por varios minutos como si en lugar de verlo a él, estuviera viendo a Freddie Mercury versión Lady Gaga.

—Mejor me callo, ¿verdad? —nos dijo y ambos asentimos.

Bañé a mis hijos y luego los sequé. Reían y acariciaban mi alma con sus inocencias. Empecé a llorar, otra vez. Erich rodeó mis hombros y me dijo que me hacía falta un buen descanso. Mi mujer y yo llevábamos meses sin dormir bien.

—¡Hermosos de tíos! —les dijo Peter al tiempo que hacía carantoñas.

Erich y yo ordenábamos las cosas de mis hijos en sus respectivos sitios. Uno de ellos, que no sabía al cierto quién era, le hizo pis a Peter, justo cuando tenía la boca abierta. Nunca pensé reírme tanto en mi vida.

—¡Ese tiene que ser Ian! —chilló Erich, y lo era, Anna me lo confirmó por la noche mientras lloraba a su lado, reprochándome por no reconocer a mis hijos.

Ella se apiadó de mí y me dijo que con el tiempo sería más fácil. Ya que ellos sabrían sus nombres y no tendría problemas. Asentí sin dejar de llorar.

—Soy un pésimo padre —musité, llorando a lágrima viva.

Ella recostó mi cabeza sobre sus pechos rebosantes y me acarició.

—Eres el mejor padre del mundo —me dijo con su vocecilla de niña inocente.

En lugar de responder, la besé y terminamos haciendo el amor. Los gemelos lloraron minutos después del frenesí.

—Iré yo —le dije, pero mi mujer no respondió, ya que se había quedado dormida durante el coito—. Soy un pésimo padre y también un terrible amante.

Lloré una vez más.

—¡Malditas hormonas!

Nos echamos a reír tras volver al presente.

—¡Malditas hormonas! —dijimos tras entrechocar nuestras botellas.



## Anna - Vida de casados

**M**arcello era mi lector cero y anoche, tras leer mis escenas eróticas, nos pusimos a practicarlas, ¡todas! Incluidas las bajo la ducha. Como había aumentado de peso y, aunque mi marido era muy fuerte, me resbalaba constantemente y de un modo nada sensual.

—Lo siento, cielo —me dijo, azorado.

Se sentó en el piso y me monté encima, no estuvo mal, pero quería mi escena erótica tal cual la había descrito en mi novela. Entonces, Marcello tuvo una gran idea. Colocó un asiento colgante en la pared y ¡solucionado el problema! ¡Mi alemán era tan creativo!

—El avión sale dentro de una hora —me dijo mientras bajábamos las escaleras a la mañana siguiente.

Los niños salieron corriendo hacia el cuarto de juegos para hacer sus siestitas. Leticia se metió en su cuarto mientras Marcello y yo lavábamos y ordenábamos los platos.

—Odio cuando viajas —le dije, a mi delicioso marido.

Marcello sonrió con tristeza.

—También yo, cielo.

Deslicé los ojos en su espalda ancha, en su culo prieto y en sus torneadas piernas. Marcello se volvió sin detenerse en su tarea. ¡Era tan sexi cuando lavaba los platos!

—Quiero que me hagas el amor, Marcello —le dije tras mordirme el labio inferior—, aquí mismo —me acerqué.

Bloqueado, mi marido vio cómo acercaba mi boca a la suya para besarlo. Sin hablar. Sin apenas mirarnos, me cogió entre los brazos y me apretó contra él.

—Oh, cielo —jadeó antes de mordirme el labio inferior—, ¿recuerdas cuando me obligabas a lavar los platos desnudo? —sonreí al evocarlo—, mientras Anya estaba en la escuela...

—¿Te has mirado al espejo, Marcello? ¿Sabes cuán hermoso eres?

Nos besamos con auténtica pasión. Sin delicadeza, posé mi mano sobre su entrepierna y le susurré:

—¿Puede haber algo más sexi que verte desnudo mientras limpiabas los platos?

Unos besos calientes contra la encimera de la cocina nos pusieron a ambos como una moto. Nos deseábamos. Nos necesitábamos. Y sin querer, ni poder remediarlo, con un ojo puesto en la entrada de la cocina, Marcello levantó mi falda vaquera y se bajó la cremallera de los pantalones y, dándome la vuelta, murmuró:

—Odio el sexo rápido, pero creo que no tenemos otra opción, cielo.

Marcello viajaría dentro de poco a España y retornaría en tres días. ¡Tres días! Sus socios vendrían a por él en una hora.

—Hazme el amor, Marcello —imploré al borde del delirio—. ¡Fóllame!

—Oh, cielo —gimió.

No había otra opción. ¡Era de tarde y los niños estaban en el cuarto de juegos! Era arriesgado, pero muy incitante al tiempo.

Me agarré a la encimera que ocultaba mi cuerpo mientras Marcello me sacaba las bragas. Una vez liberada, me separó las piernas, paseó la mano por mi húmeda parte íntima y murmuró en un tono muy sensual:

—Me encanta lo húmeda que te pones, cielo.

Se puso detrás de mí, sacó su duro miembro del calzoncillo y, sin preliminares, me abrió la parte íntima y me penetró. Di un respingo y jadeé.

—Chisss... no seas escandalosa, cielo —me tapó la boca con la mano—, esto evitará que grites...

Agarrándome por la cintura, Marcello soltó una risita por lo bajo y, sin descanso, una y otra vez, me penetró.

—Me encanta como te mueves, cielo... —apretujó mi cintura con ambas manos—, me vuelves loco... —acarició mis senos por debajo de la camiseta rosa—, disfruta, mi amor.

Una y otra vez entraba y salía de mí con movimientos rítmicos y devastadores. Necesitaba aquel contacto antes de viajar, necesitaba hacerme suya.

—Así, cielo...

Marcello comenzó un infernal bombeo que nos llevó al séptimo cielo, y cuando no pudo más, tras un gutural y ronco gemido, se corrió. Le seguí segundos después.

—Oh, madre —susurré dando una última sacudida contra él—. Eres el mejor, agente Hoffmann —jadeé mientras él manoseaba mis senos y mordía mi lóbulo derecho con fervor.

Tras un par de minutos, en los que ninguno de los dos nos movimos, Marcello cogió papel de cocina y me limpió. Luego se limpió y, dándome un cariñoso cachete en el culo, murmuró:

—Eres deliciosa, cielo.

Me volví hacia él y, acercando mi boca a la suya, le dije en tono lloroso:

—Te echaré tanto de menos, Marcello.

Acercó la boca y, sin demora, me besó. Posó las manos por mi cintura y se entregó al apasionado beso.

—Te amo tanto, cielo.

Me estrechó con morriña, como si aquel día fuera la última vez que nos veríamos en nuestras vidas.

—Te amo, Marcello.

Mi marido se marchó minutos después y, antes de subir al avión, me envió un mensaje al WhatsApp.

«Ya te echo de menos, cielo».

Esbocé una sonrisa melosa.

«Y yo a ti».



## Marcello – Primera cita de Anya

**L**legué a mi casa a las seis de la tarde tras un exhaustivo viaje. Bajé del coche cargando un montón de regalos para mi amada esposa e hijos. Mal podía moverme sin sentir dolor en los hombros y en la nuca. Perseguir a los mafiosos no era tarea fácil.

—¡Hogar dulce hogar! —chillé al abrir la puerta principal.

Mi esposa y mis hijos vinieron a mi encuentro, gritando y saltando. ¡Era mi paraíso!

—¡Mi amor! —dijo Anna, antes de lanzarse a mis brazos.

Olía tan bien que la lamería desde la punta de los minúsculos pies hasta la cabeza. Mis hijos me abrazaron y me llenaron de besos. Todos ellos, menos Anya. Miré a los lados y no la vi por ninguna parte. Me rasqué la barbilla algo nervioso.

—¿Y, Anya? —pregunté al tiempo que hundía mi lengua en la deliciosa boca de mi esposa—. Te eché tanto en falta, cielo —farfullé al tiempo que le metía mano—. Tus nalgas me enloquecen, mi amor —jadeé—. Te haré el amor por todas las noches que estuve ausente.

Mi esposa era mi debilidad desde mis diecisiete años. Anna siseó y aquello encendió una alarma en alguna parte de mi cerebro.

—Anya se fue al cine —dijo titubeante.

Enarqué la ceja en un gesto interrogante.

—¿Con Saori? —supuse.

La mueca de mi pequeña mujer contradijo mi suposición. ¿Por qué tanto misterio? Dibujé su cuello con los labios al tiempo que apretaba su trasero con las manos. Un ramalazo de deseo se instaló en mi entrepierna. ¡Dos segundos al lado de ella, y la tenía más dura que el mármol!

—Con Nick —disparó y acertó de lleno el centro de mi pecho.

Me aparté de ella y la miré con desconcierto. El deseo se convirtió en otra cosa. ¿Ira? ¿Celos? ¿Rabia?

Mentalmente me transformé en Hulk y reventé las ropas con bestialidad, siguiendo con los muebles y las paredes. Anna rodeó mi cintura con los brazos y me devolvió al presente tras destrozar todo a mi alrededor.

—Ajá —fue lo único que dije.

El hijo de Nicolás Ricci era un peligro para mi bella e inocente hija.

«¿Aún será inocente?».

¡Tenía catorce años! ¡Ni siquiera el promiscuo de Erich comenzó tan temprano!

«¿O sí?».

El fin de semana siguiente, mi hija volvió a salir con Nick, pero esta vez decidí seguirlos inventando una reunión imaginaria a mi mujer. Erich, Jonás y Peter me acompañaron en una de mis misiones más difíciles. Además, los cuatro necesitábamos salir y despejarnos un poco la mente tras la captura de Ramón Aguilar, el narco mexicano que había secuestrado al hijo de un empresario italiano, durante sus vacaciones por tierras españolas. La misión fue bastante peligrosa y exánime.

—Allí están —nos dijo Erich desde su sitio, a unos metros de nosotros—. Van hacia el cine —bostezó y terminó contagiándome—, tengo hambre —los tres resoplamos—, insensibles...

Estábamos conectados a través de una línea especial que solíamos usar en nuestras misiones. Era como un móvil, pero sin el aparato, solo con auriculares. Anya reía y bromeaba con

el hijo guaperas de Nicolás Ricci. Mi niña era hermosa y bastante introvertida, al menos lo era antes de mi viaje. ¿Por qué el cambio brusco?

«Está coladita por el ricachón» me respondió mi sagaz y despabilado cerebro.

¡Maldita sea!

—El chico es bastante divertido y guapo —acotó Erich, y aumentó mi desasosiego a niveles insospechados.

Peter se puso la capucha al tiempo que se acercaba a la taquilla para comprar las entradas, a tres personas de mi hija y su pretendiente millonario.

Jonás estaba cerca de la cantina, igualmente encapuchado.

—Y rico —resaltó Peter.

—Y muy caballeroso —añadió Jonás.

Solté un taco bastante soez. ¡Pronto sus hijas tendrán la misma edad que la mía y sufrirán como yo en estos momentos!

—Es un chico muy educado —dijo Peter—. Indefenso.

Erich rio de buena gana mientras Jonás abría una lata de Coca cola desde su sitio.

—¡Marcello también lo era! —dijo y Peter rio por lo bajo—. ¡Indefenso como un corderito!

¿Qué narices quería decir? Yo era un chico bueno, disciplinado, obediente, estudioso y galante.

—Peter era igual —acotó Erich, y Peter le dedicó el dedo corazón desde su sitio—. Y todos sabemos lo que queríamos en esa edad, ¿no?

—Sexo —comentó Jonás—, y más sexo...

Chuté la pared a un lado y mandé al diablo a mi amigo.

—¿A los cuántos años perdiste tu virginidad, Marcello? —me preguntó Erich.

Río con todo el corazón mientras yo soltaba tacos en varios idiomas.

—Pronto Lena será una hermosa adolescente, ¿a los cuántos años Sarah perdió la virginidad? —retruqué, enfurruñado.

Erich se atragantó con su propia saliva.

—¡Mi hija no perderá la virginidad a los quince años! —chilló y me dio una patada imaginaria en el estómago.

¡¿Qué?! Mi corazón giró sobre sí mismo antes de salir volando de mi boca.

—¡¿Quince años?! —troné y salí corriendo hacia Erich—. ¡Maldito degenerado!

Peter cruzó la calle a toda prisa y se puso frente al malnacido. Jonás también se asomó a nosotros. ¿Anyá no se dio cuenta de nada? ¡No! Estaba demasiado ocupada con su novio guaperas.

—¡Ey! Se ha casado con ella —repuso Peter y me calmé—. Ahora es su esposo.

—Es el padre de tus sobrinos —acotó Jonás tras beber—, el amor es indomable, Marcello.

Aspiré y exhalé varias veces, fingiendo calma ante los tres. Peter se apartó y aproveché la ocasión para saltar por el cuello de aquel degenerado que manchó la pureza de mi hermana bajo mis narices.

—¡Maldito! —exclamé.

El rostro de Erich se quedó morado. Peter y Jonás me empujaron con fuerza.

—¿Quieres dejar viuda a tu hermana? —me gritó, rojo como un tomate—. Además, Anyá y su pretendiente ya entraron al cine.

Me arreglé el suéter negro que llevaba puesto sin abandonar mi mueca de fastidio. Erich se alisó el suyo con ambas manos. Me lanzó una mirada teñida de arrepentimiento. Se habían pasado muchos años, pero la ira era reciente. Decidimos entrar y sentarnos en los últimos asientos.

—Quiero palomitas —dijo Erich—. Permiso —me dijo y me levanté a regañadientes del asiento.

Intercambiamos una mirada desafiante cuando estuvimos cara a cara, como dos gallitos de pelea. Peter le pidió una Coca cola y unos chocolates, andaba con antojos, típicos de los embarazos. Jonás le pidió gominolas ácidas.

—¿Y tú? —me preguntó.

«Una disculpa en condiciones».

—Regaliz —mascullé mientras las personas entraban en la sala y se acomodaban en sus lugares.

Peter y Jonás rieron por lo bajo. ¿Qué les causaba tanta gracia?

—¿De qué se ríen? —les dije—. Capullos...

Peter me indicó algo, mi hija y Nick se abrazaron antes mismo de que empezara la película. Mordí mi puño derecho y grité para mis adentros.

—Oh... oh... —dijo Peter.

Giré el rostro arbolado por la ira y le exigí una explicación con la mirada. Jonás lo miró del mismo modo.

—¿Qué pasa?

Peter me enseñó los boletos y una sonrisa maliciosa curvó mis labios.

—¿It? —dije sonriendo de oreja a oreja—. ¿Los payasos asesinos de Stephen King? —mi corazón estalló de alegría en mi pecho—. Dulce venganza —me froté las manos sin abandonar mi deje victorioso.

Erich le tenía pavor a esa película, a la versión original. No durmió por días y por años le tomamos el pelo por ello. Incluso en su despedida de soltero, las strippers eran unas lindas y sexis payasitas de terror. Erich salió corriendo del lugar y no nos habló por días.

«La venganza es un plato que se sirve frío» dije y sonreí como el Grinch.

Erich retornó con varias cosas entre manos: dos botes de palomitas, varias barritas de chocolate, un paquete de regaliz, gominolas, unas latas de Coca cola y unas galletas de almendra. Le di el paso sin abandonar mi expresión ladina. Peter y Jonás reían por lo bajo. Erich me miró y luego miró a nuestros amigos con desconfianza. Se removió nervioso en su asiento, como un ladrón pillado en plena acción.

—¿Pasa algo?

Negué con la cabeza al tiempo que metía unos regalices en la boca.

—Nada, Erich —balbucí—. Nada, cuñadito.

Las luces fueron apagadas y la tela empezó a mostrar un tráiler. Erich masticaba con voracidad sus palomitas.

—Llevaba tiempo sin salir solo —dijo y rio—. Necesitaba relajarme.

¿Estaba cansado de mi hermana? ¿De sus hijos ¿De haber manchado la pureza de Sarah a tan temprana edad? Peter abrió la lata de Coca cola y el ruido peculiar del gas rellenó el ambiente sombrío. Anya y Nick seguían abrazados. ¡Maldición!

«It» de Stephen King empezó y Erich soltó un grito agudo al ver la película que había elegido mi gótica hija. Todos los presentes se carcajearon ante su alarido un pelín gay, en especial Peter, Jonás y yo.

—¡Me voy! —dijo resuelto y se levantó—. ¡Sois unos cabrones desalmados! ¡Sabéis que le tengo pavor a esta película!

Todos empezaron a gritar a modo de protesta. Le tiré del suéter y le obligué que se sentara en su sitio. Erich protestó y me mordió la mano como un can rabioso. Solté un quejido y lo



empujé.

—¡Te quedarás y verás la película! ¡Es hora de superar tus miedos, agente Stolz! —chillé, iracundo.

Anya giró el rostro como la niña del exorcista y nos fulminó con la mirada. No podía vernos, pero mi voz era inconfundible. El rostro del payaso de la cinta no era tan terrorífico como el de mi hija.

—¿Sabe que somos nosotros? —demandó Jonás sin desviar la mirada del telón.

—Me encanta —dijo Peter.

Era amante de las películas de Stephen King. Mi móvil sonó de repente y la canción «Despacito» asaltó el lugar con su peculiar melodía latina.

—¡Apaga esa mierda! —chillaron los presentes y empezaron a lanzarnos palomitas.

Anya ya no tenía dudas. Se acercó a nosotros y nos asesinó con la mirada. Ni aquellos payasos perversos fueron tan crueles a la hora de desmembrarnos mentalmente como ella lo estaba haciendo en aquel preciso instante.

—Hola, princesa —le dije en tono bajito—. Qué casualidad verte por aquí.

Erich, Jonás y Peter no dijeron nada. Mi hija me dijo que hablaríamos en casa y que ahora disfrutaría de la película con su amigo. Giró antes de que pudiera decirle «ok». Peter fue el único que vio la película de terror. Erich, Jonás y yo decidimos ver otra película: Mi villano favorito 3, en la sala contigua.

Tras la sesión, fui a casa con varios dulces para mis hijos y mi dulce esposa, que estaba furiosa conmigo. Anna me regañó duramente por media hora.

—Anya es muy buena chica, deberías confiar más en ella —me dijo antes de subir a nuestro cuarto.

—Confío en ella —musité entre dientes—. Pero no en Nick.

Anya llegó una hora después y también me reprendió.

—¿Cómo has podido seguirme, papá?!

Le pedí disculpas y terminamos reconciliándonos antes de irnos a nuestras camas.

—Estoy orgullosa de ti —me dijo Anna, cuando le confesé que no volvería a desconfiar de nuestra hija.

«El chip que le coloqué en el móvil me tendrá informado de todos sus movimientos y uno de mis hombres se encargará de vigilarla día y noche» murmuré para mis adentros y sonreí con la misma astucia que «El Grinch».

Antes de apagar la luz de la mesilla, envié a Erich la foto de los payasos de la película «It». Me mandó a la mierda en varios idiomas.

—¡No podré dormir por tu culpa! —me escribió.

«Dulce venganza».

—Mira bajo tu cama, Erich —le repliqué y me reí como uno de aquellos payasos terroríficos.

No conforme, en Halloween, los tres nos disfrazamos de payasos y aparecimos en su casa pidiendo golosinas o extremidades humanas. Erich se desmayó al vernos.

¡La venganza era tan dulce!



## Anna - Tú & yo

**M**arcello y yo fuimos a un romántico restaurante en el centro tras un día ajetreado. A veces necesitábamos algo de intimidad para avivar la pasión.

—Estás hermosa, cielo.

Siempre que me llamaba así, desde que éramos adolescentes, mi corazón latía con fuerza en mi pecho.

—¿Qué puedo decir de ti?

Me besó la palma con los ojos entrecerrados.

—Te amo, Anna.

—Y yo a ti.

Tras la deliciosa cena, dimos un paseo en el Stadtpark de manos dadas. Nos detuvimos en el puentecito de madera y nos besamos con pasión mientras las personas caminaban a nuestro alrededor.

—Ven, cielo —me dijo, minutos después.

—¿Adónde me llevas, Marcello?

—Sorpresa, mi amor.

Mi bello marido aparcó el coche frente a un edificio, a unas pocas manzanas de nuestra casa.

—He reservado una habitación para nosotros en este hotel algo rústico, cielo.

¡Me encantaba salir como novios! Subimos al cuarto entre besos y caricias.

—Necesito sentirte, cielo.

Enajenada por lo que sus palabras me hacían sentir, le agarré del cuello y lo besé con desesperación. Abrí mi boca y metí la lengua de tal manera en su interior que casi lo hice perder la razón.

—Hazme el amor, Marcello.

Me abrazó, metió la lengua en mi boca y la movió con exigencia.

—Te amo tanto, pequeña —me cogió en brazos.

Me besaba mientras caminaba conmigo entre sus brazos hacia la habitación. Me posó sobre la cama y me miró con adoración.

—Estás tan hermosa, cielo.

Me mordí el labio inferior con impaciencia. Marcello me abrió la camisa roja y, sacándome los pechos por encima del sujetador, se los mordisqueó, los manoseó, los estrujó.

—Tus pechos me enloquecen, cielo —embravecido, comenzó a chuparme los pezones con fruición—. Tus siempre erectos pezones me tienen hechizados, Anna Bellini.

Frenética y tremendamente excitada por lo que me hacía, me moví con sensualidad y solté un jadeo mientras él continuaba con su asolador ataque.

—Oh, Marcello —le apretujé la cabeza contra mis pechos—, me vuelves loca, mi amor —solté un largo jadeo de excitación.

Me quitó la falda negra y me desabrochó el sujetador. Luego metió la cabeza entre mis piernas y lamió mi parte íntima sobre mi ropa interior. Me arqueé contra su boca con fuerza.

—Tu sabor me enloquece, cielo —me quitó las bragas con la boca de un modo muy incitante y hundió la lengua en mi interior—. Dios, nunca me cansaré de tu aroma, de tu sabor...

Lo aparté de mí antes de correrme y llevé mis manos hasta su cinturón, le desabroché los pantalones, le bajé la cremallera, el bóxer y, con sensualidad, toqué su erección dura con suma delicadeza. Con deleite rocé y besé primero la punta antes de meterla en la boca y degustarla. Marcello soltó un gruñido varonil que a mí me puso la carne de gallina y más cuando sentí su mano en mi cabeza, exigiéndome que continuara. Así estuvimos un buen rato, hasta que me pidió:

—Ponte a cuatro patas, cielo.

Se arrodilló detrás de mí para tocarme el trasero, me mordió las costillas y paseó la lengua por mi espalda.

—¿Mis rollitos? —me mofé y me gané un azote.

—Amo estos kilitos de más —otro azote.

—Hmmm —jadeé y me gané otro golpecito.

Metió dos de sus dedos en mi húmeda parte íntima y los comenzó a mover de un modo muy incitante.

—Así, cielo, muévete —me pidió—, muévete más, mi amor.

Nos observamos a través del espejo del armario.

—Mírame —me exigió sin detenerse en sus caricias—, ¿te gusta?

—Mucho, mi amor —respondí entre jadeos.

Marcello miraba a través del espejo cómo mis pechos se movían descontrolados ante su erótico ataque. Me recostó en la cama antes de que me corriera y se acomodó entre mis piernas. Reclinó la cabeza sobre mi pubis y enterró su lengua en él.

—Oh, Dios —me agarré a las sábanas con fuerza.

—Ábrete para mí, Anna Bellini.

Excitada, hice lo que me pedía y abrí más las piernas, quedándome totalmente expuesta ante sus ojos. Verlo en aquella posición a través del espejo me excitó aún más.

—Tócate, mi amor —le pedí—, tócate —él obedeció sin rechistar y mientras me succionaba el clítoris, se masturbaba.

Me puso a cuatro patas minutos después cuando ya no podía más. Me agarró por las caderas y con delirantes movimientos me acercaba y alejaba para ensartarme una y otra vez por detrás, mientras me susurraba dulces palabras.

—¿Me sientes, cielo?

—¡Sí! —grité al notar sus enérgicos movimientos, su calor, su grosor. —Di mi nombre, cielo —exigió, penetrándome sin parar.

Solté un jadeo. El placer era intenso y Marcello volvió a repetir:

—Di mi nombre, cielo.

—¡Marcello!

—Otra vez.

—¡Marcello! —obedecí entre jadeos.

Comencé a mover las caderas de un lado a otro, mientras sentía cómo su miembro latía en mi interior. Dios... cuánto lo había añorado estos días en que estuvo ausente.

—Te necesito, Marcello...

Con movimientos sensuales y mirándonos a los ojos a través del espejo, uno encajó en el otro mientras nuestras pieles se rozaban y erizaban por el mágico momento.

—Y yo a ti, cielo...

Dominando la situación, me agarró por la cintura y me pegó a su cuerpo. Estábamos de rodillas uno delante del otro. Buscó mi boca y me besó con posesión.

—Marcello —me agarré con fuerza a sus brazos.

Chillidos de placer retumbaron en aquella habitación. Nos deseábamos, nos necesitábamos. Mirándolo a los ojos, susurré:

—Te amo, Marcello.

Sin dejar de mirarme, comenzó un infernal bombeo que me enloqueció, y tras un gutural y ronco gemido, se corrió y yo le seguí segundos después.

—Te amo tanto, piccolina mía.

—Me encanta cuando me dices pequeña en italiano.

Cuando nos recuperamos del alucinante frenesí, me cogió en brazos y me llevó a la ducha. Nos besamos con pasión insana y el deseo retornó en pocos minutos. Cuando el agua comenzó a caer entre nosotros, me miró y musitó:

—Quiero hacerte el amor una vez más, cielo.

Asentí tras morderle el mentón con afecto. Me apoyó contra la pared de la ducha y, sin soltarme, guió su miembro hacia mi dilatada parte íntima. Cuando estuvo dentro de mí, le susurré con un hilo de voz:

—Eres increíble, agente —sus ojos se oscurecieron—. Me vuelves loca...

Agarrándome por el trasero para manejarme, murmuró mientras se apretaba contra mí.

—Tú me inspiras, cielo —me dio un cachete en el culo—, pequeña traviesa —otro golpecito.

Mirándonos a los ojos, respirábamos con dificultad mientras nos apretábamos el uno contra el otro y disfrutábamos de aquella deliciosa sensación. Mi parte íntima se contraía y su succión sobre el miembro de Marcello lo hizo gemir.

—Oh, cielo —mordió mi oreja con afecto.

El placer era inmenso y los jadeos resonaban en todo el cuarto de baño.

—¿Me quieres matar, cielo?

Su lengua se enredó en la mía mientras me agarraba las nalgas para penetrarme con más profundidad. Le rodeé la cintura con las piernas y el cuello con los brazos mientras el agua caía sobre nosotros.

—Sí —lo desafié.

Me contorsioné de gozo entre sus brazos mientras me penetraba sin parar. El clímax fue devastador...

—Eres mi todo, cielo —susurró antes de besarme.

Nos abrazamos por unos minutos bajo el agua tibia.

—Y tú el mío, mi amor.



## Marcello - Una amistad más allá del tiempo

**M**e levanté de golpe al oír mi móvil de emergencia en plena madrugada justo cuando Arael me salvaba de la muerte, una vez más en el mundo onírico.

—Dios mío —dije con el corazón en la garganta.

Aquello nunca era buena señal. Encendí la luz de la mesilla bostezando, estaba muy cansado. Ayer habíamos tenido un día bastante agotador en la granja que compramos Erich, Peter y yo. Necesitaba muchos arreglos, pero era nuestro sueño desde niños.

—¿Qué pasó? —preguntó mi mujer.

Anna encendió la luz de su mesilla y me miró con ojos perezosos. Atendí la llamada sin mirar el display, no necesitaba hacerlo, era Erich o Peter.

—Hola —dije entre bostezos.

Al otro lado, Erich balbució entre lágrimas:

—Peter ha sufrido un grave accidente y está muy mal —soltó.

Me levanté de un salto de la cama y llevé la mano a la cabeza en un gesto de sorpresa. Anna se vistió a toda prisa al comprender que algo delicado había sucedido.

—¿Qué le ha pasado, Erich? —le pregunté con voz ronca.

Mi amigo estaba muy nervioso y mal lograba articular.

—Un coche desgovernado chocó contra el suyo mientras retornaba a su casa, tras comprarle a su mujer un bote de helado.

No recordaba nada más. Anna y yo salimos de casa como almas que lleva el diablo. Erich estaba recostado contra la pared, al lado de Alejandra y su mujer.

—Fue mi culpa —repetía Alejandra, anegada en lágrimas.

Anna la consoló y luego la estrechó entre sus brazos. Ella se rompió a llorar con desesperación. Erich estaba destrozado.

—Está en coma —me dijo y partió mi corazón en dos—. Está muy mal, Marcello.

Erich se rompió entre mis brazos. Mis ojos se nublaron.

—Peter es un héroe, saldrá de esta —dije con un enorme peso en el pecho.

—¿Qué pasó? —preguntaron Valentina y Jonás al entrar.

—Es Peter —les dijo Anna—, está muy mal.

A veces pensaba que todas aquellas tragedias, algo tenían que ver con las pesadillas que asombraban mis noches. Como alguna mala señal o algo así.

«Deja de torturarte con eso» me decía, pero sin mucha convicción.

Estuvimos día y noche en el hospital, turnándonos con Erich y Jonás. Alejandra y su hijo estaban en casa bajo los cuidados de Anna y Sarah. Aramí, la hermana, temía por el bebé que estaba esperando. Era un embarazo riesgoso y las fuertes emociones podían provocarle un aborto espontáneo.

—No sabría sobrellevar la vida sin él, y sin ti —me dijo Erich, ahogado en lágrimas.

Jonás nos miraba atento.

—Él saldrá de esta —dijo el vikingo—, es mi mejor hombre y sé que lo hará.

—¿Y si muere?

Quise reprenderlo, pero no tenía fuerzas. Estaba reventado por dentro. Éramos amigos de toda la vida. ¡Desde que teníamos tres años!

—¿Recuerdas cómo nació nuestra amistad? —comencé para tranquilizarlo un poco—. Tú robaste mi plastilina para comértela —reímos entre lágrimas—. Peter te la quitó a tiempo y te dijo que aquello podía matarte. Lo empujaste y entonces, te tiró de los rizos dorados y te hizo comprender a su manera que comer aquello era malo para tu salud.

Erich se secó las lágrimas con la manga del suéter, del viejo suéter que Peter le regaló en el ejército. Yo llevaba el mío. Era símbolo de amistad eterna para nosotros tres.

—El muy cabrón me agarró de los rizos y me obligó a escupir la plastilina mientras tú llorabas a moco tendido por el trozo que te robé —repuso él con nostalgia.

Mordí el labio inferior meneando la cabeza y sonriendo de costado. ¡Lo recordaba como si hubiera pasado ayer!

—Luego me regaló una caja de plastilina y a ti te dio una chocolatina en forma de dragón —acoté y me rompí a llorar—. Y, nunca más nos separamos, nunca —las lágrimas caían a raudales sobre mis mejillas.

—Joder... —dijo Jonás con voz llorosa y se alejó de nosotros.

No podía más. Lloramos con amargura por nuestro amigo, que estaba en cuidados intensivos hacía más de dos semanas con un cuadro clínico muy crítico. Entre la vida y la muerte.

—Peter es el mejor de los tres, no merece morir —sollozó Erich, del fondo de su alma—. Ya perdí a mis padres en aquel horrible accidente, no puedo perder a un hermano también.

«Peter no morirá, no lo hará».

—Los milagros existen —nos dijo Jonás con lágrimas en los ojos.

Esa misma noche, tras una intensa investigación, descubrimos que fue un accidente y no un atentado como pensábamos al inicio.

—Dios mío —dijimos al ver las imágenes que había captado las cámaras del tráfico.

Sería un verdadero milagro que sobreviviera nuestro amigo.

—Peter —masculló Erich, roto por dentro.

Llevé el puño a la boca para ahogar un grito.

—Dios mío... —masculló Jonás.

Al día siguiente, pasamos a la sala y hablamos con él. Mi amigo estaba postrado en aquella cama de hospital, rodeado por tubos y con la cara muy magullada. Estaba irreconocible. Erich le rogó que no partiera, que los tres habíamos prometido morir al mismo tiempo para continuar con nuestras aventuras en el cielo o en el purgatorio. Podía reprenderlo por su último comentario, pero la pena no me dejó. Jonás se mantuvo calado en un rincón, atento a nuestro parloteo.

—¿Recuerdas cuando nos enamoramos de Daria Schneider a los ocho años? —dijo Erich, tras sorberse por la nariz.

Esboqué una sonrisa y continué la historia.

—Ella quería a los tres hasta que tú le regalaste una caja de bombones y la muy interesada decidió ser tu novia.

Jonás rio por lo bajo. Erich se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano. Solo entonces me di cuenta de lo inflamado que tenía los ojos y la nariz. Había llorado durante todos estos días. Día y noche. Como yo.

—Pero luego tú la dejaste porque la amistad valía más que una niña —apostilló Erich, llorando—, eso sin mencionar que te pusimos un ultimátum —negó con la cabeza—, o ella o nosotros...

Solté una risilla por lo bajo.

—Evidentemente, no nos comentaste que ella te dijo que quería a Erich —aduje con voz ronca—. Y que tú lloraste como una niña al saberlo.

Nos reímos por lo bajo.

—Nosotros te encontramos en el Stadtpark, cerca del laguito, donde terminamos reconciliándonos tras una semana de habernos separados —convino Erich.

—Juramos que nunca más una mujer nos separaría —repuse, con voz temblorosa.

Aquel día empezamos a recordarnos de nuestras tantas aventuras desde los tres años.

—¿Recuerdas cuando robamos los vídeos de mi padre? —resaltó Erich, y no pude evitar reírme—. Teníamos solo diez años y lo que vimos nos traumó —Erich rio—. Bueno, al menos hasta los quince años.

Las máquinas emitían un sonido constante, un sonido que nunca olvidaría mientras viviera. Era el sonido entre la vida y la muerte. La certeza y la duda. El dolor y la gloria.

—¿Recuerdas cuando los tres mosqueteros nos sentamos en el mismo trineo y descendimos de golpe desde lo alto del Stadtpark? —continuó Erich.

Mi corazón latía tan despacito en mi pecho, que parecía haber desistido de hacerlo. Jonás se sorbió por la nariz, de cierta manera, ahora también formaba parte de aquellos recuerdos.

—¡Y no pudimos frenar hasta llegar abajo! ¡Gritábamos como locos! —exclamó Erich, con una alegría que no le llegaba a sus ojos.

—¡Sin saber cómo frenar!

La enfermera entró y nos pidió que saliéramos. Erich besó la frente de Peter y yo copié su gesto. Jonás solo meneó la cabeza en un gesto de saludo. Podría ser la última vez que lo viéramos con vida, según su médico. Peter no estaba reaccionando. Peter se estaba muriendo.

Erich se recostó por la pared y deslizó su cuerpo hasta quedarse sentado en el piso. Abrazó sus largas piernas antes de llorar con amargura.

—¡No es justo! —chilló y golpeó las rodillas con ferocidad—. ¡Dios no puede hacerme esto! ¡Ya se llevó a mis padres cuando apenas tenía quince años! ¡No puedes hacerlo! —retó al amo del universo, echando atrás la cabeza y gimiendo de dolor—. ¡No te lo permito!

Las enfermeras nos miraban apenadas desde sus sitios. Era normal ver gente triste, desesperadas, al borde del abismo por aquellos fríos y mortecinos pasillos, pero jamás podrían acostumbrarse a ello, jamás.

Yo tardé mucho más en asimilar la noticia. Me quedé flotando en el aire como si estuviera anestesiado. Eché hacia atrás la cabeza y lloré, lloré con toda el alma, evocando de manera irremediable nuestros mejores momentos, nuestras mejores aventuras juntos.

—Peter —sollocé al comprender que nuestro amigo se estaba muriendo y nada, absolutamente nada, podíamos hacer para evitarlo.

Rezamos.

Hicimos promesas absurdas.

Lloramos.

Gritamos.

Golpeamos bolsas de arena como si fuera el destino, el maldito destino. Entonces, algo pasó, una semana después...

—No existe explicación humana para este milagro —dijo su médico, el día que Peter abrió los ojos.

Los tres nos abrazamos y lloramos, una vez más.

—Podéis pasar —nos dijo Alejandra, entre lágrimas cuando salió de la sala de su marido—. Está vivo —nos dijo y se rompió a llorar.

Pasamos a la sala y allí estaba Peter, sonriendo a pesar del dolor que sentía. Tenía varias fracturas, unos hematomas horribles y varias lágrimas en los inflamados ojos azules. Erich le dio



un beso en la frente y lloró, lloró como si nuestro amigo hubiera fallecido.

—Ey, rubio —balbució Peter con cierta dificultad—. No me fui, aún no.

—Joder —le dijo Jonás y le dio un beso en la mejilla—,  
¡sabía que no te irías!

Rodeé el hombro de Erich y lloré con él por aquel milagro, por aquella dádiva llamada amistad.

—Me haréis llorar como un bebé —se mofó Peter, riendo de costado—. Os quiero, lo sabéis, ¿no?

Asentimos con el corazón a punto de estallar por la gran emoción que vivíamos. Erich cogió el móvil.

—Es mi nuevo iPhone —bromeó y resoplé.—Ajá —le dijo Peter.

—El último modelo —se mofó Jonás.

Peter soltó una risa que le dolió profundamente, su mueca de dolor lo delató. Erich buscó algo en su móvil “súper moderno”.

—Anoche hice este vídeo —dijo con voz ronca, llevaba días llorando y la garganta reclamaba un poco de descanso.

Erich era el mejor francotirador de la agencia, el mejor amigo, el mejor padre, y el mejor hermano que Dios me dio. ¡Madre, estaba llorando otra vez!

—Nunca tuve un hermano —comenzó a decir y aumentó la frecuencia de mis sollozos. Peter lloraba con nosotros, a pesar de su estado. ¡Incluso Jonás! ¡El capitán Müller! —. Y Dios me dio dos locos de remate y luego un vikingo —reímos entre lágrimas—. Tres héroes, tres cómplices, tres ángeles —le rodeé el hombro—. No podría vivir sin vosotros, no podría.

—Tampoco nosotros, rubio —aduje tras sorberme por la nariz.

—Así es —dijo Jonás con la voz rota.

Erich secó las lágrimas y nos pidió que nos pusiéramos al otro lado de la cama para que pudiéramos ver el vídeo que había hecho. La banda sonora de su película favorita: «Marley y yo» comenzó a sonar mientras en la pantalla unas imágenes nuestras comenzaban a sucederse una tras otra. Cuando éramos niños, adolescentes y adultos. Riéndonos, jugando, gritando, saltando, peleando y soñando. En nuestros cumpleaños, en fiestas, viajes, nuestras bodas, en los nacimientos de nuestros hijos, en sus bautismos y algunas en nuestras peligrosas misiones. Al final del vídeo, aparecimos súper bronceados y borrachos, tras un rescate milagroso de Peter, que fue secuestrado en Marruecos por un grupo de terroristas.

—¡Te amo, Alejandra! ¡Te amo, hijo! —gritó, ebrio, muy ebrio.

Los tres aparecimos detrás, tan embriagados como él.

—¡Te amo, Anna Bellini! ¡Os amo hijos! ¡Sois mi mundo!

—Te amo, Pulgarcitooo —dijo Jonás en un tono muy raro.

Erich y Peter bailaban detrás de ambos, al menos, eso parecía.

—¡Te amo, Sarah! ¡Papá os amaaaaa!

Tras nuestras declaraciones, a las mujeres que amábamos con vesania y a nuestros hijos, las razones de nuestras vidas, empezamos a canturrear nuestro himno de victoria: «*Wir werden niemals untergehen*», del grupo Santiano.

—¡Nunca vamos a fallar! —canturreamos a coro, ante la mayor victoria de nuestras vidas, la muerte.



## Anna - Rescatando a Marcello

Dos semanas después...

**M**arcello había desaparecido durante una misión y mi corazón estaba destrozado desde entonces. Nunca me hablaba de su trabajo, pero era consciente de que era peligroso, casi suicida.

Tres días sin saber de él me tenía al borde de la locura. Sus colegas no me contaban nada, a pesar de mi estado.

—¿Qué le pasó a mi marido? —grité por enésima vez, solo ese día.

—No te preocupes, Anna —me repetían sin darme más detalles.

Me escondían algo, algo delicado. Gigo me llamó por la tarde y me dijo que tenía una pista, pero no estaba seguro de cuán fiable era. Nos reunimos en la casita de madera de mis hijos por la tarde.

—¿Lo secuestraron?! —chillé y mi amigo me tapó la boca para que los escoltas de mi casa no me escucharan.

Gigo puso los ojos en blanco y me regañó con la mirada.

—Le capturaron durante una misión —prosiguió mientras yo lloraba a lágrima viva—. Antón, mi dios germánico, dejó el móvil a la vista y leí su último mensaje.

Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y me sorbí con fuerza por la nariz.

—¿Nombró algún lugar? —murmuré.

Gigo asintió al tiempo que me enseñaba la dirección. Al parecer, los hombres de Marcello descartaron la posibilidad de que se encontrara en un tipo de bunker, muy alemán, por cierto. Mi corazón decía exactamente lo contrario.

—Iré a por él —dije, decidida.

Gigo me reprendió al inicio, pero al final decidió acompañarme ya que Marcello «era nuestra alma gemela». Preferí no comentar sobre el tema. Mi amigo habló con su novio, Antón Zimmermann, uno de los agentes de la Bermer. Una máquina sexual, detalle que se podía haber ahorrado, por cierto.

Al día siguiente, por la tarde, Gigo apareció con una mochila color rojo muy chillón y repleto de mariposas.

—¿Monos? —dije anonadada al ver las prendas que usaban los fontaneros o los mecánicos.

Me miró con picardía al tiempo que me colocaba un gorro rojo para completar nuestro look.

—Iremos al sitio fingiendo que somos fontaneros —me echó una miradita—. Mini-fontanero en tu caso —le pellizqué el brazo—. ¡Bruja! —me sacó la lengua.

Para completar, me puso un bigote al estilo de un personaje muy odiado por aquí.

—Soy Mario Bros algo nazista —le dije asombrada al mirarme al espejo.

Gigo imitó el viejo y odiado saludo nazi. Le reprendí con la mirada y el muy simpático comenzó a imitar los pasos de la «Macarena». No pude evitar reírme de aquel payaso.

—Si nos pillan, diremos que alguien llamó un plomero y que nos hemos equivocado de lugar. Será menos sospechoso que estar merodeando por allí por horas y sin coartada.

Me quedé mirándolo como si acabara de decirme que era hetero y que estaba enamorado de mí.

—Ves mucha serie americana, Gigo.

Asintió y me arrastró al garaje, donde estaba «Cenicienta», su olvidada vespa rosa que llevaba tiempo sin usar. Escrutamos apenados su viejo medio de transporte en Italia.

Silencio.

Suspiros.

—¡Vámonos, Hormiguita súper atómica! —gritó y saltó—. ¡Al rescate de nuestro amor!

Montamos la moto y antes de arrancarla, colocó nuestra canción del pasado, la banda sonora de la película: Misión imposible.

—¡Sujétate!

Me abracé a él tras ponerme el casco rosa. La moto no arrancó, ya que no tenía combustible. Tuvimos que irnos a una gasolinera con la moto a nuestro lado. ¡Patético!

—¡Día gafe!

Gigo protestó porque no le dejé colocar una mariposa colorida en su mono. Y, además, meneaba demasiado las caderas.

—Soy una flor —me dijo tras llenar el tanque de la moto—. La espina de la relación es Antón, no yo.

Su novio, de casi dos metros de altura, musculoso, de barba salvaje y pelo largo, era un vikingo serio y uno de los mejores francotiradores de la agencia de mi marido. Conoció a mi amigo en la fiesta de cumpleaños de Marcello, el año pasado y dos meses después, ya vivían juntos. Nunca vi más feliz a Gigo, nunca.

—¿Lista?

«Protéjanle ángeles» rogué al cielo antes de poner el casco y abrocharlo.

—Lista.

Llegamos al lugar media hora después. Era una locura ir solos, pero mi marido me necesitaba e incluso el diablo estaba de acuerdo conmigo. Me puse las gafas especiales de sol, mi enfermedad exigía cuidados, pero ante el miedo de perder a Marcello, cualquier vacilación que generara mi enfermedad visual, quedaría ofuscada, literalmente hablando.

—Es allí —indicó Gigo.

Seguí su enfoque y tras unos segundos conseguí localizarlo. Deslicé por mis hombros la mochila Minions, cargada con mi mini-sartén de hierro, donde solía prepararle huevos fritos a mi alemán. Gigo llevó su mochila rosa con brillos.

—No menees tanto las caderas —le dije al tiempo que arreglaba mi bigote al estilo Hitler—. Marcello me matará al verme aquí y con este bigote.

El lugar estaba desértico a primera vista. Miré a los lados, nada. Era un sitio alejado de todo y de todos. Dimos varias vueltas por el sitio y encontramos un solo coche a un costado de la casa. Era negro y blindado como el que usaba mi marido.

«F.M.C.» leí mentalmente. ¿Era alguna ONG? ¿Alguna agencia de espías?

—Mira, Anna —me indicó una ventana—. Tú podrías entrar por allí —me dijo tras medirme con la vista.

Pensé en las ratas, en las arañas y en Marcello. Valía la pena vencer mis propias fobias por él. Gigo me ayudó a bajar por el minúsculo espacio que ni siquiera tenía cristales.

—Malditos rollitos —me quejé al no lograr meterme en la ventanilla—. La dieta no está funcionando —protesté cuando de pronto, escuché unas voces.

Bajé con cautela y sin hacer ruido. Me asomé de puntillas a un viejo armario y me escondí

tras él.

—¿Quién te ha enviado aquí? —preguntó con impaciencia un hombre muy, pero que te muy musculoso, similar a la cosa de los cuatro fantásticos.

El armario ajado olía a musgo y a olvido. Observé desde allí a la cosa y al hombre que yacía sentado y atado a una silla, bajo una tenue lámpara que mal iluminaba el lugar.

«Quita tus gafas» me ordenó mi cerebro y la luz se hizo presente al instante.

—¡Nadie! —dijo altivo una voz que reconocería incluso siendo sorda.

«Marcello».

—Anna —masculló Gigo desde la ventanilla.

«Dios mío».

Le envié un mensaje de texto, rezando porque su tono de mensaje: «*Born this way*» de Lady Gaga, estuviera en silencio.

«Marcello está aquí. Llama a sus colegas, urgente».

—¡Maldito, nazi! —rugió la cosa y le dio un puñetazo certero a Marcello.

«¡Su hermoso rostro, no!» chillé para mis adentros con exasperación.

Tapé mi boca con ambas manos y lloré, lloré con amargura.

—¿En serio? ¿Vosotros rusos no sabéis otro insulto? —desafió mi tozudo marido—. ¡Malditos comunistas!

«Calla, Marcello» rogué para mis adentros. No quería quedarme viuda antes del tiempo. Un golpe seco del ruso me hizo soltar un gemido involuntario.

—¿Quién está ahí?!

«Mierda». La cosa vino a por mí.

—¿Quién eres tú?!

El hombre se acercó y me cogió del brazo con violencia. Abrió la boca como para rugir, pero la volvió a cerrar cuando un trozo de metal aterrizó en su cabeza. Se derrumbó en el pavimento como una damisela en apuros.

—¡Ay! —gritó Gigo con su peculiar gracia—. Creo que lo maté, Anna —susurró, despavorido—. Soy un asesino...

El hombre estaba inconsciente.

—Solo está inconsciente, Gigo.

«Eso creo».

Gigo decidió bajar al lugar al no escucharme. ¡Mi salvador!

—¿Quién está ahí? —preguntó Marcello con impaciencia.

Abrí la boca para responderle, pero la volví a cerrar cuando una mujer alta y de muy buen cuerpo bajó las escaleras. Nos ocultamos Tras el armario.

—¿Mirko?

«Aquí» masculló Gigo entre risitas.

Le lancé una mirada asesina.

—Hola, agente guapetón —dijo la muy desvergonzada al tiempo que abría la camisa de mi marido con bestialidad, haciendo volar sus botones por el aire.

—¡Qué sexy! —dijo Gigo.

La mujer se sentó a horcajadas en el regazo de mi marido y empezó a menear sus delgadas caderas.

—Envié un mensaje a Peter —me dijo Gigo mientras yo cogía mi súper sartén.

Mi amigo miró estupefacto mi material de cocina.

—¿Tu mini-sartén de hierro? —replicó, anonadado.

Una ama de casa sabía utilizar muy bien sus utensilios, en especial cuando zorras descaradas intentaban abusar de sus maridos. Conté hasta diez y luego hasta veinte antes de animarme. La muy atrevida bajó la cremallera de los pantalones de mi marido, aquello llenó mi vaso.

—Ahora —dijo Gigo.

Saltó de un modo muy afeminado y puso los brazos en jarras como solía hacer Superman.

—¡Ey, tú! —chilló de un momento a otro, distrayéndola mientras yo me acercaba a gatas por el otro lado.

—¿Quién eres tú, Lady Gaga en mono?

Gigo olvidó su masculinidad y dio unos saltitos muy, pero que te muy discutibles.

—¿En serio me parezco a mi diosa?

La mujer se acercó a él con pasos firmes e intentó atacarlo. Choqué contra la pared en ese lapso, pero me recuperé en dos segundos y le planté un buen golpe de sartén en la cabeza a la mujer. Ella cayó desmayada a mis pies. Le di un buen tirón de pelo, por su falta de respeto. Marcello me miró perplejo, como si estuviera viendo a la Mujer Maravilla allí y no a mí.

—¿Cielo? —dijo algo atontado.

Le di una bofetada.

—¡Ay! —chilló adolorido.

Gigo soltó un gritito ante mi reacción.

—¿En qué mierda estabas pensando cuando desafiaste al ruso?! ¿Acaso te volviste loco?!

Mi hermoso y sexi esposo me enseñó las manos. Se había liberado y pensaba atacar al ruso cuando lo retó sin pelos en la lengua.

—Lo siento, cielo —me dijo con expresión compungida.

Le di otra bofetada, me venció la impulsividad.

—Cielo...

Aquello me excitó sobremanera. Me senté en su regazo y le di un beso apasionado, no daba más, necesitaba sentir esa lengua germánica en mi interior con urgencia.

—¡Qué lindooo! —exclamó Gigo, y nos tomó varias fotos.

Marcello me correspondió de cuerpo y alma. En ese lapso, llegaron sus hombres y sus amigos.

Cuando mi marido se recuperó, me dio un sermón de una hora y me dejó en claro que tendría dos escoltas más detrás de mí las veinticuatro horas del día.

—¡Podían haberte matado, cielo!

Continué protestando mientras yo le pasaba algo de agua oxigenada por los labios lastimados. Tenía los pómulos hinchados y unos moratones cerca de las comisuras de su boca. Sin mencionar unos hematomas horribles en el torso y en las muñecas, que permanecieron atadas a la silla todo el tiempo. ¡Cinco días sin dormir, comer o beber bien!

—Ya lo entendí —mascullé cerca de sus labios magullados.

Marcello me miró con ojos de cordero moribundo a punto de ser sacrificado. Me derretí entera.

—Me muero si algo te pasa, cielo mío.

Unos lagrimones inoportunos rodaron por mis mejillas.

—Igual yo, mi amor.

Marcello apretujó mis rollitos, mis pequeñas salvavidas post-embarazos.

—Son odiosas —refunfuñé, molesta.

Empezó a dibujar mi cuello con los labios sin dejar de acariciar mis kilitos de más,

aquellos que insistían en quedarse a pesar del yoga y la danza del vientre que solía practicar con Gigo y Paula.

—¿Sientes cómo la tengo, cielo?

Enorme y dura, lista para adentrarse en mí.

—Dos segundos me bastan para estar así. Me vuelves loco, Anna Bellini. Cada centímetro y gramo de tu lindo cuerpo me vuelven loco, completamente loco.

Me quitó el camisón indecente que llevaba puesto, que mal me cubría el cuerpo. Marcello solía decir que eran de nuestras hijas de tres años.

—Quiero hacerte el amor, cielo.

Mordí su labio inferior al tiempo que meneaba las caderas con sensualidad sobre su erección palpitante. Verlo mal herido me excitaba más de la cuenta.

—Quiero que me folles, agente —le dije y lo paralicé.

Me miró desconcertado por unos segundos y luego, con picardía.

—¿Me deseas? —le pregunté mientras él capturaba uno de mis pechos con su mano a la vez que metía la otra entre mis piernas.

—Con toda el alma, cielo.

Me estremecí al sentir sus dedos en mi parte íntima.

—Estás tan húmeda, cielo.

Me aparté de golpe y me arrodillé entre sus piernas. Le quité el bóxer con mucha delicadeza y sin desviar la mirada de su rostro lastimado, cogí su miembro con la mano y lo acaricié desde la raíz a la punta con verdadera adoración.

—Cielo —gimió, entrecerrando los ojos y echando atrás la cabeza.

Y después, en un movimiento, me incliné y lo metí en la boca. Marcello dobló las piernas y arqueó la espalda cuando el placer lo atravesó como un rayo, en especial cuando succioné con fuerza la punta.

—Cielooo... —susurró al borde del abismo—. Frena un poco o me correré en tu boca... —gimió.

Me senté sobre su erección y la absorbí por completo. Marcello me sujetó por las caderas cuando lo monté con fuerza y a toda prisa. Las caderas de mi marido respondieron a cada embate mío con el mismo frenesí. No había elegancia ni sutileza en nuestro acto.

—Me vuelves loca, Marcelloooo... —jadeé.

Bajó la cabeza y rodeó un pezón con la lengua. Se lo metió en la boca y lo succionó con fuerza.

—Anna Bellini —jadeó sobre mi pecho—, te deseo tanto, pequeña...

Eché atrás la cabeza y chillé mientras él me clavaba la pelvis sin parar.

—¡Marcellooo! —canturreé al tocar el cielo.

Abrí mucho la boca mientras me sacudía contra él.

—Gott!

El orgasmo lo golpeó con una fuerza cegadora, segundos después.

—Mi vida —le dije con la pena estampada en la cara—. ¿Te ha dolido?

Cogió mi mano y besó cada dedo con los ojos cerrados.

—Me dolía más tu ausencia, cielo. No verte me lastimaba más que cualquier puñetazo.

La mirada melancólica del gato con botas ahora me pertenecía.

—Mi vida —besé sus pómulos, su nariz, el hoyuelo de su mentón y sus labios—. Casi me morí de tristeza estos días sin ti, Marcello. No sabes la angustia que pasé, ni siquiera comí.

«Mentirosa» me dijo mi cerebro en complicidad con mi voraz estómago.

—Bueno, comí, pero no con placer —repuse.  
Marcello me miró con socarronería.  
—Te refieres a la comida ¿no, cielo?  
Empecé a tocarle el bulto que en pocos minutos estaba listo para ser devorado una vez más.  
—*Natürlich!* <sup>[8]</sup>—chillé, sonriente.  
Nos abrazamos y nos besamos como si no hubiera un mañana.  
—Mi pequeña Mario Bros —bromeó al evocar mi disfraz.  
Imité el ruido del famoso plomero, antes de precipitarme sobre él y revisarle su tubería, su deliciosa tubería.





## Marcello - Buscando a Francesco Rizzo

### Agencia Bermer

**N**os reunimos en la agencia tras el almuerzo en pleno domingo. Erich y Peter se sentaron pesadamente en las sillas que estaban frente a mi escritorio. Odiábamos con toda el alma los casos urgentes.

—Ni siquiera probé el postre maravilloso que me hizo mi mujer —refunfuñó Erich, con expresión severa—. Mouse de chocolate con nueces y almendras —acotó enriscado.

Peter y yo fruncimos el entrecejo al escucharlo. ¿Estaba enfadado por no haber probado el postre y no por la nueva misión suicida que nos tocaría? ¡Increíble!

Silencio.

Miradas.

—Ayer me reuní con el padre Peter Stanzenberger —comentó Peter—. Él no tiene la menor idea de dónde se encuentra su padre en la actualidad.

Josef Stanzenberger, uno de los hombres más ricos de Alemania, era la clave para hallar a Zeus, el mafioso más buscado de Italia en la actualidad. Eran socios en varios negocios ilegales: contrabando de drogas, mujeres, niños e incluso de órganos humanos. No tenían escrúpulos y tampoco remordimientos.

—¿El hijo es un cura? —soltó Erich, poniendo sonido a la pregunta tácita que hacía yo para mis adentros.

Peter enarcó una ceja al tiempo que se sujetaba el mentón con aire pensativo.

—Ironías de la vida —repuso sonriendo—. Me pareció muy buen tipo —hizo una pausa—, y demasiado apuesto para ser un cura —agregó y nos quedamos mirándolo con cara de póker.

Erich chasqueó la lengua y supe al instante que diría alguna sandez.

—¿Era tu tipo?

Peter achicó los ojos y soltó un taco. Empezaron a discutir como dos críos mientras yo libraba una batalla feroz en mi interior al evocar el extraño sueño que tuve con aquel ángel que tenía mi rostro. Era raro verme a mí mismo con alas y aquel brillo peculiar en los ojos. Él me dijo que tras una verdad se ocultaba otra. No comprendí lo que me quería decir, aunque lo pensara y pensara. Pero tal vez con el tiempo las respuestas aparecerían ante mis ojos.

—*Verdammt!* <sup>[9]</sup> —gruñí tras sentarme en la silla y llevar las manos a la cabeza en un gesto de impotencia y furia.

Dejaron de discutir y posaron los ojos en mí. No podía creer en nuestra mala suerte, teníamos a Francesco Rizzo, uno de los hombres de confianza de Zeus, a pocos metros de nosotros y ni siquiera nos dimos cuenta.

—No puedo creer aún en lo que ha pasado —se quejó Peter, muy abatido.

Erich lanzó una maldición muy mordaz, que quedó flotando en el aire como un gas venenoso. El muy cabrón estaba en la iglesia, disfrazado de cura y nosotros persiguiéndolo por toda la ciudad. Era como intentar coger aire con las manos.

—¡Es inaceptable! —clamó Erich—. Mientras lo buscábamos por Hagen, el muy infeliz se metió de cura en dos segundos en el seminario.

Francesco Rizzo era uno de los asesinos profesionales más crueles de la mafia actual en

Italia. Tenía un historial criminal que causaría envidia en Jason y Mike Myers. Lo habíamos encontrado en Colonia, pero el muy cabrón salió disparatado rumbo a Hagen. Lo perseguimos durante horas, hasta que entró en un monasterio. Cuando entramos allí, ya no estaba y supusimos que se había marchado con el autobús que iba a Toscana, en un pueblo llamado San Romano. Nos dimos cuenta muy tarde de su hazaña.

—Ja —musité.

Teníamos la esperanza de hallarlo y para ello, debíamos viajar lo antes posible a Italia.

—Lo peor —aduje atribulado—, se ha metido en un monasterio en Toscana. ¡Hay miles de ellos! ¿Cómo sabremos en cuál está sin levantar sospechas?

Peter nos miró con argucia y agitó nuestros corazones de un júbilo indescriptible. Tenía la respuesta para mi conjetura. ¡Gracias a Dios!

—Quizá el padre Stanzenberger nos ayude —repuso y quise darle un beso, pero me contuve, valga la aclaración.

Llegamos a la vieja iglesia que se encontraba cerca de un hospital psiquiátrico en Hagen. Actualmente, el padre Stanzenberger vivía allí, ayudando a los enfermos mentales con algunas monjas.

—Debo atender esta llamada —les dije y me alejé de mis colegas—. Es el conde Monteschinni —las llamadas de nuestro jefe siempre eran urgentes.

El padre Peter recibió sin problemas a mis amigos en la cafetería del lúgubre lugar.

—¿Cómo les fue? —les pregunté media hora después.

Peter me dijo que el padre se veía muy mal, en comparación a días atrás. Erich agregó que estaba al borde del precipicio. Que estaba muy triste. Tal vez el motivo fuera su padre.

—Le contamos en qué consistía nuestra misión —comentó Peter—. Dudó bastante antes de pronunciarse.

Erich le dijo que las vidas de muchas personas dependían de la captura de ese hombre sanguinario, incapaz de sentir compasión por sus semejantes.

—Averiguará con el obispo y nos dará la información tan rápido como la tenga del autobús que cogió ese infeliz —puntualizó Erich.

Por la tarde, el padre Stanzenberger nos dio el nombre del monasterio donde se encontraba Rizzo por teléfono. «San Giacomo» ubicado en San Romano, Toscana.

—La única manera de entrar allí sin levantar sospechas es siendo uno más de ellos —dije, resolutivo.

Erich y Peter me miraron como si acabara de decirles que teníamos que castrarlos.

—¿Estás sugiriéndonos que tomemos los hábitos? —remarcó Erich con cara de asombro—. ¡Eso es pecado! ¡Iremos al infierno!

Peter no dijo nada, otorgándome carta blanca.

—Es la única manera de no llamar la atención de Francesco.



Para llevar a cabo la peligrosa misión en tierras italianas, llamé a nuestro buen amigo

Jonás Müller, que estaba en Dortmund. El vikingo vino a nuestro encuentro al día siguiente.

—He traído una sotana —comentó tras estrecharnos—. Ya fui cura en el pasado —los tres lo miramos con sorpresa—, en una fiesta de disfraces —acotó y nos echamos a reír.

Erich protestó durante todo el viaje, nos habló del pecado que íbamos a cometer, del castigo divino que podíamos recibir, del calor que sentía con tan solo pensar en el infierno y de las pesadillas que podía tener tras ello. Jonás lo miraba con atención mientras nosotros solo respirábamos. El insufrible de mi cuñado movía la boca, pero mis oídos no lograban descifrar lo que emitía. Imaginé que Luis Fonsi usurpaba su cuerpo y empezaba a canturrear «Despacito» en acústico.

—Llegamos —nos dijo Peter.

Con protestas y todo, Erich se puso la sotana para entrar en el monasterio como el padre Stolz. Éramos cuatro sacerdotes alemanes con crisis de fe, en busca de luz celestial.

—Soy padre —dijo el rubio mientras se arreglaba el alzacuello de su sotana—. De cuatro maravillosos niños —matizó, refunfuñando.

Peter colocó su arma detrás de la cinturilla de sus pantalones. Jonás se arregló su larga y llamativa melena rubia. ¿Se había hecho luces? Jonás nos miró fijo por unos instantes.

—¿Estáis enamorado de mí? —soltó con su peculiar seriedad vikinga.

Erich soltó una risita.

—¿Un sacerdote de pelo largo? —dije algo desencajado—. ¿No llamaría mucho la atención?

Jonás se cruzó de brazos y me miró con ojos interrogantes.

—¿Jesús no tenía el pelo largo?

Los tres pusimos cara de Bob Esponja intelectual.

—Sí —dijimos tras meditarlo.

—Soy un Jesuita —repuso Jonás y volvimos a asentir—. O un Sansón celestial —rio de buena gana y nosotros también.

Mi cuñado continuaba protestando. Los tres pusimos los ojos en blanco.

—¿Por qué estás tan irritante, Erich? —demandé al tiempo que me arreglaba el pelo con los dedos—. ¿Estás por menstruar?

Peter y Jonás rieron por lo bajo. Mi cuñado no. Me miré al espejo. Por fortuna los hematomas de mi cara desaparecieron. Un cura con cara de boxeador no causaría muy buena impresión que digamos. Miré a mis amigos con sus sotanas y me pregunté si me veía igual. ¡Parecíamos sacerdotes de verdad!

Hasta que...

Mi cuñado habló y destruyó el halo sagrado que nos enmarcaba hasta entonces.

—Ayer follé a mi mujer en dos segundos —repuso Erich, y le di un azote con el rosario que llevaba entre las manos—. ¡Eso duele!

El muy infeliz siempre se olvidaba que su mujer era mi hermana. Jonás se carcajeó tras santiguarse.

—Hijo, me matas.

¡Era tan rubio! El simple hecho de llevar una sotana no lo convertía en un cura de verdad. No dije nada, solo me reí, pero Erich no.

—¿Por qué un vikingo rubio siempre cierra la puerta de una iglesia al salir o al entrar? —disparó mi cuñado con rabia—. ¡Para que no se escape el Ave María!

Le di otro azote con el rosario mientras Jonás negaba con la cabeza.

—¡Serás cabrón, Hoffmann!

Aparcamos la camioneta en un bosque, a pocos metros del monasterio.

—Me pica el culo —dijo Erich mientras nos acercábamos al lugar.

Pensaba en mi esposa y en su vídeo erótico de anoche. Mi pequeña mujer se estaba tocando tan rico, sentada en el borde de la bañera con las piernas bien abiertas cuando de pronto se resbaló y se hundió en el agua de un modo muy patoso. Mi pequeña traviesa empezó a llorar y quise traspasar la pantalla de mi móvil y comerla a besos.

—¡Me pica mucho! —chilló Erich y me devolvió al presente de golpe.

Creo que la salsa de ayer le hizo mal.

—Pues ráscate —le dijo Peter.

—Allí tienes un muro gigante —acotó Jonás.

Erich empezó a frotarse contra el muro y no pudimos evitar reírnos de sus movimientos un tanto obscenos.

—Despacito —empezamos a ronronear, oscilando nuestras caderas de un lado al otro—. ¡Pasito a pasito!

¡Mi Luis Fonsi celestial usurpó mi cuerpo! Erich soltó un gemido de placer. Le di un azote con el rosario y él me enseñó el dedo corazón. Más azotes.

—¡Hola! —nos gritaron unas mujeres que pasaban por allí en una camioneta. Frenaron de golpe—. ¡Iremos al infierno por vuestras culpas! —chillaron y levantaron sus blusas, enseñándonos sus senos—. ¡Para vosotros, padres!

En un acto reflejo nos santiguamos y desviamos las miradas del pecado.

—¡Lástima! —tronaron tras tomarnos unas fotos.

Las oteamos con desconcierto y cierta desorientación.

—Pobres hijas —masculló Erich con seriedad—. Espero que mis hijas no sean así en el futuro.

Jonás empezó a rezar el rosario.

—¡Amén! —dijimos en un acto reflejo.

Erich giró el rostro y nos fusiló con los ojos.

—¿Qué estáis insinuando? —amonestó y resoplamos.

Jonás le tocó la cabeza y le hizo la señal de la cruz en la frente. Peter y yo intercambiamos una mirada. ¿Qué hacía el vikingo? Silencio.

—Llegamos —les dije con el corazón en la garganta.

«Espero estar pronto con mi mujer y mis hijos» pensé antes de tocar el timbre del monasterio. Erich al fin cerró el pico.

—Buenas tardes —nos saludó un sacerdote bajito y calvo—. ¿Sois los curas alemanes?

Estábamos con las manos entrelazadas y con cara de santos.

«No seas blasfémalo» me dije.

Jonás se persignó una vez más. Aquello empezaba a preocuparme. ¿Y si decidía quedarse en el monasterio para siempre? ¿Y si ese era su verdadera vocación?

—Buenas tardes, padre —dijimos monocorde, como si lo hubiéramos ensayado—. Somos los curas de Alemania —mascullamos al mismo tiempo—. Hemos venido en busca de paz y respuestas —continuamos.

Fulminé a mis colegas con la mirada. Jonás levantó la mano derecha para santiguarse, pero lo detuve a tiempo.

—Bienvenidos, padres —nos dijo tras observar con curiosidad a Jonás—. El señor te dará la respuesta —le dijo y temí lo peor.

Jonás asintió sin abandonar su expresión de San Francisco de Asís con cara de Ben Stiller

en la película Zoolander.

—Adelante, padres.

Pasamos y observamos el recinto sagrado con cierto recelo. El monasterio era una cárcel, según Erich. El primer día nos reunimos con el encargado de la diócesis, un cura de unos setenta años que nos dio un sermón bastante largo y aburrido. El único que estuvo entusiasmado con la charla celestial fue Jonás, hasta que...

—Deberías rasurarte la barba y cortarte el pelo, padre Müller —le sugirió.

Jonás casi tuvo un infarto.

—Aún... aún... necesito tiempo para tomar esa decisión tan difícil, padre.

Aquello fue el cubo de agua fría que necesitaba para comprender que no era un cura de verdad.

—Encontraremos a Rizzo y nos marcharemos lo antes posible —dijo el vikingo tras santiguarse—. Fuerza de la costumbre.

Por la noche, mal pude dormir y hoy el cuerpo me pasaba factura. Pero las cosas no serían simples, no. Para entrar en el reino de Dios debíamos merecer el pasaje de ida.

Rezamos.

Ayunamos.

Meditamos.

Intercambiamos ideas.

Limpiamos.

Ordenamos.

Unos días allí y estaba más que seguro de mi vocación, ser padre de seis hijos era menos complicado que aquello.

—Tengo hambre —dijo Erich mientras ordenábamos el altar para la misa de la tarde—. Comeré esto —amenazó y nos enseñó unas hostias en un cáliz sagrado.

Cogí el cáliz y en lugar de reprocharlo, dividimos entre los cuatro aquel alimento sagrado. Era pecado, iríamos al infierno, pero al menos con algo de alimento espiritual en la tripa.

—Tengo hambre —dije, abatido.

—Tengo sed —dijo Peter, soñoliento.

—Tengo sueño —dijo Jonás, bostezando.

—Estoy cachondo —soltó Erich, malicioso.

—También yo —dijimos a coro y nos santiguamos.

Jonás cogió el cáliz y lo levantó en el aire como si fuera un cura. Nos santiguamos.

—Amén —dijimos y compartimos la sangre de Cristo con apetencia.

Jonás buscó más vino en el cuartito ubicado tras el altar.

—Necesito sedar mi mente pecadora —dijo el vikingo con expresión sombría—. O me volveré loco.

Llevábamos días allí y nada del mafioso infeliz.

—Francesco no está aquí —murmuré abatido y con más hambre que nunca—. Me comería la esponja —refunfuñé.

Erich empezó a hablar del menú exquisito de Sarah, y lo quise ahogar en la vasija de agua sagrada. Hacer ayuno por tres días era un martirio y los sacerdotes unos héroes.

—¿Sin comida y sexo? —Erich meneó la cabeza entretanto limpiaba el piso como un Ceniciento—. ¡Es una prueba demasiado grande! Los curas pasan a mi lista de héroes favoritos. Sin comida, sin sexo y sin libertad, ni los de Marvel serían tan valientes como ellos.

—Ni los de D. C. —le dije tras mordisquear la esponja.

Peter se remangó la camisa y tiró el cuello hacia delante con cara de agobio.

—Este alzacuello es muy molesto —se quejó—. Me da alergia.

Jonás bebía la sangre de Cristo a escondidas. Me acerqué y bebí lo que sobró. Me miró furioso y luego apenado.

—Tu pelo se ve muy apagado, Jonás —le dije, abatido.

—El jabón no es lo mismo que mi champú, Marcello —suspiró hondo—. También necesito follar —dijo y tras ello... ¡Se santiguó!

Erich se rascó el culo, llevaba dos días sin ducharse, ya que había estado en la celda de castigo por una infracción. Durante la misa de ayer, su móvil timbró y el muy desgraciado había puesto el gemido de una mujer que llegaba al orgasmo como tono.

—Es Dios ahorcándote por usar una ropa que no debes llevar —gruñó, mi cuñado.

Jonás limpiaba la cruz principal muy concentrado.

—Si le hiciera cosquillas a este Jesús, ¿se reiría?

Lo miré con cara de circunstancia.

—Es que se ve tan triste —suspiró—. Y tan decepcionado.

Lo miramos con perplejidad.

—El hambre me hace decir tonterías —adujo con semblante triste.

—¿Te cuento un chiste, Jonás? —le dijo Erich, y él asintió—. Un vikingo rubio entra en un banco...

Prestamos atención en él como si fuera muy interesante lo que decía.

—Hola, quiero cobrar este cheque —continuó Erich—. ¿Podría identificarse, por favor? Le dice el hombre del banco. El vikingo rubio coge un espejo y se mira. Sí, soy yo, claro que me reconozco.

Las risas brillaron por su ausencia.

—Es tan malo ese chiste —nos dijo Erich, entristecido—. ¡Tengo hambre!

—Mejor continuamos con las tareas —dije sin mucha convicción.

Peter y yo ordenamos los bancos que pesaban una tonelada cada uno. La falta de alimentos nos debilitaba, pero según el cura, Paolo, era la falta de fe.

Anoche, Erich dijo que era falta de coito y el padre comprendió lo que dijo, ya que hablaba alemán. Nuestro amigo entró en la celda de castigo por segunda vez y nosotros por primera vez, por el simple hecho de estar con él.

Mi adorado cuñado cantó toda la noche la canción de los elefantes.

—Un elefante se balanceaba sobre la tela de una araña. Como veía que resistía, dos elefantes se balanceaban sobre la tela de una araña —canturreaba como un demente y tuve ganas de cometer un pecado mortal, según los diez mandamientos.

Una alarma se encendió en alguna parte de mi cabeza cuando retorné al presente.

—¡Francesco está en una de las celdas! —exclamé, exteriorizando mis pensamientos.

—¡Sí! —gritaron mis colegas tras persignarse—. ¡Aleluya! —exclamamos.

En ese lapso, alguien gritó a voz en cuello en el pasillo. Seguimos el alarido, que procedía del pasillo de las celdas de penitencia. Frenamos nuestros pasos enfrente del umbral.

—Mierda —mascullamos al ver el cuerpo de Francesco colgado de la viga del techo en una de las celdas.

La imagen quedó grabada a fuego en nuestras retinas. ¿La culpa lo llevó a cometer aquel pecado mortal? ¿El miedo? ¿La promesa de lealtad a sus superiores? ¿O había otro asesino como él aquí?

Todos corrían a nuestro alrededor, gritando y pidiendo auxilio, cuando de pronto, vi algo

bajo la cama, un móvil. Me acerqué y lo cogí antes de que alguien se diera cuenta.

—Hora de salir de aquí —dije, decidido.

Salimos corriendo hacia el jardín con las sotanas levantadas a la altura de las rodillas. Erich se tropezó y se desplomó en el suelo de un modo muy patoso. Nos detuvimos en seco y nos echamos a reír de él. Luego emprendimos de nuevo nuestra carrera. Saltamos los altos muros del seminario tras trepar un árbol de tilo. Peter perdió el equilibrio y se cayó de culo en el pavimento de piedras.

—Mierda —dijo y nos santiguamos—. ¿Queréis parar de hacerlo? —lo volvimos a hacer.

—¡Vámonos! —chilló Erich.

Una de las monjas abrió el portón principal sin mucho esfuerzo. Los cuatro nos miramos con cara de pocos amigos.

—Los rubios somos nosotros, ¿no, Erich? —dijo Jonás mientras se quitaba el alzacuello.

«Sin comentarios». Le dimos una patada celestial en el culo al vikingo.

—¡Ey! —nos azotó con su rosario de madera—. ¡Más respeto!

Salimos corriendo tras levantar las sotanas. Dos kilómetros después, en la camioneta, revisamos el móvil con la esperanza de encontrar alguna pista. Conectamos el aparato a la laptop de la Bermer.

—Ya tenemos la dirección de la persona que llamó estos últimos días —les dije satisfecho.

Erich y Peter chocaron los cinco mientras Jonás oraba.

—¡Pizza y cervezas para festejar! —clamó Erich y nos marchamos a la pizzería más cercana, donde comimos y bebimos hasta saciarnos.

—Prost! —exclamamos y santiguamos las copas antes de beberlas.

Fuerza de la costumbre.

Antes de retornar a Alemania, fuimos a la casa de mis suegros y continuamos comiendo.

—Iremos a la misa —me dijo Anna, y por muy poco casi protesté.

Misa tras misa se alcanza la gloria. Tras la ella, le hice el amor como si fuera la última vez. El ayuno espiritual y físico abrió mi apetito, claro estaba.

Al día siguiente, buscamos la casa donde Francesco vivió durante su estancia en Alemania. Abrimos la puerta de una patada, una puerta un tanto destartada, que se encontraba a muy pocos metros de mi casa, la casa donde nací y que actualmente pertenecía a otras personas. Tras el ataque de Caroline en el pasado, decidí venderla. Más que recuerdos bonitos, aquella morada me llenaba de tristeza.

—¿Qué es esto? —dijimos al entrar en uno de los cuartos.

Miles de fotos se encontraban pegadas a una de las paredes. Hombres, mujeres y niños, algunos vivos y otros muertos, según el papelito que pendía de ellas. Observamos perplejos aquel inusual papel de pared con ojos ensombrecidos. Era el mural del horror.

—Madre mía —musitó Erich, tras santiguarse.

Aquellas personas fueron o serían las próximas víctimas de Francesco, uno de los asesinos profesionales más buscados de Europa.

—¿Por qué se suicidó? —preguntó Peter, al acercarse al mural.

Una foto me robó por completo la atención. Me acerqué y la cogí.

—No se ha suicidado —dije en un susurro—. Solo que alguien se adelantó a nosotros —agregué y les enseñé la foto.

Erich y Peter contemplaron desconcertados la imagen de aquel dócil y paciente cura de treinta años, que nos aconsejó durante los últimos días.

—Padre Paolo —dijimos, atónitos.

Erich llevó las manos a la cabeza y Peter a la cintura. Jonás se limitó a mirarnos.

—No éramos los únicos que llevaban un disfraz en el monasterio —siseé, agobiado—. Francesco tenía más enemigos que Hitler.

El móvil de Francesco timbró de un momento a otro y nos arrancó del trance de golpe. Llevábamos horas esperando por aquella llamada, procedente de un móvil prepago.

—Es su cómplice —murmuró Erich.

Cogí la llamada con el corazón encogido, temiendo escuchar por primera vez al hombre que llevábamos años buscando, el hombre que mi padre persiguió hasta el último día de su vida.

—Sabía que algún día volveríamos a encontrarnos, hijo —dijo y colgó.

Colgó y consigo destrozó mi alma. Mis amigos me miraron expectantes. Todo me daba vueltas. El aire no me llegaba a los pulmones.

—¿Quién era? —demandaron.

Una lágrima recta y tibia atravesó mi mejilla. Intenté recomponerme, pero necesitaría más tiempo para ello, quizá una vida entera no me bastaría.

—¿Marcello?

La pena atravesó mi corazón como una lanza.

—Era mi padre —articulé con labios temblorosos.

—¿Tu padre? —dijeron al unísono.

—Mi padre en verdad sigue vivo.

Mis amigos mal podían respirar, al igual que yo. Observamos el muro con atención, aquel muro no era de Francesco, sino de mi padre, que había vuelto del más allá.





## Anna - El azar de Anna

**P**aula, Kaori y yo fuimos al club que pretendíamos alquilar para la fiesta de cumpleaños de Gigo, el fin de semana.

—No me gusta esa vecina tuya, Hormiguita —me dijo Paula, durante el viaje—, siempre tan amble, tan dócil y servicial —negó con la cabeza—, y tan coqueta...

Kaori sonrió y yo puse los ojos en blanco.

—No pongas los ojos en blanco —me pidió Paula—, te conozco y sé que lo estás haciendo bajo tus gafas de sol.

Kaori se echó a reír.

—Claudia es buena persona, Paula.

Cuando mi prima se las tomaba con alguien, ¡era imposible!

—No lo sé —aparcó el coche con el cejo fruncido—, esa obsesión que tiene por tus hijos no me gusta.

¿Obsesión? ¡Qué exageración! Resoplé molesta y ella me miró de reojo con curiosidad.

—¡Solo los cuida cuando salgo con vosotras! —protesté.

—Saori también es así con los hijos de Anna —comentó Kaori, sonriente—, en especial con Engel.

Le lancé un besito y ella también.

—Engel la adora —repuse, sonriendo.

—Y Saori a él —me tocó el hombro—, me contó que suelen dormir juntos cuando se queda en tu casa.

Saori era la mejor amiga de Anya, y muchas veces se quedaba a dormir con ella en casa.

—¡No cambiéis de tema! —nos exigió Paula—, ya sabéis a qué me refiero con respecto a Claudia —me miró con seriedad—, ten cuidado con ella.

Toda la piel se me erizó, como en el pasado con respecto a Carla.

—Llegamos —anunció ella tras levantar las gafas de sol—, ¿este es el lugar?

Era un sitio bastante sombrío y alejado de la ciudad, rodeado por un frondoso y misterioso bosque. Levanté las gafas de sol, ya que el día estaba bastante plomizo, pero mi enfermedad exigía ciertos cuidados, a pesar de ello.

—¿Este es el sitio, Paula? —le pregunté algo confundida.

Paula y Kaori analizaron el sitio con ojos críticos y suspicaces. Parecía un bar de mala muerte o un burdel clandestino.

—Según Michelle —el navegador—, es aquí —dijo con cierta aprehensión—. Pero no creo que lo sea —añadió con incredulidad.

Kaori recogió el pelo en un rodete y observó el lugar con desconfianza.

—Parece abandonado —repuso con las cejas arqueadas.

Nos quedamos mirando el letrero por unos segundos. Marcello y sus amigos fueron a cabalgar en un pueblo vecino, mi marido, aunque negara a pies juntillas, siempre me estaba pisando los talones cuando salía, en especial tras mi aventura con Gigo.

—Mis hijos están esperándome —dije desanimada, cuando de pronto, escuchamos un grito que procedía del lugar.

—¿Y eso?

Paula y Kaori siguieron el alarido entretanto yo las esperaba enfrente del local. Las perdí de vista cuando giraron.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó de repente un hombre de dos metros de altura, que no me era nada extraño. ¿Dónde lo había visto? — ¿Has escuchado algo? —me preguntó en un alemán muy raro.

Tragué con fuerza y asentí sin saber muy bien por qué lo hacía. Quizá el arma que llevaba en las manos, ayudó un poquito.

«El hombre pez» mascullé al reconocerlo al fin. Era uno de los mafiosos más crueles de Nápoles, y mi marido lo estaba buscando hacía tiempo. Vi su foto entre sus cosas el otro día.

—*¿Sei italiano?* —le pregunté en un susurro.

Me miró y sonrió de costado.

—Oh, ¿eres una paisana? —asentí con un cabeceo leve—. Lástima que tendré que matarte —contestó en mi dulce y cálido idioma—. Entra —me exigió y me empujó con poca delicadeza.

Era mi fin. La mafia italiana era implacable con los fisgones. Paula y Kaori me vieron, pero no hicieron ruido, eran mi única salvación.

El hombre de la escama, porque aquello no podía ser considerado piel humana, me miró curioso.

—Dentro —ordenó y volvió a enseñarme el arma.

Me metí en el club, que olía a puro y whisky barato. El hombre pez me dijo que me sentara y que rezara.

—¿Quién es ella? —le preguntó un hombre, cuya nariz llegó veinte centímetros antes que el resto de su cuerpo—. ¿Ha escuchado algo?

El hombre pez asintió.

—Salimos después del mediodía, llévala al bosque y no falles —amenazó.

¿No falles? ¿Qué quería decir?

«Que te darán un tiro certero» me dijo mi cerebro.

—No escuché nada —dije con lágrimas en los ojos—. Mientes.

Me miraron con ojos lastimeros y luego se rieron a carcajadas.

—Pero viste nuestras caras.

«Infelizmente».

—¿Cuántos años tienes, pequeña?

¿Mi edad mental?, ¿mi edad emocional?, ¿mi edad real?, ¿o mi edad ficticia?

—25 años —dije con un temblor en la voz.

Diez años menos no es mucho cuando aparentas como una niña. Mi poca altura y mi cara de porcelana ayudaban bastante.

«Y tu humildad».

—Pensé que tenías menos de veinte —acotó el hombre pez.

Me ruboricé.

—Gracias.

«¿Estás agradeciendo a tu futuro asesino por ponerte menos años encima de los que en verdad tienes?».

Una patada imaginaria me hizo erguir de la silla de un salto cuando el infeliz salió del lugar, aproveché para huir, sin medir mucho las consecuencias de mis actos.

—¡Cógela! —tronó el señor nariz de dos metros—. ¡Llévala al bosque de una puta vez!

—¡Auxilio! —grité, consciente de que mis amigas ya se habrían comunicado con mi marido.

El hombre pez me cogió del codo con violencia y me dijo que había cruzado el portal del infierno. Con un solo movimiento, me echó sobre el hombro y me dijo que era pequeña, pero muy pesada.

«Marcello te matará por esto y por llamarme gorda» dije enfurruñada.

—¿Cuántos kilos tienes?

¿Mi peso actual?, ¿mi peso ideal?, ¿mi peso ficticio?, ¿o mi peso real?

—No importa.

Suspiré derrotada.

—Espero que mi hermoso y seductor marido llegue a tiempo, antes de ser viudo —susurré abatida y totalmente desesperada.



## Marcello - Rescatando a Anna

**E**staba pensando en el raro sueño que tuve anoche con ángeles y demonios. No recordaba bien los detalles, pero fue bastante tenebroso. Suspiré hondo justo cuando el coche paró. Mi caballo, Tempestad, relinchó desde el remolque.

—Genial —refunfuñé, antes de bajar.

Andaba de muy desanimado aquellos días. Tras comprobar, personalmente, que mi padre seguía vivo, algo en mí se apagó.

—¿Cómo pudiste hacerme esto, padre?

Mi móvil empezó a timbrar de forma incesante. Me remangué la camisa celeste y cogí la llamada al tiempo que abría el capó del vehículo.

—Eres demasiado nuevo para fallar —refunfuñé, hastiado— y demasiado caro...

Era Paula.

—Marcello, unos matones cogieron a Anna —me gritó y todo comenzó a darme vueltas alrededor.

—¿Dónde estáis?! —rugí, literalmente.

—En el club que pensábamos alquilar para la fiesta de Gigo.

—Scheiße!

Me puse las botas de montar y abrí la puerta del remolque mientras Paula me pasaba la dirección exacta donde se encontraban. Les rogué que no hicieran nada y que se mantuvieran a salvo, porque me sería más complicado salvar a tres en lugar de una.

Cogí mi arma y fui a por mi esposa montado en Tempestad. Crucé un frondoso bosque que me llevaría al lugar donde estaba mi pequeño tormento.

—Anna Bellini —mascullé al tiempo que aceleraba los pasos de Tempestad—. ¡Jaaa! —arreé.

Llegué al lugar media hora después. Paula y Kaori se acercaron y me dijeron que Anna había sido llevada al bosque.

—Un hombre la llevó hacia allí —me indicó Paula, desesperada—. Era un hombre enorme y de aspecto muy feo.

Bajé del caballo y desbloqueé el arma.

—La buscaré.

Estaba furioso y con el corazón a punto de estallarme. Llamé a Erich y le puse al tanto de todo. Luego monté el caballo y salí disparatado hacia el bosque. Los hallé a pocos metros del club, en una zona cubierta por árboles y piedras. El muy infeliz ni siquiera la llevó hasta el fondo del bosque, pensaba dispararla allí, cerca de un árbol de castaño.

—¿Quién te ha enviado? —le preguntó y Anna mal podía respirar sin llorar.

«Mi amor» musité al tiempo que bajaba de Tempestad y grité:

—Yo la envié.

El hombre giró su horrible cara, aquella cara que llevaba meses escrutando en mi ordenador.

«*El hombre pez*».

—¿Tú quién eres?! —tronó y abofeteó a mi mujer.

Anna soltó un grito ante el golpe que recibió.

—¡Hijo de puta! ¡Nadie toca a mi mujer!

Solté un aullido feroz y golpeé con todas mis fuerzas a la bestia en la cara. Toda mi furia se acumuló en mi puño que acertó de lleno su mentón de piedra. Le di otro puñetazo entre el labio inferior y el pómulo. Él trastabilló y retrocedió unos cuantos pasos con la sangre manchándole la barbilla. Meneó la cabeza y vino a por mí.

—¡Te molere a golpes y luego a tu mujer! —gruñó, enfurecido.

Cada fibra de mi ser vibró de rabia. Levanté el puño a lo alto y lo abaté con un gancho certero en la barbilla. Un pequeño instante de descuido marcaba la delgada línea que separaba la vida y la muerte. Intenté acercarme a mi esposa, que yacía cerca del árbol algo atontada. El golpe que recibió la dejó semiinconsciente.

—¡Cielo!

El hombre pez me tiró del pelo con violencia y me giró con un solo movimiento. Antes de que pudiera reaccionar me clavó la rodilla en el pecho. Sentí un dolor sordo y apenas me atreví a tragar la saliva. Caí con violencia sobre las ramas secas y traté de recuperar el aliento.

—Mira —me dijo y golpeó a Anna en la cara por segunda vez, que cayó a un costado como una muñeca de trapo.

—¡Hijo de puta! —vociferé, al borde de un colapso.

Me incorporé de un salto y solté un grito agudo que recorrió todo el lugar. Con toda mi rabia y con los nudillos en alto, le di un tremendo puñetazo de gracia, directo en su mentón, saltándole varias piezas dentales ante el duro impacto. Se tambaleó y se estrelló de espalda contra el suelo. No satisfecho, le di varias patadas en el estómago y en la cabeza hasta dejarlo inconsciente.

—¡Basta! —me rogó Anna—, tú... tú... no eres un asesino, Marcello.

Su voz implorante me detuvo en seco.

«No era como mi padre» me dije con los ojos enrojecidos.

—¡Marcello! —chillaron mis amigos, que acababan de llegar en el lugar.

—¡Aquí!

Me arrodillé frente a mi mujer, que lloraba como una cría pequeña. Le llené la cara de besos, en especial en la zona donde le había golpeado aquel malnacido.

—Cielo... —le dije y continué besándole la cara, anegada en lágrimas—. Ya pasó, mi amor...

—Lo siento, Marcello —me dijo, llorando con amargura.

Estaba muy nerviosa y asustada. La cogí en brazos mientras mis amigos esposaban al hombre pez.

—Soy pesada —me dijo tras sorberse por la nariz con fuerza—. Me lo dijo él —indicó con la mirada al mafioso.

Recostó su cabeza en mi hombro y soltó unos hipitos. Le quise comer a besos. La mecí con delicadeza como si fuera una de nuestras hijas.

—Para mí no, mi amor —le dije y le besé la cabeza—. Eres perfecta para mí.

Miré a mis amigos con profunda pena.

—La llevaré —les dije, compungido—. ¿Quieres dar un paseo a caballo, cielo?

Ella parpadeó y unas lágrimas se le resbalaron por las mejillas.

—Sí —musitó con timidez.

Nos montamos a Tempestad con cuidado.

—Tranquila, cielo.

Anna recostó su cabecita atribulada en mi pecho.

—Te amo, Anna —ella levantó la mirada y me miró con expresión melancólica—. Cada día más y más.

Recliné la cabeza y capturé aquella boca que me tenía embrujado desde mis diecisiete años. Le separé los labios con la lengua; la necesitaba, necesitaba sentir su sabor, su dulzura. Sus manos ahuecaron mi rostro mientras nos perdíamos en aquel beso, en aquel mágico y sanador beso de amor.

—Me siento como una princesa de cuentos de hadas —masculló sin apartar sus deliciosos labios de los míos—. Como Fiona... —repuso con cierta resignación.

Le succioné y le mordí los labios.

—Eres la princesa perfecta de mi cuento de hadas, cielo.

Su móvil empezó a sonar y la banda sonora de la película «Simplemente amor» relleno el ambiente. Parecía el final de una película de amor.

Nos marchamos del lugar a pasos lentos, sumidos en un halo épico, en un halo de cuento de hadas.

—Te amo, Marcello —farfulló acomodando su cabecita en mi pecho mientras nos dirigíamos a nuestro destino—. A veces los cuentos de hadas se hacen realidad.

Mi vida a su lado era un cuento lleno de fantasías, sonrisas, lágrimas y alegría. Mejor historia no pudo tocarme en esta vida.

## Marcello - ¿Dónde está Ian?

**A**нна llevaba días con fiebre y cólicos estomacales. Se pasaba más tiempo en el baño que en la cama. El médico que le atendió nos dijo que sufría de estrés post-traumático, efecto de lo que vivió días atrás a manos del hombre pez.

—Cuidaré a tus hijos —me dijo Claudia, nuestra vecina y amiga de Anna.

Esa mujer no me inspiraba confianza. Ayer, mientras Anna dormía en la sala, entró en nuestra habitación justo cuando yo merodeaba desnudo. Me tapé mi parte íntima a toda prisa y le pedí que golpeará la puerta la próxima vez. Su mirada atrevida me erizó toda la piel.

—Lo siento —me dijo y no se movió hasta que le rogué que me dejara a solas.

Mis amigos me dijeron lo mismo, que ella no era de fiar.

—Me duele mucho la cabeza —me dijo Anna, y me devolvió al presente, al agobiante presente—. Me duele mucho.

Estaba desesperado. Verla en aquel estado me destrozaba por dentro. Le prepararé una bolsa de agua caliente para sus cólicos menstruales.

«¿Tendría algo que ver con esta racha de mala suerte las pesadillas que tuve estos días? ¿Sería una señal?».

Claudia entró en el cuarto tras golpear la puerta.

—Le traje su té de manzanilla —me dijo y posó la taza sobre la mesilla—. ¿Qué tal te sientes, Anna?

—Nada bien, Claudia.

Mi esposa bebió el té hasta la última gota. Se quedó dormida y aproveché para ver cómo estaban nuestros pollitos.

—¡Devuélveme mi coche, Matt!

Ian y Matt estaban gritando en la sala de juegos.

—¡Nooo! —gritó Matt.

Entré en la sala justo cuando Ian le lanzó algo a Matt a la cara. El juguete reventó la nariz de su hermano menor. La ira me dominó y, por primera vez, le di una nalgada a Ian, con demasiada violencia, infelizmente.

—¡Papááá! —chilló, llorando—, ¡Matt empezó!

Limpié la nariz de Matt, que sangraba escandalosamente. Por fortuna, no fue nada grave.

—Matt me pegó primero —protestó Ian, llorando con desesperación—, Engel, dile a papá la verdad.

Engel lo abrazó y aquel gesto me conmovió profundamente.

—No lo hice por maldad, Engel.

Matt lloraba a grito pelado a mi costado y mis hijas, por simpatía, empezaron a llorar a coro con él. El llanto de mis hijos alteró aún más mis nervios.

—Pídele perdón a tu hermano —le exigí a Ian.

Él me gritó que no lo haría y le volví a dar una nalgada. Engel se puso delante de Ian y me dijo que le pegara a él y no a su gemelo. Me quise moler a golpes a mí mismo. ¿Qué estaba haciendo?

—¡Eres malo! —gritó Ian, y una imagen de ángel se cayó al suelo con violencia—, ¡malooo! —la imagen se partió en mil pedazos.

Engel soltó un grito agudo de dolor.

—¡Basta! —chilló y otra imagen de ángel cayó al suelo—, ¡me dueleee!

Engel salió corriendo hacia su habitación.

—Ya no me quieres, ¿verdad, papá? —me preguntó Ian, y no le repliqué.

Criar hijos era una tarea difícil, muy difícil.

—Ya no —dijo bajito y entró en su habitación, llorando.

Por la noche, nuestros amigos vinieron para ver a Anna, que estaba mejor, aunque continuaba con sus terribles calambres estomacales. Tampoco yo conseguía comer y menos dormir. Las ojeras me delataban.

—Ella estará bien —me dijo Paula en tono preocupado—, mi prima es muy fuerte.

Si algo le pasara a ella, no sabría sobrellevarlo. No estaba preparado para algo así. Me moriría, literalmente.

—Lo sé. Lo sé.

Al día siguiente, preparé a mis hijos para llevarlos a la escuela. Ian me pidió perdón, pero se negó a pedirle a Matt. Cuando bajó de la furgoneta, no le dirigí la palabra a él, demostrándole así mi enfado.

—Te quiero, papá —me dijo con lágrimas en los ojos—. Aunque tú ya no me quieras.

«Porque te quiero debo ser duro a veces, hijo» musité con lágrimas en los ojos.

Lo vi marcharse cabizbajo a su escuela. Antes de entrar, me balanceó la mano, pero no le devolví el gesto. Sus ojitos se nublaron y los míos también.

—Te amo, hijo. Pero debes aprender a ser una buena persona y a veces, debo ser duro para lograrlo.

Por la tarde, tras ayudar a Leticia con algunas tareas de la casa, Claudia entró en la casa y gritó a voz en cuello:

—¡Ian no estaba en la escuela!

Anna bajaba la escalera cuando la escuchó. Soltó un grito agudo y perdió el equilibrio, rodando cuestas abajo. Corrí para socorrerla.

—¡Anna! —chillé, pero mi mujer no respondía.

Paula y Gigo llegaron media hora después. La casa estaba rodeada por coches, mis hombres empezaron a buscar a mi hijo por toda la ciudad. Engel nos dijo que Ian salió para ir al servicio y que jamás volvió.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntaba entre lágrimas Engel, arrancándome el corazón con su pena—, ¿dónde está, papá?

No sabía qué hacer, ni cómo actuar ante aquella situación. Mi hijo había desaparecido y lo último que recordaba era su mirada llorosa antes de entrar en la escuela.

—¡Quiero a mi hijooo! —gritó mi mujer—. ¿Dónde está Ian? —me dio una bofetada al tiempo que gritaba con exasperación en la cama—. ¿Por qué lo castigaste ayer? ¿Por qué permitiste que fuera a la escuela sin despedirse de mííí?

Lloré con toda el alma, en especial al recordar lo que Ian me dijo antes de bajar del coche. Estreché a mi mujer entre mis brazos para intentar calmarla, pero nada de lo que hiciera o dijera lograría tal efecto.

—Lo siento, cielo...

Una enfermera le aplicó un calmante y el sueño la dominó por completo.

—Ian... —dije, anegado en lágrimas—, ¿dónde estás, hijo? —pregunté, llorando—, ¡lo sientooo! —todo mi cuerpo vibró—, lo siento, hijo...

Unas imágenes de Ian asaltaron mi mente y aumentaron aún más mi desazón.



—Ian... hijo...

Mis suegros llegaron por la noche e intentaron tranquilizarla. Anna estaba poseída por el dolor y la desesperación.

—No sé qué hacer —sollocé con amargura—. ¡No sé por dónde empezar la búsqueda! —grité y di un golpe seco a la pared, abriéndome una herida profusa en los nudillos.

La sangre emanaba de forma incesante. Erich cogió mi mano y la cubrió con una toalla. Peter me zarandeó con violencia por los hombros.

—¡Lo encontraremos! —gritó, enfurecido—. Te juro, amigo. Moveremos cielo y tierra para hallar a mi sobrinito.

Jonás y sus primos llegaron a la medianoche.

—Lo encontraremos, Marcello —me juró mi amigo cabelludo—. Ian volverá a casa...

Lloré con amargura entre sus brazos, lloré con tal desesperación que empecé a tener un ataque de hipos. Peter me dio un vaso de agua. Erich tenía los ojos enrojecidos al igual que Peter y Jonás. Eran padres y sabían muy bien lo que sentía yo en aquel momento.

—Me muero si...

—No —me dijo Paula—, ya hemos vencido cosas peores, Marcello.

—¿Queréis un poco de café? —nos preguntó Claudia.

Paula la miró de reojo.

—No, gracias —le dijo con sequedad.

Dos semanas se habían pasado desde la desaparición de Ian, y nada. Mi hijo no aparecía por ninguna parte. Más de tres mil hombres lo buscaban por el país y en las fronteras. Anna vivía sedada la mayor parte del tiempo. Claudia, Gigo, Paula y Kaori cuidaban a nuestros hijos en ese lapso caótico.

Cierta mañana, Engel y Matt me dijeron que encontrarían a Ian con la ayuda de nuestro perro. Mal les presté atención.

—Los ángeles están aquí —me dijo Engel—, y también el tío Matt.

Lo miré como si no le hubiera comprendido bien.

—Él nos ayudará a encontrarlo.

—¿Quién? —dije tan bajito, que ellos no me escucharon.

Hacia un par de días comencé a tener los mismos síntomas que mi mujer: diarrea, vómitos, mareos y dolor de cabeza. Había adelgazado bastante en poco tiempo.

—Ian, hijo —sollozaba mientras escrutaba la foto de mi pollito más travieso—. Perdóname, hijo —las lágrimas empañaron mis ojos—. Vuelve a casa, por favor...

Para empeorar las cosas, anoche, Claudia me besó mientras dormía en el sofá. Fue un beso suave e inesperado. La empujé con violencia y ella terminó perdiendo el equilibrio.

—¿Qué haces?

Ella lloró a lágrima viva ante mi rechazo y masculló algo por lo bajo, algo que no logré comprender muy bien, pero sí lo suficiente para reconocer el idioma. ¿Ella era rusa?

—¿Cómo mierda podía besar al marido de su supuesta mejor amiga? —me dijo Erich, muy molesto cuando se lo conté al día siguiente.

Jonás meneó la cabeza en un gesto negativo.

—Me pasó lo mismo con Carmen —comentó con aire triste—. Ya conocéis la historia.

Peter prefirió no opinar. Tiempo atrás, le había pasado algo similar y casi perdió a su mujer por culpa de una mala mujer que se hizo pasar por lesbiana ante él, antes de intentar seducirlo.

—Estoy desesperado —farfullé, entre lágrimas—. No sé qué hacer.

Mis amigos se sentaron a mi lado y lloraron conmigo.

—No sé qué decirte —me dijo Erich, ahogado por la pena.

Ya no tenía fuerzas para llorar, ni rezar. El mundo empezaba a desmoronarse bajo mis pies.

—Tu dolor me pertenece —repuso Peter, con la voz ronca—. Nos pertenece.

—Lo sentimos tanto, Marcello.

Lloré como nunca imaginé llorar en mi vida. Lloré como si acabara de perder a mi hijo. Como si acabara de enterrarlo.

Aquel martirio, aquella vil incertidumbre, no deseaba ni a mi peor enemigo.

—¿Dónde está mi hijo?! —gritó Anna, enfurecida desde la escalera.

Corrí para sostenerla, pero ella me empujó con bestialidad. Estaba débil, pero furiosa a la vez. Golpeó mi pecho con los puños cerrados y rugió a grito pelado:

—¿Dónde está mi hijo?! ¿Dónde está mi bebé?!

Ningún hijo sustituía al otro, ninguno.

—No lo sé —gimoteé, rendido—. No lo sé, cielo.

Caí de rodillas en su frente y lloré con desesperación. Ella se acuclilló y me abrazó. Lloramos una vez más por nuestro hijo, por nuestro pollito, nuestro mundo.

—Quítame este dolor —rogó Anna, y lloró, lloró con amargura.



Esa noche, dormimos abrazados con el oso favorito de Ian.

—Me moriré de tristeza, Marcello —Anna apenas conseguía llorar—. No soportaré el dolor de perder a un hijo, no lo soportaré.

«Tampoco yo, cielo».

Mi madre apareció en mis sueños aquella noche, fue tan real que incluso sentí su abrazo y sus lágrimas.

—Ian volverá, cielo —me dijo estrechándome cada vez con más fuerza—. Volverá.

—Muttí, estoy desesperado.

Acomodé mi cabeza en su regazo como siempre lo hice cuando estaba viva.

—Llora hijo, pronto volverás a sonreír, mi pequeño.

Lloré con desconsuelo.

—Pronto tu corazón se curará de muchas heridas del pasado —masculló.

Acaricié mi cabeza con ternura, con la misma ternura del pasado. Daría parte de mi vida por volver a sentirla, por volver a tenerla en mi vida.

—¡Muttí! —chillé al despertarme—. Muttí —sollocé.

Al día siguiente, no encontré a mis otros hijos y pensé volverme loco. Claudia cuidaba a Anna, que mal podía levantarse para ir al baño. Salí como alma que lleva el diablo. No sabía adónde ir. Todo me daba vueltas. Marcus, el hijo de Erich, gritó:

—¡Tíooo!

Seguí su grito y terminé en el parque Stadtgarten, a pocos metros de mi casa, donde mis hijos y yo solíamos jugar todas las tardes los fines de semana. Ralentiqué de golpe los pasos al ver

a un hombre alto y fuerte cerca del laguito con mis hijos y mi sobrino.

«No puede ser» dije temblando como si tuviera mucho frío.

—¿Papá? —dije con el corazón latiéndome a mil por hora.

El hombre giró su cuerpo y mis ojos se posaron en mi hijo, en Ian, que dormía en sus brazos.

—¿Iaaan? —mascullé, anegado en lágrimas y con las manos en la cabeza—. Iaaan —tartamudeé.

Mi padre, el hombre que me dio la vida y me lo arrebató al mismo tiempo en el pasado, había encontrado a mi hijo.

—Hijo.

Se acercó y me entregó a Ian, que seguía dormido. Mis hijos y mi sobrino gritaron de alegría a nuestro alrededor, con Tomy, nuestro pastor alemán, que ladraba con alborozo.

—Tus hijos y tu sobrino lo encontraron —me dijo mi padre—. Me llamaron y yo les ayudé a rescatarlo —acotó al tiempo que depositaba a Ian en mis brazos—. Está sedado —besó la cabecita de su nieto.

Nos miramos por varios segundos sin emitir una sola palabra. Mi padre tenía los ojos enrojecidos. Los míos se nublaron lentamente. Jamás pensé que volvería a verlo en esta vida.

—Eres mucho mejor que yo, hijo.

Me miró con una profunda melancolía, una pesadumbre que caló hondo mi ser. Hubo un momento, en que incluso, pensé que fuera él el secuestrador de mi hijo. Y, como si me hubiera leído la mente, empezó a explicarme los pormenores. Me comentó cómo fue el rescate y quién lo mantuvo encerrado por casi dos meses en un sótano especial, donde los sonidos no podían penetrar las paredes bien camufladas.

—Engel me pidió ayuda cierto día que fui a verlo en la escuela.

Mi padre me confesó, además, que se hizo amigo de ellos, pero que nunca les dijo que era el abuelo.

—Cuando los conocí, se robaron mi corazón —declaró con su peculiar seriedad—. Daría mi vida por ti y por ellos, hijo.

—Gracias —fue lo único que pude articular.

Repitió el nombre del captor por segunda vez y ahogué un gemido de dolor al oír aquel nombre. El enemigo era quien menos lo imaginábamos.

—Dios mío —dije con voz enronquecida.

Mi padre, el hombre que creía muerto, ahuecó mi rostro entre sus manos y me miró con profundo dolor. El corazón dejó de latirme cuando clavó sus ojos azules en los míos.

—Eres un gran hombre, Marcello —me dijo con la voz ahogada—, y un padre ejemplar —una lágrima atravesó su rostro—, el padre que nunca pude ser para ti.

Una lágrima recta, tibia y húmeda se me escapó del ojo.

—Siempre fuiste mi mayor orgullo, Marcello —me dijo tras suspirar.

La emoción me enmudeció.

—Sé feliz, hijo.

¿Feliz? La felicidad nunca sería completa en mi vida sin aquellos que alguna vez amé y perdí por obra del acaso.

—Adiós, hijo.

Quizá, aquel día, sería el último de nuestras vidas.

—Adiós, papá.

Llené de besos a mi hijo, que lentamente abría sus lindos ojos azules. Me miró con

sorpresa, con júbilo, con adoración, con la misma veneración que yo a él.

—¿Papi?

Le pedí perdón llorando y él, inocente, me dijo que nunca me guardó rencor.

—Papi —dijo Matt, que tiraba mi camiseta con su manita.

Me acuclillé y Matt besó a su hermano.

—Perdóname, Ian —le dijo con lágrimas en los ojos—. Te quiero, manito.

Engel besó a su gemelo con los ojos entrecerrados y le dijo que su corazón casi explotó de tristeza sin él. Me volví y escruté a mi padre con ojos llorosos.

—Te perdono, Matt —siseó Ian, algo débil—. Yo también te eché de menos, Engel. A todos, en especial a mamá y a ti, papi.

Mis lágrimas empaparon el rostro de mi hijo.

—No llores, papá —me pidió con voz apagada.

Mi padre desapareció del lugar sin dejar rastro.

«Gracias, papá» musité.

Llegamos a la casa minutos después, Anna gritó al vernos. Mi esposa corrió y alzó a Ian en brazos y lo llenó de besos. La miré sorprendido. ¿De dónde sacó fuerzas para levantarse?

«Del amor» repuse con el corazón latiéndome a mil por hora.

—Mutti... —lloró Ian—. Te eché mucho de menos...

Anya se lanzó sobre ellos, prácticamente. Jonás, Erich y Peter llevaron las manos a las cabezas mientras las mujeres lloraban en grupo.

—¿Dónde estaba? —me preguntó Anna, llorando a lágrima viva—. ¿Dónde lo hallaste?

Miré a Claudia con todo el odio que un ser humano podía sentir por otro ser humano. Anna siguió mi enfoque al igual que todos los demás.

—¿Lo cuento yo o tú, Claudia?

Anna se apartó de Ian y Anya. Me miró y luego oteó a la secuestradora de nuestro hijo. Sin emitir una sola palabra, saltó sobre ella, literalmente. La tiró del pelo y le dio varios puñetazos, olvidaba mencionar que mi mujer era muy buena con los golpes, los que yo le enseñé a lo largo de estos años.

La golpeó por mí y por ella.

—Mutti... —dijeron nuestros hijos, mientras Anna arrastraba a Claudia por el piso.

Nadie intervino. La muy desgraciada intentó golpear a mi esposa, pero la ira de Anna era mil veces mayor que la suya. Sarah y Paula se remangaron los suéteres. Valentina y Alejandra también.

—¡Nadie toca a mis hijos! —chilló mi mujer, mientras yo marcaba cada número de la policía con lentitud martirizante. Me equivoqué cinco veces antes de acertar. Anna se sentó sobre Claudia, y le dio una, dos, tres bofetadas con el anillo de piedras que ella le regaló. La puso al revés para que la piedra hiciera lo suyo en el rostro de aquel monstruo, que pensaba huir con nuestro hijo.

—Gracias por el anillo —matizó Anna, sin detenerse en sus golpes—. Te dije que soy una fiera cuando se trata de mis hijos.

Claudia quedó bastante lastimada. Tenía los ojos inflamados y varias heridas en la cara. Valentina y Alejandra le tiraron del pelo. Sarah y Paula le dieron unos buenos puñetazos antes de que la policía llegara.

—¡Mutti! —gritaron nuestros hijos, y la abrazaron en grupo.

Anna lloró la otra cuota que aún le faltaba.

—Marcello... —gimió y me acerqué—. Gracias, mi amor —lloramos con toda el alma.

—¡Ian! ¡Ian! ¡Ian! —chillaron los niños.  
Todos lloraron ante nuestro pequeño milagro.

Tiempo después, descubrí que Claudia era la principal sospechosa de la muerte de su hijo, que según los policías se había caído del segundo piso de la casa. A nosotros nos dijo que murió en un accidente de tráfico. Para completar, la muy infeliz estaba envenenando a mi mujer con una hierba parecida a la belladona, con la misma planta que asesinó a su marido, que amaneció muerto tras días de agonizar.

Mientras leía los documentos, mi móvil timbró.

—¿Cómo está Ian?

Era mi padre. Mis ojos se nublaron al escucharlo, no pude evitarlo.

—Está mejor —respondí con sequedad.

Silencio y suspiros.

—¿Puedo enviar unos regalos a mis nietos?

Dudé varios minutos antes de contestarle.

—A los niños les gustan los Minions y el fútbol. También los tebeos de Mickey Mouse y el ajedrez. A las niñas Peppa Pig y Frozen.

Un sollozo se le escapó a mi padre, que fingió estornudar, para no delatarse ante mí.

—¿Y a Anya?

Lloré con amargura y ni siquiera tuve vergüenza de que me escuchara. Lloré por su traición, lloré por su supuesta muerte y lloré por mí, por todos los años que lo odié.

—Ama... ama... los vampiros —pude articular.

Mi padre soltó un largo y lastimero suspiro, un suspiro que inspiré y removió mi caja torácica.

—Lo siento, hijo. Siempre lo lamentaré, Marcello.

Colgó y lloré la otra cuota que faltaba. Cogí el portarretrato donde se encontraba la foto de mi madre y lo abracé con añoranza.

—Descansa en paz, Mutti.

Erich entró en la sala y me miró con expresión seria.

—Claudia se suicidó ayer —me dijo sin rodeos—, al parecer, empezó a tener alucinaciones con ángeles y demonios —me miró con expresión desencajada—, le dijo a su compañera de celda, días antes, que uno de los ángeles eras tú y que este le había enseñado el infierno.

—¿Qué? —solté con la cara descompuesta por la sorpresa.

—Pero fue otro quién la perseguía en sus sueños, el que la llevó a tomar esa decisión.

Los pelos de la nuca se me erizaron, como si alguien me hubiera rozado las uñas por la piel.

—¿Quién?

Erich tragó con fuerza antes de emitir el nombre del ser que, al parecer, vengó a mi hijo.



—Lucifer.

## Anna - La lucha

La paz había vuelto a mi casa tras el regreso de Ian, sin embargo, la guerra continuaba en mi interior. La gran prueba impuesta por el destino desestabilizó por completo mi interior. Me sentía frustrada ante lo sucedido con mi hijo bajo mis narices, por creer, una vez más, en quién no debía. Pero mi angustia desapareció cuando Paula me llamó llorando para contarme lo que le pasó. Fui a verla tan pronto como pude. Gigo me buscó por la tarde y fuimos a su casa con un peluche con guantes de boxeo. Cuando llegamos, Nico nos recibió con los ojos muy hinchados.

—Dime que no... —no pude terminar la frase, el llanto no me dejó.

Paula llevaba días desconfiando que estaba embarazada, que Dios le había otorgado el gran deseo de su corazón. Pero fue una alarma falsa.

—Anna —me dijo al verme.

Tenía los ojos muy hinchados y la voz muy afónica. Nico apenas pudo articular un hola y Giulio, que ya no era un niño, solo se limitó a mirarnos.

—Prima... —gimoteé antes de acercarme con Gigo.

Se rompió a llorar en mis brazos con toda el alma.

—No... serás... tía...

Un sollozo se le escapó a Nico, que cohibido, salió de la habitación. Estaba tan triste como su esposa. Gigo se acomodó tras ella y le besó la cabeza mientras las lágrimas anegaban su rostro. Nosotros, mejor que nadie, sabíamos lo que ella estaba sintiendo.

—¿Por qué Dios permitió que me ilusionara de este modo, Hormiguita?

Quería decirle tantas cosas, consolarla y darle esperanzas, pero no sabía cómo hacerlo.

—Duele tanto, Anna.

Le besé la frente.

—Lo sé, mi amor.

Me dolía en el alma verla así.

—Me duele respirar.

Yo pasé por eso tantas veces en el pasado.

—Respiraré por ti, Paula.

Se acurrucó como un gatito entre mis brazos y lloró hasta quedarse dormida. Gigo se retiró y me dijo que nos dejaba a solas. Asentí con la cabeza.

—Marcello vendrá a por mí —le dije y él asintió antes de despedirse con un cabeceo leve.

—Te quiero —le dije.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Yo también.

Gigo estaba tan ilusionado como Paula, ya que un milagro sería la respuesta para sus dudas existenciales. Nunca creyó del todo en Dios.

—Yo sigo creyendo en ti —le dije a Dios, llorando—, y sé que tus propósitos tienen una razón.

Nico apareció y me miró con profundo dolor. Después me enseñó unos escaarpines mientras las lágrimas rodaban una tras otra por sus mejillas encendidas. Me levanté de la cama con sumo cuidado y me acerqué a él.

—Lo siento.

Le abracé con todas mis fuerzas y él lloró en silencio. En ese lapso, evoqué los años que esperé en vano a mis hijos. Mes tras mes hasta que un día, de rodillas y llorando a lágrima viva en una iglesia le pedí un milagro, una señal a Dios. El médico que me atendió no comprendía cómo me había quedado embarazada, ya que mis trompas estaban completamente bloqueadas.

«Fue un milagro» repuse yo al volver al presente. Dios podía hacerlo, pero a veces, por algún motivo que desconocíamos, las cosas no se daban.

—Su tiempo no era el mismo que el nuestro —dije con un dolor sordo en el pecho.

Nico se apartó y me pidió que me quedara con Paula.

—Yo no sé cómo consolarla, Anna.

Esboqué una sonrisa.

—Con tu gran amor, Nico.

Se secó las lágrimas con el dorso y asintió sin mirarme. Nicolás Ricci aún tenía problemas con los sentimientos. Le costaba demostrarlos, sentirlos y asimilarlos. Paula era su fortaleza y también su debilidad. Le costó vencer el miedo en el pasado, pero lo consiguió y aquí estaba, llorando por ella.

—¿La amas?

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Con toda el alma.

Le cogí de la mano y lo llevé hasta la cama. Le dije que podía estar con ella y velar por su sueño mientras dejaba libre su corazón del dolor y la desilusión. Nico me miró y sin rechistar, se tumbó en la cama en posición fetal. Paula se despertó y lo miró con amor infinito mientras las lágrimas atravesaban su rostro.

—Aquí estoy, mi amor —le dijo él con la voz rota—, siempre estaré a tu lado, Paula.

Mi prima buscó refugio en sus brazos y el dolor, aunque aún muy latente, pesaba mucho menos cuando era compartido con el ser amado.

A cámara lenta, como solía pasar en las películas, salí de la habitación y bajé las escaleras. Podía irme a mi casa caminando, era tan cerca, sin embargo, opté por lo más sensato y seguro.

—Oh, cielo —me dijo Marcello, al verme sentada en la acera—, lo siento mucho...

Estaba conversando con Dios cuando él llegó. No le pedí un milagro, tampoco un bebé para Paula, no, esta vez solo le pedí que se hiciera su voluntad y no la mía. Tal vez, él, en su infinita sabiduría, sabía lo que era mejor para cada uno.

—Yo también, Marcello —le dije con la pena estampada en la cara.

Él me tendió la mano y yo la cogí sin rechistar.

—Gracias por estar siempre conmigo, Marcello.

Me atrajo hacia sí y me estrechó entre sus fuertes brazos.

—Gracias por ser mi otra mitad, Anna. Por estar en mi vida, por ser mi vida.

Me rompí a llorar con toda el alma y él acunó mi rostro en su pecho mientras me tocaba la cabeza con la mano.

—Desahógate, cielo —me pidió con la voz ronca—, Paula te necesita fuerte.

Lloré tanto que le empapé toda la camisa.

—Ella superará esto, pero necesitará a las personas que ama para ello.

Mi móvil timbró, era un mensaje de Paula. Lo supe por el tono: la banda sonora de Rocky.

*«Para vencerme, va a tener que matarme. Para matarme, tendrá que tener el corazón para pararse frente a mí. Y para hacer eso, debe estar dispuesto a morir; y no sé si él está listo*



*para hacer eso».*

—Rocky Balboa —dije entre lágrimas.

Me volví en un acto reflejo y me encontré con Paula, que estaba con Nico en el balcón de su mansión.

—¡Te amo, Hormiguita! —me gritó.

Ella era mi mundo.

—¡Y yo a ti!

Lloramos con amargura.

—¡No dejaré de esperarlo, Anna!

Levantó el brazo con el puño cerrado, como Rocky siempre lo hacía. Le copié el gesto sin dejar de llorar.

—¡Él lo sabe! —grité con devoción—, él vendrá, Paula —musité con una sensación indescriptible en el corazón.

Marcello me cogió de la mano y nos dirigimos a nuestra casa. Me volví y escruté a mi prima a través de las lágrimas. Ella lloraba, pero no pensaba bajar los brazos, nunca. Porque ella nació para pelear como Rocky, hasta el último round.

Porque ella era una guerrera y las guerreras nunca desistían.

Nunca.

Y días después, tras la tormenta, Paula apareció en casa con Giulio con unos albornoces a la Rocky y unos DVD. Me dijo que venía para un maratón de las mejores películas de su amor platónico.

—¡Sí! —gritaron nuestros amigos de repente.

Paula gritó de alegría al verlos. Todos, absolutamente todos aquellos que la amaban, estaban allí para apoyarla. Incluso mis padres y los suyos, que vinieron de Italia exclusivamente para verla.

—¡Os amo!

Nico apareció con un enorme ramo de rosas moradas.

—¿Nico?

Él había viajado a Londres y no pensaba volver hasta el fin de semana, pero cuando le llamé, me dijo que por ella dejaría todo. Porque ella era su todo.



## Marcello - ¡Feliz cumpleaños Matt!

La paz había vuelto a nuestro hogar y en nuestros corazones. Dos meses atrás pensé morir de tristeza y hoy, tiempo después, estaba loco de felicidad. Una línea fina separaba la alegría de la pesadumbre, era cierto.

—Los niños necesitan nuevas zapatillas —me dijo Anna, tras el desayuno.

Lavé las tazas y los platos antes de convocar a nuestros pollitos.

—¡Paseo! —chillé y todos gritaron de alegría.

Tras el secuestro de Ian, decidí colocar diez hombres tras mis hijos y de mi adorada y traviesa mujer de metro cincuenta y dos. Hablando de ello, en la tienda de zapatos mientras ella revisaba unos calzados para nuestros pollitos, aproveché para medirla. En una de las paredes de la tienda había una regla que servía para medir a los niños. Empujé a Anna y le pedí que se pusiera recta. Ella no vio el metro dibujado en la pared. Se puso recta y comprobé mis sospechas, mi mujer apenas medía metro y medio, y eso que era generoso, porque me daba la sensación de que apenas llegaba a metro cuarenta y nueve.

Anna protestó durante todo el camino al descubrirlo.

—Eres malo —me dijo y le apretujé el muslo con lascivia.

Empelló mi mano y soltó un taco bastante infantil: «*Streichhölzer*» que significaba caja de cerillas. Jamás soltaba un taco soez frente a nuestros pollitos.

—Cielo, es tu mayor atractivo —cogí su mano y la besé—. Mi pequeña princesita.

Me sacó la lengua y no pude evitar reírme.

—Y lo que haces con esa lengüita...

Me pellizcó el brazo.

—Aufff...

En casa, por la noche, me montó como una bestia sobre la moqueta del cuarto. Era pequeña, pero me tenía rendido a sus pies. Hicimos el amor como si lleváramos tiempo sin hacerlo.

—Es el té mágico —me dijo tras el segundo frenesí—. La maga que me dio me dijo que era afrodisíaco —jadeó, derrumbada y empapada en sudor sobre mí.

Llevábamos meses tomando un té muy delicioso. Mis amigos y sus mujeres también. Era relajante y bastante adictivo.

—Ya llegó tu ropa de payaso —me dijo tras levantarse—. Muy apropiado —acotó con expresión ladina.

Mi miembro seguía duro, quería más. Fui tras mi mujer y la seduje bajo la ducha, donde volvimos a hacer el amor con más salvajismo del que calculamos. Ella gritó al llegar al frenesí.

—¿Es el té? —le dije y ella en lugar de responderme, metió mi erección en su boca y me la chupó hasta hacerme correr, por cuarta vez solo ese día.

Estaba tan cachondo que en más de una ocasión Anna fue conmigo al trabajo. Ella escribía su nueva novela mientras yo, inútilmente, intentaba concentrarme en mis cosas. Le dije a mi secretaria que podía marcharse y tras ello, follé como un animal en celo a mi esposa, en posiciones nada convencionales. Utilizamos todos los muebles del escritorio e incluso el ascensor.

—En mi vida follé tanto —me dijo Erich, cierta tarde—. Es como si nunca fuera suficiente.

Peter y yo nos miramos, estábamos en las mismas. Empezamos a entrenar más duro y en

lugar de calmar nuestra libídine, solo aumentamos los músculos de nuestros cuerpos.

—Terminaremos más musculosos que Arnold Schwarzenegger en sus mejores tiempos —acoté extenuado tras el entrenamiento.

El estómago de Erich soltó un gruñido y nos robó una risotada.

—No solo Erich júnior tiene hambre —se mofó y fue a por un buen pastel de la confitería de la esquina.

Devoramos la tarta de dos kilos en pocos minutos, y lo peor de todo es queríamos más.

—Voy a por algo de chocolate caliente —les dije y Peter fue a por más pastas dulces.

—Somos los tres cerditos y la tarta es el lobo —masculló Erich tras beber su chocolate—. Pero unos cerditos felices —acotó y brindamos sonriendo.

El fin de semana llegó y con él, la fiestita de Matt. El primer regalo que recibió fue de mi padre, era tan grande que dos hombres lo trajeron.

—¡Trenes eléctricos, papá! —sus hermanos miraron con expresión de deleite el regalo—. ¿Los montaremos, papi?

—Sí, mi amor.

Mis mellizas también recibieron regalos: dos muñecas enormes de Frozen y dos mochilas de Peppa Pig, repletas de útiles escolares y chucherías. También mis otros hijos recibieron sus regalos.

—¡La saga completa de Crónicas vampíricas! —gritó mi hija adolescente—. ¡La serie completa en DVD!

Anna se abrazó a mí y me dijo que estaba muy orgullosa. Le dije que era extraño ser el hijo de un zombi. Ella rio con toda el alma ante mi ocurrencia.

Bromeaba acerca de ello, pero sangraba por dentro cada vez que lo recordaba. El dolor que sentía en el pecho era intolerable, pero decidí vivirlo solo, mi mujer ya no necesitaba más agobios.

Kaori y su grupo de decoración estaban adornando el patio para la fiestita de Matt.

—¡Está quedando preciosa la decoración! —chilló Anna.

Jonás y su familia llegaron por la tarde. Matt estaba la mar de contento con su tabla de surf, diseñada y pintada por Andreas, el primo de Jonás. Me preguntaba dónde la usaría, ya que en la piscina no había ondas. Misterios de la vida.

—¿Seréis los payasos? —nos preguntó Jonás, riendo como un loco—. ¿Para qué los disfraces? —más risas.

Erich resopló hastiado.

—¿Sabes por qué un vikingo rubio no hizo cubitos de hielo para la fiesta? —Soltó con malicia—, ¡porque se olvidó de la receta!

Nos echamos a reír, menos Jonás.

—¡No me voy a poner ese disfraz! —protestó Erich—. ¡Odio a los payasos!

Sarah y su hija Lena resoplaron.

—Les tienes miedo, papi —matizó Marcus, y Erich lo miró con expresión elocuente—. ¿Quién dijo eso?

¡Tal padre, tal hijo! Peter acababa de llegar con su familia y se echó a reír del rubio, que se negaba a colocar el disfraz de payaso. Le alborotó el pelo dorado, que había crecido bastante estos últimos meses. Erich hizo lo mismo con él y los dos empezaron a pelear como dos críos.

—¿Dónde vi esta escena? —se preguntó Jonás, con Walter en brazos.

El enorme pastel llegó, era de un azul turquesa delicioso. Últimamente no podíamos ver un trozo de pastel de cumpleaños.

—¡Hora de la fiesta! —gritó Anna.

Nos vestimos en mi cuarto mientras Jonás nos miraba desde el umbral. Erich protestó por todo, por la ropa, por el maquillaje, por el zapato rojo, por la nariz de plástico, por la peluca roja, por existir. Peter y yo empezamos a canturrear la canción de Santiano mientras él seguía quejándose.

—¡Payaso amargado! —proferimos y él continuó con sus quejas.

Jonás grababa todo con su móvil. Erich se dio la vuelta y lo miró furioso.

—¿Sabes por qué un vikingo rubio no come bananas? —soltó en tono huraño—, ¡porque no encuentra la cremallera!

Jonás bostezó.

—La nariz os va tan bien —nos dijo y los tres le sacamos la lengua.

Bajamos las escaleras riéndonos de nuestras apariencias. Erich se tropezó y bajó los últimos escalones de culo. Nunca pensé reírme tanto. Jonás tuvo un ataque de risa y de tos al mismo tiempo.

—¡Sois unos cabrones! —chilló Erich, enfurecido.

Nos doblamos a la mitad, riéndonos como locos. Erich se levantó y me dio una patada en el culo. Di un respingo hacia enfrente. Giré y lo fulminé con la mirada. Luego le di una patada en el culo y él le dio a Peter. Estuvimos así unas diez patadas más o menos. Jonás rio de buena gana y recibió una patada de cada uno.

—Pero ¿qué hacéis? —voceó, enfurecido.

Erich le dio otra patada y Jonás lo fusiló con la mirada.

—Un gesto vale más que mil palabras, vikingo —le dijo Erich con expresión malévola.

Jonás le dio una patada mortal que lo hizo chocar contra la pared. Peter y yo nos desternillamos. Erich movió la cabeza y tras recomponerse del golpe, para variar, soltó un chiste:

—¿Por qué un vikingo rubio cambia el pañal de un bebé solo una vez al mes?

Nos pusimos pensativos.

—¡Porque en el paquete dice hasta ocho kilos!

Sin comentarios.

—¡Payasos! ¡Payasos! —exclamaban los invitados de Matt.

En el patio nos esperaban unos veinte demonios disfrazados de niños. Rieron de entrada cuando Erich chocó contra uno de los pilares de hierro que estaba cerca de la mesa como sostén del toldo que protegía la mesa de los dulces. Erich comenzó a golpear el mismo con rabia y los niños rieron aún más.

—¡Erich! —le dijo Peter, y el rubio dejó de pelearse con el pilar.

Empecé a estornudar, el polen era mi peor enemigo en primavera. Erich simuló el ruido de un pedo cuando estornudé y los niños rieron de buena gana. Le empujé y él me devolvió el gesto. ¡Éramos los peores payasos del mundo!

—¡Basta! —nos dijo Anna, entre dientes y dejamos de pelearnos.

Jonás grababa todo.

—Ya tendrá su merecido ese vikingo rubio —me dijo Erich a modo de confidencia.

Peter empezó a inflar unos globos alargados e hizo varias figuras con ellos. Erich y yo lo mirábamos embobados, preguntándonos dónde aprendió aquel arte maravilloso. Gigo y Alexis nos tomaban fotos con sus móviles.

—Nuestra nueva fantasía sexual —dijeron y los tres nos estremecimos—, payasos lujuriosos... —movieron las lenguas de un modo muy inquietante.

Lanzaron besos y nos abrazamos en un acto reflejo. Jonás rio de buena gana hasta que esos

dos lo miraron con deseo y su risa se convirtió en un gemido de horror.

—¿Hora del juego? —profirió Sarah, con su dulce voz de sargento a punto de fusilarnos—. O se hará tarde para la merienda.

Los tres soltamos un suspiro de indignación. Erich y yo comenzamos a jugar a las adivinanzas. El que no acertaba, llevaría una tarta de nata en la cara.

—¿Cuándo nació Lady Gaga? —soltó él.

Hice un mohín de duda.

—¿En 1970? —solté y me gané una rica tarta de nata.

Todos se rieron, menos yo. Alexis y Gigo silbaron en un gesto de desaprobación. Luego me aclararon el año en que había nacido aquella cantante. ¿Era tan joven? No me lo esperaba.

Era mi turno.

—¿Cuántos mundiales ganó Alemania?

¿En serio? ¡Cualquiera conocía esa respuesta! ¡Mierda! ¡Era injusto!

—¡Cuatro! —exclamó Erich, y me dio otro tortazo.

Cogí otro sobre y recé porque tuviera una pregunta difícil.

—¿Con qué película Sandra Bullock se ganó el premio Oscar?

Mierda. Mierda. Más mierda. ¡Erich la amaba!

—Un sueño posible —dijo con astucia y, aunque era correcta la respuesta, le di un tortazo.

—¡Tramposo! —chilló Sarah—, ¡uhuuu! —me abuchearon todos.

Furioso, empezó a perseguirme por todo el patio con una tarta de nata en la mano, y eso que sus zapatos eran bastante incómodos. Me alcanzó y en lugar de lanzarla a mi cara, la metió dentro de mis pantalones. Me enfadé tanto, que le di una patada en el culo. Erich voló hacia enfrente. Se cayó con torpeza en el césped, alegrando a los niños que se carcajaban a todo pulmón a nuestro alrededor. Se levantó con cara de los payasos de Stephen King, y con un solo movimiento, metió mi cabeza bajo su brazo y me exigió que le pidiera perdón. En lugar de eso, empecé a reírme, a tener un ataque de risa. Nuestras esposas reían abiertamente de nuestra actuación nada ficticia. De un momento a otro, Peter le dio una patada en el trasero y empezamos a darnos patadas en el culo, de forma sincronizada.

¡Éramos los peores payasos del mundo!



## Anna - El otro lado del espejo

**G**igo y yo visitamos una tienda de esoterismo el fin de semana. Fuimos a por unos inciensos y unas velas aromáticas. Abrimos los ojos de par en par cuando entramos en la tienda. ¡Era como el armario mágico de Narnia!

—Hala —dijimos, embelesados.

Una mujer de unos cincuenta años nos saludó con amabilidad desde una estantería repleta de imágenes raras. Gigo soltó un gemido al ver una vela en forma de pene. Le di un pellizco en el brazo y su gemido se transformó en un jadeo muy, pero muy gay.

—La curiosidad y el escepticismo los trajo aquí —nos dijo la mujer en un tono muy misterioso—. ¿No creéis en la magia?

Queríamos decirle que sí, pero teníamos nuestras dudas al respecto. ¿Hasta qué punto era creíble todo aquello que se decía acerca de la magia? ¿Sabrina o las embrujadas eran una ficción total? Creía en las energías, pero no en ese tipo de brujería fantástica.

—Creo en muchas cosas, pero justamente en la magia, no —declaró Gigo, mientras acariciaba el pene de cera perfumada con verdadera adoración—. Este tipo de artefacto me hace ver las estremitas —se mofó y depositó un beso en la punta de la vela obscena.

Le lancé una mirada elocuente que él, como de costumbre, ignoró por completo. La maga nos escrutaba con atención desde su sitio.

—¿Queréis una demostración? —lanzó y ambos posamos nuestras miradas en ella—. ¿Una prueba inimaginable?

Su lúgubre y misteriosa voz nos obligó a abrazarnos como si tuviéramos mucho frío. Ella trajo un espejo muy particular. Era ovalado y con unos seres míticos alrededor. Nos pidió que miráramos en él.

—Un día de magia —susurró y emitió unas palabras ininteligibles.

Gigo frunció el entrecejo en un gesto de burla e incredulidad. Yo respetaba la magia, pero había cosas que se me escapaban de las manos.

—Mmm —ronroneó mi amigo.

Luego hizo su peculiar mueca de desconfianza, una mueca bastante exagerada que no pasó desapercibida ante los ojos de la bruja de Hagen.

—¿Qué nos pasará? ¿Nos convertiremos en ratas como en la película con Angélica Houston? —me preguntó durante el camino de regreso.

Me mareé y casi me desmayé.

—¿Estás bien, pequeña?

Todo me daba vueltas. Llevaba días teniendo ataques de vértigos. Eran normales para los enfermos de la Retinosis Pigmentaria.

—Estoy bien —le dije y volví a coger su brazo.

Por la noche, tras hacer el amor con cierto salvajismo con mi delicioso marido, vimos la película «Hechizo de amor» con Sandra Bullock. Marcello, como siempre, se quedó dormido abrazado a mí. Lo miré con ojos de cordero degollado.

—Te amo tanto —le dije y le besé los labios.

Estaba muy cansado estos últimos días. Dormiría incluso estando de pie, me dijo ayer. A pesar de ello, follábamos unas dos o tres veces al día sin falta. ¡Era una máquina sexual!

«Sueño con un amor que el tiempo respete y perdure» recitó el personaje de Sandra Bullock, en la película.

—Te amo —repetí con ojos melosos—. Eres tan hermoso, mi amor.  
Me abrazó con fuerza. ¡Era tan posesivo incluso durmiendo!



Abrí los ojos con pereza mientras fuera el canto de los pájaros se entremezclaba con el ruido peculiar de la lluvia. Me levanté de la cama y me desperecé con exageración, levantando los brazos por sobre la cabeza y abriendo la boca como un hipopótamo soñoliento. Me rasqué la nalga y solté otro bostezo. Fui al cuarto de baño y me senté en el váter para hacer pis.

*Pic.*

*Pic.*

*Pic.*

Unas gotas calientes empaparon mis pies, bajé la vista y miré estupefacta mi pene. Abrí tanto los ojos, que por muy poco no salieron volando de mi cara.

—¡¿Qué?! —chillé a todo pulmón—. ¡Ahhh! ¡Tenía un pito entre las piernas! —más gritos —, ¿dónde está mi vagina?

Me levanté de un salto y me miré al espejo horrorizada.

—¿Soy Gigo? —dije y me reí como la madre de Kevin, en «Mi pobre angelito dos», cuando una vez más, su hijo desapareció—. ¡Gigo! —troné, antes de desmayarme.



## En otro lugar...

Gigo:

Giré a un costado y me abracé a mi macho alfa con fuerza. Recorrí su abdomen con mis pequeñas manos. Diseñé con los dedos cuadradito por cuadradito de su abdomen perfecto. ¡Era un dios Marvel!

—Cielo... —me dijo con pereza al tiempo que le acariciaba el culo prieto con los dedos—. ¿Por qué me estás tocando ahí? —dijo entre risitas—. Estás muy obscena...

¿Obscena? Un líquido caliente empapó mi slip. ¿Me había corrido? Abrí los ojos con pereza.

—¿Por qué veo todo borroso? —me dije y un bostezo se me escapó en ese lapso.

Me levanté para ir al cuarto de baño. Me tropecé tres veces antes de llegar a mi destino, la vista estaba bastante empañada y extraña. ¿Qué me estaba pasando? Encendí la luz del baño y achiqué los ojos ante el impacto.

—¿Será una infección ocular?

Me senté en el váter e hice pis mientras un dolor punzante en el abdomen me hizo gemir de dolor. Bajé la mirada y escruté horrorizado la sangre que emanaba de mi vagina.

Puse los ojos como platos.

—¡¿Qué?! —grité eufórico—. ¿Tengo una vagina? —dije exasperado y emocionado al tiempo—. ¡Soy una mujer! —grité y me desmayé.





Anna:

Gigo y yo nos reunimos lo antes posible. Busqué en su armario algo decente y sin brillos, pero fue como buscar un consolador en la maleta de una monja.

—¿Qué ha pasado? —dijimos al vernos, cada quien en el cuerpo equivocado—. ¿Qué haremos?

Lo primero que hicimos fue buscar a la bruja, que no se encontraba en su tienda. La esperamos por cuatro horas y nada.

—¿Has hecho el amor con Marcello? —le pregunté al tiempo que me rascaba las bolas—. ¿No les molesta cargar con esto todo el tiempo? —inquirí mientras apretaba mis testículos prestados.

Apartó mis manos de su miembro.

—¡No lo maltrates!

Gigo llevó el dorso de la mano a su frente y simuló un desfallecimiento muy teatral entretanto se arreglaba la compresa mal puesta en una de mis tanguas hot, aquellas que solía usar para seducir a Marcello tras algún viaje suyo.

—¿A vosotras no les molesta la sangre que perdéis cada mes? ¡Parece el relleno de una morcilla antes de ir a la parrilla!

Tomé nota mental: Jamás volver a comer morcilla.

—Evité tener relaciones, Anna —me dijo con una expresión muy ladina—. ¡Tu marido es puro fuego! Intentó violentarme unas tres veces —murmuró con falso disgusto—. Fue la peor de mis batallas sexuales, ¡madre mía! ¿Tenía que ser tan apuesto?

Suspiré hondo, en general, cuando me venía la regla le solía hacer un rico sexo oral hasta hacerle acabar. Me encantaba su cara post-orgasmo.

—Él insistió que le chupara —acotó y me dio un empujoncito—. ¡Eres una traviesa!

Le lancé una mirada taimada.

—¿Mira quién habla?

Nos echamos a reír hasta que mis ojos posaron en su bragueta manchada de sangre.

—¡Jesús, María y José! ¡Se ha manchado tus vaqueros!

Fuimos a casa a toda prisa. Yo conduje el coche, fue tan raro verme a mí en aquel sitio tras tantos años. ¡Me sentía tan bien!

—Ay —dijo Gigo, al chocar contra el portón de mi casa—. Aún no me acostumbro con...

Se interrumpió al ver mi mohín de tristeza lacerante.

—Nunca lo harías —le dije con lágrimas en los ojos.

Mis hijos gritaron y vinieron a nuestro encuentro. Marcello salió y vino a por mí.

—Hola, mi amor —dijo con su sensual sonrisa ladeada.

Parpadeé como una damisela en apuros, olvidándome por completo de mi actual apariencia.

—¡Hola, mi vida! —clamé y me lancé a sus brazos en un impulso impensado.

Marcello me paró el carro sujetando mi cara con la mano. El impacto de su palma me devolvió al presente de golpe.

—Gigo —se limitó a decir.

Mi amigo, que ahora era yo, me lanzó una mirada elocuente antes de dar un beso soso a mi marido.

—¿Qué tienes, cielo?

Antes que mi amigo pudiera reaccionar, Marcello lo estrechó y lo besó con toda la pasión que albergaba su corazón. Gigo intentó resistirse, intentó, valga la aclaración.

«¡Qué rico!» gemí de placer.

Para empeorar las cosas, tuve mi primera erección, y el vaquero súper ajustado de mi amigo, con alma femenina, me delató.

«¡Trágame tierra y escúpeme en alguna dimensión de penes erectos en mal momento!».

Carraspeé nerviosa y mi amigo, el traicionero, se alejó de Marcello al instante. Abrió sus ojos como platos al atisbar mi “entusiasmo”.

Marcello le susurró algo al oído, supongo que le advirtió sobre la mancha de su bragueta.

—Te amo —le dijo Gigo, y le tocó el culo.

Le pellizqué con violencia.

—¡No abuses!

Subimos a mi cuarto para que se cambiara de ropa, en el camino le di un buen tirón de oreja.

—¡No te aproveches de la situación, Gigo María!

Él rio de buena gana ante mi reacción antes de meterse en el cuarto de baño.

—¡Cuánta sangre! —protestó mientras se limpiaba con cara de asco—. ¿Cómo soportáis este martirio mensual?

Cuando le comenté sobre los embarazos y los partos, casi perdió el conocimiento.

—¿Yo quería ser mujer? —dijo con ojos entornados—. ¡Quiero una vagina, pero no el útero!

Me reí tanto que me hice pis encima. ¡No conseguía domar el pito de mi amigo! ¡Tenía vida propia!

Me cambié de ropa. Por fortuna, Gigo no tenía problemas en usar mis mallas.

—¿Qué haremos, Gigo? —le pregunté al borde de las lágrimas—. ¿Estamos condenados para siempre a estar uno en el cuerpo del otro?

Gigo se hizo una coleta y luego se maquilló con destreza. ¡Madre mía! Estaba tan hermosa.

—¿Te gusta?

Asentí con la cabeza y tras ello, empecé a llorar como una Magdalena. Gigo me abrazó y me dijo que encontraríamos una solución. Su móvil timbró y cogí la llamada sin mirar el display. Era Antón.

—¡¿Qué?! —chillé al oír su gemido de placer—. ¡Cochino!

Gigo puso los ojos en blanco. ¡Su novio se estaba masturbando al otro lado de la línea! Arrancó el móvil de mi mano y habló con su macho alfa. Tras colgar, me sacudió por los hombros y no satisfecho, me dio una bofetada.

—¡Pronto solucionaremos todo!

Quería creer.

Necesitaba creer en ello.

La bruja no apareció en su tienda, y mis esperanzas terminaron bajo tierra.

—Mañana la encontraremos —me dijo Gigo—. No te desespere, Hormiguita —se rascó la parte íntima—, la cera depilatoria estaba vencida —me dijo, atribulado—, fue la única manera de mantener alejado a tu delicioso marido de mí —tiró la malla y me enseñó mi sexo irritado.

Abrí mucho los ojos y la boca.

—¡¿Qué le hiciste a mi vagina?!

Una anciana, que pasaba cerca, nos miró con el cejo fruncido.

—Marcello solo le puso crema de bebé —me dijo con un morrito muy teatral—, pero no

quiso usarla.

—Menos mal.

—Tú tranquila, saldremos de esta, Anna.

—Eso espero, Gigo.

Fui a su casa y me metí en la bañera meditando. Pensé en Marcello, y mi miembro prestado reaccionó al instante. Por primera vez y espero que la última, me hice una paja en su homenaje. La sensación era tan rara, aunque deliciosa. Me sentí rara tras el clímax.

—¿Estaba abusando de Gigo de cierta manera?

Alguien abrió la puerta de golpe.

—¡Gigo! —exclamó Antón, minutos después de mi orgasmo solitario, que desnudo y con una erección palpitante entre las piernas, entró en el cuarto de baño, dispuesto a saciar su deseo voraz.

¡Era enorme!

—¿Me has echado en falta?

Solté un grito agudo y perdí el conocimiento.

—¡Noooo! —grité al despertarme—. ¡No quiero esa anaconda!

Marcello encendió la luz y me abrazó con fuerza.

—Cielo, fue una pesadilla —me dijo, agitado.

Miré su rostro y luego mi entrepierna.

—¡No tengo un pene! —grité a voz en cuello.

Marcello soltó una carcajada sonora que agitó todo su cuerpo, su hermoso y seductor cuerpo. No me resistí y le hice el amor como si fuera la última vez. Me deleité con su cuerpo, con cada centímetro de su perfecto cuerpo.

—Eres delicioso —le dije mientras lo chupaba con ansia feroz.

Marcello se arqueó y enterró la cabeza en la almohada, jadeando cada vez más y más.

—¡Cielo! —chilló cuando se corrió.

Por la tarde, Gigo apareció en casa y tomamos té verde con macha. Nos miramos en silencio por unos minutos eternos.

—Anoche tuve un sueño muy raro, Anna —comentó con voz aniquilada por la desazón—. Soñé que era tú, fue tan real.

Le conté el mío y nos miramos con cara de espanto.

—¡¿Y si fuera cierto?! —chillamos al unísono.

Negamos con la cabeza y nos reímos a carcajadas hasta que Leticia apareció y me preguntó algo:

—¿Por qué ha tirado sus vaqueros al basurero, señora?

Gigo y yo gritamos al ver la prenda manchada de sangre.

—¡No puede ser! —gritamos con espanto y con las manos en la cara—. ¡Nooo!

Magia o no, fue la experiencia más rara de nuestras vidas.

¡Abracadabra! ¡Ayer fui tú!



## Marcello - Conversación amorosa

**L**legué a mi casa a las seis de la tarde como todos los días. Saludé a mi mujer y a mis hijos, que estaban preparando la mesa con Leticia. Anna estaba enfadada con nuestros hijos, que, como de costumbre, habían hecho de las suyas en la escuela.

—Habla con ellos —me dijo, enfurruñada—. Debes darles un buen castigo —apremió con los labios apretados.

«La comeré a besos» pensé y le metí mano.

—¡Marcello!

Le di un beso en la boca.

—Es tu culpa, cielo.

Cuando Anna estaba enfadada, yo me excitaba de manera automática.

—Te devoraré más tarde, cielo —le prometí y ella rio por lo bajo.

Los gemelos y Matt me miraron con cara de espanto. Me quité la corbata y también el chaleco al tiempo que escrutaba a mis hijos con expresión severa. ¿Qué hicieron esta vez?, me pregunté sin abandonar mi deje. Engel era el único que nunca hacía nada, pero, para defender a su gemelo, se metía en sus líos. Sin embargo, Ian y Matt eran almas gemelas cuando se trataba de travesuras.

—No cedas, Marcello —me dijo Anna con seriedad—. No quiero hijos maleducados y machistas.

En ese lapso, me acordé del consejo de mi cuñado con respecto a las mujeres.

*«Cuando una mujer te dice: haz lo que quieras. ¡No lo hagas! ¡Quédate quieto!, ¡no respondas!, ¡no parpadees!, ¡y hazte el muerto!».*

—¿Qué hicieron, cielo? —los tres bajaron monocorde las cabecitas y soltaron un resoplido muy teatral—. Mmm.

Besé la nuca de mi mujer con lascivia. La carne se le puso de gallina.

—Se pelearon con un compañerito de Antonella.

Me detuve en mis caricias al no comprender su afirmación. ¿Mis hijos se pelearon con un niño de la Kita y no con uno de los suyos? Antonella y Abril apenas tenían tres años. Ambas iban a la Kita, que era la guardería en Alemania.

—¿Por qué lo hicieron? —le pregunté con expresión seria.

Anna lanzó una mirada elocuente a nuestros pollitos, que intimidados, bajaron las cabecitas por segunda vez en un gesto de arrepentimiento.

—Por ser el novio de Antonella —declaró mi mujer como si nada.

El ojo derecho empezó a palparme, la garganta se me secó y los latidos del corazón me ensordecieron.

—Ajá —me limité a decir.

Tras lavar y ordenar los cubiertos, subí al cuarto de mis princesas y hablé con ellas. Antonella se rompió a llorar.

—Estoy enamorada, papi —sollozó con amargura, echando atrás la cabeza y abriendo mucho la boca.

Lloraba con toda el alma. La estreché y ella hundió su carita empapada en lágrimas en mi cuello.

—Es el gran amor de mi vida, papá.

«No lo es, cielo».

—Mi vida, eres muy pequeña para tener un novio —le dije, apenado, al tiempo que la apretujaba contra mi cuerpo.

Abril nos miraba concentrada desde su cama, en posición de Buda. ¡Era un ángel! Antonella... por su parte... era diez mil veces más traviesa que ella, competía con Ian y Matt. Engel y Abril eran dos corderitos.

—Mis hermanos no lo quieren, ¿y tú, papi?

«Lo detesto».

—No lo conozco, cielo —dije al tiempo que la mecía—, repito, eres muy pequeña para esas cosas.

Se apartó y se arregló la melena castaña clara como si fuera una modelo de pasarela. Parpadeó y sonrió con una dulce e inquietante expresión de niña buena.

—Mañana vendrá aquí y podrás conocerlo, papi.

Una vena del cuello empezó a palpar al igual que mi ojo derecho.

—Ajá —dije resignado y apreté los dientes—. Me alegro.

¡Muero de celos! Antonella me llenó la cara de besos, ¡me tenía rendido a sus pies! Era tal cual su madre, tal cual.

—Fíjate en Abril, ella no tiene novio —acentué, al tiempo que la recostaba en la cama y la cubría con la manta—. Es tan buena y no necesita un novio para ser feliz.

Abril se levantó y saltó en su cama.

—¡Yo también tengo novio, papi!

Giré el rostro de un modo que me recordó a la niña de la película «El Exorcista». Mis pelos se pusieron de punta y el cuarto parecía girar a mi alrededor.

—Abril tiene dos novios, papi —resaltó Antonella—. Ambos están súper enamorados de ella.

Me quedé mirándolas con cara de circunstancia. No supe cómo reaccionar.

—Ah, ¿sí? —dije, fingiendo desinterés mientras cubría a Abril con la manta rosa—. ¿También lo traerás a casa, princesa?

Abril ahuecó mi rostro entre sus pequeñas y suaves manos. Besó la punta de mi nariz y me desarmó por completo. ¡Ellas me tenían de las pelotas!

—No, papi.

Mi rostro se relajó, un poco. Solo un poco. La estreché y le hice cosquillas con la barba saliente.

—¡Papi!

Luego besé a Antonella, que me dijo que yo era su único amor, por el momento.

—¿Cuándo podré tener un novio, papi?

Hice una mueca de duda.

—A los treinta, quizá —acoté y ella me miró con suspicacia.

Antonella hizo una mueca muy jocosa, muy al estilo de su madre.

—¿Falta mucho para eso, papi?

«Por fortuna, sí».

—No tanto, cielo.

Me dio un beso de esquimal.

—Buenas noches, princesas.

Apagué la luz y entrecerré la puerta con sumo cuidado. Mis hijas se rieron. ¿Se reían de mí?

—¿Ya sabes a quién quieres, Abril? —cuchicheó Antonella, antes de que cerrara por completo la puerta.

Abril rio por lo bajo y quise comerla a besos.

—No, porque ahora hay un tercero.

Abrí con exageración los ojos al escucharla. ¿Tres novios? Apreté el pomo de la puerta hasta que los nudillos se me quedaron blancos.

—Yo solo amo a Julián —adujo Antonella—. Aunque, Justin Bieber me encanta.

¿Justin Bieber? ¿En serio?

—Papi —susurraron mis hijos al otro lado del pasillo.

Cerré la puerta y me metí en la habitación de ellos. Me senté en el sofá bolsa azul con todo mi peso. Matt se sentó en mi regazo y mis gemelos a mi lado.

—¿Nos vas a castigar, papi?

Saqué mi cartera y les di algo de dinero. Los tres abrieron los ojos con exageración, incluso me pareció ver el símbolo del euro en sus ojitos azules.

—¿Nos estás premiando, papi?

Era terrible lo que estaba haciendo, pero moría de celos de mis hijas, de mis dulces e inocentes hijas. Les prometí nuevas bicicletas y balones de fútbol a cambio de informaciones.

—Ay, papi —soltó Ian con cara de preocupación—. Antonella y Abril nos preocupan mucho —acotó y quise reírme.

Engel trajo su tabla de ajedrez y nos pusimos a jugar. Por primera vez, Engel me ganó la partida. ¡Un perdedor en todos los ámbitos!

—Abril es peor que Antonella —adujo Matt—, tiene a todos tras ella.

Se me cerró la garganta.

—Os toca cuidarlas —les dije y ellos chocaron los cinco conmigo—. Buenas noches, hijos —les dije y salí del cuarto absorto en mis pensamientos hasta que escuché a Anya.

—¡Cuelga tú, mi amor! —chilló y rio—. Te amo, Nick.

«Dios, dame fuerza».

Anna me esperaba desnuda en la cama, quería decir que no me apetecía un buen polvo, pero dos segundos después, tenía una palpitante erección entre las piernas.

—¿Cielo? —me dijo Anna, tras el frenesí—. ¿Qué tienes?

Las emociones me asaltaron y lloré a moco tendido.

—No sé, cielo. Estoy tan sensible que lloraría incluso viendo Big Bang.

Recosté mi cabeza en su pecho.

—Shhh —me arrulló.

¿Por qué estaba tan sensible? Una idea cruzó mi mente y agitó con violencia mi corazón.  
¿Será?





## Anna - Gordicienta

**M**arcello acababa de salir del cuarto de baño tras limpiarse los dientes. Luego de comprobar que no estábamos embarazados, se tranquilizó.

—¿Y si estaba? —le pregunté con curiosidad.

Llevaba puesto un bóxer negro que realzaba sus piernas torneadas, su culo de infarto y su abdomen de ensueño.

—Pues tendríamos otro hijo, cielo.

Yo estaba de bruces en la cama con la cabeza aparcada sobre las manos. Devoré trocito a trocito a mi delicioso marido mientras Luis Fonsi, su segundo amor, cantaba de fondo «Despacito» en todas las versiones existentes.

—¿Se llamaría Luis «Despacito» Hoffmann? —me burlé y él rio de buena gana.

—Muy chistosilla, cielo.

Enarqué una ceja al ver su deje.

—¿Lo estás pensando?! ¡No lo puedo creer!

Rio aún más.

—¡Nooo! Estaba pensando en el batido que Erich nos invitó.

—¿El bati-trógeno?

—Ese, ¿cómo pudo confundir el bote del estrógeno con el del batido de chocolate? ¡Es tan rubio!

Nos echamos a reír.

—¿Conoces el cuento de hadas «Gordicienta», mi amor? —le pregunté tras recomponerme mientras oscilaba las piernas de un lado al otro—, es mi versión de Cenicienta...

Me miró con expresión socarrona antes de acomodarse en la cama. Me mordió la nalga con afecto.

—No, cielo —me dijo sonriendo—, pero me encantaría conocerlo...

Recosté mi cabeza en su pecho musculoso y perfumado antes de contarle mi cuento XXL, no apto para modelos y obsesionadas del peso.

—Érase una vez, una chica que había perdido a su madre —empecé a relatarle—, y su padre desposó a otra mujer tiempo después...

Marcello me miraba sin abandonar su sonrisa un solo segundo. Aquello era amor, sin lugar a dudas, solo el amor verdadero era capaz de soportar las estupideces que salían de mi boquita de corazón, como me lo decía él.

—La madrastra y las hermanastras eran muy malas con ella, nunca la dejaban comer sus bombones o sus pasteles —continué y él soltó una risita por lo bajo—, un día, tras limpiar la chimenea, ella se robó unos m&m y sus hermanastras la tildaron de «Gordicienta», por golosa y sucia. Limpiar una chimenea no era tarea simple...

Marcello acarició mi mejilla y me robó una sonrisa.

—Un día, el panadero más popular del pueblo organizó una gran fiesta en honor a su hijo, el mejor confitero del mundo —repuse tras suspirar—. El confitero era el hombre más hermoso que jamás existió en todo el pueblo. Tenía un cuerpo de ensueño y un rostro de infarto —parpadeé a cámara lenta—, como tú, mi amor —deslizó su dedo índice por el puente de mi nariz—. Gordicienta quería ir al baile con su madrastra y sus hermanastras, pero ellas le dijeron que la llevarían solo si perdía unos kilos, o, caso contrario, no iría.

Puse cara de tristeza.

—Gordicenta lloró cerca de su árbol favorito y le pidió una dieta milagrosa para bajar de peso...

Marcello frunció el ceño en un gesto de confusión.

—¿No le pidió un vestido, cielo?

Negué con la cabeza.

—No, porque más que un vestido, lo que necesitaba era una dieta milagrosa.

Mi delicioso marido rio por lo bajo.

—Gordicenta hizo la dieta de la piña —acoté ensombrecida—, y solo perdió medio kilo en tres días...

Aquella experiencia estaba basada en hechos reales. Evoqué mi dieta loca de la piña. ¡Tres días comiendo solo aquella fruta! Tras aquellos días, mal podía ver una piña.

—Luego hizo la dieta del apio y perdió medio kilo más —maticé con ojos melancólicos—. Luego hizo la dieta de la manzana y el arroz —Marcello rio por lo bajo—, perdió medio kilo más, pero lo recuperó tras devorar unos deliciosos bombones artesanales que robó de sus hijas —puse cara de sardina violada por un delfín—, esto que dije no tiene nada que ver conmigo, amor.

Marcello rio de buena gana al ver mi mohín. Me dio un dulce beso, tan dulce que engordé medio kilo.

—Gordicenta lloró toda la noche y perdió medio kilo más, ya que se deshidrató un poco...

Marcello se precipitó sobre mí y empezó a succionarme el cuello con voracidad. Era mi punto más erógeno.

—Marcello...

—Continúa, cielo —jadeó sin detenerse en sus besos lascivos—, pronto perderás un kilo, te lo prometo.

Gordicenta desistió de la dieta y se presentó al baile del confitero con su mejor vestido y una tarta exquisita de almendras con nata y chocolate. El bello confitero, embelesado por las curvas peligrosas de aquella mujer, le invitó a bailar. Sus hermanastras y su madrastra no la reconocieron, ya que Gordicenta llevaba una peluca y un corsé que casi la asfixió. Antes de la merienda, Gordicenta huyó del lugar para evitar romper la dieta. Torpe por naturaleza, se tropezó y perdió su bailarina bordada en medio del camino. Corrió con un pie descalzo y se hizo daño al pisar unas piedras. El confitero la perdió de vista cuando el semáforo se puso en rojo. Gordicenta cojeó, pero no se detuvo. El confitero no desistió, y en el programa de radio más popular del pueblo dijo cierta tarde: la dueña de este zapatito será la dueña de un delicioso pastel de chocolate en forma de corazón de dos kilos. Gordicenta luchó contra el deseo mórbido de su estómago, pero terminó obedeciéndolo y se presentó en la confitería. El confitero le puso el zapatito y le regaló con aquel gesto su dulce amor. Gordicenta no bajó de peso, ya que el amor de su vida le dijo que la amaba tal cual era.

—Cada centímetro y cada gramo de tu lindo cuerpo es mi perdición, cielo —me dijo, mi irresistible marido.

Gordicenta devoró a su amado, trocito a trocito, al compás de «Despacito». ¡Colorín... colorado... este dulce cuento ha terminado!



## Marcello - Agentes vs. Esposas

**E**l fin de semana nos reunimos en casa para cuidar a nuestro clan, ya que era el fin de semana libre de nuestras adoradas esposas. Una vez al mes se reunían en la casa de una de ellas y hacían de las suyas. ¡Cosas de chicas! Como solían gritarnos antes de salir despavoridas de nuestros lados para montarse sus fiestas anti-esposos e hijos. Hoy lo harían en la casa de Peter.

—He pedido pizzas —dijo Erich, tras colgar el teléfono—. Tengo mucha hambre.

¿Cuándo no la tenía? Peter acababa de poner varios vasos de cerveza sobre la mesita del salón. Jonás se encargó de llenarlos con buena y fresca cerveza alemana. ¡Estábamos muertos tras un día ajetreado con los niños!

—Necesito una cueva para hibernar —se mofó Jonás—, tengo un solo hijo, pero cincuenta sobrinos —soltamos un largo, interminable e infinito suspiro.

Nos servimos cerveza antes de ver los resultados de la Bundesliga. El timbre sonó, eran las pizzas.

—Pizzas, cervezas, niños durmiendo y pies descalzos —les dije antes de abandonarme en el sofá—. ¡Hora de descansar!

Peter me ofreció un vaso. Lo cogí y brindamos por la última misión que habíamos tenido en tierras americanas mientras en el reproductor de música «Iris» del grupo Goo Goo Dolls sonaba. Aquella música podía conmigo.

—¿Qué estarán haciendo nuestras esposas? —soltó Peter, de repente—. ¿Harán lo mismo que nosotros?

Esboqué una sonrisa melosa al evocar a mi pedacito de cielo. Jonás suspiró hondo y mi cuñado soltó un jadeo de pura preocupación. Lo miramos con atención.

—Paula, Gigo y Alexis están con ellas —nos recordó mi cuñado con expresión de asombro.

Nos levantamos del sofá de golpe y llevamos las manos a las cabezas.

—Scheiße —dijimos, monocorde.

Mi corazón latió con fuerza.

—¿Sería invasivo observarlas a través del circuito cerrado de mi casa? —repuso Peter con cierto recelo.

Nos miramos por unos segundos y tras varios suspiros dijimos a coro:

—No.

Peter cogió a toda prisa el móvil y conectó el aparato a la enorme televisión de la sala. Tecleó la contraseña del sistema de seguridad de su casa a continuación. Bebí un buen sorbo de cerveza, ¿por qué estaba tan nervioso? ¡Anna era una santa! De pronto, aparecieron en la enorme pantalla vestidas de novia. Los cuatro miramos estupefactos la televisión. ¿Eso hacían cada fin de semana libre? ¿Se vestían de novia y bebían vino? Gigo y Alexis, para variar, también estaban vestidos de novia.

—¿Novias? —dijo Peter, algo desencajado—. ¿Con ramo y velo incluido? —acotó, pasmado.

Su esposa bebió un buen sorbo de vino de su copa y rio de buena gana tras soltar una palabrota en guaraní. Sarah, mi dulce y amorosa hermana, soltó otra en alemán. Paula lanzó otra en

italiano y Valentina en español.

—Clase de idiomas —nos dijo Jonás, con el ceño ligeramente fruncido—. Muy educativo. Erich bebió un sorbo de su copa antes de emitir:

—Prefiero verlas con sus atuendos de novia a verlas con unos strippers cachondos y súper sexis.

Asentimos condescendientes.

—Prost!

Estaban tan hermosas que hasta dieron ganas de volver a casarnos.

—Eso de doble penetración vaginal —dijo de pronto Sarah—, más que placentero ¡debe ser doloroso!

Una alarma se encendió en alguna parte de mi cabeza y me ensordeció. Anna abrió la boquita y temí lo peor.

—Solo en las películas porno lo disfrutan —comentó mi adorable esposa y tuve ganas de besarla a través de la pantalla—, en mi caso, si hubiera dos penes como el de Marcello en mi interior —el momento mágico desapareció—, caminaría así —imitó los pasos de un zombi con diarrea.

Mis amigos se echaron a reír al compás con las suyas.

—¡Eres terrible, Anna! —rio Valentina.

El vikingo se tensó al oírla.

—Oh oh —murmuró Jonás—, mi esposa entrará en acción.

—¡Yo camino así con un solo pene! —chilló Valentina, y su esposo quiso darse un tiro—. ¡Mi marido es enorme!

—Mmm —murmuró Jonás.

Nadie dijo nada. Nuestras esposas se sentaron en el sofá a la cuenta de tres y rieron a mandíbula batiente cuando Gigo corrió por toda la sala con el ramo entre las manos.

—¡No seas tramposo, Gigo! —protestó Alexis, mientras corría tras él levantando el vestido de novia hasta las rodillas—, ¡eres una bruja envidiosa!

Paula cogió el ramo de las manos de Gigo y lo lanzó a mi hermana. Sarah lo lanzó a Valentina y ella a Anna. Estuvieron así unos minutos.

—¡Brujas! —protestaron Alexis y Gigo tras arreglarse los velos.

Ver a dos hombres con vestido de novia era como mínimo inquietante. Valentina se levantó y cogió la laptop. Buscó algo en ella y tras ello, todos la rodearon. Por los gemidos exagerados que procedían del aparato, supimos al instante que veían una película no apta para menores de edad.

«Porno» me dijo mi cerebro.

«No apta para menores» le repliqué.

«Porno» repitió.

«No apta para menores» le retruqué.

«Porno. Porno. Porno».

Desistí.

—Esa tía finge muy mal —acotó Sarah, con expresión ceñuda—. Se nota demasiado.

Erich se puso en alerta.

—¿Alguna vez fingiste? —inquirió Paula, tras beber un sorbo de vino.

Erich abrió como plato los ojos mientras nosotros esperábamos atentos la respuesta.

—¡No! —contestó ella, con afusión—, ¡Erich es un dios en la cama! —sonrió con altivez—, caso contrario, lo dejaría...

«Menos información» supliqué al universo. Mi cuñado soltó un taco al oírla. ¿No se sentía orgulloso? ¡Qué raro!

—¿Y vosotras? —rebatí mi hermana.

La película «no apta para menores» continuaba su curso. Nadie prestaba atención en ella, excepto nosotros, los machos alfas.

—Con mis antiguos novios sí —contestó Valentina.

Jonás soltó un largo y lastimero suspiro. Los ex son el veneno de los actuales.

—Es lo peor —terció Alejandra, con la tristeza estampada en la cara.

Peter tuvo un ataque de tos. ¿Hablaba del presente o del pasado? Mi amigo de toda la vida palideció ante la afirmación inesperada de su mujer.

—Antes de Peter —parecía haberme leído la mente—, tuve pocos orgasmos, nada memorables y eso que había estado con el mismo cabrón por más de cinco años. ¡Era el peor amante del mundo!

Gigo y Alexis se sentaron en la moqueta para prestar atención en la perorata de nuestras esposas. Peter recuperó el color natural de su cara.

—Ellos siempre llegan —matizó Paula, tras resoplar con poca delicadeza—, se masturban y llegan. Follan y llegan. Respiran y llegan.

¡Ey! ¡No era tan simple como alegaba! A veces tardaba en llegar, no siempre las energías estaban al cien por ciento. ¿Lo pensé o lo dije en voz alta? Estaba tan cansado que mal podía retener mis pensamientos dentro de mi cabeza.

—Cuando yo me masturbaba con Marcello «il Rosso» —les dijo Anna, y mis amigos me miraron atentos mientras mis mejillas se ponían rojas como la amapola—, siempre llegaba, en especial cuando evocaba a Marcello —Gigo soltó un suspiro muy perturbador—, no conozco otro pene —tragué con fuerza ante la sinceridad de mi pequeño mundo—, ¡ni lo necesito! ¡Mi alemán es una fiera salvaje en la cama!

En lugar de sentirme halagado, me ruboricé aún más. Sarah escupió el vino que bebía entretanto las demás reían como focas embriagadas ante la afirmación vehemente de mi mujer. Mis mejillas empezaban a arderme. ¿Dónde terminaría aquella charla tan indiscreta?

—¡No hables de mi hermano! —rieron de buena gana—, ¡la imaginación es traicionera!

Valentina soltó tras recuperarse de la risotada:

—Ale, yo te entiendo muy bien. Antes de Jonás los orgasmos eran una utopía en mi vida —Jonás bebió un buen sorbo de cerveza—, pero desde que lo vi en la playa —mi amigo frunció mucho el entrecejo— no hubo un solo día en que no me masturbara pensando en él —rió por lo bajo—, pero esto nadie lo sabe —puso el dedo índice sobre los labios—. Ni él... —rieron por lo bajo.

«No lo sabía» la corregí, mentalmente. Jonás parecía muy confuso. Supuse que nunca hablaron del tema.

—Cuando Peter llegó a mi vida —comentó Alejandra—, pasaba por una fase muy delicada —todas asintieron, apenadas— el primer día que lo vi —abrió mucho los ojos—, sentí algo muy distinto. Supe que era el amor de mi vida.

El rostro de Peter se iluminó y todos le lanzamos unos cojines. Él nos devolvió los mismos con cierta violencia. ¡Éramos tan maduros!

—Yo te entiendo —le dijo mi hermana, con una sonrisa bobalicona.

Erich tosió de un modo jactancioso y los cojines volaron hacia él.

—¡Soy irresistible! —chilló y recibió más cojines.

—¿Te enamoraste de Erich el primer día como me pasó a mí? —le inquirió Alejandra, con

voz melosa.

Peter suspiró emocionado. ¡Estaba tan enamorado! ¡Más cojines hacia él!

—¡Sí! —exclamó Sarah, con rotundidad y su marido sonrió con expresión victoriosa—, me gustaba el amigo bobo de mi hermano insoportable. ¡Mi cerebro de mosquito!

Todos rieron, menos Erich y yo.

—¡Ey! —protestó mi cuñado y Sarah miró hacia la cámara—. ¿Me ha escuchado? —dijo, aterrorizado.

Nos quedamos quietos por unos segundos eternos, hasta que, Peter nos dijo que era imposible que nos escucharan.

—Me gustaba mucho —acotó Sarah, tras desviar la mirada—, me hacía latir —puso cara de asombro— ¡el clítoris! —todas soltaron un «oh» y nosotros un «eh»—, fue la primera vez que me había pasado tras David Beckham.

¿David Beckham? ¿En serio? ¡Qué romántica! Erich soltó un taco muy soez ante la rara definición del amor de mi hermana. Anulé aquella información irrelevante de mi memoria.

—¡Yo te entiendo! —clamó Paula—, me pasaba lo mismo con Nico —miró a Anna con expresión ladina—, ¿no, Hormiguita?

Mi pequeño tormento asintió y sonrió.

—Se me empapaba las bragas cada vez que lo veía en las revistas —sonrió Paula—, fue mi primer y único amor.

Todas suspiraron con exageración.

—Y en la cama —puso los ojos en blanco—, ¡me hace cantar el himno italiano en un árabe muy fluido!

Todos nos echamos a reír, fue inevitable.

—¡Tendré un orgasmo en cualquier momento! —profirió Alexis, y todos dejamos de reírnos—, ¡imaginándome a sus esposos!

Soltamos un gemido de horror.

—¡Ehhh!

Todas se abalanzaron sobre él, ¡parecía una montaña de novias! Gigo propuso un brindis y todas se incorporaron del suelo.

—¡Hoy violaremos a nuestros alemanes! —soltó tras empinar la copa—. Prost!

¿Eh? ¿Qué significaba aquello? Nos petrificamos.

—Prost! —dijeron todos tras levantar las copas.

Volvieron a sentarse en el sofá.

—¿Y los orgasmos, Alejandra? —preguntó Anna, y todos posaron los ojos en ella.

Peter estaba rojo como un tomate.

—Peter y yo tuvimos nuestra primera vez días después de conocernos —Alejandra bebió un sorbo de su copa—, apenas me penetró —rió por lo bajo—, ¡llegué al orgasmo tras años! ¡Tres veces la primera vez!

Ellas hicieron un ruido muy similar al que hacían los indios alrededor de una fogata en las películas. Mi amigo cogió su copa sin mirarnos y la apuró de un sorbo.

—¡Baile del pene! —les dijo Anna, y todos empezaron a imitar el baile de los indios alrededor de la mesita ratonera—. ¡Yeahhh!

¿Quién era su mujer en el cuerpo de mi mundo?

—¿Qué somos? —gritó mi hermana.

—¡Mujeres! —contestaron todos, incluidos Gigo y Alexis.

—¿Y qué queremos? —bramó Sarah.

—¡Penes! —contestaron como unas salvajes vikingas.

Soltamos un gritito ahogado cuando empezaron a cantar una canción rara en honor al pene y en la versión Despacito. ¡Profanaron nuestro himno! Para completar el show, Paula repartió unos penes de goma que todos usaron como micrófonos. ¡Madre mía! ¡Eran unas depravadas cuando estaban juntas!

—¡Tu pene es mi perdición! —dijo Sarah, girando sobre sí misma—, ¡qué perfecto es mi nene! —Lamió el artefacto de un modo muy perturbador—. ¡Qué perfecto es mi amor!

Erich gritó contra la almohada que había cogido del sofá. Su esposa era tan... ¡él! Eran almas gemelas, sin lugar a dudas.

—¡Tu pene es tan hermoso! —dijo Alejandra, con efusión—. ¡Oh, por Dios! ¡Tu pene es enorme! ¡Colosal y sensual!

La mandíbula de Peter cayó al suelo ante la impresión. ¿Aquella era su mujer? ¿Quiénes eran aquellas mujeres? ¿Estaban drogadas?

—¡Tu pene es un cañón! —dijo Anna, y me quise dar un tiro—. Y cuando se detona, ¡menudo mogollón! —otro tiro.

Jonás y Peter miraron horrorizados la pantalla de la televisión.

—¡Tu pene es tan potente y me hace estremecer! —chilló Paula, y todos nos estremecemos—. ¡Qué potente lo tienes! —simuló un orgasmo—. Ah... ah... ah...

Todas soltaron un jadeo de placer y lamieron la cabeza del pene de goma al mismo tiempo.

—¡Tu pene es tan duro! —voceó Valentina, con un pene azul entre las manos—, ¡el más largo y delicioso seguro!

Jonás estaba en shock y su semblante lo delataba. En realidad, todos lo estábamos.

—¡Los más exquisitos! —tronaron Gigo y Alexis, a coro tras lamer los consolares que sujetaban con brío—. ¡Aunque nunca los probaremos!

—¡Nunca! —Gritamos los cuatro en un acto reflejo.

Empezaron a bailar con sus juguetes entre manos. Levantaron los artefactos indecentes y los mecieron de un lado al otro de manera bien sincronizada.

—¡No cabe aquí! —repitieron al tiempo que colocaban los penes de goma en las bocas—, ¡no cabe aquí! —bajaron los mismos en el centro de las piernas— ¡no cabe aquí! —menearon los culos.

Soltamos un gritito muy raro, no alargué el tema, no insistáis.

—¡Pero caben aquí! —completaron Gigo y Alexis y menearon sus traseros de un modo muy discutible.

Los cuatro soltamos un gemido de estupor. Todas se abrazaron y rieron de buena gana.

—Cameron Diaz es nuestra inspiración —dijo Anna.

Erich nos comentó que el himno del pene pertenecía a una película americana llamada: «La cosa más dulce» protagonizada por Cameron Diaz.

—¡Alguien cogerá este ramo especial! —vociferó Paula—. Coloca nuestra canción especial —ordenó y Sarah encendió el equipo de música a continuación.

Escrutamos curiosos el ramo. ¿Era un ramo de penecillos? ¿Penecillos dije? Deslicé la mano por la cara en un gesto de indignación.

—Son unas depravadas —dijimos, al unísono.

La canción de Sophie Ellis Bextor «*Murder on the dancefloor*» rellenoó la sala. Nuestras esposas giraron hacia la derecha y luego hacia la izquierda. Aplaudieron tres veces hacia un lado y luego tres veces hacia el otro lado. Levantaron los brazos y los movieron de un lado al otro de forma muy bien sincronizada. Las aplaudimos, se lo merecían.



—¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! —chilló Paula, y lanzó el ramo súper raro.

Gigo y Alexis lo cogieron y empezaron a pelearse por él como dos gatas callejeras mientras Anna y Valentina jugaban a la esgrima con los penes de goma. ¡Por el amor de Dios! ¡Basta de nombrar la parte íntima masculina!

«Pene. Pene. Pene. Pene. Pene» resonaba la voz melodiosa de Gigo en mi cabeza.

¡Bastaaa!

—Me encanta este vestido de novia —dijo Anna—, si pudiera, volvería a casarme.

Gigo metió un pene de goma en su copa y luego lo lamió. Aquella escena perforó nuestras retinas con crueldad. Sarah se arregló el velo antes de coger una copa que acababa de servir Paula, mientras la canción «*Nothing compares to you*» de la cantante Sinéad O' Connor sonaba de fondo.

—¿Con mi hermano?

Un puño helado estrujó mi pene con saña. ¡Coño! ¡Qué pregunta más tonta! Anna se encogió de hombros y casi me tragué la lengua. ¿Eh? ¿Qué? Erich me dio una palmadita en el hombro y Jonás me ofreció una botella de cerveza helada mientras Peter se limitaba a suspirar.

—No lo sé —dijo mi mujer, pensativa—, tal vez.

Mi corazón salió volando de mi pecho y aterrizó en la moqueta sin vida. ¿Mi mujer ya no me amaba con locura y devoción? ¿Ya no era su alma gemela? ¿Por qué? ¿Qué hice de malo? ¿Ya no era atractivo? ¿Apasionado?

—Me hubiera gustado conocer otros machos alfas —acotó Sarah, y mi cuñado soltó un gemido nada masculino—, probé uno solo en mi vida, ¡soy una mojígata!

Peter y Jonás esperaban atentos sus sentencias.

—Yo no cambiaría por nada del mundo a Jonás —dijo su esposa, y todos suspiramos conmocionados ante su suerte—, pero me hubiera gustado verle sin barba y sin aquella melena.

El vikingo acababa de sufrir un pequeño infarto en el sofá. Creo que le hubiera dolido menos la castración. ¿Sin barba y melena? ¿Cómo sería? Lo miramos con atención.

—Ni de coña —dijo él.

—Peter es insustituible —defendió Alejandra, con fervor, la única que estaba satisfecha con su marido—, pero me gustaría que fuera menos sobreprotector y cotilla —miró hacia la cámara con furia—, ¿Os ha gustado el espectáculo?

Dimos un respingo de muerte en nuestros sitios. ¿Sabían que estábamos observándolas? Todas se pusieron frente a la pantalla y nos fusilaron con sus lindos ojitos.

—Oh oh —dijimos al unísono y nos levantamos del sofá para apagar la televisión.

Sarah marcó el número de casa, lo deduje cuando el teléfono empezó a timbrar. Cogí la llamada con manos temblorosas y puse en altavoz, como me ordenó a continuación.

—Sabíamos que lo haríais —dijo mi hermana, con voz arisca—, Alejandra fue la única a dudar al respecto.

Alejandra se cruzó de brazos sin abandonar su expresión agria.

—Ajá —dijo—. ¡Qué decepción, Peter Leuenberger!

Para resaltar aquel momento cargado de emociones, empezó a sonar la canción «*Oops, I did it again*» de Britney Spears.

«Muy apropiado» pensé.

—Espero que sea la última vez que lo hagáis —nos dijo Valentina, oscilando de un lado al otro un pene de goma—, o esto terminará en un sitio vedado, vikingo —soltamos un gritito ante aquella aterradora amenaza.

Anna miró la cámara con expresión de niña inocente. Aquello nunca era buena señal.

—Marcello —me dijo mi hormiguita—, volvería a casarme contigo, mi amor —sonreí embobado—, pero si volvéis a invadir nuestra privacidad —Gigo se puso a su lado—, él vivirá un mes con nosotros —Gigo me lanzó un beso—, y dormiré con nosotros —solté un gritito de horror mientras la banda sonora de la película «Psicosis» empezaba a sonar en mi cabeza—. ¿Capisce?

Se cruzaron de brazos al mismo tiempo y nos miraron con expresión severa.

—¡Habéis fallado a vuestras esposas! —exclamaron a coro.

¿Acaso trabajaban para Arrow?

Lección del día: las mujeres eran hijas del diablo, pero no podíamos vivir sin ellas, a pesar de ello.



## Anna - Un mensaje del cielo

Tenía los ojos muy inflamados cuando Engel se acercó a mí. Estábamos en el parque con Paula, Leticia y mis hijos. Había visto la película: Encuentro a ciegas con la vida, una historia basada en hechos reales. El protagonista veía solo cinco por ciento, cinco menos que yo en la actualidad. Me dolía profundamente pensar que algún día vería como él.

—Mutti —me dijo Engel, en tono dulce—, ¿estás triste?

Cuando la tristeza se adueñada de mí, me era imposible vencerla. Llorar era la única manera de controlarla.

—Solo un poco, mi amor.

Recostó su cabecita en mi regazo mientras sus hermanos jugaban en el parque con la nana.

—Ve a jugar con ellos, Engel.

Él negó con la cabeza.

—Me quedaré contigo, Mutti.

Le toqué la cabecita mientras trataba de conectarme con los ángeles a través de una dulce melodía que había bajado de YouTube.

—Hola —me dijo de pronto alguien.

Levanté la vista y me encontré con un joven muy atractivo de pelo dorado como oro, ojos muy azules y de unos dos metros de altura. Engel se sentó en el banco y gritó:

—¡Profesor Gabriel!

Toda la piel se me erizó al oír el nombre del joven.

—¡Hola, Engel!

Cogió a mi hijo en brazos y le dio un dulce achuchón.

—Hola, soy el profesor de gimnasia de Engel e Ian —me aclaró—, me llamo Gabriel Himmel.

¿Su apellido era cielo? Le devolví el saludo algo alhelada. Se sentó a mi lado con Engel en brazos. Abril se acercó con su peculiar andar de gatito tímido y me pidió un bombón.

—Hola, princesa —le saludó Gabriel.

Abril lo miró con expresión dulce.

—Hola.

Se quedó mirándolo por unos minutos sin moverse hasta que él le alargó un dulce. Ella lo cogió al ver mi expresión. Jamás aceptaban dulces de extraños sin mi autorización.

—Eres una niña muy obediente —le dijo Gabriel—, y Dios siempre premia a los buenos.

Engel asintió con firmeza mientras una extraña paz irrumpía todo mi ser.

«Están aquí» dije al percibir un aroma dulzón en el aire. Era parecido a la vainilla, pero más suave aún. Gabriel se levantó y confirmé mis sospechas, aquel joven medía como mínimo dos metros. Y era muy musculoso y bronceado. Cogió a Abril y la llevó hasta el tobogán, lapso en que otro joven llegó al lugar. Era tan alto como Gabriel, pero no tan rubio.

—¡Vaya! —exclamó de pronto Paula—, hola, prima —me rodeó el hombro con el brazo y me pegó a ella con afecto—, ¿y estos dioses de dónde salieron?

El otro joven, vestido de negro de pies a cabeza, todo lo contrario de Gabriel, que llevaba vaqueros azules y una camiseta blanca, giró el rostro y me sonrió.

—Sus ojos son casi transparentes —resaltó Paula—, ¿los niños lo conocen? ¿No serán

testigos de Jehová? —rio por lo bajo—, no me molestaría escuchar sus sermones... —me codeó.

Me quedé muda por varios segundos, sin apartar la vista de aquel joven misterioso. Él se acercó y nos saludó.

—Hola —le dije, embobada.

Él se acuclilló y cogió algo del suelo.

—¿Es tuyo? —me preguntó.

Me enseñó una medalla en forma de ala. Negué con la cabeza y él cogió mi mano y depositó la medalla en la palma.

—¿Crees en señales, Anna?

Toda la carne se me puso de gallina a la vez que un suspiro se me escapaba del pecho. ¿Cómo sabía mi nombre?

—Soy el hermano de Gabriel —me aclaró—, Azrael.

¿Azrael? ¿Como el ángel de la muerte? Tragué con fuerza y abrí mucho los ojos ante la impresión. Paula le preguntó quién era y él le dijo que trabajaba para una fundación benéfica a favor de madres solteras. Mi prima le preguntó cómo funcionaba la fundación, ya que le gustaría hacer una donación.

—Los Ricci son demasiado ricos —le dijo y él sonrió ampliamente—. Además, me gusta fastidiar a mi cuñada —le guiñó un ojo en señal de complicidad—, la hija de Satán.

Azrael endureció la expresión al oír la última afirmación. Yo continuaba en mi trance. ¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué sentía tantas ganas de llorar? Ian se acercó y me pidió agua. Azrael se acuclilló y le tocó la cara con afecto.

—No cambies nunca tu esencia, hijo.

Ian frunció mucho el entrecejo.

—No soy tu hijo.

Azrael esbozó una sonrisa mientras yo me sonrojaba como un tomate. Ian le dijo que su padre se llamaba Marcello Hoffmann.

—Es una manera de decir, hijo.

Engel se acercó con la cara muy sonrojada. El sol siempre tenía ese efecto en él.

—Hola, Engel —le saludó Azrael y él le sonrió como si lo conociera de toda la vida.

—Hola.

Azrael le dio un beso en la cabeza antes de levantarse. Antonella se acercó y lo miró con curiosidad.

—¿Tienes novia?

—¡Antonella Hoffmann! —le llamé la atención y Azrael sonrió con picardía.

¿No sería un perverso? Él me miró con expresión interrogante por unos segundos, luego me dijo:

—La fuerza está en ti, Anna.

Era un mensaje de los ángeles y mi alma lo pudo sentir. Una lágrima rodó mi mejilla mientras el corazón me latía con tanta fuerza que pensé que ensordecería. Paula me miró de reojo y luego lo miró con atención. Azrael le alargó una tarjeta y le dijo que esperaba su donación. Mi prima asintió, pero no emitió una sola palabra.

—¡Me voy, Gabriel! —anunció y su hermano lo miró con pesar—, debo cumplir mi misión de hoy —volvió a mirarme con sus profundos ojos azules—, nunca dejes de creer en ellos, Anna.

Azrael se dirigió hacia el lago, donde cogió una moto negra de esas que parecían de carreras. Se puso el casco y salió disparado del lugar.

—¡Qué sexi! —chilló Paula.

Engel se acercó y me regaló una pluma blanca preciosa.

—¿Dónde la encontraste, mi amor?

Engel miró hacia el tobogán.

—Allí, Mutti.

Paula alargó el cuello y escrutó fascinada la pluma. A simple vista, parecía la de un pájaro, pero mi corazón sabía de quién era.

«Gracias, señor».



## Marcello - ¿Quién es Matt?

**A**provechamos el horario de descanso para salir de la agencia y hacer unas compras, ya que necesitábamos, con urgencia, ropas más holgadas que las actuales. Digamos que habíamos engordado un poco estos últimos meses. Además, el fin de semana será el bautismo de María, la hija pequeña de Peter.

—Panza nueva, ropa nueva —se mofó Erich, antes de subirse al coche—. No me rebajaré el pelo —comentó tras tocarse la cabeza—. O pareceré más gordo, ya sabéis, las cámaras aumentan de tamaño.

Nunca tuve problemas de peso, hasta que fui padre, criar a cinco hijos pequeños me estresaba mucho y encontré consuelo en la comida. Había subido cinco kilos en menos de tres meses y aquello empezaba a preocuparme. No tenía panza de cervecero, pero tampoco la panza plana de años atrás. Cuando comencé a ganarlos, hice más ejercicios y transformé grasa en músculos. Aumenté de talla, ineludiblemente. Jonás, nuestro colega, nos esperaba en el centro de Hagen, tras dejar a su esposa e hijo en mi casa.

—Somos los tres cerditos —dijo Peter, que era el más musculoso de los tres—. He engordado casi siete kilos en menos de dos meses —se quejó—. ¡Nunca tuve problemas de peso!

Quise decirle «bienvenido al club», pero me callé al ver su mohín. Erich infló su tripa con exageración tras desprender el botón de sus vaqueros. Si mi cuñado no hacía drama, no sería él, en absoluto.

—¿Tienes hambre? —le habló a su tripa como si fuera su hija más pequeña—. Pronto papá te dará de comer —la acarició con ambas manos.

Peter y yo nos miramos por el espejo retrovisor, preguntándonos por qué seguíamos siendo su amigo.

—¿Recordáis la película «Junior» con Arnold Schwarzenegger?

Fue el primer hombre a embarazarse en el cine. ¿Cómo olvidarlo? ¡Fue la peor película que vi en toda mi vida! ¡Era perturbadora más que cómica!

—Estoy embarazado —soltó y resopló hastiado—. Sarah me ha preñado.

Peter y yo nos echamos a reír.

—¡Estás chalado, rubio!

Entrecerré los ojos mientras esperaba el cambio de luz del semáforo, preso de un ataque de risas. Mi cuñado era el rey de las comedias, ningún actor americano logró hacernos reír tanto como él. Hice una mueca de dolor y solté un quejido de lamento tras recomponerme de la risa.

—La cintura de mis pantalones me está matando —me quejé—. Soy un cerdo —resoplé—. Oi oi oi... —encendí la radio.

Empezamos a canturrear la canción de Peppa Pig, el dibujo animado favorito de nuestras hijas. Meneamos la cabeza de un lado al otro al compás de la canción que sonaba en el coche.

—Cuando tienes hijos pequeños, no tienes vida propia, ni siquiera músicas de adultos en el coche.

Peter soltó un taco, la Barbie de una de mis hijas le clavó en el culo. Los juguetes vivían repartidos por todas partes, en los lugares menos convencionales.

—Anoche comí un tarro entero de Nutella —confesé, azorado—. Estaba viendo algo en la televisión —era incapaz de acordarme del programa en cuestión—. Lo devoré con apetencia y

desesperación.

Erich y Peter permanecieron en silencio. Las mejillas comenzaron a arderme. ¿Por qué confesé mi dulce y calórico secreto?

—Pues yo suelo comer la mitad de los dulces que encuentro en la nevera —declaró Peter, con la vergüenza estampada en la cara—. ¡No consigo controlarme! ¡Yo! El capitán Leuenberger del Ejército alemán —La tristeza se estampó en nuestras caras—. ¡No consigo controlar mi estómago! ¡He entrenado a miles de hombres! Y hoy la comida puede conmigo...

Peter nunca se quejaba, pero estaba sobrecargado, claro estaba. Erich comenzó a llorar con cierta amargura, hasta se le escapó unos hipos.

—Yo como todo lo que encuentro y tras ello lloro. En realidad, lloro mientras como —puse cara de asombro—, lloro por todo, por cualquier noticia, triste o no. ¡Estoy tan sensible! ¡Soy tan patético! —se sorbió por la nariz con fuerza—. Lloro porque estoy llorando —más llantos.

Quería reírme, pero su dolor me dejó sin fuerzas para ello. ¿Por qué estábamos tan susceptibles? Mis ojos se humedecieron, pero contuve las ganas de llorar estoicamente, hasta que vi a un mendigo con su perro en el centro comercial. Las lágrimas se suicidaron de mis ojos, se lanzaron al vacío sin miedo a nada. Coloqué un billete de diez euros en la taza del hombre y mis amigos también le dieron algo. ¿Por qué coño estaba tan sensible?

—Pobre, ¿por qué decidió entrar en ese mundo? —pregunté con un enorme nudo en la garganta.

Peter rodeó mi hombro con expresión triste.

—¿Quieres una rica salchicha a la parrilla? —inquirió y asentí con ilusión—. Mejor cura para un alemán no hay —matizó—. Y unas buenas cervezas heladas —masculló con aire pensativo—. No. Son demasiadas calorías.

Erich y yo asentimos condescendientes.

—¿Mostaza o ketchup? —nos preguntó el vendedor.

Escrutamos la salsa roja y calórica con ojos soñadores.

—Mostaza —dijimos con un enorme nudo en la garganta.

Comimos unas deliciosas salchichas a la parrilla, tres cada uno.

—Me empieza a preocupar esta situación —dije tras colocar algo de mostaza sobre mi salchicha, eso sonó muy raro—. Cada vez que me preocupo, tengo más hambre.

Erich se limpió la boca con una servilleta de papel.

—A mí también —matizó y pidió una gaseosa—. ¡Jonás! —chilló al ver a nuestro colega.

Todos giraban para mirarlo, nuestro amigo grandullón siempre, siempre llamaba mucho la atención con su peculiar apariencia vikinga.

—¡Hola! —saludó—. Muero por una salchicha —y pidió una tras apretujarnos las manos—. Con mostaza, por favor —le dijo a la dependienta del local.

Unas mujeres se detuvieron y nos echaron el ojo. Jonás las encaró con una sonrisa.

—Yo fui así —lloriqueó Erich—. Hermoso y deseado.

Peter y yo nos miramos con cara de hastío.

—Y modesto —dijimos, al unísono.

Jonás se echó a reír.

—Sincero —corrigió Erich—, pero hoy solo soy un agente con una tripa saliente —más risas—. Eso ha rimado...

—Jawohl! —exclamamos los tres y Erich protestó, como de costumbre.

Nos dirigimos hacia la tienda de C&A. Subimos al tercer piso, donde se encontraba la sección de los hombres.

—Me probaré estos vaqueros —dije tras coger unos pantalones.

¡Aumenté dos tallas! Jonás entró en uno de los probadores con varias camisas y vaqueros. Peter se probó una camisa y mal pudo deslizar sus enormes brazos en las mangas un pelín ajustadas. Yo me quité la camiseta negra y me probé una camisa blanca para el bautismo.

—Una talla más de la que calculé —siseó Peter, desanimado—. Soy un cerdo —apretujó la tripa—, ¡debo ponerme a dieta!

Jonás salió con el torso desnudo al oír los gemidos particulares de Erich, en el vestidor contiguo. Nuestro instinto de agentes siempre afloraba ante algún ruido sospechoso. Corrimos la cortina y lo encontramos saltando, intentando inútilmente entrar en unos vaqueros que no le llegaban ni a los muslos. Nos echamos a reír al tiempo que lo grabábamos con los móviles.

—¡Sois unos cabrones desconsiderados! —chilló e intentó coger los aparatos, pero se tropezó y cayó sobre el suelo de un modo muy cómico—. Mierda...

Nos echamos a reír por segunda vez, llamando la atención de todos.

—¡Holaaa! —nos saludaron Gigo y Alexis.

—Lo que nos faltaba —musité.

Alexis casi tuvo un infarto al ver a Jonás y a Peter sin camisas. Saltó y gritó como una de las fans desquiciadas de Justin Bieber.

—¡Mis dioses del Olimpo! —chilló—. ¡Mi dios vikingo! —saltó de un modo que me recordó a Snoopy.

Alexis escrutó con deseo a Jonás, y se pasó la lengua por los labios de un modo muy perturbador.

—¡Te amo, vikingo! —exclamó la libélula paraguaya y se lanzó a los brazos de Jonás de un salto.

El vikingo se apartó con agilidad y Alexis terminó en el suelo de un modo muy patoso.

—Ay...

Erich se quitó los vaqueros. Gigo giró el rostro y se desmayó al otear a mi cuñado en ropas menores.

—¡Madreee!

Se desplomó en el suelo como un árbol que acababa de ser cortado por la raíz. Alexis gritó. Busqué su enfoque y solté un taco al ver parte del miembro de Erich fuera de la ropa interior. Le llamé la atención.

—¡Dios! —voceó antes de arreglarse el bóxer—. ¡Todo ha aumentado!

Peter y yo pusimos los ojos en blanco. Alexis empezó a tomarse selfies con Jonás, que miraba con expresión enfurruñada la cámara. Gigo permaneció en el suelo como un muñeco de trapo.

—Mis amigas morirán de envidia —dijo Alexis, haciendo carantoñas sexis o algo similar—. ¡Un vikingo alemán! —le guiñó el ojo a Peter, su segunda debilidad—, ¡Clark Kent alemán!

Peter enarcó la ceja. Gigo volvió en sí y escrutó la entrepierna de Erich con un ojo abierto mientras el otro lo mantenía cerrado. ¡Era un payaso! Le ayudé a levantarse y el muy desvergonzado se abrazó a mí.

—Gigo —le llamé la atención y lo aparté de mí.

—Oh, hombre amado de Anna —intentó tocar mi abdomen, pero empujé su mano con poca delicadeza—. Eres mi sueño desde que Anna me enseñó tu foto —aquello empezaba a inquietarme—. Mi amor platónico.

«Uhm».

Alexis intentó tocar los pechos fornidos de Jonás, que empujaba su mano sin mucha



gentileza. Gigo intentó besarme el pecho, pero sujeté a tiempo su cara con la mano. El muy infeliz lamió mi palma. Alexis desistió y nos preguntó que hacíamos por allí a esas horas, ya que el concierto de Shakira sería dentro de tres horas. Jonás puso los ojos en blanco unas cinco veces consecutivas. Nuestras esposas la amaban y habíamos prometido llevarlas al dichoso concierto de la abeja Maia, como solía llamarla Jonás.

—¿Podemos ayudaros en algo?

Los ojos de Gigo y Alexis soltaron unos corazoncitos. Erich se metió en el probador a toda prisa y corrió la cortina al sentirse asediado. Jonás y Peter se metieron en sus vestidores casi con apremio. Alexis y Gigo retiraron unos Chupa Chups y empezaron a lamerlos con cara de actores porno de bajo presupuesto. Tragué con fuerza.

—¿Quieres uno, Marcello? —inquirió Gigo, con una voz muy rara.

—No.

—¿Podemos ayudarte?

—No, gracias.

Me metí en el vestidor y me miré con asombro en el espejo de cuerpo entero.

—Estás gordo, Marcello Hoffmann —me dije con aprehensión—. Nunca pensé decir esto —me miré al espejo—. Estás a dieta.

Salimos de la tienda con varias bolsas de compras. Alexis y Gigo nos invitaron a merendar en la cafetería del novio de Alexis ¿y qué dijimos?

—¡Muerdo por una tarta de chocolate!

—¿No estabais a dieta? —nos preguntó Jonás, entre risas.

—Empezaremos el lunes —dije con firmeza.

Gigo y Alexis saltaban a nuestro alrededor como dos niñas de jardín de infancia. Frenaron de golpe y abrieron con exageración los ojos.

—¡Wow! —exclamó de pronto Alexis—. ¿Cuándo te tomaron aquella foto, Marcello?

Seguimos su enfoque. Casi me atraganté con mi corazón que se había subido a mi garganta ante la impresión. ¿Qué broma era aquella? Miré enfurecido a mis amigos.

—¡¿Quién hizo esto?!

Erich y Peter dieron un respingo. Jonás observó perplejo la propaganda que cubría gran parte de un muro.

—¡Yo no fui! —chillaron ambos.

A pocos metros de nosotros, se exhibía un enorme cartel con mi foto en ropa interior. El color de mi cara cambió unas diez veces seguidas.

—Dios mío —dijo Gigo, atónito—. Es un modelo de Luciana Ricci —soltó—. Se llama Matthias Hoffmann y tiene treinta y tres años —nos dijo al enseñar la pantalla de su móvil—, ese no eres tú, Marcello.

Giré y escruté la foto con atención. Los ojos eran más oscuros que los míos y la piel mucho más bronceada.

—¿Por qué te parece tanto a ti? —me preguntó Jonás, alorado.

Miles de conjeturas asaltaron mi mente y agitaron mi corazón con saña.

—No tengo la menor idea, Jonás.

## Anna - El toque de un ángel

**I**talia estaba eliminada del mundial. ¡Italia no irá al mundial!  
¡No irá a Rusia! Lloré a moco tendido tras el partido contra Suecia, creo que todos los italianos estábamos en la lona.

—Cielo —me dijo Marcello, que se preparaba para un viaje—. No estés triste, mi amor.

Marcello no estaba bien y mal podía disimularlo. Le pregunté el motivo y me dijo que aún era temprano para hablar sobre el tema. Aquello me dejó enmudecida.

—Cielo, ¿me prometes que te cuidarás bien? —me dijo en tono ensombrecido—, ¿por favor?

Acuné su rostro entre las manos y asentí.

—Sí, mi amor —le prometí—, pero vuelve a casa lo antes posible.

Me dio un beso en los labios sin abandonar su deje triste.

—Sí, cielo.

Le comenté sobre el profesor de gimnasia de Engel e Ian.

—¿Es Gay? —me preguntó cuando le hablé de su manera de ser.

Gabriel era un joven muy educado y servicial que buscaba un trabajo durante las vacaciones de verano. Me dijo que aún no tenía un empleo fijo como profesor. Marcello cogió su móvil y habló con el hermano de Jonás.

—No lo creo.

Cinco minutos después, su móvil timbró y revisó algo con mucha atención.

—Parece ser un buen tío —me dijo y me enseñó la pantalla de su aparato—, a la vuelta quiero hablar con él sobre el trabajo aquí en casa.

Gabriel era jardinero y estaba enamorado de mi jardín, que infelizmente, andaba algo abandonado.

—En menos de cinco minutos arregló la mitad de las gardenias y tulipanes —comenté animada—. Y, además, los niños lo adoran.

Marcello se acercó y se quitó la toalla negra que cubría su desnudez.

—Eso es bueno, cielo —me pegó a su cuerpo—, pero necesito hablar con él a la vuelta —me besó el cuello con mucha sensualidad.

Puse los ojos en blanco al tiempo que enterraba los dedos en su pelo.

—Sí...

—Hueles tan rico, Anna Bellini.

—Y tú... —jadeé.

Hicimos el amor antes de que se marchara a Finlandia con sus colegas y amigos. Se duchó a toda prisa y salió como alma que lleva el diablo de casa. Fui hasta el balcón de nuestro cuarto.

—¡Te amo! —chilló desde el coche—. Te llamaré, cielo.

Me lanzó un beso.

—¡Te amo!

Me duché y bajé para preparar el desayuno de mis pollitos, que gritaron de alegría al verme.

—¡Mutti!

Me llenaron de besos y abrazos.

—¡Mis pollitos hermosos!

El timbre sonó y Leticia fue a abrir la puerta. Luego retornó y me dijo que era un joven llamado Gabriel. Me puse las gafas de casa y fui a recibirlo. Cuando salí al jardín lo encontré limpiando la vieja fuente de agua con un ángel que sujetaba un jarrón. Llevé la mano a los ojos cuando una luz potente irrumpió el lugar.

—Hola, Gabriel —le saludé con los ojos achinados.

Él se volvió y me sonrió ampliamente.

—Hola, señora Hoffmann.

Me tendió la mano y se la cogí con suavidad tras enfocar bien la vista en ella. A veces no distinguía muy bien ciertas cosas, en especial las manos tendidas.

—Solo Anna —le pedí—, me sentiría muy vieja caso contrario.

Él sonrió a la vez que un escalofrío me recorría toda la espina dorsal. El simple contacto de nuestras manos generó un sinfín de sensaciones raras. Aquel joven me pasaba mucha paz.

—Anna.

Engel apareció y lo saludó con un apretón de manos. Mi príncipe era todo un hombrecito.

—¿Puedes arreglar esa fuente? —le pregunté, ilusionada—, lleva tiempo así.

Marcello me había prometido que la arreglaría, pero nunca tenía tiempo y cuando lo tenía solía disfrutarlo con nosotros en lugar de pasarse horas y horas arreglando cosas en la casa. El último fontanero que la revisó me dijo que lo mejor era sustituirla, pero le tenía mucho cariño a esa fuente. Me la había regalado mi marido en mi cumpleaños número treinta.

—Lo intentaré.

Anya y sus amigas no salían del jardín los fines de semana. Antes de que contratara a Gabriel, jamás tuvieron interés en la naturaleza como ahora.

—Madre del amor hermoso —me dijeron Gigo y Alexis—, ¿ese dios de dónde salió?

Negué con la cabeza y sonreí.

—Del cielo —les dije mientras observaba con amor infinito la fuente de agua.

Engel se pasaba horas y horas cerca de ella, observándola y hablando con la estatua.

—¿Son peces? —le dije, alélada—, ¿de dónde los sacaste?

Engel sonrió con picardía.

—Los quité del acuario de papá —me dijo, henchido de orgullo—, pensé que era mejor sitio para ellos.

Gabriel se acercó sin camiseta y calado en sudor. Anya le tomó una foto de espalda, a escondidas de él. Levanté una ceja al pillarla.

—Le dije a Engel que podíamos hacer un pequeño estanque con mi hermano.

Asentí con expresión sonriente.

—Allí —indicó con la mano—, cerca de los girasoles.

Hablé con Marcello esa misma mañana y él aceptó encantado. Gabriel y su hermano se pusieron manos a la obra con la ayuda de mis pollitos.

—Tendré un orgasmo —amenazó Gigo, mientras Azrael se derramaba agua por la cara—, ya lo tuve.

Desde que Gabriel llegó a mi casa, siempre tenía visita. Muchas visitas.

—¿Sois modelos? —les preguntó Anya—, sois perfectos para serlo.

Aramí me visitó con sus hijas y escrutó con el cejo fruncido a los hermanos, que aquel día, trajeron a dos primos: Rafael y Uriel. Tan guapos como ellos. Sus nombres me tenían intrigada, pero Gabriel me aclaró cierta vez que su madre y su tía eran devotas de los ángeles como yo.

—Esos chicos parecen modelos —me dijo Aramí, mientras mecía a Yeruti.

Engel se acercó y le ofreció un peluche a Victoria. Ella aceptó encantada y soltó una risita

que nos acarició el corazón.

—Engel es su novio —me dijo Ian, y su gemelo lo miró con expresión seria—, ¿no lo es?

—No.

—Entonces será mi novia —anunció Ian, y no pude evitar reírme.

¡Era como el tío Erich! Engel se ruborizó y le dijo que eran muy pequeños para tener novias. Ian se encogió de hombros.

—Ven, Victoria.

Engel se puso delante de ella e impidió que su hermano cogiera la mano de Victoria. Aramí y yo intercambiamos una mirada de sorpresa.

—Ella está jugando conmigo, Ian.

Gabriel se acercó y nos pidió un poco de agua, lapso en que Engel cogió la mano de Victoria y la llevó hasta los columpios.

—Niños —dijo Aramí, sonriente.

Gabriel se volvió y miró con preocupación a Engel y a Victoria. Luego dijo algo que no comprendí. Era un idioma extraño para mis oídos. Y no era alemán.

—¡Holaaa! —saludaron Gigo y Alexis—, ¡wow! —llevaron las manos a sus pechos en un gesto muy teatral.

Gigo levantó y bajó las gafas de sol de montura rosa con detalles en dorado.

—¡Wow wow! ¡Alerta de chicos guapos!

Alexis levantó las gafas de montura blanca y puso cara de actor porno a punto de tocar el cielo.

—Estamos en el paraíso...

Carraspeé nerviosa y los devolví al presente de golpe.

—¡Hemos traído pastas dulces para merendar!

Los niños gritaron de alegría.

—Gracias —les dije a ambos con una sonrisa—, ¿merendamos, Gabriel?

Él asintió.

—Me encantaría.

Mientras los niños, las amigas de Anya, mis amigas, los primos de Gabriel y su hermano parloteaban en la mesa, yo me serví un poco de café.

—El estante está quedando hermoso, Gabriel.

Él se limpió la boca con la servilleta con extrema delicadeza.

—El ángel que Azrael esculpió es maravilloso.

Su hermano era escultor y también pintor. Días atrás pintó un hermoso ángel en el techo de las niñas y también en la mía.

—Siento que mis ángeles os enviaron a vosotros, Gabriel.

Sus ojos brillaron.

—¿Crees mucho en ellos, Anna?

Asentí sin rechistar. Creía en ellos desde que era niña, desde el día que trepé una estantería para coger unos dulces cuando tenía unos cuatro años.

—¿Crees que un ángel te sujetó?

Le dije que vi una luz muy potente y sentí unas manos en mi espalda.

—Caso contrario, no estaría aquí, Gabriel.

Si me hubiera caído, difícilmente sobreviviría. Ya que el impacto sería mortal.

—Fue el arcángel Miguel —le dije con firmeza y sus ojos se oscurecieron—, Gabriel intervino por mí para que Dios me concediera la gracia de ser madre —mis ojos se llenaron de

lágrimas—, creo en ellos firmemente.

Él posó la mano sobre la mía, justo cuando Marcello entró en la casa. Tras saludar, clavó los ojos en nuestras manos y cambió de expresión.

—Cielo.

Aparté la mano de golpe y me fui a su encuentro. Me estrechó con mucho afecto y me dijo que me echó mucho de menos.

—Y yo a ti, mi amor.

Por la noche, como supuse, comentó lo de las manos.

—Gabriel es un hombre maravilloso —le dije con demasiado fervor—, hablamos de Dios y sus ángeles todo el tiempo.

Mi afirmación suavizó su expresión.

—Y muy atractivo.

Lo miré con curiosidad.

—¿Te parece? —bromeé y soltó una risita.

Marcello era consciente de que estaba loca por él y que jamás, jamás lo engañaría con nadie.

—Ajá.

Se lanzó a la cama y me besó con pasión desmedida a la vez que me desnudaba. Con sus labios pegados a los míos, me separó los muslos y me penetró con dos dedos; los sacó y los volvió a meter.

«Dios».

—Te eché mucho de menos, cielo —gimió.

Me separó las piernas un poco más y se puso entre ellas. Por un momento, nos miramos con los ojos casi a la misma altura, y después nos besamos.

—Dime, cielo —murmuró mientras me penetraba y me atraía hacia él—. ¿Me has extrañado?

Mucho».

—Creo que sí —contesté con voz ronca.

Mis manos se aferraron al borde de la cama.

—¿Crees?

Marcello me sujetó por las caderas mientras se movía rítmicamente y chupaba mis pechos a la vez.

—Cógete de mi cuello, cielo. Bien fuerte —dijo de repente.

Tras ello, se puso en pie conmigo encima y me preguntó qué me pasaba. Ian me dijo durante el desayuno que había oído a su padre la noche anterior decir que lo mejor de mi país era yo y la pizza. Y que la selección era un desastre.

—Entonces, ¿lo mejor de mi país soy yo y la pizza? —le dije, enfurruñada mientras él me penetraba en el aire.

Se detuvo y me miró curioso.

—No finjas sorpresa, alemán petulante.

Se acercó a la cómoda y me puso encima.

—Cielo, era una broma —me dijo con su cara de niño inocente—. Y es verdad lo que afirmé, tú eres lo mejor que me dio Italia. Mi tesoro, mi mundo, mi hormiguita azul —colocó mi mano sobre su pecho—. Eres el motivo por el cual este órgano sigue latiendo, cielo.

El cuerpo de mi marido me aprisionó entera. Con una mano me sujetaba la cabeza y con la otra las nalgas, su cuerpo estaba sobre y dentro de mí. No podía hacer el menor movimiento si él

no me lo permitía. Me sometí totalmente, mientras sentía cómo él, con cada uno de sus movimientos, me transmitía su amor y su pasión. Apreté los labios contra su cuello.

—Oh, Marcello, te necesito tanto...

—También yo, cielo —respondió con la voz quebrada—. Siénteme...

Algo le pasaba, pero era incapaz de abrirse, aún.

—Te siento, agente —susurré—. Te siento.

Me separó las piernas mientras se ponía entre ellas. Quería mirarlo, pero el deseo me obligó a cerrar los ojos. Hundió la cabeza entre mis muslos. Sólo escuché durante unos momentos su respiración acelerada. Tendí una mano para tocarle la cabeza.

—Marcello —su respiración contra mis muslos me debilitaba—. Me vuelves loca...

—Eres tan deliciosa, tan dulce, cielo.

Sentí el contacto de sus labios húmedos y ardientes en mi parte íntima. El fuego fue prácticamente instantáneo. Grité de placer cuando el clímax me envolvió de pies a cabeza. Su boca era tan suave, tan excitante.

—Oh, cielo. Te he echado tanto en falta —murmuró tras acomodarse entre mis piernas.

Lancé un grito cuando él me penetró de un solo embate. Me aferré a sus hombros con vigor.

—No grites, cielo —me devoró la boca.

Mis hijos pensarían que estaba con calambres como siempre.

—Marcellooo... —grité al tocar el cielo.

Me besó con mucha pasión y me hizo olvidar por completo del mundo. Incluso de mis penas. Marcello era el antídoto que Dios había enviado a mi alma herida.



## Marcello - El disfraz de Anna Bellini

Llegué exhausto del trabajo tras una jornada ajetreada en la agencia con la llegada de los Ackermann y los Bachmann, bisnietos de los fundadores de la Bermer.

—¡Marcello Hoffmann! —me saludó Paul Bachmann con un fuerte abrazo—, ¡eres idéntico a tu bisabuelo!

Mi bisabuelo, Christian Hoffmann, fue el mejor amigo del suyo.

—¡Sebastián Ackermann! —chilló Erich, con alegría—, aún me debes una revancha...

Martín y Joachim esbozaron una amplia sonrisa.

—Llevamos meses fuera de Alemania —comentó Johann Bachmann—, y estamos dispuestos a entrenar duro a los hombres para la gran misión de sus vidas.

Las puertas se abrieron y nuestro jefe, el conde Monteschinni, entró con su peculiar elegancia.

—Bienvenidos —les dijo con una sonrisa franca—, al fin estamos cerca de la gran meta.

Sebastián se arregló la camisa negra y asintió con una leve sonrisa.

—Debemos coger a Zeus antes de que sea tarde.

Un hombre rubio, de ojos muy claros, alto y muy fuerte entró en la sala minutos después. Todos posamos las miradas en él.

—Quiero presentaros al comandante Miguel Himmelberg —nos dijo el conde en tono serio—, uno de los nuevos entrenadores.

Aquel hombre medía más de dos metros de altura. Jonás era bajito a su lado.

—Zeus no es tan peligroso como su nuevo socio —nos dijo él y todos intercambiamos una mirada teñida de dudas.

¿Zeus no era tan peligroso? ¿Este hombre conocía al mafioso más sanguinario de la faz de la tierra?

—¿Cómo se llama ese socio? —le pregunté, curioso.

El comandante dudó unos segundos.

—Luwig von Höllemann.

Toda la piel se me erizó.

—Es el diablo en persona.

Volví al presente con una rara sensación en el pecho. Aquel nombre generó mil sensaciones en mi interior, y ninguna de ellas era buena.

Bajé del coche bastante pensativo. No podía sacar de la cabeza lo que me había pasado días atrás. Estaba lloviendo a cántaros mientras investigaba al modelo de Luciana Ricci, que resultó ser también su amante de turno.

—Matthias Hoffmann.

El nombre me era tan familiar, pero no sabía dónde lo había escuchado antes. Años atrás me había hecho unas sesiones de hipnosis para desbloquear ciertos recuerdos de mi niñez. Durante mi infancia soñé con un niño idéntico a mí y luego conocí a alguien en un campamento de verano que era mi copia fiel. Agaché la cabeza en un gesto de impotencia y sujeté la nuca con ambas manos mientras evocaba lo que mi madre le había dicho a mi padre a pocos meses de su supuesta muerte en el pasado...

—¡Él no volverá, Antonella!

Mi madre lloraba a lágrima viva.

—¡Mi hijo ha vuelto de la muerte! ¡Josef logró lo imposible!

Jamás había escuchado aquel nombre antes: Josef. ¿Quién era? ¿Y por qué mi madre lo mencionaba con tanto fervor?

—Es una fantasía —alegó mi padre—, Josef es un soñador.

Mi madre sufría de depresión hacía tiempo, pero nunca supe el motivo que generó su enfermedad. Cierta vez, encontré unas ropitas de bebé en el sótano mientras arreglaba algunos trastos con ella. Cuando le pregunté si aquellas ropas eran mías, ella las arrancó de mis manos y me dijo que no debía tocarlas porque podía borrar las huellas de su hijo. En aquel momento, comprendí que mi madre había perdido un hijo. Tal vez antes de mí o después. El misterio murió con ella.

—Pero mi padre aún vive —me dije al volver al presente—. Y él conoce las respuestas que busco.

Salí de la agencia y me dirigí al coche bajo la fuerte tormenta. No usé paraguas y el agua me caló hasta los huesos. Cuando desbloqué las puertas, alguien me apuntó un arma por detrás. Me quedé quieto y sin emitir una sola palabra.

—He venido a cumplir un encargo —me dijo aquel que incluso tenía mi misma voz—, cuando leí el nombre de la persona que debía eliminar y vi su fotografía —me volví lentamente y lo miré—, pensé que se trataba de una broma.

Nos miramos con fijeza por varios minutos bajo la tenue luz de la farola mientras la lluvia bañaba nuestros cuerpos casi con violencia.

—No entiendo nada —musitó, anonadado—. Somos idénticos.

Bajó el arma casi a cámara lenta. Tenía ropas oscuras y un chaleco especial que le protegía el torso contra las balas. Su rostro, aunque más joven, era idéntico al mío.

—¿Eres un asesino profesional? —le pregunté sin rodeos.

Él dudó unos minutos.

—Algo así.

Su afirmación no era firme y su mirada tampoco. La impresión lo desarmó entero. Toda la piel se me erizó de un momento a otro, como si alguien acabara de tocarme la nuca con la mano helada.

—¿Quién te envió?

Un trueno feroz en el cielo iluminó nuestros rostros bajo la tormenta y reveló los secretos más profundos de nuestras almas.

—Zeus.

Su afirmación me enmudeció completamente.

—Aunque, Apolo pagó el doble para no matarte.

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Quién es Apolo?

Él se encogió de hombros.

—Un enigma como Zeus.

Nunca había escuchado aquel nombre antes. Conocía a todos los mafiosos más buscados del mundo, y aquel no me sonaba de nada.

—Soy Matthias —me dijo con una sonrisa amistosa—, pero todos me conocen como Matt.

Aquel nombre despertó viejos recuerdos en mí, recuerdos del niño que conocí en aquel campamento de verano en 1988.

—¿Matt Caffrey? —dije en un acto reflejo.



Él hombre contratado para matarme a sangre fría soltó un suspiro cargado de dudas.

—No, Matt Hoffmann —me corrigió.

—¿Cómo se llama tu padre?

Matt dudó unos segundos antes de contestarme.

—Otto Hoffmann —confirmó mis sospechas—, pero nunca lo conocí.

Fruncí el entrecejo con exageración.

—Crecí con su hermano —adujo mientras la lluvia se marchaba—, Josef Hoffmann.

—¿Mi padre tenía un hermano? —solté de sopetón.

Matt ladeó la cabeza.

—¿Tu padre?

Y entonces la verdad surgió y la mentira al fin quedó soterrada bajo ella.

—Otto es mi padre —le afirmé—, y tú eres...

—Tu hermano.

Esa noche bebimos unos tragos en un bar y conversamos como si nos conociéramos de toda la vida. Matt creció en Hagen, al otro lado de la ciudad y nunca nos vimos antes. Ahora era un nómada sin hogar.

—Debo confesarte algo, Marcello.

Bebí un buen sorbo de mi copa.

—Tuve un hermano gemelo.

Lo miré con atención y cierto estupor. ¿Tuve? ¿En pasado?

—Murió hace cinco años en un accidente de tráfico.

Enarqué una ceja.

—¿Cómo se llamaba?

Él bebió un buen sorbo de su copa y posó la misma sobre la mesada con cierta brusquedad.

—Marcello Hoffmann —me dijo y toda la piel se me erizó—, pero lo llamábamos Chelito.

Los gritos de mis hijos me devolvieron al presente de golpe. Ellos me recibieron con alegría al igual que mi hermosa esposa.

—¡Hola, mi amor! —se lanzó a mis brazos como si fuera una de mis hijas.

La apretujé con fuerza contra mi cuerpo.

—Mi mundo —le dije con una rara sensación en el pecho.

El único que no vino a recibirme fue Matt.

—¿Dónde está Matt?

Anna me explicó que estaba muy triste en el patio, llevaba dos horas sin hablar con nadie y aquello era bastante alarmante viniendo de él, el parlanchín número uno de los Hoffmann.

—Hablaré con él —le dije sonriendo de costado.

Apretujé las nalgas de mi mujer con lascivia y ella dio un respingo hacia enfrente.

—¡Marcellooo! —chilló y no pude evitar reírme—. ¡Desvergonzado!

—¡A mucha honra, cielo! —la besé como si fuera a morirme mañana—. Tú tienes la culpa —volví a apretujarle las nalgas y me gané un golpecito en el brazo.

Me quité la corbata a rayas y me remangué la camisa gris oscura hasta los codos. Matt estaba con nuestro gato Hoffi, en el columpio del jardín. Por suerte, hoy no vinieron los primos angelicales, como los tildó Erich. Que por cierto, moría de celos de ellos. Y es que mi hermana plantó gusanitos en su cabecita de macho alfa.

—Hola, campeón —le saludé.

Giró su hermoso rostro y me miró con tristeza colosal.

«Es idéntico a Engel e Ian» me dije con firmeza. Alexander, como decidí llamar a mi medio

hermano, era como Matt y sus hermanos. Respiré con alivio, aunque aún algo turbado. No quería pensar en la otra posibilidad, no podía imaginármelo siquiera. Si fuera posible clonar un ser humano, ¿también se podía clonar el alma o era la misma?

—Papi —me dijo y empezó a sollozar.

Su voz me arrancó de mi trance de golpe. Le cogí en brazos y le pregunté qué le sucedía. Él lloró un buen rato antes de decirme que tenía la gran pena del alma. Me contuve para no reírme, aquellas palabras siempre las usaba su madre para referirse a las ventas de sus libros autopublicados.

—¿Me contarás qué pasó, hijo?

Matt se sorbió por la nariz al tiempo que sufría un ataque de hipos. Le arreglé un mechón de pelo y le sequé algunas lágrimas con los pulgares.

—Petra rechazó mi amor, papá —confesó entre sollozos—. Le dije que la amaba y ella me dijo que no me quería del mismo modo —Anna apareció en el porche y nos miró. Intercambiamos una mirada cómplice—. Le dije que su rechazo me partió el corazón y ella me dijo que si eso pasaba yo estaría muerto.

Fruncí el entrecejo al oírlo. Petra era una niña muy sagaz y bastante pragmática, pensé.

—Hijo, eres muy pequeño para pensar en novias —le dije y él me miró con severidad.

—Mamá es un poco más alta que Petra, y es tu novia —me retó—. Mamá es una niña también —defendió.

Aquella afirmación me dejó sin palabras. Anna era pequeña, pero ya no era una niña. Ian y Engel aparecieron y se sentaron sobre el muro del jardín.

—Ya le dije que no llore por una niña —apostilló Ian, con una seriedad encantadora—. Hay muchas niñas para llorar por una sola.

Engel lo miró de reojo con curiosidad. ¿Quién le enseñó aquello? Antes de terminar la frase, alguien cruzó mi mente.

«Erich».

—Ya me escucharás, rubio —dije a modo de confidencia.

—Papi... —me dijo Engel en un susurro—, creo que mamá está enferma —me afirmó y paralizó mi corazón.

¿Anna estaba enferma?

—¿Por qué dices eso, hijo?

Ian se adelantó y me dijo que Anna vomitó por la mañana y también por la tarde. ¿Por qué no me dijo nada? De pronto, evoqué su cara minutos atrás, ella no venía a comprobar si estaba con Matt, sino para...

«Maldición».

—Mamá comió más de la mitad de la tarta —acotó Matt—. Y bebió dos tazas de chocolate, papá.

«Cielo» dije abatido.

—Tenía mucha hambre —apostilló Ian, y Engel asintió, apenado.

El corazón se me volcó.

«No puede ser, Anna».

Después de la cena, limpié los platos y ella subió al cuarto a toda prisa, alegando que necesitaba ir al servicio. Conté hasta cien antes de seguirla y comprobar mis sospechas.

Le pedí a Leticia que acostara a mis pollitos. Necesitaba estar a solas con mi mujer.

—Sí, señor.

Aspiré y espiré varias veces.

—No puede ser —dije con el corazón en un puño a cada paso que daba—. No, cielo —tragué con fuerza—, me lo has prometido...

La triste banda sonora de la serie: Arrow sonaba en la habitación. Anna la usaba para escribir su nueva novela ambientada en la Segunda Guerra Mundial.

—Por favor, Dios —supliqué con lágrimas en los ojos—, que no sea lo que estoy pensando.

Abrí la puerta de un empujón y me dirigí directamente al cuarto de baño. Anna estaba vomitando, metiendo la mano en la boca hasta la garganta. Llevé las manos a la cabeza en un gesto de impotencia y desesperación.

—¡Anna Bellini! —grité a voz en cuello—. ¡¿Qué mierda estás haciendo?!

Se sentó en el piso de golpe y soltó un grito al verme. Me acerqué y la levanté con poca delicadeza del piso. La zarandeeé con furia.

—¡¿Qué coño estás haciendo?!

Nunca utilizaba aquellas palabrotas en casa, pero la ira habló por mí. La decepción se apoderó de mí por completo. Experimenté un dolor físico insoportable en el corazón al verla, esclava, una vez más, de la maldita bulimia.

—Marcellooo... —gimió, llorando—, mi amor —lloraba con desesperación.

Me aparté de ella y me enfilé hacia el cuarto con el alma a mis pies. Sus ojos me miraron con una profunda emoción. Se lavó las manos y la boca a toda prisa mientras yo intentaba recuperar el aliento. Estaba destrozado por dentro.

—¿Por qué me lastimas así, cielo? —mascullé con lágrimas en las cuencas de los ojos—. ¿Por qué, cielo? Dímelo, por favor —la voz se me enronqueció—, ¿tan infeliz eres? ¿Es eso?

—Por favor, mi amor —me rogó con las manos en actitud de oración—, Marcello... yo... yo...

Intenté hablar, pero no pude; no encontraba las palabras exactas. Sus ojos me miraron con una profunda tristeza.

—¿Cómo pudiste hacerme esto, Anna? ¿Cómo?

Mi esposa lloraba a lágrima viva, pero no logró conmoverme. Intentó tocarme, pero la rechacé, no la dejé.

—No me toques —rugí y me aparté.

Sus lágrimas quemaban mi alma.

—Quería decirte que me dolía el estómago —comenzó a decir, sin lograr controlar las lágrimas—, pero te mentaría y no puedo hacerlo —la miré con furia—. ¡Soy débil! ¡Una inútil que se tropieza con los malditos pies!

Apreté los dientes con tanta fuerza que pensé que me los rompería. ¿La bulimia era su escape? ¿Su refugio? ¿Su droga? ¿Su consuelo? ¿Y mi amor? ¿Mi entrega? ¿Mi alma? ¿No le bastaban?

—Quería ser normal —una lágrima se me escapó, una lágrima de impotencia—, pero no lo soy, nunca lo seré. ¡Soy una maldita deficiente visual! ¡Un estorbo! ¡Una fracasada! ¡Una inútil!

La fulminé con la mirada.

—¡Eres la razón de mi vida! —voceé, herido—. ¡Eres todo lo que tengo! —Anna sollozó—. ¡Tú y mis hijos sois mi vida! —golpeé el pecho con ferocidad—. ¡Sin ti nada soy! ¿Acaso no lo comprendes? ¿Tan egoísta eres que no lo puedes ver?

—¡No! —tronó, encolerizada—. ¡Soy casi ciega! ¿Acaso te olvidas de eso? ¡No lo veo!

Se le doblaron las rodillas ante el dolor que sentía. Quise abrazarla, pero no pude, la decepción no me dejó.

—¡Oh, Dios, Anna! ¡No uses tu enfermedad en mi contra! ¡No te atrevas! —vociferé, encolerizado.

Al ver la expresión de mis ojos, comprendió el suplicio que yo sentía ante su enfermedad. Su llanto relleno el silencio por varios minutos.

—Me has decepcionado, Anna —le dije con un tono muy frío.

Apenas si pudo pronunciar mi nombre al tiempo que se acercaba.

—Marcello...

Me aparté con brusquedad.

—No te acerques a mí.

Levanté las manos. Anna se acercó sin hacer el menor caso de mi advertencia.

—Perdóname, mi amor —imploró—. Nada justifica mi flaqueza, nada.

La aparté sin miramientos.

—¡No, Anna! —grité, furioso—. ¡Apártate de mí! —había rabia y rencor en mi tono.

Estaba herido por tantas cosas, por tantas personas. Todo se me mezcló. El pasado, el presente y hasta el futuro. Crucé la habitación para ir hasta la ventana. Anna me siguió. Estaba oscuro. La única luz era la que entraba del patio. Ella se tropezó y quise molerme a golpes por no lograr acercarme a ella para ayudarla.

—Marcello, ¿por qué me apartas? —me preguntó con la voz quebrada—. No me apartes, mi amor —lloró con desconsuelo—, no me mires con rabia, por favor —el dolor me estaba consumiendo vivo—, ¿por qué me apartas de ti? —repitió, sin dejar de llorar.

«Porque me duele no poder sanarte, mi amor. Me duele no poder arrancarte esa pena tan mordaz que te carcome por dentro a diario».

—¿Qué has hecho, Anna? —Mi mirada era amarga y furiosa—. ¿Por qué te haces daño?

Cogí unos peluches y los lancé contra la pared. Anna se encogió un poco, pero no se apartó de mí. Buscaba mi mirada. Mi compasión. Mi perdón.

—Por favor, perdóname, Marcello...

El nudo que se formó en mi pecho mal me dejaba respirar.

—Anna... —manifesté con un tono desagradable, de pie contra el marco de la ventana—. No puedo —le dije en alemán.

Me extendió las manos en un gesto de súplica.

—Lo siento, Marcello. ¡Mírame! —me exigió con furia—, ¡mírame!

Parpadeé y apreté la mandíbula con vigor.

—¿Cómo pudiste romper tu promesa, Anna?

La llamaba por su nombre solo cuando estaba enfadado.

—No entiendo, Anna.

Con una expresión desgarradora me dejé caer de rodillas ante ella. No podía más, me rendí.

—Te suplico que no te lastimes más. Si me quieres, aunque sólo sea un poco, por favor, no lo vuelvas a hacer.

Anna, sin aliento, temblando como una hoja, se sentó y me atrajo hacia ella.

—Me destroza ver tu sufrimiento y no poder hacer nada, cielo.

Lloré como un crío.

—Me duele verte enojado —me dijo mientras me sujetaba el rostro entre las manos—. Por favor, no te enfades conmigo.

—¡Me lo prometiste! —añadí, furioso—. Me lo prometiste. ¡Me diste tu palabra que nunca volverías a caer en esto! ¡Te dije que si te hacías daño, me lo hacías a mí!

Miró mi rostro anegado en lágrimas.

—Mírame, Marcello —su dolor me lastimaba más allá del alma—. Nada soy sin ti, mi amor. No me rechaces.

Volví el rostro. Anna cogió mi mano. Me besó la palma y después apoyó mi mano sobre su pecho izquierdo, y al sentir su contacto cerré los ojos y gemí.

—Oh, Dios mío, cielo —dije ensombrecido.

La estreché contra mi cuerpo, necesitaba aquel contacto casi vital en aquel penoso momento.

—Te amo tanto, Anna Bellini —la besé con desenfreno.

La cogí en brazos y la tumbé sobre la cama, con los labios apretados con los de ella, con las manos en su pelo.

—¿Qué quieres de mí, cielo? —Le arranqué el vestido y la ropa interior, y la dejé totalmente desnuda. Le sujeté los muslos desnudos—. Cielo, ¿acaso no te he demostrado cuánto te amo?

No me respondió; sentir el peso de mi cuerpo sobre el suyo la había dejado muda, al igual que la tristeza.

—Estoy furioso contigo. —La besaba como si me estuviera muriendo—. ¿No te importa mi dolor?

Besé sus labios con desesperación. La penetré en cuestión de segundos mientras la banda sonora de nuestra serie favorita rellenaba el cuarto con su triste melodía.

—Cúrame, Marcello, por favor —murmuró ella.

Le besé la boca, la barbilla, los ojos, no podía apartar los labios de sus ojos.

—Te daría mis ojos, cielo —lloré con amargura mientras la embestía—. Te devolvería la vida que te ha robado la Retinosis Pigmentaria —mis lágrimas se mezclaban con las suyas—, esta luz nunca se apagará —le dije, sollozando—, nunca...

Anna sollozaba con amargura al tiempo que se aferraba a mí. El frenesí tuvo un sabor muy amargo aquella noche.

—Quería ser normal, Marcello —rasgó mi ser en dos—. Poder coger un autobús, conducir, llevar a nuestros hijos a la escuela, hacer las compras —mis lágrimas empaparon su rostro—. No tropezarme con los pies, no depender de nadie, no tener miedo de abrir los ojos por las mañanas, no sentirme tan inútil, tan inservible —lloramos con desconsuelo—. Quería ser normal, Marc...

La estreché con fuerza sin lograr controlar el llanto.

—Seré tus ojos, cielo —susurré entre lágrimas—. Seré tu corazón —le juré—. Déjame serlo, cielo.

—Sí —lloramos juntos—, te doy todo lo que tengo, Marcello, todo...

—Dame tu alma.

—Es tuya.

—Te doy la mía.

—La cuidaré.

—¿Lo prometes?

—Sí.

—Entonces, no vuelvas a hacerte daño.

—Lo prometo.

—Por mí y nuestros hijos.

—Sí.

Anna se quedó dormida entre mis brazos minutos después, cansada de tanto llorar. ¿Acaso

aún no comprendía que sin ella no podía vivir? Besé su cabeza.

—Nací amándote y moriré amándote, cielo mío.

Empecé a rezar, a suplicar por un milagro. Dios era grande y misericordioso.

«Sin ti nada soy, cielo mío».

Lloré con amargura mientras la estrechaba y rogaba al cielo por un milagro.

«Sin ella nada soy, Señor».

El amor que sentía era tan grande como el dolor que experimentaba ante la impotencia de no poder curarle los ojos.

—Te amo, Marcello —susurró, entre sueños.

Besé sus ojos inflamados.

—Eres mi todo, Anna Bellini.

Mi esposa tenía una enfermedad visual que ofuscaba sus ojos y, de cierta manera, también su corazón.

—La amo con toda el alma —le dije a Dios, mientras acariciaba su hermoso rostro.

Solía tener aquellas conversaciones con el amo del universo.

—No la abandones —le supliqué—, ella te necesita a ti, como yo a ella.

La estreché contra mi cuerpo mientras una brisa perfumada irrumpía el cuarto a través de la ventana.

—No sé si existe otra vida, cielo —una lágrima recorrió mi mejilla—, pero te amaré más allá de ella, te lo juro.

Anna era el único motivo que tenía para vivir. La única razón por la cual me levantaba a diario, la luz de mis ojos, mi todo.

—Dios, si pudiera detener el tiempo —otra lágrima se me escapó—, quisiera más vida, más tiempo para amarla y cuidarla.

Antes de conocerla no creía en almas gemelas, no creía en el amor, ni siquiera en Dios. Tras conocerla, todo, absolutamente todo, cambió.

«Ángeles, cuidad de su alma».

Y aquella brisa perfumada me hizo comprender que ellos en verdad existían. Levanté la vista y escruté el ángel que el hermano de Gabriel había pintado en el techo.

—Dios mío —dije, emocionado.

El ángel de grandes alas y pelo rubio sujetaba en las manos dos ojos, los ojos de Anna. Lloré con toda el alma al ver el mensaje que ellos me habían enviado desde el cielo.

—Ellos existen y nunca te abandonarán, cielo.

## Anna - Rueda gigante

**M**arcello estaba muy pensativo estos últimos días, pero no me decía nada. Me sentía culpable tras lo sucedido días atrás, cuando me descubrió haciendo aquello que tanto odiaba.

—¡Estás mal de la cabeza! —chilló Paula, cuando se enteró.

Suspiré derrotada.

—No me miréis así —supliqué en tono herido.

Paula se sentó a mi lado y me dio un fuerte achuchón.

—La próxima vez te daré de comer tu propio vómito —me dijo como si tal—, y verás que nunca más volverás a hacerlo.

Gigo y yo la miramos estupefactos.

—Tengo permiso de Marcello.

—¡Qué asco! —me quejé—, y sé que lo harás.

Ella me dio un besito cariñoso.

—Así es, Hormiguita.

Mi móvil timbró, era Marcello.

«Cielo, ¿qué te parece si nos vamos al parque de atracciones en el centro de la ciudad con los niños esta tarde?».

«Me parece genial, mi amor».

Observé mi móvil por unos instantes.

«Te echo mucho de menos» escribí con resquemor.

Marcello escribía su respuesta mientras mis ojos se nublaban.

«Igual yo, cielo. Siempre».

Mi marido era tan amoroso, pero mi actitud lo había lastimado profundamente. A veces mal podía mirarlo sin sentir vergüenza.

—¿Por qué volviste a hacerlo, Anna? —preguntó Paula, con lástima e la mirada—, no entiendo, ¿tienes todo para ser feliz!

«No todo».

No sabría explicarle mis motivos verdaderos, porque ni siquiera yo los comprendía. Vomitar era mi punición por no ser normal, desde mi adolescencia.

—El otro día —comencé a decir con labios temblorosos—, un compañerito de Ian y Engel se burló de mí cuando me tropecé —Gigo y Paula me miraban con infinita piedad, la misma con la que todos me miraban al descubrir sobre mi enfermedad—. Fue una tontería, pero dolió más de lo normal.

Me quebré en mil pedazos.

—Anna, no te autocompadezcas siempre que puedas, prima.

Más que autocompasión, aquello era desprecio.

—Marcello te ama tanto, Anna —adujo Gigo—. Eres su mundo...

Quería decirles que con ello me bastaría para vivir, pero mentiría y mi cara me delataría. Estaba mal y necesitaba nadar en mi charco emocional por un tiempo.

—Disfruta de las cosas como si no hubiera un mañana, prima.

Me dio un beso.

—Como yo lo hago tras mi liberación.

Aquello siempre me conmovía profundamente.

—Yo quería ser madre —me recordó—, y la vida me regaló una oportunidad —sonrió—, no siempre debemos enfocarnos en las cosas que no tenemos o no pudimos realizar.

Gigo asintió.

—Yo quería ser mujer —dijo con tristeza—, sentirse preso en un cuerpo que no es tuyo, no es fácil.

Nunca lo vi de ese modo.

—Pero con el tiempo, uno se acepta tal cual es y alcanza la felicidad.

Me abrazaron.

—Te amamos, Anna —me dijeron y me llenaron de besos—, ¡y pobre de ti si vuelves a hacerlo! —me amenazaron—, ¡ya sabes lo que te espera!

—¡Nooo! —grité y ellos me hicieron cosquillas—, ¡eso no!

Por la tarde, salimos con los niños y nos encontramos con nuestros amigos en el centro de Hagen. Los niños estaban la mar de contentos. Subieron al carrusel mientras les tomábamos fotos con los móviles.

—Cielo, ven —me dijo Marcello de un momento a otro—, ¿podéis cuidar a nuestros hijos un ratito?

Me emocioné hasta las lágrimas y ni siquiera sabía por qué. En algún lugar empezó a tocar la banda sonora de la película: Todo por amor. Una de mis favoritas. Era tan preciosa y tan emotiva que me calaba hasta el alma.

—Sin problema —dijeron Alejandra y Sarah.

Me cogió de la mano y me llevó al centro comercial antes de dirigirnos a la rueda gigante. Las luces del lugar lastimaron mis ojos, pero no dije nada. Era como estar en una sauna, llena de vapor.

—¿Adónde vamos, Marcello?

Entramos en la tienda C&A y nos dirigimos a la sección femenina donde me compró un gabán rojo de algodón.

—Marcello —dije con lágrimas en los ojos—. ¿Qué estás haciendo?

Me besó con pasión desmedida.

—Intento rescatar a mi Anna Bellini —me dijo con voz suave—. A mi pequeño tormento —adujo al tiempo que me secaba las lágrimas con los pulgares, como lo hacía en el pasado.

Me puse el abrigo que era especial para días otoñales.

—¿Cómo me veo?

Marcello me miró con amor infinito.

—Hermosa, cielo.

Me cogió de la mano y salimos de la tienda tras pagar por el abrigo.

—Te amo ¿lo sabías? —le dije con el rostro arrebolado por la emoción.

Me besó con ternura la cabeza.

—Eres mi todo, cielo.

Nos subimos a la rueda gigante y por unos instantes, volvimos a ser dos adolescentes de diecisiete años.

—Es como volver al pasado, Marcello.

Cerré los ojos con fuerza.

—Incluso puedo ver como en aquel entonces.

Cuando estábamos en la cima, Marcello puso la canción «*Why worry*» del grupo Dire



Straits y me rompí a llorar.

—No llores, cielo —me imploró, apenado—. Me partes el corazón —me secó las lágrimas con un pañuelo que olía a él—. Hoy hace 19 años que supe que nunca, nunca podría vivir sin ti, Anna Bellini.

Lloré con desconsuelo.

—Aquel 20 de octubre de 1998, mientras tú cruzabas la calle sin siquiera percibir mi presencia, comprendí que la vida sin ti no tendría sentido para mí, cielo mío.

Hice una mueca de confusión.

—¿De qué estás hablando, Willis?

Marcello rio de buena gana y su risotada recorrió todo el lugar.

—Aquel día, cielo, decidí luchar por ti —alegó con firmeza tras recuperarse de la risotada—. Aquel día descubrí que tú eras mi alma gemela.

Ahucó mi rostro entre las manos y me miró con intensidad.

—Aquel día, supe que Dios existía, cielo.

Lloré a moco tendido.

—¿A solo un mes y poco de conocerme?

Él asintió.

—Incluso me pareció que tardé demasiado.

Me besó como si tuviéramos otra vez diecisiete años. Me besó con pasión, dulzura y amor, mucho amor.

—Te amo, cielo —susurró sobre mis labios—. Y nunca me cansaré de decírtelo, de demostrártelo —besó toda mi cara—, solo te pido que no vuelvas a hacerte daño, porque me duele más de lo que soy capaz de soportar.

Le devolví el beso con el mismo frenesí.

—Te amo, Marcello —le dije con voz temblorosa—, y te prometo que jamás volveré a hacerlo —sus ojos se nublaron—, nunca más.

Cogió mi mano y la puso en el centro de su pecho.

—¿Lo prometes por él?

Asentí.

—Mi corazón se muere si el tuyo sufre, cielo.

—¿Eres real, Marcello?

Él sonrió.

—Como este beso, cielo —dijo con voz melosa y luego me besó.

La rueda gigante comenzó a girar mientras nosotros volvíamos al pasado, al dulce e inolvidable pasado.



## Marcello – Lazos de familia

**M**is princesitas cumplirán tres años este fin de semana y para nuestra mayor exasperación, la encargada de la decoración desapareció. Anna comenzó a llorar tras colgar el teléfono. La tal María Bergottini no respondía sus llamadas y tampoco sus mensajes de textos.

—¿Por qué? —lloriqueó tras abandonarse sobre el sofá.

Mi hormiguita andaba muy sensible estos últimos días. Anoche, mientras le hacía el amor, tuvo un ataque de llanto. Al inicio pensé que era por el delicioso frenesí, mi lado Christian Grey afloró sin querer. Sin embargo, me explicó que había recordado una escena de su nueva novela y que las emociones la embargaron. La sinceridad de mi mujer me dejó algo anonadado y preocupado, ya que mi rendimiento sexual no lograba nublarle la mente como antes.

—¿Qué haremos, Marcello?

—Cielo —me senté a su lado y la estreché con fuerza—. Algo haremos al respecto, no te preocupes.

Le propuse organizar la fiestita entre nosotros y nuestros amigos. Aquello la hizo suspirar tan hondo que pensé que me dejaría sin aire en los pulmones. Anna saltó sobre mi regazo y me llenó de besos.

—¡Te amo! —chilló y empezó a moverse con sensualidad sobre mis piernas—. Esto merece un premio —se apartó y se quitó la ropa a cámara lenta—. Los niños están en la escuela —acaricié mi miembro por sobre mis vaqueros azules—. ¿O prefieres esperar la noche? —estaba a punto de correrme.

Solté un jadeo cuando su pequeña mano aumentó el ritmo de sus caricias.

—Cielo... —gemí—, no puedo esperar hasta la noche...

Anna bajó la cremallera de mis pantalones y sacó mi falo para poder lamerlo, saborearlo y succionarlo entero. Su boquita y su lengua me volvían loco.

—Oh, cielo... —

Succionó con tanta fuerza que casi terminé en su boca.

—Necesito sentirte, cielo —imploré, al borde del abismo.

Anna se apartó y se sentó a mi lado. Me bajé los pantalones con un solo movimiento. Me quité el bóxer negro y la camiseta del mismo tono en un santiamén. Me senté en el sofá y la atraje sobre mi regazo donde se sentó a horcajadas. Me enteré en ella con desesperación. Anna empezó a moverse, lento al principio y a toda prisa minutos después, cuando la excitación despertó cada terminación nerviosa de su cuerpo. Mis manos sujetaban su trasero con fuerza mientras ella se oscilaba con salvajismo sobre mí. Atrapé uno de sus senos con mi boca y empecé a succionarlo con fuerza. Ella chilló de placer y cambié de seno. Los lamí, los acaricié, los chupé con verdadera adoración. La parte íntima de Anna se contrajo y casi acabé.

—¡Marcellooo!

Abrió la boca y me mordió la mandíbula. Aquello me incentivó aún más. La embestí sin parar, como le gustaba a ella.

—Cielo, te deseo tanto.

Anna paró de respirar, los ojos se le cerraron y supe que pronto acabaría. Nuestros cuerpos estaban bañados en sudor, habíamos olvidado encender el aire acondicionado. Se aferró a mis

hombros resbaladizos con fuerza.

—Mi amor —jadeó—. Más rápido —exigió y obedecí, sumiso.

Su cuerpo entero convulsionó, su sexo se tensó en torno al mío. Soltó el aliento con un gemido grave y entrecortado al tiempo que yo alcanzaba mi propio frenesí.

—Quiero más —susurró y empezó a moverse otra vez.

Se apretó en torno a mí en un ritmo erótico que casi me hizo soltar un grito.

—Ohh, cielo... .

¡Fue como correr varios kilómetros en pocos minutos!

—¡Eres increíble, Marcello!

Anna dejó caer los brazos, incapaz de aferrarse más tiempo a mis hombros. Nos besamos como si fuera la última vez. Succioné sus labios hinchados, su lengua, sus jadeos y gemidos.

—Me vuelves loco, Anna Bellini.

No me moví, permitiéndole recuperarse un poco. Ella me pasó la mano sobre el hombro. Tenía la piel tan caliente y empapada.

—¿Esto es lo que creo que es? —susurró con expresión ladina.

Asentí con un breve y brusco gesto.

—¿Hay más?

La besé con ternura.

—Un poco más, cielo.

Tomé el control del beso con la boca abierta sobre la de ella, la lengua acariciando la suya a ritmo de los empujes de mis caderas.

—Oh, Marcello...

Empecé a entrar en ella con fuerza, más y más rápido, y ella curvó las manos bajo mis brazos, sujetándose a mis hombros como si se le fuera la vida en aquel gesto. Aparté la boca con un jadeo y enterré el rostro en su pelo mientras ella cerraba los ojos y arqueaba el cuello.

—Me matarás, Marcello.

Le levanté las rodillas, moviéndome increíblemente más profundo y de manera incesante en su interior. Anna se corrió con un grito salvaje, apretándose con fuerza en torno a mí, temblando y estremeciéndose.

El clímax fue tan intenso que se perdió durante un largo instante.

—¿Te ha gustado, cielo? —jadeé sin parar de moverme.

Nuestros pechos estaban pegados y podíamos incluso oír nuestros alocados latidos. Acabé segundos después, mientras ella me abrazaba con fuerza, todavía presa del éxtasis.

—Me siento... fenomenal.

Un diminuto mechón de cabello oscuro le había caído sobre la frente y alargué la mano para apartarlo.

Besos y más besos. El sudor nos encharcó de pies a cabeza. La estreché con fuerza y empecé a mecerla.

—¿Tienes hambre, cielo? —le pregunté, al oír unos ruiditos que procedían de su estómago.

Ella se apartó y me miró con socarronería.

—¿No acabamos de comer?

Me reí con toda el alma ante su mueca divertida. Dejé caer un beso en su pequeña nariz y me retiré de ella con cautela. Anna se puso de pie y se abanicó la cara con ambas manos. Su cuerpo desnudo y pegajoso me excitaba más de la cuenta.

—¿Nos duchamos, cielo?

Me miró con picardía.

—Dios, ¿tenías que ser tan guapo, Marcello? ¡Eres como el vino!

La alcé en brazos de sopetón y le robé un grito.

—¿Quieres beberme, cielo?

Eché atrás la cabeza y soltó una risotada mientras me dirigía al cuarto de baño, donde volvimos a amarnos. ¡Éramos insaciables!



Mis hijos y sobrinos jugueteaban alegremente por el jardín, relleno con sus gritos entretanto yo trabajaba con Gabriel y su hermano. Ambos eran muy eficientes y cobraban muy poco. Según lo que investigué, venían de un pequeño pueblo del sur de Alemania. Hijos de unos campesinos que habían fallecido hacía tiempo. Gabriel era profesor de Educación física y Azrael era escultor.

—Papi, ¿crees que estoy gorda? —me preguntó Abril, tras apretujar su tripita.

Me arrodillé y la estreché con afecto. Luego la llené de besos. Soltó una risita cuando mi barba de una semana le hizo cosquillas en el cuello.

—Esos kilitos de más te hacen muy especial, cielito.

Antonella se acercó y exigió sus besos y su abrazo correspondiente. ¡Mis princesitas me tenían de las pelotas!

—Papá —me dijo Ian con la cara muy arrebolada—, Engel me dijo que mañana iremos a la granja.

Le arreglé el pelo con afecto.

—Así es, campeón.

Engel se acercó y me miró con atención por unos minutos. Parecía estar analizándome. La canción: Broken de Lighthouse empezó a sonar de fondo justo cuando me dijo:

—No estés triste, papá.

Mal podía esconderlo y mucho menos tras confirmar que Matt era mi hermano. Traté de encontrar a mi padre, pero él sabía muy bien cómo desaparecer del mapa. Solo él conocía la verdad.

—Pasará, hijo.

Lizzy, la sobrina de Anna, que había venido con mis suegros, se acercó con timidez y me preguntó dónde debía poner los centros de mesas.

—Allí, Lizzy —le dije y le indiqué la mesa con la mano.

Se acercó a la mesa y depositó los centros de mesas sobre ella. Volvió a la cocina.

—Ella también está muy triste —me dijo Engel, y me robó la atención por completo—, le duele el corazón.

Lizzy había crecido con una mujer obsesionada por la religión. No había tenido una vida normal, ya que su madre le había impuesto unas absurdas reglas religiosas. Ayunos interminables, oraciones hasta altas horas de la noche, encierros y autoflagelaciones. Pero, las cosas no terminaban allí, su madre, inducida por el fanatismo, solía amarrarla a una cruz completamente desnuda por uno o dos días cuando ella, supuestamente, pecaba.

—¿Quieres uno, Lizzy? —le preguntó Antonella y le alargó unos dulces.

Era una joven tímida y sumisa, que temía incluso respirar.

—Gracias, Antonella.

Ahora, al fin era libre y podía ser feliz o, al menos intentarlo. Mi móvil timbró, era Matt, mi medio hermano.

*«Gracias por la invitación, pero ¿no sería muy violento para tu familia la noticia de mi hermosa existencia?».*

Enarqué ambas cejas. ¿Era mi hermano o el de Erich?

*«Quiero que conozcas a nuestra hermana, a tus sobrinos y a tus cuñados».*

Mientras me escribía su respuesta, observé a mis hijos con un júbilo indescriptible en el pecho.

*«Estaré allí a las seis de la tarde».*

Anna sabía de su existencia y mis amigos también. Pero verlo en persona sería bastante impactante.

*«Perfecto».*

Jonás, Erich y Peter aparecieron por la tarde en casa para ayudarme con la fiestita de mis princesitas. Yo acababa de montar las mesas y ordenar las sillas, todas ellas de color rojo y dorado.

Leticia y Lizzy ordenaron los centros de mesas: una caja de la «Mujer maravilla» repleta de chucherías. Anna, Gigo y mis suegros preparaban la tarta mientras María se encargaba de los demás dulces con Paula, Alexis, Sarah, Alejandra y Valentina.

—¿Y esto? —pregunté, asombrado.

Miré la Mujer maravilla que había traído Erich con estupor.

—¿Se supone que esa muñeca deformada es la Mujer maravilla?

Jonás y Peter escrutaron con ojos evaluadores la Mujer maravilla versión Shreck. Erich me dijo que no encontró nada mejor en el centro comercial que aquella imitación barata de la heroína de la Liga de la justicia.

—¡Parece el muñeco Michelin disfrazado de Mujer maravilla! —exclamé, ceñudo.

Erich me ignoró por completo.

—Mi casa... teléfono... —dijo, enseñándonos su viejo muñeco E.T. —. ¿A qué es chulo?

Jonás miró con atención al peculiar muñeco.

—¿Dónde exactamente?

Mis hijos y sobrinos salieron corriendo al verlo. Peter y Jonás rieron de buena gana y yo no pude evitar reírme con ellos. Erich puso cara de póker y soltó un taco en ruso. Desde ahora solo insultaba en otros idiomas.

—Los rusos saben inventarse palabrotas.

Peter trajo su termo de tereré y yo agradecía al cielo por ello. Aquella bebida típica del país de su mujer nos tenía embrujados, en especial en el verano. Me sirvió un mate que sabía a gloria.

—Ayer tuve que arreglar el jardín para instalar el parquecito —comentó Peter—. Así los niños tendrán con qué entretenerse los fines de semana.

Erich dijo que en la casa mandaba Alejandra, y no él. Peter objetó, alegando que él «colaboraba» con los quehaceres de la casa. El rubio abrió la boca para replicarle, pero mi hermana lo llamó por el móvil y le preguntó algo, Erich le dijo que ya había ordenado el sótano y

las ropas de dormir en sus debidos lugares. Los tres nos echamos a reír, hasta que, Anna apareció y me preguntó si ya había ordenado los centros de mesa en sus respectivos lugares. En ese lapso, Valentina le preguntó a Jonás si ya había cambiado a Walter y Alejandra le preguntó a Peter si ya le dio el biberón a María. Erich se carcajeó.

—Somos agentes especializados en crímenes —acoté pensativo—. Hemos capturado un sinnúmero de delincuentes peligrosos —los tres asintieron—, pero en nuestras casas las cosas eran muy distintas...

—Ajá —murmuramos sin mirarnos.

Erich observó detenidamente su muñeco de goma de unos setenta centímetros. Éramos fans de aquella indeleble película y eso incluía aquel juguete un tanto macabro para los niños de la actualidad.

—¿Por qué le tienen miedo? —hizo una mueca y luego un puchero—. Los niños actuales no saben lo que es bueno...

—¿Te disfrazarás de payaso? —soltó el vikingo tras sorber la bombilla de plata con fuerza.

Erich dijo que nunca más se disfrazaría de payaso en su vida, Peter y yo le dijimos que no era necesario un disfraz y él despotricó en árabe.

—¿Acaso solo has aprendido palabrotas en tus cursos? —le preguntó Peter.

Erich movió los bracitos de goma de E.T. e imitó su forma de hablar.

—Japiro —le dijo con una voz muy cómica—. Mierda en guaraní suena tan chistoso...

Erich bajó a E.T: sobre la mesa de mimbre y colocó su mano derecha a lo alto. Luego soltó algo turbado:

—Hablando de otra cosa —se rascó el puente de la nariz— ayer mi sobrino de trece años me preguntó si era posible la doble penetración vaginal.

Escupí el agua al oírlo. Jonás abrió mucho los ojos, Peter la boca y Erich meneó de manera insistente la cabeza. ¿Doble penetración vaginal? ¿Qué andaban enseñando en las escuelas? ¡Por el amor de Dios! ¡Solo tenía trece años!

Silencio.

Miradas.

—¿Qué le dijiste? —logró articular Peter, tras recomponerse de la impresión.

Mi ceño seguía fruncido. Erich se enderezó y luego entrelazó las manos.

—En primer lugar, ni siquiera pude hablarle de una simple penetración. ¿Cómo podría hablarle de una doble penetración vaginal? ¡Ni siquiera sabía que era posible!

Gabriel y su hermano, que montaban el castillo inflable a un lado, giraron sus cabezas al oírlo. Erich les dijo algo en arameo y ellos fruncieron mucho sus entrecejos. ¿Eran judíos? ¡Qué bochorno!

—¿Es posible una doble penetración vaginal? —masculló Jonás para sí mismo y los tres lo miramos estupefactos mientras él calculaba mentalmente tal posibilidad—. En mi caso, sería... —hizo una cara de espanto—, dolorosísima...

Erich resopló hastiado. Luego cogió el muñeco y lo lanzó hacia el vikingo.

—Mi casa... teléfono... banana gigante...

Nos echamos a reír. ¡Era un payaso! Dijo algo por lo bajo, esta vez, en polaco. Peter cogió su móvil tras recomponerse y buscó algo. Erich abrió como naranjas los ojos al mirar la pantalla del teléfono. Curiosos, Jonás y yo nos acercamos y escrutamos atónitos el vídeo que había abierto.

—Hala, era posible —balbuceé, boquiabierto.

—Oh —musitó Jonás.

—Pobrecilla —bisbiseó Erich, y ambos lo miramos con severidad—. ¿Qué?

—¿Qué hacéis? —nos preguntó Anna, de repente.

Gritamos ante el susto. Mi esposa nos miró curiosa y desconfiada. Peter apretó el botón de volumen sin querer y los gemidos se hicieron presentes. Anna ensanchó los ojos con exageración.

—Ay, esos malditos gemidos del WhatsApp —dijo Erich y Peter asintió tras lograr cerrar la página.

Me levanté de un salto y me acerqué a mi pequeña. Le di un fogoso beso y le dije que la amaba. Me miró con expresión de suspicacia. ¡Era tan sagaz! Mi suegra me llamó y me sentí tan aliviado.

—¿Me ayudáis? —les dije a mis amigos, que se levantaron de un salto de sus sillas.

—Dios, ¡qué aprieto! —clamó Erich, y nos detuvimos en seco.

¿A qué se refería exactamente?

—¡Papi! —gritaron mis princesas y nos despabilaron de golpe.

Abril y Antonella llevaban puestos sus disfraces de Mujer maravilla. Me acuclillé y abrí mis brazos de par en par. Corrieron hacia mí y se acomodaron entre mis brazos.

—¡Mis mujercitas maravillas! —las besé.

Erich cogió unos globos y empezó a ordenarlos con Peter y Jonás.

—¡Doble bellezas! —soltó y le lancé una mirada bastante elocuente.

Peter le dio un codazo y Jonás le alborotó el pelo.

—¡Doble regalo de Dios! —soltó y preferí no decir nada más. ¡Era inútil!

Dos horas después, la casa estaba repleta de niños. Gritos, berrinches, llantos y peleas infantiles se hicieron presentes. ¡Nuestro paraíso!

Erich los perseguía con su muñeco E. T. por todo el patio. Nadie lo quería.

—¡No sabéis lo que es bueno! —protestó.

Mi medio hermano acababa de llegar a mi casa con dos enormes muñecas entre las manos.

—Joder —masculló Peter—, sois como dos gotas de agua, Marcello.

—¿Cómo eso es posible? —inquirió Jonás—, ¿sin ser gemelos idénticos?

Se acercó a pasos lentos y a pocos metros de nosotros, tuvo un fuerte encontronazo con Lizzy, que estaba corriendo tras mis hijas como una niña más. Matt la levantó del suelo y le pidió disculpas. Me acerqué a él.

—Lo siento.

Lizzy lo miró con timidez y asintió con un leve cabeceo.

—¿Estás bien?

Él le levantó la barbilla con sumo cuidado y la miró fijo por unos segundos.

—¿Tú?

Antes de saludarlo, miré a Lizzy con atención. ¿Ellos se conocían?

—Eres la chica de mis sueños —afirmó él, anonadado y emocionado a la vez.

Lizzy lo miró con recelo al igual que yo.

—¿Perdona?

Matt negó con la cabeza y se disculpó. Me quedé mirándolo por unos instantes sin comprender lo que acababa de decirle a Lizzy. Ella se apartó algo despavorida.

—Hola —me saludó con una sonrisa desencajada—, no entiendo nada.

Tampoco yo entendía lo que estaba pasando. Matt seguía mirando a Lizzy con ojos melosos.

—Ella... —me dijo sin mirarme—, apareció en mis sueños y me salvó de la muerte varias veces —me dijo en tono suave—, me dijo que no debía viajar cierto día y por alguna razón, no lo hice —lo miré con el entrecejo fruncido—, el avión estalló en el aire como ella me lo advirtió.

Me volví y miré a Lizzy con curiosidad.

—¿Cómo eso es posible?

Y entonces mi padre apareció en la fiesta con dos bolsas de regalo en las manos. Matt se volvió trepidante hacia él y ante la sorpresa, las bolsas terminaron en el suelo.

—¿Matt? —soltó con los ojos anegados en lágrimas—, no puede ser...





## Anna - Matt & Lizzy

**M**arcello andaba bastante bloqueado tras conocer a su medio hermano, Matt. Un joven simpático y divertido que era prácticamente su copia.

—No entiendo nada —le dijo su padre, anonadado el día del cumpleaños de mis mellizas—, Josef no me dijo nada.

Todos tratamos de comprender lo que se ocultaba tras aquellas palabras, pero nadie logró hacerlo. Era un código que solo él podía comprender.

—Me dijo que nunca lo consiguió.

¿Consiguió qué? ¿Qué quería decirnos? ¿Qué se ocultaba tras aquella afirmación? Matt le dijo que cumpliría treinta y tres años en diciembre. Cuatro menos que Marcello.

—Dios mío... —murmuró mi suegro—, lo consiguió —llevó las manos a la cabeza y lloró como un crío.

—¿De qué estás hablando, papá? —lo enfrentó Marcello—, ¿por qué nunca me hablaste de tu hermano?

Otto llevó la mano a su pecho e hizo una mueca. Aquel gesto nos alarmó y llamamos a una ambulancia. Cuando llegaron al hospital, él ya no estaba en el vehículo.

—¡Joder! —dijeron Marcello y Matt.

—¿Qué está escondiendo de nosotros? —le preguntó Sarah—, ¡cabrón malnacido!

Matt aceptó cenar con nosotros días después y me cayó cada vez mejor. En especial, porque tenía cierto interés en Lizzy, mi prima.

—Huelo amor —me dijo Paula, con sorna—, ¿te imaginas?

En mi cabeza estaban casados y con unos siete hijos.

—Sí...

Matt me preguntó por Lizzy antes de marcharse y le comenté algunas cosas, las más sobresalientes.

—¿Nunca tuvo un novio?

Lizzy nunca tuvo muchas cosas en su vida.

—Ni novio, ni amigos, ni mascotas —le dije con tristeza—, Lizzy nunca salió de su casa, Matt.

Él me miró con sorpresa y yo también. Era idéntico a Marcello, era como volver en el tiempo, aunque mucha diferencia física no había, para ser sincera.

—¿Cómo dices?

Le dije que Lizzy nunca salió de su casa, del desván para ser más exacta. Su madre le decía que el mal la consumiría si saliera fuera de la casa, que el sol la quemaría y la mataría. Matt la miró con profundo dolor. Ahora comprendía mejor por qué era tan tímida y callada.

—Matt, ella es una chica muy especial y no quiero...

Él me tocó el brazo y me interrumpió.

—Lo sé —me dijo con los ojos teñidos de ilusión—, ella me salvó de la muerte —afirmó con tanta devoción que me quedé sin aliento—, unas cinco veces o más —negó con la cabeza—, ¿cómo eso es posible?

Algo similar le había pasado a Nico con Paula. ¿Era cosa del destino? ¿De Dios? ¿De las almas? ¿Se conocían sus almas de alguna vida pasada?

—¿Puedo volver mañana? —me preguntó y asentí sin rechistar—. Gracias por todo, Anna.  
Al día siguiente, apareció con una cestita y varias bolsas de chucherías. Mis hijos empezaban a adorar a su tío, en especial Engel. Algo bastante inusual.

—Hola, Lizzy.

Mi prima, que aquel día se había arreglado más de lo normal, lo saludó con una sonrisa que apenas curvaba sus labios.

—Para ti.

Le alargó la cestita con suma delicadeza.

—¿Es una gatita? —le preguntó ella, con lágrimas en los ojos—, yo... tuve una —los labios le temblaron—, pero mi madre... —no era necesario que terminara la frase.

Matt acortó la distancia y le secó las lágrimas con los pulgares.

—Me lo has dicho —le confesó él con la voz apagada—, en mis sueños.

Toda la piel se me erizó.

—Eres la mujer de mis sueños.

¿Aquella afirmación tenía doble connotación? Lizzy parecía asustada, pero también fascinada. No dijo nada, solo cogió a la gatita blanca y la llenó de besos.

—Se llamará...

—Vita —completó Matt, y ella lo miró estupefacta—, como se llamaba la otra gatita.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y ni siquiera sabía muy bien por qué. Mi mirada llorosa se encontró con la de Gabriel, que atento, me miraba desde su sitio.

«Los milagros llegan cuando uno ya ni los espera» evoqué sus palabras de días atrás.

—¿Te invito a un café? —le preguntó Lizzy, en un tono muy bajito.

Matt sonrió.

—Me encantaría, Lizzy.

Paula me miró con picardía y yo no pude evitar sonreír.

«El amor es la mejor medicina para el alma» pensé mientras evocaba las cosas que mi prima pasó durante años en las manos de una mujer que ni siquiera era su verdadera madre.

—Mamá, ¿quién era la mamá de Lizzy? —le pregunté a mi madre días atrás—. Mi nana me dijo que era tu prima lejana.

Ella dudó bastante antes de responderme.

—En realidad, Lizzy era la hija de la loca que la crío —soltó y casi tragué la lengua ante la impresión—, mi prima María.

—O sea que la mujer que la crío no era su madre, sino su...

—Su abuela, en realidad.

Llevé la mano a la boca en un gesto de sorpresa.

—Ella también vivía encerrada, pero fue más astuta y salió un par de noches —mi madre se cruzó de brazos y negó con la cabeza—, se enamoró de un policía alemán-americano —se puso pensativa—, la madre era alemana y el padre americano o algo así.

Tragué con fuerza.

—Era amante de la novela de Jane Austen y por eso su hija se llama como la protagonista.

—Orgullo y prejuicio —reiteré y ella asintió—. Lizzy Bennet.

Mi madre me dijo que su prima quedó embarazada y el policía le dijo que volvería un año después a buscarla. Cuando la niña nació, estaba muy enferma y su prima creyó que no sobreviviría. La madre, astuta como un zorro, la escondió en el desván mientras ella dormía y le dijo que había muerto. Enloquecida, salió de la casa en plena madrugada y jamás volvió.

—Dijeron que se casó con el policía —se encogió de hombros—, y se mudaron a Alemania

—se puso triste—, tuvo una hija y la llamó Lizzy, también.

Entorné mucho los ojos ante su revelación inesperada. Según los cálculos, Lizzy tendría entre treinta años o treinta y dos. No estaba muy segura al respecto.

—Qué locura.

La abuela de Lizzy era la prima de mi abuela.

—Toda esa gente, mi amor.

Lizzy era otra desde que mis padres la llevaron a vivir a su casa tras estar casi un año en coma.

—Los médicos nos dijeron que sufrió un infarto cerebral —comentó mi madre, ensombrecida—, las posibilidades de que sobreviviera eran mínimas —negó con la cabeza—, la abuela murió en ese lapso de un infarto al corazón.

—Madre mía, ¡qué trágico!

Mi madre me tocó la mejilla y sonrió.

—Cuando Lizzy se despertó, no sabía quién era —fruncí el entrecejo—, y luego dijo haber estado en el cielo un par de meses —suspiró hondo—, con su marido.

—No entiendo nada, mamá.

Ella meneó la cabeza en un gesto de duda.

—Tampoco yo, mi amor —miró hacia el jardín con magnitud—, Lizzy es un misterio.

Observé con atención a mi prima, que jugaba con mis hijos con alegría pueril.

—¿Y si ella estuvo en el cielo como alegó, mamá?

Era una verdadera locura, pero me gustaba creer en esas cosas.

—Nada es imposible, Anna.

Asentí con la cabeza.

—Nada, madre.

En nuestra casa, Lizzy tenía todo lo que nunca tuvo antes y era feliz, muy feliz. Pero, desde que conoció a Matt, era mucho más alegre y vivaz que antes. ¿Sería obra del destino el encuentro de sus almas a través de los sueños y ahora en la vida real? Lizzy me confesó que de alguna u otra manera lo recordaba, pero no estaba muy segura al respecto. Me dijo, que a veces, le daba la sensación de que su alma huía de su cuerpo por las noches y recorría sitios que en la vida real jamás pudo conocer. Y así, sus almas se conectaron en secreto incluso del propio hado.

—Dos almas y un secreto —dije con una sonrisa.



Por la noche, me preparé para recibir a mi marido. Mis senos, algo bajoneados, me robaron un suspiro que se ahondó cuando posé mis ojos en mi tripita algo abultada.

—Veinte años —levanté los brazos—. Treinta y siete años —los bajé y me reí.

Me perfumé y me maquillé para mi amor. Visualicé el reloj.

—23 horas —mascullé.

Me levanté de la silla y me hice dos coletas. Alguien abrió la puerta.

«Marcello».

Mi corazón hizo varias piruetas en mi pecho. Sonreí embobada, como la adolescente enamorada del pasado. Casi veinte años después, las maripositas continuaban aleteando sus alitas con furor en mi estómago. Solté el aire que había retenido en mis pulmones de un solo soplo. Giré sobre mis talones y abrí la puerta con cautela.

—Hola, agente —le dije con voz sensual.

Marcello llevaba puesto unos vaqueros negros y una camisa blanca. Esbozó una amplia sonrisa al verme, una sonrisa que pellizcó con brutalidad mi corazón. ¡Madre mía! Era el hombre más atractivo del planeta y era mi marido, solo mío.

—Cielo —susurró con ojos melosos—. Te he echado tanto de menos —se acercó y me besó con pasión desmedida.

Sus manos se deslizaron por mi espalda hasta aparcarse sobre mis nalgas. Su sedosa y deliciosa lengua invadió mi boca y se enredó con la mía.

—Te necesitaba tanto, Marcello —jadeé al sentir sus caricias.

Lamió mis labios y luego succionó mi lengua con pasión voraz mientras le quitaba la camisa.

—Cielo... —se apoderó de mi boca al tiempo que me levantaba contra su cuerpo, obligándome a que le rodeara la cintura con las piernas.

Invadió mi boca, introduciendo la lengua con ternura al inicio y con fiereza segundos después. Me aferré a sus hombros con un gemido ronco. Levanté las manos y enterré los dedos en su pelo, sujetándole la cabeza mientras le devolvía el beso.

—Marcello... —gemí sobre sus labios.

Comencé a mover las caderas mientras el sabor y el olor de mi agente alemán se apoderaban de mí por completo.

—Me muero por saborearte, por sentir tus manos —le dije entre gemidos.

Me rodeó con los brazos y me acarició la espalda con sensualidad. Anhelaba sentirle, que nuestras pieles se rozaran. Deslicé las manos por sus hombros, palpándole los firmes músculos. Era tan fuerte, tan musculoso. Bajó la cabeza para rozarme la frente con los labios.

—Me estás haciendo morir de deseo, cielo.

¿Morir de deseo? ¡Yo me estaba muriendo de deseo! Me sentía como si nunca me hubiera tocado.

—Dame tus labios —le rogué.

Me rodeó la nuca con la mano. Era fuerte y dominante, y me hacía sentir tan deseada. Sus labios besaron mi frente, mis mejillas, mi mandíbula, enviando oleadas de placer a mis terminaciones nerviosas. Abrí los labios, excitada. Un beso, necesitaba un beso de Marcello, mi marido.

—Anna... —murmuró sin detenerse en sus besos febriles—. Dime qué necesitas.

Me sujetó con más fuerza.

—Sólo tu amor.

Un gemido resonó en su garganta justo antes de que posara los labios sobre los míos. Olía tan bien. Sabía tan bien. Sus besos eran adictivos.

Abrió los labios bajo mi boca y me dejó llevar. Sabía a café y a calidez masculina. Lo deseaba tanto que me arqueé contra él, tratando de encontrar una manera de apaciguar la necesidad que crecía en mi interior.

—Cielo... —Apartó los labios para besarme en la comisura de la boca—. ¿Te he dicho cuánto te amo?

Abrí los ojos y lo miré con expresión bobalicona.

—No —sonreí con picardía.

Marcello cogió mi rostro con una mano mientras con la otra me sostenía por la espalda.

—Eres mi corazón, Anna Bellini.

Mi marido me acariciaba con todo su ser, como nunca antes había acariciado a otra mujer.

—Necesito amarte, cielo —me recostó sobre la cama con suavidad.

Moldeó mi seno con la palma de la mano mientras con la otra me acariciaba el estómago. Siguió descendiendo hasta que sus dedos me rozaron la carne desnuda que le esperaba entre mis muslos. Me entregaba a él sin reservas. Me daba por entera, sin esperar nada más que su amor.

—Podría pasarme la eternidad tocándote —me aseguró contra mi seno.

La mezcla de placer y deseo que se había apoderado de mí, me dejaba sin respiración. Miré aquellos ojos azules clarísimos y me perdí en ellos como en el pasado.

—Quiero amarte como si fuera la primera vez, cielo —succionó mi pecho con los ojos entrecerrados—. Eres mía, solo mía.

Le clave los dedos en los hombros, observando cómo él deslizaba los labios entre mis pechos.

—Siempre seré tuya, Marcello.

Un trémulo gemido salió de mi pecho al sentir que las puntas de sus dedos cubrían mi parte íntima.

—¿Lo juras, cielo mío?

Acarició con suavidad mi hendidura antes de abrirse camino entre los sensibles pliegues. Los dos teníamos la respiración entrecortada. La temperatura de la habitación subió hasta que el sudor empapó nuestros cuerpos.

—Lo juro... —suspiré, arqueando las caderas instintivamente cuando él me mordisqueó el muslo y me separó más las piernas con la mano libre.

Hundí la cabeza en la almohada y cerré los puños sobre las sábanas mientras luchaba por conservar mis sentidos lo suficiente para recordar cada caricia, cada sensación. La cabeza de Marcello se posicionó entre mis muslos y me pasó la lengua por el clítoris al tiempo que introducía dos dedos. Me retorcí bajo él y grité de placer. Sentí que un rayo me atravesaba, provocando diminutas explosiones en mi cuerpo mientras me poseía con la boca.

—Adoro tu sabor —gimió sobre mi sexo—. Es tan cálido... Tan dulce...

Levanté la cabeza y clavé la vista en él, en sus ojos entrecerrados, en su lengua voraz.

—Quiero tocarte. —Me retorcí bajo él, devorada por la necesidad—. Yo también te deseo, mi amor. Déjame tocarte —le supliqué.

Me sujetó con fuerza e hizo que me diera la vuelta. Me levantó hasta que me quedara a horcajadas sobre él. Lo absorbí hasta el fondo y empecé a moverme con fuerza y a toda prisa.

—Me vuelves loco, cielo.

Me arqueé con cada embestida, observando cómo él se entregaba al deseo. Un grito demoledor me desgarró el pecho y explotó de nuevo en torno a él.

Implacable, Marcello me recostó en la cama y profundizó sus penetraciones e intensificó mi orgasmo hasta que finalmente emitió un ronco gemido.

—Eres increíble, cielo...

La saciedad trajo consigo unos breves momentos de tranquilidad en los que nada importaba, salvo la sensación de unión y plenitud.

—Tengo algo para ti —le dije y me levanté de la cama.

Marcello se enderezó contra la cabecera y me miró curioso. Le enseñé mi nuevo juguete y logré dibujar una amplia sonrisa en su lindo rostro.

—¿Qué piensas hacer con esas esposas, cielo?

Me acerqué y me senté sobre sus piernas. Cogí sus muñecas y las esposé. Le rogué que mantuviera las manos sobre la cabeza. En ese lapso, lamió mi seno con impaciencia.

—Eres mi prisionero, Marcello Hoffmann.

Le limpié el miembro con una toallita húmeda y luego le pasé una crema que sabía a chocolate con almendras. Marcello jadeó mientras untaba su falo con aquella exquisita crema lujuriosa.

—¿Quién se supone que es ese, cielo? —demandó mientras colocaba el muñeco inflable que había comprado.

Me reí al ver su cara de espanto.

—¿No te excita que nos vigilen mientras hacemos el amor?

Marcello hizo una mueca muy cómica.

—¿De qué estás hablando, Willis?

Me agaché y empecé a lamerlo, endureciéndolo en pocos segundos.

—Dios...

Marcello se arqueó y me ofreció por entero su miembro. Me alejé y cogí un viejo amante «Marcello il rosso».

—Oh, cielo...

Empecé a jugar con el consolador, elevando su excitación a niveles insoportables, tanto que, imploró que lo soltara. Ante mi negativa, se acercó dos segundos después y me rumbó en la cama de golpe sin las esposas.

—¿Cómo has...?

Marcello me penetró de un embate y hasta el fondo, robándome un gemido ronco.

—Soy un agente especializado, cielo —me recordó y sonrió con sensualidad.

«Me corrí» pensé.

Enardecido, me penetró sin parar hasta hacerme gritar de placer.



## Marcello - Nuestro mundo

**A**nna y yo estábamos conversando en la cocina mientras nuestros hijos jugueteaban por toda la casa. Gritaban, saltaban, reían y discutían, nada fuera de lo normal.

—¡No me cogerás! —chilló Abril e Ian empezó a correr tras ella.

Matt y Antonella se peleaban por un peluche.

—¡Es mío, Matt!

—¡No! ¡Es mío!

Engel leía un Tebeo mientras sus hermanos gritaban y saltaban a su lado como si no estuviera allí. Siempre enfrascado en su mundo y en su silencio.

—Los amo tanto —dije tras acercarme a mi pequeño mundo—, ¿hola, cielo? —Anna miraba algo en el móvil—, tus ojos deben descansar, cielo —me miró con indignación cuando cogí el aparato y lo posé a un lado—. Lo hago por tu bien —ahuequé su rostro entre las manos y posé mis labios sobre los suyos—, mi pequeña traviesa —gemí en su boca.

La canción «*Ohne Dich*» <sup>[10]</sup> del grupo Rammstein sonaba de fondo mientras nos mimábamos. Anna estaba sentada en la encimera de la cocina y yo metido entre sus piernas. Me arregló el pelo con suavidad.

—Marcello... —dijo con expresión triste—, ¿de qué me sirve que tus hombres compren mis novelas si no la leerán? —me dijo tras suspirar en mi cuello.

Tuve la maravillosa idea de pedir a mis hombres que compraran las novelas de mi mujer. En una semana había vendido más de cien ejemplares y al rato supo que yo estaba tras aquel milagro literario, palabras textuales de mi hormiguita.

—Valentina y yo fundaremos el grupo «Mendigas literarias» —se mofó—, nos leen por caridad o lástima —simuló el llanto de un bebé.

Le di un apasionado beso de amor antes de apartarme de ella para limpiar los cacharros sucios. Lavar platos y cubiertos me relajaba mucho. En especial porque compartía aquel momento «chacha» como solía llamarlo Erich, con mi mujer.

—Ya sé qué haré para vender más libros —dijo pensativa mientras movía sus piernas de un lado al otro—, pondré tu maravilloso y definido abdomen en la portada —me volví y la miré con expresión ladina.

—¿Me prostituirás, cielo? —me mofé y ella rio de buena gana—. ¿Es eso?

Cogió un bombón del bolsillo y lo devoró en pocos segundos. No me resistí y me acerqué para darle un beso. Anna succionó mi lengua con voracidad y en pocos segundos me hizo perder la cordura por completo.

—¡Papi! —gritó Antonella, y nos despabiló de aquel maravilloso momento.

Fui a la sala y les puse el canal de dibujos. Los acomodé en el sofá y les rogué que no se pelearan. Antes de cruzar la puerta, empezaron a discutir. Puse los ojos en blanco. Anna rio al ver mi mueca.

—Lizzy salió con Matt —me comentó y una extraña sensación me invadió—, tu medio hermano podría ser su media naranja.

Asentí con una sonrisa.

—Sé que te duele —afirmó, entristecida—, aunque no lo digas.

No sabía cómo definir lo que sentía por Matt, todo era tan extraño y misterioso. Mi padre

desapareció desde el día que lo vio por primera vez, pero su reacción, sus palabras quedaron flotando en el aire. Mis amigos y yo tratamos de averiguar el pasado, pero no había nada que nos indicara algo extraño.

—Lizzy podía ser feliz al fin, Marcello.

¿Con un espía profesional? ¿Con un sicario? Tenía mis dudas al respecto.

—Tal vez, cielo.

Tras limpiar los cubiertos, cogí una botella de cerveza de la nevera. Anna alargó los brazos, pidiéndome con aquel gesto un rico abrazo de oso panda. Puse la botella helada a su lado y me metí entre sus piernas. Capturé sus dulces labios y los saboreé con ardor desmedido.

—Cielo... —gemí en su boca—, hoy nada de dolor de cabeza —bromeé y le robé una risotada.

—¿De qué estás hablando, Willis? —se burló ella—, nunca tuve dolor de cabeza para ti, agente guapetón —me apretujó contra ella.

Nuestros hijos se acercaron con sus nuevas mascotas. Dos hámsteres muy simpáticos, regalo de Erich. Era una manera de enseñarles a tener responsabilidades. Me puse de espaldas, Anna me abrazó. Posó su cabeza sobre mi hombro, atenta al parloteo de nuestros pollitos.

—Mami —dijo Abril con su peculiar dulzura—. Marcello y Anna son hermosos.

Erich los bautizó con nuestros nombres, no comprendía muy bien por qué, hasta que empecé a observarlos y descubrí porqué. Eran muy unidos, amorosamente hablando.

—¿Cómo podéis diferenciaros? —inquirió Leticia, nuestra nana.

Matt alzó la cabeza y miró a Leticia con ojos brillantes.

—Anna es la obesa.

Anna soltó un gáñido de indignación y no pude evitar reírme de su reacción.

—No está obesa, solo es más peluda que Marcello —le afirmó mi pequeño mundo—. Hombres...

Giré el rostro y sonreí. Anna me sacó la lengua y no resistiéndome, le planté un beso en los labios apretados. Me mordió el labio inferior.

—¡Marcello la está atacando otra vez! —gritó Antonella, y todos posaron los ojos en los dos desvergonzados—. Nunca la deja en paz —se quejó mi princesa de los ojos verdes.

Anna rio de buena gana ante la inocencia de nuestros hijos. No pude evitar reírme con ella.

—Nunca... —susurró mi esposa en mi oído tras morderme el lóbulo.

Me volví y la besé.

—No veo que te quejes, cielo —me burlé y me gané un golpecito.

Anna miró a los hámsteres.

—¡Marcello! —soltó con voz gruñona—. Deja en paz a Anna, que le duele la cabeza —rio por lo bajo.

—Creo que Anna tiene calambres —me mofé y mi esposa me mordió el hombro con cierta violencia—. ¡Ay!

Nuestros hijos miraban concentrados la jaula.

—Oh, Marcello se quedó dormido —dijo Ian y Engel miró atento al animal—. Siempre se cansa después de pelear con Anna.

Mi esposa y yo reprimimos las risas. Leticia rio por lo bajo ante la ingenuidad de nuestros pollitos.

—Bien niños, dadle algo de comer a Anna —les dijo Anna, y la miré con expresión ladina—. Aún no está satisfecha —besó mi mejilla—. Es insaciable con respecto a Marcello —bisbiseó y me reí entre dientes—. No le des bombones —le reprendió a Matt—, dámelo a mí...



Me reí a carcajadas.

—¡Eres terrible, cielo!

Tras el show gratis, de aquellos obscenos hámsteres, los llevamos a sus habitaciones respectivas. Me despedí de mis hijos y luego de mis hijas. Anna y yo nos encontramos en el rellano tras cerrar las puertas.

—¿Qué te parece si hacemos una travesura, hámster Marcello? —me dijo Anna con su melodiosa y dulce voz de niña inocente—. Estaba pensando en la casita del árbol —me rodeó la cintura con los brazos—. Como en aquel 1998 —enarqué ambas cejas con expresión ladina, evocando nuestras siestas indecentes en su casita—. Apagaremos las luces del jardín para que tus hombres no perciban nada.

Le di un beso muy fogoso al tiempo que le apretujaba contra la pared. Sus pequeñas manos terminaron en mi trasero mientras mi miembro, erecto y duro, rozaba su abdomen.

—Muy buena idea, hámster Anna —le mascullé sobre los labios tras apretujarle las nalgas con lascivia—. Eres muy traviesa, cielo.

Nos dirigimos al jardín tras apagar las luces centrales. Avisé a mis hombres del cambio de luz. Atrapé a Anna entre los brazos y la llené de besos.

—¿Recuerdas cuando estábamos haciendo el amor en mi casita y papá nos llamó para merendar? —comentó Anna, entre risitas sarcásticas.

Cruzamos el jardín de manos dadas, riéndonos por lo bajo ante nuestros recuerdos fogosos.

—Dios, me asusté tanto que casi me caí de culo por la puertita —meneé la cabeza sin abandonar mi mueca socarrona—. ¿Te imaginas qué hubiera pasado si no lograba equilibrarme a tiempo?

Anna se dobló en una carcajada.

—¡Mi padre hubiera tenido un infarto al verte desnudo y con su inocente hija!

Hoy en día comprendía tan bien a mi suegro. Teníamos una hija adolescente y el peligro era constante con el novio guaperas que tenía.

—Bueno, primero te hubiera matado y luego sufrido un infarto —bromeó Anna, y me reí a carcajadas.

Nos subimos a la amplia casita de nuestros hijos. Me sentí culpable por unos segundos, hasta que...

—Necesito sentirte, Marcello.

Mi boca cubrió la suya y comencé a darle dulces mordiscos en el labio inferior. Luego seguí con el superior. Dios, ¡cómo amaba a mi mujer! Necesitaba tocarla, saborearla por todas partes.

—Anna Bellini...

Mis caricias se hicieron más frenéticas a medida que se intensificaba el ansia palpitante que sentía entre los muslos.

—Por favor, Marcello, te necesito dentro de mí —me susurró.

Anna gimió cuando le quité la camiseta. Bajé la cabeza, pero en lugar de succionarle los pezones erectos, rodeé las aureolas con la lengua, primero una, después la otra.

—No me atormentes —murmuró dándome un fuerte tirón de pelo para dejar claro su argumento—. No mires mi tripita saliente —rogó, ruborizada.

¡Amaba sus kilitos de más! ¿Qué parte no había comprendido aún en estos casi veinte años que nos conocíamos? Le di un azote cariñoso.

—Cada centímetro y cada gramo de tu metro cincuenta me vuelven loco, cielo.

—Metro cincuenta y dos —protestó.

—Ajá...

Me pellizcó y no puede evitar reírme. Dibujé un suave camino de besos por su vientre. Mi hormiguita metió la mano entre los dos y me frotó con firmeza la erección que forzaba mis pantalones de casa.

—Lo quiero dentro de mí, ¡ya! —exigió—. *Jetzt!* <sup>[11]</sup>—amaba cuando hablaba en alemán—, *Mist!* <sup>[12]</sup>

¡Era tan impaciente! Pero en lugar de obedecerla, lancé una risita y me apoderé sin más de su mano para apartarla de mi bragueta.

—Paciencia, cielo. Ten paciencia y te prometo que la espera merecerá la pena.

Abrió la boca para protestar cuando me apoderé de su otra mano y le sujeté las dos muñecas encima de la cabeza. Sus protestas murieron en mis labios cuando me acomodé mejor sobre ella, le aplasté suavemente los pechos con el torso y encajé mi erección contra su sexo.

—Esta vez quiero tocarte por todas partes —susurré antes de embestirle la lengua con la suya en un ritmo profundo—. Como en aquel 1998...

Cuando eres padre de seis lindos hijos, el tiempo es más que valioso. Tener un buen polvo... todo un desafío.

—Te deseo tanto, cielo.

Le solté las muñecas para deleitar sus senos, mis pastelitos. Anna metió de inmediato los dedos en mi pelo para apretarme contra ella. Sus piernas se entrelazaron con las mías mientras las manos me masajearon los músculos de la espalda y los hombros. Tenía la piel cálida, húmeda de sudor.

—Oh, sí —suspiró de placer cuando dibujé un camino de besos cálidos y húmedos por su vientre.

Le bajé los pantalones cortos y las bragas con un solo movimiento. Luego me deshice de mis ropas. Ni Flash hubiera sido tan veloz, tener seis hijos era una de las mejores escuelas para administrar el tiempo y la velocidad, dicho sea de paso.

—Oh, cielo.

Deslicé la boca hasta su parte íntima. Anna se estremeció cuando empecé a lamerle de arriba abajo con verdadera adoración.

—¿Tienes idea de lo mucho que me gusta sentirte en mi boca, cielo? —le susurré.

Enterré mi boca en ella con impaciencia, giraba y metía la lengua y le succionaba el sexo con los labios. Anna se corrió en cuestión de segundos.

—¡Ay! —solté cuando tiró de mi pelo con fuerza.

—Oh, lo siento mucho —jadeó.

—No pasa nada —me reí mientras le frotaba el vientre con la barbilla—. Lo tomaré como un cumplido, solo estabas intentando mantenerme ahí abajo.

Anna agitó la cabeza y se rio. Le sujeté con firmeza las caderas mientras le cubría de besos el vientre.

—Necesito sentirte, cielo.

Mi erección se fue abriendo camino por su sexo. Anna se arqueó hacia mí para absorberme más en su interior. Me rodeó con los brazos y las piernas y se arqueó para recibir cada una de mis embestidas.

—Te amo, Marcello —aumenté el ritmo de mis acometidas.

Anna soltó un gemido y se arqueó contra mi cuerpo a medida que el orgasmo se acercaba.

—Te amo, cielo —jadeé, entrando y saliendo cada vez con más celeridad de su cuerpo.

Apretó los músculos internos de su sexo alrededor de mi miembro cuando el orgasmo la

abrasó entera por segunda vez aquella noche. Me corrí en su interior segundos después. Anna me rodeó la cintura con las piernas mientras nos besábamos con pasión insana.

—¿Un segundo round, cielo? —le dije, a medida que mi miembro volvía a endurecerse.

Un ruido peculiar nos despabiló de aquella ensoñación mágica de golpe. Nos quedamos quietos por unos segundos. Un segundo chirrido confirmó nuestras sospechas.

—Oh oh —dijo mi hormiguita, con cara de espanto.

La casita se balanceó de un modo muy abrumador. Creo que nuestros movimientos salvajes desestabilizaron la base de la misma. Salimos como alma que lleva el diablo de allí, antes de que la casita se viniera abajo con los dos dentro. Me bajé primero para ayudarla. Ver su hermoso culito me volvió a encender.

—¡Marcello! —chilló y di un grito nada viril.

Anna se echó a reír.

—¡Cielo! ¿Te pasó algo? —le pregunté, atribulado.

Anna meneó la mano en un gesto desenfadado, restándole importancia a mi preocupación.

—No, solo quería decirte que estamos desnudos.

Anna se puso seria al instante. Abrimos de par en par los ojos ante aquella desnuda realidad. La atraje contra mi cuerpo de un tirón, temeroso porque mis hombres la estuvieran viendo a través del circuito cerrado. Quizá era tarde para ello.

—¡Allí! —me dijo—. Los cojines del sillón —me empujó con poca delicadeza.

Pisé un juguete y me resbalé de un modo muy patoso. Anna se desternilló.

—¡Lástima que no traje mi móvil! —se mofó, riendo.

—¡Malvada! —le grité muy al estilo de Gigo—. Mmmm.

Cogí las almohadas de los sillones de hierro del jardín tras levantarme del césped y nos cubrí a ambos con ellas. Sujeté la mano de Anna con una mano, y con la otra la almohada. Nos metimos en la casa en dos saltos.

—¡Anya está allí! —dijo Anna, exasperada cuando entramos en la sala de estar—. Nos verá, mi amor.

Nos escondimos tras el sofá a toda prisa con las respiraciones entrecortadas. Coloqué la almohada sobre mi regazo. Anna se sentó encima. Aquello me recordaba uno de nuestros momentos más tiernos y tórridos en su panadería, hacía casi veinte años atrás.

—He tenido un retraso —dijo mi hija, y casi me dio un paro cardíaco.

¿Qué?! Anna palideció ante lo que oía. Mi hija tenía un retraso, ¿seríamos abuelos antes del tiempo!

—Me va a dar un síncope, Anna —empecé a sudar frío—. Me duele el brazo izquierdo...

Anna ahuecó mi rostro entre las manos y me rogó con los ojos que me calmara, pero mi «*Tazmania*» interior estaba reventando toda la casa. Anya colgó tras unos minutos y subió a su cuarto como si nada. Anna y yo nos quedamos allí como dos estatuas. Tras el delicioso y peligroso frenesí de minutos atrás, aquella cruda y funesta noticia nos derrumbó por completo.

—Vamos a dormir, mi amor —me dijo Anna, con la cara descompuesta—, el segundo round lo dejamos para mañana.

La miré con desconcierto.

—Necesito relajarme, cielo —dicho esto, le hice el amor allí mismo, tras el sofá.

Al día siguiente, a primera hora, hablé con nuestra hija.

—Hija, ¿tienes algo que contarnos?

—No, papá —me dijo como si tal.

Una mueca de estupor se estampó en mi cara.

—Te hemos escuchado anoche, hija —solté a bocajarro.

Anya me miró confundida.

—Ah, ¿sí?

—¡Tienes un retraso! —grité.

Mi hija me fulminó con los ojos y luego me enterró vivo, mentalmente. Despotricó en alemán, en inglés, en italiano, en español y en mandarín. Era poliglota, por cierto.

—¡Hablaba de un trabajo práctico! ¡No de otra cosa!

Me ruboricé como un tomate mientras Anna me lanzaba una mirada socarrona. ¡Qué falta de empatía! ¡Por el amor de Dios!

En ese lapso, Abril me dijo que también se retrasó ayer y que podía estar embarazada. Me rasqué la cabeza, la nuca, el cuello y el antebrazo. Ahora tenía dos problemas para resolver.

—Te lo dije —me dijo Anna, y rio por lo bajo.

Le di un golpecito en la nalga derecha.

—Ay —soltó y dio un respingo—. Gabriel y Azrael ya están arreglando la casita del árbol —me guiñó el ojo—. Estará lista para el fin de semana —sonrió con picardía mientras se sentaba al lado de nuestras mellizas y les explicaba acerca del retraso de Abril.

—Anya —dije atribulado, pero mi hija me ignoró por completo tras insultarme en ruso—. ¡Más respeto!

Anya no me dirigió la palabra por una semana.

—Marcello, la casita está lista y mucho más firme que antes —me dijo Anna, en un tono muy sensual.

La cogí de la mano y la llevé a la casita para relajarme un poco.

—¡Marcello! —gritó mi mujer tras el segundo orgasmo—, eres... eres... increíble...



Nos reunimos con todos los amigos en casa para ver el primer partido de Alemania en el mundial Rusia 2018. Estábamos muy animados, ya que defendíamos el título.

—¡Hoy empieza el mundial para Alemania! —chilló Erich, el macho alfa del grupo—. ¡Jaaa!

Nico y Paula aparecieron con sus hijos, entre ellos, el novio de mi hija.

—Hola —saludaron.

—Hola —saludó Anya a Nick con un beso en la boca—, mi amor.

«Maledetto» salió mi lado italiano a flote.

El partido entre México y Alemania prometía grandes emociones. Era el primer partido de ambos países en el mundial. Peter trajo varias cajas de cerveza y Erich unas gorras bastante llamativas con los colores de nuestra selección. Anna y Gigo preparaban algunos bocadillos mientras nuestros hijos desordenaban la casa y nuestra tranquilidad. Las niñas jugaban con serenidad, pero los niños...

—¡Marcus! —gritó Erich.

—¡José! —chilló Peter.

—¡Ian, Engel, Matt! —troné yo.

Jonás y Valentina llegaron media hora antes del partido, justo cuando Alexis llegó con varios sombreros mexicanos entre las manos.

—¿Hinchas a favor de México? —preguntó Gigo, algo sorprendido.

Todos observamos con asombro los sombreros muy parecidos a los que usaban los mariachis.

—¡Es el país de Soraya Montenegro! —lo miramos como si acabara de decirnos que se casaría con una mujer y no con un hombre—. ¡Orale, malditos marginales!

Valentina y Jonás rieron de buena gana al oírlo. Supuse que era algún chiste mexicano o algo similar. El vikingo incluso lo abrazó y el pobre Alexis casi perdió el conocimiento.

—Si gana México me pondré uno de los sombreros, beberé la cerveza Corona y comeré burritos —dijo Erich con determinación—. Incluyendo nachos y tacos.

Lo miramos como si acabara de decir que era mexicano y no alemán.

—Eso sueles comer siempre —comentó Peter, con sorna—, y te encanta la cerveza Corona. Erich se puso pensativo.

—Tienes razón, compadre —dijo con sorna.

Preferimos no comentar, ya que México era un equipo bastante bueno y la maldición de los últimos campeones siempre terminaba mal. Pasó con España, Francia, Brasil e Italia los últimos mundiales.

—Ojalá eliminen a Suecia —corroboró Anna—. ¡Vendetta! —chilló y Gigo gritó con ella—. ¡Ha eliminado a mi Italia! ¡Merece el mismo destino!

Tampoco opinamos al respecto. Suecia o cualquier país que participara en este mundial merecía nuestro respeto. Los alemanes nunca menospreciábamos a nadie.

«Ya no».

—¡Alemania! —gritaban nuestros hijos a viva voz por toda la casa—. ¡Alemania!

Nos pasábamos corriendo tras ellos, aquella tarde éramos como Speedy González. Valentina preparó unas tapas y Anna unos crossinis. En ese lapso, Thomas y Stefan llegaron con sus respectivas familias.

—Paraguay no participa, así que somos Alemania en este mundial —dijo Perlita—. ¡Viva México! —Stefan la fulminó con la mirada—, ¿qué?

Perla hinchaba por todos los países americanos.

—En el mundial pasado nos conocimos, amor —adujo Aramí—. Ojalá se repitiera aquella final indeleble.

Thomas la besó.

—Ojalá, mi vida.

Nuestros hijos gritaban cada vez con más furor. Era como estar en una cancha.

—¡El partido ha comenzado! —gritó Erich, y todos fuimos a la sala de estar.

México jugaba con mucha garra, mientras Alemania apenas atacaba. En el minuto 35 los mexicanos marcaron un tanto y todos soltamos un alarido de indignación.

—¡México! —chilló Perlita.

Stefan la miró con estupor.

—¡No mames! —exclamó él.

Perlita se sentó en su regazo y le miró con socarronería.

—No te quejaste por la mañana cuando lo hice, amor.

Aramí y Alejandra le lanzaron unos cojines.

—¡Takuchila! —dijeron a coro.

Desvergonzada en guaraní sonaba tan jocoso.

—¡Nooo! —chilló Erich, cuando México casi marcó otro tanto.

Aquella selección alemana no era ni la sombra de lo que fue en el mundial anterior. Jonás y Peter estaban por comerse todas las uñas mientras yo presentía lo peor.

—Pero ¿por qué Löw no hace cambios? —protestó Erich—. ¿Qué mierda está esperando?

Jonás se levantó y soltó un taco que nuestros hijos repitieron a voz en cuello. Todos le fulminamos con la mirada. El vikingo se disculpó y tras ello, soltó otro taco cuando Alemania perdió una posibilidad clara de gol. Los niños saltaban a su alrededor repitiendo aquella palabrota entre risitas.

—¡Caja de espinaca! —gritó Peter, y los niños volvieron a repetir el taco de Jonás—. ¡Cerebro de patata! ¡Piernas de zanahorias!

Mi amigo tenía unos insultos muy sanos.

—¡Pies de repollo! —chillaron Thomas y Stefan.

¿Era el mundial o Master Chef? Me preguntaba si aquellos jugadores alemanes sabían marcar un gol. ¿Qué le pasaba a Müller? ¿Era un atacante o un simple espectador?

Alemania tuvo varias oportunidades en el segundo tiempo, pero el gol nunca llegó. Todos nos quedamos muy tristes, menos Alexis, que hacía un vídeo para su amiga mexicana, Paloma.

—¡Viva México!

Anna y Gigo gritaron tras él, mi mujer y su mejor amigo habían bebido unas cuantas botellas de cerveza Corona. Erich cumplió su promesa y se puso el sombrero mexicano. Jonás y Peter también se pusieron los sombreros. Decidí seguirles el juego y me puse uno. Erich buscó la canción «El rey» en su móvil y la colocó a todo volumen para que la canturreáramos.

—Yo se bien que estoy afuera, pero el día que yo me muera —canturreamos con unas botellas de Corona entre las manos—, sé que tendrás que llorar —Stefan y Thomas reían a mandíbula batiente—, llorar y llorar —simulamos que llorábamos—, llorar y llorar...

Para completar el funesto día, las chicas prepararon tacos y Burritos.

—Burritos —murmuró Erich—, nuevo apodo de los jugadores alemanes en este mundial —cogió uno—, ¡que han olvidado cómo se juega!

—¡Viva México! —gritaron nuestros hijos—. ¡Viva!

Levantamos las botellas de cerveza Corona a lo alto y soltamos a coro:

—¡Viva!



## Anna - El destino y sus casualidades

Viajamos a Berlín para la boda de uno de los agentes de Marcello. Mi apetecible marido me dejó en el hotel mientras él se reunía con sus socios en la agencia que habían fundado en la capital alemana. Me estaba duchando cuando tocaron la puerta. Era Gigo.

—Anna. Anna. Anna —últimamente imitaba a nuestro personaje de comedia favorita, Sheldon Cooper—. Anna. Anna. Anna.

Me puse e albornoz tras secarme y me acerqué a la puerta. Solté un taco cuando mi pie se encontró de frente con la pata de una silla. Siempre me pasaba en los lugares que apenas conocía. Abrí la puerta tras invocar al diablo y todos sus demonios.

—¡Hola! —saludó mi amigo, con su peculiar alegría «Bob Esponja»—. ¿Hacemos compras en el centro, Hormiguita?

Se desplomó en la cama de espaldas.

—Me visto y nos vamos, Gigo.

Soltó un gritito muy gay cuando vio el bóxer de mi marido sobre la almohada. Fui a por él, pero Gigo fue más veloz.

—Marcello —dijo al tiempo que lo ponía sobre la cara y lo deslizaba emitiendo unos gemidos nada viriles—. Eres tan afortunada —frotó la ropa íntima de mi marido por todo su cuerpo—. Dios, tu esposo me enloquece.

Cogí el bóxer y lo puse en la maleta de Marcello refunfuñando palabras ininteligibles. Una mezcla de italiano y alemán.

—Eres terrible, Gigo María.

Me sacó la lengua.

—No importa —hizo una mueca muy chistosa—. Ya vi el contenido...

El otro día, Gigo entró en nuestro cuarto sin anunciarse. Mi marido estaba completamente desnudo mientras conversaba con Erich por teléfono. Gigo soltó un gritito justo cuando yo salía del cuarto de baño. Tras ello, se desmayó como una damisela en apuros. Nunca pensé reírme tanto.

—No sé qué me pasa con los penes, Anna —dijo con sorna, arrancándome de mi trance de golpe—. Veo uno que no sea de mi novio y simplemente me desmayo, sea del tamaño que sea.

La canción de Amy Winehouse «*Rehab*» empezó a sonar en su móvil. Era su novio. Aproveché el momento para vestirme. Cogí unos vaqueros ajustados negros y una blusa roja estilo medieval. Lo de siempre.

—Lista —le dije—. Espera —me puse las gafas de sol.

Mi amigo se arregló la camiseta con un deje muy sospechoso. Lo conocía tan bien. Enarqué la ceja en un gesto de incredulidad y asombro.

—Gigo... —le alargué la mano—. Sé que lo tienes en tu bolso falsificado de Dolce Gabbana —abrí y cerré la palma.

Gigo resopló indignado al tiempo que me devolvía la ropa interior de mi marido, no sin lamerlo antes. ¡Era tan indecente! Olisqueé la ropa íntima de mi marido con ojos soñadores. Aún tenía su olorcito peculiar.

Supiros.

Jadeos.

Resoplidos.

—Valentina es mucho más generosa que tú —comentó tras salir del cuarto—. Me regaló uno de las ropas íntimas de su delicioso vikingo sin rechistar —tranqué la puerta tras el tercer intento con la maldita tarjeta magnética.

—Ya tienes más de cinco ropas íntimas de mi amor, Gigo.

Subimos al ascensor y pulsé el botón correspondiente. Gigo me dijo que era un cleptó-tichista (Cleptómano/fetichista) y que las ropas íntimas robadas le excitaban más de la cuenta. Nos dirigimos a la estación de tren como dos novios enamorados, al menos ante las personas que se cruzaban con nosotros. Por mi problema de vista, siempre iba de la mano con Marcello y Gigo, con los únicos que me animaba a salir sin miedo a nada.

—Necesitas terapia anti-ropa íntima, Gigo.

Tomamos asiento en el tren.

—Eres un takuchilo,<sup>[13]</sup> como dice Alejandra —me mofé.

Gigo chasqueó la lengua de un modo muy cómico, robándose la atención de una anciana que nos miraba con expresión confusa. Mi amigo sonrió y supe al instante que haría de las suyas. Tocó mi teta con sensualidad y se reclinó a la altura de mi boca.

—Muero por implantarme unas tetitas como las tuyas, Anna.

La mujer se levantó y nos lanzó una mirada que rayaba la indignación y el espanto.

—*Schamlos* —nos dijo, enfadada.

—Desvergonzada tú —le dijo Gigo, en italiano.

Mi móvil timbró. Era Marcello.

—Hola, cielo —me saludó—. Te echo mucho en falta.

En el fondo, Erich y Peter hablaban animadamente sobre fútbol. Mi alemán era malo, pero ya lograba entender a esos dos, que hablaban muy rápido, por cierto.

—Igual yo —le dije con cara de adolescente enamorada—. Y yo —acotó mi entrometido amigo.

Me imaginé a mi marido haciendo una de sus muecas divertidas cuando se trataba de Gigo, y sus eternos piropos.

—Uhm —ronroneó, tras reírse.

Me comentó que a las tres de la tarde estaría libre y que pasaría a por nosotros para almorzar.

—Te amo, cielo.

—Te amo.

Colgué con un mohín triste.

—Llegamos —anunció Gigo.

Nos apeamos del tren y nos dirigimos al centro comercial. Recorrimos varios puntos turísticos de paso. Mi amigo alquiló una carroza con bicicleta para apreciar mejor ciertos lugares.

—Qué vergüenza... —musité.

Gigo piropeaba a todos, incluso a los ancianos. ¡Era un payaso! A su lado nunca podía estar seria, nunca.

—Allí —le indiqué al ver la tienda de ropas que buscábamos.

Entramos y fuimos directo a la sección de hombres. Gigo no tenía un traje decente, le dijo su novio ayer.

—Me dijo que le parecía a Liza Minnelli —retrucó, zaherido—. Eso que no vio mi vestido a la Lady Gaga que pensaba usar si me dejara hacerlo, claro —nos echamos a reír mientras



buscábamos el traje ideal.

En ese lapso, vi a un hombre muy familiar a lo lejos. Me puse de puntillas para confirmar mis sospechas, pero lo perdí de vista.

—¿Buscas a alguien, Pulgarcito?

Le di un golpecito en el brazo con cariño.

—Creo que te has equivocado de historia, Gigo —me mofé al referirme a Valentina, mi amiga española—. Además, mido dos centímetros más que ella —le dije, orgullosa.

—Ajá —me dijo con sorna y le di un suave empujón.

Gigo cogió tres pares de traje mientras yo intercambiaba unos SMS melosos con mi marido. Me hice una selfie con Gigo incluido de fondo haciendo muecas sensuales. Marcello me envió otro, sonriendo ampliamente con Erich de fondo. Bueno, cada quien tenía su karma.

—Anna —me llamó Gigo con cierta impaciencia desde el cambiador—. ¿Cómo me veo? ¿Formal? ¿Aburrido? ¿Muy hetero? ¿Más falso que un billete de quince euros?

Quise decirle que se veía muy formal, pero hetero, eso sería mentir. Mi expresión socarrona le robó una risotada. Salió del vestidor y me dio un empujón. Perdí el equilibrio. Me sujeté por la cortina del vestidor contiguo, que se vino abajo conmigo. Me caí de espaldas.

—¡Anna! —gritó Gigo, exasperado.

Abrí los ojos de par en par al ver a mi ex completamente desnudo en el cambiador que desmantelé con mi derrumbe.

«Oh oh».

—¡Alex! —grité, en un acto reflejo.

—¡Anna! —exclamó Alex, ruborizado hasta el alma.

Se cubrió el miembro a toda prisa, pero no lo suficiente para evitar que lo viera. Mi amigo se acercó, me miró y luego miró a Alex.

—Madre mía —consiguió articular, antes de perder la consciencia.

Entrecerré los ojos tras memorizar su cuerpo desnudo, que nunca había visto cuando éramos novios. En aquel entonces, era algo mojigata o azarada, no estaba muy segura al respecto. Se puso la ropa lo más rápido que pudo y me ayudó a levantarme del piso tras ello. Me dijo que podía abrir los ojos.

—Lo siento, Alex.

Su torso desnudo y musculoso me dejó sin aliento. Ahora llevaba barba y poca ropa, muy poca. Estaba más bronceado y maduro que en el pasado.

—Alex, qué bochorno.

Llevaba tiempo sin verlo, desde el cumpleaños de Nico, su mejor amigo.

—¿Te encuentras bien, cielo? —me preguntó al tiempo que me sostenía la mano con su peculiar dulzura.

Continuaba dulce y atento como en el pasado. Gigo se recuperó tras unos segundos.

—¿Te encuentras bien, Gigo? —le pregunté, sin apartar mi mano de la de Alex.

Gigo asintió al tiempo que abrió de par en par los ojos. Supuse que era por el cuerpo, apenas cubierto por un bóxer, de mi ex. Mi amigo se aclaró la garganta algo incómodo.

—Lo siento, Anna —se disculpó Alex, tras apartarse de mí.

Gigo lo inspeccionó de pies a cabeza mientras se ponía los pantalones vaqueros. Mi amigo le sacó una foto con discreción, a pesar de mi reprimenda visual.

«Trágame tierra y escúpeme en alguna dimensión lejana y fría».

Nos despedimos de Alex en la acera, tras salir de la tienda. Gigo se compró un traje muy decente y nada llamativo.

—Adiós, Anna —me dio dos besos—. Siempre es un placer verte.

Alex me miró con mucha dulzura y tristeza. ¿Qué tenía? ¿Por qué estaba tan triste? ¿Acaso no era feliz con su nueva esposa? Me tocó la mejilla con la mano y me estremecí de pies a cabeza.

—Adiós, Alex —le dije al fin.

Alex se volvió y se dirigió hasta su coche. Gigo me invitó a un café mientras nos alejábamos de Alex. Mi amigo se volvió en un acto reflejo y soltó un gemido al girar de nuevo. La discreción nunca fue su punto fuerte.

—¡Sigue enamorado de ti!

Me tropecé con los pies y casi me derrumbé en el suelo. Algunas cosas siempre me superaban.

—Gigo...

Le pedí que no comentara nada enfrente de mi marido.

—¡No soy Judas! —dijo unas piruetas nada masculinas.

Se detuvo y abrió la cremallera de su bolso de marca falsificada. Siempre me decía que no sería capaz de gastar tanto dinero por un bolso, pudiendo comprarse la imitación por tan poco.

—¡Mira! —exclamó y me enseñó un bóxer—. ¿Adivina de quién es?

Abrí los ojos y la boca en un círculo perfecto de asombro. ¡Mi amigo necesitaba de un terapeuta para superar su cleptó-tiche!

—¿Cómo? —las palabras se me atoraron en la garganta.

Gigo me dijo que era más rápido que el Correcaminos.

—¿Quieres olfatearlo? —lo lamió—. ¡Es enorme!

Evoqué de manera involuntaria la imagen de Alex desnudo. Meneé la cabeza y espanté aquel pensamiento infiel de mi mente.

—Gigo...

—Huele tan rico...

—Gigo...

El muy condenado lo puso en mi cara y le quise asesinar.

—¡Gigo!

Río de buena gana. ¡Era incorregible! Para completar nuestro día, Alex y su mujer entraron en el mismo café. Se sentaron en la mesa contigua. Alex esbozó una sonrisa al verme. Su esposa se dio la vuelta y me dedicó una sonrisa afable.

—Anna —susurró Gigo—, la chica es idéntica a ti —repuso, asombrado.

Alex y yo nos miramos por varios segundos. La canción «*Ohne dich*» <sup>[14]</sup>de Rammstein empezó a sonar en el lugar.

—Muy apropiado —musitó Gigo.

El camarero se acercó minutos después y posó una taza generosa de chocolate y unas galletas en forma de corazón.

—Cortesía de la casa —me dijo, pero yo sabía que no era así.

Levanté la taza a modo de reverencia y Alex sonrió.

—Aún te ama —masculló Gigo, con lágrimas en los ojos—, más de lo que supones.

Alex siempre sería especial para mí, siempre.

—Hay amores eternos, Anna.

Bajé la mirada y sonreí.

—Sí, Gigo.

Y entonces mi móvil timbró, era mi marido.

«Eres mi todo» decía el mensaje de Marcello.



## Matt - El abismo de Lizzy

Observaba con mucha atención las fotos de Lizzy, las que le había tomado días atrás en la casa de mi hermano. En algunas sonreía, en otras parecía estar ensimismada en algo. Cada vez que Engel se acercaba a ella, sus ojos brillaban con fulgor. Aquel niño era especial, y no solo por su extraña inteligencia, sino por su don de curar las almas con tan solo tocarlas. Un suspiro se me escapó de lo más hondo de mi ser, lapso en que tocaron el timbre. Me levanté pesadamente del sofá y me acerqué a la puerta consciente de quién estaba al otro lado. Al abrirla, esboqué una amplia sonrisa.

—¡Chelito! —le dije con entusiasmo—, ¡hermano!

Nos estrechamos con mucho afecto tras muchos meses sin vernos. Mi hermano gemelo había cambiado bastante su apariencia, ahora tenía el pelo rapado y la barba algo prominente.

—Adelante.

Para todos, en especial para Zeus, Chelito había muerto en un accidente de tráfico años atrás tras cumplir una misión: descubrir quién era la hija de Zeus.

—¿Tienes cerveza, Matt?

Asentí con la cabeza antes de dirigirme a la cocina. Chelito me siguió y me comentó algo que me dejó helado.

—Lizzy no tiene una hermana —lo miré con atención—, sino una gemela.

Su afirmación me dejó completamente anonadado.

—Aparentemente, la madre la abandonó al creer que no sobreviviría y huyó con el padre de ambas a Alemania.

Lizzy vivía atormentada por el recuerdo de su madre, el otro día, cerca de una iglesia, vio a una mujer parecida a su abuela y soltó un grito de terror. La estreché con mucha fuerza para calmarla, pero ella me mordió y salió corriendo. La seguí mientras una fuerte lluvia empezaba a caer. Ella se detuvo en medio del bosque y se desnudó completamente. Me quedé inmóvil, mirándola con asombro más que con embeleso. Lizzy cogió un tallo y empezó a autoflagelarse mientras rezaba el Padre Nuestro con cierta desesperación. Cuando me acerqué, la cubrí con mi chaqueta y la levanté del suelo como pude. Ella no protestó, no dijo nada, solo rezó.

—Matt —me dijo mi hermano en tono preocupado—, ¿esa chica te gusta?

Levanté la vista y sin emitir una sola palabra, él dedujo cuál era la respuesta. Nunca había sentido algo, remotamente, parecido por una mujer antes.

—Quiero que seas consciente de que ella no está del todo bien —me dijo con cautela—, que tiene un problema psicológico muy grave y que puede ser...

—Incurable —completé con el corazón encogido—, no pienso desistir de ella, Chelito —le dije con firmeza—, y aunque esté muy mal, la cuidaré como ella lo hizo conmigo.

Mi hermano gemelo me miró con mucha admiración y cierta curiosidad. A veces me daba miedo su manera de ser, su manera de pensar y actuar. A veces, me daba la sensación de que no era del todo humano.

—Conocí a Anna Bellini —solté de repente y un brillo peculiar iluminó sus ojos—, es como la describiste.

Chelito la conoció en el pasado cuando era adolescente y desde entonces, quedó completamente embujado por ella.

—¿Sigue tan hermosa como en el pasado?

Asentí y sonreí. Anna me caía muy bien, era amable, dócil, atenta y simpática, muy simpática.

—¿Y él?

Chelito nunca mencionaba a nuestro medio hermano, nunca pronunciaba su nombre siquiera.

—Es inquietantemente parecido a nosotros —le dije, aturdido—, no como suelen ser los hermanos entre sí —le aclaré mientras le alargaba la cerveza—, sino como un hermano gemelo más, pero con cuatro años de diferencia.

Chelito y yo llevábamos años buscando a nuestro tío, el hombre que trabajaba para Zeus hacía años. Justamente, nuestro mayor enemigo en la agencia donde trabajábamos desde los dieciocho años por obra de nuestro tío. Un día, aparecieron en nuestra casa y nos entregaron una dirección. Cuando fuimos al sitio, un hombre llamado Eros Vialli nos recibió y nos dijo que era hora de encontrar nuestros destinos.

—Tú sabes lo que eso puede significar, ¿no?

Ambos sabíamos muy bien lo que hacía nuestro tío, lo que en verdad hacía en su clínica de reproducción asistida en Frankfurt.

—Debemos investigar el origen de Marcello —me dijo con voz misteriosa—, porque allí se encuentra el nuestro, Matt.



## Marcello - ¿Niñeros o agentes?

Sábado, día de «mundial y cervezas» pensé al levantarme aquel espléndido día. Para completar mi alegría, Anna y yo hicimos el amor como dos conejitos en celo, ¡dos orgasmos en menos de una hora! Andaba insaciable, supuse que era el resultado de los duros entrenamientos en la agencia estos últimos meses, al mando de nuestro capitán: Jonás Müller. Cuanto más ejercicio hacía, más energía tenía.

—Te amo, cielo —le dije a mi mujer antes de besarla como si fuera el último día de nuestras vidas.

—Y yo a ti, agente guapetón.

Aquel fin de semana descansaría como nunca con mi hormiguita y mis pollitos. Sin embargo, mi esposa y sus amigas tenían otros planes.

—Hoy tenemos reunión con las chicas, ¿lo has olvidado, mi amor?

Puse cara de asombro y grité para mis adentros con todas mis fuerzas.

—¡Hoy juega Alemania contra Corea del sur! —protestó Erich.

Anna se pasaba crema hidratante con unos movimientos muy sensuales. Cada vez que se agachaba, yo hacía lo mismo. Aquel cuerpecito de metro y medio me tenía embobado. Sus rollitos, sus lunares y sus imperfecciones, como solía decir ella, me tenían hechizados.

—Lo has olvidado, ¿no, mi amor?

«¿De qué estás hablando, Willis?» quise decirle, pero preferí seguir admirándola desde la cama.

Se vistió en dos minutos.

«Scheiße». Me levanté y la estreché entre mis brazos.

—Ajá, cielo —manoseé su trasero.

Dibujé su cuello con los labios sin detenerme en mis caricias atrevidas. Ella soltó un gemido de placer. La giré y tracé un camino de besos en su hombro.

—Marcello, eres insaciable.

—Lo soy —besé su nuca—. Lo soy, cielo.

Se apartó de golpe y me dejó allí, abandonado, sin piedad y con una dolorosa erección entre las piernas. Los rayos del sol se desparramaron sobre el piso cuando abrió las ventanas. Me miró a través de las gafas oscuras.

—El sol podía ser menos implacable con mis ojos —bromeó con un mohín.

Me aproximé y la estreché con fuerza.

—Lo siento, cielo.

—Ahora entiendo mejor a los vampiros de Crepúsculo —me dijo y la miré algo desorientado.

—No hablemos de esa saga —le rogué—, Erich no está y no tiene sentido mencionarla —mi cuñado odiaba aquella saga con todas sus fuerzas.

Y a mí me encantaba poder fastidiarlo.

—El sol es muy malo, Marcello.

El sol era su peor enemigo, y su tristeza la mía. Le di un dulce beso en los labios ligeramente apretados.

—¡A desayunar! —exclamó y huyó de mis pretensiones.

Me quedé mirándola desde mi sitio, con adoración, con amor y con una erección a punto de estallar entre las piernas.

—Marcello —me dijo y vino junto a mí para serenarme—. ¿Pensaste que te abandonarías, mi amor?

Tras hacer el amor sobre la taza, nos duchamos y nos vestimos en un minuto. Bajamos a la cocina, donde el barullo era casi celestial.

—¡Ian! —chilló Antonella—. ¡Devuélveme mi muñeca!

—¡Devuélveme mi coche!

—¡No!

Leticia preparaba sus cuencos respectivos de cereales con una calma envidiable. Anna y yo los observábamos desde el umbral algo boquiabiertos. Engel era el único que se mantenía quieto en la mesa.

—¡Matt! —gritó Abril, y empezó a corretear tras su hermano—. ¡Ese chocolate es mío!

—¡Ahora es mío!

—¡Antonella! —tronó Ian, que comenzó a correr tras ella—. ¡Ese es mi cuenco!

¿Dije celestial? Algo no andaba bien en mi diccionario. En ese lapso, llegaron Erich, Peter y Jonás a la casa con sus respectivas esposas e hijos. El cielo cayó bajo nuestros pies ante tanto alboroto. Nos saludamos mientras nuestros hijos gritaban eufóricos, como si llevaran años sin verse. Jonás y Peter sostenían a sus pequeños hijos: Walter y María, escrutando con asombro a los niños. Erich y yo seguimos sus enfoques. Éramos los conejos del clan, aunque, Peter será padre de trillizos dentro de unos meses y Erich de gemelos. Mi cuñado podrá competir conmigo, el procreador número uno del clan. Jonás y Valentina estaban pensando en adoptar unos niños. Al ver su expresión, supuse que lo pensaría unas diez veces más antes de tomar cualquier decisión.

—¡La *Tarantella*! <sup>[15]</sup> —exclamó Matt, y colocó su canción favorita en la radio en forma de Minions.

Mis hijos amaban su segunda tierra, en especial Matt.

—Lástima que Italia no está en el mundial —dije, abatido.

Marcus, el más alemán de todos, empezó a bailar con Antonella. Los observamos con cara de Bob Esponja enamorado. ¡Estábamos locos por nuestros hijos! Empezamos a aplaudir al compás de la simpática canción italiana, que solía tocar en mi cabeza cada vez que me metía en algún lío con mis amigos. Antes éramos un trío, ahora, con la llegada de Jonás, éramos el cuarteto fantástico, o, mejor dicho, desastroso.

—¡Alemania está fuera del mundial! —gritó Ian, mi hijo.

Y todos empezaron a llorar, incluso nosotros. Corrimos hacia la sala y escrutamos estupefactos el resultado.

—Alemania está eliminada —dijo Jonás, incrédulo—, eliminada...

—No me lo puedo creer —musité con las manos en la cabeza.

—Fuera —dijo Peter, boquiabierto—, es el karma, gente.

—Rusia —dijimos todos y no agregamos nada más.

Fuimos campeones en el último mundial y ahora ni siquiera pasamos a la segunda fase. ¡Qué vergüenza! Al menos fueron, mi segundo país... ni eso.

—Quiero comer macarrones —soltó Erich, tras besar a su hija Mia—. Estos antojos me matarán —apretujó su tripa plana—, te amo —lo miramos con estupor—, pero el destino nos separará dentro de poco —soltó un gemido de lamento—, pancita plana, nos vemos en el más allá.

¿Hablabas con su tripa? Jonás lo miró con expresión divertida.

—Con o sin embarazo, siempre tienes antojos, Erich —comentó tras arreglarse su larga y salvaje melena—. Come lo que quieras y el resto deja en mis manos —levantó y bajó las cejas bien perfiladas de un modo muy jocoso—, seré implacable contigo, rubio.

Erich le miró con expresión seria.

—No sé de qué estás hablando, Jonás.

Además de los antojos, andaba muy, pero muy sensible. Se enfadaba o lloraba por cualquier cosa y me encantaba poder ayudar en el asunto. ¡Fastidiarlo era la leche!

—¿Te cuento un chiste?

Jonás puso los ojos en blanco.

—Ya empezamos.

Erich rio por lo bajo.

—Un vikingo rubio aparcó su moto en la arena, muy cerca del mar —empezó a decir—, un joven le dijo que la marea podía llevar la moto —Jonás puso los ojos en blanco—, y el vikingo rubio le dijo: ¡no seas tonto! ¡Yo tengo las llaves!

Nos echamos a reír, más por la mueca de Jonás que por el chiste.

—Habla con mi mano, Erich.

Nuestras esposas nos dejaron un montón de instrucciones, ya que Leticia iría con ellas.

—¡¿Qué?! —chillamos los cuatro con cara de espanto—. ¡Nooo! ¡Leticia, ten piedad de nosotros!

Quise arrodillarme frente a Leticia, y rogarle que no nos abandonara, pero me contuve, a duras penas, valga la aclaración.

Anna me entregó un papel con todos los horarios e instrucciones varias. En ese preciso instante, el himno nacional de Italia empezó a sonar en la radio como fondo musical de aquel momento en que no mandaba ni por mis pelotas. Observé a mi pequeña mujer, que mal me llegaba a los pechos con ojos inquisitivos.

—¿Has entendido, mi amor?

«No».

—Sí, cielo.

Italia 1 – 0 Alemania.

—Te amo, mi amor —besó con descaro mis labios—. De noche seré tu esclava sexual —masculló sin abandonar mi boca.

Italia 2 – 0 Alemania.

—Te amo, vikingo —le dijo Valentina, con ternura—. Nos vemos más tarde.

Jonás la besó con ardor desmedido, su mujer, al igual que la mía, le tenía de las pelotas, o de la barba, en su caso. Sarah se acercó a Erich con su tripa ligeramente abultada.

—Te amo, mi rubio insaciable.

Puse los ojos en blanco.

—Y yo a ti, mi gatita glotona.

Repetí mi gesto. ¡Eran unos indecentes! Alejandra acarició la mejilla de Peter, y le dijo algo muy meloso en su lengua, la cara de idiota de mi amigo lo delataba. Estaba tan enamorado de su mujer que mal podía ocultarlo.

«Igual que tú» me dije y sonreí.





Nuestras mujeres nos abandonaron a nuestra suerte sin piedad ni remordimiento. Apagaron sus móviles, lo supimos cuando intentamos enviarles un audio. Nadie comentó el asunto.

—No puede ser tan difícil —nos dijo Jonás, que tenía un solo hijo—. Tomaré como previa a los hijos que tendremos con mi Pulgarcito.

La composición «*Four season*» de Vivaldi empezó a sonar en la casa, era la favorita de Engel. Coloqué el papel con las instrucciones sobre la mesa de mármol de la encimera, donde Erich puso un vaso de leche. Peter derrumbó el vaso, Jonás intentó secar el papel. Grité al compás de la magistral obra de Vivaldi.

—Oh oh —dijimos los cuatro, mirando con atención el papel hecho jirones—. No lo necesitamos —dijimos sin mucha convicción.

Gritos.

Gritos.

Más gritos reinaban en la casa.

—¿Quieres ser padre por un día de nuestros hijos? —le dije con una expresión diabólica—. Muy bien, vikingo —mis cuernos imaginarios aparecieron en complicidad con los de Peter y Erich.

—Muy bien —dijeron ambos.

Erich puso la canción «Cuban Pete» y empezamos a bailarla alrededor de la mesa. Jonás nos miró con perplejidad. No estábamos muy bien de la cabeza, claro estaba.

—Jonás quiere aprender a ser un buen padre —lanzó Erich, y todos posamos las miradas en el duro vikingo—. ¿No?

Jonás asintió con una expresión bastante desafiante.

—Esto no es nada para alguien que ha capturado criminales rusos, colombianos, italianos y árabes —dijo con altivez al tiempo que observaba a los niños con ojos críticos, como si fueran agentes y no niños—. Esto no puede ser tan complicado —acotó el mejor agente de todos los tiempos—. Os demostraré cómo se hace...

Tomamos aquello como un reto e incluso hicimos una apuesta. Un viaje a Disney con todos los niños, donde él sería el niño, caso la perdiera. Nosotros pagaríamos su viaje, en caso de que ganara la apuesta.

—Hecho —nos dijo el grandullón—. Siempre quise volver a Disney.

La canción «*The lion sleeps tonight*» sonaba en la pequeña radio de mis hijos. Ellos gritaron al oírla.

—Suerte, vikingo —le dedicamos el saludo militar.

Nos pusimos a preparar el almuerzo: «macarrones a la carbonara» mientras él se encargaba de nuestros dulces e inocentes hijos. Erich pelaba los tomates canturreando la melodía de aquella simpática canción, yo puse los macarrones en la olla con agua hirviendo y Peter nos servía algo de tereré.

—¡Ian! —gritó Jonás, mientras corría tras mi hijo, el más travieso de todos—. ¡Marcus!

Matt se quitó los pantalones cortos y exhibió sus calzoncillos de Mickey Mouse. José, el hijo de Peter, empezó a saltar en el sofá con Marcus y Engel.

—Ponte tu ropa, Matt —le dijo Jonás, tras coger a José—. Ya voy, princesas —el vikingo cogió a Matt—, ¿dónde está tu ropa?

Tras vestirlo, se sentó en la moqueta con las niñas mientras los niños corrían alrededor de él. Mis hijas y las de Erich querían peinarlo y hacerle trenzas. Abril y Antonella le pintaron la cara con el maquillaje infantil que les había comprado el mes pasado en París. Mis sobrinas: Lena, Mía y Dana, hijas de Erich, se pusieron a hacerle trenzas. Lo observábamos a través de la televisión de la cocina. Mi casa tenía circuito cerrado y muchas veces vigilaba a mis hijos a través de él. La canción «Felices los cuatro» empezó a sonar. Pero en esta historia solo éramos tres los que estábamos felices.

—¡Quiero ver Bob el constructor! —chilló Matt mientras Jonás le ponía los pantalones cortos por segunda vez.

Marcus e Ian peleaban por un peluche de Minions.

—¡Mejor vemos a los Minions! —bramó Marcus.

Jonás tenía las mejillas sonrojadas y los labios carmesí combinados con unas trenzas muy raras.

—Tío Jonás —le dijo Abril, con su peculiar vocecilla de abeja resfriada—. ¿Por qué tienes pelo largo como yo?

Mía tocó su barba con cara de espanto.

—¿Por qué tienes tanto pelo en la boca, tío?

Contemplamos con expresión divertida su mueca de agobio.

—¿Eres una mujer barbuda? —soltó Antonella, tras mirarlo.

Nos echamos a reír y nuestra risotada recorrió toda la casa. Jonás miró con expresión furiosa la cámara a un costado de la sala.

—Tienes tetas como mi mamá —le dijo Lena—. Son más grandes...

Nuestros hijos lo rodearon y empezaron a bombardearle con preguntas bastante inquietantes. Walter empezó a llorar y Jonás fue a por él en dos zancadas.

—¡Salvado por mi hijo! —chilló.

Lo trajo a la cocina y nos pidió su bolso. Su cara pintada y su «peculiar» peinado nos robó una risita por lo bajo. El agente mano dura lucía muy Lady Gaga aquella tarde. Colocó a su hijo sobre la mesa de cambiar pañales y se esquivó con presteza cuando Walter decidió hacer pis.

—Mi hijo no fue concebido por Valentina, pero os juro que tiene su alma —se mofó tras cambiarle los pañales—. Y no me sorprendería que su primera palabra sea «vikingo rubio» en lugar de papá.

Nos echamos a reír, en especial cuando nos contó el último chiste de Valentina en contra de los vikingos rubios.

—¿Por qué un vikingo rubio está feliz de terminar un puzle en seis meses? —soltó Jonás, con expresión enfurruñada—. Porque en la caja dice para 2 a 4 años —nos echamos a reír, menos Erich.

¿Acaso no había entendido el chiste? ¡Más risas!

—Tengo uno muy bueno —dijo Peter, entre risitas—. Dos vikingos rubios en un parking están intentando abrir la puerta del coche con la llave —Erich enarcó una ceja y Jonás frunció los labios—. Date prisa, ¡está empezando a llover! —Peter reía, siempre lo hacía al contar un chiste—. Bueno, nos vamos a mojar de todos modos cuando entremos, porque la capota está bajada —nos echamos a reír—. ¿Lo entendisteis o debo explicarlo? —más risas.

—¡Tío Jonás! —exclamaron sus sobrinos de corazón.

—Dios —dijo con cara de espanto—, protégeme —se santiguó.

Jonás fue a la sala con Walter en brazos. Su pequeño hijo jugueteaba divertido con su barba. Jonás le hacía carantoñas y él reía con toda el alma. Decidimos ayudarlo con los niños, ya que era una misión que requería un buen equipo.

Puse la televisión y vimos nuestro dibujo animado favorito de la infancia «Los ositos cariñosos».

—¿Qué olor es ese? —dijo Erich, olisqueando el aire.

Peter y yo nos miramos con asombro.

—¡La comida!

El detector de humo se activó y el ruido casi nos ensordeció. Jonás intentó desactivarlo, pero pulsó el botón equivocado y, en dos minutos, estábamos todos empapados hasta los huesos. Aquel aparato lo había instalado hacía un par de meses, por si los bomberos tardaban más de lo normal en llegar en caso de un incendio. Cuando Peter logró desactivarlo, los cuatro estábamos más mojados que un pez en un acuario.

—Felices los cuatro —le dije calado hasta el alma—. Mojados los cuatro...

Para empeorar la situación, los niños gritaban a nuestro alrededor, felices por la lluvia interna que caía sobre ellos. Los cuatro nos miramos con expresión triste mientras nuestros hijos se lanzaban al suelo y reían a carcajadas. Jonás se sentó en el piso, vencido por la situación.

—Me rindo —dijo, derrotado.

Mis hijas le dijeron que estaban enamoradas de él y las de Erich también.

—Son unas desvergonzadas —le dijo Erich, y preferí no replicarle.

—¿Quieres ser mi novio, tío Jonás —le preguntó Abril, la más pequeña de las cinco.

Jonás nos miró con ojos melancólicos desde su sitio.

—Las Pulgarcitos son las más terribles —le dije tras coger a mi princesita—. ¿Qué te dije de los novios, Abril Hoffmann?

Ella reía a mandíbula batiente mientras la besaba en el cuello.

—A tus treinta años podrás tener uno, antes no —le dije sin detenerme en mis besos.

—¡Papi! —se retorció entre mis brazos.

—Yo tengo tres novios, tío —dijo Lena, como si tal—. Tres en la escuela y tres en el barrio.

Erich casi tragó la lengua.

—¡Arráncame el corazón con las manos! —dijo al tiempo que llevaba la mano a su pecho—. ¡¿Por qué, señor?!

Peter colocó un cuchillo sobre la mesa.

—Siempre dices lo mismo y nunca lo cumples —se mofó y Erich le lanzó una mirada muy punzante.

—Coge el cuchillo y apuñálame de una buena vez, Peter.

Gabriel y su hermano entraron en la cocina. Me pidieron agua, estaban arreglando el jardín y el calor era bastante sofocante aquel verano. Les entregué una botella de agua. Ellos se retiraron como entraron, con suma discreción. Pronto viajarían, me dijeron días atrás. La misión de ambos llegaba a su fin, comentó Azrael.

—Los héroes de Marvel se quejan de sus enemigos —dijo Jonás, tras quitarse el suéter blanco manchado de pintura.

—La mayoría son solteros sin hijos —apostillé con la misma sorna.

Peter resopló.

—Debe ser más simple matar monstruos que criar hijos.

Mientras bañábamos a nuestros hijos, Jonás se dedicó a limpiar la cocina. Tras ello, nos cambiamos de ropas. Peter pidió pizza, no era lo más sano para los niños, pero era más simple que preparar algo. Los niños comieron y bebieron entre risas y grititos.

—Walter será hijo único —soltó Jonás, y los tres levantamos las copas para brindar por su gran decisión—. Prost! —exclamamos.

Cansados, los niños fueron al cuarto de juegos y durmieron en santa paz toda la tarde.

—Qué lindo es cuando duermen —les dije y suspiramos hondo.

—Es celestial.

Erich acababa de llegar con una sabrosa tarta de chocolate. Peter preparó chocolate caliente y Jonás y yo ordenamos los platos. Teníamos ganas de comer algo dulce y muy empalagoso. Efectos del estrés.

—Están pasando Titanic en el canal TNT —nos dijo Erich, y los tres lo miramos con atención. —Tanta agua me dieron ganas de verla.

Aquella película lo tenía hechizado desde 1997. Nosotros los hombres amábamos los romances, de preferencia con finales trágicos. Las comedias románticas no eran lo mío, pero las tragedias románticas, me chiflaban mucho.

—Siempre lloraré al final —musitó Erich, con voz ahogada.

La sala estaba oscura y la pantalla gigante de la televisión cubría gran parte de la pared mientras fuera empezaba a llover.

—¿Y ese olor? —les dije con el cejo fruncido—, ¡la leche!

El detector de humo, una vez más, se activó. Salimos corriendo hacia la cocina.

—¡Los niños se despertarán! —gritamos con exasperación mientras la famosa canción de Celine Dion sonaba a toda potencia de fondo.

Corrimos de un lado a otro como si fuéramos los pasajeros del Titanic. Infelizmente, llegamos tarde y el mecanismo de agua se activó. Los cuatro nos miramos con expresión de derrota tras apagar aquel maldito aparato. Jonás lloró, Erich lloró, Peter lloró y yo me reí a todo pulmón de los tres, hasta que, escuché a nuestros hijos y también lloré.

—My heart Will go on —lloriqueó Jonás.

Nuestro barco acababa de hundirse. ¡Día de niños y llantos!

Mi móvil timbró y cuando cogí la llamada un escalofrío me recorrió toda la espina dorsal. Mis amigos me miraron con asombro, conscientes de que algo grave había pasado.

—¿Qué pasa, Marcello? —me preguntó Erich, al colgar.

Martín Ackermann me había llamado para darme la triste noticia de que Zeus había mandado asesinar al hijo mayor de Sebastián, Gabriel.

—Dios mío... —dijo Peter, asombrado.

Y eso no era todo, su esposa e hija sufrieron un accidente de tráfico.

—La hija de Sebastián está muy grave y temen lo peor.

Los tres llevaron las manos a sus cabezas y soltaron un gemido de estupor.

—Zeus está entre nosotros —les dije con la voz llorosa—, y quiere aniquilarnos.

Gabriel entró en la cocina y me devolvió la botella de agua con una rara expresión.

—Debo irme —me dijo en tono ensombrecido.

Le pregunté por su hermano y me dijo que tenía algo muy importante que hacer.

—Nos vemos mañana, Marcello.

Parecía bastante aturrido y aquello me llamó mucho la atención. Cogí mi móvil y le pedí a mis hombres que lo siguieran. Pero al cabo de unos minutos, él simplemente desapareció de sus

enfoques como por arte de magia.

—¡Es el socio de Zeus! —chilló de pronto Erich—, es él...

Y en la pantalla de la televisión de la cocina apareció el poderoso magnate Luwig von Höllemann.

Caminaba con una inquietante seguridad entre las personas que lo saludaban. Al parecer, pretendía candidatearse para un puesto de poder en el país. Como si supiera que le estábamos mirando, clavó los ojos en la cámara y toda la piel se me erizó cuando sonrió. Aquel hombre no parecía real, no parecía terrenal. Nuestros hijos gritaban con euforia entretanto nosotros tratábamos de asimilar las últimas noticias. En especial, la gran pérdida de nuestro colega, Sebastián Ackermann. No podía imaginarme mayor pena que esa para un ser humano, perder un hijo era como perder un brazo o una pierna. Era perder por completo la fe en la humanidad.



## Anna - Chica bombón

### Semanas después...

**M**arcello y yo iremos a un elegante restaurante en el centro de Hagen, para festejar nuestro aniversario de bodas. ¡Doce años de amor!

—¿Cómo van las cosas con Matt, Lizzy?

Ella se ruborizó. Mi prima decidió quedarse una temporada conmigo para ayudarme con mis hijos y estar cerca de Matt, mi cuñado.

—Anoche... —dudó mientras el rubor se extendía por todo su rostro—, me besó.

Lizzy era como una niña, apenas había tenido contacto con otras personas durante años. Además de su abuela, con dos señoras que eran tan locas como ella. Infelizmente, tantos años de encierro la dejaron un poco colocada. Matt temía no poder salvar su alma del abismo, pero no se detendría hasta hacerlo.

—¿Y Engel? —me preguntó en un susurro—, quiero preguntarle algo.

Mi hijo le estaba dando clases de historia. Lizzy nunca estudió, nunca aprendió a leer o a escribir por culpa de su abuela y su obstinación.

—Está con Gabriel —le dije y sonreí.

Me acerqué a la ventana y observé a mi hijo con Gabriel. Ambos reían y bromeaban todo el tiempo. Jamás había visto así a mi hijo antes. El Engel introvertido había quedado atrás, al menos con aquel joven de alma tan pura.

—Engel tiene un don —me dijo Lizzy por detrás y toda la piel se me erizó—, él puede ver el color de las almas de las personas —mis ojos se abrieron de par en par—, puede saber quién es malo y quién no.

El corazón se me volcó.

—¿Cómo dices?

Lizzy se abrazó el cuerpo como si tuviera mucho frío.

—Tu hijo es especial, prima.

Salió de la habitación sin despedirse de mí, dejándome con el alma bajo los pies. Miré hacia mi hijo y lo observé con atención mientras él jugueteaba con una pluma blanca.

«Tu hijo tiene un don» resonó la voz de Lizzy en mi cabeza, una y otra vez.

—¡Hola! —saludó Paula con alegría—, ¿nos vamos al centro comercial?

Su voz me devolvió al presente.

—Sí, claro.

Aproveché la ocasión para comprar unos vestidos para mis hijas mientras Lizzy y Gabriel se ocupaban de mis hijos. Confiaba plenamente en ellos para eso, además, la casa estaba rodeada de agentes.

—Vaya —exclamó mi prima al levantar las gafas de sol por encima de la cabeza—, es el misterioso magnate.

Busqué su enfoque y escruté con el cejo fruncido al apuesto hombre de unos dos metros de altura, pelo castaño, piel bronceada y ojos muy claros.

—Anoche Nico cenó con él en su mansión —me comentó Paula—, no fui porque Giulio estaba con fiebre y me necesitaba —negó con la cabeza—, Luciana fue en mi lugar.

Paula no la soportaba, en especial cuando ocupaba su puesto de esposa.

—Me dijo Nico que es un hombre muy amable y bastante misterioso —asentí—, como el delicioso conde Monteschinni.

Antonella corrió de un momento a otro y se tropezó. El magnate se acercó a ella y la ayudó a levantarse. Paula y yo apretamos los pasos.

—Hola, pequeña —le dijo él con una sonrisa—, ¿estás bien?

Antonella lo miró con atención y cierto resquemor. Tenía tan solo tres años, pero siempre le enseñamos que no debía hablar con los extraños. Ella trataba de no hablar, trataba, valga la aclaración.

—Sí.

—¿Te acuerdas de mí?

—Sí, eres el hombre del nombre feo.

Me sonrojé como un tomate.

—El mismo.

Él le tocó la mejilla con afecto. Antonella lo miró con desconfianza.

—Pareces un ángel.

Mi hija enarcó una ceja y supe al instante que diría algo inapropiado.

—Mi maestra me dijo que soy la hija del diablo —le dijo cantarina y quise darme un tiro.

Él sonrió ampliamente, dejando su dentadura perfecta a la vista.

—Dile que eso es mentira, pequeña.

Antonella ladeó la cabeza y yo también.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella, con inocencia.

El millonario sin alma, como muchos lo llamaban, le dijo con expresión divertida:

—Porque yo soy el diablo.

Antonella lo miró con desconfianza mientras la piel se me erizaba. El tono y la mirada que le dedicó a mi hija me dejaron anonadada. Paula soltó un suspiro de sorpresa.

—¿Dónde están tus cuernos y tu rabo?

Él soltó una carcajada, en especial cuando ella se cruzó de brazos en un gesto de indignación.

—Algún día te los enseñaré, Antonella Hoffmann.

Toda la piel se me erizó, otra vez, ante su comentario. ¿Cómo sabía el nombre de mi hija? Paula se echó a reír y le robó la atención. Él se levantó y nos hizo una reverencia con la cabeza antes de alejarse de nosotros.

—Tiene humor —me dijo mi prima—, me gusta su trasero.

Puse los ojos en blanco.

—¡Paula!

Por la noche, me puse un vestido estilo Marilyn Monroe, pero de varios colores. Me recogí el pelo en un rodete y me maquillé de acuerdo a los colores del vestido. Aquella noche opté por unos zapatos de tacón de corcho de unos siete centímetros, ya que la vista no me permitía unos más altos. Tener «Retinosis Pigmentaria» impedía muchas cosas, menos ser coqueta.

—Hermosa y sensual —me dije tras lanzarme un beso a través del espejo—, algo rellenita, pero sexi, muy sexi —el amor empezaba en uno mismo.

Evoqué la minúscula ropa interior que me había puesto.

—Tienes un culito muy simpático —me dije tras ponerme algo de colorete en los mofletes

—, con unos hoyuelos irresistibles... —me reí de mi ocurrencia celulitosis—, ¿esa palabra existe?

En ese lapso, evoqué lo sucedido anoche...

—¿Yo o los bombones, cielo? —me preguntó Marcello, completamente desnudo y algo empapado tras salir del cuarto de baño.

Lo miré con deseo, era imposible no sentir deseo por aquel ¡adonis! Pero... luego... bombón Pitt, como bauticé a mi dulce debilidad, apareció a su lado y volcó mi corazón.

—¡Cielo! —me llamó la atención Marcello, cuando vacilé—. ¡No puedo creer que tengas dudas!

—¡Jamás! —me defendí—. ¿Puedo elegir a los dos?

Negó con una expresión de incredulidad y asombro.

—No, cielo.

Lo miré con cara de gallina tras poner un huevo de pavo.

—Ah.. —le dije, entristecida—. *Genau.*<sup>[16]</sup>

Imaginé a un delicioso bombón con patas a su lado, haciendo un baile muy sensual. ¡Si! ¡Quítate ese envoltorio!, le grité para mis adentros.

—Cielo, deja de mirarme así, me estás asustando.

«Por fortuna, tu marido no puede leer tus pensamientos indecorosos y calóricos» me dijo mi amante estomacal.

—¡Vaya imaginación! —me dije sonriendo de oreja a oreja al volver al presente.

Marcello llegó del trabajo casi a las ocho de la noche. Saludó a nuestros pollitos y luego subió a la habitación.

—¡Santo cielo! —exclamó al verme—. ¡Estás hermosa, cielo! —me estrechó con afecto—, ¿me quieres matar de deseo?

Marcello estaba muy triste. La muerte del hijo de uno de sus amigos lo dejó bastante mal semanas atrás. Tras muchos años, bebió hasta perder la consciencia con sus amigos, que estaban tan mal como él. El joven de veinte años, murió en un incendio en circunstancias muy raras. El recuerdo me transportó a aquel día, a aquel triste día lluvioso...

*—Cielo... —me dijo Marcello, llorando a lágrima viva—, tengo tanto miedo...*

*El miedo era latente en su profesión, estaba allí todo el tiempo, rondándoles de manos dadas con la muerte.*

*—Lo siento, Marcello... —le dije, llorando—, lamento tanto...*

*Aquella noche, tras llorar con mucha amargura, nos quedamos dormidos. Pero al despertarnos, el dolor seguía allí, en nuestros corazones. No podía imaginarme cómo estaría el padre, ya que la madre había muerto hacía tiempo.*

—¿Cielo? —me dijo con ternura y me devolvió al presente de golpe—, me ducharé.

Me dio un beso muy apasionado, un beso que me hizo tambalear de un lado al otro. Marcello se apartó y cogió algo de la cama. Me tendió una caja de bombones preciosa.

—¡Gracias, mi amor!

Cogí unos cuantos, y los metí en mi bolso, una chocópata nunca sabía cuándo los necesitaría. Un diabético necesitaba insulina, un anémico hierro y una gordita sus chocolates.

—Me ducho en dos minutos, cielo.

Se duchó y se vistió a toda prisa. Se puso una camisa negra y unos pantalones color crema muy ajustados. ¡Madre mía! ¡Estaba hermoso! Marcello era como el vino, cuantos más años tenía,



mejor se ponía el condenado. Veneré su culito mientras se perfumaba.

—Cielo... —me dijo cuando le toqué las cachas con sensualidad—, no seas sinvergüenza...

¡Era mi nuevo apodo!

—Este culito es como un imán, Marcello.

Rio de buena gana.

—¡Eres terrible, señora Hoffmann!

—¡A mucha honra!

Llegamos al restaurante minutos después, ya que estaba muy cerca de casa. El camarero encendió la vela mientras Marcello y yo nos mirábamos con adoración desde nuestros sitios.

—Estás tan hermosa, cielo —me cogió de las manos y sonrió—. Dios, te amo tanto.

Cada vez que me decía aquello, las maripositas drogadas del pasado revoloteaban sus viejas alitas en mi estómago, entremezclándose con el hambre que tenía aquel día. En general, cuando salíamos a cenar fuera, comía como un pajarito enfermo.

«Mentirosa» me dijo mi viejo amigo Arnold.

Enarqué la ceja derecha en un gesto de suspicacia.

«¿De qué estás hablando, Willis?»

—¿Pasa algo, cielo?

Miré enfurruñada mi tripita saliente.

—Tengo panza de embarazada, pero no lo estoy, Marcello.

Esbozó una sonrisa ladina.

—Y tengo antojos como una mujer encinta, interesante ¿no?

Bebió un sorbo de su copa sin abandonar su expresión taimada.

—Eres perfecta para mí, cielo. Esos kilitos de más son como el aderezo extra de tu hermoso cuerpo de metro cincuenta...

Le indiqué el número dos con los dedos.

—Y dos —completó con ironía.

El camarero sirvió los platos que habíamos pedido. Unos corazones imaginarios rodearon mi cabeza y mis ojos. Miré el plato como un Emoji enamorado. ¡Eran enormes! Eso sin contar con el postre exquisito de la noche. Marcello se puso muy raro en medio de la cena. Miraba con insistencia hacia la mesa que se encontraba detrás de mí. Me volví con discreción, o sea, derrumbé el florero y el número de la mesa. ¡Ser discreta no era lo mío! Oteé a los hombres con caras de asesinos profesionales con estupor mientras Marcello ordenaba lo que había derrumbado. Al girar, eché mi bolso, que se abrió y me delató ante mi marido. Puse cara del gatito con botas a punto de ser sacrificado. Marcello se apresuró en cogerlo, lapso en que me dijo:

—Debemos marcharnos, cielo.

No comentó sobre los bombones, algo estaba pasando. Pidió la cuenta y salimos apresurados del lugar. Nos acercamos al coche, pero según entendí, no iríamos en él. ¿Por qué no?

—Para despistar a aquellos dos, ¿no? —le dije algo asustada—, ¿son peligrosos?

Marcello retiró algo del maletero, dos armas. Puse cara de orgasmo en pausa cuando colocó los cartuchos de balas en ambas. Las puso detrás de la cinturilla de sus pantalones con una agilidad que me postró a sus pies. Mentalmente, lo estaba violando contra el árbol.

—Cielo, esos hombres han venido a por mí.

Un líquido calentito empapó mi minúscula braguita roja. Creo que me hice pis encima ante el susto.

—Siempre me has dicho que querías vivir una gran emoción conmigo.

Asentí sin parar y contuve el aliento por unos segundos.

—Hoy es el día, cielo. ¿Lista?

No, pero le dije que sí. Marcello y yo nos alejamos del lugar y cogimos una moto que estaba aparcada cerca de una casa. Era una moto grande, de aquellas caras. Mi marido la encendió sin usar llaves, solo con los cables de contacto. ¡Vaya! ¡Sí que sabía hacer cosas de películas de acción! Montó la misma y me ayudó a subir tras él. El dueño salió, pero era tarde para impedirnos de llevarnos prestado su moto. Marcello aceleró a toda potencia mientras el aire frío acariciaba mi culo. ¿Eh? ¿Acariciaba mi culo? Miré hacia atrás y vi cómo el vestido se me subía hasta la coronilla. ¡Mierda! Por fortuna, estábamos cerca de un sombrío bosque y nadie podía verme. Un coche nos seguía, eran los hombres.

—Sujétate con todas tus fuerzas, cielo —me pidió y así lo hice—. Y cuando frene, aléjate un poco para que pueda coger las armas.

Marcello giró la moto de un momento a otro con gran agilidad y cogió las armas para disparar en las ruedas de sus enemigos. El coche perdió la dirección y chocó de frente contra un árbol, momento en que me hice algo más de pis. ¡Qué papelón!

Marcello llamó a sus colegas y, tras ello, salió a toda pastilla de allí. Terminamos en el bosque que se encontraba cerca de casa.

—¿Estás bien, cielo?

«No».

—Sí.

Recorrimos todo el lugar, por si venían a por nosotros. Aparcamos cerca de unos árboles.

—¿Te encuentras bien, cielo? —repitió.

Mi vestido se había enganchado a mi horquilla y mi culo estaba a la vista de todos. Marcello me ayudó a desengancharlo. Ser sexi no era lo mío, olvidaba mencionar que uno de mis zapatos salió volando durante el camino. Definitivamente, ser sexi no era lo mío.

—Lo siento, cielo —me dijo, azorado—, aquellos dos estropearon nuestro día.

Le di un beso y le serené un poco con aquel gesto. Marcello me abrazó.

—Dios mío, cielo. ¡Estás temblando!

—Necesito mis medicinas, Marcello —le dije algo temblorosa—, la ansiedad acaba de tomarme de rehén...

Marcello se apartó y me miró asombrado.

—¿Tus medicinas, cielo? ¿Tomas algo contra la ansiedad?

Me ofendía mucho su falta de memoria. Cogí mi bolso y cogí un bombón. Le quité el envoltorio y lo metí en la boca. Un gemido de placer se me escapó del fondo de mi ser y la calma retornó a mí.

—Ahora estoy mejor, mi James Bond.

Marcello me dio un dulce beso.

—Te amo, cielo. Me moriría si algo te pasara por mi culpa.

Posó su frente sobre la mía y me miró con profundo amor. No podía verlo, ya que la oscuridad era absoluta para alguien como yo.

—James Bond tiene su chica Bond —le dije con sorna—, y tú tienes tu chica bombón, redondita y golosita...

—Mi hormiguita atómica —me dijo, antes de besarme.

Cuando llegamos a casa, me desmayé en el jardín. Las fuertes emociones me derrumbaron al fin.

¡Un día de acción y bombón!



## Marcello - Charla de chicos

**E**ngel e Ian me convocaron en sus habitaciones, necesitaban un consejo «sentimental», según Matt, mi otro hijo. Le miré con expresión divertida.

—Iré en unos minutos, campeón.

Matt me hizo el saludo militar y le quise comer a besos. Estaba lavando los platos, ya que Anna estaba acostada por sus malditos cólicos mensuales. Le preparé una bolsa caliente y envié un mensaje a Erich.

«Salgo dentro de una hora».

«La discoteca está repleta, pero el conde Monteschinni ya movió sus palillos».

«Perfecto».

Hoy teníamos una misión bastante especial con respecto al multimillonario Ludwig von Höllemann, el socio de Zeus. Tal vez, esta noche, en la inauguración de la discoteca del magnate aparezca. No teníamos idea de quién podía ser, nunca nadie lo vio, al menos los que necesitábamos cogerlo.

«El magnate aparecerá a lo grande en la inauguración de su disco» me escribió Erich, con un emotición de duda.

«Es muy excéntrico» le contesté.

Más que excéntrico, aquel hombre necesitaba ganarse a la gente con su simpatía y sus peculiaridades. Según entendimos, pensaba meterse en la política. Anna lo vio el otro día en el centro comercial conversando con las personas de manera muy amistosa.

«Nos vemos».

Subí a la habitación con la bolsa de agua caliente y una taza de té de manzanilla.

—¿Te duele mucho, cielo?

Me senté a su lado y le puse la bolsa sobre el vientre tras posar la taza en la mesilla. Anna hizo una mueca de dolor.

—Ya estoy mejor —murmuró y me partió el corazón en dos.

Le di un beso en los labios y le comenté lo de nuestros gemelos. Anna abrió con exageración los ojos.

—¿Asuntos sentimentales? ¿De qué estás hablando, Willis?

Una sonrisa bobalicona imperó en mis labios.

—Ya te contaré, cielo.

Me levanté tras acariciarle la mejilla. Me encaminé al cuarto de mis princesas, que dormían profundamente. Apagué la luz de sus mesillas tras besarles las cabecitas. Entré en el cuarto de mis hijos a continuación.

—Hola, papi —dijeron los tres.

Matt miraba la tele con embeleso. Le puse su ropa de dormir de los Minions y le di su oso Oscar. Le tapé con la manta. Ian y Engel estaban sentados en sus respectivas camas, en posición de Buda. Me senté en el sofá de bolsa de haba de color azul de golpe.

—¿Qué consejo necesitáis, hijos? —les dije con una sonrisa.

Engel e Ian se miraron y luego me miraron a mí. Titubearon unos segundos.

—Tenemos una duda del alma —siseó Ian, y tuve ganas de reírme.

Engel asintió y sus rizos oscuros se movieron con gracia. Cuando era niño, también tuve rizos, era igualito a ellos dos. Me puse pensativo al evocar a Matt, mi medio hermano. Tan parecido a mí que podía pasarse por mi gemelo.

—Engel y yo estamos enamorados de la misma niña.

Matt se bajó de su cama y se acercó. Se sentó en mi regazo y puso atención en el parloteo amoroso de sus hermanos mayores.

—¿Qué es pena del alma? —me preguntó Matt, y luego hizo una mueca de duda—. ¿Qué es el alma?

Abrí la boca como para responderle, pero Engel se me adelantó.

—Es el soplo de vida, Matt.

Matt frunció el entrecejo más confundido que antes. Le di un beso en la cabecita.

—No entiendo —me dijo y se encogió de hombros.

Engel le explicó que sin ese «soplo de vida» no podríamos vivir. Matt chupó el dedo pulgar con impaciencia. Siempre que se ponía nervioso, lo hacía. Mis gemelos exigieron mi atención.

—Ella se llama Elena —adujo Engel—. Y es la niña más hermosa de la escuela.

Ian asintió con firmeza removiendo sus rizos de un lado a otro.

—Muchos dicen que está gorda —agregó Ian—, pero tú siempre le dices a mamá que sus rollitos son tu perdición.

Mis mejillas empezaron a arderme, como si tuviera cuarenta grados de fiebre.

—Yo le dije que la quería tal cual era —manifestó Engel—, aunque es otra la que me gusta —bisbiseó, pensativo.

Lo miré con atención, su afirmación tenía un matiz muy triste. Supuse que se refería a Saori, su amor platónico, según Anya. Matt bostezó y me contagió.

—Yo también —dijo su gemelo.

Les dije que eran muy pequeños para tener novias, así que, lo mejor sería ser amigo de Elena, y no otra cosa. Ambos asintieron condescendientes. Matt se enderezó y soltó:

—Mejor me la presentáis a mí.

No pude evitar reírme de su comentario tan Erich. Sus hermanos le fulminaron con la mirada, pero él no cambió su expresión ladina. ¡Era la copia fiel de su tío!

—¡Hora de dormir!

Engel e Ian se levantaron y se acucillaron cerca de sus camas. Rezaron el Padre Nuestro a coro y luego se tumbaron. Tapé a Matt, y deposité un beso en su frente. Él alargó los bracitos y le di un abrazo de oso. Lo mismo con mis gemelos. Los escruté embobado, la naturaleza era un misterio, mis tres hijos eran mi fotocopia. Apagué la luz y cerré la puerta. Ian y Engel cuchichearon:

—Seremos padres —dijeron y me paralicé por unos segundos—. ¿Cómo sabremos de quién es?

¿De qué estaban hablando?

—Mañana lo sabremos —ronroneó Ian, con una seriedad que me hizo sonreír—. Ella dijo que elegirá un gato siamés, porque sería más parecido a nosotros.

Solté el aire de mis pulmones de un golpe.

«Tienen seis años» me dijo mi cerebro.

Erich era el rubio, pero a veces, la convivencia contagiaba ciertos rasgos.

«Algún día crecerán» resonó la voz de Erich, en mi cabeza.

—Aún falta para ello —me dije y me dirigí a mi cuarto.

Anna no tenía buen aspecto.

—¿Estás bien, mi amor?

Ella negó con la cabeza.

—Me duele mucho —gimió.

Retiré la manta y levanté su camisón. Le hice unos masajes que había aprendido en YouTube contra los cólicos menstruales.

—¿Te gusta, cielo?

—Mucho.

Cogió un tubo de crema para masajes calientes. Puse algo en las manos y le masajeeé el vientre hasta que se quedó dormida.

—Te amo —le dije, con una sonrisa.

Anna Bellini era mi mundo y verla sufrir me destrozaba el alma. Haría cualquier cosa por estar en su lugar y evitarle aquellos males.

—Debo marcharme.

Me puse unos pantalones negros y una camisa blanca ajustada. Necesitaba aparentar lo más normal posible, excepto por el arma con silenciador que llevaba bien oculta para no llamar la atención. Me puse el auricular y lo activé con la voz tras rociarme un poco de perfume.

—El lugar está repleto —me dijo Peter.

Cogí mi cartera y mi reloj especial. Besé la cabecita de mi mujer y salí de la casa tras santiguarme. Cogí el coche y me dirigí a la discoteca más popular de la ciudad de Wuppertal, a pocos metros del tren colgante. Cuando llegué, mis amigos se acercaron y me saludaron.

—El magnate aún no ha llegado —me dijo Peter.

Manuel, Daniel y otros hombres ya estaban en el lugar. Para mi asombro, al entrar, me encontré con Gabriel y Azrael.

—Hola —les saludé.

Ambos me miraron con el cejo fruncido.

—Hola —me devolvieron el saludo con cierto recelo.

Verlos allí me sorprendió más de lo que era capaz de admitir. En aquel sitio había miles de personas y la mayoría eran jóvenes, algunos, demasiado jóvenes.

—Permiso —les dije y ambos asintieron—. Los jardineros de mi casa están aquí —comenté a pocos centímetros de mi reloj—, me pareció muy extraño la reacción de ambos al verme.

—Son jóvenes —repuso Erich—, es una discoteca común y corriente.

Excepto por el precio de las entradas.

—No ganan tanto como para darse este lujo, Erich.

Escaneé a ambos con el reloj.

—No llevan armas —apostillé, aliviado—, al menos no son mafiosos.

El comandante Miguel Himmelberg apareció con su peculiar seriedad. Llevaba ropas oscuras como los hombres que estaban con él.

—¿Y estos quiénes son? —me pregunté—, esos dos me son familiares, pero no consigo recordar de dónde.

Me saludó con la mirada y se apartó de mí tan rápido como pudo. Erich y yo intercambiamos una mirada teñida de dudas. Aquel hombre era un misterio como lo era nuestro jefe, el conde Monteschinni, quien justamente lo contrató. Cuando me volví, me encontré de cara con alguien.

—¿Anya?

Mi hija estaba con Nick y Saori en un rincón del lugar. Solté una maldición. ¿Acaso no estaba estudiando en la casa de su amiga? La rabia comandó mi ser.

—Tranquilo —me dijo Peter—, Manuel se encargará de ella y sus amigos.

Mi hija empezaba a preocuparme. Estaba en una edad muy delicada y debía tener mucho cuidado con las cosas que le decía. Formar el carácter de un adolescente era una de las misiones más difíciles para los padres.

—¡Buenas noches! —saludó un hombre alto de pelo muy oscuro, piel blanca y ojos muy azules desde el palco—, esta noche será inolvidable... —sus ojos brillaron con intensidad—, almas perdidas...

Un escalofrío me recorrió toda la espina dorsal, en especial cuando la canción: *Dirty mind* de Boy Epic empezó a sonar a todo volumen. Las luces se apagaron de repente y unas antorchas de tamaño considerables se encendieron de manera automática alrededor del palco. Las personas empezaron a gritar con euforia y la comunicación entre nosotros se hizo casi imposible.

Un hombre vestido de negro de pies a cabeza apareció en la escalera del palco con dos mujeres vestidas de manera bastante indecorosa a la vez que unos caños de hierro se erigían a cada lado de él.

—Es Ludwig von Höllemann —me dijo Peter.

Unos hombres sin camisa se deslizaron de los caños de metal con mucha agilidad. Parecían unos acróbatas del circo de Soleil. Eran seis y todos muy llamativos, como diría mi cuñado.

—¿Qué es esto? —dijo Jonás, anonadado en alguna parte del lugar.

Los gritos me ensordecieron por unos minutos.

—¿Es Bailando por un sueño? —soltó Erich, preocupado.

Aquel show no estaba en nuestros planes. El magnate no era como la mayoría de los millonarios. Le gustaba ser el centro de las atenciones, todo lo contrario de nuestro jefe.

—Wow —soltó Erich, cuando bailó con las mujeres con mucha sensualidad.

—Es un bailarín profesional —mascullé con sorna.

Una de ellas le quitó la camisa de golpe y dejó al descubierto su torso musculoso y bronceado mientras la otra le colocaba una víbora en los hombros. El animal empezó a reptar por sus brazos extendidos de par en par.

—Es apocalíptico —dijo Peter, asombrado.

Mientras el animal reptaba por su torso, él besó a las mujeres con mucha pasión a la vez que sus compañeros realizaban increíbles piruetas en el aire. Los presentes estaban tan eufóricos, que por unos segundos, pensé que estaban drogados, en especial cuando un extraño humo asaltó todo el lugar.

—Esto huele raro —dije y cogí un pañuelo de mi bolsillo—, proteged vuestras fosas nasales —les dije a mis compañeros—, esto no me gusta nada.

Ludwig von Höllemann reclinó a una de las chicas y deslizó la mano entre sus senos con mucho erotismo hasta llegar a su entrepierna. La víbora reptó por el cuerpo de la misma y se enroscó alrededor de su torso lentamente. De un solo tirón, le arrancó las ropas, dejándola completamente desnuda. Alcé ambas cejas en un acto reflejo.

—¡Sííí! —gritaban los hombres.

La víbora rodeó su cuello y se extendió por su abdomen hasta su parte íntima donde enseñó su lengua. Todos aplaudieron menos nosotros que estábamos totalmente anonadados con el espectáculo.

—¿Qué es esto? —Bisbiseó Jonás, atribulado.

Ludwig von Höllemann se arrodilló lentamente y realizó unos movimientos muy

provocativos al igual que los otros hombres. Realizó unos gestos con la mano, ¿eran símbolos? Su piel brillaba bajo el efecto de la luz al igual que su mirada, su sombría y misteriosa mirada. El techo acristalado del lugar se abrió y los fuegos artificiales estallaron en el cielo al tiempo que unas llamas lo rodeaban a él, recreando el fuego del inframundo.

—Bienvenidos —dijo en un tono que me estremeció—: al infierno.

Era el nombre del lugar: Infierno. Se levantó con mucha agilidad y se puso un tipo de bata de seda negra que le había alargado una de las mujeres.

—Vuestras almas me pertenece —apostilló, con una sonrisa ladina—, para siempre.

El comandante Himmelberg saltó de lo alto y cayó de cuclillas delante de él. ¿Cómo lo hizo? Me volví y miré estupefacto a mi cuñado. Él y Peter se encogieron de hombros tan perplejos como yo.

—Quiero esas almas —le desafió él—, ¿competimos, Ludwig?

¿Por qué lo trataba con tanta familiaridad? ¿Lo conocía de algún lugar? El magnate enarcó una ceja de manera dubitativa y luego sonrió sin abandonar su deje.

—¿Recuerdas quiénes gritaron más alto en el pasado, Miguel?

No entendía nada. ¿Qué cojones estaba pasando? Los hombres que bailaron con Ludwig también se pusieron unas batas negras de seda a la vez que se cruzaban de brazos casi de manera sincronizada. ¿Quiénes eran?

—Me arriesgaré, Ludwig —le dijo el comandante con firmeza—. Siempre lo haré.

—No pierdes la fe en ellos —le replicó Ludwig en tono quejumbroso—, es bueno poder... —hizo una pausa para mirarlo fijo a los ojos—, negociar contigo.

Él suspiró hondo mientras sus hombres reían tras él. Lapso en que otros hombres saltaron del segundo piso con mucha agilidad, entre ellos, Gabriel. Todos llevaban solo pantalones chándal de color blanco.

—Tú —le dijo Ludwig a Gabriel, con cierto sarcasmo—, ¿qué haces aquí, ricitos de oro? —todos se echaron a reír—, ¿tienes algún mensaje divino para mí?

Gabriel esbozó una amplia sonrisa.

—Odias no poder dominar la situación ¿no? —le preguntó con ironía—, no poder controlar todo a tu alrededor.

—¿Quieres que te haga una demostración de lo que soy capaz de hacer con estas almas, Gabriel?

Gabriel no dijo nada, al contrario, parecía intimidado.

—Fue lo que pensé.

El magnate aceptó el desafío y tras ello, se acercó a un tipo de trono de color bronce. Aquel hombre se creía el rey, sin lugar a dudas.

—Qué empiece el espectáculo —dijo un hombre alto, de pelo oscuro, ojos claros y piel muy bronceada.

La canción: *The reckoning* del grupo Within Temptation empezó a sonar a todo volumen mientras Miguel y sus hombres realizaban difíciles saltos mortales hasta el palco.

—Vaya... —dije, alelado.

El comandante apareció con un bastón de metal de color plata y lo giró con agilidad en el aire entretanto los otros se deslizaban de los caños de espaldas, girando de manera sincronizada y con las piernas bien abiertas. El bastón se encendió en ambos extremos.

—¿Esto es real? —preguntaron mis colegas.

El comandante lanzó a lo alto el bastón y se quitó la camisa de golpe, dejando al descubierto su torso musculoso y bronceado. Cuando la camisa cayó al suelo, sin mirar arriba,



cogió el bastón y realizó increíbles piruetas con él. Los otros realizaron ágiles movimientos en el aire mientras unas plumas blancas caían del techo al mismo compás. Ludwig se levantó de su trono y se quitó la bata algo enfurruñado. Cogió un bastón de hierro de algún sitio que no logré ver y se acercó al comandante.

—Siempre tan tramposo, Lucifer.

Abrí los ojos como platos al oírlo. ¿Qué ha dicho? ¿Escuché bien? Mis amigos soltaron una maldición.

—Soy el diablo, ¿qué parte no has comprendido aún, Miguel?

Una canción apocalíptica empezó a sonar a un volumen desorbitante que nos impulsó a mí y a mis compañeros a taparnos los oídos.

—¡Sacad los auriculares! —gritó Stefan—, ¡ahora!

El comandante y Ludwig entablaron una lucha digna de las mejores películas americanas. Los bastones emitieron ruidos metálicos con cada golpe.

—El ganador se llevará las almas —le dijo Ludwig, desafiante.

El bastón del magnate salió volando cuando el comandante le propinó un golpe certero. Con suma agilidad, Ludwig realizó unos saltos mortales y cogió el bastón antes de que tocara el suelo. Entorné los ojos con exageración al ver cómo se reclinaba de espaldas y cogía el bastón con una mano. Ningún ser humano sería capaz de algo remotamente similar.

—¡Esto es Matrix! —gritaron algunos.

Ludwig se puso de pie sin mucha dificultad y esbozó una sonrisa diabólica que pellizcó con saña mi corazón.

—Eres bueno, hermano —soltó y todo giró a mi alrededor—, pero no como yo.

Un golpe certero en el bastón de Miguel hizo que este saliera volando.

—Ah ¿no?

Miguel extendió los brazos en cruz y unas enormes alas blancas aparecieron tras él. Ludwig sonrió con expresión maliciosa antes de extender sus enormes alas negras.

—¿Qué es esto?

Las personas gritaron con furor, sin comprender al cierto si aquello era real o producto de la imaginación. El comandante hizo un movimiento con la mano y el bastón voló hacia él.

—¡Deja en paz estas almas, Lucifer! —gritó con una voz que no era terrenal.

Ludwig ladeó la cabeza mientras sus hombres extendían sus alas negras. La mandíbula se me colgó.

—Nunca, Miguel.

Los hombres de Miguel, a su vez, extendieron sus alas blancas y entablaron una lucha infrahumana con los otros, con los demonios.

—¿Eran ángeles y demonios?

El segundo piso se derrumbó y miles de personas cayeron al vacío. Los escombros aplastaron a los del piso inferior.

—¡Anyaaa! —grité con todas mis fuerzas, pero mi grito quedó camuflado bajo los alaridos de terror y dolor—. ¡Hijaaa!

Me quedé paralizado al ver cómo restos humanos volaban por todas partes y la sangre manchaba todo el piso. Aquello era el juicio final, el infierno.

—¡Marcello! —gritó Jonás entre los escombros—, ¡ayúdame!

Una bola de fuego cayó en el centro, provocando un incendio descomunal en el lugar. Todos gritaron, menos yo, que observaba estupefacto aquellos seres, aquellos seres que siempre creí que no eran reales.

—¡Marcello! —gritó alguien con todas sus fuerzas mientras el fuego se extendía por todo el lugar—, ¡despiertaaa!

Alguien saltó de lo alto con unas alas negras enormes y cayó en cuclillas en el piso completamente desnudo. Cuando levantó la cabeza y clavó los ojos en mí, me dijo en tono suplicante:

—Despierta, papá.

Me levanté de golpe de la cama y solté un grito agudo que recorrió toda la casa.

—¡Nooo!

Anna encendió la luz y me dijo algo que no comprendí. La miré aterrado y con el corazón hecho trizas.

—Tuve un sueño muy raro, mi amor —logré articular con la voz entrecortada.

Ella me tocó la cara empapada en sudor.

—¿Qué soñaste?

Aquel rostro, aquella mirada me era muy familiar, pero no recordaba dónde lo había visto antes. Llevé la mano a la cabeza y traté de respirar con normalidad.

—Con ángeles y demonios, Anna.

Una imagen de ángel cayó de la estantería y se rompió en mil pedazos en el piso. Ambos miramos estupefactos lo ocurrido.

—Ellos están aquí —me dijo ella con la respiración agitada—, los puedo sentir.

No tenía sentido, aquello no pasaba de una pesadilla, una horrible pesadilla.

## Matt - Entre sombras

**L**izzy y Engel desaparecieron y todos estaban abrumados, pensando lo peor. Pero tras unas horas de búsqueda, los encontramos en el hospital donde estaba internada la hija de Aramí y Thomas, amigos de Marcello y Anna.

Según entendí, la niña había cogido una rara enfermedad y nadie sabía lo que tenía. Los médicos ya le habían realizado varios estudios y nada, no lograban encontrar nada que pudiera explicar su estado crítico.

Lizzy llevó a Engel al hospital por petición exclusiva de él, que alegaba con fervor que la niña lo necesitaba. Cuando los médicos lo encontraron en la camilla abrazado a ella, temieron lo peor. Ya que pensaban que se trataba de algún virus mortal y él podía haberlo cogido. Pero, por obra de un verdadero milagro, Victoria se sintió mejor y se curó con los medicamentos, semanas después.

—Esos medicamentos tienen efectos colaterales irreversibles —me dijo Chelito, cuando le envié los nombres de los mismos—, podría dejarla ciega, sorda o estéril.

Victoria no estaba ciega y tampoco sorda tras unas semanas de haber recibido aquellos medicamentos, lo último solo descubrirían con el tiempo.

—Engel me pidió que lo llevara al hospital o Victoria moriría esa misma noche —me dijo Lizzy, llorando—, no pensaba secuestrarlo como todos están pensando.

Engel la defendió con uñas y dientes. Aquel niño no parecía uno de seis años. Tenía una manera distinta de ser de los niños de su edad.

—¿Por qué no le avisaste a sus padres?

Lizzy me dijo que los llamó, pero ninguno la atendió.

—Engel tiene un don, Matt —me dijo con lágrimas en los ojos—, desde que me tocó la cabeza, días atrás, ya no tengo pesadillas como antes.

Era cierto, llevaba días sin tener aquellos terribles ataques. Incluso parecía más tranquila, más alegre y feliz.

—Dios le dio un don —me dijo, emocionada—, y ese don me curó a mí y también a Victoria.

La niña se salvó de manera inexplicable, como por obra de un verdadero milagro. ¿Sería eso? ¿Un milagro? Tras aquel día, empecé a investigar sobre niños prodigios con dones especiales. No había mucha información en las redes, pero en los documentos de la iglesia y de otras entidades conocidas, había miles de casos. Niños que podían ver seres de otros mundos, niños con inteligencia inhumana, niños que curaban con tan solo tocar a los enfermos como el hijo de Dios, Jesús.

Impulsado por la curiosidad, le pregunté a Engel cómo curó a Victoria. Él me miró de reojo con cierta suspicacia.

—Le toqué el estómago —me dijo en un susurro—, donde estaba el virus.

Desde niño, sentía frío, un frío que no era normal en la mayoría. Siempre andaba con abrigos, incluso en verano. Ningún médico logró descubrir por qué mi temperatura siempre descendía. Nunca había tenido fiebre en toda mi vida, al contrario, siempre tenía frío.

—Tu alma —me dijo Engel, de pronto—, no está aquí.

Aquello me dejó completamente alelado.

—¿No entiendo?

Él me tocó la mano y un extraño calor me recorrió de pies a cabeza, un calor que nunca había experimentado antes, ni siquiera bajo el sol del Sahara.

—Tu alma no está aquí —repitió y toda la carne de me puso de gallina.

Con un enorme nudo en el pecho, le dije con voz temblorosa:

—¿Dónde está, Engel?

Levantó el dedo índice hacia arriba y un gemido de susto se me escapó de lo más hondo de mi ser.

—¿En el cielo?

Él asintió con lágrimas en los ojos mientras los míos se nublaban lentamente. No comprendía por qué me emocionaba tanto aquella verdad, aquella verdad que llevaba años buscando.

La voz de Lizzy me devolvió al presente de golpe.

—Los llamé en varias oportunidades —me recordó una vez más—, no pretendía nada de malo, Matt.

Las llamadas quedaron registradas, aunque la desesperación ofuscó la cordura de ambos. Anna le dio una fuerte bofetada a Lizzy en el hospital y le dijo que no debió salir de la casa sin avisarle.

—Volveré a Italia —me dijo, apenada—, en el pueblo de mi abuela.

Su abuela había fallecido hacía dos años, pero aquel lugar conservaba las huellas del terror que vivió allí durante años. Me acuclillé entre sus piernas y la miré con ojos implorantes.

—Quédate conmigo, Lizzy.

Ella me miró con expresión interrogante. No sabía al cierto lo que sentía por ella, aún no. Pero a la vez, no quería perderla, no quería que se fuera tan lejos de mí.

—El otro día me dijiste que querías trabajar en una casa —le recordé—. Como mucama.

No quería que hiciera nada mientras estuviera conmigo. Podía hacerlo yo entretanto ella me observaba, sin embargo, fue la única manera de retenerla a mi lado.

—Podrías quedarte en la habitación de huéspedes —le sugerí en tono suplicante—, no me conoces, es verdad, pero con el tiempo comprenderás que no tengo malas intenciones contigo.

Estaba siendo sincero con ella como nunca antes lo había sido con otra mujer. Era un hombre de pasiones pasajeras, momentáneas y sin importancias. Un polvo y ya. Nada más. Pero con Lizzy sentía cosas nuevas y a la vez viejas. Era como si la conociera de otra vida, de otra época. Tal vez, mi alma perdida, la conocía. Conocía la suya.

—¿Puedo salir al jardín?

Mis ojos se iluminaron de alegría y también de tristeza. Lizzy estaba acostumbrada a pedir las cosas más simples de la vida: cómo salir, sonreír o incluso respirar.

—Claro que sí.

Anna la buscó días después, pero ella no quiso volver. Le dijo que estaba bien allí y que se sentía cómoda. Mi cuñada pensó lo peor y lo deduje por la mirada que me dirigió. Le expliqué que Lizzy y yo no estábamos haciendo nada de malo. Que no éramos pareja y no hacíamos cosas de parejas.

—Anna... —le dije en tono suave—, la cuidaré con mi vida, te lo prometo.

Ella le pidió perdón y le dijo que Engel la echaba de menos.

—Iré a veros siempre que pueda —prometió ella en tono huidizo—, dile que su secreto está a salvo conmigo.

Aquello nos dejó a ambos enmudecidos.

—El secreto de Engel —susurró más para sí que para nosotros.

La miré apenado.

«Sigue en las mismas» pensé con el alma a mis pies.

Pero convivir con Lizzy se hizo esencial en mi vida y, aunque aún no podía definir lo que sentía por ella, sabía que era algo nuevo y fuerte, muy fuerte.

—¡No me salpiques! —chillé cierto día mientras lavábamos las ropas en el lavadero—, ¡nooo!

Ella me lanzaba agua fría cada dos por tres mientras tendía las ropas. La atrapé entre mis brazos de un momento a otro y la puse contra la pared de sopetón. Ella reía a mandíbula batiente y con una inocencia que acarició mi ser con dulzura.

—¿Tienes frío, Matt?

Me rodeó la cintura con las piernas y el cuello con los brazos. Desde que Engel me tocó, sentía menos frío. Ahora me bastaba con un suéter ligero y no una chaqueta de cuero.

—Menos que antes.

Le hice cosquillas con la barba de tres días en el cuello y la vi retorcerse bajo mi cuerpo, presa de un ataque de risa. El movimiento despertó mi lado más salvaje y sin poder domarlo, me dejé llevar por él. Aprisioné sus labios en un profundo y apasionado beso, que ella correspondió de cuerpo y alma.

—Lizzy, te deseo tanto —gemí en sus labios con desesperación.

Ella acunó mi rostro entre las manos y profundizó el beso de una manera que me dejó sin aire en los pulmones. Me senté en el viejo sofá que se encontraba al lado de la lavadora a tuestas con ella encima. Enajenada de sí, empezó a moverse con mucha sensualidad sobre mi erección.

—Lizzy...

Ella no se detuvo y temí correrme en cualquier momento. Osado, le quité la blusa blanca de tirantes y dejé al descubierto sus pequeños senos. Ella intentó taparlos con las manos, pero con ternura los aparté y empecé a chuparlos. Lento al inicio y luego con más fuerza hasta dejar enhiestos sus pezones.

—¿Te gusta? —jadeé sobre uno de sus pechos.

Ella se mordió el labio inferior con lascivia.

—Mucho...

No dejó de moverse un solo segundo hasta que un gemido de placer se le escapó del pecho y me advirtió que acababa de tener su primer orgasmo. Se convulsionó contra mi pecho y abrió mucho la boca mirando hacia el cielo.

—Dios mío... —me dijo, ruborizada hasta el alma—, eso fue... —los ojos se le nublaron—, pecado, Matt.

Cogió su blusa y se la puso a toda prisa antes de subir las escaleras como alma que lleva el diablo. La seguí, pero no pude impedir que trancara la puerta de su habitación y empezara a autoflagelarse con un cinto.

—¡No, Lizzy! —grité sin dejar de golpear la puerta con el puño—, por favor, no lo hagas... —le imploré.

Los golpes eran cada vez más fuertes y violentos.

—¡Es pecado, Matt!

Tras exhalar hondo, de una patada feroz, abrí la puerta y la atrapé entre mis brazos, a pesar de su berrinche.

—No es pecado, Lizzy —le dije, con lágrimas en los ojos—, el amor no es pecado...

Ella dejó de patalear y llorar casi de manera instantánea. Me miró con los ojos muy enrojecidos y la nariz muy inflamada. Acuné su rostro entre las manos y la miré con amor infinito, con un amor que jamás había conocido antes de ella.

—Te amo, Lizzy.

La sangre me palpitaba por todo el cuerpo y, por primera vez en mi vida, sentí calor, un calor que era pura vida.

—¿Me amas?

Le di un beso tierno en los labios entumecidos.

—Con toda el alma.

No estaba seguro si tenía alma o no como me lo dijo Engel, pero ahora tenía una, y era ella, Lizzy.

—Yo también —me dijo con timidez.

Me levanté del suelo y la llevé a mi habitación. La deposité en la cama y cogí el mando a distancia del reproductor de música. Encendí el aparato y la canción favorita de Lizzy: Strong de London Grammar empezó a sonar.

—Quiero demostrarte cuánto te amo, Lizzy.

Me quité las ropas a cámara lenta mientras ella hacía lo mismo.

—Falta algo —dije con aire pensativo.

No encendí velas, a ella no le gustaban las velas, le recordaba su triste pasado y sus interminables castigos rodeada de ellas. En lugar de velas, cogí el regalo que le había comprado días atrás para su cumpleaños. Era un velador de ángel que cambiaba de color cada cinco segundos. Ella lo miró con amor infinito.

—Ellos están en todas partes, Matt.

Tras posarlo sobre la mesilla, me tumbé a su lado tal cual había venido al mundo.

—¿Incluso en un beso?

Me precipité sobre ella y la besé con mucha pasión mientras me acomodaba entre sus piernas.

—En todo, Matt —susurró y tras ello, hundió la lengua en mi boca.



## Anna - Las sombras de Anna

Necesitaba alegrar a mi marido, que no pasaba por una buena fase en la agencia, según entendí. Había cosas incomprensibles, difíciles de digerir como la nueva locura de mi prima, que decidió ser boxeadora profesional. Nico no quería al inicio, pero luego se ofreció para ser su entrenador. Eran almas gemelas, sin lugar a dudas.

—Debo hacer unos cambios radicales en mi vida, Hormiguita.

Escucharla tan animada, terminó animándome también y le dije que sería su porrista particular. Gigo también le dijo lo mismo, por cierto.

—Nico es muy exigente —me dijo en tono serio—, y salvaje a la hora de follarme en el ring.

—Mmm.

«Sin comentarios».

—Engel está tan diferente, Paula —le comenté con un júbilo indescriptible en el corazón—, Gabriel y él se entienden tan bien.

—Ese chico es un ángel.

Muchas veces, aunque sonara una verdadera locura, lo pensé.

—Podría ser —bromeé, a medias.

Engel estaba muy encariñado con él y su hermano. Siempre estaba conversando con ellos y riendo, algo muy raro en mi hijo.

—Debo prepararme como Rocky lo haría, Anna.

Me imaginé a Paula con los guantes de Rocky.

—¿Sabes? Luciana está embarazada —me dijo, apenada—, serán mellizas.

A los cuarenta y dos años decidió ser madre, no por instinto maternal, sino por conveniencia.

—Tiene tanto dinero —le dije en un susurro—, no entiendo a la gente que quiere más y más.

—El tipo quiere hijos —me dijo mi prima, en tono serio—, necesita hijos para seguir con su dinastía.

Gabriel levantó a Engel en el aire y lo giró con mucha habilidad. Me preguntaba cómo reaccionaría mi hijo al saber que pronto se marcharía. Suspiré hondo.

—Gente de pasta, necesita dejar herederos para que se maten por la pasta en el futuro —me dijo Paula con sorna—, yo me dedico a gastarlo y, en general, con gente menos afortunada.

Paula realizó varias fiestas benéficas a lo largo de los años y recaudó bastante dinero para las personas menos afortunadas.

—Y pensar que el abogado de Nico «me aconsejó» que donara solo el veinticinco por ciento. ¡Maldita rata!

—Y el resto a tu cuenta.

—Avariciosos de mierda.

Gigo acababa de llegar con unas ropas muy llamativas. Se detuvo, tomó unas fotos de Gabriel y Engel. Lanzó un besito y luego se tropezó con algo. Su caída me hizo soltar una carcajada que recorrió todo el lugar. Gabriel se asustó y cogió a Engel en brazos mientras mi

amigo seguía protestando en el césped. Le comenté a Paula lo sucedido y ella también rio de buena gana.

—¿Irás a ver a Marcello? —me preguntó tras recomponerse—. ¿Quieres que te lleve?

—No te preocupes, Gigo me llevará.

Al colgar, una idea absurda cruzó mi mente y dibujó una amplia sonrisa en los labios.

—¿Qué quieres qué, criatura humana? —me preguntó Gigo, con la boca semiabierta y le repetí mi idea—, ¡me encanta! —saltó como una niña.

Decidí jugar a «Las cincuenta sombras de Grey». ¿Quién no lo hizo? ¡Qué levante la mano y la fusta! Odiada y amada, así era la trilogía de J. L. James.

—Me encantan tus ideas, Anna.

Gigo y Alexis me llevaron a la agencia tras las tres de la tarde, hora en que mis hijos dormían sus siestitas con Leticia.

—¿Jugarás a Grey? —me preguntó Alexis, tras quitarse las gafas rosas.

—¿Con la fusta de tu hermoso marido? —preguntó Gigo y puso cara de actriz porno barata—. Tu marido puede conmigo —jadeó el muy descarado.

Estaba coladito por Marcello, claro estaba. No podía culparlo y, mucho menos, odiarlo.

—¡Me encanta! —gritó Alexis, y dio un saltito a un lado, luego al otro y para finalizar, dio un giro sobre sí mismo con mucha gracia—. ¡Sois una pareja tan creativa!

Le aplaudimos con euforia. ¡El mundo se perdió a un gran bailarín! Me llevaron dentro de la agencia y me exigieron que me vistiera como Anastasia Steele en su primera entrevista con el magnate. Encontramos algo parecido entre mis ropas: una camisa floreada, abrigo azul de hilo y una falda algo ajustada con quien me peleé, ya que no me entraba muy bien la desgraciada. ¡Malditos bombones!

—Soy Anastasia versión XL—me mofé y me gané una nalgada por parte de Gigo—, ay...

—Oops, se me fue la olla —me dijo riendo—. Para entrar en el clima...

Me entregó una mochila en forma de corazón que me robó varios suspiros. Me dijo que era mía, como todo lo que se encontraba en su interior.

—Aquí tienes algunos juguetitos para la noche —me dijo con voz sensual—, me excita aquella foto —me indicó el portarretrato donde Marcello aparecía con nuestros hijos en la playa—, Grey sentiría envidia de él... —se mordió el labio inferior con lascivia—, ayyy —masculló tras recibir un pellizco en el culo—, malaaa —vocalizó.

Alexis me entregó un helicóptero de juguete y le miré con expresión interrogante.

—Para vuestro paseo de helicóptero —me dijo sonriendo—, ¡cerrad los ojos y hagáis el mejor paseo de vuestras vidas!

Me llevaron hasta la sala de Marcello.

—¡Disfruta de tu momento, Anastasia! —gritaron los dos antes de salir del lugar saltando como dos conejitos—, suerte, pequeña mortadela —acotó Gigo, y me robó una risotada.

Mi pasado me condenaba, sin lugar a dudas. Saludé a la secretaria de mi marido con amabilidad y le pedí que no me anunciara. Quería darle una sorpresa a Hoffgrey. Ella no me entendió.

—Shhh —le dije y ella sonrió.

Abrí la puerta de sopetón y me encontré con mi hermoso marido, que firmaba algo muy concentrado. Alzó la vista de golpe y frunció el ceño, bueno, en realidad me miró con alborozo, pero el Grey fruncía mucho el ceño y Anastasia se mordía mucho los labios. Me mordí el labio inferior, como mandaba el repertorio.

—¡Cielo! —me saludó, mi delicioso marido—, ¿qué te trae por aquí?



Para enfatizar el papel de Anastasia Steele, me tropecé y me caí en el suelo de un modo muy patoso. El tema era que no estaba actuando, aquello me salía naturalmente, consecuencia de mi grave enfermedad visual, pensé apenada.

«No mientas» me dijo mi cerebro, enfurruñado con mi manía de autocompadecerme.

Bueno, era torpe antes de descubrir que tenía la enfermedad y, tras ella, algo más.

—¿Estás bien, cielo?

Marcello se levantó de un impulso para ayudarme a incorporarme. Dios, para completar, la falda que llevaba se rompió en el costado.

—¿Estás bien, cielo? —repitió, algo azorado.

Yo sí, pero la falda no, cavilé hastiada. Marcello ahuecó mi rostro entre las manos y me miró con mucha dulzura. Hemos pasado varios capítulos. Me dio un beso bastante inquietante, la última vez que lo hizo, terminamos haciendo el amor en su mesa.

«Mmm» gemí, acalorada al evocarlo.

—Vine para hacerte una entrevista, señor Hoffmann —le dije tras morderme el labio inferior.

Me miró con expresión ladina.

—¿Lo de ser Grey por un día era en serio, cielo? —me preguntó frunciendo el ceño—. Cuando leí tu wasap, pensé que era una broma...

Asentí tras sentarme en la silla y reventar un poco más la falda. Anastasia Steele en esta historia era algo rellenita, valga la aclaración. Marcello pidió dos tazas de café antes de cerrar la puerta de su sala y sentarse en su silla. Aquel día gris, llevaba una camisa blanca con un chaleco negro y unos pantalones negros ajustados. Dios, mi marido era el hombre más sexy del mundo. ¿Cómo logré conquistarlo? Una mueca jactanciosa se estampó en mi cara. Tenía mis encantos, dije altiva.

«Modo Erich en lugar de modo avión».

—Dime, señorita Bellini, ¿qué le trae por aquí? —me preguntó con su ronca y grave voz germánica—, soy todo suyo.

Una bofetada imaginaria me devolvió al presente de golpe.

—Señor Hoffmann, ¿siempre deseó ser agente?

La secretaria entró con dos tazas de café y unas pastas de chocolate que me guiñaron el ojo. Miré mi falda y resoplé hastiada. Una pasta e iría semidesnuda a mi casa, pero la tentación fue mayor que la razón.

—Siempre, desde niño, señorita Bellini. La adrenalina que me genera cazar criminales es tan satisfactoria como la que cierta mujer genera en mi cama.

Solté un «oh».

—Enciende cada fibra de mi cuerpo con tan solo mirarme.

Ahora eran dos «oh».

—Me vuelve loco —me miró con deseo—, aunque siempre tenga sus dudas...

Tres «oh».

—¿Es usted gay, señor Hoffmann? —solté sin pensarlo.

Marcello me miró sorprendido por unos segundos y luego se carcajeó.

—¿Gay? ¡Tenemos seis hijos, cielo! ¿No es prueba suficiente de que no soy gay?

Puse cara de duda.

—Bueno, algunos hombres gais adop...

Me interrumpió en seco.

—Cielo... —me miró con ojos amenazadores—, te demostraré.

Y así lo hizo, ¡tres veces!

—Marcello, eres... eres...

Estábamos en el sofá, completamente desnudos y empapados en sudor.

—¿Hetero? —me dijo con la voz entrecortada.

—¡Maravilloso! —chillé y volvimos a hacer el amor.

Tras hacer el amor con cierto salvajismo y merendar bien rico, decidimos irnos a nuestra casa. En el ascensor intentamos hacer una de las escenas de la novela, pero cuando me puso contra la pared y levantó mis brazos a lo alto, las mangas de mi camisa se rompieron en la parte de las axilas. Nunca pensé reírme tanto. ¡Era tan patosa! Marcello no desistió y me sedujo como me gustaba. Me besó con fogosidad mientras una de las canciones de Sia sonaba en los altavoces. Él sabía cómo incendiarme entera.

—Esta fusta me encanta —le dije mientras acariciaba su parte íntima con lascivia—, oh oh —le dije cuando mi pulsera se enganchó a su cinto, momento en que unas mujeres entraron en el cubículo y nos miraron con asombro. Tiré mi pulsera y le di un golpe certero a una niña en su cara. ¡Era una patosa golpeadora de niños! La madre me mandó al infierno en un idioma que no entendía, no entendía ni jota de lo que me decía, pero la expresión de su cara me dejaba muy en claro su estado anímico. Salieron del cubículo maldiciéndome mientras la pobre niña lloraba a moco tendido. ¡Fue un golpe leve! ¡Por el amor de Dios! Marcello me dijo bellas palabras.

—Lo siento —le dije azorada a la mujer antes de que se cerraran las puertas—, siento haber reventado mi pulsera de la suerte —le saqué la lengua.

Marcello me estrechó entre sus brazos riendo.

—Cielo, no te enfades, no te hace bien.

Cuando me ponía nerviosa, la vista se me nublaba aún más. Me abracé a él y aspiré el aroma penetrante y fresco de su perfume entremezclado con la loción post barba y el aroma delicioso del café.

—Te amo, cielo.

—Y yo a ti, Marcello.

Llegamos a nuestra casa y jugamos con nuestros pollitos. Cenamos y les contamos unos cuentitos antes de que se durmieran. Luego de lavar y ordenar los platos, fuimos al cuarto de juego.

—Este es el cuarto de juegos de nuestros hijos, cielo —me recordó algo atribulado—, no creo poder hacerlo aquí...

No tenía otro sitio mejor para el cuarto de juegos.

—¿No te excita, mi amor? —le pregunté y me senté en el sofá tira pedos que Gigo les había regalado a mis pollitos la semana pasada—, eso no fue nada erótico...

Marcello rio de buena gana al ver mi mueca divertida. Me cogió en brazos y me llevó a nuestro cuarto. Me depositó en la cama y miró estupefacto el helicóptero de juguete que se encontraba sobre ella.

—Haremos un paseo en helicóptero, Marcello —le dije, sonriendo—, este eres tú —le enseñé un muñeco—, le puse un pene de plastilina, ya que anatómicamente la falta algo —Marcello no podía dar crédito a lo que estaba viendo—, y, esta soy yo —le mostré una muñeca gordita de pelo negro con un vestido rojo—, el vestido lo hice yo, porque el suyo era muy soso —le indiqué las coletas—, para acentuar su parecido a mí.

Puse la radio tras colocar mi pendrive en ella. Simulé que el juguete volaba en el aire mientras la canción: *Love me like you do* de Ellie Goulding sonaba de fondo como pasaba en la cinta. Marcello me miró con profundo amor, con una ternura difícil de esconder. Cogió el juguete y

lo depositó sobre la cómoda. Se acercó y me atrajo contra su cuerpo. Le rodeé el cuello con los brazos y me puse de puntillas para besarlo.

—Eres increíble, Anna Bellini.

Esbocé una sonrisa ladina.

—Increíblemente loca...

Me besó con mucha pasión y me llevó a la cama, donde le pedí que me esposara e hiciera todo lo que quisiera conmigo.

—La fusta está en el sofá —le indiqué.

Marcello me miró con socarronería.

—¿Quieres seguir jugando, cielo?

Asentí sonriendo. Cogió las esposas que Gigo me había regalado y me las puso tras dejarme solo con mis ropas íntimas.

—Vaya, me encanta la ropa íntima de encajes que has elegido, cielo —me dijo antes de pasarme la lengua sobre el centro de la braga de un modo muy excitante—, entrégate a mí —empujó la punta de su lengua en mi sexo.

Me arqueé a medida que aumentaba el movimiento de su lengua sobre la tela diminuta que cubría mi parte íntima. Marcello sabía dejarme sin aliento. ¡Dios!

—Así, cielo.

Se quitó las ropas y se puso de rodillas en la cama con una pluma que deslizó con sensualidad por mi cuerpo. Tuve un ataque de risas, y terminé rogándole que parara.

—Solo si me prometes que no volveremos a jugar a esto —amonestó sin detenerse en su tortura plumística—, nada de sombras, de lo que el viento se llevó, diario de Noah o Titanic, cielo.

Me reía cada vez con más descontrol, aquello no tenía nada de sensual, definitivamente. Le prometí que no volvería a pedirle aquellas cosas absurdas riendo como una loca.

—No lo cumplirás, Anna Bellini.

¡Vaya que me conocía bien el condenado!

—¿De qué estás hablando, Willis? —me removí de un lado al otro.

Marcello se detuvo y rasgó mi ropa interior en el medio y me hizo perder por completo la razón. Se deleitó con mi parte íntima como un hambriento ante una comida o un sediento ante una fuente de agua. Me dijo que quería que me corriera en su boca, ¡y así lo hice!

—¡Marcello! —grité al llegar al clímax.

¡Cincuenta maneras de usar la lengua! ¡Volumen 1, 2, 3, 4...! Marcello me dio una nalgada sonriendo.

—Muy bien, señorita Bellini —me dijo antes de vendarme los ojos—, esto apenas ha comenzado —me quitó de un tirón el sujetador y se deleitó con mis senos—, te haré gemir con mis torturas sexuales —un dedo se fue introduciendo en mi parte íntima, empezó a jugar con ella mientras succionaba un pezón y luego el otro—, no seré un millonario perturbado, pero sé jugar muy bien a esto.

¡Dios! ¡Mi agente era increíble! Me mordí el labio inferior unas cincuenta veces seguidas durante toda la sesión de tortura, ¡la tortura más excitante del mundo!

—¿Conoces el código Morse, señorita Bellini?

Me puse pensativa unos segundos.

—Sí... —le dije jadeante.

Me abrió las piernas un poco más.

—Pues tendremos un código secreto —lamió mi parte íntima de arriba abajo—, señorita

Bellini.

Con la punta de la lengua empezó a trazar unas letras en mi parte íntima. Cada vez que me equivocaba de letra, me succionaba con fuerza los labios hinchados de mi sexo.

—Te deseo con locura —gemí al llegar al frenesí por segunda vez—, cielo —terminé la frase que había escrito con la lengua.

Marcello me quitó la venda y me miró. Aquellos ojos azules clarísimos, que me recordaban el cielo en pleno verano, me miraban con avidez y amor. Se acomodó entre mis piernas y de un solo embate me penetró hasta el fondo. Antes de que pudiera gemir, chillar o decir cualquier cosa, me besó con mucha pasión, haciéndome sentir en los labios mi propio sabor.

—¿Sientes lo deliciosa que eres, cielo?

Me puse pensativa.

—¿Esto no me convierte en lesbiana, mi amor? —me dio una nalgada—, ayyy...

Sabía muy bien cómo soterrar un momento sexi. Marcello empezó a moverse a un ritmo infernal, haciéndome gritar de placer, literalmente. ¡Era una diosa en la cama! Aunque... nunca había estado con otro. Aquel comentario lo enfureció y me gané a cambio una nalgada de fusta.

—¡Más! —chillé y él rio de buena gana.

Al día siguiente, tras la cena, un helicóptero posó en nuestro patio. Me acerqué a la puerta y miré estupefacta el aparato a través de la puerta acristalada.

«Bermer» rezaba en la puerta del copiloto.

—Cielo mío, ¿quieres dar un paseo en helicóptero?

Me volví sin abandonar mi mueca de asombro.

—¿Sabes pilotar uno, mi amor?

Marcello sonrió con astucia.

—Lo he aprendido en el ejército, pero no suelo hacerlo con frecuencia, cielo.

No me adentré en el tema, al contrario, me solté el pelo, me maquillé y me puse un lindo vestido estampado sin tirantes y me subí al helicóptero para dar el paseo más emocionante y romántico de mi vida.

—Te amo, señor Hoffmann —le dije, cuando me puso un tipo de auricular.

—Y yo a ti, señora Hoffmann.

¡Observar la ciudad desde el cielo era mágico! ¡Tener un marido como el mío era pura magia! Con o sin fusta, Marcello era la luz de mi vida y ofuscaba por completo las sombras de mi abismo existencial. Me tomé una selfie, no podía perderme aquel momento.

—Cielo... —me dijo Marcello en tono serio—, no has posteado en todas tus redes sociales, ¿no?

Acababa de postear la foto en el Instagram, en el Facebook, en mi estado de WhatsApp y en el Snapchat. Giré el rostro y lo miré con ojos de cordero degollado.

—¿De qué estás hablando, Willis?

Marcello rio a mandíbula batiente mientras giraba el helicóptero con maestría.

—¿Cuándo jugaremos a James Bond, mi amor?

—Cielooo...

—¡Broma!

—Ajá.

—¿Cuándo?

¡Me dijo unas cincuenta veces que no, pero terminó haciendo exactamente lo contrario tras mi juego de seducción aquella noche!



## Marcello - Ángeles y demonios

**D**ecidimos ver la final del mundial en la casa de Erich, el próximo domingo. Mi cuñado le pidió a Jonás que trajera croquetas. El vikingo lo miró con atención y cierta confusión.

—Me encantan las croquetas de mi mujer —dijo Jonás, y nos reímos—. ¡No seáis degenerados! ¡Hablo de la comida no de sus pechos!

Nos reímos aún más al descubrir cómo llamaba Jonás a los pechos de su mujer.

—Croquetas y vino francés —nos dijo Erich, con una sonrisa afable.

Dejé de reírme y le dije algo anonadado:

—¿Croquetas y vino francés?

Erich asintió con firmeza.

—El vino por Francia y las croquetas por Croacia.

Los tres lo miramos como si acabara de afirmarnos que era el más feo de los cuatro, hipotéticamente hablando, claro estaba.

—¿Por qué me miráis así? ¿Acaso la croqueta no viene de Croacia?

Nos desternillamos. ¡Era tan rubio!

—El magnate ese hará una carrera ilegal —anuncié y salimos como alma que lleva el diablo hacia el lugar.

—¿Piensas que Zeus podría estar allí?

Cogí mi arma tras ponerme el chaleco antibalas a toda prisa.

—Todo es posible, Peter.

Ludwig von Höllemann y sus amigos se reunieron en un hipódromo privado para motos. Allí solía realizar carreras ilegales. Para mi mayor asombro, el comandante Miguel organizó una carrera con sus mejores hombres contra el magnate, que aceptó encantado. Andaba tan cansado, que por poco no me dormía de pie. Mis amigos pidieron pizzas y cervezas mientras esperábamos el inicio de la carrera clandestina con la esperanza de ver a Luigi Biaggio, sobrino de Zeus, según entendimos.

—Este hombre es tan raro —me dijo Jonás, con el cejo fruncido—, no parece humano.

No les conté el extraño sueño que había tenido días atrás con él. Esbocé una sonrisa ante el recuerdo infernal. Anna me dijo que andaba muy preocupado y que eso me estaba generando estrés. Mi vida no era simple, no era normal.

—Parece un demonio —soltó Peter, y toda la piel se me erizó.

Unas motos de carrera negras con unos detalles en rojo aparecieron en la pantalla y me robaron por completo la atención. Ludwig se quitó el casco con suma elegancia y dejó a la vista su rostro. Era un hombre de mirada penetrante y maliciosa.

—Son los mismos de la noche anterior —mascullé al ver el rostro de los otros pilotos—, su clan demoníaco.

Mis amigos hablaban en la cocina del apartamento animadamente mientras yo me concentraba en ellos. Unas siete motos de color blanco con detalles en plata aparecieron y se situaron de forma ordenada lado a lado. Uno de ellos era el comandante Himmelberg. Cuando vi a Gabriel entre ellos, el corazón se me volcó

—¿Qué hace entre ellos?

Ludwig se acercó a Miguel, y le tendió la mano.

—¿No harás trampa, Lucifer?

¿Cómo? ¿Dijo Lucifer? ¿Escuché bien? Miré hacia mis amigos, pero fui incapaz de abrir la boca. No podía, era como si la boca se me hubiera petrificado.

—No lo haré, Miguel. ¡No soy un arcángel como tú, pero lo fui!

¿Miguel era uno de los arcángeles? Todo empezó a darme vueltas, en especial cuando Ludwig sonrió y sus ojos cambiaron de color. Ahora eran casi rojos, como los del demonio.

—Si ganáis —dijo el magnate y miró hacia un grupo de jóvenes que acababan de llegar al lugar—, ellos no morirán hoy.

Miguel tragó con fuerza.

—Si perdéis...

Un hombre alto, de pelo negro, ojos azules y piel curtida se acercó a ellos y se cruzó de brazos. Miguel mencionó su nombre y lo busqué en Google.

—¿Es un demonio?

Gabriel le dijo algo a Miguel y él asintió. Me puse pensativo unos minutos. ¿Gabriel era el mensajero de Dios? Llevé la mano a la cabeza en un gesto de estupefacción.

—Usarás mi moto —anunció Gabriel con firmeza—, para evitar que hagas trampas, hermano.

¿Hermano? ¿Gabriel y Ludwig eran hermanos? Y entonces, del cielo descendió un hombre de alas negras y se acuclilló en el suelo al aterrizar. Levantó la cabeza y miró hacia la pantalla con ojos voraces.

—¿Azrael?

Se puso de pie y se acercó a ellos con pasos felinos. Sus enormes alas negras seguían abiertas de par en par.

—He venido para asegurarme de que no harás trampa, Luzbel.

Ludwig sonrió con expresión socarrona.

—¿Por qué no vino él en persona?

Miguel se cruzó de brazos a la altura de sus pechos.

—Claro, él no es mundano como nosotros —bromeó Ludwig—, y luego el arrogante soy yo.

¿A quién se refería? ¿A Dios? ¿Era eso? Solté un jadeo. ¿Qué estaba pasando? ¿Estaba soñando? ¿Era eso? Miré hacia la cocina, mis amigos conversaban y reían. Quería gritar, pero algo me impedía. Clavé la vista en la pantalla justo cuando Gabriel empujó a uno de los demonios. Este extendió sus alas negras y se abalanzó sobre Gabriel, que extendió sus alas blancas para protegerse.

—¡Basta! —gritó Ludwig en un tono feroz—, mejor empezamos la carrera —sonrió con expresión taimada—, tengo ganas de condenar nuevas almas.

La canción: *Hell* del grupo Disturbed empezó a sonar a todo volumen, erizándome toda la piel. Miguel no dijo nada, solo se acercó a la moto y la montó con maestría. Ludwig hizo lo mismo.

—¿Listos? —preguntó Gabriel y ambos arrancaron.

Una mujer desnuda apareció con una víbora enroscada a su cuerpo y de brazos abiertos de par en par. Los motores rugieron y el humo se hizo presente antes de que ella bajara los brazos.

—¡Lucifer! ¡Lucifer! ¡Lucifer! —gritaron algunas personas.

Las motos iban a una velocidad exorbitante por la pista mientras unas antorchas aparecían a

cada lado de la misma. El fuego iluminó el sitio de un modo bastante inquietante. Parecía el mismísimo infierno.

—Uno de los ángeles hizo un gesto con las manos y una tímida lluvia empezó a caer sobre ellos, pero el fuego no se apagó, al contrario, se acentuó aún más.

—¡Miguel! ¡Miguel! ¡Miguel! —chillaron unos cuantos.

La carrera era bastante disputada y era difícil adivinar quién ganaría. Miguel aceleró y tuvo una leve ventaja, que Ludwig supo muy bien cómo revertir. Para sorpresa de todos, incluso la mía, Miguel activó algo en la moto y la velocidad aumentó deliberadamente. Ludwig hizo lo mismo, segundos después. ¿Acaso él sabía que lo haría? La lluvia mansa pasó a ser una verdadera tormenta, que obligó a las personas a buscar refugio en un tipo de tienda de campaña montada a un lado de la pista.

—¡No hagas trampa, Lucifer! —gritó Miguel, pero era tarde, porque las tiendas empezaron a arder.

Las personas salieron de ellas como pudieron, algunos completamente incendiados. Me levanté del sillón y llevé las manos a la cabeza ante lo que estaba viendo. Los ángeles extendieron sus alas y salvaron a algunos de la muerte mientras Azrael se dedicaba a llevar las almas de los que no pudieron huir. Ludwig frenó la moto de golpe y tras ello extendió sus alas negras.

—Lo prometiste, Lucifer —le recordó Miguel.

Él le dedicó una sonrisa de incredulidad.

—Tan inocente como el hijo de vuestro amo.

Y con esas palabras, salió volando del lugar con sus súbditos. Las alas de Miguel empezaron a teñirse de rojo, era sangre, la sangre de los inocentes que acababan de morir. Los ángeles levantaron las cabezas y miraron con infinita tristeza el cielo repleto de venas plateadas mientras sus alas se teñían de dolor. Un ángel de alas negras descendió del cielo con un bebé entre los brazos. Ellos se acuclillaron y lloraron a lágrima vida.

—Lo han hecho —dijo el ángel, de belleza indescriptible—, han resucitado al hijo de Dios...

¿Qué quería decir? ¿Resucitaron a Jesús? ¿Era eso? El ángel con el bebé en brazos me miró con profundo dolor, como si me conociera. Un rayo cayó del cielo de un momento a otro a pocos metros de él y lo partió en dos. Solté un grito agudo al ver cómo su cuerpo se partía en dos, al igual que el del bebé.

—¡Nooo! —grité al despertarme de golpe—, Lucifer está aquí...

Mis amigos se acercaron y me miraron atónitos.

—Fue una pesadilla —me dijo Peter—, la carrera no se llevó a cabo —me dijo con el cejo fruncido—, Ludwig la canceló a última hora y tú te quedaste dormido.

—No quisimos despertarte —acotó Erich—, estás muy cansado.

Tenía el corazón muy acelerado.

—Tuve una pesadilla —les dije con la voz entrecortada—, una terrible pesadilla.

Aquello no era producto del estrés, sino de alguna profecía, algún mensaje del cielo o, tal vez, del infierno.





## Anna - El reencuentro

**G**ritamos todo el camino como unas locas de remate. ¡Era nuestro día libre! Valentina y yo saltábamos en el asiento trasero del coche de Sarah, mientras Alejandra hacía unos vídeos con el móvil.

—¡Sin bebés! —chilló Sarah, y tocó el claxon—. Por unos meses —miró su tripa ligeramente abultada—. Por unos meses.

Mi móvil timbró y Valentina lo cogió antes de que pudiera contestar la llamada.

—No lo hagas, Hormiguita —me sugirió—. Es una llamada de auxilio.

Alejandra dijo que usarían todo tipo de excusas para hacernos volver a casa.

—Son unos manipuladores —acotó Sarah—. Erich es el rey de la manipulación.

Valentina y yo bebíamos cervezas heladas con Paula y Aramí.

—Aunque bastaría con enseñarnos sus abdomenes perfectos —maticé y lamí la boca de la botella como un can sediento—. ¡O la salchicha alemana! —reí con toda el alma.

Ellas se carcajearon.

—¡Sus culos perfectos! —resaltó Pulgarcito, y entrechocamos las botellas—. Anoche le puse miel a Jonás —me miró con picardía—. Sus nalgas saben aún mejor con algo de miel —más risotadas.

Sarah frenó cuando el semáforo se puso en rojo.

—Dios, ¡no me hables de culos! —nos dijo y Alejandra rio por lo bajo—. Mi marido tiene unas cachas de puta madre —se abanicó con ambas manos la cara enrojecida—. ¡Todo él es delicioso!

Alejandra tuvo un ataque de risas cuando Sarah hizo muecas, simulando tener un orgasmo fulminante.

—¡Los brazos! —resaltó Paula, algo embriagada—. ¡Amo los brazos de Nico!

Soltamos un grito.

—Peter tiene unos brazos —dijo Alejandra y meneó la cabeza con energía—. Que por muy poco no me hacen bajar las escaleras como la niña de la película *«El Exorcista»*.

Cuando estábamos solas, éramos unas desvergonzadas. Escupíamos los que pensábamos sin mucha dificultad.

—¿Y la raya del pecado? —apostillé tras gemir—. Mi sitio favorito en el cuerpo de Marcello —moví la lengua de arriba abajo—. Rumbo a la perdición...

—¡La V! —gritaron, enloquecidas.

Llegamos al apartamento de Gigo. Nos apeamos y nos enfilamos hacia nuestro destino final. Mi amigo rosa había preparado una merienda entre amigas.

—¡Holaaa! —saludaron Gigo y Alexis.

Perlita acababa de ordenar unos canapés en la mesa de cristal ornamental del comedor y yo la ayudé con las pastas dulces. Ayudar significaba comer unos cuantos, valga la aclaración.

—Hago pis cada dos minutos, chicas —lloriqueó, Perlita—. Y lloró cada un minuto.

Soltamos un gemido de lamento muy teatral. Le dije que era normal y que tras el nacimiento del bebé todo volvía a su normalidad. Alejandra y Sarah se carcajearon. Les lancé una mirada elocuente a ambas.

—Lo siento —dijeron riendo—, pero no tienes por qué mentirle.

Las miré con indignación.

—No estáis colaborando —musité, ceñuda.

—¡Anna! —exclamó Alexis, dando unos saltitos nada viriles—. ¿No sabes a quién nos hemos encontrado en el ascensor?

Giró los ojos varias veces consecutivas y suspiró varias veces seguidas. ¡Era tan exagerado!

—¿A Aquaman? —solté con sorna.

Gigo y él me miraron confundidos. Mi marido había usurpado mi cuerpo por unos instantes y el sarcasmo se adueñó de mí.

—¡A tu hermoso, delicioso y súper vitaminado ex! —exclamó Gigo—. ¡Y creo que sea gay!

Aquello me dejó bastante desconcertada. ¿Alex era gay? ¿No estaba casado? La confusión se adueñó de mí.

—Es que lo vimos con un hombre tan apuesto como él —comentó Alexis, con expresión ladina—. Ese hombre empezó a hacerle cosquillas en el corredor y de un momento a otro, estaban casi abrazados cerca de la puerta.

Paula se aproximó y nos miró curiosa.

—Alex no es gay —nos dijo con rotundidad—, y ese chico apuesto es el hijo de su primo Matteo.

La miré estupefacta.

—Lo acaba de descubrir, Anna —me aclaró—, tiene veintidós años y es modelo —apostilló—, Matteo era tres o cuatro años mayor que él y creo que lo tuvo con una novia del colegio, a quien nadie conocía hasta hace poco.

—Qué lindo —dije, emocionada.

Perlita se acercó con un bote gigante de helado.

—He engordado casi veinte kilos —comentó, entristecida—. Estoy gorda... —lloró como Kate Hudson en «*Como perder un hombre en diez días*»—. Anoche tuve unos antojos terribles —prosiguió—. Le pedí a Stefan helado de piña y el muy desconsiderado me trajo de banana —más llanto.

Perlita andaba súper latosa los últimos meses. El pobre Stefan atendía todos sus caprichos, pero algunos eran medio imposibles, al menos por los horarios en que solía darle tales ataques. Eran millonarios, pero no podían hacer milagros.

—¡Anna! —me llamó Gigo, desde la terraza—. ¡Ven!

Dijo Anna, pero todas nos instalamos en el balcón de Gigo. Al otro lado, Alex hablaba con alguien por teléfono. Llevaba un suéter negro ajustado que realzaba su torso musculoso y el dorado de sus antebrazos. Ya no era el mismo del pasado, estaba distinto, aunque igual en ciertos aspectos. Llevaba barba y el pelo más voluminoso que en el pasado. Lo miré con expresión bobalicona. No porque sintiera algo por él, sino por la ternura que despertaba en mí. Fue una persona maravillosa que dejó recuerdos maravillosos en mi vida.

—¿Ese era tu ex, Anna? —me preguntó Sarah—, ¡es guapísimo!

Un hombre bastante musculoso de pelo cobrizo y ojos claros apareció en el balcón, que según entendí, vivía allí desde el mes pasado.

—Es idéntico a Matteo —dije, sorprendida—, es su copia fiel.

El sobrino nos saludó. Todas entraron en la casa a toda prisa, menos yo, que me quedé en el balcón justo cuando Alex giró. Me miró con una dulce expresión, con la misma expresión del pasado. Me sonrojé como un tomate.

—Anna —dijo con una dulce sonrisa.

—Hola —le dije, ruborizada como un tomate.

Lo miré fijo por unos segundos, unos eternos segundos. No comprendía muy bien lo que sentía en aquel momento, pero era tan bonito, tan idílico. Como cuando ves un atardecer o un arcoíris tras la tormenta.

—¡Anna!

Volví en mí cuando Alexis me llamó.

—Permiso —me tropecé con la silla—. Mierda —derrumbé un florero—. Más mierda —choqué contra la puerta acristalada—. Mierda al cubo.

Hablaba como Jonás, el marido de Valentina. Cuando me ponía nerviosa, la vista se me nublaba aún más. Gigo vino a mi rescate. Alzó la vista y miró con curiosidad a Alex.

—Alex sigue enamorado de ti, amiga.

Entorné los ojos al escuchar su afirmación.

—¿Qué?

Me tropecé y me desparramé en el suelo como una muñeca de trapo. Gigo me levantó a toda prisa por segunda vez. Su afirmación flaqueó mis piernas.

—Soy una pata —le dije, entristecida—. La más pata...

Pero me equivocaba, porque Valentina tenía una visión perfecta y se tropezó y derrumbó cosas mientras preparaba algo en la cocina con Alejandra. Nos echamos a reír.

—¡No es por la vista! —voceó mi dulce española—. ¡Jonás es testigo!

Aunque era más víctima que testigo, repuso tras recomponerse de la carcajada.

«Alex sigue enamorado de ti, amiga» resonó la afirmación de mi amigo en mi cabeza. ¿Por qué me afectaba tanto? Paula me había dicho que llevaba separado de su esposa unos meses y, que al final, decidió pedirle el divorcio. Nunca le pregunté los motivos, ella tampoco los mencionó. A veces, muy raras veces, Paula solía ser discreta.

Valentina nos comentó sobre sus incidentes y nos hizo reír a todo pulmón con cada una de sus aventuras desastrosas.

El timbre sonó.

—¡Voy! —gritó Alexis, e imitó el salto de un conejo—. ¿Quién será? —meneó la boca de un modo muy jocoso.

Abrió la puerta y unos bailarines vestidos de bebés entraron en el apartamento. Gigo y Alexis gritaron eufóricos. Nosotras los miramos boquiabiertas, sin saber si reírnos o no.

—¡Qué bebés! —chilló Paula—. ¡Enseñadme los biberones!

Perlita puso la mano en el aire.

—¡Mamita! ¡La fiesta es para mí!

Nos echamos a reír.

—¡Mostrad esos biberones!

Gigo colocó unas canciones muy sensuales y los bebés musculosos empezaron a bailar sensualmente, balanceando sus caderas con mucho erotismo. La gorra y el pañal gigante me dieron ganas de salir corriendo del lugar. Alexis y Gigo giraban alrededor de los strippers como unas mariposas embriagadas.

—¡Mi amor! ¡Siempre quise ser padre! —gritaron al unísono.

Gigo y Alexis se miraron.

—¡Madres! —corrigieron y nos echamos a reír.

Aramí y Perlita tuvieron un ataque de risas en el sofá mientras grababan el baile de aquellos bebés gigantes. Paula se acercó y puso unos billetes de cincuenta euros en sus pañales.

Uno de los tres bebés se quitó el pañal y dejó al descubierto su minúsculo tanga con una foto de chupete en el centro. ¡Un chupete enorme!

—¡Uhhh! —chillaron todas, menos yo.

A los pocos minutos, la alarma de incendio se activó y el ruido infernal que emitió casi nos ensordeció. Gigo y Alexis gritaban al compás del detector de humo mientras Valentina y Alejandra lanzaban la olla en el fregadero. La comida se había quemado en un descuido de ellas. Perlita lloró, ya que los macarrones que preparaban eran para ella. Aramí y Paula intentaron apagar el aparato con una escoba.

—Tengo hambre —protestó Perlita—. Quiero salchicha —miró a uno de los bailarines con ojos voraces.

El muchacho se acercó y balanceó su enorme bulto en su frente.

—¡No está funcionando! —se quejó Perlita.

Alex apareció de la nada y desactivó el maldito aparato con tan solo levantar el brazo. Era tan alto y tan fuerte. Cuando vio a los bailarines semidesnudos en la sala, enmudeció ante la sorpresa. Su sobrino apareció minutos después y reaccionó del mismo modo.

—Ehhh...

Nos quedamos en silencio y quietos por unos segundos. En ese lapso, apareció un hombre vestido de negro y con cara de pocos amigos. Supuse que era algún vecino cabreado.

—¡Quietos! —chilló y nos enseñó un arma.

Alexis y Gigo gritaron como dos niñas. El hombre pegó a Gigo con la culata del arma y mi amigo perdió la consciencia al instante.

—¡Gigooo! —grité y fui a su rescate.

—¡No, Anna! —gritó Valentina.

El hombre de negro me cogió del brazo de golpe y me dijo que venía a por mí. ¿A por mí? ¿Por qué? Me arrastró hasta la puerta sin delicadeza.

—Pequeña y traviesa —me dijo con un acento muy raro—. El jefe anhela verte, Anna Bellini.

¿Su jefe? ¿De qué estaba hablando? Antes de que pudiera abrir la boca para replicarle, Alex le dio un puñetazo certero en la cara. El hombre cayó al suelo.

—¡Apártate, Anna! —me dijo Alex.

Me acurruqué al lado de Gigo, que poco a poco recuperaba la consciencia. Alex cogió el arma del hombre con una habilidad asombrosa y la apuntó en contra del mismo, quien puso las manos en actitud de rendición. Todos los miramos con perplejidad. Aquel Alex no conocía ni en sueños. Uno de los agentes de Marcello entró como alma que lleva el diablo.

—¡¿Quién eres?! —gritó el hombre de mi marido.

Lo esposó en dos segundos.

—¿Quién eres tú? —replicó el hombre antes de recibir una descarga eléctrica por parte del agente.

—¡Chicas! —gritó Perlita, de repente—. ¡Estela decidió venir antes del tiempo!

—¡Ha roto aguas!

Alex me miró con preocupación.

—¿Te encuentras bien, Anna?

Alargó la mano y me tocó la mejilla con ternura.

—No —le dije con un temblor en la voz.

Para mi sorpresa, me estrechó entre sus brazos y yo me abracé a él como en el pasado. Mis ojos se encontraron de golpe con los de Paula, que atónita, me miraba desde su sitio. ¿Por qué me

miraba de aquel modo?

—Tranquila, mi amor.

Toda la piel se me erizó al oírlo.

—Anna —me dijo Sarah en tono serio—, vámonos.

Me aparté de él y lo miré con ojos teñidos de sentimientos encontrados y confusos.

—Las llevo —nos dijo—, tranquila, soy médico —le dijo a Perlita y sonrió—, todo saldrá bien.

Salimos corriendo de la casa, gritando y maldiciendo al tiempo. Alex nos llevó al hospital mientras el agente se encargaba del hombre extraño. Llamé a Marcello y luego a Stefan.

—¡Maldito, Stefan Leuenberger! —gritó Perlita, durante todo el camino—. ¡Él me hizo esto! ¡Era tan delicioso hacerlo! —bajamos del coche a toda prisa—. ¡Necesito morfina!

Stefan llamó y me dijo que estaba en camino.

—¡Quiero morfina! —tronó Perlita, mientras se sentaba en la silla de ruedas—. ¡Morfina!

Gigo estaba en emergencias, donde le suturaron el corte que le había hecho aquel animal. Alexis lloraba a su lado. Eran las mejores amigas del mundo.

—Los strippers nos deben un baile —le consoló Alexis—. Además, robé una ropa interior de tu vecino —puse los ojos en blanco.

Gigo soltó un gemido de placer.

—¿Usado?

Alexis hizo una mueca de superioridad y retiró la ropa interior.

—¡Oh, sí! —ambos olisquearon la ropa interior y luego la besaron.

Alex se acercó.

—Lo siento, Anna —me dijo en tono compungido—. ¿Te encuentras bien?

El grito de mis amigos me hizo girar el rostro. Alexis lanzó la ropa interior, Gigo volvió a lanzarla y así estuvieron unos segundos hasta que Gigo decidió esconderla.

—Si no fuera por ti —acoté algo aterrorizada aún—, no sé qué hubiera pasado.

Acarició mi mejilla y me miró con mucha magnitud.

«Está enamorado de ti» resonó la voz de Gigo en mi cabeza.

Me temblaron las rodillas y también el corazón cuando miró con insistencia mis labios. Reclinó la cabeza y cuando estuvo a punto de besarme, Marcello gritó:

—¡Cielo!

Su grito me erizó toda la piel. Giramos los rostros hacia él y lo escrutamos fijamente. Mi marido fulminó con la mirada a Alex y luego a mí. La única vez que me miró así fue en el pasado, cuando descubrió quién era en realidad Atenea Ricci.

«Dios mío».



## Marcello - Lágrimas de amor

**V**er a mi mujer con su ex me dejó completamente desestabilizado. Fue como recibir una bala en el pecho, una bala disparada por ella misma, por Anna.

—Marcello, ¿por qué me miras así? —me preguntó cuando volvimos a casa.

La imagen de los dos estaba grabada en mi retina a fuego.

—Dormiré en la sala de juegos —anuncié y la dejé allí, llorando a lágrima viva.

Cerré la puerta sin mirarla y me apoyé contra ella con la sangre palpitándome por todas partes. Anna lloraba con desconsuelo, pero esta vez, aunque me partía el alma verla así, no pude consolarla.

—Lo siento, cielo.

Engel e Ian aparecieron en el pasillo y me miraron con curiosidad y tristeza.

—¿Qué hacéis despiertos?

Se miraron y luego me miraron con ojos bien abiertos.

—No os peléis —me dijo Engel, en tono suplicante—, es obra del otro.

Fruncí mucho el entrecejo al escuchar su afirmación.

—¿El otro? —repliqué, aturdido.

Ian miró el piso.

—El malo —me dijo Ian.

—Él es malo —repuso Engel.

—No creo en esas cosas, hijos.

No podía ser indiferente a aquello, ya que llevaba días teniendo pesadillas extrañas. Pero ¿por qué ese ser nos perseguiría a nosotros? ¿Meros mortales?

—Rezad —les dije y los llevé a sus camas—, pedid protección a Dios.

Engel me miró con cierta aprehensión.

—Tú también debes rezar, papá.

Asentí sin mucha convicción.

—Eso haré.

Sin embargo, no lo hice. La fe flaqueaba ante las atrocidades que vivía a diario en las misiones. Muertes inocentes, injusticias y falta de compasión hacia los más inocentes fueron matando mi fe poco a poco. Engel cogió mi mano y me dijo que Dios nos protegerá, que él tenía un pacto sagrado con él. Le di un beso en la cabecita y sonreí. No era nadie para destruir su creencia o su fe.

—Os amo.

Ellos me dedicaron una sonrisa.

—Sois mi mundo.

Apagué la luz y salí.

—Marcello... —me dijo Anna, cuando salí de la habitación—, por favor...

Anna hizo de todo para que se me pasara el enfado, pero no había logrado mitigarlo de mi corazón. Ese hombre sentía algo por ella, algo muy fuerte.

—No puedo.

Y mi esposa ¿sentía algo por él? Las dudas asaltaron mi mente y agitaron mi corazón con

violencia.

—Está bien —me dijo y cerró la puerta con violencia.

Entré en la habitación con la rabia estampada en la cara y la estreché entre los brazos.

—Marcello...

—Perdóname —le dije con la voz apagada—, por no poder... —las palabras se atoraron en mi garganta.

La besé con una pasión insana y la hice mía hasta que las fuerzas me fallaron. Cuando Anna se durmió, salí del cuarto y busqué refugio en el sótano.

Golpeé la bolsa de arena con tanta furia que terminé rompiendo la base.

—Scheiße! —grité encolerizado y empecé a golpear al muñeco de boxeo con todas mis fuerzas, hasta que los nudillos me dolieron.

La canción de Ruelle: *Live like legends* sonaba en la radio a todo volumen en el sótano con paredes especiales que camuflaban el sonido. Necesitaba ensordecer aquella maquiavélica voz que me decía una y otra vez que Anna también sentía algo por su ex.

—¡No es verdad! —troné y empecé a patear el muñeco con una furia indomable—, ¡no es cierto!

Tras entrenar, subí a la habitación y me duché. Cuando miré el reloj, coincidentemente, eran las tres de la mañana. Me acerqué a la cama y me senté en el borde con el cuerpo algo húmedo, incapaz de ocultar mi estado. Anna se despertó y me miró a través de sus pestañas. Se sentó en la cama tal cual había venido al mundo y me miró con expresión implorante.

—¿Sigues enfadado? —Anna besó mis labios fruncidos—. ¿Uhm?

«Mucho».

Le hice el amor con mucha más bestialidad que horas atrás. Cuando estaba cabreado, mis bajos instintos más salvajes afloraban.

—Marcello, me lastimas —me dijo, pero no dejé de embestirla.

Fuera llovía de manera torrencial, como la tormenta que llevaba dentro de mí. Anna me arañó la espalda cuando la embestí con demasiada violencia. No me detuve, seguí e ignoré sus chillidos de dolor. Sus arañazos o sus súplicas. Estaba enajenado, celoso y dolido. Cuando me descargué en su interior, arqueé la espalda y solté un gruñido gutural.

—No estoy enfadado —le dije tras el frenesí—, más bien decepcionado.

Aquello la dejó completamente desarmada. Me tumbé a su lado empapado en sudor y con la cabeza a punto de estallarme.

—Marcello...

—¿Sientes algo por él?

—No.

—Júramelo.

—¡No lo haré!

—Entonces mientes.

—¡No miento!

Me precipité sobre ella y la miré desafiante. Ella se estremeció. Jamás la miré de aquel modo, ni siquiera cuando descubría sus mentiras en el pasado.

—No me mires así, Marcello.

Podía mentirle y decirle que estaba bien, pero nunca le mentí y no lo haría jamás. La canción de Alessandra Amoroso: *Difendimi per sempre*, tono del despertador, empezó a sonar, sirviéndonos como un perfecto fondo musical. La letra me dejó sin aire en los pulmones. Porque a Anna la defendería de todos, incluso de ella misma, no obstante, hoy no podía hacerlo. Me



fallaban las fuerzas y la fe. Ella era mi credo. Mi todo. Mi fe. Mi mundo. Y pensé que yo era el suyo, pero ahora tenía dudas al respecto.

—Júramelo por mi vida.

Sus ojos se nublaron lentamente.

—No, Marcello —me dijo con rotundidad—, no tengo porqué jurar y menos por tu vida.

Intentó huir de mí, pero no la dejé. Me dio una bofetada, pero no me moví.

—¡Déjame! —me gritó y forcejeó en vano—, ¡no quiero que me toques!

Sabía que le dolía en lo más hondo de su ser mi desconfianza, pero ¿era ella consciente de lo que me estaba pasando a mí? Mis ojos se llenaron de lágrimas cuando los suyos se inundaron de dolor.

—¿Lo amaste alguna vez, Anna?

Dejó de empujarme y me miró con profundo pesar.

—Nunca —me dijo con la voz temblorosa—, porque nunca amé a otro después de ti, Marcello —mis lágrimas empaparon su rostro y se mezclaron con las tuyas—, ¡te amo solo a ti! ¡A ti!

La besé con mucha pasión, la besé como si me estuviera muriendo, como si fuera la última vez.

—Te amo, Anna —le dije sobre los labios—, y me dolió ver lo que vi... —me miró con los ojos entornados—, me dolió la manera en cómo tú lo miraste a él.

Me levanté de la cama y me puse los pantalones chándal. Ella pegó las piernas al pecho y lloró con toda el alma mientras yo salía de la habitación sin dirigirle la mirada. Dejándola allí con su dolor y yéndome de su lado con el mío.

—Me duele, amor mío —susurré con la palma pegada a la puerta—, me duele en el alma...

A la mañana siguiente, el comandante me desafió durante los entrenamientos. Me lanzó una barra de hierro que sostuve con la mano con mucha agilidad. Lo miré enfurruñado por unos segundos, lapso en que me hizo una reverencia con la cabeza. Se puso en posición de lucha y yo también. Estaba tan cabreado conmigo mismo, por haberle lastimado a Anna durante el coito, que la ira me impulsó a atacarlo.

—¿Qué cojones pasa? —soltó Peter.

El comandante Himmelberg era muy habilidoso, pero yo no me quedaba atrás y lo enfrenté como un titán. Las barras entrechocaban entre sí como nuestras miradas.

—¡Saca toda tu rabia fuera! —me dijo con los dientes apretados.

Una tímida lluvia empezó a caer sobre nosotros mientras nuestros hombres gritaban eufóricos alrededor de ambos.

—¡No dejes que te domine el alma, Hoffmann!

Dio un salto y puse la barra en posición vertical sobre mi pecho para defenderme. Todo mi cuerpo se estremeció ante el golpe y terminé cayéndome en el suelo. Miguel aterrizó sobre mí, con una pierna a cada lado de mi cuerpo y me miró con profundidad.

—No dejes que Lucifer entre a tu casa, Hoffmann —me dijo en tono serio—, el mal llega y siempre nos pone a prueba.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Perdona?

Cogió mi barra y la lanzó a uno de los hombres sin siquiera mirarlo. Me tendió la mano con una mirada que rayaba la duda y también la certeza al tiempo.

—¿No es el amo del infierno, Hoffmann?

Estaba mareado, no sabía si aquello era producto de mi imaginación o solo una nueva

pesadilla. Cuando Miguel cogió mi mano, una corriente eléctrica me recorrió de pies a cabeza y unas imágenes asaltaron mi mente en ese mismo instante. En ellas, Anna aparecía riendo, llorando, gritando y durmiendo. En todas ellas, me miraba con amor infinito, me miraba como cuando éramos adolescentes.

—Ella no miró así a Alex —me dije con un enorme nudo en el pecho—, solo fue producto de mis celos.

Miguel me levantó del suelo y me sonrió.

—Cuando la ira, la rabia, los celos o la envidia ofuscan nuestra visión, solo vemos lo que ellos quieren que veamos, Hoffmann.

El comandante no solo nos entrenaba física, sino también emocionalmente. Por la mañana le conté lo sucedido con mi mujer, lo que hice y lo que le dije. Estaba tan dolido y tan furioso, que era incapaz de ver más allá de mis narices.

—Necesito irme a mi casa —anuncié y salí como alma que lleva el diablo.

Allí me encontré con Paula, que de entrada, me dio una fuerte bofetada.

—Esto va por tu falta de confianza —me dijo y me dio otra golpiza—, y esto por ser del Schalke 04 y no del Bayern.

¿Eh? La miré con el cejo fruncido.

—Anna y los niños irán conmigo a mi casa por una semana.

Mis hijos bajaron las escaleras con Gigo y Alexis, que apenas me dirigieron un hola. No me guiñaron un ojo, no intentaron tocarme, o abrazarme. Ellos también estaban dolidos con lo ocurrido.

—¿Qué dices, Paula?

Ella se cruzó de brazos y me fulminó con la mirada.

—Una semana es poco —me dijo, desafiante—, pero será suficiente para que comprendas lo que sería una vida sin ella y tus hijos —suspiró hondo—, cómo sería tu vida si...

—¡Nooo! —grité, enfurecido—, ¡yo no puedo vivir sin ella y sin mis hijos! ¡Ni un solo día!

Paula me miró con expresión de desconfianza.

—¿Por qué dudaste de ella? ¿De Anna? —me dijo con el alma a sus pies.

Llevé las manos a la cabeza y solté un suspiro de pura indignación. Me di la vuelta y me encontré con una imagen de un ángel de porcelana blanca sujetando un corazón rojo.

«Eres tú, sujetando mi corazón» me dijo Anna, el día que me lo regaló.

Me rompí a llorar como un crío, sin vergüenza, ni tapujo. Bajé la cabeza y lloré. Alguien me tocó el brazo y toda la piel se me erizó.

—Cielo... —le dije, llorando.

Reconocía su dulce contacto sin la necesidad siquiera de mirarla. Me volví y me caí de rodillas ante ella, vencido por el dolor. Anna apretujó mi cabeza contra su vientre y me dijo que me perdonaba.

—No... lo... merezco... —gimoteé.

Ella hundió los dedos en mi pelo y me canturreó la canción de Alessandra Amoroso: Defiéndeme por siempre.

—Shhh...

Paula convocó a nuestros pollitos y salieron de la casa tras despedirse de nosotros. Me levanté y sin emitir una sola palabra, acuné el rostro de Anna entre las manos y la miré con amor infinito.

—¿Te merezco, cielo?

Las lágrimas caían una tras otra por mis mejillas. Ella alargó las manos y me las secó con

los pulgares.

—El amor todo lo perdona, mi amor.

—Fui un estú...

Ella posó el dedo sobre mis labios e impidió que terminara la frase.

—Todo.

Me bajó la cara para besarme, para curarme el alma con su amor, con su dulce amor.



## Matt - Prueba de amor

**V**iajé con Lizzy a su pueblo para conocer un poco más de ella, para enamorarme un poco más de ella, en realidad. Alquilé un coche descapotable como ella me lo pidió antes del viaje. Recorrimos gran parte del lugar entre risas y bromas. Lizzy estaba irreconocible, era otra, simplemente otra.

—Te amo —le dije durante el viaje—, ¿lo sabes?

En la radio sonaba una canción típica del país.

—Y yo a ti —me dijo con timidez y quise comerla a besos.

Esboqué una sonrisa al evocar lo que hicimos en el aeropuerto, en el servicio. Me mordí el labio inferior con lascivia y ella sonrió a la vez que se arreglaba el pelo largo con ambas manos.

—Matt... —me advirtió y no pude evitar reírme.

Aceleré el coche y ella soltó un gritito ante el susto. Solté una risotada y ella me pellizcó el brazo con cierta violencia. Cogí su mano y deposité un beso en el dorso. Ella depositó uno sobre el mío y me erizó toda la piel. Por primera vez en mi vida no tenía frío, sino calor. Me sentía vivo, me sentía feliz.

—Mi pueblo es muy pequeño —me dijo en un susurro—. Y poco habitado.

El aroma fresco de los árboles y las piedras asaltó mis fosas nasales. Me encantaba aquel olor, aquel sitio de belleza bucólica como ella, como Lizzy.

—Me encantará —le aseguré con una sonrisa—, espero que no despiertes viejos recuerdos. Ella negó con la cabeza y me dedicó una dulce sonrisa.

—No, ahora ya no.

Cuando llegamos, el sol estaba en lo más alto del cielo y bañaba las colinas con sus rayos dorados con cierta prepotencia. La abracé por detrás y observamos maravillados aquella poetiza tela pintada por Dios.

—Es pletórico —le dije, con el corazón encogido—, lo más hermoso que jamás vi.

Y no me refería al espectáculo natural, precisamente. Lizzy se volvió y me miró con una sonrisa de lado. Le di un beso profundo de amor, sellando aquel momento con una promesa tácita de mi corazón. —¡Lizzy! —chilló un hombre con alegría.

Me aparté de ella y escruté al cura con atención. No era precisamente uno de tripa abultada y calvicie inminente. No, era joven, muy alto, atlético, de pelo muy rubio y ojos muy claros. No parecía italiano, parecía alemán, en realidad.

—¡Padre Gabrielle!

Aquel cura era muy joven, tal vez de mi edad.

—Hola —me saludó con una sonrisa—, soy el padre Gabrielle.

Le tendí la mano y la apretujé con vigor.

—Soy Matthias Hoffmann —me presenté—, el novio de Lizzy.

Ella me miró con las mejillas muy ruborizadas y la mirada teñida de interrogantes. Había adelantado un poco la sorpresa que quería darle más tarde.

—¡Bienvenidos!

Él nos invitó a almorzar con él y ambos aceptamos encantados. Era un hombre muy amable y muy servicial. Lizzy me comentó que solía huir de la casa para hablar con él. Sentí una punzada de celos en el corazón, pero tras hablar con él, desapareció y no dejó rastros.

—¿Os quedareis aquí?

Unos días, no muchos, le dije con una sonrisa. Él nos ofreció un cuartito en la iglesia, pero Lizzy le dijo que era hora de entrar en su casa y liberarse del pasado, ser libre al fin del pasado.

—Si necesitáis algo, aquí me tenéis.

Salimos de su casita y nos dirigimos a la de Lizzy, que se encontraba a pocos metros de allí. Nos quedamos mirándola por unos segundos, como si estuviéramos analizándola. Tras un largo suspiro, cruzamos el portón de madera de color negro y nos dirigimos a la puerta principal. Era una casita de dos pisos con una galería muy épica y repleta de jarrones vacíos. Lizzy los miró con profundo dolor antes de abrir la casa, antes de abrir su cárcel espiritual.

—Bienvenido, Matt.

Cruzamos el umbral de manos dadas y observamos el lugar con curiosidad.

—Huele a vela e inciensos —me dijo con tristeza—, necesita una limpieza.

Las paredes estaban repletas de imágenes sagradas, candelabros de metal y crucifijos de madera. El piso era rojizo, ajado por el paso del tiempo. Las escaleras eran de piedras, como las antiguas casas italianas, me dijo con una preciosa sonrisa.

—La limpiaremos —le dije y la atraje hacia mí—, la liberaremos, mi amor.

Pero antes, debía hacer algo. Le pregunté dónde estaba el desván y ella se estremeció. Le dije que necesitaba hacer algo allí. Lizzy dudó, pero tras meditarlo, me llevó a su cautiverio. Era un sitio frío y triste. Tenía una cama de hierro muy antigua y una silla de madera ajada a un lado, cerca de una vieja cómoda de madera repleta de imágenes sagradas y candelabros de hierro. Un crucifijo pendía de la pared, sobre la cabecera y un cuadro con un ángel de alas bien abiertas, lo único bonito en la pared.

Ella se frotó los brazos como si tuviera mucho frío.

—Lizzy...

Me arrodillé de un momento a otro y alargué la mano. Ella me miró con los ojos nublados al ver mi gesto.

—Lizzy, aquí viviste tus peores momentos.

Ella se rompió a llorar.

—Pero quiero borrarlos con uno bonito.

Retiré una cajita de joya de color rojo en forma de corazón y la abrí de golpe, dejando a la vista un anillo con un diamante.

—Amor mío, ¿quieres casarte conmigo?

Lizzy gritó de alegría y dio unos saltitos antes de responderme con un «SÍ» a viva voz. Le deslicé el anillo por el dedo anular y luego la besé con mucha pasión. Llevados por la emoción, terminamos en su cama e hicimos el amor. En aquel sitio maldito, al fin brillaba la felicidad.

—Matt, debo contarte algo —me dijo tras el segundo frenesí.

Estábamos abrazados en la cama, observando la ventana y el precioso atardecer de aquel mítico lugar. Lizzy suspiró hondo varias veces antes de abrir su corazón, de revelarme los secretos que ocultaba allí con tanto recelo.

—Hace unos meses atrás estuve en coma tras un infarto cerebral —me confesó, temblando—, tras un exorcismo que me hicieron los padres Gabrielle y Paul.

La sangre abandonó mi cara.

—No recuerdo nada de mi pasado —me dijo, con lágrimas en los ojos—, solo lo que viví tras despertarme.

Me tensé bajo ella.

—¿Y las historias que tu tía contó?

Ella negó con la cabeza sin mirarme.

—Una vecina se lo contó a ella —me aclaró en tono quebrado—, yo, simplemente, no lo recuerdo.

Y entonces, me contó algo aún más descabellado, algo que me dejó completamente enmudecido.

—Estuve en el cielo —apostilló en un susurro—, contigo.

## Marcello - ¿Sueño o pesadilla?

**L**os cuatro necesitábamos con premura un tiempo a solas, sin niños, esposas o tareas domésticas. La vida de casados se hizo pesada y la única manera de huir de la rutina era alejándonos de nuestras casas por unas horas. Sonaba horrible, pero muchos padres pensaban igual.

—Sarah está insoportable —se quejó mi cuñado—. Este embarazo doble la está enloqueciendo —nunca había visto tan desanimado a mi amigo—. Nos está —se corrigió—. Malditos téis afrodisiacos —se quejó—, era para tener más libidine y no más hijos.

No dije nada. Anna era un amor durante los embarazos, un pelín insaciable y sensible, pero un dulce, ante todo. Estaba tan enamorado de ella que incluso de mal humor la adoraba. Por fortuna, el malentendido quedó soterrado y ahora gozábamos de paz y amor infinito. Incluso, avivó la pasión.

—Valentina anda muy quisquillosa —acotó, Jonás—. Es súper protectora —frunció el ceño—. Walter es un tanto mimado y cuando se lo digo, me riñe o no me dirige la palabra por unas horas. ¡Es una testaruda!

—¿Te cuento un chiste, vikingo? —le preguntó Erich.

Jonás suspiró hondo.

—Encantado.

Miré al vikingo con expresión divertida.

—Un vikingo rubio fue al hospital porque no se sentía muy bien y el médico le dijo: tome estas pastillas y se sentirá mejor —hizo una pausa para sonreír—. Después de una semana, el vikingo rubio volvió con los mismos síntomas y el médico le preguntó: ¿has tomado las pastillas que le receté? —Jonás enarcó una ceja—. El vikingo rubio respondió: fue imposible, doctor —movió las cejas de un modo muy cómico—. ¿Y por qué? Quiso saber él —sonrió—: Porque en el frasco decía: mantenerlo cerrado.

Una risita se nos escapó.

—Era malo —repuso Erich.

—No —le dijo Jonás—, el día es malo, no el chiste.

—Era malo —apostillé.

—Muy malo —añadió Peter.

Nos desplazamos a la antigua morada de Erich, ensimismados. Cruzamos el jardín «Stadtgarten» de nuestra adorada ciudad natal en silencio. Teníamos las manos metidas en los bolsillos y las miradas un tanto perdidas. Peter no opinó, ya que dentro de unos meses sería padre de dos niños y una niña. Tres bebés de una vez no era para cualquiera. Su hermano menor tuvo una niña hace un par de días y Thomas el tercero. ¡Éramos unos conejillos!

Subimos al piso de mi cuñado, nuestra fortaleza espiritual hacía un par de meses.

—¿Sigues teniendo pesadillas apocalípticas con Ludwig von Höllemann? —me preguntó Peter, con seriedad.

La noche anterior soñé que él y el comandante Himmelberg peleaban por mi alma con unas espadas plateadas. Yo los observaba desde mi sitio, debajo de ellos que volaban sobre mi cabeza mientras los otros ángeles y demonios tenían un enfrentamiento visual y mental.

—Desde que empecé a rezar con mis gemelos, no tanto —le contesté.

Erich me preguntó por Matt y Lizzy. Le dije que andaban por Italia y no tenían previsto volver tan rápido.

—Stefan no encontró nada —me dijo Jonás—, vuestro tío pensó en todo —me miró con las cejas arqueadas—, y no dejó rastro de nada.

Como mi padre, que había desaparecido desde su supuesto ataque al corazón.

—El único que sabe algo, es mi padre —afirmé, pensativo—, él conoce a su hermano mejor que nadie —me encogí de hombros—. Al menos eso me dio a entender aquel día.

Salimos del ascensor algo absortos.

—¿Erich? —dijo una mujer bastante exótica en la puerta del apartamento contiguo—. ¿No me recordáis?

La miramos fijo y tras unos minutos, la reconocimos. ¡Era la bruja del pasado!

—¿Salomé? —dijimos, estupefactos—. ¿No envejeciste?

La mujer, de belleza exuberante, se acercó y nos inspeccionó de pies a cabeza. Estaba igual que años atrás, ¿cómo eso era posible? ¿Acaso era una vampira?

Salomé nos observó fijo. Le presentamos a Jonás tras su inspección visual.

—Seguís tan guapos como en el pasado —matizó tras cruzarse de brazos a la altura del estómago—. Pero algo cansados de la rutina casera.

¿Tanto se notaba? Ser padres y agentes secretos exigía mucho de nosotros. Aunque, entrenar era menos pesado que cuidar a nuestros hijos pequeños. Todo nos preocupaba, desde un estornudo hasta un cólico intestinal.

—¿Os gustaría un viaje de descanso? —nos sugirió la bruja de los ojos esmeraldas—. ¿A otra dimensión?

Nos miramos y luego la miramos con escepticismo. Ella enarcó una ceja y nos oteó con superioridad.

—No creo en esas cosas —soltó Erich—. ¿Cómo se supone que lo harías? ¿Con una poción mágica o una máquina tridimensional?

Ella cogió algo del bolso tras decir algo ininteligible. ¿Alguna palabra secreta? ¿Mágica? ¿Un conjuro? Nos tendió un frasco de color rosa con un polvillo brillante. Parecía purpurina. Jonás rio por lo bajo y ella lo fulminó con la mirada. Él dejó de reírse al instante. Aquella bruja era muy intimidante.

—Una cucharadita de este polvillo en un vaso con agua los transportará a otra dimensión —Erich cogió el frasco—. Vida nueva en cuerpos nuevos.

Su voz me erizó toda la piel. ¿Qué quería decir con aquello? ¿Dónde iríamos? ¿Nos sucedería algo similar a lo que ocurrió con Shreck y burro tras beber la poción mágica del hada bruja? Dios, veía demasiada película de animación con Anna.

—Estáis cansados —lanzó ella con su peculiar voz misteriosa—. Necesitáis un lapso lejos de todo y de todos.

Se despidió tras aclararnos que el viaje duraría unas horas en el mundo de los mortales y unas horas más en la otra línea del tiempo. ¿Sería ella la gemela de J.K. Rowling?

—¿Quién coño era esa bruja? —soltó Jonás, con cara de espanto—. ¿Bruja o drogadicta? Creo que deliraba...

Peter y yo escrutamos a Erich con atención y expectación. El rubio suspiró hondo, nunca lo vi tan agotado como ahora. Aquello me empezaba a preocupar. Mi cuñado amaba a su familia, pero estaba sin energías, algo inusual en él.

—Fue mi vecina años atrás —comentó Erich, tras bostezar—. Nos acostamos una vez —



matizó—, fue mágico, casi irreal.

Opté por no replicar, porque según entendí, tiempo atrás, en aquel entonces ya se acostaba con mi hermana.

—Fue un error —me dijo con expresión compungida—, pero necesitaba asegurarme de que estaba enamorado de Sarah.

—Sin comentarios.

Entramos y nos servimos algo de cerveza tras acomodarnos en el sofá.

—Si comienzo a usar drogas para evitar el estrés, no podré dejarlos —convino Peter, tras un largo y profundo suspiro—. Me volveré adicto.

Su comentario encendió una alarma en alguna parte de mi cerebro nublado por el cansancio. Anoche, había bebido un té especial contra el estrés. Nunca lo hice y la verdad me hizo muy bien. Podía sugerirle, pero no lo hice. Para evitar la fatiga, más que nada. Estaba tan exhausto que me costaba incluso hablar y pensar al mismo tiempo.

—¿Queréis probarlo? —preguntó Erich, refiriéndose al polvillo mágico—. Es una tontería, pero muero de curiosidad.

Su lado femenino afloró. Jonás observó el polvillo con atención. ¿Nos devolvería la soltería? ¿Nos transportaría a alguna playa? ¿A alguna isla?

—Probemos —dijo Jonás, decidido—. Ella se estará partiendo de la risa de nosotros —apostilló, risueño—. Yo lo haría en su lugar.

Peter se levantó de la silla y fue a por unos vasos con un poco de agua. Erich lo ayudó. Jonás cogió la cucharita y vertió el polvo en ella. Mezcló el mismo con el agua, que brillaba, literalmente. Nos sorprendimos ante ello.

—¡Vaya que es buena! —exclamó el vikingo—. ¿Serían luciérnagas en polvo? —lo miramos con socarronería—. Cállate Erich —soltó antes de que mi cuñado soltara algún chiste.

—No pensaba hacerlo —se defendió mi cuñado—, estoy demasiado cansado para eso.

Nos reímos mentalmente, ya sabéis, para evitar la fatiga. Salomé nos sugirió que bebiéramos la poción al mismo tiempo, para que estuviéramos en la misma dimensión. Cogimos los vasos y los empinamos.

—Prost! —dijimos, antes de beberlo.

Nada.

Miradas.

Nada.

Suspiros.

Nada.

Salomé nos tomó el pelo.

—Lo sabía —murmuró Jonás.

—Prepararé algo para comer —anuncié.

Comimos y bebimos en silencio.

—Tengo sueño —dijo Erich—, siempre tengo sueño.

Una hora después, empezamos a bostezar, y rendidos ante el cansancio, nos quedamos dormidos.

—¿Dónde estoy? —dije tras frotarme los ojos—. ¿Ya es de día? —bostecé—. Nunca dormí fuera de casa estando en la ciudad —me desperecé al tiempo que me levantaba del sofá—, al menos no soñé con ángeles y demonios —más bostezos.

Me metí en el cuarto de baño y bajé la cremallera de mis vaqueros para hacer pis. De pronto, un líquido caliente se deslizó por mis muslos. Bajé la mirada y observé estupefacto el pis

que recorría mis piernas.

—¿Dónde está mi pene?!

En la sala, en ese mismo instante, gritaron dos mujeres.

—¿Dos mujeres?

Más gritos.

—¡Somos mujeres! —chilló una.

Otra empezó a gritar a voz en cuello.

—¡Nos convirtió en mujeres!

Más gritos histéricos.

—¡Tengo vagina! ¡Una vagina!

Más gritos.

—¡Una vagina con piercing! ¡Soy una puta!

Me acerqué con torpeza al lavabo y me miré horrorizado en el espejo, bueno, fea no era, pero era mujer. ¡Mujer!

—¡Nooo! —bramé llevando las manos a la cara—, ¡soy mujer!

—¡Marcello! —tronó una rubia espectacular al entrar en el cuarto de baño—. Madre mía —me miró de pies a cabeza con deseo—. ¿Eres Megan Fox? —suspiró hondo.

Era Erich, me dijo abatido o abatida, mejor dicho. Jonás, la más alta de las cuatro, apareció tras él, me aclaró después de mirarme y devorarme con la mirada.

—¡Tengo tetas! —me enseñó sus voluptuosos y deliciosos pechos—. ¡Muerdo por besarte! —puso cara de espanto—. ¡Soy lesbiana! —vociferó, agobiado—. ¡Soy lesbiana! —lloriqueó.

Peter lloraba en el sofá, era una mujer muy sensible, al parecer.

—Me siento tan mal —nos dijo, llorando.

Era muy parecido a la Mujer maravilla, pero con ojos azules. ¡Una belleza! Dios mío, ¡también era lesbiana!

—Eres hermosa —le dijo Jonás—. Soy tan lesbiana —lloriqueó, moviendo los hombros.

Erich tocaba sus senos con adoración. ¿Podía ser más narcisista? Empujé sus manos de sus perfectas tetas y el muy descarado tocó las mías.

—Eres la más guapa, Marcello —confesó mi cuñado, tras acariciarme los pechos—. Demasiado guapa —puso los ojos en blanco—. ¡Soy una rubia envidiosa!

Jonás rio entre dientes al tiempo que se secaba las lágrimas con la camiseta y dejaba los senos a la vista. No podía desviar la mirada de ellos. Eran tan perfectos y apetitosos. Alargué la mano y él la empujó con poca delicadeza. Un «ay» muy discutible afloró de mis labios perfectos.

«Soy tan vanidosa».

—Es parecida a Sarah, Erich —matizó el vikingo—. Por eso te atrae.

Mi cuñado hizo un mohín triste.

—¿Soy lesbiana también?

Nos encogimos de hombros.

—Creo que todas los somos —aduje y me puse pensativo.

¿Tan rápido me adapté a mi nuevo sexo?

—Todos —me corregí.

Nos sentamos en el sofá y suspiramos hondo. Éramos cuatro amigas súper atractivas y súper perdidas. No sabíamos quiénes éramos o qué hacíamos en la vida.

—Somos modelos —dijo Erich—, o conejitas Playboy.

—Probablemente —replicamos.

Alguien tocó el timbre con cierta impaciencia. Erich se levantó y abrió la puerta con

cautela. Era Sarah, su esposa en la otra dimensión.

—¿Por qué no cogéis las llamadas?

Abrió la puerta de un empujón nada sutil y se metió en la casa despotricando.

—¡Tenéis desfile mañana!

Nos miramos y luego la miramos más perdido que Bart Simpson en los Picapiedras. Sarah nos dijo que éramos las modelos más renombradas del mundo, y que teníamos varios compromisos. —Vístete, hermana —me ordenó.

Al parecer, seguíamos siendo hermanos en esta dimensión. Me metí en el cuarto y busqué algo decente. Sarah entró y eligió una falda corta y una blusa roja combinadas con unos zapatos de tacón rojo. Erich mal conseguía ponerse un sujetador.

—¡Tan fácil es quitarlo de una mujer! —se quejó.

Sarah le dio un beso en la boca y todos soltamos un tipo «oh» muy exagerado.

—Mi amor, siempre quejándote.

Erich puso los ojos en blanco unas diez veces consecutiva. ¿Era en verdad lesbiana en esta dimensión? Jonás los miró con expresión de deleite. ¡Era tan lesbiana!

—Joana, ponte los zapatos —le dijo mi déspota hermana—. ¡Rápidoooo!

Nos pusimos los zapatos e intentamos caminar sobre ellos. Jonás se cayó unas veinte veces, al igual que yo. ¿Cómo carajo las mujeres usaban aquellos calzados sin caerse?

—¿Habéis bebido?

Peter alias Petra, se puso un vestido ajustado que nos robó un largo suspiro. Tenía un culo de ensueño. Confirmado, éramos lesbianas en esta dimensión.

—Tu novio te llamó —me dijo Sarah—. Luigi está cada día más impaciente.

Perdí el equilibrio y me desplomé en el suelo de un modo muy jocoso. Mis amigos se echaron a reír. ¡Desgraciadas! ¡Malas amigas! ¡Ojalá un tacón se les rompa!

«Era tan amargada».

—¿Luigi? ¿Impaciente? —dije, aturdido tras levantarme y arreglarme mi larga y sedosa melena perfecta.

«Era tan vanidosa».

Recé porque no fuera el Luigi que conocía desde la adolescencia. Pero, efectivamente, era él.

—La boda —me dijo con sorna mi hermana—. ¡Te casas este fin de semana!

Casi me atraganté con mi propia saliva. Me caí por segunda vez. Sarah me ayudó a levantar del suelo.

—Pero, ¿qué habéis bebido?

Nos dijo que teníamos hora en el Spa. Caminábamos como patos borrachos sobre aquellos zapatos de tacón de casi veinte centímetros. Peter se sujetaba por la pared y Jonás por él.

—Tu hermana quiere follarme más tarde —me susurró Erich, algo atribulado—. No estoy preparado para mi primera relación lésbica.

Me estremecí, en especial cuando Sarah masajearó el culo de mi cuñado de un modo muy lascivo.

—Ya sabemos quién es el macho de la relación —dije, abrumado—. No solo será tu primera experiencia lésbica, sino también tu primera relación con un pene.

Erich puso las manos en la cara y gritó como una loca de remate.

—¿Qué tienes, amor? —le preguntó Sarah.

Erich siempre bromeaba que en su vida pasada había sido mujer, pero serlo no era tan divertido como se lo imaginó, sino asustador, muy asustador.

—Olvidé mi labial rojo en casa —le dijo mi cuñado sin abandonar su mueca de espanto—.  
Mi amor.

Llegamos al Spa italiano, donde trabajaba mi pequeño mundo, Anna Bellini. La miré con ojos soñadores y ni siquiera lo disimulé. Era lesbiana, claro estaba. Me dio dos besos y, por muy poco, no le besé en los labios. Ella me arregló el pelo y yo le arreglé el suyo. Ella sonrió y yo le toqué las tetas. Soltó un «uy» y yo un «Gott» muy sospechoso.

—Hola —nos saludó con su peculiar voz melodiosa—. ¿Cómo estás, Mariana?

Sarah me dio un codazo. ¿Yo era Mariana? La abracé con afecto y le toqué el culo.

—Mariana... —me llamó la atención Peter—, no eres su esposo —me recordó en un susurro—. Ni siquiera eres macho.

«Qué amargada, ¡dios mío!».

—Estás tan hermosa, Mariana.

Anna me correspondió. Era tan menuda, tan perfumada, tan dócil y tan deliciosa. Moría por besarla y hacerle el amor.

«No tienes pene» me recordé y suspiré entristecido.

—Me gusta tu blusa —me dijo y deslizó el dedo por mi teta, bueno, por el dibujo de la prenda, en realidad—, me encantan los unicornios.

Creo que mi clítoris vibró. ¿Eso era posible? Me aparté y la miré con ternura. En esta dimensión era la dueña del local y creo que no tenía problemas de vista, lo deduje por sus movimientos. Mis ojos se nublaron. ¡Estaba tan sensible!

—¿Te pasa algo?

Negué con la cabeza y me sorbí por la nariz.

—Nada, mi amor.

Ella me tocó la mejilla y mi clítoris silbó. ¿Eh? ¿Qué?

—Hola, mi amor —la saludó Gigo, con una voz muy sensual y varonil.

Mi lado gay afloró. Gigo era el esposo de Anna en esta dimensión. Hemos cambiado de almas, claro estaba.

—Hola, mi amor —le replicó ella.

Gigo era puro músculos y olía a macho alfa.

«Deja de ser gay» me reproché.

—Hola, Mariana.

Era tan hombre y tan irresistible. ¡Dios mío! ¿Estaba coladito por Gigo? Mis pezones erectos confirmaban mis sospechas. Cada vez que él hablaba con su voz grave y ronca, mi cuerpo reaccionaba. Él me miró con deseo y mis labios vaginales se estremecieron.

—¿Soy lesbiana y puta?

Erich y Sarah se besaron con pasión, mi cuñado experimentó su primer beso lésbico de lengua. Puse cara de asco y placer a la vez.

«Lesbiana, puta y perversa».

—Se me empaparon las bragas —musitó Erich, tras recomponerse—. Por cierto, olvidé ponerme unas.

Los tres resoplamos indignados al tiempo que la canción: Tik tok de Kesha empezó a sonar en el local y tuve un enorme deseo de cantarla y bailarla.

—Mi pene imaginario se puso bien duro —agregó y nos echamos a reír—. Hoy sabremos por qué las mujeres aman tanto el Spa.

El móvil de Jonás timbró, era su hermano Stefan. Nuestro amigo soltó un gritito muy discutible y llevó la mano a la boca. Lo miramos con perplejidad.

—¿Qué ha pasado? —dijimos los tres—. Somos unas cotillas —acotamos al mismo tiempo.

Jonás nos dijo que Valentina era su cuñada en esta dimensión. Dijo mierda en varios idiomas, era como la cantante inglesa Amy Winehouse, más alta, más rubia, más hermosa, más tetuda, pero soez como ella.

—Tienes unos pechos, Jonás —le dije con cara de actriz porno a punto de correrse—. La envidia me domina y también mi lado lesbiano.

Anna nos indicó el cambiador, donde nos desnudamos. Gigo apareció de la nada y me puso contra la pared e intentó besarme, pero lo detuve en seco. Moría por probar sus labios, su lengua, su...

«Soy una zorra destructora de hogares».

—¿No me has echado en falta, Mari? —me acarició el culo y gemí de placer ante el roce—. Muero por follarte como la última vez.

Lo empujé con cierta brutalidad.

—¡Basta, Gigo! —mi voz era similar a la de Sarah Jéssica Parker—. Anna no merece esto —me arreglé la melena con mucho cuidado—. En realidad deseo a tu mujer —susurré más para mí que para él.

Era tan femenina. Tan delicada. Tan hermosa. Y tan perfecta.

«Y tan engreída».

—¿Desde cuándo eres decente? —me tocó los pechos con descaro—. Fuiste tú quien me sedujo, Mari.

Era una maldita arpía. ¡Merecía el infierno! Erich y Jonás gritaron en la sala contigua y ante el susto, me abracé a Gigo, a sus fuertes y bronceados brazos.

«Lesbiana, puta, pervertida, destructora de hogares y ninfómana».

—¡Duele!

Peter salió corriendo de uno de los cuartos.

—¡No me haré cera en la entrepierna! —exclamó y dio un saltito—. ¡Me gusta mi vagina peluda!

No sabía si reírme o llorar. Aquello era una pesadilla, no un regalo como nos dijo la bruja Salomé.

—¡No quiero el bigote de Hitler! —protestó Erich—, ¡mi vagina no es nazi!

«Sin comentarios».

Gigo intentó besarme, pero lo detuve con un ademán.

—¡Nooo!

Salí corriendo del vestidor y me metí en la sala de sauna. Allí me encontré con dos hombres muy musculosos y muy guapos.

—Hola, guapa —me saludaron—. ¿Repetimos lo de ayer?

Era una putilla, definitivamente.

—No, gracias —salí de la sala y choqué de frente con Jonás.

Él soltó un gritito al caerse en el piso.

—Me querían arreglar la cutícula y depilar la entrepierna con cera caliente. ¡Es doloroso! ¿Por qué alguien en su sano juicio se torturaría de este modo?

—Al menos no eres una destructora de hogares, puta, pervertida, ninfómana y engreída —musité, entristecido—. En esta dimensión soy una maldita.

Erich me miró con incredulidad.

—Ese tendría que ser mi papel —glosó mi cuñado—. Pero soy una lesbiana y mal puedo

mirarte sin desearte.

Peter se acercó a gatas y nos dijo que huiría del lugar lo antes posible. Le habían sacado los pelos de la barbilla con cera caliente y casi le arrancaron el corazón, nos dijo despavorido.

—Debemos huir lo antes posible —le dije con un temblor en la voz—. Necesito un trozo de chocolate con urgencia.

Salimos del local sin dejar rastro y pelos.

—Necesito zapatos —expuso Erich, frente a una zapatería—. Esos rojos me están guiñando el ojo.

Suspiramos como unas doncellas en apuros.

—¿Los probamos? —opinó Peter.

Nos metimos en la tienda y probamos varios zapatos. ¡Era la mejor terapia del mundo femenino! Ahora entendía mejor a Carrie, protagonista de la serie «Sexo en la ciudad» nuestra serie favorita por excelencia. Samantha Jones era mi favorita, ¿por qué será?

—Necesito un buen trozo de pastel —dijo Erich—. Aunque las malditas calorías terminen en mis caderas.

Jonás se arregló las bragas de un modo muy soez.

—¡Me está violando! —profirió, justo cuando una anciana se cruzó con nosotros—. Lo siento —volvió a arreglarse—. Extraño mi pene y mis pelotas —la anciana aceleró los pasos—, ¡eran hermosos! —chilló, compungido.

Peter y Erich se rieron a carcajadas, Peter perdió el equilibrio y se cayó de piernas abiertas. Nos quedamos mirándole un buen rato.

—¿Me podéis ayudar en lugar de babear por mi vagina? —protestó—. Sois unas depravadas.

Lo ayudamos.

—Tienes una vagina preciosa —resaltó Jonás—, yo tengo un piercing en el clítoris, ¿queréis verlo?

—Sí —dijimos al mismo tiempo y nos miramos con aprehensión—, mejor no.

De pronto, nos fijamos en el pelo de Jonás, corto hasta las orejas. Nos dijo que iba por ello el grito titánico de horas atrás. Sarah le sugirió el cambio.

—Dijo que mi melena salvaje no me quedaba bien —expresó con un enorme nudo en el pecho—. Mi marca registrada —unas lágrimas se le escaparon—. ¿Por qué estoy tan sensible? —miró hacia abajo.

Unas gotas rojas mancharon el piso.

—¡Tu regla! —gritamos y saltamos.

Era mujer, sin lugar a dudas.

—¡Nooo!

Salimos corriendo hacia una tienda, pero tras comprar unos zapatos mal teníamos para unas compresas decentes. Juntamos los centavos con lágrimas en los ojos. Podíamos enseñar nuestras tetas y ganar unos centavos más, pero decidimos ser decentes.

Jonás salió del cuarto de baño y sustituyó el papel higiénico que había usado por una compresa que parecía un colchón. Mal podía caminar.

—Es súper incómodo —dijo, tras arreglarse la bragueta.

Erich le tendió un tubito con un hilo que colgaba de un lado. Los tres miramos el objeto con detenimiento.

—¿Qué es eso? —dijimos los tres, monocorde.

Erich puso los ojos en blanco ante nuestro despiste femenino.

—¡Un tampón! Lo he robado para ti, Jonás.

Jonás miró el famoso tampón y se preguntó, al igual que Peter y yo, cómo carajo se usaba. Erich abrió la boca para replicar, pero fue incapaz de hacerlo.

—No tengo la menor idea —le dijo, resignado.

Salimos de la tienda con aquella gran duda del alma femenina.

—Seguro hay tutoriales en YouTube —espetó Jonás y lo aplaudimos—, Gracias, no soy tan torpe en esta dimensión —se puso serio—, calla, vikingo rubio —se dijo a sí mismo.

Negamos con la cabeza a la vez que empezábamos a canturrear: Born this way de Lady Gaga.

—Ser mujer no es fácil —masculó Jonás—. Estos cólicos me están matando.

Peter abrió su bolso y soltó un grito.

—¿Y ahora qué? —exclamamos los tres.

Nos enseñó un test de embarazo y nos indicó las dos líneas.

—¡Seremos tías! —voceó Erich, con entusiasmo—. ¿Serás madre o padre?

Peter lloró, aquello explicaba por qué andaba tan susceptible. Jonás lloró, Erich lloró y yo terminé llorando con ellos. ¡Ser mujer era terrible!

Salomé apareció delante de nosotros y sonrió con expresión ladina. Nos abrazamos y soltamos un gritito, en especial cuando Ludwig apareció tras ella y nos dedicó una sonrisa muy taimada. ¿Qué carajo hacía allí? Salomé giró el rostro y él, Lucifer, la besó. ¿Era su amante? ¿Su hija?

—¿Aprendieron la lección? —nos dijo ella y él sonrió.

Una fuerza centrífuga nos escupió con violencia al presente antes de que pudiéramos replicarla.

—¡Nooo! —gritamos al despertarnos de golpe.

Oteamos nuestros cuerpos con cierta desesperación.

—¿Fue un sueño? —dijimos tras tocarnos los pechos—. Oh, sí —suspiramos, aliviados.

Me puse pensativo. ¿Salomé y Lucifer tenían un pacto? Tragué con dificultad. Aquel hombre aparecía siempre en mis modorras los últimos días.

—¿Os gustó la experiencia? —Soltó Salomé, y volvimos a gritar, de un modo nada viril—. Algunos rasgos continuarán por un tiempo... —sonrió, con malicia—. Adiós, agentes...

Observamos el lugar con ojos curiosos, ¿nunca entramos en el apartamento de Erich? Jonás buscó a Salomé con los ojos, pero no la encontró por ninguna parte.

—¿Lo hemos soñado? —inquirió más confundido que Christian Grey en Orgullo y prejuicio—. ¿O no?

Volvimos corriendo a nuestras casas, y disfrutamos de lo indecible de volver a tener a nuestras familias.

«Y un buen pene».

¡Era tan bueno volver a casa y follar siendo hombre!

Al día siguiente...

—¿No es raro? —dijo Erich.

Contemplamos con ojos soñadores la zapatería.

—Nuestras mujeres se alegrarán —dije, sonriendo—. Nada mejor que un buen zapato para ello —acoté y suspiramos al unísono.

Nos detuvimos y nos miramos con desaprobación.

—Basta de suspiros —dijimos, monocorde.

¡Abracadabra! ¡Machos alfas otra vez!

—Quiero ver Sexo en la ciudad —Dijo Erich y volvimos a suspirar.  
O no tan machos alfas... tal vez...





## Anna - El ángel caído

Me senté en el banco del parque mientras Gabriel y Paula jugueteaban con mis hijos y sobrinos. Leticia no se encontraba muy bien y le di el día libre. No era fácil cuidar a tanto niños traviesos por naturaleza.

—¡Mutti! —gritó Antonella desde el columpio—, ¡soy la mejor!

Le lancé un beso.

—¡Lo eres!

Abril estaba sentada en el regazo de Gabriel, contándole alguna de sus historias. Mi princesita tenía una imaginación muy prodigiosa.

—¡Mutti! —gritó Matt—, ¡encontré una mariquita!

Abrí los ojos con exageración.

—¡Cuidala!

—¡La llevaré hasta las flores!

Matt cogió al animalito con sumo cuidado y lo llevó hasta el jardín repleto de flores.

—¡Muy bien!

Mi móvil timbró, era un mensaje de Marcello.

«Te echo de menos, cielo».

Estaba en España con sus colegas y amigos.

«Y yo a ti, mi amor».

Me envió una selfie. Estaba con el torso desnudo cerca del mar y con unas gafas de aviador que realzaban mucho su belleza germánica. Mi marido era un adonis.

«No mires mucho a las sirenas, que tú ya tienes a tu sardina» le escribí.

Me lo imaginé riendose a carcajadas.

«Mi mundo eres tú y no tengo ojos para ninguna más, cielo».

Envió una foto lanzándome un beso y con sus colegas tras él haciendo carantoñas.

«Te amo, cielo».

Emoticones de corazón.

«Y yo a ti, mi amor».

Le envié una selfie con una sonrisa picarona.

«A la noche te haré una videollamada».

Solté una risita.

«Marcello il rosso está siempre disponible».

Emotición de asco.

«Mmm».

Emotición de carcajada.

«Te amo solo a ti».

Emotición de duda.

«Y a los bombones, así que, ¡no lo olvides!».

Emotición de carcajadas y besos.

Aproveché el momento para poner en práctica el «Mindfulness» una técnica que te ayuda a vivir el ahora, sin drama, sin presión y en especial, sin estrés. Cerré los ojos y traté de concentrarme en mi respiración, pero la mente tendía a llevarme a otros sitios.

—Desgraciada —refunfuñé.

Cuando abrí los ojos, me encontré con un joven de pelo muy oscuro, era un negro azabache intenso y brillante, que no parecía natural. Tenía unos ojos azules muy claros, casi transparentes y la piel blanca como la leche. Era alto, casi de dos metros y fuerte, muy fuerte. Llevaba ropas negras y un gabán del mismo tono. Me miraba desde su sitio con atención y cierta fascinación. No tenía mucho más que veinticinco años, calculé para mis adentros. Yo lo miré con dulzura maternal, no como una mujer miraría a un hombre atractivo, porque era muy atractivo, demasiado, diría yo. Su rostro era angelical, pero su mirada... no. Era triste, no malicioso. Pérdida, no dura.

—Hola —me saludó.

Mis hijos gritaban eufóricos en el tobogán, por unos instantes, me dio la sensación de que no estaban allí, de que yo no estaba allí, Como si mi alma se hubiera desconectado de mi cuerpo. ¿Era la técnica o estaba soñando despierta?

—Hola —le dije al fin al joven.

Él se acercó y se sentó a mi lado. Su gabán olía a colonia fresca y a vainilla. Lo miré fascinada, como una devota solía mirar un altar.

—Me siento perdido —me dijo con su voz ronca y grave—, temo tomar malas decisiones y encontrarme con mi verdadera alma.

Me hablaba como si me conociera de toda la vida. Y yo sentía que lo conocía de algún lugar, de algún tiempo, de alguna vida paralela.

—¿Tu verdadera alma?

Él me miró con ternura a través de sus largas y espesas pestañas oscuras. Sus ojos me recordaban al agua del Caribe. Su nariz respingona, sus labios carnosos y su barbilla cuadrada me recordaban a alguien, pero no sabía a quién. Era como si la memoria se hubiera apagado. Como si los rostros se hubieran esfumados.

—Todos tenemos un lado oscuro —me dijo, apenado—, un lado más cruel y dañino.

Un mechón de su pelo adornaba su frente con gracia y realzaba aún más su belleza bucólica. Marcello era un hombre extremadamente atractivo, pero este era de una belleza indecible, una belleza no terrenal, sino celestial. Y solo entonces comprendí quién era él.

—¿Eres un ángel?

Sus ojos se oscurecieron y dejaron de brillar como el sol en el cielo en ese mismo instante. Levanté la vista de golpe y observé estupefacta las nubes grises y negras.

—No lo sé.

La voz del joven me hizo mirarlo.

—¿Eres un demonio?

De sus ojos brotaron lágrimas de sangre mientras la lluvia empezaba a caer sobre la ciudad con cierta inclemencia.

—No lo sé.

Pegó sus rodillas a su pecho y empezó a llorar como un crío. El corazón se me volcó ante su enorme desazón.

—La decisión es suya —dijo alguien a lo lejos.

Busqué con la vista al dueño de la voz que parecía más bien un rugido.

—Mi hijo es el único dueño de su alma —dijo el hombre con unas enormes alas negras—, solo él puede elegir lo mejor o lo peor para él.

Mi corazón se disparó y sentí sus latidos por todo mi cuerpo. El ángel extendió sus alas negras desde el balcón de la casa que eligió para aterrizar. No podía ver su rostro, pero sabía muy bien quién era.

«No puede ser» susurré, emocionada.

—Tengo miedo, mucho miedo —me dijo el joven.

Me volví hacia él y alargué la mano para tocarle el brazo, pero un trueno embravecido en el cielo me hizo volver al presente de golpe.

—¿Mutti? —me dijo Ian en tono suave—, ¿estás bien?

Giré el rostro y busqué al joven misterioso con el pulso acelerado, como si hubiera corrido unos kilómetros. Miré a mi hijo con expresión interrogante y algo sombría. ¿Había soñado? Gabriel jugaba con mis mellizas mientras Paula corría con Giulio y Matt por el lugar, muerta de la risa. Engel se acercó y me dirigió una dulce mirada.

—Abrazadme—les pedí y ambos se lanzaron a mis brazos—, Mutti solo necesita un abrazo.

Y en sus brazos encontré la calma, en los brazos de mis ángeles.

## Marcello - La mano del otro

**E**ntré en la misteriosa residencia de Ludwig von Höllemann con el corazón latiéndome a mil por hora. Aquel hombre me daba mucho miedo y no sabía muy bien por qué.

El mayordomo me dio la bienvenida con una leve reverencia de la cabeza y luego me ayudó con mi abrigo. Llevaba un traje negro como exigía el anfitrión de la fiesta.

—Buenas noches, señor —me dijo el hombre de unos sesenta años.

—Buenas noches.

Aquella noche era un empresario millonario dispuesto a todo por formar parte del clan de los siete demonios más poderosos como era conocido Ludwig en el mundo empresarial.

—Buenas noches, señor —me saludó una joven, completamente desnuda.

Apreté con fuerza los dientes y desvié la mirada de su cuerpo en un acto reflejo. Aquella joven no tenía ni siquiera veinte años.

—Por aquí —me dijo y la seguí.

Observé las paredes de la mansión con un extraño nudo en el pecho. Había decenas de cuadros tétricos donde enseñaba el dolor y el sufrimiento de Jesús.

—Son mías —soltó de pronto Ludwig—. Obras mías.

Un escalofrío me recorrió toda la espina dorsal. Se acercó con su peculiar elegancia y una copa entre las manos. Bebió un sorbo del líquido espeso y de color púrpura.

—Sangre de Cristo —me dijo con ironía—, la sangre de un ser inocente sabe más exquisita.

Escruté el líquido con atención y por unos segundos, pensé que se trataba, en verdad, de sangre humana.

—Hoy tendremos una reunión muy especial, señor Hoffmann.

Se arregló la corbata negra de seda con extrema elegancia y clavó sus ojos azules clarísimos en los míos de un modo muy perturbador. Sentí calor y frío al mismo tiempo.

—Sígueme —me dijo en tono socarrón—. Otro solía decir lo mismo —se encogió de hombros sin abandonar su deje.

Vacilé unos segundos antes de seguirle. Activé mi reloj para grabar todo lo que pasaría en la sala de reuniones.

«Listo y éxito» resonó la voz de Peter en el auricular.

Una canción tétrica sonaba de fondo, rellenando el lugar con su melodía y entremezclándose con mis apresurados latidos.

—Me encanta esta cantante —me dijo él sin volverse—, sombría y enigmática —chasqueó la lengua—, Ursine.

Supuse que era el nombre de la cantante.

—Dios tiene su coro —me miró por encima del hombro con magnitud—, yo también tengo el mío.

¿Qué quería decirme? Las velas repartidas por todo el largo y sombrío pasillo acentuaban aún más su matiz lúgubre.

—Se llama «*Lovers death*» —dijo con una sonrisa ladina—, el amor muere... —negó con la cabeza—, siempre muere.

No repliqué, porque el amor, para mí, era eterno.

—Adelante, Hoffmann —me dijo, cuando dos puertas negras se abrieron de par en par—, bienvenido a la reunión con el diablo...

Exhalé hondo antes de entrar.

—¿Perdona?

La sala me recordaba a la Basílica de San Pedro en el Vaticano, pero más sombrío y lóbrego. Las estatuas de ángeles con la cabeza gacha y las alas cubriéndoles como un manto me robaron un suspiro involuntario. Aquel sitio olía a tristeza, a dolor y terror. Mucho terror.

—Adelante.

Allí me encontré con el comandante Miguel Himmelberg y Gabriel. ¿Qué hacían allí? ¿Y por qué llevaban trajes blancos? Al otro lado de la mesa, estaban los hombres de Ludwig, todos vestidos de negro y con las miradas clavadas en mí. Parecían una legión de vampiros bien vestidos a punto de abalanzarse sobre mí para beber mi sangre hasta dejarme seco.

—¿Crees en Dios? —soltó Ludwig, antes de sentarse en su sillón que más bien parecía un trono—, ¿o en el diablo?

Unas velas aparecieron en el centro de la mesa negra de un momento a otro y con un chasquido de dedos suyo, se encendieron al mismo tiempo. Lo miré fijo por unos segundos antes de clavar la mirada en la imagen que se encontraba en el cristal que se encontraba tras él. ¿Era el infierno?

—Marcello cree en ambos —soltó uno de sus hombres.

Ludwig sonrió con prepotencia.

—¿Será, Leviatán?

Aquel nombre me era muy familiar, era el de un demonio poderoso, según me contó Anna cierta vez.

—Los humanos como él tienden a creer en ambos, pero solo adoran a uno.

Miguel soltó una risita irónica.

—No se puede adorar a los dos —rebató el comandante con firmeza—. O uno o ninguno.

—La fidelidad en los humanos es algo utópico —retrucó el hombre de Ludwig—, mientras haya «entusiasmo» todo es adoración y fidelidad.

Me sentía impotente ante ellos. Me sentía pequeño y miserable.

—Mientras piden son fieles —acotó otro de los hombres de Ludwig—, sino consiguen...

—La fe nunca muere en sus corazones —defendió Gabriel con decisión—, aunque el dolor la ofusque, sigue allí, en sus pechos.

La sala no tenía luz eléctrica, solo velas repartidas por todas partes en siniestros candelabros de metal negro. Una mujer, completamente desnuda, sirvió unas copas, que Miguel y los suyos rechazaron. Una pequeña víbora de color rojo se enroscó en la base de la copa de Ludwig. La imagen me hizo tragar con fuerza.

—Es sangre inocente —se burló uno de los hombres de Ludwig—, deliciosa.

Gabriel y él se miraron con intensidad. Parecían enfadados, a punto de entablar una lucha.

—¿Quieres un poco, Marcello?

La voz de Ludwig me devolvió al presente de golpe. Estaba parado cerca de la puerta, observándolos con cierto resquemor.

—No, gracias.

Él sonrió antes de beber un sorbo.

—Sangre de tu hijo —soltó tras relamerse los labios—, el que Anna perdió en el pasado.

Los ojos se me nublaron lentamente.

—Tendría hoy veinte años —apreté con fuerza los dientes—, pero el destino decidió otra cosa, ¿no, Miguel?

Posé los ojos en Miguel.

—A veces el ser humano pide clemencia, milagros y cura a un ser incapaz de oírlos —soltó Ludwig, con sorna—, un ser vengativo que solo sabe castigar.

Miguel golpeó la mesa con el puño y una de las velas se apagó.

—¡Dios no es vengativo!

Ludwig se puso de pie y lo miró desafiante.

—Entonces, ¿por qué en la biblia dice lo contrario?

Miguel se puso de pie y lo encaró con la misma intensidad.

—¡Porque gran parte de la biblia fue obra tuya! —soltó y toda la piel se me erizó—, ¡tú, Lucifer!

Tras Ludwig apareció una llama y unos gritos de dolor asaltaron el lugar, estremeciéndome de pies a cabeza. ¿Por qué Miguel dijo aquello? ¿Era cierto? ¿La biblia era una mentira?

—¿Estás seguro, Miguel? —Ludwig sonrió—. ¿También la iglesia?

Sus hombres rieron.

—¿Por qué El Vaticano esconde tantas cosas de los humanos en nombre de Dios? ¿Por qué comprobar la existencia de su hijo es más complicado que la de los dinosaurios?

Unas alas enormes aparecieron tras Miguel e iluminaron todo el lugar con su potente luz blanquecina.

—¿Qué quieres de ellos, Luzbel?

Ludwig me miró con magnitud antes de extender sus alas negras.

—Tú sabes muy bien lo que quiero, Miguel.

Una enorme cruz de madera apareció tras él completamente incendiada. Sus hombres extendieron sus alas negras y los de Miguel también. La mesa desapareció como por arte de magia y el techo se abrió como una enorme boca del más allá. Levanté la vista y observé conmocionado el cielo repleto de venas plateadas. El viento estaba furioso como el corazón de aquellos ángeles y demonios.

—¡Otra vez! —gritó y se elevó a una gran altura completamente desnudo—, ¡cumplir la profecía escrita en la biblia!

Miguel se elevó a su altura y retiró una enorme espada de oro de sus alas a la vez que una potente canción empezaba a sonar de fondo. Era rock duro, aunque más bien parecía llantos y gritos humanos. Tragué con fuerza cuando en el cielo aparecieron unos espíritus que chillaban como fieras heridas mientras unas bolas de fuego salían de sus bocas.

—¡Eso no pasará, Lucifer!

Ludwig también sostenía una espada, pero era de otro metal, no era oro, ni plata. Parecía cobre con diamantes incrustados en el filo y en la punta.

—¡Nadie impedirá que mis propósitos se cumplan! —bramó con furia y todos los cristales de las enormes ventanas se hicieron añicos—. ¡Nadieeee! —tronó con una voz del más allá.

Gabriel extendió sus grandes alas blancas y se precipitó sobre mí, evitando que los cristales rotos que salieron volando por los aires atravesaran mi cuerpo. Me protegí con los brazos en un acto reflejo. Él me levantó del suelo sin mucha dificultad y me llevó hasta la puerta, donde me dejó.

—¡¿Temes que el ángel enviado por Dios logre impedir tus objetivos?! —le gritó Miguel.

Empezaron a pelear con mucha ferocidad en el aire, como dos titanes. Ludwig soltó una carcajada que me recorrió como una descarga eléctrica por todo el cuerpo. Los otros demonios

tenían diferentes armas, todas eran filosas como las que tenían los ángeles. Todos estaban desnudos.

—¿Recuerdas lo que pasó con su hijo? —se burló Ludwig sin dejar de luchar—, ¿crees que ese ángel logrará lo que su propio hijo no pudo?!

Gabriel los miró con atención.

—¡Es humano! —le recordó uno de los demonios—, ¡y caerá en la tentación tarde o temprano!

Un golpe brutal de las espadas me obligó a taponar las orejas con las manos. El estridente ruido casi me ensordeció.

—¡Solo un humano sería capaz de sentir compasión y empatía! —rebatí uno de los ángeles antes de elevarse—, ¡en su humanidad se encuentra su fortaleza!

¿De quién estaban hablando? ¿De qué ángel? ¿Acaso no eran ellos los más poderosos? Gabriel se apartó de mí y dio un salto que lo impulsó a abrir las alas de par en par.

—¡Ese ángel tiene en su alma el antídoto que eliminará la maldad de los humanos! —gritó él y una luz muy potente asaltó todo el lugar, cegándonos por completo.

Un golpe en seco en el suelo me hizo girar el rostro en un acto reflejo. Mis ojos se encontraron con un joven de pelo muy oscuro, piel muy blanca y ojos muy azules. Estaba en cuclillas, desnudo y con unas enormes alas a cuestas. Cuando levantó la cabeza, me miró con intensidad.

—No temas —me dijo con lágrimas en los ojos—, yo estaré contigo, papá.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al comprender quién era aquel ángel.

—¿Hijo?

Solo podía ser el hijo que Anna perdió en el pasado.

—Hijo...

Intenté acercarme a él, pero un tipo de cristal apareció entre esa dimensión y la mía. Él se acercó lentamente y deslizó la palma por el cristal. Hice lo mismo y por unos segundos sentí su contacto, sentí al hijo que nunca vi nacer en el pasado.

—Nunca te abandonaré —me dijo con los ojos llorosos—, nunca, papá.

Quise decirle tantas cosas, pero la emoción me impidió y, al final, solo pude llorar. De sus ojos también brotaron lágrimas, unas muy brillantes y luminosas.

—Te amo, hijo.

No siempre teníamos la oportunidad de poder decirlo a quienes ya no estaban. A quienes nunca conocimos. A quienes nunca nacieron.

—Anna tenía razón, aquel bebé que perdimos ahora era un ángel de Dios.

Él extendió los brazos en cruz y sus grandes alas blancas me protegieron de la luz, de aquella cegadora luz. Me rompí a llorar ante la fuerte emoción.

«Nuestro primer hijo es un ángel guardián muy importante y por eso no nació» me dijo cierta vez.

Posé ambas manos en el cristal y observé a mi hijo mientras los ángeles y demonios luchaban tras él con ferocidad. Luchaban por el bien y por el mal.

—Hijo...

Mi hijo dio un salto y se interpuso entre Miguel y Lucifer. Las espadas de ambos atravesaron su cuerpo y su sangre manchó sus alas.

—¡Nooo! —grité con todas mis fuerzas al tiempo que golpeaba el cristal con los puños—. ¡Nooo!

Alguien me sacudió con violencia y me despertó de aquella horrible pesadilla apocalíptica.

—¿Marcello? —me dijo Erich, y me desperté de golpe—, ¿estás bien?

Tenía la frente perlada y el corazón latiéndome a mil por hora. Miré a mis amigos y luego el lugar como si no lo reconociera.

—Te quedaste dormido —me dijo Jonás, que acababa de recogerse la melena—, no quisimos despertarte, pero empezaste a gemir.

Peter me miró con curiosidad.

—Parecías que huías o algo así.

Intenté recordar el sueño, pero solo conseguí rescatar unas imágenes incoherentes. Como las otras veces. Lo único que tenía muy en claro era que los demonios y los ángeles estaban entre nosotros.

Tuve un sueño raro —les dije, agobiado—, asustador, más que raro.

Las sensaciones seguían en mi cuerpo, eran como una corriente eléctrica que me recorría de arriba abajo sin parar, despertando cada una de mis terminaciones nerviosas.

—Hijo... —susurré con lágrimas en los ojos.



Estábamos montando las cunas de Björn y Bastián, los gemelos de Erich, que llegarían al mundo dentro de unos meses, cuando me quedé profundamente dormido.

—Debes descansar, Marcello —me aconsejó Erich—, tú que puedes.

El fin de semana pasado habíamos montado las cunas de Carl, Christian y Cora, los trillizos de Peter. Tendré que anotar en alguna agenda tantos nombres.

—Es verdad —repuntó Peter.

Jonás, como si me hubiera leído la mente, anotó en el móvil los nombres.

—Los nombres no son tan complicados —les dije con una sonrisa—, lo complicado es saber quién es quién.

Erich y Peter achicaron los ojos.

—Es la verdad.

Bebí un sorbo de cerveza mientras mis sobrinas gritaban a todo pulmón en el pórtico. Mi cuñado me dijo que estaban ejercitando las voces para un programa de música. Peter rio de buena gana. Lena y Mía discutieron fuertemente. Erich puso los ojos en blanco antes de dirigirse hasta ellas.

—¿Por qué estáis discutiendo? —les preguntó con mucha dulzura—. Sois hermanas y debéis amaros —Peter y yo prestamos atención en su parloteo—. Eso, un abrazo de oso.

Nunca imaginé lo buen padre que sería el rubio. Nunca imaginé que seríamos cuñados. Nunca imaginé...

«Calla» me dije y obedecí. Adentrarse en ciertos temas era peligroso.

—¡Hola! —exclamó Marta, su hermana.

Cada vez que la hermana de Erich aparecía, las piernas me temblaban.

—¡Hola, hermana! —le saludó Erich.

Peter se sonrojó. Pero ¿por qué? Abrí la boca para decir algo, pero la volví a cerrar



cuando ella entró en el cuarto con su peculiar andar felino y sus ropas ceñidas. Me echó el ojo y luego a Peter.

—Hola, chicos.

Erich cogió en brazos a Dana.

—Amor de papá.

La más pequeña de los Stolz tenía hambre y sueño.

—Marta vino a vivir con nosotros —anunció mi cuñado—. Ya no volverá a Francia.

Peter y yo solo asentimos. Erich estaba muy contento por la decisión de su única hermana.

—Iré a la cocina —anunció él—. Debo preparar el biberón de Dana.

Peter pidió permiso para ir al servicio, parecía incómodo con la presencia de Marta. Ella aprovechó el momento para acosarme como solía hacerlo en el pasado.

—Marcello, mi primer amor —me dijo, con voz insinuante—. ¿Cómo va el matrimonio?

Respiré con cierto nerviosismo. Marta era una mujer hermosa y tan descarada como Gigo.

«¿Por qué pensé en Gigo?».

«Tu lado gay afloró» me dijo mi cerebro.

—Increíble... —respondí tras martillar el dedo en un descuido—. Auch...

Marta se acercó y cogió mi dedo. Lo metió en la boca y lo succionó con voracidad. Lo saqué de su cavidad en dos segundos. Uno necesité para reaccionar. Ella rio por lo bajo.

—En el pasado tardaste más en sacar —miró mi bulto—, cierta cosa deliciosa de mi boca.

Dios mío, toda la vida atosigué a Erich por haberse acostado con mi hermana, olvidándome por completo lo que yo solía hacer con la suya por horas mientras él dormía en su cuarto.

—Dios mío, ¡estás cada día más guapo, Marcello!

—Y enamorado de mi mujer —le dije con firmeza.

—No soy celosa.

—Ella sí.

—Podemos compartirte.

—No lo creo.

Marta tenía tres años más que nosotros y vivía acosándome desde los doce años. Fui débil, lo confieso. Pero todo se debía a su belleza, la muy condenada era la mujer más hermosa que jamás había visto en toda mi vida antes de mi mujer. ¡Nadie llegaba a los pies de mi Anna Bellini! Suspiré al evocarla. Mi pequeño mundo me tenía embobado desde 1998.

—¿Folla como yo?

—Mucho mejor —le dije, en un acto reflejo.

Solté un taco mental. Odiaba exponer de aquel modo a mi pequeño mundo. Aunque, no estaba mintiendo. Anna me volvía loco en la cama.

—Mmm, ¿estás tan enamorado?

Unos corazones aparecieron en mis ojos, muy al estilo de los Emoji.

—Mucho —le dije, babeando—. Como nunca antes en toda mi vida... —suspiré.

Marta dio exactamente dos pasos hacia mí cuando su hermano entró en el cuarto. Se reclinó contra la cómoda y me miró con ojos lastimeros.

«Quiero follarte» solfeó con los labios por detrás de su hermano.

—¡Mira lo que encontré! —exclamó mi cuñado—. ¡Annika!

Era su peluche de mono, el que le recordaba a su mascota del pasado. Marta se retiró con discreción, me lanzó un beso desde la puerta, por detrás de su hermano. En más de una ocasión me dijo que anhelaba repetir lo que solíamos hacer cuando yo tenía dieciséis años. Un secreto que jamás revelé a nadie.

—¿Te pasa algo?

Erich me miró con desconfianza.

—No.

—Mmm.

«Tan tonto no era».

Marta se divorció hacía un par de meses. Tras ello, decidió volver al país con su único hijo, un chico problemático de trece años.

—Estáis raros —me dijo Erich, rascándose la barbilla.

Peter volvió y soltó un gemido al ver el viejo peluche de Erich.

—¡Es Annika!

—Era tan desvergonzada —repuso Peter, hastiado.

Suspiramos hondo.

—La mona más descarada del mundo...

Nos sentamos en el suelo y evocamos a Annika, la mascota pervertida de Erich.



1997...

*Estábamos en la casa de Peter, ensayando su declaración de amor mientras esperábamos a Erich, que vivía a unas manzanas de allí.*

*—Tienes que ser más directo, Peter —le dije—. No sé quién es la chica, pero todas anhelan un hombre decidido.*

*Peter se ruborizó como un tomate. Mi amigo no necesitaba impresionar, su apariencia lo hacía por él, pero era tímido y mal podía hablar con las chicas sin temblar.*

*—La chica es... es... —se puso pensativo—. Lo más hermoso que han visto mis ojos —suspiró hondo.*

*Peter estaba muy coladito por la chica sin rostro. Me remangué el suéter negro de algodón sin apartar la vista de él.*

*—Imagínate que soy ella —le aconsejé algo cohibido—. Dime lo que sientes pensando en ella...*

*Peter me miró con verdadero asombro, como si acabara de decirle que era gay y anhelaba besarlo.*

*—No lo haré —protestó con las mejillas encendidas—. No me sentiría cómodo...*

*Me volví y le di la espalda.*

*—Cierra los ojos e imagina que estás hablando con ella —insistí—. Hazlo antes que Erich llegue.*

*Peter se levantó del sillón y se paseó por el cuarto. Se detuvo y tras carraspear dijo con voz de Romeo:*

*—Eres lo más hermoso que han visto mis ojos —comenzó a decir con voz temblorosa—. Cuando te miro, el corazón me late por todas partes de un modo alocado...*

*—¡Muy bien! —exclamé—. ¿Qué más?*

*Peter soltó un largo y profundo suspiro antes de proseguir con su declaración:*

*—Cuando te tengo a mi lado, me estremezco de... de...*

*—¿Amor? —completó Erich, con sorna—. ¡Siempre supe que me escondían algo!*

*Río de buena gana. Peter y yo giramos a cámara lenta y lo miramos con las mejillas acaloradas. ¡Mierda!, grité para mis adentros.*

*—¿Puedo ser la dama de honor de ambos? —se mofó el infeliz—. ¿Quién es la novia?*

*Peter lo fulminó con la mirada.*

*—Caja de espinacas —le insultó.*

*Peter nunca decía palabrotas, al menos no en aquel tiempo. Solía utilizar unos insultos muy originales cuando se enfadaba. De pronto, vimos a un simpático monito en el hombro de Erich. Ambos soltamos un suspiro bastante discutible.*

*—Es Annika —nos presentó—. Mi monita...*

*Nos acercamos para saludarla. La muy desvergonzada saltó en mi hombro. Bajó por mi espalda y quiso meterse en mis pantalones. Luego intentó violar a Peter.*

*—¡Annika! —chilló Erich—. ¡No seas putilla!*

*Peter puso los ojos en blanco.*

*—No la llames así —le reprochó—. Llámala uno más uno —era su modo de calificar a las chicas algo fáciles.*

*—¡No seas uno más uno! —chilló Erich—. Putilla más putilla —acotó y no pude evitar reírme.*

*Annika era una mascota muy especial. En más de una ocasión nos acosó mientras dormíamos. Los fines de semana solíamos dormir en la casa de uno de los tres.*

*—Hola, mis amores —saludaba mi dulce madre—. Les he preparado una rica tarta de manzana.*

*Mi madre adoraba a mis amigos y ellos a ella. ¿Quién en su sano juicio no la querría? —¿Cuándo me adoptarás? —le preguntaba siempre Erich—. Cambia a tu hijo por mí, Mutti.*

*Mi madre le daba un beso y le decía que ya era su hijo de corazón.*

*—Soy más listo y más guapo que Marcello.*

*Mi madre me abrazaba.*

*—Los tres sois los críos más guapos de Alemania —repetía siempre—. Del mundo entero. Annika se portaba bien mientras era de día. Cuando la noche llegaba, las cosas cambiaban.*

*—¡Annika! —gritó cierta noche Peter—. ¡Erich!*

*Annika se metió en su pijama.*

*—¡Me está violando!*

*Erich y yo nos echamos a reír mientras Peter intentaba librarse de la mona más atrevida del planeta. Verlo correr por mi cuarto con Annika metida en sus pantalones era muy divertido.*

*—¡Sois unos cabezas de papel! —chilló, enfurecido—. Erich, ¡me está mordiendo las pelotas!*

*—¡Annika! —gritó Erich, entre risas—. ¡Coge la banana no los limones! —más risas.*

*Annika murió dos años después, por culpa de un tumor maligno en el pecho. Erich lloró durante semanas, y nosotros con él. y fue entonces que Peter y yo le compramos un peluche de mono y le regalamos en su cumpleaños. Erich jamás se despegó de él, jamás.*

*—A veces quisiera volver al pasado para volver a ver a mi Mutti —nos dijo con lágrimas en los ojos al volver al presente—. A mi padre, a mis abuelos y a Annika.*

*Peter y yo asentimos con los ojos enrojecidos.*

*—Daría parte de mi vida por volver a ver a mi madre —le dije con un enorme nudo en el pecho—. Aunque solo fuera en mis sueños...*

*Peter no dijo nada. No era necesario.*

*—Oye... —soltó Erich, tras sorberse por la nariz—. ¿Quién era la chica de tus sueños, caja de espinacas?*

*Peter casi se atragantó con la saliva. ¿Por qué reaccionaba así? Erich lo miró estupefacto. Luego me oteó a mí.*

*—Recuerdo que tú también estabas coladito por alguien —me dijo y de esta vez casi me atraganté yo.*

*Marta apareció de repente y nos preguntó si queríamos merendar. Tosí aún más y Peter también. Erich paseó los ojos en mi cara y luego en la de Peter.*

*—Preparé una tarta de chocolate deliciosa.*

*Peter y yo nos miramos con asombro al deducir quién era la chica de nuestros sueños. Erich miró a su hermana y luego a nosotros con una rara expresión.*

*—¿Estáis de coña? —nos dijo Erich, de pronto—. ¡Nooo! —chilló encolerizado.*

*Salimos corriendo de la casa. Erich nos persiguió por diez cuerdas, maldiciendo y amenazando con que nos cortaría las pelotas a ambos. Peter me dijo que era un traidor y yo le dije lo mismo entretanto nos metíamos en el bosque.*

—¡Me reprochaste siempre lo de Sarah! ¡Maldito hipócrita!

En eso tenía razón. Me detuve y le pedí disculpas, pero Erich estaba poseído por la rabia. Rodeó mi cuello con las manos y me empujó contra un árbol.

—¡Me traicionaste, Hoffmann!

Apretujó mi cuello con fuerza. Peter puso más leña al fuego. ¡Maldito desgraciado!

—¡Tú calla, caja de espinacas! —le instó Erich furioso—. ¡Siempre me hiciste sentir mal por haberme acostado con Sarah mientras tú te follabas a mi hermana! ¡Ambos se acostaron con ella!

Peter lo apartó de mí.

—Lo siento —susurré con la voz entrecortada—. Lo siento, ¿vale?

Erich despotricó en varios idiomas, y cuando digo varios, era literal. Le pedimos perdón de todas las maneras que un ser humano era capaz de hacerlo. El rubio no nos dirigió la palabra por tres días, tres eternos días. Nunca pensé echarlo tanto en falta. Sus mensajes obscenos brillaban por su ausencia en mi móvil y aquello dolía más de lo que soportaba.

Peter y yo nos reunimos el tercer día en su casa y bebimos un delicioso chocolate caliente mientras pensábamos en la manera de reconquistar a nuestro amigo.

—Lo echo en falta —dijo Peter, pesaroso—. No puedo vivir sin vosotros dos —estaba muy triste.

—Tengo una idea, Peter.

Fuimos a una confitería y compramos un pastel de chocolate con la imagen de un mono que decía «Lo siento». Además, compramos globos y unos chocolates en forma de corazón. Nos metimos en la casa de Erich cabizbajos. Sarah no conocía el motivo y nunca lo conocería, al menos prefería pensarlo así.

—Lo sentimos mucho, Erich —le dijimos al unísono—. Mucho.

Erich no dijo nada por varios minutos.

—Si acotan que soy el mejor y el más sexy de los tres —dijo con sorna—. Lo pensaré.

Peter y yo suspiramos hondo sin levantar la cabeza.

—Eres el más sexy y el mejor de los tres —más suspiros—. Te queremos mucho —era la verdad.

Levantamos la mirada y lo encontramos con el móvil en la mano, el muy infeliz había inmortalizado aquel patético y emotivo momento.

—¡Eres una caja de espinacas! —chillamos entre risitas.

Erich aceptó las disculpas riendo, a carcajadas, por si no lo conocéis muy bien. Nos reímos con él, fue inevitable.

—Os perdono.

Pero la penitencia no terminó en aquel patético vídeo, no, mi cuñado nos esclavizó por un mes. ¡Un mes siendo sus esclavos! Pero... al menos lo teníamos a nuestro lado...

¡Ni loco pensaba decirlo que sin él la vida era aburrida! ¡Ni loco!

«Pero lo era» admití con una sonrisa bobalicona en los labios.



## Matt - El viaje

**M**e senté en el último banco de la iglesia mientras Lizzy dormía en su casa. Llevaba días sin poder conciliar el sueño, al menos en aquella morada. Cada vez que cerraba los ojos, un ser horripilante se adueñaba de mi paz. Al despertarme, a las tres en punto, como todos los días, no conseguía volver a dormir y el cansancio me estaba pasando factura. Las ojeras grisáceas eran delatadoras.

—Buenas tardes, Matt —me saludó el padre Gabrielle.

Aquel día no llevaba su tradicional sotana, sino unos vaqueros color caqui y una camiseta negra cuello uve. Lo miré con atención por unos segundos. Era un hombre bastante atractivo, demasiado, diría yo. Parecía un modelo de pasarela y no un simple servidor de Dios. Se sentó a mi lado y me miró con preocupación.

—No has podido dormir bien ¿verdad?

Su pregunta me dejó boquiabierto.

—¿Cómo lo sabes, padre?

Había resquemor en su mirada y también cierto recelo. Algo me escondía, algo que temía descubrir.

—¡Padre! —gritó Pepe, el niño que solía ayudarme los últimos días—, hola, Matt —me saludó con una preciosa sonrisa.

Entrechocamos los puños a modo de saludo. Estaba tan cansado que casi no podía hablar.

—Hola, Pepe —le saludó el padre—, ¿qué te trae por aquí?

El niño suspiró hondo y llevó la mano al pecho con una expresión entristecida.

—Tengo una gran duda, padre —soltó, suspirando—, una duda del alma.

Esbocé una sonrisa y le dije que tenía nuevas tareas para él. Me dedicó una sonrisa amistosa y un guiño de ojo.

—Hablamos mañana, Pepe —le dijo el padre, con delicadeza—, hoy Matt me necesita.

Pepe asintió y se retiró tras saludarnos. El padre me dijo que era un niño muy especial. Un poco sentimental, pero todo un personaje en el pueblo. Lizzy, a su vez, me dijo que era el hijo de un cura, pero que nadie sabía al cierto si era verdad o un mito.

—Matt... —me dijo con seriedad—, creo que es hora de que conozcas la historia de Lizzy —lo miré atónito—, la verdadera.

Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza.

—¿Cómo así, padre?

Un suspiro agitó su pecho y terminó agitando el mío también. Miró hacia la cruz principal y luego de unos segundos, quizás tras orar, me miró de nuevo a mí.

—La vecina de Lizzy, una anciana de casi ochenta años, fue la partera de la madre —comenzó a decirme—, ella me llamó a pocos días de su muerte —suspiré hondo—, para contarme la verdad sobre Lizzy y su hermana gemela.

Todo empezó a darme vueltas, no sabía si era por el impacto de sus palabras o el cansancio extremo. Llevé la mano a la cabeza en un gesto de dolor.

—¿Quieres conocerla?

Necesitaba conocerla, le dije con cierta aflicción. Toda la vida me sentí perdido, vacío,

hasta que ella llegó a mi vida y rellenó espacios, no todos, pero la mayoría de ellos.

—La madre dio a luz a dos niñas —continuó él—, una estaba muy enferma y murió días después del parto —toda la piel se me erizó—, Lena —apostilló con un temblor en la voz—, que ahora se hace llamar Lizzy.

Lo miré atónito, como si acabara de decirme que la Tercera Guerra Mundial se iniciaría en ese mismo día. Las manos empezaron a sudarme y las sienes a palpitaban con ferocidad.

—¿Cómo? —solté tras tragar la saliva—, ¿no entiendo nada? ¿Lizzy no es Lizzy, sino Lena?

Él me tocó el hombro con afecto.

—Lena murió a los dos días de nacer —me dijo con mucha precaución—, después de que la madre huyera con su hermanita del pueblo.

El padre me dijo que la abuela, la supuesta madre entonces, llevó a la niña muerta a una bruja del pueblo, una mujer que había hecho un pacto con el amo del infierno. Al menos eso se decía en aquel entonces. La mujer ofreció el cuerpo de Lena a un ente oscuro y el tercer día ella resucitó.

—¡Quééé! —solté algo enfurruñado—, ¿me tomas el pelo?

Aquello era demasiado descabellado. ¡Muy Stephen King!, grité, encolerizado. Me levanté del banco dispuesto a marcharme del lugar, pero él me sujetó del brazo justo cuando otro cura llegó a la iglesia, un tal Paul, muy parecido a Gabrielle, físicamente.

—Debes escuchar la historia, Matt —me dijo él, con voz suave—, porque Lizzy es un milagro de Dios —Gabrielle me miró con intensidad—, esta Lizzy, no la de años atrás.

No comprendía nada, tal vez nunca podría hacerlo. Yo no creía en Dios, ni en demonios o ángeles. Era ateo en todos los sentidos.

—Lena resucitó —reivindicó el padre Paul—, pero el espíritu que habitó su cuerpo no era el de ella, sino de un ser maligno y cruel.

Al inicio, era un bebé normal, pero a medida que iba creciendo, su actitud fue cambiando. De una niña dócil y obediente, pasó a ser una adolescente agresiva y rebelde.

—Muchas veces, ella le pegaba a su abuela —comentó Paul, tras sentarse a mi lado—, la ataba a una cruz de madera y le pegaba con un látigo en nombre de Jehová.

Todo lo que Lizzy dijo haber pasado, en realidad, lo pasó la abuela. Pero aquello era solo la punta del iceberg, ya que, con el tiempo, empezaron a morir animales y personas en el pueblo.

—Los animales amanecían sin ojos y sin lenguas —me dijo Gabrielle, mientras me tocaba la cabeza con la mano—, al igual que las personas.

Levanté la vista de golpe y lo miré aterrorizado. ¿Qué me estaba diciendo? ¿Qué todo aquello era obra del espíritu que usurpó el de Lizzy? El padre Paul se levantó y acto seguido me ofreció un vaso con agua. Bebí un sorbo con cierto nerviosismo.

—En este pueblo no vivían muchas personas —me aclaró—, y tras esos asesinatos, la mayoría se mudó.

Muchas casas estaban abandonadas, era cierto. Pero había pensado que era por la necesidad más que otra cosa. Muchas personas buscaban nuevos horizontes y se marchaban.

—Las muertes cesaron cuando el cura Pietro Di Baggio llegó al pueblo y la encerró en el desván de su casa, donde ella, solita, se autoflagelaba, haciendo creer a todo el pueblo que era obra de su abuela.

Las lágrimas inundaron mis ojos.

—Un día, la abuela nos buscó en el pueblo donde vivíamos —repuso Paul, en tono suave—, y nos pidió que exorcizáramos a su nieta.



La mujer no les dijo nada, solo les comentó que la nieta actuaba de manera extraña y que, probablemente, estaba poseída por algún espíritu. Ellos acudieron a su auxilio tan pronto como pudieron. Allí, en medio del caos, la bruja del pueblo les buscó y les contó toda la verdad.

—¿Ella hizo qué cosa? —dije, con un nudo gigante en el pecho—, Dios...

El padre Gabrielle titubeó unos minutos, que me parecieron eternos. Tras recomponerse, me dijo en voz pausada:

—La bruja ofreció el alma de su hermana gemela al ser oscuro el día que Lena resucitó.

Paul suspiró hondo.

—No sabemos cómo le fue a la hermana, a la verdadera Lizzy —espetó él—, suponemos que tiene o tuvo una vida muy miserable por culpa de esa brujería.

Pero había algo más, algo aún más oscuro y tétrico. La bruja les dijo que enterró en la cruz principal del cementerio la foto de la madre de Lena y Lizzy por petición exclusiva de la abuela de ambas.

—Ella quería que su hija pagara por todo el daño que Lena le hizo durante toda su vida —me dijo Paul, entristecido—, la bruja nos dijo que realizó un conjuro muy potente en contra de la madre de ambas —suspiró hondo—, para que ella muriera con mucha agonía.

Aquellas informaciones me parecían totalmente inverosímiles. ¡Esas cosas no existían!, les grité a voz en cuello y empapado en sudor.

—Matt, por alguna razón estáis aquí —me dijo Paul—, para cerrar de una buena vez este terrible abismo.

Por casualidad, la bruja y la abuela murieron el mismo día, a cinco días de que Lizzy o Lena, entrara en coma. El ser oscuro vino a por ellas, según entendí.

—Cuando el espíritu maligno abandonó el cuerpo de Lena —continuó Paul, con decisión—, ella entró en coma por casi un año.

Gabrielle me miró con profundidad.

—Y cuando se despertó, dijo que era Lizzy, su hermana gemela.

—Lena nunca existió en realidad —rebatí Gabrielle—, era un espíritu maligno en su cuerpo.

Tragué con mucha dificultad.

—¿Cómo eso es posible? Ella creció como un humano común y corriente —defendí—, ¿cómo sabéis que ahora no es otro espíritu en su cuerpo? ¿Cómo podéis saberlo?

Paul cogió un móvil de la sotana y buscó algo en él. Cuando al fin lo encontró, puso el aparato delante de mis ojos. Lo que vi me dejó completamente enmudecido.

—Lena entró en coma el mismo día que su hermana, según hemos investigado —me dijo Paul, y toda la carne se me puso de gallina—, y volvió a la vida el día que Lizzy murió.

Gabrielle soltó un largo y lastimero suspiro y luego me dijo que el propio espíritu les dio la pista de la otra hermana. Les dio una dirección exacta que al principio, pensaron que era un farol, hasta que llegaron a la verdad y descubrieron que no había mentido. Un candelabro de yeso cayó al suelo de repente y se rompió en mil pedazos mientras yo escrutaba la pantalla del móvil con lágrimas en los ojos. En ella aparecía una lápida con dos nombres y una frase bajo ellos.

«Matt y Lizzy: Dos almas y un secreto».

—¿Qué significa esto? —dije, atónito—. ¿Qué signi...?

Mi móvil timbró y me interrumpió.

—Perdona, necesito atender esta llamada.

Era mi hermano gemelo y tenía noticias sobre nosotros, nuestro origen, el verdadero. Lo supe por el tono. Cogí la llamada con un temblor en la mano y tras saludarlo, Chelito soltó a

bocajarro:

—Matt, todo lo que hemos descubierto, acerca de nosotros —hizo una pausa para recuperar el control de sus propias emociones—, era cierto.

Todo me daba vueltas y las voces de ellos mal me llegaban a los oídos.

—Encontré un vídeo de tío —continuó con la voz quebrada—, donde explica todo lo que hizo y por quién lo hizo.

Una punzada de dolor agudo en la cabeza me hizo cerrar los ojos con fuerza. Desabroché con nerviosismo los botones de mi camisa en busca de aire fresco.

—¿Por quién? —solté, algo intranquilo.

Chelito respiraba con mucha dificultad, aquello le pesaba tanto como a mí. Aunque siempre fue el más fuerte de los dos, aquel día no podía esconder la enorme desazón que cargaba. Tenía el corazón roto, como yo.

—Por nuestra madre.

Mis ojos se nublaron lentamente.

—Por amor a ella —apostilló en un susurro—, por amor a la mujer de su hermano.

El móvil se deslizó de mi mano a cámara lenta cuando me dijo lo que éramos y de quiénes, en realidad, nacimos. Miré la cruz principal anegado en lágrimas. En aquel momento, con desesperación, necesitaba creer en algo superior, en algo más allá de lo visible.

—¿Matt? —decía Chelito en el suelo—, ¿me escuchas?

Me di la vuelta trepidante y me encontré de cara con Lizzy, que me miraba con mucha preocupación desde su sitio.

—Lizzy —susurré.

—¡Matt! —gritó con todas sus fuerzas.

Un fuerte zumbido en la cabeza me ensordeció por completo. El corazón me palpitaba tan fuerte, que temí que rompiera mi esternón.

—¡Llama a una ambulancia! —gritó Paul.

Me caí de rodillas al perder las fuerzas. Gabrielle me sujetó antes que me desplomara en el suelo mientras ella se acercaba a mí, llorando a lágrima viva.

—Lizzy... —dije con lágrimas en los ojos—, te amo.

Y tras decir esas palabras, perdí el conocimiento.



## Marcello - Una misión escolar

Viajamos a Lucca, Italia, por una misión especial. Nuestro amigo y compañero de trabajo, Carlo Bianchi, nos pidió un gran favor el último fin de semana.

—¡Mi exmujer me denunció por maltrato! —exclamó Carlo, enfurecido—. ¡El infeliz golpea a mi ex y a mis hijos! ¡Y el denunciado soy yo!

Carlo no conocía a la pareja actual de su exmujer, un hombre violento y con buenos contactos, según él.

—¿Trabaja en la mafia? —le preguntó Erich.

Carlo compuso una mueca de dolor.

—No, peor, es policía.

Observábamos a nuestro colega con ojos inquisitivos. Carlo siempre fue muy impulsivo. Para probar su inocencia, utilizó el detector de mentiras de la agencia y nos demostró que era inocente. Era imposible mentir a la máquina, uno de los artefactos más modernos del mundo. Incluso con ella descubrimos que Erich nos robó unos bollos, tiempo atrás. Era el mejor a la hora de mentir, pero la máquina logró lo imposible.

—Nunca le toqué a mi mujer y mucho menos a mis hijos —acotó con un deje de frustración—. No puedo acercarme a ellos —bufó, ensombrecido—. Pero vosotros sí.

Intercambiamos una mirada y asentimos al mismo tiempo.

—Pero me temo que él —soltó, preocupado—, solo espero que no haya tocado a mis hijos, porque os juro que...

—Tranquilo, lo averiguaremos —le dije con firmeza.

Al día siguiente, la agencia nos proporcionó las identidades falsas para entrar en el instituto como profesores de Chiara, de siete años y Fabio, de doce años, ambos con problemas de atención y aprendizaje, según leí los informes escolares.

—¡Soy profesor de Educación Física! —exclamó Jonás, con alegría—. Pobrecillos —rio con expresión taimada.

Peter cogió la suya y sonrió satisfecho.

—Seré profesor de español —matizó y nos enseñó la tarjeta de identificación—. Tendré que ponerme al día con mi segundo idioma.

Jonás le dijo que contaba con su apoyo. Miré la mía y no pude evitar recordarme de un dulce episodio vivido al lado de mi mujer, en aquel lejano 1998.

—Seré profesor de matemáticas —anuncié, con alborozo pueril.

Erich puso los ojos en blanco unas diez veces consecutivas.

—¡Seré maestro de teatro! —protestó—. ¿Yo? —continuó quejándose—. ¿Por qué? ¿Qué sé de teatro? —resoplamos—, ¡ni siquiera soy gay!

Los tres lo miramos con el cejo fruncido.

—Los actores de teatro casi siempre lo son.

—No —le dijimos los tres, atónitos—, aunque, no era muy adepto al teatro —confesé.

—Scheiße!

—Mierda —le dijo Peter—, solo pongo en práctica mi otro idioma.

El lunes, a primera hora, nos presentamos en la escuela, cada quien en su horario

correspondiente. Para enfatizar mi actuación, me puse unas gafas de lectura que me daban un aire más intelectual.

—Con esas gafas y ese chaleco pasado de moda pareces un verdadero profesor.

Peter me echó una ojeada.

—El bajo salario salta a la vista —apostilló con sorna.

¿Qué insinuaba? ¿Qué mis vestimentas estaban pasadas de moda? ¿Qué tenía mal gusto?

—¿Marcello? —dijo alguien tras nosotros.

Giramos los rostros y nos encontramos con la directora del colegio, Carmen Rossi, la amiga de Anna en el pasado.

—¡Carmen! —la saludé con alegría.

Nos estrechamos con afecto. La chica delgaducha del pasado se había ganado unos kilos con el paso del tiempo, todo lo contrario de Anna, que estaba cada día más deliciosa. No estaba delgada, sino rellenita, con unos kilitos de más como en el pasado. ¡Me volvían loco sus rollitos!

—¿Eres el nuevo profesor de matemáticas?

Ante lo inesperado, decidí contarle todo. Ella se puso furiosa al enterarse de los maltratos de sus alumnos.

—Encontrad a ese hijo de puta —nos dijo con firmeza.

—No te preocupes, lo haremos —le prometí y ella sonrió satisfecha.

Me tocó la clase de Chiara, que resultó ser una niña muy dulce e introvertida. Intenté acercarme a ella, pero su timidez me impidió cruzar la barrera impuesta por ella misma. Me recordaba mucho a Anna Bellini, la imaginé así de niña, aunque según ella, era muy parlanchina y traviesa, sin olvidar que su mejor amiga era Paula.

—Chiara —le llamé y ella se acercó cabizbaja el tercer día—. Resuelve el problema —le dije y le alargué una tiza.

Ella tembló como una hoja y casi se rompió a llorar.

«Mi vida».

Me levanté y le expliqué el problema, ella lo captó al instante. Era muy lista, pero miedosa e insegura como cualquier niña maltratada.

—Eres muy lista, Chiara —la animé y ella sonrió.

Jonás convirtió a los alumnos del segundo año en verdaderos soldados, mientras que Erich ensayaba con los alumnos del tercer año una pieza teatral.

—¡Qué guapo es el profesor! —decían las chicas del instituto, que estaba al lado de la escuela primaria—. Mira ese —dijeron y me echaron el ojo—. ¡Y aquel! —escrutaron con deseo a Peter—. ¡Sin mencionar al profe de teatro! —suspiros interminables.

¿Eran así en mi época? Rebusqué entre mis recuerdos la respuesta. Sí, eran así. Ciertas cosas nunca cambiaban.

—Son unas takuchilas —dijo Peter y me reí, aquella palabra paraguaya era muy jocosa—. Muy desvergonzadas para la edad.

Giré y oteé a las adolescentes del último año con ojos curiosos.

«Anna y yo teníamos la misma edad cuando empezamos a descubrir nuestros cuerpos».

—¿Tú y Angélica no empezaron a esta edad? —le dije y Peter fingió no oírme.

Le di un codazo y él me lo devolvió.

—Nuestras hijas crecerán —me dijo pensativo—. El mundo está demasiado «moderno», ¿no lo crees?

—Es verdad.

Erich se acercó y nos saludó. Minutos después, Jonás.

—¿Confirmado?

—Ja —dijimos los dos.

Peter habló con Fabio, que presentaba varios moratones en la nuca y en las muñecas. Chiara tenía varias marcas de cinto en las piernas y en los brazos.

—Lo moleré a golpes —dijimos los cuatro al unísono.

La única vez que toqué a Ian, me dolió en el alma. Jamás utilizaría los métodos de mi padre. Jamás. Mi móvil timbró y la canción *Perfect* de Ed Sheeran asaltó el lugar. Mis amigos pusieron los ojos en blanco al oírla. ¿Había mejor tono para definir a mi mujer? Nein!

—¡Sois tan cursis!

¿Cursis? ¡Estábamos enamorados!

—Hola, cielo —saludé a mi esposa—, sí, todo va bien.

Mis amigos me miraron con tristeza.

—No te preocupes.

Días después, tuve una reunión con las madres y padres de mis alumnos.

—¿Solo madres? —musité al verlas en la sala de reuniones.

Todas aparecieron con vestidos muy escotados y ajustados. Desde el primer día que me vieron, empezaron a coquetear conmigo, enviándome dulces y frutas a través de sus hijos.

—Buenas tardes —dije y todas se arreglaron sus escotes.

«Mmm». Me sentía incómodo, siempre me sentía igual ante tal situación.

—Buen día —saludó una de las madres al entrar.

Mis ojos posaron sobre Mikaela, la ex de Carlo. Ella llegó y saludó en un susurro, como si temiera que los demás la escucharan. Cabizbaja, tomó asiento y no alzó la mirada una sola vez. Llevaba unas gafas de sol, que probablemente, encubrían las marcas de los golpes de su pareja.

—Hoy hablaré de un tema muy delicado.

Durante la reunión, hablé sobre el rendimiento de los alumnos. Escribí en la pizarra los puntos y cuando giré pillé a unas cuantas tomando fotos de mi culo.

«Scheiße».

Tras la reunión, Erich, Jonás y Peter me buscaron para comer algo. Les puse al tanto de la reunión y la rara actitud de la ex de Carlo. Era la actitud de las mujeres maltratadas, repuse, ensombrecido.

—Los hombres que golpean a mujeres deberían ser castrados en plaza pública —soltó Erich, enfurruñado.

Me era tan difícil comprender a un golpeador. A una mujer se la debe amar, no maltratar.

—¿Por qué estamos tan insaciables? —dije pensativo, tras devorar la segunda pizza margarita.

Los cuatro ladeamos la cabeza y sonreímos.

—¡La edad! —soltamos y nos reímos.

Decidimos ver una película, no siempre podíamos salir sin nuestros hijos. A veces era bueno estar solos, sonaba egoísta, pero todos los padres alguna vez lo desearon. Vimos Thor, o al menos lo intentamos, ya que nos quedamos dormidos y tuvieron que despertarnos.

—¡La edad! —dijimos, enfurruñados cuando salimos del cine.

Tener hijos y esposa requería mucha energía, sin contar con nuestro peculiar trabajo.

—¿Has tirado un pedo, Erich? —soltó Peter, cabreado.

—No —le dijo él en tono quejumbroso—, fueron dos.

Jonás puso cara de pocos amigos. Erich volvió a tirar unos gasecitos bastante malolientes.

—El pollo de la cantina me da gases —afirmó, como si nada.

Bajamos del coche y aspiramos grandes bocanadas de aire fresco.

—¡Deja de comer repollo! —chillamos.

Erich meneó la cabeza en un gesto negativo.

—No puedo, el hambre me domina.

¡Era inútil discutir con él!

Los días pasaron en un suspiro. Ser profesor en una escuela primaria era mucho más extenuante de lo que supuse. Sin contar con el coqueteo continuo de las profesoras y las madres de mis alumnos.

—Hola —me dijo María, una de mis colegas, durante el receso—, profesor...

—Hola —le dije con expresión de susto al ver su escote—, María.

Antes de que pudiera reaccionar, me puso por la pared e intentó besarme. Me escapé a tiempo, pero ella me persiguió por toda la clase.

—¿No serán ciertos los rumores acerca de usted?

«¿De qué estás hablando, Willis?».

—No comprendo —dije aturdido y con la respiración entrecortada.

Me movía de un lado al otro con cierta impaciencia y terror. Ella no desistió de su objetivo.

«Me violará» pensé, sobrecogido.

María era una mujer hermosa y muy resoluta a la hora de seducir. Su primera víctima fue Peter, y luego Jonás y tras él, Erich. A Peter le tocó la parte íntima y a Erich el culo. A Jonás ambas cosas y eso que medía casi dos metros.

—¿Eres gay?

Una alarma se disparó en alguna parte de mi cerebro.

«Dile que sí y te dejará en paz» me dije.

—¿Te lo contó Peter? —solté y no sabía por qué mierda lo hacía.

Ella se detuvo y me lanzó una mirada elocuente y lastimera al tiempo.

—¿El español es tu pareja?

Dejé de huir y alisé mi chaleco, pasado de moda, con ambas manos de un modo muy «Gigo». Me arreglé el pelo con mucha gracia, como solía hacerlo Alexis.

—Sí, es mi pareja.

Ella resopló y negó con la cabeza al tiempo.

—Te engaña —dijo con deleite—. Con el profesor de educación física —frunció el entrecejo—. Y creo que el profesor de teatro también forma parte del cuarteto.

Carcajadas mentales.

«Así que ellos también mintieron». Debía reaccionar como una loca celosa, para asegurar mi pellejo.

—¿Hablas en serio? —la voz se me quebró.

—Sí.

Fui a por una explicación. Peter, Jonás y Erich reían de algo cerca de la biblioteca. María me siguió. ¡Era una cotilla de lo peor!

—¡¿Así que me estás engañando con esa rubia de bote?!

Me miraron con asombro ante mi actuación a la Gigo María. Meneé las caderas de un modo muy afeminado y mis amigos reprimieron sus risas con todas sus fuerzas.

—La única loca eres tú —me retrucó Erich, moviendo la mano de un modo muy, pero muy gay.

—¡Zorra! —le grité y empezamos a pegarnos como dos colegialas.

Peter nos separó y nos dijo que éramos unas ridículas.

—¡Prefiero estar solo!

—Entonces ya no tenemos que esconder lo nuestro, Jonás —dijo Peter, para asombro del vikingo.

Jonás acababa de tragarse la lengua.

—Soy el activo —soltó con su peculiar voz grave—. Mi amor —rodeó el hombro de Peter—. Te mataré —le susurró en alemán.

María corrió hacia la sala de profesores, supusimos que para poner al tanto a las demás maestras.

—Fuimos muy convincentes —Les dije en un susurro.

Erich enarcó una ceja y sonrió.

—Sí, loca.

—He hablado con Chiara —les dije con seriedad tras recomponernos del momento ¿Reinas o reyes?—. El año pasado un profesor la hostigó como yo, y el novio de su madre tomó cartas en el asunto. El profesor renunció tiempo después y, según Carmen, estaba bastante lastimado el día que lo hizo.

Erich adoptó una actitud seria, el asunto lo requería.

—¿Crees que caerá en nuestra trampa?

Asentí con energía.

—Estoy seguro que sí, Erich.

A la mañana siguiente, Chiara me entregó un papel con mucha discreción. Era el número del novio de su madre, me aclaró.

—Ha mordido el anzuelo —les dije a mis amigos—. Chiara le comentó sobre mis preguntas, como le había pedido —acoté.

Mis amigos chocaron los cinco. Marqué el número del infeliz, pero él no cogió la llamada. Me envió un mensaje de WhatsApp.

«Nos vemos esta noche en el parque Villa Fiori, trabajo hasta tarde y no puedo antes, lo siento».

«Perfecto» le contesté.

Mis amigos me acompañaron.

—Estaremos atentos, sobre aquel muro —me indicó Peter.

Asentí al tiempo que encendía el grabador de mis gafas.

—Intentaré que confiese algo —les dije y ellos asintieron.

Todo aquello que grabara pasaría automáticamente al ordenador de la agencia. Aquella cita parecía una emboscada, típica de los policías que lograban intimidar a cualquiera con sus amenazas.

—Éxito —me dijeron y entrechocamos los cinco.

Ellos se alejaron y treparon el muro que estaba cerca del parque.

—¡Ey! Ese es mi dulce —protestó Erich.

Podía oírlos a través de los auriculares.

—¡Lo he comprado yo! —amonestó Peter—. ¡Ey, vikingo!

—Tengo hambre —le dijo Jonás.

Increíble, eran los mejores agentes secretos de Alemania, pero cuando estaban juntos, parecían unos críos maleducados.

—¡Qué maduros! —les reprendí y ellos me dedicaron el dedo corazón—. ¡Y educados!

Rieron al tiempo que devoraban unos dulces. Nadie podía verlos, ya que estaban

protegidos por la oscuridad.

Un coche patrulla apareció. Era el infeliz.

—¿Marcello Hoffmann? —me dijo de pronto una voz nada ajena a mí—. ¿Tú eres el profesor gay?

Desencajé la cara al reconocerlo.

—¿Vittorio Ferrara? —le dije y mis amigos cuchichearon entre ellos.

Vittorio ya no era el adolescente delgado que fue en el instituto. Era fuerte y bastante rudo, al menos con las mujeres y los niños. En ese lapso, evoqué lo que Anna me confesó tiempo atrás.

«Vittorio intentó violarme tras tu partida de Italia».

—Siempre tuve mis dudas acerca de tu sexualidad —apostilló, seguro que hablaba con un simple y miedoso profesor de primaria—. La vida me está dando una gran oportunidad para vengarme de ti, nazi de mierda.

¿En serio? ¿No tenían otro insulto más original contra nosotros? Lo observé con atención, meneando la cabeza de un lado al otro, juntando en mis puños toda la ira que cargaba desde el día que mi mujer me confesó lo que él intentó hacerle en el pasado, aprovechándose de su vulnerabilidad.

—Ese tipo va a recibir una paliza de muerte —bisbiseó Erich—. Está delante del mejor boxeador de la agencia.

Peter soltó un silbido por lo bajo. Jonás me alentó.

—Mi mandíbula nunca se recuperó del impacto de su puño —matizó Jonás, y dibujó una sonrisa invisible en mis labios.

—¿Tú eres el maldito maltratador de Chiara y Fabio? —lancé—. Típico de los maricas como tú.

Vittorio golpeaba la mano con una fusta, estaba cabreado y pronto me demostraría cuánto.

—Sí —confesó el muy idiota—. Mi novia es muy indisciplinada y Chiara también. Ambas necesitaban un hombre de verdad en sus vidas.

Algo en su tono de voz me hizo temblar. ¿Qué más había tras su afirmación?

—Las dos aprendieron a ser buenas mujeres a mi lado.

Mi corazón se encogió al comprender al fin lo que se ocultaba tras su afirmación.

—¿Abusaste de Chiara? —solté con el alma a mis pies.

—Me recordaba a tu cerdita —puntualizó y la furia comandó mi alma—. A Anna Bellini, a quien violé en el pasado una y otra vez.

—¡Hijo de puta! —dijeron mis amigos.

—Cuando te marchaste de Italia, ella me buscó y la hice mía, a pesar de sus ruegos.

«Mientes muy mal».

—¿Qué habrá sido de ella y Carla?

No podía más, le di un fuerte puñetazo en la barbilla. Vittorio echó hacia atrás la cabeza ante el impacto. Antes de que pudiera recuperarse, le di un rodillazo en el estómago. Poseído por la rabia y la impotencia, empecé a golpearlo cada vez con más brutalidad. Él mal pudo darme un gancho de derecha, ya que estaba bastante lastimado.

—¡Maldito, nazi!

Le di una patada certera en la nariz.

—Nadie habla mal de Anna Bellini —gruñí al tiempo que le tiraba el pelo con violencia—. Mi esposa.

Vittorio abrió mucho los ojos antes de recibir una descarga eléctrica por parte de Erich.



—En la agencia se encargarán de él —me dijo Peter, apartándome de Vittorio—. Podrías haberle matado —acotó y asentí sin abandonar mi expresión desencajada.

El año pasado casi asesiné a patadas a un violador de Rusia. Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Lamento por Chiara.

Ser padre me debilitaba mucho. Mis amigos estaban tan afectados como yo, no era la primera vez ni sería la última que descubriríamos algo así, pero siempre nos desarmaría, siempre.

Vittorio confesó todo y terminó en la cárcel, donde murió días después, tras un ataque brutal de sus compañeros de celda.

—¿Crees que Carlo está tras la muerte de Vittorio? —me preguntó Erich.

No dije nada, yo en su lugar, hubiera hecho lo mismo. Carlo estaba pulverizado, pero aún podía salvar a sus hijos y quizá, incluso, a su mujer. No sería fácil, nada en la vida lo era, pero valdría la pena intentarlo.

—Gracias —me dijo Chiara, el último día que la vi en la escuela—. Para usted —me entregó un peluche.

Mis ojos se nublaron ante su cándido gesto.

—Gracias, cielo mío.

Ella me abrazó y lloré como un crío.

—Algún día me casaré con alguien como usted —afirmó y sollocé.

Mis amigos me esperaban cerca de la heladería. Levantaron sus conos y empezaron a canturrear nuestro himno de victoria.

—*Wir werden niemals untergehen!*<sup>[17]</sup>

Todos nos miraban, éramos la atracción, claro estaba.

—¿Vemos una película? —propuso Jonás.

Mi móvil timbró, era Anna.

—Dios mío —dije al leer su mensaje—, Matt sufrió un derrame cerebral. Todo empezó a darme vueltas.

## Anna - Fiesta del colegio

### Dos semanas después....

**N**ecesitaba adelgazar con urgencia para la fiesta anual de exalumnos del instituto. Hacía yoga y también algo de boxeo con Marcello por las tardes. Mi delicioso marido sería la gran sensación, como siempre. Y como mínimo, debía estar a su altura.

—No estás gorda, cielo —me dijo, el tercer día—. Estás deliciosa.

Marcello estaba muy triste y mal podía disimularlo. Matt había sufrido un derrame cerebral semanas atrás en Italia.

—Mi amor, lamento tanto lo de Matt.

Mi prima, Lizzy, estaba destrozada. Mi madre me dijo que estaba día y noche en el hospital donde se encontraba él.

—Los médicos me dijeron que solo un milagro lo salvará de la muerte, cielo.

Estaba muy mal y la medicina no podía hacer mucho por él.

—Los milagros suelen pasar cuando menos lo esperamos, Marcello.

Mi marido asintió sin mucha convicción.

—No puedo imaginarme en una situación similar —le confesé con lágrimas en los ojos—, me moriría de pena.

Marcello me dio un beso tierno.

—También yo, cielo.

Mi madre me llamaba todos los días para darme la misma noticia.

—Lizzy está al borde de la locura —me dijo apenada—, es muy triste todo, Anna.

Apenas teníamos contacto con ambos, pero nos caían muy bien.

—A veces, las cosas pasan por alguna razón —me dijo Gabriel—, solo el tiempo nos dará las respuestas que hoy brillan por su ausencia.

Él y su hermano viajaron a su pueblo días después. Mis hijos los echaban mucho de menos. Pero así era la vida, unos llegaban y otros debían marcharse. La vida, a pesar de ello, debía seguir...

—¡Mierda! —chillé cuando pesé.

¡No había perdido un solo gramo! Al contrario, había subido un kilo tras tanto esfuerzo.

«Y bombones» me dijo mi cerebro.

«Calla».

Tras salir de la bañera y secarme, cogí un bombón de mi escondite secreto: neceser de maquillajes. Hice una mueca de asco al morder el bombón que sabía a perfume. Revisé el interior del neceser y solté un taco al comprobar mis sospechas. Uno de las tantas muestras gratis de perfume se había roto.

—Mierda —dije, enfurruñada.

Muestras gratis era la leche. Me encantaban las cosas gratis, tenían un sabor exquisito, como decía mi buena amiga Valentina.

—Ahora sé lo que sienten los zombis de la serie «*The walking dead*» —me mofé mientras

sorbía mi sopa con cinco lentejas—. Te comeré de noche, Marcello —lo amenacé—, y hablo muy en serio.

Marcello se carcajeaba cada vez que lo amenazaba, pero aquella vez solo sonrió. ¿Me estaba escondiendo algo? ¿Era por Matt o por su padre? Tal vez, por ambos.

—¿Quieres más salchicha, cielo? —se burló con una sonrisa carente de humor.

—Mucho —le dije, pero no me refería a su salchicha, precisamente.

Me imaginé una deliciosa salchicha a la parrilla con un buen pan. ¡Tenía mucha hambre!

—Cielo, deja de pensar en la salchicha con pan del centro.

Puse los ojos en blanco.

—¿De qué estás hablando, Willis?

—Tú sabes muy bien de qué hablo, Willis.

Nos echamos a reír.

—Malo...

Gigo y Alexis me llevaron a un Spa el fin de semana. Según ambos, necesitaba relajarme para acoger mejor las buenas energías.

—¡Serás la envidia de todas! —exclamó Gigo, tras enseñarme una foto de Marcello en ropa interior.

Puse cara de espanto al verla.

—¿De dónde sacaste esa foto?

Intenté coger su móvil, inútilmente. Alexis me arrastró hasta la sauna, donde casi me asfixié. La presión me había bajado, falta de alimentos, me dijo Gigo. Luego nos metimos en la sala de masajes, donde unas japonesas casi nos arrancaron la piel. ¡Era masoquismo puro y duro!

—Quiero una tarta de chocolate —les dije tras salir del Spa.

Decidimos merendar en una cafetería del centro. Alexis comentó sobre su relación y Gigo sobre la suya. Ambos no pasaban por una buena fase. Yo devoraba mi tarta con tanta apetencia, que ambos dejaron de hablar para prestar atención en mí, en Peppa Pig versión italiana.

—Tengo hambre —les dije con amargura.

Alexis y Gigo soltaron un suspiro.

—Eres hermosa tal cual eres y tu marido no se cansa de decírtelo —me dijeron—. Disfruta de las minivacaciones con tu dios germano y deja de autoflagelarte.

Decidí seguir sus consejos, tras vomitar la tarta que había comido en el servicio mientras Gigo y Alexis me esperaban fuera. El rostro de Marcello se coló en medio de mi martirio. ¿Qué estaba haciendo? Miré al espejo con profundo dolor y decepción.

—¿Qué has hecho, Anna?

Salí del servicio tras limpiarme la boca y las manos.

—¡Cielo! —chilló Marcello, desde la mesa—. ¿Te pasa algo?

Alexis y Gigo lo miraban con verdadera adoración.

—No me cayó bien la tarta —le dije, algo azorada.

Marcello se acercó y ahuecó mi rostro entre sus grandes y suaves manos. Me obligó a mirarlo.

—No lo has hecho ¿verdad?

Le interrumpí con un abrazo.

—Te prometí que nunca más lo haría, mi amor —le mentí con descaro.

Marcello no dijo nada durante todo el camino a casa. Estaba serio, demasiado serio. Pensé que era por Matt, necesitaba creer que era por él. Aparcó el coche y cogió mi mano de un momento a otro.

—¿Juras por nuestro amor que no hiciste lo que pienso que has hecho, cielo?

Me rompí a llorar, estaba saturada y necesitaba desahogarme. Lloraba por muchas cosas, en especial por Lizzy y Matt. Pero también por mi incapacidad de vencer a la maldita bulimia. Marcello me soltó la mano de manera automática. Ciñó el volante con todas sus fuerzas y soltó varias palabras ininteligibles. Continué llorando.

—Me lo has prometido, cielo.

—Lo sé, pero mis promesas no valen nada —salí del coche y crucé la calle a toda prisa.

Un vehículo casi me arrolló, de no ser por la agilidad de mi marido que me sujetó de la mano a tiempo y me apartó del peligro.

—Cielo.

Me estrechó con fuerza. Intenté apartarlo, pero él no me lo permitió.

—Soy un estorbo para ti —lloré con más amargura—. ¡Ni siquiera puedo cruzar la calle sin ser un peligro! ¡Soy una inútil! ¡Una inservible! ¡Una cieguita como solía llamarme Carla!

Marcello lloró con amargura, aquello me paralizó por completo. Estaba saturado y ya no podía más con tantas cargas emocionales.

—No llores, mi amor —le supliqué—. Por favor, no llores.

Todo su cuerpo vibraba, el dolor era tan esclavizante.

—Te daría mis ojos, cielo —sus lágrimas empaparon mi rostro—. Pero solo puedo darte mi amor —su llanto me dejó sin palabras—. Y supongo que es poco, que no es suficiente, cielo.

La amargura se filtró en su voz.

—Mírame —le supliqué—. Por favor, Marcello.

Su rostro estaba empapado en lágrimas. Verlo llorar como un crío me desarmaba entera. Marcello siempre fue un hombre muy sensible, jamás me ocultaba sus emociones, era abierto y franco conmigo, como nunca pude serlo yo. Tenía miedo de perderlo, tenía miedo de quedarme ciega, tenía miedo de no ser la mujer que alguna vez amó en el pasado. Aquella Anna Bellini quedó soterrada bajo el miedo y la falta de seguridad. Me dolía enormemente no poder ser normal, no poder llevar a nuestros pollitos a la escuela, al parque, al supermercado o al jardín sin tropezarme con los pies. Me dolía no poder ser fuerte y afrontar mi discapacidad como una verdadera guerrera. Era débil. Muy débil.

—No sé qué decirte, Marcello —me quebré.

Nada de lo que dijera podía consolarlo. Me estrechó con más fuerza.

—Déjame amarte, cielo —su voz sonaba nasal—. Déjame curarte las heridas impuestas por esa maldita enfermedad.

Me abracé a él con mucha fuerza.

—Mientras hay vida, hay esperanza.

Se sorbió por la nariz y me canturreó nuestra canción favorita: «Yo te amo solo a ti».

—Yo solo te tengo a ti, Anna Bellini —toda la piel se me erizó—. Eres la mujer de mi vida, el aire de mis pulmones, la razón de mi existir—me meció con tersura—. Yo te amo solo a ti, cielo mío. Solo a ti...

Tras la cena, Marcello Hoffmann me hizo el amor como si fuera la primera vez. Dejó sus huellas en cada trocito de mi piel.

—Cada gramo y cada centímetro de tu cuerpo —besó mis labios con devoción—, me vuelven loco, cielo mío.

Había tanto dolor en sus ojos, tanta angustia y tanta desesperación.

—¿Por qué estás tan mal, Marcello?

Me besó con dulzura.

—Porque la vida es un instante, Anna —me dijo con los ojos llorosos—, un día estás vivo y al día siguiente...

Le besé y no le dejé terminar la frase.

—Hoy estamos vivos, Marcello.

Y con esas palabras, volvimos a amarnos.



El fin de semana viajamos a Bagni di Lucca con nuestros pollitos. Mis padres estaban muy contentos con nuestra llegada. A pesar de lo ocurrido con Lizzy, estaban felices. Marcello les pidió que cuidaran a sus nietos por unas horas mientras él intentaba rescatar a su eterna novia del colegio.

—Daremos un paseo por estas tierras, nuestra tierra, cielo.

Compró una moto vespa negra para enfatizar nuestro momento retro. Me puse unos pantaloncitos cortos y una blusa gitanilla como solía usar en el pasado. Me hice dos coletas, algo cortitas. Ya que tenía el pelo bastante corto en comparación con el pasado. Marcello me regaló unas zapatillas All Star rojas. ¡Eran perfectas para la ocasión!

—¡Estás guapísimo! —le dije, al verlo con una camiseta negra y unos vaqueros azules algo ajustados—. Muy ceñidos —protesté, como solía hacer en el pasado. ¡Había vuelto!

—¡Te amo, Anna Bellini! —gritó y me plantó un súper beso.

Monté la moto e iniciamos nuestro viaje al pasado. Me sujeté con firmeza por mi eterno novio, mi único amor. Nos detuvimos diez minutos después para hacer pis. ¡Era la misma chica del pasado! Marcello tomó algunas fotos con el móvil, de paso me tomó una mientras hacía pis. ¡Ya me vengaré!

—¡Casas abandonadas! —chillé cerca del Ponte Maggio—. ¿Quedaría mal entrar en ellas?

Marcello meditó dos segundos antes de meternos en una de las casas. Salimos corriendo cuando unas ratas nos saludaron. ¡Qué horror! Mi marido rio de buena gana y yo no pude evitar reírme con él.

—Esas ratas están más hambrientas que yo —me mofé y Marcello cogió algo de su mochila.

—Para ti, cielo —me alargó unas galletas—. Encontré en el mercadillo de tus padres.

¡Eran las galletas que comimos cierta vez en el Ponte Maggio! ¡Veinte años atrás!

—¿No olvidaste ningún detalle?

—No, cielo mío.

Comimos las galletas sentados en la barandilla de piedras del puente.

—Hay cosas que nunca cambian —se mofó Marcello, al ver cómo me deleitaba con aquellas galletas, separándolas y lamiendo la crema antes de devorarlas.

—No —le dije y le saqué la lengua—. Por eso me amas, Marcello Hoffmann.

Sonrió ampliamente. Su pelo, un tanto voluminoso, se removió con gracia cuando una brisa nos rozó las caras. Una brisa que olía a tilo y a jazmines.

—Este sitio continúa igual, cielo —suspiró hondo—. Como mi amor por ti —besó mi mano

derecha.

Lo miré con ojos soñadores, con los mismos ojos del pasado.

—Recuerdo nuestras aventuras aquí —le dije con nostalgia y cierta picardía—. Cada una de ellas —Marcello rio a mandíbula batiente.

—¿Lo revivimos?

—¡Sí!

Bajamos hasta el río Lima y buscamos unas piedrecitas. Las lanzamos al agua entre risitas cómplices. Marcello continuaba experto en hacer saltar las mismas sobre el agua. ¡Yo seguía sin lograrlo!

—No te enfades, cielo —me abrazó por detrás—. Te amo, eres consciente de ello, ¿no? —estaba a punto de meterle una piedra en el culo, pero me detuve a tiempo—. Estabas a punto de meter una piedra entre mis cachas, ¿no, cielo?

Laura Pausini cantaba desde mi móvil, rellenando el lugar con su canción «*Cuando se ama*». Siempre será mi cantante favorita en todo el mundo.

—¿De qué estás hablando, Willis? —le dije con expresión ladina y nos echamos a reír.

—¡Ven, cielo!

Me arrastró hasta un matorral y tras inspeccionar el lugar, se sentó sobre una piedra y bajó la cremallera de sus pantalones. Me bajé los míos y me senté sobre él. Me penetró de un embate y empezamos a movernos con sensualidad. La adrenalina aumentó la excitación a niveles insospechados y no tardamos mucho en tocar el cielo.

—Te amo tanto, Marcello —le dije, tras el clímax.

No dijo nada por unos segundos y una alarma se disparó en alguna parte de mi cerebro.

—Cielo, no grites —hice exactamente lo contrario—, ¿por qué gritas?

Era difícil de explicar. Pero mi cerebro andaba muy lento y hacía exactamente lo contrario de aquello que le ordenaban.

—Levántate despacito —me ordenó con cara de terror.

Seguí su enfoque y salté al ver una víbora a pocos metros de nosotros. Grité saltando, olvidándome por completo de mi semi-desnudez. La desgraciada salió corriendo, más asustada que yo. Marcello me tranquilizó y me rogó que me pusiera mis ropas.

—Me asusté mucho —lloriqueé—. Una víbora me hizo feliz, pero la otra no —más lágrimas.

Enjugó mis lágrimas con los pulgares, como solía hacerlo en el pasado.

—Ya pasó, cielo mío.

Me dio un largo, tierno y profundo beso de amor. Por unos instantes, nos vi a ambos con diecisiete años otra vez. Quizá habíamos sufrido cambios físicos, pero nuestras almas serían eternamente jóvenes como en aquel siglo pasado, en que nos conocimos por obra exclusiva de Dios.

—Te amo, Anna Bellini.

Empezamos a bailar mientras el sol se despedía de aquel día maravilloso.

—Y yo a ti, Marcello Hoffmann...



## Marcello - El baile soñado

**A**nna no pasaba por una buena etapa, la enfermedad que padecía tenía sus efectos en sus emociones. Eso sin mencionar lo que le había pasado a Matt, mi medio hermano semanas atrás. La noticia me dejó completamente destrozado y no comprendía muy bien por qué, ya que mal lo conocía. Sin embargo, sentía que exactamente lo contrario. Era como si él fuera parte de mi alma, más que de mis genes.

—Nadie sabe dónde está tu padre —me dijo Stefan—, simplemente no existe.

Necesitaba encontrarlo y aclarar mis dudas sobre Matt. Pero los fantasmas, eran difíciles de encontrar. Ellos solían aparecer cuando menos los esperabas, pero siempre cuando ellos decidían hacerlo.

—Es difícil encontrar a un muerto —repuse.

Anna y yo decidimos viajar a Bagni di Lucca el fin de semana, para la fiesta anual de exalumnos del instituto. Anna se obsesionó en bajar de peso y para ello utilizó viejos métodos del pasado, métodos que lastimaron profundamente mi corazón. Me pesaba una tonelada no poder arrancarle aquella pena que llevaba dentro por culpa de sus limitaciones, pero nada podía hacer, nada más que amarla con todas mis fuerzas.

—Amo este sitio —le dije con nostalgia.

El parque Villa Fiori continuaba igual, algo más abandonado, evidentemente, pero con el mismo halo mágico del pasado. Nuestros pollitos jugueteaban alrededor de nosotros con sus abuelos y la nana de Anna. Cuando veníamos por estos lados, simplemente nos relajábamos ya que ellos se encargaban de cuidarlos.

—Te amo, cielo —le dije en nuestra torre favorita, la primera del parque.

Anna apoyó la cabecita atribulada en mi pecho. Estaba muy triste, aunque fingiera lo contrario. Volver a nuestro pueblo le recordaba cómo era antes de la Retinosis Pigmentaria.

—No puedo creer que hayan pasado veinte años, Marcello.

Observamos el lugar a través de una de las ventanillas. Dos décadas se habían pasado desde que nos conocimos.

—Tampoco yo, cielo.

De pronto, cerca del puente, vi a alguien, a alguien que estremeció mi alma.

«Carla».

La joven, idéntica a Carla, sonrió con la misma malicia que la otra, la mujer que nos separó por varios años en el pasado. Ya la había visto tiempo atrás cuando vinimos para una misión por estos lados. Carmen me dijo en aquel entonces que era la hija de Carla, la hija que había tenido poco tiempo después del colegio. Anna desconocía sobre su existencia, así lo prefería por el momento.

—Carmen y su familia vendrán mañana para almorzar —me dijo y me arrancó de mi trance de golpe.

—Qué bueno, cielo —le dije sin desviar la mirada del puente.

La joven había desaparecido. A veces me preguntaba si no era producto de mi imaginación o el fantasma de Carla, que nunca encontró la paz.

—¿Quieres dar un paseo de bicicleta, cielo?



Anna esbozó una amplia sonrisa, una sonrisa que acarició mi ser.

—¡Sí!

Corrí hasta la casa de sus padres y cogí la vieja bicicleta de mi suegra. Le toqué el claxon. Anna cruzó el puente con gracia. ¡Era tan pequeña! Nuestros pollitos ni siquiera nos miraron. ¡Cuánta ingratitud!

—No seas gruñón —me dijo mi bella esposa tras besarme los labios—. ¿Quieres rememorar nuestras tardes por este pueblo mágico y perfumado?

Ayer anduvimos por las cercanías con nuestra vespa, hoy nos tocaba andar en bici. Le di un dulce beso.

—Quiero revivir mis mejores momentos a tu lado, Anna Bellini.

Se sentó sobre el caño tras arreglarse las gafas de sol. Nuestros pollitos nos saludaron eufóricos desde el parque. ¡A buena hora se acordaron de sus padres! Anna les lanzó besos mientras yo empezaba a alejarme del lugar. Tras unos kilómetros, terminamos en el Ponte del Diávolo.

—¡Amo este sitio! —chilló Anna, que salió disparatada hacia el puente.

En nuestro pueblo no tenía miedo, porque su alma conocía cada recoveco del lugar. Aparqué la bicicleta y la seguí. Se sentó en la barandilla con cierta dificultad, como en el pasado. Me acerqué y la ayudé. Se sentó y me metí entre sus piernas. Reclinó la cabeza sobre mi hombro y me dijo bellas palabras.

—Por favor... —le dijo a un turista—. ¿Podrías tomarnos una foto?

El joven cogió el móvil y nos tomó varias fotos, inmortalizando aquel momento para siempre.

—Ahora tenemos una actual y una de 1998 —me dijo con voz nostálgica—. ¿Te arrepientes de algo, Marcello?

Me volví y la miré con ojos soñadores, con los mismos ojos del pasado. Besé sus labios en forma de corazón con adoración.

—Solo de haber perdido aquellos años lejos de ti, cielo mío.

Sus ojos se nublaron.

—Podrías haberte casado con una mujer normal —solté un suspiro—, una mujer autosuficiente...

La miré con infinita tristeza. Cogí su mano y la deposité sobre mi pecho.

—Tú eres la mujer de mi vida, cielo —una lágrima atravesó su mejilla—. La mujer de mis sueños, mi alma gemela —enjuagué sus lágrimas con los pulgares—. Sin ti nada soy. Sin ti me moriría, así de simple —la barbilla me tembló—. Tú eres mi corazón, Anna Bellini. ¿Acaso no eres consciente de ello aún?

Una fina cortina de lágrimas cubrió mis ojos lentamente.

—Te amo más que ayer y menos que mañana —besé sus labios—. Mi pequeño gran amor.

Nos abrazamos con fuerza, con nostalgia, con amor. No podría vivir sin ella, no podría. Si la perdiera, preferiría la muerte a continuar sin mi Anna Bellini.

—Cielo, ¿te pasa algo más verdad?

Se rompió a llorar.

—A mamá... —titubeó—, le detectaron Mal de Parkinson.

Entrecerré los ojos con abatimiento.

—Tengo miedo, Marcello... —mis ojos se nublaron—, tengo mucho miedo.

«¿Por qué la vida nos ponía a prueba de este modo?».

—Tranquila, cielo —la consolé—, superaremos esta batalla, te lo prometo.

Observé el horizonte teñido en rosa y naranja con un enorme nudo en la garganta mientras evocaba a mi madre.

«Mutti» susurré con el alma hecha trizas. Daría parte de mi vida por haberla tenido un poco más. Un día más. La echaba tanto de menos y moriría echándola de menos. Pero la vida era así y uno debía aceptar sus designios, aunque parte de ti muera con ello.



Por la noche, decidí rasurarme la barba de casi un mes que llevaba. Quería estar de acorde al Marcello que Anna conoció, tiempo atrás. Me miré al espejo con nostalgia, ya no era aquel chico, ahora era un hombre hecho y derecho. Sonreí al mirarme con el traje negro, similar al que había llevado en nuestra fiesta de curso, a la que Anna nunca asistió, ya que estuvo hospitalizada.

—Hoy el destino vuelve a darnos una segunda oportunidad, cielo mío.

Me puse algo de perfume y cogí la cala que le había comprado. Media hora después, Anna bajó las escaleras con su hermoso vestido rojo, el vestido que nunca pudo usar en aquel entonces. ¡Estaba tan hermosa!

—Seré la envidia de todas —me dijo tras arreglar el mechón rebelde de mi pelo—. Ahora estás muy parecido al Marcello de aquel tiempo —sonrió.

Su nana le había hecho algunas modificaciones al vestido, me comentó con su peculiar chispa. Luego me dijo que varios embarazos tenían sus efectos y que sus caderas habían sufrido ciertos cambios. La besé con fogosidad y ahogué sus quejas.

—Estás hermosa, cielo mío.

Mi suegra nos tomó una foto con la antaño cámara de Anna. Nuestros hijos preguntaron de dónde habían sacado aquella caja mágica que vomitaba fotos. ¡Mis pollitos eran muy creativos! Lo mismo ocurrió el día que vieron una televisión de los años 90. Pensaron que las personas vivían dentro, ya que era una caja muy grande para ser una televisión. Me sentí tan viejo en aquel entonces.

—¿Te sientes bien, mamá? —le preguntó Anna con dulzura.

Por fortuna mi suegra era tan optimista y vivaz.

—Muy bien —le dijo y le dio un beso en la cabeza—, no te preocupes.

Le guiñó un ojo en señal de complicidad. La enfermedad apenas empezaba, según me dijo la nana de Anna. Pero el ánimo del enfermo de Parkinson influenciaba mucho en el desarrollo de la enfermedad, que solía causar depresión en ellos. Sin embargo, tenía fe de que mi suegra sobrellevaría la misma con humor y pensamientos positivos.

—Pensar que en aquella época era virgen mi hija —dijo mi suegro, y casi me atraganté—. ¿No, alemán?

Mi suegra rio a mandíbula batiente.

—¡Ángelo! —exclamó riendo—. ¡Igual que tú y yo!

Mi suegro se sonrojó como un tomate.

—¡Flora! —le reprochó—. ¿De qué estás hablando, Willis?

Nos echamos a reír una vez más.

—¡Oops! ¡Debemos irnos! —me dijo Anna y me arrastró hasta el coche.

Llegamos al salón de fiesta, la misma que habíamos usado en 1998, media hora después. Las mujeres, al igual que Anna, llevaban vestidos de color rojo y los muchachos trajes negro. Anna abrió como plato los ojos al ver a Pamela y Vanessa.

—¿Pasé hambre para eso? ¡Están hechas unas ballenas!

Le di un beso.

—Tú eres la más hermosa de todas, cielo. Como en el pasado —nos besamos con fogosidad—. Anna... —gemí en sus labios—, si continuas, te haré el amor aquí mismo...

Anna manoseó mi miembro con descaro. ¡Era la misma traviesa del pasado!

—¿Recuerdas lo que pasó en aquella fiesta que vine con el hermano de Emma? —masculó sin detenerse en sus caricias—. Hoy podríamos cerrar ese capítulo con llave de otro ¿no?

Apartó sus garritas y me dijo que era hora de ir a la fiesta.

—¡No! —protesté—. ¿Mira? —le enseñé mi enorme bulto—. ¡Pensarán que tengo un arma entre las piernas!

Anna rio de buena gana antes de agacharse y solucionar el problema. Miré hacia el salón con ojos huidizos. Por suerte, estábamos en una zona poco iluminada. Eché atrás la cabeza y me dejé llevar por la pasión.

—¿Satisfecho, Marcello Hoffmann? —me dijo tras limpiarse los labios con mucha sensualidad.

Subí la cremallera de mis pantalones con el corazón laténdome a mil por hora.

—Mucho, cielo —suspiré hondo—. Ufff...

Bajamos del coche y nos dirigimos al salón de manos dadas. Todos nos saludaron con euforia, menos Cesare, mi eterno rival. Los años pasaron y las animadversiones continuaban intactas. Miró a Anna con ojos curiosos y le quise reventar la nariz. Me mordí la piel interna de las mejillas. Un comentario negativo suyo y terminaría en cuidados intensivos. Por fortuna, no dijo nada.

—¡Anna! —gritó Liza y Carmen—. ¡Estás guapísima!

Pamela y Vanessa se acercaron y me saludaron con dos besos.

—Sigues igual, Marcello —me guiñó un ojo Pamela—, atractivo y sexi.

Me sonrojé. Nunca supe lidiar con aquel tipo de cumplidos y, mucho menos, de aquellas dos, que vivían acosándome en el instituto.

—Anna está hermosa —dijo Milena—. Casi no ha cambiado.

Me aclaré la garganta con fuerza.

—Está más hermosa que nunca —le dije con el corazón en la mirada—. Y yo más enamorado que nunca de ella...

Las tres suspiraron hondo.

—Siempre supe que terminaríais juntos —acotó Pamela, con un cinismo deplorable.

Erich usurpó mi cuerpo y dominó mi lengua:

—Por eso te encargaste de repartir lo que había pasado en la casa de Vittorio, ¿no?

Se ruborizó como una grana.

—Permiso —les dije y me acerqué a Anna—. ¿No te has puesto bragas? —le susurré el oído—, te castigaré duramente en casa.

Ella rio por lo bajo.

—Castígame —me dijo en alemán.

—Eres muy traviesa —le repliqué en el mismo idioma.

Cuando entramos en el salón principal, vi las fotos de los que habían fallecido: Carla,

Amanda, Vittorio y Emma. Cómplices, de cierta u otra manera.

—¿Sabíais que Carla murió cuatro años después de sufrir un grave accidente? —soltó Carmen, y Anna se tensó.

—¿Cómo lo sabes? —solté, curioso.

Anna carraspeó con nerviosismo mientras la canción Dos enamorados de Laura Pausini empezaba a sonar en el salón, transportándonos al dulce y amargo pasado.

—Supuestamente, una enfermera que la atendió se lo dijo a... —Carmen me miró con intensidad—, su hermana.

Sabía que hablaba de la hija, en realidad. ¿Estaba en el pueblo por ese motivo?

Mi esposa nunca hablaba de Carla, como si nunca hubiera existido. Como si nunca la conoció.

—¿Carla murió en verdad? —espeté y Anna apretujó mi mano con fuerza.

Soltó un bufido de indignación.

—Murió —me dijo con firmeza y me miró desafiante—, yo la vi en su ataúd.

—¡No hablemos de ella! —exclamó Carmen.

—Mejor.

Anna y sus amigas gritaron cuando los Backstreet Boys rellenaron el ambiente con sus canciones pasadas de moda.

—¡Hoffmann! —me saludó Luigi.

Nos estrechamos con afecto.

—¡Albertini!

Luigi llevaba una barba de un mes, pero continuaba siendo el rubicundo con cara de leche del pasado. Anna se acercó y lo saludó con un fuerte abrazo.

—Anna Bellini, estás preciosa.

«Mmm».

Liza y él continuaban juntos desde nuestra boda. Pero Luigi no la amaba, nunca la amaría. Sentí lástima de él, porque la mujer que amaba, nunca, nunca podría corresponderle. Luigi escrutó a Anna con verdadera adoración, a pesar de su disimulo lo pillé.

—Sois mi pareja favorita —nos dijo Carmen, y nos tomó unas fotos—. Siempre supe que terminaríais juntos, siempre.

Cogió algo del bolso.

—Aquí tenéis la prueba —nos alargó una foto—. Os tomé en el pasado...

En la foto aparecíamos Anna y yo en el teatro que habíamos hecho en el colegio. Ella y yo discutíamos por algo, y yo la besé como respuesta. Carmen nos dijo que estaba a muy pocos metros de nosotros dos y cuando nos tomó la foto, ni siquiera lo habíamos percibido. Giré la foto que rezaba:

«Las almas gemelas siempre, siempre terminan juntos».

—Un regalo —nos dijo sonriendo—. No sabes cuánto sufrí aquella noche de la fiesta, Anna —me tocó el brazo—. Cuánto te esperamos...

Anna se abrazó a mí. La rodeé con el brazo y la apretujé contra mi cuerpo.

—Lloré por días —añadió con lágrimas en los ojos—. Pero siempre presentí que algún día, volveríais a estar juntos. ¡Y aquí estáis!

Carmen era la directora del instituto del pueblo, era una mujer felizmente casada con Giulio Rossi, un año mayor que nosotros. Era el chico más atractivo del instituto, antes de mí, nos dijo y me ruboricé como una grana.

—Nos conocimos en la universidad y nos tornamos amigos inseparables —matizó con

nostalgia—. Me hizo sufrir unos tres años antes de asumir su amor por mí —nos reímos de sus gestos un pelín exagerados—. Era la amiga que lo apoyaba en todo, hasta que lo besé y le dije que lo amaba. Se alejó de mí por unos meses —Giulio apareció y la estrechó por detrás.

—Hasta que la vi con otro y supe que era la mujer de mi vida —comentó entre risitas—. Me dio un fuerte bofetón antes de besarme.

—¡Tardaste más de tres años! —chilló Carmen, tras besarlo.

—Hablando de otra cosa —dijo de pronto Lizza—, ¿sabíais que Carla Ferruzzi tuvo una hija tras el instituto? —se puso pensativa—. Antes de casarse con el médico millonario —resaltó. Anna palideció al oírla. Intenté mantener la calma, pero los nervios me dominaron.

—No lo sabíamos —le dijo Anna, en un susurro.

Lizza nos dijo que estaba estudiando en la universidad, donde enseñaba una materia.

—Es idéntica a Carla.

Luigi carraspeó. Lizza continuaba siendo la misma cotilla del pasado.

—Al parecer, es amante de un famoso mafioso, un tal Zeus.

La sangre abandonó mi cara cuando oí el nombre del mafioso más buscado del planeta.

—¿Cómo se llama? —le pregunté, con el corazón en la garganta.

—Carla Ferruzzi, como la madre.

El hombre que el conde Monteschini perseguía desde 1995. Pedí permiso y me metí en el servicio. Llamé a Stefan, el hermano de Jonás.

—Averigua quién es Carla Ferruzzi.

—Necesito un minuto, Hoffmann.

En ese lapso, envié un wasap a Erich y a Peter. Ambos quedaron sin palabras ante la noticia.

—No es su amante, Hoffmann —me dijo Stefan, un minuto después—. En realidad, es su adorada hija.

Todo empezó a girar a mi alrededor. Zeus tenía un talón de Aquiles, su hija con Carla Ferruzzi.

—El pasado ha vuelto —dije con el alma a mis pies.

Una de las compañeras habló por los altavoces y me sacó de mi trance.

—Comunica a tu hermano, Stefan.

—Jawohl!

—Joder —dije, abatido—, Zeus está cada vez más cerca.

Me lavé la mano y luego la cara. Aspiré una gran bocanada de aire y luego lo solté.

—Esta noche es muy especial para Anna —me dije, emocionado—, esta noche no lo estropearás, Carla Ferruzzi.

Decidí disfrutar de aquel indeleble momento. Me retiré del servicio y me acerqué a mi esposa.

—Cielo mío... —le tendí la mano—. ¿Me concederías el placer de esta pieza?

Los ojos de Anna se nublaron ante la enorme emoción. Richard Marx irrumpió el lugar con su canción «*Right here waiting*». Envolví el cuello con sus brazos y nos mecimos al ritmo de aquella canción que había marcado el inicio de nuestra historia en el pasado.

—Te amo, Marcello —me dijo con voz enronquecida—. Siempre te amaré, mi alemán.

Besé sus labios como siempre soñé besarlos aquella triste noche en que tuvimos que renunciar a nuestro amor por un tiempo indefinido.

—Te amo, Anna Bellini —le succioné la lengua con voracidad—. Incluso más allá de la propia muerte, cielo mío.

Mientras bailábamos, sumidos en aquella canción, por unos minutos, volvíamos a tener diecisiete años.



## Anna - Una geisha en peligro

Observaba atenta las palabras que acababa de escribir en mi nueva novela: El secreto de Anna. Ella, al igual que yo, guardaba un secreto inconfesable. Uno de aquellos que solía morir con uno mismo.

—El pasado quedó atrás, Anna —me dije y guardé el archivo—, para siempre.

Algunas cosas debían morir con las personas que ya no estaban.

—Carla tuvo una hija —musité, agobiada—, ¿por qué mi corazón se encoge cada vez que la recuerdo?

A veces temía que el destino repitiera ciertas historias.

—No —me dije resoluta—, el karma ya me cobró todas mis deudas.

—¡Anna! —gritó de pronto Gigo—, ¡Anna!

—¿Qué pasó?

Gigo encontró un mensaje súper raro en el móvil de su futuro esposo.

—¡Me engaña, Anna! —lloró con amargura—, ¿dónde está Marcello?

Lo miré como si acabara de decirme que Lady Gaga era la hija no reconocida de Michael Jackson y Freddie Mercury.

—¿Para qué quieres saber dónde está mi marido?

Gigo se sorbió la nariz con fuerza.

—Necesito consuelo visual.

—Mmm —ronroneé y le di un golpecito en el brazo.

Eché la cabeza hacia atrás y lloré con la boca bien abierta. Parecía un anime. Quise meter algo en su boca, pero me contuve, a duras penas.

—¿Nunca encontraste nada raro en el móvil de Marcello?

Siempre fisgoneaba el móvil de mi delicioso marido, pero nunca encontré nada sospechoso. Marcello no tenía Facebook, Instagram u otra cuenta. Nunca fue adepto a las redes sociales y en su WhatsApp solo había mensajes de sus amigos y míos. Unos quinientos mensajes míos contra unos veinte de sus amigos, más o menos. Mi pecaminoso marido era cristalino como el agua del lago Pilato con respecto a sus cosas.

—Eres muy afortunada, Anna.

Alexis llegó media hora después. Jugeteó con mis pollitos mientras yo preparaba algo para merendar con Leticia.

—Me sirves café en la taza con la foto de Marcello —me pidió Gigo—, el que te regalé el mes pasado.

Cogí la taza en cuestión y escruté a mi marido con el torso desnudo y una amplia sonrisa en los labios. Sobre su cabeza decía: Gigo, formas parte de nuestra vida.

—Claro —le dije con el cejo fruncido.

—Necesito consuelo, Anna.

Tenía suerte que no era agresiva o aquella taza saldría volando de mis manos hacia él.

—Gracias, Anna.

Mi móvil timbró, era una videollamada de Marcello. Gigo dejó de llorar de manera automática al oír la canción de Sergio Endrigo en el fondo, el tono que anunciaba a mi marido. Se

acercó con discreción y se puso detrás de mí. Alexis vino minutos después. No era una videoconferencia, pero aquellos dos no conocían la palabra «*privacidad*».

—Coge la llamada —me dijeron como si tal—. No le hagas esperar tanto.

Pulsé el botón sin cambiar mi expresión reprobatoria, que ambos, por cierto, ignoraron por completo.

—Hola, cielo —el viento desordenó el pelo un tanto voluminoso de mi marido—. Llegaré por la noche —esbozó una amplia sonrisa, dejando a la vista su dentadura perfecta.

Gigo y Alexis suspiraron profundamente.

—Hola —les saludó Marcello, algo desencajado.

Parpadearon como dos princesas de Disney. Marcello soltó una risita al ver mi mueca de Fiona con hambre.

—Si yo tuviera unos senos como estos —dijo Gigo y toqueteó mis tetas con descaro—, mis pezones estarían súper erectos.

Marcello lo fulminó con la mirada al ver aquellas manos en mis senos.

—Cielo —gruñó.

Gigo era más femenino que yo, pero mi marido sentía celos de todos modos. Aparté las manos delicadas de mi amigo y sonreí con picardía. Marcello meneó la cabeza, lapso en que Jonás, Erich y Peter aparecieron tras él. Nos saludaron antes de alejarse. Marcello les habló en ruso, si ya me era difícil el alemán, el ruso ni qué decir. ¿Por qué hablaban en aquel idioma?

«Porque sois unos cotillas» me dijo mi cerebro.

Jonás le dijo algo desde el coche. Marcello le contestó y Erich acotó algo más. Mi marido se volvió y me miró con expresión de cordero degollado.

—¿Dónde están nuestros pollitos, cielo?

Nuestros hijos se acercaron al escucharlo y empezaron a gritar. Marcello rio de buena gana ante la pueril euforia de nuestros pollitos. Cada uno habló y pidió un regalo.

—No seáis pedigüeños —les insté—, ¿me traes algo, mi amor?

—¡Mutti! —chillaron y me eché a reír.

—¡Tu regalo será muy especial, cielo!

Me lanzó un beso y se ganó tres a cambio, uno mío y dos de mis amigos. Negó con la cabeza antes de colgar.

—Marcello está cada vez más guapo, Anna.

«Y más fogoso» pensé.

—¿En serio? —dijeron ambos.

Puse cara de espanto.

—¿Lo dije en voz alta?

Nos echamos a reír.



Gigo decidió ir al club del sushi impúdico, como tildó al Spa japonés donde hacían masajes eróticos, según le dijeron a Alexis cuando llamó al local.



—No puedes irte —le dijimos ambos—. ¿Irás como cliente?

Alexis hizo sus averiguaciones y descubrió que solo podían entrar las masajistas, camareras y los socios.

—Es un Spa muy exclusivo, una hora de masaje cuesta más de quinientos euros —señaló Alexis, con los ojos casi fuera de sus órbitas—. Masajes sin ropas y con sexo incluido.

Gigo echó atrás la cabeza y lloró. Alexis y yo quisimos reírnos, pero nos contuvimos, a duras penas.

—¡Necesito descubrir qué hace mi Antón allí!

Alexis suspiró derrotado.

—Pues tendrás que ir de geisha camarera —le aconsejó—. No hay de otra manera.

Cuando llegamos al lugar, descubrimos que aquel club era para heterosexuales y no homosexuales. Gigo se rompió a llorar con amargura colosal.

—¡Antón es hetero! —chilló y se robó la atención de los peatones—. ¡Prefiere el sushi a la salchicha!

Alexis le dio una fuerte bofetada, que le hizo girar el rostro a un lado. El impacto me robó un gemido de susto. Gigo meneó la cabeza, como si aquel golpe le hubiera sacudido el coco.

—Lo necesitaba —se masajeó la mejilla—. Pensé que nunca me lo daríais. ¡Por poco no me pegó yo a mí mismo!

Le di una bofetada extra. Alexis soltó un grito muy gay y Gigo un gemido de dolor agudo. Creo que exageré en la potencia de mi golpe. Marcello solía decirme que era pequeña, pero que pegaba como un camionero.

—¿Y eso?! —chilló Gigo.

Puse cara de Bob Esponja asustado.

—¿No pedías un repeat? —le dije con expresión compungida.

Gigo masajeó su cara sin abandonar su mueca de fastidio.

—¡No!

—Ah...

Me puse seria y desvié la mirada.

—Os maquillaré —nos dijo Alexis y nos enseñó unas fotos—. Vais a quedar idénticas a estas geishas.

Gigo protestó.

—Tengo un pene y, eso en general, me convierte en hombre, a pesar de mi negación al respecto.

Una risita nerviosa se le escapó a Alexis y volvió a abofetear a Gigo. Solté un grito y di un respingo ante el susto.

—¿Crees que con mi súper talento sabrán que eres hombre? ¡No me ofendas!

Gigo se masajeó la cara con expresión seria.

—Eso espero, Alexis —le advirtió y le devolvió la bofetada.

Otro grito se me escapó.

—Me lo merecía —le dijo Alexis—, pegas como macho.

Gigo llevó ambas manos a su pecho y parpadeó con mucha gracia.

—Gracias, algo restó en mí.

—Algo.

Nos metimos en el Spa disfrazados de japonesas indecentes para limpiar el local. El calzado era incómodo, tanto como aquel raro peinado que llevábamos. El kimono rojo con detalles en negro me quedó precioso. No veía la hora de hacerle un striptease oriental a mi súper

agente esta noche. Gigo estaba tan hermosa, parecía una muñeca Kokeshi, versión playboy. ¡Sus tetas eran enormes! Alexis era tan bueno como el equipo de la película «¿Dónde están las rubias?».

—Nos contrataron para la limpieza —le dije, sonriendo y parpadeando al tiempo.

La recepcionista nos inspeccionó de pies a cabeza.

—Quiero a la pequeña —dijo de pronto alguien tras nosotros—, de las caderas redondeadas.

Busqué a su víctima con la mirada.

—Anna, te quiere a ti —me dijo Gigo—. ¡A ti!

Puse cara de Pokémon violado por el mismísimo Godzilla.

—¿Qué?!

El mexicano de tripa saliente y bigote de alambre me estrechó contra su cuerpo con fuerza. Su aliento a chiles y cebolla me mareó. Gigo intentó apartarlo de mí, pero el muy cabrón lo empujó.

—¡Órale! Tú después de ella —le dijo, sonriendo—. ¿Qué tal, chaparrita?

—Suéltame, mariachi —le pedí.

—Ni loco la suelto.

¿Dónde estaba Goku en aquellos momentos? Gigo salió corriendo del lugar. ¿Qué?!

«¡Será pinche la vieja! ¡Me abandonó!» dije en un mexicano perfecto.

La recepcionista me dijo que allí mandaba el cliente.

シャイシ<sup>[18]</sup>.

El mariachi, panza de pelota, me arrastró hasta uno de los cuartos. Me resistí, pero él tenía mucha fuerza.

—¡Quiero ese culito!

El condenado mexicano no desistiría fácilmente de su objetivo. ¡Era un depravado!

—Yo no hacer cosas ahí —le hablé como si fuera una japonesa aprendiendo sus primeras palabras en alemán—. Puerta trasera no.

—¡Papi será cuidadoso!

Me tropecé con una silla y él aprovechó para cogerme del brazo. Intentó quitarme el kimono, pero le mordí.

—¡Serás pinche, mujer!

Me levanté y empecé a correr por la sala.

—¡Déjate querer, chaparrita!

Minutos después, Marcello entró en el cuarto de golpe y fulminó con la mirada al mariachi cachondo.

—¡Marcello!

¿Cómo llegó allí? El mexicano lo miró de pies a cabeza y le dijo que podía participar. ¿Flirteaba con mi marido?

—¡Déjala! —le ordenó mi súper marido.

El mexicano intentó atacarlo, pero mi marido le dio un golpe certero en la cabeza y el mariachi barrigón se desmayó como solían hacer algunos personajes de las famosas telenovelas mexicanas.

—¿Qué haces aquí, cielo?

Me cogió en brazos cuando le dije que me dolía el pie. Me miró con severidad.

—¿Gigo no te adelantó nada?

Me miró con cara de pocos amigos.

—Desgracia —dije en español.

En casa... Marcello y Antón nos dieron un buen sermón.

—Estaba en una misión —dijo Antón—. ¿Por qué siempre desconfías de mí, Gigo?

Mi amigo rosa abrió su boca para replicarle, pero le pellizqué el brazo antes de que metiera aún más la pata.

—Auch —soltó en un susurro.

Intercambiamos una mirada ácida. Gigo imitó a un gatito enfadado, incluso me enseñó las garras. Le saqué la lengua. Marcello se quedó en silencio por más tiempo del que deseé. Cuando Antón y Gigo se marcharon de casa, intenté lavarme la cara, pero Alexis, me había dicho de antemano, que el maquillaje tardaría veinticuatro horas para salir por completo de mi cara.

—Pinche maquillaje.

Salí del cuarto de baño con cara de Pokémon arrepentido. Marcello estaba leyendo un libro. Llevaba puesto únicamente su bóxer negro y sus gafas de lectura. Una de las piernas la tenía doblada a la altura de sus musculosos pechos.

私のパンティーは日本語でびしょ濡れでした [\[19\]](#).

Me arreglé el kimono con cierta timidez.

—¿Marcello?

Levantó la vista y me miró con ojos inquisitivos. Aquella mirada seria aumentó mi excitación a niveles insospechados.

—¿Te apetece algo de sushi?

Soltó una carcajada cuando puse mis manos sobre el centro de mis piernas. Posó el libro sobre la mesilla y luego las gafas sobre él. Alargó las piernas y me pidió que me sentara sobre ellas.

—¿Sabes lo que sentí cuando supe que estabas en peligro, cielo?

Ahucó mi rostro entre las manos y me miró fijo a los ojos, como solía hacer cuando me metía en algún problema.

—Me prometiste que no volverías a meterte en un lío —me recordó con una sonrisa radiante—. ¿Lo olvidaste?

Besé sus labios, no me resistí.

—Dos días después, hiciste exactamente lo contrario, cielo.

Me ruboricé como un tomate.

—Si algo te pasara, cielo —besó mis labios con pasión—, me moriría, Anna Bellini. ¿Lo comprendes? Me moriría...

Mordí su mentón con suavidad.

—Lo siento, Marcello —le dije con voz melosa—. No lo volveré...

Me tumbó de golpe en la cama y me besó con mucha fogosidad.

—No prometas nada, cielo —me quitó el kimono con un solo movimiento—. Anna Bellini, eres muy traviesa, ¿lo sabías?

うめき声 [\[20\]](#).

—¡Ay! —chillé al recibir una nalgada—. ¿Más?

Se echó a reír.

—¡Eres terrible, cielo!

¡Picachú al fin encontró a su alma gemela!

## Marcello - Caperucita roja

**A**l fin conseguí una cita con el magnate Ludwig von Höllemann tras varios intentos fallidos. Llegué con puntualidad a su casa, donde su mayordomo me recibió. Su cara me parecía tan familiar, tan absurdamente familiar, que me quedé mirándole por unos segundos. Él me dedicó una mirada elocuente antes de coger mi abrigo. Tragué con fuerza al reconocer aquella cara.

«Hitler».

¡Era una verdadera locura! Toda la piel se me erizó ante su extremo parecido con aquel famoso y odiado nazi.

«Es imposible» me dije, más nervioso que minutos atrás. La mansión, tétrica y fría del empresario, me dejó con la garganta seca.

—Buenas tardes —me saludó una mujer de pelo rubio muy parecida a Marilyn Monroe, pero más recatada—, por aquí, señor Hoffmann.

La seguí con discreción y con la cabeza repleta de interrogantes. Ella abrió una enorme puerta de color negro con detalles en dorado y me cedió el paso. Antes de cruzar el umbral, tuve un enorme deseo de persignarme, pero me contuve, a duras penas.

—Permiso —dije bajito y pasé—. Wow —solté al clavar los ojos en el techo de cristal muy parecido al de una catedral.

No era un despacho, sino una habitación. ¿Era la habitación de él? Un hombre alto, de pelo negro y ojos muy claros se acercó a mí. Me pidió que me sentara en un sillón de cuero que se encontraba a pocos metros de la cama. Cuando lo hice, pulsó un botón y unos metales rodearon mis muñecas, aprisionándome de manera inevitable. Lo mismo ocurrió con mis tobillos.

—Pero ¿¿qué haces?! —protesté, removiéndome en el sillón con violencia.

El hombre pegó mi cabeza al respaldo y un mental ciñó mi frente con fuerza, inmovilizándome totalmente, obligándome a mantener la mirada clavada en la cama rodeada por largas velas rojas y negras. Una mujer de pelo rubio y mirada desafiante apareció delante de mí. Me miró con curiosidad y luego dejó caer el camisón rojo que llevaba puesto al suelo. Su desnudez me obligó a cerrar los ojos en un acto involuntario. El hombre que me aprisionó, me ordenó que los abriera y así terminé haciéndolo, como si no tuviera poder sobre mi propia voluntad. El rostro de aquella mujer me era tan familiar y ajeno a la vez. Era como si la conociera, pero no sabía de dónde.

—Hola, Marcello —me saludó Ludwig, completamente desnudo—, bienvenido a mi morada.

Se puso tras la mujer y le volvió la cara con la mano para besarla con mucha pasión. Después, recorrió sus senos con las manos sin dejar de besarla un solo segundo. Una víbora de color rojo sangre y negro apareció de la nada y empezó a reptar por las largas piernas de la joven. Él se apartó y me miró con intensidad. Sus ojos eran de un azul bastante inquietante. Podías ver el universo entero a través de ellos, el oscuro universo.

—¿De qué quieres hablar, Marcello? —me preguntó él, sin dejar de tocar a la joven—, tengo cierta curiosidad.

Ella se apartó y se arrodilló delante de él. Cogió su miembro y lo metió en la boca con

voracidad. Quise desviar la mirada, pero no conseguía hacerlo. Ni siquiera podía parpadear.

—Solo quiero hablar de Zeus —logré decirle.

Ludwig sonrió con expresión ladina mientras la joven seguía mamándole. Lapso en que unas parejas aparecieron en ambos lados de la habitación y empezaron a follar duro. Los gemidos de placer y dolor se entremezclaron en uno solo. Vi cosas realmente perturbadoras, cosas que nunca vi antes en toda mi vida. Todo me daba vueltas y temía evacuar mi estómago en cualquier momento.

—Zeus es un buen servidor —me dijo mientras una morena se arrodillaba delante de él y compartía su miembro con la otra—, tan desalmado como el mismísimo diablo.

Una joven gritó a un costado con mucha agonía. Mis ojos se clavaron en ella, que tenía a tres hombres incrustados en su cuerpo. Dos en el mismo lugar. Aquello no parecía placentero, sino más bien, doloroso e impúdico. Ludwig siguió mi enfoque y sonrió de lado.

—Algunos seres humanos disfrutan del dolor, Marcello.

Dos más se acercaron y se unieron a la fiesta. Los gritos arañaron mi alma con saña y dejaron un rastro de dolor en ella.

—Otros... —miró hacia un lado, donde una mujer pegaba a un hombre con un látigo repleto de pequeños cristales rotos que iban abriendo profundas heridas en su piel—, de provocar el dolor —ella lamió la sangre de la espalda de su víctima—, se preparan para el eterno martirio que les espera tras la muerte...

Las jóvenes que se deleitaban con su miembro, empezaron a besarse con mucha pasión.

—El pecado es elixir del ser humano, Marcello.

Unos hombres empezaron a penetrarse uno tras otro mientras las mujeres se cortaban con un tipo de cepillo con unas púas de metal. Una se arrancó parte de la piel del brazo, pero no parecía sentir dolor. La sangre manchó su cuerpo desnudo mientras otra penetraba sus pezones con unos metales. El estómago empezó a arderme.

—El pudor muere cuando el placer es mayor.

Negué con la cabeza.

—No para todos —defendí con ahínco—, no todos disfrutan de este mundo.

Un joven alto, de pelo muy oscuro, piel extremadamente blanca y ojos muy claros entró en la habitación completamente desnudo. Me miró fijo por unos segundos antes de coger a una mujer y llevarla hasta la cama, donde la poseyó a cuatro patas con mucho salvajismo. Me quedé mirándolo por más tiempo del que deseé, hipnotizado por su su acto animal. Sus ojos se encontraron de golpe con los míos y toda la carne se puso de gallina. ¿Dónde lo había visto antes?

—Aunque algunos crezcan en un ambiente, terminan adaptándose al que le ofrece sus almas oscuras con el tiempo, Marcello.

Cogió a la joven del pelo rubio y la besó con mucha pasión antes de levantarla por el culo contra su cuerpo. Ella le rodeó con los brazos y las piernas. Ludwig me miró desafiante antes de penetrarla hasta el fondo. La movió de arriba abajo a su antojo entretanto la morena le succionaba los testículos.

—Tus hijos algún día crecerán y tomarán sus propias decisiones, Marcello —me dijo en tono severo—. No podrás evitarlo.

Fruncí con exageración el entrecejo.

—Así, Antonella —le dijo a la joven y mis ojos se llenaron de lágrimas—, tu alma es mía.

Aquel nombre reverberó por todo mi cuerpo. ¿Antonella? ¿Cómo mi hija? El techo de vidrio se hizo añicos de un momento a otro y me impulsó a levantar la cabeza a pesar del metal que impedía moverla. Un hombre de alas negras terminó de cuclillas delante de mí y me miró con

ojos implorantes.

—El bien siempre vence —me dijo con lágrimas en los ojos—, papá.

Ludwig lanzó a la joven contra la pared con mucha violencia y la hizo perder la consciencia.

—¡Antonella! —grité en un acto reflejo.

Extendió sus grandes alas negras y cogió al joven por las suyas. Las arrancó de un tirón y se robó un grito titánico de dolor de él.

—¡Hijooo! —grité con todas mis fuerzas, pero no podía hacer nada para evitar que él y sus hombres lo devoraran como unos animales hambrientos—. ¡Nooo! —grité aún más fuerte.

Alguien me dio una fuerte bofetada y me devolvió al presente de golpe.

—¡Marcello, despierta! —me dijo Erich—, tranquilo, fue una pesadilla.

El corazón me latía con mucha violencia en el pecho.

—¿Antonella?

Mi hija estaba con sus compañeritas a un lado, gritando y riendo.

—Dios mío, fue horrible.

Peter se acercó y me ofreció un poco de mate de valeriana.

—Estás muy estresado y preocupado —me dijo él, compungido—, necesitas descansar, Hoffmann.

Ian se acercó y me miró con curiosidad.

—¿Te pasa algo, papá?

Sus ojitos brillaban con intensidad bajo la luz.

—No, nada, hijo.

¿Por qué siempre tenía aquellas pesadillas? ¿Qué se escondía tras ellas? ¿Qué mensaje había tras mi hijo muerto? ¿Cómo podía soñar con él si nunca nació?

—Debemos ensayar —me dijo Erich—, se hace tarde.

—Sí.

Preparamos el teatro de clausura del jardín de infancia de mis mellizas. Además de mis hijas, participarían también José, el hijo de Peter y Dana, la hija de Erich. Por cierto, ambos serán mis ayudantes, al igual que Jonás y sus primos vikingos.

Erich no se resistió y soltó un chiste de vikingo rubio para, según él, amenizar el ambiente. Los primos de Jonás soltaron un resoplido de indignación, pero mi insufrible cuñado los ignoró y soltó el chiste sin pelos en la lengua:

—Cierta día, un vikingo rubio va al doctor y le dice: La otra noche llegué a mi casa y encontré a mi esposa con otro hombre. Me enfurecí y ella me dijo: Ven, siéntate, anda tómate un café, vamos a hablar. La siguiente noche, pasó lo mismo y ella me repitió: Anda, anda, no seas enojón, tómate un cafecito y charlemos. El doctor le contestó: ¿Y cuál es su problema? Oiga doctor, ¿no me hará daño tanto café?

Nos echamos a reír.

—¡Era tan vikingo rubio! —exclamó mi cuñado, muerto de la risa.

Los vikingos soltaron un resoplido antes de darle una colleja cada uno.

—¡Ey!

Le exigieron respeto. Claro, como no. ¡Erich no conocía aquella palabra!

—Papi, te presento a Udo —me dijo Abril, sonriendo de oreja a oreja—. Mi novio.

Erich tuvo un ataque de tos y Jonás casi derrumbó las sillas que ordenaba. Peter se limitó a mirarla como yo, con asombro y sorpresa.

—Hola, señor Hoffmann —me dijo el renacuajo rubio de ojos azules—. Amo a su hija —

Abril le dio un beso en la mejilla.

Mentalmente lo cogí y empecé a girarlo como si fuera una Bola de baloncesto.

—Estamos saliendo desde mayo, papi.

Arrojé a su novio en la cesta.

—Ajá —fue lo único que dije en mi lengua—. §\$!§%&)=?/( —en una ya muerta.

Antonella y Dana se acercaron con dos renacuajos.

—Papi —dijo Dana, con su peculiar dulzura—. Este es Marcel, mi futuro marido.

Mi sobrina era más decidida que mi hija. Erich parpadeó a cámara lenta, uno de sus ojos empezó a temblar, creo que estaba sufriendo un pequeño infarto. Antonella llamó a otro de sus compañeritos.

—Papi, este es Daniel, y este Manuel —ambos me miraban con ojos huidizos—. Son mis enamorados. Aún no decidí con quién quedarme.

Michael, el primo de Jonás, soltó un suspiro de lamento. Dijo que sus hijas serían como él y su mujer. Jonás le dijo si eso era malo y él repitió: serán como yo y Edinara. Jonás y sus primos soltaron un: Ahhh...

—¿Eso es malo? —quiso saber mi entrometido cuñado.

Michael lo miró con atención y yo también.

—Es como si tus hijas fueran como tú, pero antes de casarte —le dije, sonriente.

Se puso pensativo y tras analizar mis palabras soltó:

—¡Dios mío todopoderoso y misericordioso!

—Exacto, Rapunzel —le dijo Michael—, y nosotros somos los lentos ¿no?

Me acuclillé y les dije a las tres que eran muy pequeñas para esas cosas.

—Pero ¿qué haremos con este amor, papi?

Jonás y Peter me miraban expectantes. Los vikingos también. ¿Qué podía decirle a mi hija de tres años sobre su inquietud sentimental?

—Dana me dijo que debo besar muchos sapos antes de encontrar a mi príncipe azul —acotó Antonella—. No sé qué significa, porque yo no besaría un sapo jamás. ¡Ekaaa!

Me reí entre dientes ante su afirmación tan pueril. Mis princesitas eran dos botoncitos hermosos, pequeñas y delicadas. Abril era más rellenita que Antonella, y tenía el pelo más oscuro. Era la copia fiel de su madre, mi mundo. Antonella era más rubia y tenía los ojos verdes como mi madre. ¡Eran dos muñecas!

—Señor suegro —me dijo Udo—, Abril me dijo que debo regalarle bombones todos los días para no perder su amor —miré a mi hija, que rio entre dientes y me robó un suspiro de paso—. Dos de nuestros compañeros desean su amor, pero mientras pueda, a su hija nunca le faltará un bombón.

Abril parpadeó y sonrió. ¡Me tenía de las pelotas! Lo confieso.

—Pues exigiré dos bombones —le dije al renacuajo sinvergüenza— o, caso contrario, lo lamento, pero el amor de mi hija será solo mío.

Udo se puso pensativo al tiempo que tamborileaba el dedo índice sobre los labios.

—Hecho, señor suegro.

Abril me dio un beso en la mejilla.

—Gracias, papi. Mutti se alegrará mucho.

Abrí los ojos de par en par.

—¿Tu Mutti?

Mi hija me dijo que ella compartía sus bombones con mi hormiguita todas las tardes.

—Hmmm, ah, ¿sí?

—Sí.

¿Y la dieta? Anna Bellini era única en su especie. ¿Cómo no amarla?

—Eres muy pequeña para tener novio, hija —dijo Erich, y me arrancó de mi trance—. A tus treinta años no podré impedírtelo, pero ahora, sí.

Luego le dijo algo a Marcel, y el niño salió corriendo del lugar, gritando con cierta exasperación. Me levanté y lo miré con severidad.

—Pero ¿qué le has dicho, rubio?

Se cruzó de brazos y levantó la barbilla de un modo desafiante.

—Le dije que el señor de la bolsa le buscará si se acerca a mi hija.

Quise reprocharle, pero tuve una pelea mental con mi otro yo.

«¿Por qué no se me ocurrió a mí?».

—¡Eres malo! —gritó Dana—. ¡No te quiero más!

Erich puso cara de póker y soltó unas palabras malsonantes. Peter y Jonás se acercaron con cara de agobio mientras el rubio seguía despotricando. Los vikingos canturreaban una canción del grupo Santiano entretanto montaban el palco. Los miré con ojos divertidos. Blanca nieves tenía a sus siete enanitos, yo a mis siete vikingos.

«Eso sonó muy sospechoso» me dijo mi macho alfa interior.

«Muy Gigo».

«Ajá».

—Caperucita roja es muy aburrida —me dijeron mis amigos al unísono.

—Es verdad —les dije y evoqué el teatro de mis gemelos meses atrás—, pensemos en algo más divertido para ellos y también para nosotros.

Erich se cruzó de brazos y yo le copié el gesto. Nos pusimos a pensar. Tras media hora, decidimos transformar aquel cuento en algo más divertido y dulce. Jonás se comunicó con su primo Andreas, el único que no estaba, y yo con las libélulas de mi vida.

«Eso también sonó sospechoso».

«Ajá».

—¡Iré a por los disfraces! —chilló Jonás.

Peter y yo nos encargamos del guion mientras Erich estudiaba el palco con ojos críticos con los vikingos, como si fuera Steven Spielberg. Los niños gritaban alrededor de nosotros la mar de contentos. Abril se sentó en mi regazo y me dio un beso.

—Papi —dijo con su melodiosa voz.

La miré con expresión de desconfianza. Anna hacía lo mismo cuando quería algo. A veces ese algo también lo quería yo, pero me hacía del difícil.

«Claro» me dijo Anna, en mi cabeza.

«Mmm».

—¿No puedo tener novio?

Un gruñido se me escapó.

—Eres muy pequeña para tener novio, cielo —le dije con seriedad.

Acaricié mi mejilla con su manita y rio entre dientes al sentir cosquillitas en la palma. Cogí su manita y la besé. Antonella se aproximó y me abrazó por detrás.

—En realidad, papi —me dijo como si tal—, quiero un dulce de la cantina.

Antonella besó mi mejilla.

—Yo también, papi.

«Mejor dulce que novio».

Cogí la cartera y les di algo de dinero. Dana se acercó y me pidió prestado dinero. Erich



giró el rostro y le preguntó por qué no se lo pedía a él.

—Has destruido mi historia de amor y ahora estoy muy enfadada contigo, papi.

Le di dinero y me gané un beso estrepitoso como premio. Erich se cruzó de brazos.

—Os doy todo y luego me dais una patada en el culo.

Le dije que solo tenía tres años y que su enfado le pasaría tras ganarse una muñeca. Por fortuna, las penas de amor en aquella edad eran pasajeras. Peter rio por lo bajo.

—María crecerá —le dijo Erich y dejó de reír—. Mis hijas me matarán antes del tiempo.

Meneé la cabeza sonriendo, hasta que vi a Abril con aquel renacuajo insistente. Mi sonrisa desapareció de un plumazo.

—Nos matarán —gruñí.

Gigo y Alexis aparecieron con varias bolsas entre las manos, minutos después. Me temblaron las manos, las piernas y el corazón. Mis amigos se santiguaron. De pronto, la canción «Poker Face» de Lady Gaga empezó a sonar en mi cabeza a todo volumen mientras esos dos se acercaban a cámara lenta como si fueran modelos de pasarela. Se detuvieron y se tomaron una selfie. Luego nos miraron con deseo.

—¡Hoolaaa! —los dos llevaban unas gafas muy pletóricas—. ¡Aquí estamos para ayudaros!

Los tres intercambiamos una mirada de puro terror.

—Hola —dijimos monocorde.

Gigo llevaba unos vaqueros muy ajustados y una camiseta rosa muy llamativa. Alexis llevaba puesto unas mallas negras combinadas con una camisa negra llena de lentejuelas y un sombrero con una rosa en el centro. Intentaron darnos dos besos, pero solo les ofrecimos nuestras manos.

—Hola, amado de Anna —me saludó Gigo, parpadeando como una doncella—. Esa barba y ese pelo voluminoso te da un aire tan... tan... tan...

Alexis puso el tono de unas campanas de iglesias.

—Tan... tan... tan... —soltó y Gigo le dio un golpecito en el brazo.

Jonás llegó con una enorme caja de cartón entre las manos. Gigo y Alexis giraron trepidantes las cabezas y lo devoraron con los ojos. Los tres respiramos aliviados cuando ambos se alejaron de nosotros.

—¡Vikingo! —gritaron y le acariciaron los brazos—. Qué fuerte eres —dijeron al unísono.

Jonás miró a uno y luego al otro con expresión desencajada, como si acabara de lamer algo muy ácido. ¡Bienvenido al club! Con el tiempo uno se acostumbraba y hasta echaba en falta el coqueteo continuo.

«Eso sonó bastante sospechoso» me dijo mi otro yo.

«Será nuestro secreto» le dije.

—Mmm —ronroneó el vikingo tras apartarse de ambos con cierta brusquedad.

—Ay... —soltaron en un tonillo muy afeminado—, te amamos del mismo modo, vikingo.

—*Genau.*<sup>[21]</sup>

Jonás consiguió algunos disfraces muy buenos.

—Le daremos nuestro toque —les dije y chocamos los cinco en el aire—, será un dulce cuento...

Ensayamos entre risas y gritos. ¡Era el teatro infantil más raro del mundo!

—¿Quieres un bombón, Marcello? —me ofreció Gigo, en un tono muy meloso—. Es deliciosooo... —alargó los labios y miró mi entrepierna con descaro—, muy... deliciosooo...

«Mmm».

Decliné su oferta con un cabeceo.

—Ah... —soltó como un bebé baboso.

Alexis no se despegaba de Erich, y Jonás, que andaban sin camisetas la mayor parte. Podría decir lo mismo de las maestras de aquella escuela, que siempre aparecían con algún pastel o café entre las manos.

—Son unas takuchilas —dijo Peter, mientras devoraba una magdalena de chocolate—. Amables, pero takuchilas.

Takuchila era desvergonzada en guaraní, el segundo idioma de Paraguay, el país de su esposa.

—Ajá —dijimos todos mientras masticábamos las magdalenas que nos habían regalado las maestras.

¿Qué? No podíamos rechazarlas, era descortés. Mi gordo interior no me permitiría semejante grosería.

—¡Hora de la merienda! —gritamos.

Los veinte niños merendaron entre risitas y grititos. Era como estar en casa, dentro de poco seríamos más de quince. «¡Vaya!».

Erich bailaba con Dana en un costado nuestra canción favorita «*Despacito*». Aquella canción podía con nosotros. Jonás jugueteaba con unas niñas que adoraban su pelo. Gigo se acercó con una magdalena de chocolate en las manos y me miró con su peculiar mirada de gatita en celo.

—Para ti —me alargó y la cogí con cierta suspicacia—. Sabes, dejaría a Antón por ti —tragué con fuerza—, si me lo pidieras...

Lo miré con expresión de confusión. ¿Acaso no pensaba en Anna Bellini? ¡Epaaa! ¿Qué pensamiento fue ese?

«Tu lado gay» me dijo mi macho alfa.

«Mmm».

Me acuclillé para coger algo del suelo.

—Es más probable que toques la luna antes de que eso suceda, Gigo —dije con seriedad y el muy condenado me tocó el culo—. ¡Gigo!

Salió corriendo.

—*Scheiße!* <sup>[22]</sup>

Mis amigos rieron a mandíbula batiente.

—¡Esa luna era muy alcanzable! —gritó Gigo.

Lo perseguí por todo el salón.

—¡Al fin mi sueño se hace realidad, Alexis! ¡Al fin lo tengo detrás de mí!

Frené de golpe y puse cara de idiota.

—¡Gigo! —volví a correr tras él.

Los niños gritaban eufóricos, sin sospechar que el tío Gigo desaparecería del planeta cuando lo alcanzara.

—¿Mi amor? —me dijo tras subir al palco.

Me detuve antes de subir las escaleras.

—Desisto.

Ensayamos durante una semana, con Gigo y Alexis acosándonos cada dos por tres. Al final ya no huíamos de sus manitas atrevidas. En una ocasión, incluso me quité la camiseta y Gigo se desmayó ante la emoción.

—¿Acaso no te vio desnudo un par de veces? —me preguntó Erich, como si tal.

Una mueca de horror se estampó en la cara de Jonás al oírlo.

—Un par de veces —le dije, tras devorar una manzana.

Jonás me miró con expresión de desconcierto.

—Con el tiempo te irás acostumbrando, Jonás —le dijo Peter.

—Hmmm.

Peter meneó la cabeza sonriendo, Alexis vivía acosándole, pero ya formaba parte de nuestras vidas. Aquellas libélulas eran como el polen de primavera, molestas pero inevitables.

—¿Puedo hacer un vídeo contigo, vikingo? —demandó Alexis con una voz muy sensual—. Es para una amiga —deslizó el dedo índice en su pecho con una mueca de gozo que nos robó una risita—. Mi amiga mexicana, Paloma Jaen, que vive en Canadá, morirá de un colapso orgásmico al verte —mordió el labio inferior con sensualidad—. Le dije que eras idéntico a su dios noruego...

Los pechos de Jonás se tensaron.

—Ajá —le dijo con cara de pocos amigos.

Erich cogió el móvil de Alexis e hizo un vídeo para su amiga mexicana.

—Hola —dijimos todos, incluidos los niños—. ¡Mira, amiga! —gritó Alexis, tras Jonás—. ¡Está sin camiseta! —chilló al tiempo que manoseaba con descaro al vikingo.

—¡No abuses! —le reprochó.

—¡Tuve un orgasmo!

Nos echamos a reír mientras Britney Spears sonaba de fondo.

—M... a... r... c... e... l... l... o —dijo Gigo, desde el piso.

Me recliné a la altura de su rostro y lo miré con expresión maliciosa.

—Hola, Gigo.

Se desmayó una vez más.

—¡Oops, I did it again!

Nos echamos a reír, una vez más.



La gran noche llegó... ¡Vaya sorpresa se llevarían todos!

—Esta noche les presentaremos la obra maestra «Caperucita toja» —anunció la maestra.

Todos aplaudieron con euforia desde sus asientos. Nuestras esposas estaban en primera fila, expectantes y emocionadas. Jonás y Erich ordenaban los últimos detalles del palco mientras Peter y yo vestíamos a los niños con sus respectivos disfraces.

—Me ves guapa, papi —me preguntó Abril, con su vocecilla de abejita resfriada.

Le di un beso de esquimal.

—Una princesa, cielo.

Abril era Caperucita-bombón y Antonella era «Mujer mermelada» en lugar de Mujer maravilla. La miré con adoración, las amaba tanto.

—¡Hora del show! —gritó Erich.

Se abrieron las cortinas y Abril entró al escenario con su capa roja y su espada de plástico. Todos soltaron un tipo de gemido. No sabía si de admiración o estupor.

«Habéis destruido uno de los cuentos infantiles más famosos del mundo» me dijo mi otro yo, con sorna.

«Mmm, endulzado un poco» pensé y sonreí.

—¡Defenderé a mi abuelita con esta espada de caramelo! —chilló Abril, y todos rieron, menos la maestra, que me estaba fulminando con la mirada desde su sitio.

Antonella apareció.

—¡Te ayudaré, Caperucita-bombón!

Chocaron los cinco mientras los padres reían a carcajadas en el salón.

—¡Gracias, Mujer Mermelada!

Antonella enseñó su pecho.

—¡Mermelada de fresa! —aclaró y guiñó el ojo.

Todos reían a mandíbula batiente.

—¡Mi favorita! —chilló Abril.

En ese lapso, aparecieron Flash-gominola y los Power Rangers-Coca cola.

—¡Te defenderemos, Caperucita-bombón!

Abril se acercó a la abuelita con la cesta repleta de bombones. Por cierto, Anna Bellini cogió dos, la vi mientras vestía a Abril. ¡Era única!

—Abuela... —giró hacia la platea y soltó—: ¿Caperucita era ciega o tonta?

Todos reímos ante su carita de asombro.

—Abuela, qué ojos más grandes tienes —dijo con voz misteriosa.

—Es para verte mejor —dijo el renacuajo disfrazado de lobo-menta.

Abril tocó la nariz de plástico y luego las orejas del lobo-menta.

—Por Dios, ¡qué orejas tan grandes y peludas! ¿Acaso no conoces la... la... la...

Olvidó el texto.

—¡Depilación a cera! —gritó Gigo, y todos se echaron a reír.

Abril asintió sonriendo de oreja a oreja y levantó el pulgar para enfatizarlo.

—Es para oírte mejor —dijo el lobo-menta.

Abril reclinó la cabecita y miró el rostro del lobo con ojos curiosos.

—¡Qué dientes más grandes tienes, abuelita!

El lobo-menta se sentó de golpe y enseñó una lata de menta que le había regalado Erich. Las risotadas casi me ensordecieron.

—¡Es para comerte mejor!

Abril soltó un grito antes de correr. Se detuvo y miró hacia la platea.

—Oh... oh...

Más risas, si es que eso era aún posible. Dana y José aparecieron en la casa disfrazados de «Súper budín y Bat-regaliz mientras los otros niños bailaban la canción «*I need a hero*» de Bonnie Tyler. No adivinaréis quiénes tuvieron tal idea, ¿no?

—¡Corre, Caperucita-bombón!

Gigo y Alexis bailaban con ellos, disfrazados de caramelos, unas heroínas azucaradas nada convencionales.

—¡Ahhh! —gritó Abril, mientras el lobo-menta la perseguía por el palco—. ¡Mi papá vendrá a defenderme!

El lobo-menta se detuvo en seco y se rascó el mentón peludo con aire pensativo.

—¿Y quién es tu papá?

Abril le enseñó su capa roja y el lobo puso cara de tonto, aunque ya lo era por naturaleza. ¿Qué? ¡Todos los pretendientes de mi hija lo eran!

—¿No adivinas? —balanceó la capa—. ¡Super-paleta!

Todos reían a carcajadas en la platea.

—¡Lobo-menta, le has fallado a este cuento!

El famoso argumento de Arrow nos robó una risotada cantarina a todos sus fans presentes. Antonella y Dana sujetaron la cola del lobo-menta mientras Super-paleta y Bat-regaliz lo paralizaban con un polvillo brillante. Los Power Rangers-Coca cola lo rodearon mientras Flash-gominola corría de un lado al otro, incapaz de detenerse en su carrera.

—¡Hemos capturado al lobo-menta! —chillaron eufóricos.

Caperucita-bombón cogió un bombón de su cesta y se lo comió como si nada.

—Tengo hambre, papi —me dijo, y todos rieron—. ¡Mami, tengo varios bombones!

Anna se ruborizó como un tomate y supuse que dijo ¿De qué estás hablando, Willis?

Thor-pastel apareció en escena.

—¡Tú no eres de DC-calorik! —dijeron todos al unísono.

Thor-pastel se arregló el pelo rubio con mucha gracia.

—Solo quería preguntarle al lobo-menta la marca de su champú —dijo y todos se desternillaron—. Su pelo es tan sedoso y suave...

¡Éramos los peores guionistas del mundo!

—Caperucita-bombón se unió a la liga de las golosinas con su nueva mascota, el lobo-menta, que terminó adoptando...

Todos aplaudieron y gritaron mientras nuestros niños se reclinaban para agradecerles.

—¡Bravooo! —gritamos.

Alexis y Gigo nos rodearon y empezaron a aletear sus alas coloridas. ¿Desde cuándo los caramelos tenían alas?

—¿Alguien tiene un insecticida a mano? —pregunté y mis amigos rieron de buena gana.

¡Colorín... colorado... este cuento calórico ha terminado!



## Anna - Prueba de amor

Viajamos el fin de semana a Bagni di Lucca para el cumpleaños de mi nana. Mis pollitos eran terribles y durante todo el vuelo hicieron ver estrellas a Marcello y a Anya. Engel era el único que no se movía de su asiento.

—Son tan hermosos —me dijo una mujer.

«Cuando duermen son aún más» pensé con el corazón encogido.

—¡Matt! —chilló Marcello, tras coger a Ian—. Si no os comportáis bien... —Ian salió corriendo—. ¡Ian!

Anya grababa a su padre entre risas. Llegamos antes del mediodía al aeropuerto de Pisa, donde mis padres nos esperaban con su mini-bus. Mi madre tenía las manos entrelazadas. Era una manera sutil de esconder sus temblores. Suspiré con tristeza, aunque en mis labios exhibía una gran sonrisa. Marcello me apretujó contra sí al percibir mi pesadumbre. Lo miré.

—Tranquila, cielo.

Mi madre no necesitaba de lástima, sino de ánimo.

—¡Bienvenidos! —chillaron y mis pollitos salieron corriendo junto a ellos—. ¡Mis tesoros!

—¡Nonno! —gritaron mis pollitos a coro—. ¡Nonna!

Mi madre les llenó de besos y tras ello vino a mi encuentro.

—¡Piccolina mía! —me llenó la cara de besos—. ¡Marcello!

Volver a la casa siempre alegraba mi corazón. Nos marchamos a casa, donde María y los demás empleados habían preparado el almuerzo del siglo.

—¡Nana! —grité antes de lanzarme a sus brazos—. ¡Auguri!

Mi nana me llenó de besos al igual que a Marcello.

—¡Mis tesoros!

La estrechamos con afecto.

—¡Felicidades, nana!

Mi nana había vivido de cerca mis alegrías y mis penas. Observé la casa con ojos melancólicos, sintiendo una enorme tristeza en mi interior. ¿Por qué estaba tan apesadumbrada? Cosas del alma, pensé tras abrazar a mi marido, que estaba muy pensativo los últimos días.

—¿Te encuentras bien?

Levanté la vista y escruté con ojos soñadores a Marcello, al chico que todas amaban en el colegio.

—Sí, tesoro mío.

«Mientes muy mal».

—Contigo siempre, cielo.

Evoqué algunos pasajes nuestros por aquellas tierras perfumadas y sonreí con nostalgia. ¡Veinte años se habían pasado desde entonces!

—Te amo —le dije y él me besó con mucha pasión.

—Y yo a ti, cielo.

Marcello estaba triste por Matt, aunque no lo dijera abiertamente. Su estado era crítico y la esperanza de que saliera del coma, escasa. Lizzy estaba a punto de perder la cordura, me dijo mi

madre, pero seguía firme al lado de Matt, como si fuera su esposa.

—¿Entramos?

Él asintió sin abandonar su deje.

—Sí.

Tras subir en mi vieja habitación, ordené algunas cosas en el cuarto de baño mientras Marcello arreglaba nuestras ropas en mi viejo armario. Leí el frasco del champú que había traído y sonreí con malicia.

—¡Marcello! —chillé a voz en cuello—, ¡ya sé por qué he engordado! ¡No fue por el tráfico de bombones!

Mi bello esposo entró en el cuarto de baño con una sonrisa muy ladina en los labios.

—¿De qué estás hablando, Willis? —se mofó tras enseñarme unos bombones que había guardado en mi bolso—. ¿No fueron los bombones de almendra?

Parpadeé varias veces seguidas.

—¡No! ¡Es el champú! —exclamé y le enseñé el frasco—. ¡Solo ahora me di cuenta! —negué con la cabeza—. Aquí dice: para dar más cuerpo y volumen...

Marcello rio de buena gana tras meter los bombones en uno de los bolsillos de sus vaqueros negros.

—De hoy en más tendré que usar el detergente de lavavajillas —sonreí con argucia—, que disuelve la grasa, incluso la más difícil —me besó con fogosidad—. Y tú que culpabas a los indefensos bombones —me burlé tras intentar recuperar mis dulces de sus bolsillos.

—Cielo, eso no son tus bombones.

—Oops...

Cogí los bombones equivocados. Marcello soltó un gemido de placer cuando los masajé con lascivia. ¡Aquellos bombones eran tan adictivos!

—Cielo —musitó sin apartar los labios de los míos—. Eres terrible, Anna Bellini —nos echamos a reír.

—Mañana es nuestro aniversario de bodas, cielo —comentó con ternura en la voz—. Tengo una gran sorpresa para ti.

Y con esas palabras, empecé a atosigarle la existencia...

—No te diré nada, cielo —me arrodillé entre sus piernas y empecé a acariciarle la entrepierna con cara de Lolita depravada—. Cielo...

Pasé la punta de la lengua por encima de su bragueta con mucha sensualidad.

—Cielo, por favor —gimió tras echar la cabeza hacia atrás—. Oh, cielo...

Terminamos haciendo el amor con mucha pasión, pero no logré mi objetivo, descubrir lo que estaba preparando para nuestro aniversario.

—Eres malo, Marcello —le dije tras cubrirme con el edredón y darle la espalda.

Marcello besó mi cuello, mis hombros, mi espalda y mis nalgas. ¡Dios! ¡Aquel alemán sabía cómo hechizarme! Volvimos a amarnos...

—¿Soy malo? —me dijo aún dentro de mí.

—No, ¡eres fantástico!

Al día siguiente, no lo encontré en la cama. Me levanté y me duché. Luego desayuné con mis padres y mis pollitos, que hablaban como cotorras. ¿Por quién habrán salido?

«¿De qué estás hablando, Anna Bellini?» me preguntó Marcello en mi cabeza y me reí.

—¿Dónde está Marcello? —pregunté, pero al parecer todos amanecieron sordos aquella mañana.

Marcello apareció al mediodía, sucio y bastante sudado.

«Ñam ñam» se me afilaron los dientes, en especial cuando se quitó la camisa celeste que llevaba puesto.

—Cielo, me voy a duchar...

Me pegué a su espalda como una garrapata.

—Me voy contigo.

Río de buena gana.

—Muy buena idea, cielo.

Nos metimos en el cuarto a toda prisa. Marcello succionó mi lengua y aspiró mis gemidos, mis jadeos roncós antes de recostarme en la cama y acomodarse su cabeza entre mis piernas.

—Estás tan mojadita, cielo —me quitó las bragas y hundió la lengua en mi interior—. Lista para mí...

La lengua de mi marido hacía magia, girando y hundiéndose en mí. Apreté los puños contra el edredón y agité la cabeza de un lado al otro.

—Sabes tan bien, cielo —murmuró sin detenerse en sus lametazos—. Nunca me cansaré de saborearte.

Su imagen entre mis piernas envió una descarga de placer que me atravesó entera, haciéndome retorcer contra su boca ávida. La succión suave de sus labios y su lengua me hicieron gritar.

—Me corro, Marcello —jadeé.

Me aferré al edredón a medida que el clímax se acercaba.

—Córrete en mi boca, cielo.

Era imposible contener el orgasmo, aunque hubiera querido. Arqueé la espalda y la levanté de la cama.

—Así, cielo —Marcello aumentó el ritmo de sus succiones.

Me corrí en su boca en unas oleadas interminables.

—Ohhh, por Dios...

Solté el edredón y dejé caer las manos con las palmas hacia arriba a ambos lados de la cabeza.

—Eres exquisita, cielo.

Se detuvo un instante para atormentarme un pezón con un mero lametazo de la lengua.

—Estoy deseando entrar en ti, cielo.

Me estremecí contra él, casi a punto de deshacerme entre sus brazos. Me bajó la blusa de tirantes hasta la cintura. Durante un instante eterno, no me tocó, se limitó a cernerse sobre mí. Se acostó de lado y se incorporó sobre un codo mientras con la otra mano me acariciaba los senos.

—Amo tus pezones pequeños y rosados, cielo.

Se inclinó para trazar con la lengua el borde inferior de mi pecho. Me rodeó con la lengua el pezón y luego el otro con verdadera adoración.

—Eres tan deliciosa, cielo —continuó con un hábil lametón de un pezón y luego el otro—. Te deseo tanto, Anna Bellini.

Rodé la cabeza por el colchón y me arqueé hacia su boca, rogándole algo más que aquella caricia. Cerró los labios con firmeza alrededor de mi pezón y atormentó el otro con un pellizco suave. Abrió más la boca y envolvió todo lo que pudo de mi seno con los labios, después se apartó un poco y succionó con fuerza.

—Marcello...

Se colocó sobre mí y se acomodó entre mis piernas sin dejar de besar, succionar y lamer mis pechos de todas las formas que había imaginado siempre.



—¿Te acuerdas de nuestra primera vez, cielo?

Le rodeé el torso con las piernas y me apreté contra él. Mi falda vaquera se me había subido hasta las caderas.

—Jamás lo olvidaría, mi amor.

Marcello metió la mano dentro de mis bragas y acarició mi sexo.

—Tu aroma es almizcleño y dulce a la vez, cielo —aumentó el ritmo de sus caricias. — Dios, eres preciosa.

Le brillaban los ojos, vidriados de deseo. Como la primera vez que me hizo suya.

—Hemos vivido tantas cosas, Marcello.

Algunas alegres y otras no tanto.

—Muchas, cielo.

Mis ropas se me habían arremolinado alrededor de la cintura.

—Marcello, te amo tanto —nos besamos con mucha pasión—. Cada día más y más.

Se levantó y se desnudó. Después me quitó las ropas y me adoró con los ojos. Se inclinó, apoyó el peso en los brazos y atrapó mi boca en otro beso que me abrasó.

—Cielo, te amo tanto.

Acomodó el peso entre mis muslos. Bajó la mano, se colocó sobre mi sexo y se introdujo con un embate.

—Dios, me vuelves loco, Anna Bellini —susurró mientras introducía todo su grosor en mi interior—. Sin ti me muero, cielo.

Empujó otra vez, con más decisión. Le acaricié la mejilla con los dedos. Apreté los músculos internos para ceñirle y soltarle el miembro en una caricia abrasadora.

—Ohhh, cielo...

Una sonrisita astuta cruzó mis labios y volví a encoger los músculos. Marcello lanzó la cabeza hacia atrás con los ojos apretados.

—Por Dios, Anna Bellini.

Un tendón sobresalió en brusco relieve en su cuello y el sudor comenzó a caerle de las sienes. Se hundió en mí hasta tal punto que los cosquilleos de placer me recorrieron la columna entera.

—¿Me quieres matar, cielo?

Su cara estaba marcada por líneas tensas de concentración y los brazos le temblaban un poco al soportar su peso.

—¿Te gusta, mi amor? —tensé mi sexo alrededor de su miembro una vez más.

Deslicé las manos por su espalda y le cogí las nalgas, apretándoselas para introducirlo todavía más en mí.

—Eres muy traviesa, cielo.

Empezó a moverse, saliendo y entrando de mi cuerpo poco a poco, gimiendo cuando le apretaba a mi alrededor para intentar introducirlo más en mí con cada acometida. Levanté las rodillas por instinto para abrirme más. Marcello metió las manos bajo mis rodillas y me apretó los muslos contra el pecho para abrirme más las piernas.

—Oh, Dios, Marcello...

Clavé las uñas en los músculos duros de sus nalgas. Mis gritos lo alentaron a acometerme una y otra vez hasta que el orgasmo me golpeó con tal fuerza que casi me desmayé. Marcello echó atrás la cabeza al llegar al clímax. Se derrumbó sobre mí y lo acuné rodeándolo con los brazos y piernas.

—Te amo, cielo —me besó con ardor.

Nos estrechamos como si fuera la última vez.

—Te amo, mi amor.



Por la noche, María me entregó un hermoso vestido blanco estampado sin tirantes y largo hasta los pies. Mi madre me peinó y me maquilló. Según entendí, por órdenes de mi marido, que me tenía preparado una gran sorpresa.

—¿No me adelantaréis nada?

—No —dijeron como si tal aquellas dos.

—Brujas.

Ian entró y me dijo que estaba enamorado. ¡Vaya información!

—Mutti, ¡estás hermosa!

¿Les dije cuánto amaba a mis pollitos? Ian se sentó en mi regazo y acarició mi cara con sus manitas. Me dijo que era la mamá más hermosa del planeta. Le llené de besos la carita y le mordí con suavidad la orejita. Se estremeció y me dijo que no era un bombón. Le volví a morder.

—Bianca es el amor de mi vida, Mutti —besó mi mentón—. Es redondita como tú...

Puse cara de asombro.

—No es redondita, cielo —le arreglé un mechón de su pelo. —Es rellenita.

Ian parpadeó a cámara lenta.

—¿Como un bombón?

Le dije que no existía nada más delicioso que un bombón con relleno.

—¡Es mi bombón favorito!

Le di dos bombones, ¿qué? Esos bombones cayeron por accidente en mi bolso. Ian salió corriendo, justo cuando Marcello acababa de cruzar la puerta vestido con un elegante traje negro. Si el bombón fuera un hombre, sería igualito a mi marido.

—¿Lista, cielo?

Se acercó con una cala entre las manos.

—Para ti —me la tendió—. Dios, estás hermosa, cielo mío.

Me levantó de la silla y besó mis labios con dulzura.

—¿Qué puedo decir yo? —le dije sonriendo de oreja a oreja—. Estás guapísimo.

Me estrechó entre sus fuertes brazos y posó la cabeza sobre la mía.

—Quiero que esta noche sea muy especial, cielo.

Dicho esto, me llevó al parque Villa Fiori, nuestro parque. Refrescaba, así que opté por un abrigo blanco de hilo, que alguna vez, perteneció a mi suegra. El otro día, Marcello y nuestros pollitos se pusieron a limpiar el sótano y encontraron cosas realmente hermosas.

—Amo este sitio.

Marcello andaba aún más raro desde aquel día. Remover aquel sitio despertó un sinfín de sentimientos en su corazón.

—Oh, por Dios... —le dije al ver la cantidad de velas repartidas por todo el puente y el parque. ¡Eran miles de velas! —Marcello... —mascullé con lágrimas en los ojos.

Una delicada mesa se encontraba cerca de nuestra torre favorita.

—Es... es... maravilloso.

«*Why worry*» del grupo Dire Straits sonaba dentro de la torre. ¡Era la canción de nuestra

primera vez! Me acercó a la mesa y retiró la silla para que yo pudiera sentarme. Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—¿Has cocinado tu especialidad? —le pregunté al ver la cena—. Has pensado en todo, mi amor.

Una lágrima se me escapó, fue inevitable.

—Lamento no poder regalarte estrellas —miré el cielo plomizo con ojos melancólicos—. Pero ante tu belleza, ellas decidieron esconderse, cielo.

Me quedé sin palabras.

—Oh...

Me sirvió algo de vino sin apartar los ojos de los míos.

—Brindemos por un año más de amor, cielo.

Levanté la copa y las entrechocamos.

—Por muchos años más, Marcello.

Unos fognazos irrumpieron mi mente, unos recuerdos que alteraron mi corazón de un modo difícil de describir con palabras. Nos vi con diecisiete años, caminando, gritando, corriendo y amándonos por esta tierra perfumada donde nuestra historia de amor comenzó hacía veinte años atrás.

—Eres mi mundo, Anna Bellini.

—Y tú el mío.

Durante la cena, hablamos del pasado, del presente y del futuro. Teníamos tantas anécdotas y ni siquiera éramos conscientes de ello hasta entonces.

—Tengo toda una vida para amarte, cielo.

Le besé la mano.

—Toda la eternidad —le corregí—, porque las almas gemelas se encuentran en vida y no se separan nunca más.

—Ni la muerte nos separará, cielo.

—Ni la muerte.

La canción de Sergio Endrigo «te amo solo a ti» comenzó a sonar de fondo. Marcello se limpió los labios con una servilleta antes de levantarse y tenderme la mano.

—¿Me concederías el honor de esta pieza, cielo mío?

Cogí su mano con firmeza y bailamos aquel himno de amor que había marcado nuestra historia.

—Creo que lloverá.

Levanté la vista.

—Creo que sí.

Una tímida lluvia nos bañó más allá de nuestras almas minutos después. Cuando se hizo más intensa, corrimos hacia la primera torre, donde revivimos una vez más nuestro amor.

—Te amo, Anna Bellini.

Me besó como si no hubiera un mañana.

—Te amo, Marcello Hoffmann.

Y en aquel momento volvíamos a tener diecisiete años...



## Marcello - Los desafíos del amor

**B**uscaba a mi padre día y noche sin éxito alguno. Necesitaba verlo, hablar con él y descubrir lo que se escondía tras una foto que había encontrado en Bagni di Lucca, en la antigua casa donde viví con mi madre en el pasado.

—¿Qué se esconde tras esto, Arael?

Siempre hablaba con él, creo que lo había adoptado como mi ángel de la guarda.

—Anoche me dijiste que dos cuerpos podían compartir una sola alma —susurré, pensativo—, pero no me hablabas de almas gemelas, precisamente.

Me reuní con mis amigos esa tarde.

—¿Eso crees, Marcello? —me preguntó Peter, cuando le conté lo que desconfiaba.

Matt seguía en coma y las probabilidades de que saliera de ella, eran mínimas.

—Sí, Peter.

No podía creer que mis padres me hubieran escondido algo así, ¡yo tenía derecho de saberlo!

—Me siento ten perdido, Peter.

—No es para menos.

—Mi padre es el único que conoce la verdad y no descansaré hasta encontrarlo.

—Debes relajarte un poco —me aconsejó—, llevas días sin dormir bien. Anna y tus hijos te necesitan fuertes, amigo.

Tenía tantas cosas en la cabeza y en el corazón. Era consciente de que mientras tuviera aquellas preocupaciones, la tranquilidad brillaría por su ausencia.

—Lo sé.

El fin de semana nuestras esposas viajaron a Wuppertal, para distraerse un poco. Estaban agotadas y necesitaban recargar las pilas. Tener varios hijos no era tarea fácil.

—Tampoco ser agente secreto —dije mientras recogía las ropas sucias de los niños—. Pero no me quejo —refunfuñé.

Antes de bajar al sótano, entregué a Peter un pendrive con los mejores dibujos animados de todos los tiempos: Los ositos cariñosos, El fantástico mundo de Bobby, Pinky y cerebro, Aventuras en pañales, Las tortugas ninja, Erich Bravo, perdón, quise decir: Jhonny Bravo, Caballo de fuego, Tom y Jerry, y Punky Brewster. Los actuales eran malos.

«Estás viejo» me dije y sonreí.

Jonás y Erich discutían por algo en la cocina, tener dos rubios en la misma casa tampoco era simple.

—No pueden comer dulces antes del almuerzo, vikingo.

Jonás cogió la caja de golosinas de las manos de Erich con poca delicadeza. Mi cuñado puso los ojos en blanco. Yo los observaba desde la puerta con una enorme cesta de ropas sucias entre las manos. Peter gritaba en la otra sala, creo que Marcus e Ian se estaban peleando. Las hijas de Erich corrían por toda la casa con las mías mientras Walter y María lloraban a mandíbula batiente en sus cochecitos. El llanto de los niños era como escuchar a María Callas y Luciano Pavarotti juntos.

—¿Y quién ha dicho que son para ellos? —retrucó Jonás, antes de meterse unos caramelos

en la boca.

Erich tendió la mano.

—El que no convida... —acotó mi cuñado, abriendo y cerrando la palma.

Jonás le puso dos caramelos que había chupado en la palma. Erich abrió mucho los ojos y la boca.

—El que no convida, tiene dos caramelos en la barriga —rio abiertamente el vikingo.

Erich le lanzó los dulces a la cara y Jonás rio aún más.

—¡Cabrón!

Jonás imitó a una cabra y Erich se quedó mirándolo por unos instantes.

—¿Te cuento un chiste de vikingo de rubio?

Jonás puso los ojos en blanco.

—Un vikingo rubio se pinta el pelo en negro —le dijo y Jonás bostezó—, ¿cómo se llama la película? —más bostezos—, ¡inteligencia artificial!

—Habla con mi mano, Erich.

Negué con la cabeza y me dirigí al sótano. Bajé las escaleras canturreando «O sole mío». Coloqué las ropas en la máquina y tras ello, el jabón en polvo y el suavizante. Evoqué de pronto la foto que encontré en el sótano de nuestra casa en Toscana.

—¿Por qué no me dijiste nada, Mutti? ¿Por qué guardaste ese secreto solo para ti?

Ahora comprendía mejor sus ataques de melancolía.

—El peso hubiera sido más llevadero para ti.

Subí tras poner en marcha el lavarropas. Meneé el cuello de un lado al otro, estaba muy tenso aquellos últimos días.

—¿Te pasa algo, Peter?

Estaba en el pórtico con la mano en una sien.

—Creo que acabo de sufrir un pequeño infarto —masculló sin abandonar su cara de espanto.

Abrí la boca para replicarle, pero la volví a cerrar cuando oí los alaridos de mis hijos y sobrinos en la cocina.

—¡No, tío Jonás!

¿Qué pasó? Me acerqué a la cocina en dos zancadas. Abril se acercó llorando a mí. Me acuclillé y la estreché con afecto.

—¿Qué ocurre, cielo?

Peter carraspeó.

—Tío Jonás le comió a mi amiga, papi —me dijo mi pequeño garbanzo—. Lana estaba sentada sobre la galleta del tío.

Jonás nos miró con profundo dolor. Era la segunda vez que comía a un amigo imaginario. El otro día, Goco, amigo de José, estaba sentado en su copa cuando lo bebió y lo mató. Fue nuestra primera experiencia con muertes imaginarias.

—No lo hice a propósito —lloriqueó Jonás—. ¿Esto es un pelo? —acotó tras quitarse algo de los dientes—. Mmm...

Abril lloraba con amargura y sus primos también. Los cuatro nos miramos con cierta desesperación, aquellos llantos estrujaban nuestros corazones y nuestros nervios.

—¡Lanaaa!

Erich y Peter condenaron al pobre vikingo con la mirada. Él no tenía la culpa de no ver más allá de lo visible como nuestros hijos.

—Esto es el silencio de los amigos imaginarios —matizó Erich, e hizo el famoso chasquido

del doctor Lecter—. Pobre Lana...

Jonás lo estaba asesinando, mentalmente, claro. Mi cuñado era plasta de nacimiento, pero podía ser aún más cuando se proponía.

—¡Lanaaa!

Todos los niños lloraban a moco tendido alrededor de Abril. Por unos instantes, quise sentarme al lado de ellos y llorar con toda el alma.

—Papi, salva a Lana.

Mi pollita tuvo un ataque de hipos. ¿Pollita? Eso no sonó nada bien. Mi princesa, eso estaba mejor.

—¡Escúpela! —chilló Peter, de repente y empezó a golpear la espalda de Jonás con violencia—. ¡Aún podemos salvarla!

Los niños saltaron alrededor de Jonás la mar de contentos con tal posibilidad. El rubio cabelludo tuvo un ataque de tos, Erich simuló el ruido de un pedo y todos nos echamos a reír, menos el vikingo.

—Ya me vengaré, Stolz.

—¿Matando amigos imaginarios?

—El entrenamiento del lunes no será nada imaginario.

—Nahhh.

Peter abrió la boca del grandullón y yo simulé que metía la mano en su garganta.

—¡Creo que Lana está sujeta a la campanilla del tío Jonás!

Abril parpadeó emocionada y tuve deseos de comerla a besos. Sus hermanos y primos empezaron a saltar a su lado.

—¡Sí! —gritaron todos—. ¡Lana! ¡Lana!

Madre mía, solo ahora me había fijado en la cantidad de hijos que teníamos.

«Dios».

Erich metió un hilo rojo en la boca de Jonás, y luego lo tiró hacia fuera.

—¡Lana! —gritó mi hija—. ¡Has vuelto!

Todos respiramos aliviados ante el milagro imaginario.

—¡Te quiero, Lana!

Ser padres no era tarea fácil, claro estaba. Mis hijos y sobrinos gritaron de alegría alrededor de Abril. Jonás llevó las manos a la cabeza en un gesto de alivio. Semanas atrás había tragado al amigo imaginario de José. Tuvimos que hacer un funeral en nombre de Goco, rescatado del váter por Peter, que tuvo que meter la mano en la taza sin un guante de goma, por órdenes de su hijo.

—¿Por qué tuve que embarazar a mi mujer por quinta vez? —dijo agobiado Erich, mientras limpiaba el piso de la cocina con la fregona—. Se vienen dos más en camino, ¡dos! —lloriqueó sin detenerse en su labor—. Sarah tiene la culpa, ¡es tan deliciosa!

Preferí no opinar al respecto y me dediqué a limpiar los biberones y tazas. Jonás enarcó ambas cejas y soltó un largo suspiro de lamento entretanto ordenaba los cubiertos en sus sitios. Tenía uno solo, pero anhelaba más, al menos antes de convivir con nosotros y nuestro gran clan.

—¿Y yo? —dijo Peter, mientras limpiaba la cocina—. ¿Cómo carajo fui a acertar tres de una puta vez? —se quejó tan abatido como mi cuñado—. ¡Tres! ¡Malditos téis afrodisiacos! —masajeó las sienes—. Creo que una vena acaba de estallar en alguna parte de mi cabeza.

No dije nada, era el conejo del clan.

—¡Hora de la merienda! —chillé tras colocar todo en la mesa con mis amigos—. Parece la mesa de un orfanato —comenté y ellos asintieron.

Durante la merienda, Alexis y Gigo llegaron para ayudarnos. Abracé a Gigo con afecto y le agradecí que viniera lo antes posible. El muy sinvergüenza me apretujó las nalgas, pero no me importaba, con tal de que me auxiliara con mis pollitos, podía tocarme sin drama. Estaba muy conmocionado con lo que había descubierto y mal podía concentrarme en los simples quehaceres de la casa.

—Debo tender la ropa —anuncié.

Gigo me tocó el pecho.

—Te ayudo, mi amor.

No aparté la mano y eso lo dejó bastante descolocado.

—Está bien.

—Mmm —susurró, perplejo.

Me ayudó a tender las ropas mientras mis hijos y sobrinos merendaban.

—Te ves muy cansado, Marcello —me dijo mientras olisqueaba mi ropa interior con verdadera adoración—. ¿Quieres un masaje? —cogí el bóxer de sus garras y lo tendí.

Gigo lanzó un beso hacia mi parte íntima. Me estremecí. Aquel chico estaba comprometido con uno de mis mejores agentes, pero nunca, nunca perdía la ocasión de echarme bellos cumplidos o miradas inquietantes.

—¿Un masaje? —le dije, irónico—. No estoy loco...

Cinco minutos después...

—Dios, tienes unas manos de hadas —le dije mientras él me hacía masajes en la sala—. Más arriba, Gigo.

Alexis se deleitaba con la espalda de Jonás mientras Peter y Erich esperaban sus turnos.

—Tendré un orgasmo —masculló Jonás, con voz enronquecida—. ¿Lo dije en voz alta?

Erich y Peter rieron por lo bajo mientras bebían unas cervezas heladas. Gigo besó mi nuca, pero no me importaba, estaba demasiado cansado para protestar.

—¡Hazlo en mi boca, vikingo! —chilló Alexis, con euforia.

Jonás se tensó.

—Creo que necesito ir al baño, ¡me duele la panza! Creo que fueron los frijoles...

Soltamos un gemido de repugnancia.

—Retiro mi oferta —acotó Alexis, y nos echamos a reír.

Gigo aprovechó el momento para manosearme las cachas, pero no me importaba, estaba tan cansado para quejarme. Mi lado gay afloró y disfruté de aquel raro momento.

Erich visualizó su reloj de pulsera y soltó un bufido de indignación.

—Hora del baño —nos dijo con desánimo—. Hora de la esclavitud infantil —nos miró con cara de asombro—. Eso no sonó muy bien, porque somos nosotros los esclavos en esta historia ¿no?

Estábamos muy cansados para replicarle. Subimos al cuarto de baño e intentamos asear a nuestros hijos. Hubo muchos gritos, riñas, más gritos, más riñas... Alexis y Gigo preparaban la cena mientras tanto.

—Necesito un buen trago —nos dijo el vikingo tras la ruidosa cena—. Con urgencia —limpiábamos los platos y vasos como unas verdaderas Cenicientas.

Tras la limpieza, hicimos de los tontos para que nuestros hijos se durmieran. Cantamos y bailamos como los mismísimos Backstreet Boys, los payasos musicales, como solíamos llamarlos en la adolescencia.

—Al fin —dijimos, suspirando hondo.

Después de cumplir aquella dura misión, bajamos para beber algo. Pedimos pizza y



cervezas tras ducharnos.

—Me duele respirar —dijo Peter—. ¿Alguien puede hacerlo por mí?

Alexis lo miró con deseo impúdico.

—Solo si es respiración boca a boca, bombón.

Peter simuló reírse, o eso creo, ya que movió la mandíbula en un gesto cómico, pero no escuché ningún tipo de ruido. La última misión que tuvimos nos pulverizó y mal podíamos respirar sin sentir dolor. Jonás se sacó la camiseta y se sentó en la tumbona a pesar del aire fresco de aquella noche otoñal. Erich se rascó la nariz mientras Gigo nos servía la pizza con Alexis.

—Necesitamos unos abanicos gigantes —comentó Gigo—, para acentuar nuestro papel de esclavos.

Nos sacamos las camisetas para alegrar un poco a nuestros esclavos.

—Ahora necesito un respirador artificial —dijo Gigo, tras abanicarse la cara con ambas manos—. Me desmayo —adujo y se tropezó.

Cayó entre mis piernas con la boca muy abierta. Me levanté de un salto ante el susto y perdí los pantalones chándal de paso. Decidí no colocarme la ropa íntima tras la ducha, ¡grave error!

—¡Padre misericordioso! —exclamó Gigo, antes de perder la consciencia.

Me derrumbé en el césped de un modo muy patoso con Gigo a cuestas, por cierto.

—¡Oh, por Dios! —gritaron mis amigos y Alexis.

La cabeza de Gigo estaba entre mis piernas, mi parte íntima cerca de su boca semiabierta. Quise apartarlo, pero estaba tan cansado para ello...

—¿Qué está pasando aquí? —dijo de pronto mi mujer—. ¡Oh, por Dios! —me ruboricé como un tomate—. ¡El sueño de Gigo hecho realidad!

¿Eh? ¿De qué estás hablando, Willis?

—¡Te mataré, Gigo María!

Gigo abrió los ojos y miró mi parte íntima con verdadera adoración.

—Ahora puedo morir en paz —masculló y volvió a desmayarse.

Quise apartarlo, pero estaba tan cansado...



## Marcello - Nuestro secreto

**M**i esposa lloraba con amargura entre mis brazos, sus lágrimas empapaban mi pecho y destrozaban mi alma. Besé su cabecita atribulada cuando se quedó dormida.

Evoqué el sueño que había tenido con el ángel Arael. Llevaba tiempo sin soñarlo, hasta ayer donde me advertía que algo le pasaría a Anna. Por fortuna, nada grave, solo un gran susto.

—¿Cómo está, Mutti? —me preguntó Anya en tono preocupado.

Ella se sentía culpable, de cierta u otra manera, ya que se había negado salir con Anna cuando ella se lo pidió. Solté un largo y lastimero suspiro.

—Mejor, mi amor —le mentí—. No fue tu culpa, Anya.

Sus ojos se nublaron.

—Lo fue, papá —me dijo, llorando—, no quise salir con ella y... —la estreché con fuerza.

—Ella te necesita fuerte, hija.

—Lo siento, papá.

—Lo sé, mi amor.

Anna había salido sola de la casa, dispuesta a coger un autobús y dar un indefenso paseo por la ciudad. Pensaba recorrer unas cuantas paradas antes de retornar.

Días atrás me dijo que si un ciego lograba tal hazaña, ¿por qué ella no lo haría? Intenté persuadirla de no cometer ninguna travesura, pero ella era demasiado tozuda para escucharme. En la primera oportunidad que tuvo, decidió realizar un paseo que laceró aún más su autoestima. La encontré a unos cinco kilómetros de casa, presa de la angustia y la desesperación.

—Buenas noches, cielo —le dije a Anya—. Gracias por cuidar de tus hermanitos.

—No es nada —me dio un tierno beso en la mejilla—. Te amo.

La estreché.

—Y yo a ti, cielo.

Llevé a mis pollitos tras la cena a sus habitaciones. Recogí los platos y los cubiertos sucios. Los lavé y los ordené en sus sitios, ensimismado en mis pensamientos más renegridos. ¿Y si le hubiera sucedido algo? Los ojos se me nublaron al evocar sus duras palabras de horas atrás...

—¡Soy una inútil, Marcello!

—Cielo, no digas eso.

—¿Por qué Dios me castigó de este modo?

Anna enterró el rostro en mi pecho y sollozó con amargura.

—Oh, cielo mío —la voz se me quebró—. No te lastimes de este modo, por favor. Me duele en el alma.

Su pequeño cuerpo vibró de dolor.

—¿Por qué sigues conmigo? Te mereces a una mujer normal, una mujer fuerte, una mujer que no se tropiece con los pies, Marcello.

La aparté de mí y sujeté su rostro entre las manos.

—Porque te amo con locura, cielo mío —le dije con el corazón en la mirada—. ¿Acaso si fuera yo a padecer de la enfermedad, me amarías menos? ¿Me abandonarías? ¿Preferirías a otro?

Anna lloró aún más.

—Nunca, Marcello.

—Entonces, ¿por qué me dices esas cosas a mí?

—No puedo, Marcello.

—Lo puedes, ¡tú das lecciones al mundo!

—A veces solo quiero cerrar los ojos y no volver a abrirlos jamás.

—Oh, cielo —le dije, llorando—, acabas de meter una daga en mi corazón...

Anna lloró con amargura.

—Te dejo libre, Marcello...

—No...

—Busca a otra...

—¡No puedo vivir sin ti!

La apretujé contra mí con fuerza.

—Marcello...

Mis lágrimas empaparon su cabecita.

—Anna...

Me recosté contra la mesada de mármol al volver al presente y lloré, lloré con desconsuelo ante el dolor que sentía, ante la impotencia que experimentaba.

—Anna Bellini, mi amor —lloré con amargura a medida que me deslizaba contra la mesada hasta sentarme en el piso—. Te daría mis ojos, cielo. Te lo... te lo... juro...

El cansancio, el dolor, la tristeza me vencieron y me quedé dormido minutos después, acurrucado sobre la moqueta al pie de una silla.

—Marcello... —me dijo alguien de pronto—, despierta, mi amor...

Alguien me tendió un pañuelo de lino, el que me había regalado mi madre a días de su muerte. Levanté la vista y me encontré con ella, con mi madre.

—Mutti... —le dije llorando con amargura—. ¿Estoy soñando?

Ella esbozó una tierna sonrisa antes de recostar mi cabeza en su regazo como cuando era niño y tenía mucho miedo de la tormenta.

—Debes ser fuerte, mi amor —me dijo, sin detenerse en sus caricias—. Anna te necesita y tú a ella.

—Mutti... —lloré como un crío a la vez que pegaba las rodillas al pecho—, tengo miedo.

Ella me besó la cabeza con afecto.

—Estoy a tu lado, mi amor.

—Te necesito tanto, Mutti.

Cerré los ojos lentamente hasta perderme en un profundo sueño.

—Te amo, hijo.

Cuando me desperté, me encontré con Anna Bellini, que estaba de rodillas cerca de mí. Tenía los ojos muy hinchados y la nariz bastante inflamada.

—Marcello —musitó con voz enronquecida—. Perdóname, mi amor.

Me levanté del piso y busqué a mi madre con los ojos. Infelizmente, solo fue un sueño. Anna se acercó a gatas y me miró con ojos de cordero degollado.

—¿Tienes un bombón para mí?

La estreché con fuerza y lloré, lloré la otra cuota que aún faltaba. Me dolía no poder arrancarle aquella pena que llevaba dentro desde que descubrió sobre su maldita enfermedad.

—Lo siento, Marcello.

Lloró con la misma intensidad que yo.

—Te amo, cielo —besé toda su carita—. Te amo cada día más y más.

Nos besamos como si no hubiera un mañana.

—Y yo a ti, Marcello...

La llevé a nuestro cuarto y la tumbé en la cama con suma delicadeza. Abrí las ventanas y dejé que los rayos de la luna iluminaran la habitación con todo su esplendor. Observé el cielo estrellado con ojos melosos.

«Gracias, Mutti».

Una brisa perfumada me rozó la cara y erizó toda mi piel. Era un beso suyo, estaba seguro. Me acerqué a mi mundo y la besé, la besé con toda el alma.

—Te amo, Marcello —jadeó cuando la penetré.

—Nunca me dejes —le rogué y ahugué un gemido de dolor—. Nunca...

—Nunca, Marcello.

Aquella noche sanamos nuestras heridas con la entrega total de nuestras almas.

—Nunca desistas, mi amor.

Anna dormía entre mis brazos.

—Yo siempre estaré a tu lado.



Observaba concentrado la foto que encontré entre las cosas de mi madre, el otro día en el sótano de nuestra antigua casa en Toscana mientras fuera llovía torrencialmente. No había ninguna inscripción tras ella, ningún indicio que me llevara a la verdad oculta en aquella imagen que escondía el mayor secreto de los Hoffmann. Tragué con mucha dificultad la saliva al evocar a alguien, a alguien que conocía cuando tenía siete años.

«Dios mío».

Ahora todo tenía sentido, un triste y sombrío sentido.

—Mutti... —mascullé con lágrimas en los ojos—. ¿Por qué no me lo dijiste nunca?

Ahora comprendía mejor a mis padres, comprendía mejor sus discusiones y aquel nombre que siempre gritaban cuando estaban enfadados.

«Matthias».

Cogí mi cartera y busqué algo dentro de ella. Retiré una moneda de un centavo de libra y la observé con verdadera adoración.

—Dios... —dije con la voz rota por la fuerte emoción—, Matt...

Las lágrimas anegaron mi rostro mientras viajaba en el tiempo, en aquel lejano tiempo...



## Campamento de verano

Wuppertal, 1988

**D**e pie frente al espejo, me ajusté la pañoleta de los Boy Scouts. Mejor dicho, intentaba ajustarla, pero no lograba apartar los ojos de mi rostro inusualmente serio, con la boca curvada en una mueca de rabia y enfado.

—No me quiero ir a ese sitio —refunfuñé.

Mis padres decidieron enviarme al campamento de verano sin mis amigos. Ellos viajarían con sus padres a la playa, como todos los años.

—¿Listos para la gran aventura de este verano? —anunció la encargada del lugar—. ¿Estáis animados?

Todos gritaron, menos yo. Estaba enfadado con el mundo entero, hasta que vi a un niño idéntico a mí al otro lado de la fila. Nos miramos con expresión de asombro por varios minutos mientras los demás niños se alejaban del lugar canturreando una estúpida canción. Se acercó y nos miramos con cara de espanto. Fruncimos el ceño y luego intentamos tocarnos la cara, pero nos detuvimos en mitad de camino.

—¿Por qué me pareces? —dijimos al unísono—. Somos iguales —repetimos.

Aquello empezaba a asustarme. Las encargadas de cuidarnos ni siquiera se dieron cuenta de nuestras ausencias. ¡Vaya responsabilidad!

—Es raro.

El niño idéntico a mí se encogió de hombros antes de tomar asiento en un viejo banco de madera. Yo seguía en shock.

—¿Quieres unos regalices? —me ofreció.

Abrí los ojos de par en par ante su deliciosa oferta. ¡A pocos niños les gustaban los regalices! Cogí tres de sus manos y los metí en la boca. Solté un gemido de placer al sentir el sabor peculiar de aquellas gominolas negras en mi lengua. Él me dijo que tenía muchos en su mochila de Las tortugas Ninja. ¿Le gustaban aquellas tortugas? ¡Vaya coincidencia! Me senté a su lado y lo miré con curiosidad. ¿Por qué me parecía tanto?

—Soy Matt —me tendió la mano—, ¿y tú?

Apretujé su mano con fuerza, como mi padre me enseñó.

—Soy Marcello.

Matt me dijo que su madre era una bruja alemana y su padre un inglés sin corazón. Le dije que mi madre era italiana y mi padre alemán. Ambos eran muy buenos, aunque mi padre no tanto como anhelaba. A veces era súper amoroso y otras veces, una bestia.

—Tienes suerte, Marcello.

—Sí.

Disfrutamos de los regalices mientras nos contábamos cosas.

—¿Te gustan los tebeos? —le pregunté, emocionado.

Matt me dijo que coleccionaba.

—¿Y cuántos tienes?

Se puso pensativo mientras tamborileaba el dedo sobre los labios.

—Uno.

Le dije que yo tenía unos cuantos más y que podía prestarle algunos. Luego me comentó que

tenía el libro: «La historia interminable» de Michael Ende, ¡mi libro favorito!

—Eres un niño genial, Marcello —se rascó el mentón—, como mi mejor amigo, Peter.

Me dijo que su amigo viajó a Berlín por una temporada, ya que su madre había muerto. Le dije que me moriría de tristeza si la mía se muriera y Matt acotó que no sentiría nada si la suya muriera. ¿Tan mala era?

—Es tan mala como Xayide de “*La historia interminable*” —conminó con tristeza—. No es como las madres normales, Marcello.

Me puse muy triste, porque mi madre era un verdadero ángel. Siempre cariñosa, atenta y dócil.

—¿Jugamos, Marcello?

Matt y yo decidimos jugar por el bosque, imitando a los personajes de nuestro libro favorito. Tras una hora, las encargadas del campamento nos encontraron y nos miraron con estupor.

—Somos gemelos —les dijo Matt, con firmeza.

Terminamos en el mismo cuarto. ¡Nunca pensé divertirme tanto! Matt era muy divertido, un poco loco, pero divertido al fin.

—¿Crees que uno de los dos es de una dimensión paralela, Marcello? —me dijo el día que nadábamos con otros niños en el lago.

Tras pensarlo mucho, llegué a esa conclusión. Matt me habló de una película llamada «Los ojos del bosque» donde una chica era raptada y llevada a otra dimensión. Me contó detalle a detalle sobre la película, bajo una manta y con una linterna iluminando su interior. Tras terminar de narrarme, decidimos dormir juntos, muy juntos. Teníamos miedo del ser que llevó a Karen a la otra dimensión.

—Tienen fiebre —dijo una de las encargadas al día siguiente—. Debéis permanecer en el cuarto.

Matt y yo asentimos con ojos de cordero degollado. Las encargadas se marcharon y ambos respiramos con normalidad tras ello.

—¡Ha funcionado! —chilló Matt, tras quitar las mantas de lana que había usado para aumentar la temperatura de nuestros cuerpos—. La ducha caliente y estas mantas han funcionado.

Queríamos estar solos y solamente estando enfermos lo lograríamos. Salimos de la cabaña a escondidas y recorrimos gran parte del bosque. Buscábamos algún tesoro escondido por piratas del pasado. En ese lapso, supe que vivía en Hagen.

—¡Yo también! —chillé, emocionado—, al menos hasta finales de agosto.

—¿Por qué?

Le conté que mi padre había sido trasladado a Berlín, y que pronto nos mudaríamos. Matt me dijo que de todos modos no podríamos vernos, ya que él y Peter iban a un internado en Suiza.

—En la otra dimensión —maticé y él asintió—. Nuestra historia es muy similar a aquellas gemelas rubias —me refería a la película: Tú a Boston y yo a California—. ¿No te parece?

Ladeó su cabeza tras masticar un regaliz en forma de espiral.

—Sí, pero nosotros no somos hermanos, Marcello —convino con tristeza—, esa es la gran diferencia.

Devoré el regaliz con apetencia, mi madre solía darme dos tras la cena, alegando que aquellos dulces podían alterar mi sueño.

—Podemos fingir que somos gemelos, Matt.

Mi amigo de la otra dimensión sonrió. Desde entonces, hacíamos bromas muy pesadas con los otros niños, tontos por naturaleza, según Matt.

—Bastián, en el armario hay alguien —le dije a uno de nuestros compañeros de habitación. Bastián era el nuevo niño, había llegado por la tarde. Él se acercó al armario y abrió con cautela.

—Bastián, el niño de la cama es un fantasma —le dijo Matt.

Bastián salió corriendo del cuarto. Gritaba como una niña de cinco años. Nos echamos a reír.

—Estáis de castigo —nos dijo la encargada, horas después.

Decidimos aprovechar aquellas vacaciones mágicas a lo máximo. Nunca me divertí tanto en mi vida. Matt y yo hicimos muchas cosas juntos, pero lo más fantástico, sin lugar a dudas, fue haber creado un mundo paralelo donde éramos hermanos gemelos de verdad.

—Tienes la mejor mamá del mundo, Marcello —me dijo la última semana.

Le conté cómo era mi madre mientras observábamos concentrados el cielo estrellado, acostados sobre el tejado de la cabaña. Alrededor canturreaban las ranas, los grillos y algunos búhos.

—Mis padres nunca me quisieron, Marcello —giré el rostro y lo miré con tristeza—. Nunca tienen tiempo para mí, como los tuyos.

—Lo siento, Matt.

Sus ojos se nublaron.

—Me gustaría tanto sentirme amado, aunque solo fuera por un día, Marcello.

Una idea absurda cruzó mi mente, una idea robada de la película de Disney, la de las gemelas rubias. Me senté de golpe y lo miré con expresión taimada.

—¿Y si cambiamos por un fin de semana de familias, Matt?

Él se sentó de golpe y me miró con ilusión.

—¿No sería una locura, Marcello?

En la película salió todo bien, ¿por qué no en la vida real? Intercambiamos una sonrisa cómplice. Desde aquel día, planeamos el cambio.

—Los fines de semana suelo viajar a Essen, donde viven mis abuelos, Marcello —sonreí con tristeza—, tú experimentarás la dicha de tener unos abuelos y yo de tener unos padres de verdad.

Chocamos los cinco. Matt se marchó a mi casa y yo a la suya aquel primer fin de semana tras el campamento. Sus abuelos eran muy buenos y su amigo Peter también. Aunque él me dijo más de una vez que estaba muy raro. Matt hablaba hasta por los codos y yo no. Intenté ser como él, pero no me salía. Por su parte, Matt la pasó en grande en mi casa. Mi mamá le dio todo el cariño que nunca le dio su madre. Como lo hizo mi padre también.

El lunes nos encontramos en el Stadtgarten como habíamos acordado. Matt tardó más de lo normal y temí perder a mi familia para siempre, pero él vino, cumplió con su palabra.

—Fue genial tener abuelos, Matt.

Matt era un niño muy rico, tenía juguetes increíbles, pero no era feliz en su mundo paralelo. Yo era muy feliz en el mío, aunque a veces mi padre era un poco rudo, sabía que me quería, a su manera, pero me quería.

—Fue mágico tener unos padres como los tuyos, Marcello.

Nos abrazamos en el pequeño puente de madera mientras el chorro de agua caía con gracia a un costado.

—Tengo algo para ti, Marcello.

Cogió un centavo de libra y me lo regaló.

—Gilito McPato tiene un centavo de dólar —acotó sonriendo—. Tú tendrás uno de libra.

Cogí un centavo de marco, como le había prometido el último día en el campamento.

—Y tú un centavo de marco.

Entrechocamos los puños.

—Adiós, Marcello.

—Adiós, Matt.

Matt se marchó tras balancear la mano.

—Nunca te olvidaré, Hoffmann.

—Y yo a ti, Caffrey.

Mi padre apareció minutos después con cara de pocos amigos. Me abracé a él con todas mis fuerzas y su enfado se marchó.

—Te eché de menos, papá.

Mi padre me estrechó con fuerza, con demasiada fuerza. Me dijo que estaba muy raro aquellos días, que hablaba más de la cuenta y que estaba más cariñoso que nunca. Me aparté de él y le dije que había comido muchos regalices. Rio de buena gana tras regalarme uno.

—No se lo digas a tu madre.

Me guiñó un ojo en señal de complicidad.

—Gracias, papá.

Mi padre siempre me miraba de un modo muy extraño, como si buscara algo en mi rostro, pero ¿qué?

—Vámonos a casa, Marcello.

Jamás volví a ver a Matt después de aquel día, supuse que había retornado a su mundo tras su fugaz viaje por la tierra. Juramos que nunca le contaríamos a nadie lo que habíamos vivido aquel año, en aquel campamento de verano y así lo hicimos. Nunca hablé de Matt, ni siquiera con mis mejores amigos. Quizá por temor a que no me creyeran o se burlaran de mí.

Con el paso de los años, también tuve mis dudas si aquello fue obra de mi imaginación o no. Mi móvil timbró y me devolvió al presente de golpe. Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y cogí la llamada. Todo mi mundo se desmoronó cuando uno de los investigadores de la Bermer me confirmó mis sospechas.

—¿Cómo? —solté con el alma a mis pies—, Dios mío... —me quebré en mil pedazos.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas una tras otra ante aquella verdad inesperada y dolorosa.





## Anna - Encuentro del destino

Paula me invitó a una fiesta benéfica a favor de los niños enfermos de la clínica oncológica que pertenecía a Alessandro. Al principio me negué, pero Gigo me dijo que me vendría muy bien salir un poco. Marcello no podía acompañarme, ya que viajó al sur de Alemania a por un asunto delicado. Estaba muy raro aquellos días. Algo me escondía, algo bastante grave.

Paula me dijo que no me preocupara, pero no podía estar tranquila sabiendo que algo aturdiría el corazón de mi marido.

—Su trabajo es muy delicado, Anna —me dijo un Gigo muy elegante.

Me miré al espejo con asombro.

—Estás hermosa, Anna.

Llevaba un vestido color vino sin tirantes, corte princesa y unos guantes negros que me llegaban hasta los codos. El pelo recogido realzaba el maquillaje delicado y las joyas que llevaba.

—Me recuerdas a Atenea Ricci —me recordó y sonreímos—, yo parezco hetero —se puso una flor lila con brillos en el bolsillo de la chaqueta del esmoquin—, ahora está mejor.

—Ahora eres tú.

Llegamos a la fiesta con puntualidad y bebimos un par de copas mientras llegaban los invitados. Entre ellos, el magnate Ludwig von Höllemann, el diablo, como muchos lo llamaban en el ámbito empresarial.

—Si el diablo es así, estoy condenado —me dijo Gigo a modo de confidencia.

Escurté al hombre con resquemor.

—Me pone la piel de gallina —le dije en un murmullo.

Todos posaron los ojos en él. Era un hombre de belleza inigualable, aunque mi marido era mucho más guapo que todos los invitados juntos.

—Buenas noches —me saludó, para mi mayor asombro—, se ve preciosa, señora.

Gigo y yo nos miramos con incredulidad y luego volvimos a mirarlo a él. Me sonrió y un escalofrío me recorrió de pies a cabeza.

—Buenas noches —logré articular.

Luciana se lanzó a sus brazos y le dedicó bellos cumplidos. Paula puso los ojos en blanco desde su sitio. A pesar de su estado, seguía coqueteando con los hombres frente al marido. Aunque, según lo que me dijo mi prima, su marido y ella solían hacer intercambios de pareja, así que, verla con otros era normal.

—Desvergonzada —vocalizó en italiano mi prima, al otro lado del salón.

Me reí entre dientes.

—Certo —le contesté en nuestro idioma.

El magnate se alejó tras echarme una última mirada.

—Anna... —me dijo Gigo, con la boca semiabierta—, ese hombre no te quita los ojos de encima.

Negué con la cabeza y fruncí mucho los ojos en un gesto de suspicacia.

—Estás fantaseando, Gigo.

Cuando me volví hacia él, lo pillé mirándome con una rara expresión en la cara. Me sentí incómoda y desvié la mirada. Bebí un sorbo de mi copa y tragué aquel extraño nudo que se me había formado en la garganta.

—No lo estoy.

Mi móvil timbró, era Marcello. La canción: «Despacito» lo delataba. Cogí la llamada y lo saludé con alegría. Tras la cuarta copa, solía relajarme bastante.

—Cielo, ¿has bebido champán?

Marcello me conocía tan bien, que incluso sabía qué bebida bebía por el tono de mi voz.

—Un poquito.

Una risita se le escapó.

—Llegaré antes de la medianoche, cielo.

Abrí mucho los ojos y escupí parte del champán ante la emoción.

—¿Hablas en serio?

Di unos saltitos y reí con alegría, llamando la atención de todos. Marcello suspiró hondo y se sorbió por la nariz con fuerza. ¿Qué tenía? ¿Estaba llorando? ¿Era por Matt?

—Matt sigue igual —me dijo cuando se lo pregunté—, quería traerlo aquí, pero los médicos que lo atienden me dijeron que no era prudente, cielo.

Marcello ahogó un sollozo y me partió el corazón en dos.

—¿Qué tienes, mi amor?

Gigo pegó la oreja a mi móvil y frunció el entrecejo. Me aparté de él.

—Te necesito más que nunca hoy, cielo —me dijo con la voz rota—. Más que nunca.

Los ojos se me nublaron lentamente.

—Ven lo antes posible, mi amor —le pedí—, te amo, Marcello.

Volvió a sorberse por la nariz.

—Y yo a ti, cielo.

Tras colgar, alguien me saludó y me robó la atención por completo, era Alessandro.

—Hola —le devolví el saludo con timidez.

Alessandro me dio dos besos y me ruboricé como un tomate.

—Estás hermosa, Anna.

Su presencia me intimidaba bastante, no por los motivos que alguna vez Marcello pensó, sino por el pasado que tuvimos. Era raro, inexplicable.

—Gracias.

Luciana se acercó y lo saludó, lapso que aproveché para salir al jardín. Tardé más de lo normal en llegar hasta allí y derrumbé un par de cosas en el camino, pero valió la pena. Una hora y media en la fiesta me hizo comprender que no formaba parte de ella. Que nunca me sentiría cómoda en aquel ambiente.

—La noche está preciosa —me dijo de pronto Ludwig, y me volví para mirarlo—, como usted.

Tenía una mano en el bolsillo del pantalón y con la otra sujetaba una copa de champán. Me miró con una expresión muy taimada. Toda la piel se me erizó.

—¿Por qué me mira así?

Desvié la mirada y escruté el laguito con atención. La luna bañaba con delicadeza sus aguas color verde esmeralda.

—Por nada —le dije tras unos segundos de silencio.

Él se aproximó y su perfume penetró mis fosas nasales. Era un aroma fresco y cautivante. Se puso a mi lado y bebió un sorbo de su copa. Lo miré de reojo o al menos lo intenté. Me costaba

mucho hacerlo y, en general, no lo conseguía por culpa de la enfermedad que padecía. Aquel hombre medía más de dos metros. ¡Yo apenas le llegaba a la altura del estómago!

—¿Crees en el diablo? —soltó de repente y un gemido se me escapó del pecho.

Ladeé la cabeza con expresión interrogante. ¿Por qué me preguntaba aquello? No era una pregunta muy habitual que digamos.

—Creo en Dios y los ángeles —le contesté con firmeza—, pero también en el otro.

Se volvió y me miró con una sonrisa ladeada.

—¿En el otro?

No me gustaba mencionarlo, así que siempre me refería al amo de las tinieblas como el otro.

—Sí.

Posó la copa sobre la barandilla que rodeaba el jardín y suspiró hondo.

—¿Por qué me hace esa pregunta?

Esta vez no me miró, se limitó a observar el lago en silencio mientras yo calculaba mentalmente cuántos pasos me separaban de la puerta. Aquel hombre me daba mucho miedo.

—La mente humana me fascina, Anna.

¿Sabía mi nombre? ¿Lo había averiguado? Me puse cada vez más tensa ante su presencia. Empecé a rezar una oración a los ángeles para mis adentros. ¿Por qué lo hacía? Entrelacé las manos sudorosas y aspiré una gran bocanada de aire como me habían enseñado en las clases de Yoga en busca de sosiego.

—Tanto o más que sus corazones.

Nada de lo que decía tenía sentido para mí. Los ricos solían tener pensamientos filosóficos extravagantes e ininteligibles.

—No me tengas miedo, Anna.

Reclinó la cabeza a la altura de la mía y me miró a través de sus clarísimos ojos azules. Eran casi transparentes ante el efecto de la luz. Exhaló cerca de mis labios y el aroma del champán me embriagó un poco más.

—Bendita eres entre todas las mujeres, Anna.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Y bendito es el fruto de tu vientre.

Alguien se aproximó a nosotros con pasos firmes. Me volví en un acto reflejo y me encontré con Alessandro, que nos miraba con un deje de preocupación en la cara.

—¿Te encuentras bien, Anna?

Ludwig se apartó sin abandonar su sonrisa ladina. Se despidió de mí tras besarme el dorso de la mano y volvió a la fiesta con su peculiar andar elegante. Alessandro cortó la distancia y sin saber por qué lo hacía, me abracé a él con fuerza.

—Dios mío, estás temblando, Anna.

Se quitó la chaqueta y me cubrió con ella a toda prisa. Los dientes empezaron a castañearme y las rodillas a flaquearme.

—Estoy bien —le mentí.

Alessandro me estrechó con fuerza contra sí y me acarició la espalda con ternura. Después de unos minutos, se apartó y acunó mi cara entre las manos.

—¿Estás mejor?

Asentí con un leve cabeceo.

—Sí.

La banda sonora de la película: Cinema Paradiso de Ennio Morricone empezó a sonar en el

salón, erizándome toda la piel.

—Oh, Anna —me dijo con una voz teñida de dolor—. La vida sin ti es tan dura.

—Alex...

—Mi pequeña Holly.

Me miró con intensidad por unos instantes mientras iba reclinando la cabeza a la altura de la mía. Lo miré con el corazón en un puño, preguntándome qué pensaba hacer. Y entonces, sus labios tocaron los míos de sorpresa, sin que pudiera reaccionar o detenerlo.

—¡Anna! —gritó Marcello.

Me alejé de Alessandro a toda prisa y miré con lágrimas en los ojos a mi marido.

—Marcello.

Ludwig apareció tras él con una copa empinada sobre la cabeza de mi marido. Me sonrió con malicia antes de beber un sorbo de su copa, como si estuviera festejando algo.

«La fe y el amor siempre deben ponerse a prueba» resonó la voz de aquel hombre en mi cabeza.

—Dios mío.



Marcello se marchó de la fiesta sin dirigirme la palabra. A pesar de que lo seguí y grité su nombre por todo el salón, él no se detuvo. Me caí de la escalera y rodé unos escalones anegada en lágrimas. Gigo me levantó y me preguntó qué había pasado. Cuando le conté lo sucedido, quedé totalmente enmudecido. Paula vino como una exhalación y me hizo la misma pregunta.

—¿Por qué Alex te besó?

Nico la miró con expresión elocuente y ella asintió algo atontada.

—Además de que te ama con locura, ¿sabe que eres una mujer casada!

—No... No... lo... sé... —lloriqueé—, no lo sé.

Mi marido no estaba en casa y tampoco cogía mis llamadas. Tras tres días, empezaba a desesperarme. Él no estaba bien y verme con Alessandro solo pudo empeorar aún más su estado anímico. Eso sin mencionar a los niños, que me preguntaban por él todos los días. Podía mentirles unos días más, pero no muchos más.

—Gigo, Marcello no coge mis llamadas —lloré con amargura tras la horrible noche—. Mi marido me odia.

—Está destrozado.

—¡Lo sé! —le grité, iracunda.

—Todo se arreglará, Anna.

—No lo sé, Gigo. ¡Lo engañé con mi ex!

—Fue solo un beso.

—¡Es infidelidad!

Me miró apenado.

—Pero tú no lo besaste.

—No, pero tampoco desvié la cara, Gigo.

Enterré el rostro entre las manos y lloré con amargura.

—Te sorprendió, Anna. Solo fue eso.

Una semana después...

Marcello no apareció en casa por varios días. Hablaba por teléfono con nuestros hijos, pero se negaba a hacerlo conmigo.

—Dios mío —me dijo Gigo; sobrecogido al verme—, Anna, cielo —me abrazó y lloré con desconsuelo—. Debes cuidar tus ojitos. No puedes seguir llorando.

—No puedo.

Me susurró dulces palabras de aliento, pero ninguna tuvo el efecto que deseaba. Nada lograría consolarme. Nada.

—Me odia, Gigo —el llanto me dominó—, quizá nunca me perdone.

Me imaginé una vida entera sin él, una vida entera sin mi alemán. ¿Cómo conseguiría sobrevivir sin sus besos? ¿Sin sus abrazos? ¿Sin su amor? Aquellos seis años que estuvimos separados fueron los más duros de mi vida. ¿Podría soportar el resto de la vida sin él?

—No llores más, Hormiguita —me rogó Gigo—. Tienes los ojos muy inflamados.

Los ojos, el corazón e incluso el alma estaban inflamados.

—Necesito hablar con Marcello.

Los amigos de Marcello me dijeron que estaba en la agencia. Y que dormía en el viejo apartamento de Erich. El único mensaje que me había enviado días atrás fue: Necesito un tiempo, Anna Bellini. Pero yo ya no podía esperar más.

—Te llevaré a la agencia.

Llegamos diez minutos después y subimos a la sala de Marcello a toda prisa. Su secretaria me dijo que estaba con una abogada. Casi perdí el conocimiento, ¿acaso estaba tramitando los papeleos de nuestro divorcio? Exhalé una gran bocanada de aire antes de abrir la puerta de la sala con impaciencia. Mi lado italiano siempre afloraba y comandaba mis acciones.

—¡Marcello! —chillé al verlo con Diana, su ex—. ¡¿Qué haces con ella?!

Cuando entré en la sala, Diana estaba abrazada a él de un modo muy afectuoso. ¿Se habían besado antes? ¿Follado? Ahora sentía en la piel lo que él sintió días atrás al verme con Alessandro.

—Anna.

Se apartó de ella y se acercó a mí como alma que lleva el diablo. Lo empujé con todas mis fuerzas.

—¡No me toques! —le golpeé el estómago con los puños—. ¡Quiero el divorcio! —mi otra yo gritó, pero la ignoré—. ¡Me estás engañando con tu ex!

Diana nos miró horrorizada.

—Os dejaré a solas —nos dijo la muy descarada—. Hasta luego, Marcello.

Le puse zanjadilla y la muy zorra cayó con torpeza en la moqueta. Gigo rio de buena gana y también la secretaria friki de Marcello. Diana se incorporó a toda prisa, se acercó a mí con aire amenazador y me miró desde lo alto. Me puse en posición de boxeo.

—¿Qué esperas, patas de araña? —me miró con socarronería antes de girar y marcharse con su peculiar andar felino—. ¡Cobarde!

Cogí un florero y apunté hacia ella. Marcello me impidió de cometer un asesinato. Cerró la puerta de la sala con brusquedad y me miró con expresión severa. Me dijo que necesitábamos hablar sobre nuestra situación. Lo pulvericé con la mirada.

—¡Déjame salir! —le chillé, iracunda—. ¡No quiero hablar contigo!

—¡Nooo!

Me arrastró hasta el sofá y me hizo sentar en él. Me levanté dispuesta a marcharme de su agencia y de su vida. ¡Estaba poseída por los celos!

—Me mudaré a Italia —le dije con rotundidad—. Con nuestros hijos —maticé en italiano.

Aspiró una gran bocanada de aire antes de replicarme. Estaba tan calmo ante la situación explosiva. ¡Era tan alemán! ¿Por qué no sacaba su lado italiano para enfrentarse a mí?

Y como si me hubiera leído la mente...

—¡Ni loco te daré el divorcio! ¡Jamás! —despotricó como un buen italiano lo haría y me excitó—. ¿Olvidaste tu promesa ante Dios, Anna Bellini? —Me excité más de lo normal—. ¡Hasta que la muerte nos separe! —una sonrisa irónica curvó sus labios—. ¡Incluso más allá de ella misma! ¡No te dejaré en paz ni muerto!

Me levanté de un salto y lo encaré furiosa. Me miró con tristeza, supuse que mis ojos inflamados le pulverizaron el corazón de granito.

—¡Pues préstame tu arma y resuelvo el tema! —grité enfurecida—. ¡No tienes que estar con una deficiente que se tropieza con los pies!

Llevó ambas manos a la cabeza y arrastró el voluminoso pelo hacia atrás. En ese lapso, noté lo delgado y demacrado que estaba. Con todo eso, seguía siendo tan guapo el maledetto. Le quise abrazar, pero me contuve. Se dio la vuelta y clavé los ojos en su prieto culo. Me mordí el labio inferior con lascivia y moví los dedos con nerviosismo.

«Mi amor».

—¡Ya basta de autocompadecerte! —bramó y le fulminé con la mirada—. ¡No digas tonterías! —replicó, enfurruñado—. ¡Aunque eso es como pedirte que dejes de respirar!

La canción de Aquilo: Silhouette empezó a sonar en su ordenador. Era una de mis favoritas.

—¡Eres un idiota! —le grité y me acerqué a su escritorio.

Cogí un marcador y manché su camisa celeste favorita con él.

—¿Qué haces?!

Dibujé líneas y algunos círculos.

—¿No es evidente?

Me sujetó la mano y me arrastró hasta el sofá. Se sentó y me puso de espaldas sobre su regazo. Me dio varias nalgadas.

—¡Eres una maleducada, Anna Bellini!

Grité, pataleé, pero él no se detuvo. ¡Dolía mucho!

—¡Suéltame! —le mordí el brazo con todas mis fuerzas—. ¡Golpeador de mujeres!

Aquello le dolió profundamente, las nalgadas cesaron... ¡por unos pocos segundos!

—Mereces unas buenas nalgadas, Anna Bellini —me removí como una cría en su regazo—. Nunca te daré el divorcio, ¡nunca! —manoseó mi culo con descaro.

—¡Abusivo! —me quejé y le mordí el brazo una vez más—. ¡¿Me estás metiendo mano, Marcello Hoffmann?!

—¡Tengo derechos!

Me senté a horcajadas sobre sus piernas, aprovechando su distracción y le tiré del pelo con todas mis fuerzas. Soltó un gemido de dolor.

—¿Por qué estabas con Diana de aquel modo? —Marcello intentó huir de mis garras haciéndome cosquillas—. ¿Buscabas un revolcón? —gruñó—. ¿Querías un remake del pasado con esa rubia perfecta?

Me reí ante sus cosquillas.

—Ella vino a por un trabajo —jadeó mientras recorría mi torso con los dedos—. ¡Al menos no la estaba besando! —le tiré del pelo con más vigor—. ¡Eres terrible, Anna Bellini! —

rio por lo bajo.

Me tumbó en el sofá de golpe y sostuvo mis muñecas con una mano por sobre mi cabeza y con la otra me hizo cosquillas.

—¡Nooo! —pataleé y reí al tiempo—. ¡Eres un capullo!

No se detuvo, a pesar de mis ruegos. Le dije que me hacía pis y él me dijo que no pararía hasta que le pidiera perdón. Le grité que eso nunca pasaría.

—¡Me hago pis! —bramé riendo.

Continuó con su tortura.

—¡También lo hiciste mientras follábamos el otro día en la bañera y no me quejé! —soltó el muy infeliz—. ¡Hazlo cuando quieras!

Solté algo parecido a un «Nooo». ¡Me prometió que nunca lo mencionaría mientras viviéramos!

—¡Eres un imbécil! —me quejé—. ¡Has fallado a tu promesa! —le tiré del pelo al tiempo que le rodeaba la cintura con las piernas.

Alguien entró en la sala y nos interrumpió en seco.

—¿Marcello? —dijo de pronto Erich—. Oh...

Mi marido se detuvo y aproveché el momento para salir como una exhalación de la sala.

—¿Qué está pasando? —le preguntó Erich, anonadado.

Marcello dijo algo en italiano, algo que quería que yo escuchara. Una mueca de fastidio se estampó en mi cara.

—Nada —le dijo Marcello—, una peleíta sin importancia.

—Stronzo.

Volví sobre mis pasos y entré en el servicio de su sala. Tras dar la descarga, lancé dos rollos enteros de papel higiénico en el váter.

—Creo que el váter tiene un problema —le dije con expresión ladina.

Marcello entró y soltó:

—¡Anna Bellini!

Me marché a mi casa riéndome. Marcello llegó tiempo después y me exigió que le escuchara. Le lancé de todo: zapatillas, peluches, tebeos, bolsos y un sinfín de cosas que iba encontrando a mi paso.

—¡No quiero hablar contigo! —bajé mi peluche de Snoopy en la cama—, a ti no te lanzaré.

Aproveché mi distracción y me echó al hombro como un cavernícola. Pataleé y golpeé su espalda con los puños. Él bajó las escaleras como si nada. ¡Era un abusivo! Fuerte, delicioso y abusivo. Le toqué el culo, no me resistí.

—¡Papi! —exclamaron nuestros pollitos—. ¡Papi! —chillaron la mar de contentos.

Le pellizqué la espalda y me dio un azote firme en el trasero. Volví a pellizcarlo y me ganó otro azotito. Nuestros hijos reían de buena gana ante el espectáculo. Quise comerlos a besos. Sus risillas inocentes acariciaron mi alma.

—Compórtate, Anna —esgrimió sin bajarme al suelo—. Mamá y yo estábamos jugando.

Por unos segundos fingimos que éramos la pareja dulce e ideal de siempre. Cenamos con ellos como todas las noches. Anya era la única consciente de que ambos no estábamos bien.

—Te odio —le dije, mientras preparaba la ensalada—. No te odio —repuse cuando se alejó—. No puedo.

Se acercó para coger los panecillos del horno. Se reclinó a la altura de mi rostro y musitó:

—Pues yo te amo con locura —me besó con fogaosidad—. Y nunca te daré el divorcio, Anna Bellini —volvió a besarme y no tuve otro remedio que ¡besarle!

Metí la esponja con detergente en la parte trasera de su ropa íntima para apartarlo. Gruñó y me reí a todo pulmón. Cogió algo de nata de la nevera y la metió en mi ropa íntima. Ahora se rio él. Introduje la mano en mi ropa íntima y retiré la nata. Luego la empotré en su boca y el muy infeliz lamió mi mano con voracidad.

—Cerdo —vocalicé con los labios.

—Te lamería hasta que te corrieras en mi boca, Anna Bellini —masculló en mi oído—. Si eso es ser cerdo, entonces —me miró con deseo—: oi oi oi —gruñó y se robó las risitas cantarinas de nuestros pollitos.

Ambos los miramos con amor infinito a aquellos pequeños seres humanos que no comprendían las cosas que estábamos pasando.

—Cenemos en paz —me propuso y me tendió la mano—. Cielo.

Cogí su mano con firmeza y lo miré con amor infinito. Lo amaba, siempre lo amaría. Marcello reclinó su cabeza sobre la mía y me dijo que siempre, siempre me amaría, incluso más allá de la propia muerte. Nuestros hijos aplaudieron y ambos tuvimos deseos de llorar.

—Te amo tanto, piccolina.

—Anke io.

Me miró con expresión melosa.

—¿Qué sentiste cuando él te besó?

Y el momento mágico llegó a su fin.

—Nada.

—¿Nada?

—¡Nada!

—No te creo.

—Problema tuyo.

Me besó con tanta pasión que solté un gemido muy discutible.

—Al menos ya borré su huella —me dijo sobre los labios y me soltó.

Lo miré embobada tras el apasionado beso.

—¿Qué?

Tras la cena, los llevamos a sus cuartos y les contamos un cuento como todas las noches. Bajamos a la cocina para limpiar los platos y continuar con nuestra guerra.

—¡Eso duele, Anna Bellini! —chilló cuando una naranja salió volando hacia él—. ¡Eres una tramposa!

Me eché a reír.

—¡Es solo el comienzo! —le juré—. Tú abrazaste a Diana estando consciente, no como yo —me defendí y le lancé un tomate.

—Ay —dijo con dolor—. Me has acertado el ojo, cielo —lloriqueó.

Me acerqué a él con el alma a los pies.

—¡No! —chillé cuando me derramó yogurt en la cabeza—, ¡eres un imbécil!

—¡Novata!

Alguien entró en la casa, era mamá.

—Pero ¿qué narices hacéis? —nos dijo con los brazos cruzados.

Nos dio un sermón de media hora. Luego nos dijo que resolviéramos nuestros problemas a solas. Miré a Marcello y luego a mi madre con expresión de confusión.

—Tú la llamaste ¿verdad?

Mi madre se acercó.

—Llévala —le dijo como si tal—, yo me encargaré de mis nietos.



Abrí la boca para protestar, pero la volví a cerrar cuando Marcello me cogió en brazos y me llevó al apartamento de Erich, donde según me dijo, estaríamos hasta llegar a un acuerdo. ¡Ni loca cedería!

—Me ducharé —anunció él y se desnudó a cámara lenta mientras una canción épica sonaba en el reproductor de música—, ¿vienes?

Paseé mis ojos en su escultural cuerpo con deseo, ¡mucho deseo!

—No.

Se quitó el reloj de pulsera de cuero y lo puso sobre la mesita de salón. Su perfume asaltó mis fosas nasales y solté un gemido de placer involuntario. Marcello me miró con seriedad, como en el pasado cuando éramos adolescentes.

«Ay, Dios».

Se arrodilló entre mis piernas y las separó lentamente. No dijo nada, ¡era una cualquiera! Con rabia, rasgó mis bragas en el centro. Levantó mis piernas y las colocó sobre los hombros. Agachó la cabeza y empezó un sensual asalto que me obligó a retorcerme de placer. Me aferré a su pelo mientras él me tocaba los senos por encima de la blusa. La bajó de un tirón y los dejó al aire libre.

—Eres tan deliciosa...

Estaba a punto de correrme cuando él muy cabrón se levantó y abandonó.

—Ruégame —me dijo con altivez.

¡Ni loca lo haría! Empecé a masturbarme como una actriz de porno profesional. Mis gemidos lo enloquecían, así que, aumenté el volumen.

—Joder —soltó y se acercó.

Me cogió en brazos y se sentó en el sofá conmigo encima. Me puso a horcajadas sobre sus piernas y de un delicioso embate me penetró hasta el fondo. Intentó moverme, pero no consiguió. Así que, empezó a moverse con desenfreno bajo mi cuerpo. Le rodeé el cuello con los brazos y me pequé a él con tal fuerza que no podía seguir moviéndose.

—Anna... —jadeó al borde del precipicio—, necesito follarte...

Moví las caderas en círculos y le robé un gemido más bien de desesperación que de deseo.

—¿Me quieres volver loco?

Le lamí los labios con sensualidad, pero no lo besé. Soltó un taco bastante soez cuando aparté la boca de la suya.

—Sí...

Me volví y escruté el espejo de la pared con expresión ladina. Me aparté de él y me arrodillé entre sus largas piernas. Lo miré con expresión inocente antes de meter su miembro en la boca hasta la garganta. Echó hacia atrás la cabeza y se dejó follar por mi boca.

«Me encanta tu sabor, agente».

Cuando las primeras gotas de placer asaltaron mi boca, me aparté.

—¡Nooo!

Le di de su propio veneno.

—¿Quieres más?

Aparté la mesita del salón y me puse a cuatro patas delante del espejo estilo medieval. Marcello tenía la frente y parte de los pechos empapados en sudor.

—Fóllame como el día de mi cumpleaños, agente.

Se arrodilló detrás de mí y rozó su miembro entre mis nalgas. Me moví con mucha sensualidad y le robé la paz por completo.

—Gott...

Me penetró por atrás con mucho cuidado. Después me levantó y se sentó conmigo encima. Nos miramos a través del cristal con mucho deseo.

—Fóllame —le ordené y fue exactamente lo que hizo—, más fuerte...

Nuestras pieles pegajosas emitían un ruido que se perdió en medio de los gemidos. La mano de Marcello aterrizó en mi entrepierna y empezó a jugar con mi clítoris, aumentando mi deseo.

—Córrete conmigo —me susurró al oído con su ronca y grave voz—, Anna Bellini...

Ver cómo me hacía suya a través del espejo, me excitaba sobremanera y no duré ni dos minutos. Él salió de mí y se limpió en el cuarto de baño. Me recuperaba aun cuando volvió y me tumbó boca arriba sobre la moqueta. Se acomodó entre mis piernas y me embistió con cierta urgencia. Lento al inicio y luego con mucho salvajismo hasta que volví a correrme.

—Eres mía, Anna Bellini.

Nos abrazamos con fuerza tras el clímax.

«Solo tuya».



## Marcello - Entre el bien y el mal

Observé con el corazón encogido la ciudad de Hagen, aquel día primoroso. Las tiendas comerciales estaban cerradas y las pocas personas que transitaban por las calles llevaban mascarillas que les cubrían las caras. Giré sobre los pies sin abandonar mi deje de estupefacción y dolor. ¿Estaba soñando? ¿Era real? ¿Un tipo de déjá vu?

—Permiso, señora —le dije a una mujer que pasaba cerca de mí.

Ella soltó un grito y me pidió que no la tocara. Se apartó de mí como si mis manos la quemaron. ¿Por qué reaccionaba de aquel modo tan brusco? Sacó un frasco del bolso y se limpió las manos con el líquido con cierto nerviosismo.

—¿Qué está pasando?

Ella me miró con expresión interrogante.

—¿Acaso no está al tanto del virus que aterra el planeta?

—No.

—¿El Covid-19 le suena?

La miré con expresión interrogante.

—No.

Sus ojos se agrandaron como dos naranjas, como si acabara de insultarla.

—¡El Coronavirus! —me gritó, enfurecida—, ¿de qué planeta es usted?

Escruté con más atención a las personas.

—Es muy contagioso —me dijo tras meter el frasco en el bolso—, por eso nadie se toca.

Aceleré los pasos como si estuviera huyendo de un monstruo de dos cabezas. Las alarmas de varias ambulancias me ensordecieron completamente. Una, dos, tres y un sinfín de ambulancias pasaron a mi lado. Llevé las manos a las orejas para taponarlas y protegerlas del infernal ruido, lapso en que Ludwig von Höllemann aterrizó del cielo con suma elegancia. Sus alas negras desaparecieron cuando sus pies tocaron el suelo.

—¿Señor Höllemann?

Él me miró con magnitud.

—La mayoría me conoce como Lucifer —repuso, sonriendo—, o el diablo.

Entorné mucho los ojos al oírlo.

—¡Bienvenido al 2020, Marcello! —me dijo con una sonrisa diabólica—, el año que pondrá a prueba a tu generación y cambiará las estructuras de cada país para siempre —enarcó ambas cejas—. El complot perfecto que mis fieles esclavos llevarán a cabo en contra de la humanidad —negó con la cabeza sin abandonar su sonrisa—, por amor al poder.

¿Estaba en el 2020? Fruncí mucho el entrecejo mientras observaba a unos ancianos a un lado. Todos tenían las caras grisáceas y una marca en la frente.

—Esta historia es tan similar a una del pasado, ¿no te parece, Marcello?

Preferí no replicarle.

—Sé que lo pensaste y muchos lo pensarán en ese año —espetó—, los pensamientos arios nunca pasarán de moda —se cruzó de brazos mientras observaba a los ancianos—, el imperio del Tercer Reich nunca morirá —me miró por encima del hombro—, como le prometí a Hitler.

Me estremecí.

—Como los grandes líderes actuales —señaló sin mirarme—, todos llevan mi marca en sus almas.

Unos ángeles aparecieron tras los ancianos y los cogieron de las manos. Ludwig enarcó una ceja, parecía molesto y también sorprendido.

—Este virus prefiere a los mayores —me dijo con expresión sombría—, la molestia actual de la sociedad —apreté con fuerza los dientes—, el gasto innecesario de cada gobierno.

Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas una tras otra mientras aquellos ancianos observaban el cielo con ojos atemorizados.

—El ser humano mostrará su lado más oscuro ante tal adversidad —repuso en tono suave—, su eterno lado egoísta aflorará como siempre... —me miró con ojos desafiantes—, en el 2040... —hizo una pausa—, me gustan las sorpresas...

¿Qué pasaría en 2040? Las posibilidades me dejaron sin aliento. Si en aquel año la humanidad estaba así, en dos décadas más, prefería no pensarlo.

—Me fascina el egoísmo humano —soltó Lucifer, sonriendo.

Las personas se peleaban en las tiendas y otras huían aterrorizadas, como si algún monstruo estuviera persiguiéndolos.

—Tras tantos años y tantas guerras —apostilló con aire misterioso—, el ser humano tiende a repetir sus mismos errores una y otra vez...

A lo lejos me vi con Anna y mis hijos. Todos llevábamos mascarillas y caminábamos a gran velocidad.

—Esa canción es el himno perfecto para este momento, Marcello.

Un pianista tocaba la canción «*Mad world*» mientras las personas caminaban distanciados y cabizbajos por las calles de mi amada ciudad natal.

—No es real —me dije con la garganta inflamada—, esto no es real.

—La maldad no viene de mí —me aseguró él—, sino de vuestras almas —enarcó una ceja—, envenenadas por la codicia, la envidia, la rivalidad, el poder, la ambición, la fama, la riqueza y la vanidad —chasqueó los dedos en el aire—, hagamos un pequeño tour por el mundo.

De pronto, estábamos en Berlín, tan vacío como Hagen. Luego recorrimos París, Roma, Nueva York y otras ciudades importantes del mundo, completamente vacías.

—Es el futuro del ser humano, Marcello.

En El Vaticano no había nadie, solo palomas muertas y velas apagadas alrededor de toda la plaza. Lucifer caminó delante de mí y extendió sus grandes alas negras mientras escrutaba el cielo plomizo con los ojos entrecerrados. Abrió los brazos de par en par y aspiró una gran bocanada de aire fresco. Las estatuas de la plaza abrieron los ojos con temor como si tuvieran vida. Me estremecí y terminé frotándome los brazos con las manos. El suéter negro que llevaba puesto estaba empapado como el resto de mis ropas.

—Mi sitio favorito en todo el mundo —soltó en tono victorioso—, la mentira más grande inventada por vosotros humanos —rio de buena gana—, ni siquiera en estos momentos de verdadera necesidad, fueron capaces de ayudar a la humanidad —negó con la cabeza—, Jesús sentiría tanta pena.

De un momento a otro, todo se quedó completamente azul y el sol bañó con sus rayos solares el lugar santo.

—No temas, Marcello —dijo alguien y el corazón se me volcó.

El comandante Miguel apareció en la bóveda con sus grandes y blancas alas. Aterrizó de golpe en el suelo y me miró con profundo dolor.

—No dejes que te envenene —me rogó con lágrimas en los ojos—. Él solo te enseñará lo

peor de esta crisis.

Entonces, ¿esto pasará en el 2020? ¿Ese virus existirá?

—Sí...

Un tipo de pantalla gigante apareció en el cielo y me enseñó cómo los seres humanos se ayudaban entre sí para superar la gran crisis que generaría aquel virus.

—Mientras los poderosos solamente se preocuparán por lo económico —resaltó Lucifer—, robarán, mentirán y os hará creer que todo es para bien vuestro —bostezó—, patrañas...

Miguel lo ignoró.

—En vuestros corazones siempre vivirá Dios —me dijo Miguel—. Solo debéis buscarlo.

Lucifer soltó un resoplido de indignación.

—¿Para qué? —soltó, con sorna—, ¿para pedir por un milagro que nunca os dará? —sonrió con expresión burlona—, ¿por qué no le dices la verdad oculta tras este lugar, Miguel? ¡Al menos una verdad tras tantas mentiras!

Otros ángeles aparecieron tras Miguel, mientras Lucifer fingía limar las uñas.

—En estos momentos, muchos seres humanos recuperarán la fe en Dios y en ellos mismos —me dijo Gabriel.

—Bla... bla... —dijo Lucifer, con ironía—. Me encantaría poder abriros los ojos con respecto a ciertas mentiras inventadas por los humanos en nombre de Dios —se encogió de hombros.

Unos demonios aparecieron con sus espadas tras él, y extendieron sus alas negras con cierta petulancia. Me miraron con ojos desafiantes, como si estuvieran a punto de atacarme.

—También servirá para comprender que dentro del ser humano vive la maldad y la ambición desenfrenada —soltó Lucifer, con arrogancia—, que dentro siempre vivirá yo, más que Dios.

Una tímida lluvia empezó a caer y tras unos segundos, se convirtió en sangre. Las alas de los ángeles se mancharon lentamente al igual que sus caras y sus pelos.

—El ser humano solo piensa en las consecuencias económicas —resaltó Lucifer, con expresión victoriosa—, poco o nada les importará la vida de las personas.

En la pantalla aparecieron personas que se suicidaban tras la gran crisis de aquel año. Miles de empresas cerraron sus puertas y millones de personas perdieron sus empleos. En algunos lugares solo restaba la miseria y la desesperación mientras aquellos que podían ayudar, se mantenían totalmente indiferentes.

—Una vez derramaron la sangre del hijo de Dios —apostilló uno de los demonios—, ¿crees que no volverían a hacerlo?

Rieron a mandíbula batiente.

—¿Qué me darías por cambiar el destino de tu familia, Marcello? —soltó Lucifer, con expresión taimada—, ¿qué serías capaz de darme a cambio de la vida de Anna?

Di un paso hacia él con aire amenazante.

—¿Te enfrentarías a mí?

Se echó a reír a carcajadas. Miguel cogió una espada dorada de las alas cuando él apunto la suya hacia mí.

—No caigas en su trampa, Marcello —me dijo de pronto Arael, el ángel idéntico a mí—, no lo escuches.

Lucifer rio de buena gana antes de que las alas de Arael se mancharan de sangre. Había algo en aquel ángel que me abrumaba, además de su enorme parecido a mí. Era como si tuviera un alma dual, un alma bueno y otro malo.

—¡Ni siquiera sabes a qué bando perteneces, Arael!

Arael cerró los ojos y desapareció del lugar como por arte de magia. Lucifer soltó un resoplido de indignación y luego hizo un aspaviento.

—Mira, Marcello —me dijo Lucifer, y oteó hacia un lado—, allí está tu familia... —chasqueó la lengua—. Completa.

Y a lo lejos vi a una mujer con sus dos hijos y su marido. Parecían tan felices.

—Mutti... —dije con la voz enronquecida—, papá.

Los niños corrían alrededor de ambos y reían. Mi padre posó la mano en el vientre de mi madre, y solo entonces, me percaté de que estaba embarazada.

—Hubierais sido muy felices —me dijo Lucifer—, con un simple chasquido de dedos, podrías cambiar para siempre sus historias.

Gabriel se acercó a mí a pasos lentos y me miró con intensidad. Sus alas eran casi moradas como casi toda mi ropa. Parecía tan cansado y tan triste.

—Pero a cambio perderías todo lo que hoy tienes —me dijo él con firmeza—, tu familia.

Los niños se abrazaron con afecto mientras mi padre besaba el vientre de mi madre con mucho afecto. Las lágrimas rodaron por mis mejillas una tras otra. ¿Por qué Dios permitió que los malos cambiaran nuestra historia?

—Porque así es él, indiferente a vuestro dolor, Marcello.

Algo se quebró dentro de mí.

—¡Aléjate de él, Lucifer! —gritó Miguel, y dio un salto—, no te atrevas a tocarlo —le advirtió.

Con las cejas enarcadas, Lucifer se elevó a la altura de Miguel.

—Puedes envenenarlos, pero al final ellos elegirán qué camino tomarán.

Lucifer giró en el aire con la espada entre las manos, dejando un remolino de fuego bajo sus pies.

—¡Tú puedes cambiar sus destinos, Marcello!

Las espadas entrechocaron en el aire y las estatuas de la Plaza de San Pedro empezaron a caer a pedazos al igual que las columnas. Gabriel extendió sus grandes alas ensangrentadas y me protegió con ellas.

—Ellos siempre elegirán el poder, la lujuria, la fama y la belleza ante cualquier cosa, Miguel!

El suelo empezó a moverse bajo mis pies y Gabriel me levantó sin dificultad. Observé con terror cómo el pavimento del Vaticano se hundía y un abismo se abría en su lugar. Parecía un cráter repleto de almas condenadas que lloraban y pedían misericordia. Muchos me parecían conocidos, gente famosa y renombrada que alguna vez vi en la televisión. También otras que conocí a lo largo de mi vida como agente. Y otras que llevaban sotanas y hábitos religiosos. Cerré los ojos con el corazón encogido.

—¡Nunca vencerán! —bramó Lucifer, con una voz infrahumana—. ¡nunca!

En lugar de la basílica, apareció un castillo estilo gótico con gárgolas y cruces invertidas con personalidades conocidas, crucificadas en ellas.

—Dios mío, ¿es el Papa?

Ellos seguían vivos y estaban pidiendo agua a gritos, como Cristo en su tiempo. Lucifer rio de buena gana al ver mi expresión.

—¡Los falsos profetas! —gritó, riendo.

Me aferré al cuello de Gabriel con fuerza para no caerme al abismo. Él me miró con compasión y me pidió que tuviera fe en Dios.

—¡Aquí está la verdadera imagen de la iglesia! —gritó Lucifer, cambiando de apariencia—, ¡en nombre de Dios levantaron mi reino! —chilló con prepotencia.

Su imagen era aterradora.

—¡Son mis esclavos y no servidores de Dios! —volvió a ser el mismo de antes—, la belleza tiene un poder interesante sobre vosotros humanos, Marcello —se burló.

El cielo se tiñó de un rojo sangre oscuro.

—Vivo dentro de los humanos —dijo tras sentarse en su trono—, ellos alimentan mi alma y no viceversa.

—¡Mientes! —chilló Miguel.

Los ángeles no dijeron nada, aquel sitio era ajeno a ellos.

—Pero Dios también vive dentro de ellos —le recordó Miguel—, y siempre tendrás que luchar contra eso, Lucifer.

Dos ángeles aterrizaron del cielo. Uno tenía las alas negras y el otro las alas blancas. Eran idénticos, como si fueran hermanos gemelos.

—Pero uno deberá morir para lograr ser el único, Miguel.

Empezaron a luchar con ferocidad sobre el abismo que yacía bajo sus pies. Mi corazón se encogió y las lágrimas rodaron por mis mejillas al verme identificado con aquellos dos.

«Tu madre tuvo gemelos, Marcello» resonó la voz de mi padre, en mi cabeza.

Y entonces, el ángel de las alas negras clavó su espada en el pecho del ángel de las alas blancas. Un grito titánico de dolor se me escapó de lo más hondo de mi ser al sentir una fuerte punzada en el corazón como si me hubiera clavado a mí la espada.

—¡Nooo! —me removí entre los brazos de Gabriel—, ¡nooo!

Me senté de golpe en la cama y solté un grito de dolor.

—¿Qué pasa, Marcello? —me preguntó Anna—, ¿qué tienes?

Empecé a llorar como un crío.

—Miedo —le dije, desconsolado—, tengo mucho miedo.

Anna me estrechó con afecto.

—Aquí estoy, mi amor.

Me aferré a su abrazo con todas mis fuerzas.

—Cielo, tengo miedo.

Y entonces evoqué lo que mi padre me dijo ayer.

«Tu hermano gemelo fue secuestrado cuando tenía dos años por Zeus, que se vengó de mí donde más me dolía».

—Lo siento, Mutti.

Anna se apartó para mirarme.

—¿Qué?

No podía controlar el llanto.

—Lo siento tanto.



Nos habíamos instalados en el apartamento de Erich, de forma indefinida. Adelanté las vacaciones para estar encerrado allí con mi mujer, con mi indomable mujer, que en menos de dos días había hecho de las suyas en la casa. Todo estaba revuelto. ¡Tan pequeña y tan impetuosa!

—¡Deja de tirarme cosas, Anna Bellini!

Dejó de hacerlo cuando encontró la pistola de agua de Erich, el eterno niño. Anna tenía un nuevo juguete y lo usaba muy bien en mi contra.

—¡Deja de mojarme, Anna Bellini!

Cogí la otra pistola y la perseguí por todo el apartamento.

—¡No me cogerás, alemán!

La busqué por toda la casa sin éxito alguno. ¿Dónde se había metido? De pronto, un globo con agua cayó sobre mi cabeza y respondió a mi pregunta anterior. Levanté la vista y la encontré sobre el armario del cuarto, riéndose a carcajadas de mí.

—¡Tramposa!

Me subí hasta ella y la empapé con la pistola de agua, ella no dejó de reírse y al final terminé riéndome con ella. ¡Por Dios! ¡La amaba tanto!

—Hagamos una apuesta, Anna Bellini.

Ella se recompuso y apretujó mi mano con vigor.

—Hoy serás una agente —le dije tras ayudarla a bajar—. ¿Lista para perder?

Ella me dedicó el saludo militar. Cada vez que nos disparábamos, debíamos quitarnos una prenda. En menos de media hora, estábamos completamente desnudos, corriendo como dos críos por la casa. ¡Era tan divertido!

—Oh oh —musitó Anna, desde la sala—. Ya no tengo ropas, Marcello.

Su desnudez me hizo perder la cordura por completo. Lancé la pistola de juguete a un lado y me acerqué a ella.

—¡A la mierda todo!

Anna levantó los brazos y me empujó el pecho en un intento de liberarse de mí, pero la estreché con tal fuerza que no pudo apartarme de su lado. Mi mujer me miró con ojos soñadores.

—Lo siento, cielo —le susurré con el corazón en la garganta—. Verte con tu ex...

Ella posó el dedo sobre mis labios y no me dejó terminar la frase.

—Lo he vivido al verte con tu ex.

Nos quedamos allí, en aquel rincón del apartamento por unos instantes.

—Fueron los días más difíciles de mi vida, cielo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Lo sé —me dijo cabizbaja.

Entrelacé los dedos en su pelo mientras le levantaba la cabeza para poder contemplar mejor aquellos grandes y preciosos ojos. Deslizó por mi cuello los brazos y con una mano me sujetó la nuca y me bajó la cara para besarme. Abrió la boca sobre la mía e introdujo la lengua para que copulara con la mía.

—Cielo mío...

Gimió cuando mi mano capturó su pecho y lo apretó.

—Te deseo tanto...

—Dime que me desees —jadeó al tiempo que yo dibujaba su garganta de con los labios.

—Te deseo —gemí mientras ella hundía los dedos en los músculos de mis brazos—. Te deseo más que a nada en el mundo, cielo.

—Demuéstramelo —rogó.

Nos metimos en la habitación besándonos como locos. Como si aquel fuera el último día de



nuestras vidas. Se sentó a horcajadas sobre mí en la cama. La penetré hasta el fondo. Le sujeté las caderas cuando me montó con fuerza, a toda prisa. Bajé la cabeza y le rodeé un pezón con la lengua, se lo metí en la boca y lo succioné con fuerza. Anna chilló y echó la cabeza hacia atrás mientras me clavaba la pelvis sin parar.

—Marcello... Marcello... —canturreó mientras se agarrotaba y daba una sacudida contra mi cuerpo.

El orgasmo me golpeó con una fuerza cegadora, minutos después.

—Ay —di un salto cuando me dio un mordisco en el cuello, y no con demasiada dulzura, precisamente—. ¿A qué viene eso?

—Has sido muy cruel conmigo —me dijo con expresión ensombrecida—. Ni siquiera me diste la oportunidad para explicarte nada.

Sus ojos se nublaron.

—Lo sé y lo siento, cielo.

Me incliné y besé la punta de aquella naricita perfecta.

—Vas a tener que compensarme, Marcello.

Me pasó las uñas por toda la espalda.

—Creía que acababa de hacerlo —la provoqué mientras llenaba de besos sus mejillas y párpados.

—No fue un mal comienzo, pero tienes mucho más que hacer antes de que esté dispuesta a perdonarte.

Quise protestar, pero ella no me dejó.

—El hecho de que pensaras mal de mí me dolió profundamente.

—Te vi con él —le recordé.

—¡Estaba borracha y casi no veo de noche!

Era consciente de que su enfermedad no le permitía muchas cosas, como reaccionar ante sinvergüenzas abusivos como su ex.

—No lo vi venir —me dijo con sinceridad—, y de noche me cuesta más calcular las distancias.

—Lo siento, cielo.

—Así que soy inocente en esta historia, Marcello.

Dicho esto...

Anna me obligó a cantar la canción de Celine Dion «*My heart will go on*» mientras ella me grababa con el móvil. Me dijo que lo utilizaría en mi contra si me comportara mal en el futuro. Lo usaría antes de ello, la conocía muy bien.

—¿Me puedo quitar esta camiseta ridícula? —le dije, enfurruñado—. ¿Celine Dion *I love you*? ¿En serio?

Me quité la camiseta rosa con el rostro de la canadiense en el pecho. Anna la colocó a continuación.

—La película «Como perder a un hombre en diez días» es el diario de toda mujer vengativa —acotó, riendo.

¿Por qué nunca presté atención en aquella cinta? ¿Por qué siempre me quedaba dormido? ¿Por quééé?

Anna y yo bebimos cervezas heladas mientras fuera llovía desapaciblemente. Se levantó de un momento a otro y salió al balcón.

—Quiero que me hagas el amor aquí —me dijo y se desnudó.

Me levanté algo tambaleante del sofá. Me quité los vaqueros y me caí de culo en la

moqueta. Anna tuvo un ataque de risas.

—¡No te rías, cielo! —le dije, zaherido.

Me levanté y me acerqué al fin a ella. Me senté en el sillón de hierro completamente desnudo. Solté un gemido al sentir el frío metal bajo mi culo. Anna se sentó en mi regazo y me montó con maestría. ¡Dios! Nos corrimos en pocos minutos. Luego nos metimos en la ducha y repetimos nuestro incesante ritual de amor.

—Te amo, cielo.

Nos abrazamos con mucha fuerza.

—Te amo tanto, Marcello.

Tras salir del cuarto de baño, decidimos ver unas películas de terror. Anna se escondía bajo del edredón cada vez que alguna escena de horror se acercaba. Evoqué la primera vez que vimos una película de terror cuando éramos adolescentes.

—¿Te acuerdas de Sexto sentido, cielo?

Anna me dio un golpecito en el brazo.

—No lo menciones, Marcello.

Nos echamos a reír.

—¿Te acuerdas cuando hicimos el amor en la casita de árbol tras ver: Halloween? — replicó y me reí aún más—. ¡Casi tuviste un infarto cuando mi padre nos llamó!

¡Eso era una historia de terror! Anna y yo teníamos tantos recuerdos en común. Tantas alegrías y tantas penas compartidas a lo largo de estos veinte años. No me imaginaba la vida sin ella. Me moriría sin ella, la verdad.

—Aún no puedo creer que me hayas escuchado hablar con mi panza, Marcello.

Evoqué aquellas tardes con nostalgia.

—En más de una ocasión nos cruzamos en el puente, cielo —le dije con melancolía—, pero tú nunca mirabas a los lados—mascullé tras besarle la cabecita— nunca me dirigiste la mirada o caso contrario, me hubiera enamorado mucho antes de ti.

Anna levantó la cabeza y me miró con expresión de incredulidad.

—Miento, creo que yo nací enamorado de ti, Anna Bellini.

Nos dimos un largo beso de amor, un beso con sabor a felicidad.

—Eres mi alma gemela, Marcello.

Lo era, tenía tanta certeza como ella al respecto.

—Mejor vemos: La niñera —me dijo.

Me levanté y busqué en internet su serie. Después, volví a su lado, tras coger algo de la mesilla.

—Te he traído algo, cielo —le tendí una caja de bombones—. Bombones de almendra, tus favoritos.

Cogió la caja y devoró un par de bombones en pocos segundos. Parecía una cría con sus coletas y su camiseta grande. Reía mientras veía su serie favorita «La niñera». Estaba sentada a mi lado con las piernas en posición de Buda. Se reía con toda el alma cada vez que Niles insultaba a CC. La miré embobado. Anna dejó de reír y me miró con expresión de niña inocente.

—¿Quieres uno, mi amor? —me dijo y asentí.

Sujeté su nuca y bajé la cara para probar los bombones de su boca.

—Lo quiero, cielo —capturé sus labios con un dulce e interminable beso de amor.

Anna y yo siempre nos amaríamos como si tuviéramos diecisiete años, con fervor e inocencia.

—Sin ti no puedo vivir, Anna Bellini.

Ella me dio un tierno beso en la punta de la nariz.

—Y yo sin ti, Marcello.

Tenía un gran peso en el corazón, pero no podía abrirme con ella. No quería cargarla con mis penas, pero el destino tenía otros planes y esa noche, un extraño sueño me obligó a escupir el veneno que cargaba hacía días.

—Mi madre tuvo gemelos, Anna —le dije a bocajarro y llorando con desesperación—, mi hermano gemelo se llamaba Matthias.

Anna soltó un grito ahogado mientras las lágrimas caían una tras otra por sus mejillas.

—Matthias fue secuestrado cuando tenía dos años mientras mi madre preparaba la cena —un sollozo se me escapó—, yo estaba con ella y por eso no me llevaron.

Le expliqué lo que pasó, según me lo dijo mi padre en Baviera, donde lo encontré.

—¿Zeus?

La banda de Zeus cayó en Calabria a inicios del año 82 con la ayuda de mi padre y sus hombres. Infelizmente, uno de ellos lo traicionó y Zeus no descansó hasta vengarse.

—Su brazo derecho entregó a mi hermano a una pareja que necesitaba un heredero. La mujer que lo crio era su prima.

Mi esposa llevó la mano al pecho sin dejar de llorar.

—Y yo... —no podía controlar el llanto—, lo conocí en un campamento cuando teníamos ocho años —lloré con toda el alma—, estuve con mi hermano un mes entero, cielo —todo el cuerpo me vibró—, ¡conocí a mi hermano! —Anna me estrechó con todas sus fuerzas.

—Lo siento, mi amor —me dijo, besándome toda la cara—, Dios mío, Antonella...

Mi madre asaltó mi mente y lloré aún más. Me puse en su lugar y el corazón simplemente estalló en mi pecho, en especial al evocar a mis gemelos y lo que les pasó tiempo atrás con nuestra vecina.

—Toda mi vida odié a mi padre, Anna —le dije, incapaz de tragar la saliva—, y días atrás, al fin comprendía por qué fue cómo fue conmigo —me miró, expectante—, su único objetivo era convertirme en un hombre capaz de soportar el dolor, de superarlo y seguir adelante como él nunca pudo tras el secuestro de mi hermano.

—Oh, Marcello.

La noche que nos vimos, mi padre no lloró, no demostró ningún tipo de sentimientos mientras hablaba de Matt. Pero cuando nos despedimos, me sujetó del codo y por primera vez me pidió perdón.

—Perdóname, hijo —no me miró—. Por amor hacemos cosas inexplicables.

La mandíbula empezó a temblarle.

—Papá...

Poco a poco sus rodillas perdieron las fuerzas y terminó de rodillas a mi lado. Enterró la cara entre las manos y soltó un grito de dolor, un grito que llevaba enterrado en su interior hacía más de treinta y cinco años.

—¡Matt! —bramó y me rompí a llorar—, ¡te amo, hijo!

Y entonces, caí ante él y lo estreché con todas mis fuerzas.

—Papá, tú conociste a Matt —le dije, apretujándolo contra mi cuerpo—, en 1988...

Lloró con toda el alma.

—Lo sabía... —deletreó, sollozando con amargura—, al principio me negué a creerlo, pero mi corazón lo sabía...

—Lamento no habértelo dicho en aquel entonces.

Ahora comprendía mejor su repentina llegada de Berlín aquella tarde y sus tantas preguntas

tras ello.

—Lo siento, papá...

A él le entregaron un cuerpo tres años después del secuestro, un cuerpo que no era de Matt, pero él pensó que aquellos huesitos encontrados en un bosque cercano a casa eran suyos. Pero su corazón siempre supo que no era Matt.

La voz de mi mujer me devolvió al presente.

—Lo siento, Marcello —me repetía, Anna.

Y entonces ella me preguntó por Matt, el Matt que ella conoció. Pero fui incapaz de darle una respuesta coherente. Así que le dije que era el hijo de una amante y que por eso me parecía mucho.

«Pronto resolveré este misterio» pensé con el alma a mis pies.

Las palabras del agente que contraté para encontrar a mi tío, el hombre que crio a Matt, me dijo algo que me dejó completamente anonadado.

—Tu tío es un científico especializado en clonación humana.

«Matt era el clon de mi gemelo».

Acomodé la cabeza en el regazo de mi mujer y lloré hasta quedarme dormido, hasta perderme en un profundo sueño, donde los cuatro volvíamos a estar juntos, en alguna lejana dimensión a la realidad.

Al día siguiente, volvimos a casa, necesitábamos estar con nuestros pollitos lo antes posible.

—Me duele mucho la cabeza —me dijo Anna, tras subirse al coche—. Creo que me resfriaré —le toqué la frente algo compungido.

—Oh, cielo —la estreché—. Te prepararé una rica taza de té contra el resfriado en casa.

Puso los ojos como platos.

—¡Me he curado! ¡Es un milagro!

¿Cómo no amarla? Me reí antes de cerrar la puerta del coche. Me metí y me puse el cinturón. Anna puso la radio y buscó alguna canción de mi selección. *«Io che amo solo te»* de Sergio Endrigo versión Fiorella Mannoia empezó a sonar. Besé su mano.

—Yo te amo solo a ti —le canturreé y ella lagrimeó—. Para siempre, cielo mío.

Nos dimos un beso muy apasionado. como si fuera el último de nuestras vidas.

—Y yo a ti, Marcello.

Arranqué el coche y nos marchamos a nuestra casa, a nuestro paraíso. Mi móvil timbró de un momento a otro. Cogí la llamada sin mirar quién era. Anna me reprochó, pero podía ser mi suegra. Se tranquilizó y me dijo que me perdonaba, ya que había olvidado su móvil en casa.

—Hola, Marcello —me dijo una voz muy familiar al otro lado—. Soy Carla Ferruzzi...

Toda la piel se me erizó al oírla.

—Espero que no hayas acelerado tanto el coche —rio como una loca—, mi madre os espera en el más allá.

Intenté frenar, pero los frenos no respondían. Anna se percató de lo que estaba a punto de suceder y empezó a llorar con desesperación mientras la canción de nuestra boda sonaba de fondo.

—Marcello, ¿qué está pasando?

Abrí la boca para replicarle, pero la volví a cerrar cuando alguien habló al otro lado del móvil.

—Hola, agente Hoffmann.

—¿Quién eres?

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Soy Zeus —me dijo con firmeza—. Me has perseguido durante años —aunque intentara disminuir la velocidad, el coche parecía tener vida propia—. Mi hija me pidió un regalo especial por su cumpleaños —Carla rio en el fondo—, y yo siempre la consiento en todo —lloré a lágrima viva—. Hasta nunca, agente Hoffmann.

El móvil cayó en el suelo mientras yo intentaba salvarnos de la muerte segura. Miré a mi costado y oteé a Anna con el alma a mis pies. Mi mundo lloraba con amargura en su asiento, al comprender que solo un milagro nos salvaría.

—Ángeles, ayúdenos —rogó al cielo.

Aquella imagen sería la última que grabaría en mi retina.

—Te amo, cielo —le dije llorando, con desconsuelo—. Lo siento, mi amor.

Cogí su mano y lloré con toda el alma.

—Te amo, Marcello —me dijo entre balbuceos.

Miró hacia la carretera y abrió mucho los ojos.

—Ellos están aquí...

Seguí su enfoque y me encontré con ellos, con los ángeles de mis sueños. Azrael estaba delante de los demás con las alas negras abiertas de par en par.

«Lo siento» resonó su voz en mi cabeza.

Miguel y los otros arcángeles bajaron la cabeza. Anna gritó algo antes de que chocáramos con violencia contra otro coche.

—¡Annaaa!

En ese pequeño fragmento de segundos, evoqué mis mejores momentos al lado de la única mujer que amé en mi vida, mi alma gemela, mi hormiguita atómica, mi todo. El fuerte impacto nos hizo rebotar como dos bolas contra un muro. Un coche chocó contra la parte trasera del nuestro y el nuevo impacto me hizo entrechocar con violencia contra el airbag. Los ruidos infernales de los frenos y gritos me ensordecieron completamente. Miré a mi esposa, que estaba bañada en sangre. El dolor que sentí en el pecho, me obligó a cerrar los míos.

«Anna Bellini» le dije antes de cerrar los ojos.

## Anna- En mi cielo

**D**ónde estaba? ¿Qué había pasado? Abrí los ojos con parsimonia, llevándome una gran sorpresa al encontrarme en un campo de ensueño.

—¿Marcello? —dije, agitada—. ¿Marcello? —me levanté, algo mareada.

—Tranquila, Anna —me dijo alguien.

Giré el rostro y escruté con ojos inquisitivos al joven que había contratado meses atrás para arreglar mi jardín.

—¿Gabriel?

—Hola, Anna.

Los destellos del sol no me molestaban como de costumbre. Observé el sitio con una claridad impresionante.

—Veo con nitidez —le dije emocionada, hasta que evoqué el accidente que habíamos sufrido—. ¿He muerto? —las lágrimas anegaron mi rostro—. ¿Y Marcello? —me agité.

Gabriel se sentó a mi lado y me cogió la mano. Los sollozos se adueñaron de mí completamente. ¿Dónde estaba Marcello? ¿Qué ocurrió tras el accidente?

—Soy el arcángel San Gabriel —me dijo él y el alma abandonó mi cuerpo—, te ayudaré a encontrar el camino de tu destino, Anna.

—¿Tú eres el arcángel San Gabriel?

No era un simple jardinero, como Jesús no fue un simple carpintero. Unas hermosas alas aparecieron tras él y casi tragué la lengua ante la impresión.

—Sí, soy yo.

—¿De qué estás hablando, Willis?

Se echó a reír.

—Siempre estuve a tu lado, Anna.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Oh, Gabriel.

Le toqué su preciosa cara.

—Eres mucho más hermoso de lo que imaginé.

Posó la mano sobre la mía y me rompí a llorar cuando sus ojos me miraron con mucha compasión.

—¿Qué pasó con Marcello?

Suspiró hondo.

—Pronto lo sabrás.

Sonrió con dulzura.

—Mi pequeña —dijo de pronto alguien.

Busqué a la mujer cuya voz acarició cada fibra de mi ser. Ella se acercó y esbozó una amplia sonrisa.

—Dios mío —susurré y me levanté.

Me lancé a sus brazos y lloré con amargura al comprobar mis sospechas, estaba muerta.

—Abuela —ella me apretujó contra su pecho con afecto—. ¿Por qué Dios permitió esto?

—Mi amor, tranquila.

Pensé en mis hijos, en Marcello, en mis padres, en mis amigos.

—¿Estoy muerta? —pregunté una vez más—, ¿dime la verdad, abuela!

—Todavía no, mi amor.

Todo empezó a darme vueltas y segundos después, perdí el conocimiento.

—Mutti —me dijo una voz muy melodiosa—. Despierta, Mutti —abrí los ojos lentamente—. Soy Engel.

¿Engel? Me senté de golpe al ver a mi hijo allí. Dios mío, ¿asesinaron a mis hijos?

—No estoy muerto, Mutti —sonrió con dulzura—, he venido para revelarte un misterio.

Me sorprendía verlo allí, pero aún más su manera de hablar. Parecía un adulto en el cuerpo de un niño.

—Tienes muchos fantasmas en la cabeza —me dijo Gabriel—, y hoy responderé a una pregunta que llevas años en el corazón.

¿A qué se refería? ¿Por qué me hablaba de aquel modo? Gabriel apareció, pero mi abuela no. Lo observé con adoración. Jamás imaginé que algún día lo vería en persona. Siempre supe que existía, pero muchas veces, las pruebas de la vida, me hicieron dudar.

—Llevas años preguntándote si aquel aborto que habías sufrido con tu primer hijo —comentó Gabriel— fue espontáneo o no.

Aquella duda rondaba mi cabeza desde que perdí a mi bebé en 1999, tras unos días de retraso. Un día antes, había estado en la casa de Emma. Engel me alargó la manita derecha.

—Ven, Mutti.

Cogí su manita y caminamos hasta un sitio bastante tétrico, lleno de sombras, insectos y plantas espinosas. Tragué con fuerza antes de coger a Engel en brazos.

—Estamos en el corazón de Emma —me dijo Gabriel, con voz misteriosa—, en el abismo oscuro de su ser.

Engel enterró la cabecita en mi cuello y, minutos después, se quedó profundamente dormido.

—Emma —dije sorprendida al verla en aquel sitio lúgubre.

Gabriel me miró apenado.

—Emma tuvo todo en la vida, Anna —vi con nitidez a la antagonista de mi historia—. Pero su alma era oscura.

Emma recorría su suntuosa recámara. Cogía unas muñecas y las descuartizaba al igual que a sus peluches. Luego cogió una almohada y se acercó a una cuna. Colocó el cojín sobre la cabecita de un bebé, hasta que este dejó de respirar para siempre. Solté un grito ahogado al ver aquella macabra escena.

—Emma asesinó a su hermana a sangre fría —musitó Gabriel—. Luego asesinó a varias mascotas —se detuvo—, nunca conoció la empatía o el amor, Anna.

De pronto, me vi con Emma en su antigua casa. Mientras hablaba con Carmen y Liza, ella agregó unas gotas al té. Rio con malicia antes de ofrecérmelo. Lo bebí con cierta repugnancia, ella me dijo que era muy bueno para los cólicos menstruales.

—Fue ella... —dije apenada—. No fue un aborto espontáneo.

El dolor era insoportable.

—Tu aborto no fue espontáneo, Anna —Gabriel acarició la cabecita de Engel con ternura—, pero Dios te escuchó —su voz era tan serena— y te envió al hijo que perdiste en aquella oportunidad —lo miré con el corazón desbordado—, el hijo que has perdido en aquella oportunidad es Matt, Anna.

—¿Matt?

Lloré a moco tendido.

—Sí, Matt.

Engel desapareció de mis brazos lentamente, como si se estuviera desintegrando. Caí de rodillas y enterré el rostro anegado en lágrimas entre las manos.

—Engel debe volver al plano terrenal, Anna.

¿Volvería a verlo? ¿Volvería a ver a mis pollitos? El llanto me dominó por completo. Gabriel se acuclilló y me estrechó con afecto sin emitir una sola palabra. Un grito de dolor me sacudió de golpe. Busqué con la mirada a la mujer que alguna vez llamé hermana del alma.

—Emma está pagando sus culpas —me dijo con semblante desencajado—, todo lo que hizo en la tierra lo está sintiendo en carne propia.

El cuarto se incendió.

—¡Emma! —chillé e intenté acercarme a ella—. ¿No la ayudarás?

Gabriel negó con la cabeza.

—Nadie puede ayudarla, Anna.

Emma gritaba de dolor, según entendí, ella vivía a diario aquellos castigos, viviendo en carne propia las penas que causó a los demás mientras vivió.

—Emma era muy cruel, Anna.

En ese lapso, vi a Carla. Emma intentó arrastrarla con ella, pero ella logró escabullirse.

—Carla —mascullé, emocionada—, se arrepintió...

Carla cayó en un tipo de pozo y gritó por auxilio. Me acerqué y oteé horrorizada el hoyo repleto de insectos, cuerpos mutilados y sangre.

—¡Ayúdala!

Ella lloraba a lágrima viva, pedía perdón, pedía misericordia.

—No la escuches, Anna —me aconsejó Gabriel—. No es cierto lo que dice.

Carla lloraba con desesperación.

—Creí que ella se había arrepentido de todos sus pecados —musité con el alma a mis pies—. La vi llorar antes de morir.

Gabriel negó con la cabeza.

—Ven conmigo —me llevó al parque Villa Fiori—. Carla nunca cambiará —acotó mientras la veíamos en el parque con Emma y Vittorio—. Ellos planeaban la muerte de Marcello —solté un grito ahogado—, aquella noche que lo drogaron, pusieron algo de cianuro en la bebida —lloré con desconsuelo—, Amanda los descubrió a tiempo.

La amiga de Carla apareció de la nada en mi frente. Casi perdí el conocimiento ante el susto.

—Así es, Anna —me dijo Amanda—, cambié las bebidas a pocos minutos de que Marcello lo bebiera —glosó, entristecida.

—Moriría en el acto —matizó Gabriel—, Carla lo prefería muerto a estar contigo.

Amanda observó con ojos melancólicos el horizonte.

—Carla hizo muchas cosas malas, Anna —puntualizó Amanda, con el corazón en la mirada—, destruyó muchas vidas.

Vi a Carla con trece años al lado de una niña con sobrepeso.

—Dicen que, si comes y luego vomitas, Valeria —le dijo a la niña— no ganarás peso.

Valeria siguió su consejo al pie de la letra y murió dos años después, tras consumir detergente de baño para provocarse diarrea y vómitos. Carla se encargó de envenenarle la mente mientras ella envenenaba su cuerpo.

—Su siguiente víctima serías tú —convino Amanda—, pero tus ángeles fueron más



poderosos, Anna —miró a Gabriel con devoción.

Me vi a lo lejos corriendo hacia el parque con unas flores entre las manos, las flores de mis ángeles. Paula corría detrás con algunas piedras coloridas.

—Paula siempre fue tu ángel —apostilló Amanda—, un regalo del cielo, Anna.

Amanda estaba muy triste, a pesar de estar en el cielo, no era feliz. Me dijo que tenía una dura misión en el purgatorio, donde se encontraba Matteo, el primo de Alessandro, su gran amor.

—Matteo se quitó la vida, Anna —asentí al evocarlo—, mientras él no se perdona, nunca podrá salir de su propio agujero.

Carla gritó de dolor.

—Matteo estaba destinado a conocer a Amanda —comentó Gabriel, con pesar—, pero la oscuridad se interpuso entre ellos y desvió sus destinos...

Una lágrima recorrió la mejilla de Amanda.

—Pero nunca desistiré de él, Anna —la miré con compasión—, como tú jamás lo harías con Marcello...

Gabriel me cogió de la mano y me llevó hasta un cementerio. Una mujer de unos cincuenta años se arrodilló delante de una lápida y lloró con amargura.

—¿Quién es esa señora? —le pregunté algo confundida.

—Eres tú, Anna —replicó él, en tono apagado—. Esa sería tu vida sin Marcello.

Llevé la mano al pecho al leer lo que estaba escrito en la lápida.

*«Marcello Hoffmann 1980/1999».*

—Dios mío —dije llorando—. Marcello...

La Anna de aquel mundo era una mujer triste, sin vida, sin luz. Nunca se casó. Ni tuvo hijos.

—Nunca superaste su muerte —me dijo Amanda—. Como yo la de Matteo.

Visitaba la tumba de Marcello todos los días sin falta y lloraba como el primer día.

—Dios...

La foto de la lápida era la que yo le había tomado en nuestro puente colgante en aquel lejano 1999.

—Pero tus ángeles estaban atentos —adicionó Amanda—, como ahora.

Marcello cruzó mi mente y agitó mi corazón. Ya no podía esperar más, la angustia me estaba matando.

—¿Dónde está Marcello? —le pregunté con voz temblorosa—. ¿Está aquí?

Gabriel y Amanda se miraron mientras mi abuela se acercaba a nosotros. Los árboles empezaron a emitir unos sonidos muy similares al llanto humano.

—Mi pequeña —me dijo, apenada.

—No... No... No...

Me estremecí al imaginarme una vida entera sin él, sin mi alemán.

—Ha llegado el momento, Anna —me dijo mi abuela—, el momento de elegir el rumbo que tomará tu alma...

Como por arte de magia, estaba en el parque Villa Fiori, mi sitio favorito en todo el mundo. Estaba en la primera torre, observando el épico atardecer de aquella indeleble tarde mientras una dulce melodía sonaba de fondo, como si aquel épico momento se tratara de una película.

—¿Marcello? —dije emocionada hasta las lágrimas al ver a mi marido al otro lado del puente colgante—. ¡Marcellooo! —chillé antes de salir corriendo hacia él.

Él, al igual que yo, vino corriendo hacia mí. Me lancé a sus brazos y lo llené de besos.

—Cielo...

Empezó a llorar con desconsuelo. ¿Qué estaba pasando? Me volví tras bajarme de los brazos de mi amado esposo y escruté con ojos inquisitivos a Gabriel.

«Dios mío» dije al comprender lo que estaba pasando.

—¿Uno de los dos debe quedarse? —le dije a Gabriel con el alma a mis pies—. ¿Es eso?

Él dudó.

—Sí.

Negué con la cabeza con energía.

—¡Nooo!

Caí de rodillas en el duro pavimento mientras Marcello se arrodillaba a mi lado y lloraba con verdadera desesperación ante la encrucijada impuesta por la macabra muerte. Enterré el rostro en su pecho y lloré con toda el alma mientras una torrencial lluvia empezó a caer sobre nosotros dos.

—¡¿Por quééé, Diooos?! —inquirí ahogada en un dolor indescriptible—. ¡¿Por quéé?!

—Cielo, mórame.

—No puedo...

—Por favor.

Ahucó mi rostro entre las manos y me miró con amor infinito mientras evocaba nuestros mejores momentos desde que nos conocimos. Nuestras aventuras en la adolescencia, nuestras risas, nuestras lágrimas, nuestras locuras, nuestro martirio lejos el uno del otro, nuestro reencuentro, nuestra boda, nuestros hijos, nuestra vida entera.

—¡No puedo aceptar esto!

—Te amo, Anna...

No teníamos mucho tiempo.

—Te amo, Marcello —le dije entre lágrimas. — ¡Siempree!

Los truenos se entremezclaron con mis gritos desesperados.

—Te amo, cielo... —repetía Marcello, anegado en lágrimas—. Te amo...

Nos besamos para siempre, nos besamos por última vez...

—No me dejes, Marcello...

Y entonces, él se levantó con brusquedad y apretó los pasos sin darme tiempo de reaccionar. Todo se ralentizó a mi alrededor hasta que me levanté y corrí tras él.

—¡Marcellooo!

Gabriel se interpuso en mi camino y me estrechó con fuerza. Desesperada, traté de apartarme, pero no tenía suficiente fuerza. Marcello se detuvo al otro lado del puente y se volvió para mirarme. No era el hombre maduro que vi por última vez, sino el adolescente que conocí por primera vez.

—¡Te amooo! —gritó con todas sus fuerzas—, ¡te amooo, Anna Bellinii!

Dejé de pelear contra el destino y me dejé vencer por el dolor. Marcello y yo no volveríamos a vernos nunca más tras aquel día...

—¡Marcellooo!



## Marcello - En mi cielo

Los pájaros trinaban a todo pulmón sobre mi cabeza y el sol me caldeaba las mejillas. Abrí con pereza los ojos y me encontré conmigo mismo. ¿Eh? Me senté de golpe y observé estupefacto al hombre idéntico a mí. Tragué con fuerza e hice una mueca de dolor al sentir una punzada en la cabeza. Encaré con expresión retadora al hombre que me miraba como si tuviera monos en la cara.

—¿Buh? —me dijo con sorna—. Siempre quise asustar a alguien desde el más allá —sonrió con malicia—, incluso pensé en ponerme una sábana blanca como suelen hacerlo en las películas americanas —levantó y bajó las cejas de un modo muy cómico, de un modo muy familiar.

Mis ojos se llenaron de lágrimas al reconocerlo.

—¿Matt?

Me tendió la mano con una sonrisa algo desencajada. Parecía intimidado o, tal vez, emocionado.

—Supongo que mi belleza mítica te ayudó a reconocerme —me guiñó un ojo en señal de complicidad—, un rostro como el nuestro es imposible olvidar —bromeó y no pude evitar sonreír.

—También tu modestia —le seguí el chiste.

Me miró con ojos melosos y se rascó la nuca con gesto nervioso. Los ojos se le llenaron de lágrimas y la sonrisa dio paso a una mueca de dolor.

—Hermano.

Me rompí a llorar.

—Hermano...

Nos estrechamos con afecto.

—Te necesité toda la vida, Marcello.

Me aferré al abrazo con todas mis fuerzas. A pesar de su estoicismo, Matt también se quebró y lloró ante la fuerte emoción que experimentaba.

—Y yo a ti, Matt.

Al fin me sentía completo.

—Siempre supe que algo me faltaba, Marcello. Era como si me hubieran arrancado la mitad de mi alma.

—Te eché de menos toda la vida y ni siquiera sabía que eras mi hermano, Matt.

Nos quedamos así un buen rato, como si quisiéramos recuperar el tiempo perdido. El tiempo que nos robaron.

—Hay muchas cosas que debes saber, Marcello.

¿Dónde estaba? ¿Y Anna?

—Tranquilo, Marcello.

¿Qué hacía en aquel bucólico sitio con él? ¿Qué hacía él allí?

—¿He muerto?

Me miró con atención.

—Estás en un mundo paralelo —me explicó—, ¿conoces la película Tron? —asentí—, pues algo similar.

Observé con embeleso el sitio, el paraíso. ¿Aquel era mi cielo? ¿Y Anna? Dios mío, las lágrimas asomaron a raudales cuando una posibilidad atravesó mi mente.

—Matt, ¿tú...?

Me tocó el hombro con afecto y me miró con profundo dolor, rasgándose el alma en dos. Negué con la cabeza, incapaz de aceptar aquella realidad.

—En el 2017.

Llevé el puño a la boca para ahogar un sollozo. Matt había muerto tras la muerte de su mujer. Un día, simplemente dejó de luchar y se marchó con ella.

—Tenía la esperanza de recuperarte, de que estuvieras vivo.

Unas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—El destino tenía otros planes, Marcello.

Llevé las manos a la cabeza.

—¡No es justoooo! —grité, iracundo—, ¿¿por quééé Dios permitió algo así?!

Se encogió de hombros y acto seguido me estrechó entre sus brazos. Me abracé a él con todas mis fuerzas y lloré como si estuviera en su velorio. Posó la mano en mi cabeza y la apretujó contra sí con afecto mientras se quebraba como yo.

—Debo ayudarte a encontrar el camino de la felicidad, hermano.

Su última afirmación me erizó toda la piel.

—No entiendo nada, Matt.

Se apartó de mí y me miró con expresión divertida.

—Sígueme —me dijo con una sonrisa y se detuvo—, a Jesús le funcionó.

—No blasfemes.

—Es más fuerte que yo.

Me contó nuestra historia detalle a detalle mientras recorríamos aquel campo repleto de árboles y animales. Lo escruté de reojo con un enorme nudo en el pecho. ¿Por qué Dios permitió que nos separaran? Desvié la mirada y evoqué la triste historia del conde Monteschinni y sus hijos perdidos. Año tras año buscándolos sin éxito alguno. Manteniendo la esperanza de encontrarlos vivo algún día. Como alguna vez lo hizo mi padre. Una lágrima rodó por mi mejilla al comprender mejor su actitud. ¿Cómo hubiera reaccionado yo en su lugar? El dolor tendía a cambiar a todos, en especial la pérdida de un ser querido.

—Digamos que aquí nos enteramos de los secretos que se nos ocultó en la tierra —continuó tras coger una manzana del árbol—, siempre quise hacer lo que Eva hizo —se mofó—, cuando llegué aquí —continuó— tardé mucho tiempo en adaptarme a este plano —lo miré con atención—, en especial al no encontrar a Lizzy.

Me contó sobre su historia de amor y su triste desenlace. Matt llevaba poco tiempo allí, aunque no sabía al cierto cuánto sería en el plano terrenal.

—Había soñado con ella mientras estuvo en coma —me dijo con lágrimas en los ojos—, pero al morir, no la encontré aquí —miró hacia el horizonte con terror—, tal vez esté en el intermedio entre el cielo y el infierno.

Seguí su enfoque y vi el cielo gris rojizo a lo lejos.

—En el purgatorio.

Alguien cruzó mi mente.

«Mutti».

—Ella tampoco está aquí, Marcello —me dijo antes de que abriera la boca—. La busqué durante todo este tiempo y nada.

—¿Por qué no está aquí?

Se encogió de hombros.

—No lo sé, tal vez tiene algo inacabado —suspiró, derrotado—, o se siente atada a algo en la otra dimensión.

Lanzó el resto de la manzana a un lado. Se limpió las manos con un pañuelo de seda.

—Ven, Marcello —me pidió y cruzamos un hermoso jardín repleto de rosas—. Estaba allí —me indicó con el dedo una ventana— cuando me cogieron y me llevaron de vuestras vidas.

Aparecimos en la habitación como por arte de magia. Nuestra madre entró conmigo en brazos y gritó con desesperación.

—*¡Matthias! ¡Matthias!*

*Mi padre apareció antes de que el sol se marchara por completo del horizonte.*

—*¿Dóndeeee estááá miii hijooo?!* —lloraba nuestra madre.

Matt y yo la miramos con profundo dolor.

—Ellos nunca volvieron a ser los mismos —acotó con un enorme nudo en la garganta—, tú casi pasaste algo similar —comentó—, el de arriba y yo hicimos un pacto —lo miré con atención—, digamos que me presenté en la casita de árbol de tus niños mientras ellos rezaban con fervor a un ángel —una lágrima atravesó mi mejilla—, les dije que era tú, pero de otra dimensión —apostilló que la película «*Terminator*» lo inspiró—, y que venía del futuro para ayudarles a encontrar a Ian —me codeó—. Y en la despedida les dije: hasta la vista, baby.

Esbocé una sonrisa.

—Mis sobrinos —susurró con nostalgia.

Mis hijos nunca comentaron sobre él por petición suya. Matt los ayudó a encontrar a Ian, a pocas horas de partir con aquella mujer a quién sabe dónde. Caso contrario, la historia se hubiera repetido.

—Nuestro padre los ayudó a encontrar a Ian —me dijo con ojos ensombrecidos—, él nunca fue mala persona —desvié la mirada en un acto reflejo—, tuvo sus motivos y sus fallos.

En ese lapso, vi a nuestro padre cerca de la cuna, llorando con amargura entre los brazos de nuestra madre mientras la canción «*Yesterday*» sonaba de fondo. Era la canción favorita de ambos, pero tras la desaparición de Matt, jamás volvieron a escucharla.

—*Yesterday* —susurró Matt, con lágrimas en los ojos—, ayer...

—Ayer —repetí con un enorme nudo en el pecho.

Me comentó en ese lapso, que había estado con nuestra madre en la clínica donde la internaron tras mi supuesta muerte en el pasado.

—La conocí, Marcello.

Me quedé helado cuando me dijo que una droga experimental en aquel tiempo, le había borrado la mente por completo y, que por ello, había anulado aquel encuentro o, caso contrario, nos hubiéramos encontrado por obra del destino.

—Oh, Matt...

Como si hubiéramos entrado en otra dimensión, vi a nuestros padres unos años después.

—Ese día le dijo a nuestra madre que yo había muerto —una lágrima atravesó mi mejilla y otra la suya—, ese día él murió con aquella mentira.

Mi padre lloraba con tal amargura que ambos terminamos llorando con él.

—Todo hubiera sido tan distinto, Marcello —abracé a mi hermano con fuerza—, no sabes cuánto me hicisteis falta.

Matt lloró con amargura entre mis brazos. Me contó todo sobre su vida tras el secuestro. Lloré con toda el alma, lloré con todas mis fuerzas. El dolor de mi hermano, ahora me pertenecía.

—Lo siento tanto, Matt —él mal podía respirar sin llorar—. Lo siento.

«Siempre lo lamentaré».

Cuando mi hermano se recompuso, dimos una larga caminata hacia un mundo imaginario, donde éramos felices los cuatro.

—Mutti hubiera tenido dos hijas más —comentó con lágrimas en los ojos—. Pero no pudo ser.

Vi a nuestros padres en nuestra casa. Los cuatro corríamos con alegría en el patio.

—Nunca le hubiera conocido a Anna —mascullé.

Matt giró el rostro y sonrió.

—Ven, Marcello.

Caminamos unos metros más. A lo lejos, vi a Anna Bellini en el parque Villa Fiori. Matt la miró con atención mientras yo me acercaba a ella con una caja de bombones entre las manos. Matt sonrió al verse a sí mismo con Paula.

—¿Tú y Paula? —le dije, anonadado.

Matt me palmeó la espalda con afecto.

—Seríamos los mejores amigos del mundo —convino con tristeza—, mi destino era encontrar a Lizzy, y salvarla.

Paula y él se montaron en una vespa en aquella historia paralela. Se despidieron de nosotros y se marcharon hacia el Ponte Maggio.

—Es evidente que nos enrollaríamos —me aclaró, sonriendo—, pero no duraría. Ella es demasiado...

Me miró con socarronería.

—Tú —le completé y él asintió condescendiente.

Matt y yo nos sentamos en un banco de madera bajo unos árboles muy frondosos. El destino de Anna y Paula también hubiera sido distinto. Carla y Emma nunca se hubieran cruzado en sus vidas.

—Tú y Anna se hubieran casado a los dieciocho años —me miró con estupor—, ¡y hubierais tenido doce hijos!

El corazón me salió volando del pecho junto con mis ojos y mi lengua. Matt rio de buena gana al ver mi expresión.

—Paula y yo hubiéramos tenido un hijo al año siguiente —me dijo como si tal—, Sylvester Rocky Hoffmann —puso cara de póker—, sin comentarios.

Se sorbió por la nariz con fuerza.

—Al menos hubiera sido un buen padre en ese mundo —el dolor se filtró en su voz—, y ella no hubiera sufrido tanto.

Evoqué lo que Paula vivió y suspiré con tristeza.

—Sí...

—Paula y yo seríamos siempre amigos, a pesar de todo —Matt sonrió con amargura—, durante mis estudios en Berlín conocería Lizzy, mi alma gemela.

Me dijo que Anya no existiría y que jamás me hubiera convertido en un agente en aquel mundo.

—Serías un simple y aburrido profesor de matemáticas mal vestido.

—Mmm.

Erich y Peter serían viejos conocidos, pero nada más. Sarah tampoco hubiera existido, ni Gigo.

—Un mundo sin Gigo sería tan aburrido —se mofó y me robó una risita—. Nos hubiera perseguido a ambos —repuso pensativo—. Tampoco el otro Matt hubiera existido —comentó con

voz lúgubre—, la prueba más dura del destino...

¿Qué quería decir con aquello? ¿Era consciente de lo que se ocultaba tras Matt? De pronto, tuve un enorme deseo de vomitar. Me arrodillé y deseché todo lo que llevaba en el estómago. Matt me pidió que me recostara en el césped. Todo me daba vueltas.

—Me siento morir —le dije con el pecho agitado—, ¿me estoy muriendo, Matt?

Me cogió de la mano con fuerza.

—En el otro plano, sí.

Anna, mis hijos, mis amigos y mis conocidos cruzaron mi mente en aquel preciso instante.

—Mutti... Mutti...

La vida se me iba, irrefutablemente.



Volví en mí, días, semanas o meses después. ¿Estaba muerto? ¿Abandoné el mundo terrenal al fin? Una mano acarició mi cabeza de un momento a otro. Abrí los ojos y me encontré con un ángel de rostro muy familiar.

—Hola, Marcello.

Me senté de golpe y lo miré atónito.

—Soy el arcángel San Miguel.

Matt estaba a su lado, tocando sus alas y arrancando algunas plumas. Miguel lo miró de reojo y él le dijo que había hecho una apuesta con Pedrito hermoso, el conserje del cielo. ¿Hablaban de San Pedro?

—Ayer te castigó Rafael —le recordó Miguel—, y anteayer Uriel.

—Toda la legión de ángeles —le recordó Matt.

Miguel enarcó una ceja.

—¿Para qué quieres tantas plumas?

Matt sonrió con astucia.

—Para mis alas.

Era tan Erich. ¿No sería su gemelo en realidad? ¡Dios! ¡Cómo echaba de menos sus tonterías!

—No eres un ángel, Matt.

Mi hermano achicó los ojos.

—Iron Man no tenía poderes y era un héroe de Marvel —defendió con firmeza—. Y Batman también.

Fruncí el entrecejo, sin poder dar crédito a lo que estaba pasando. ¡Matt traficaba plumas angelicales!

—Mmm —ronroneó Miguel—. ¿Quieres volver a limpiar el altar?

Matt le arrancó unas plumas.

—Matt...

En ese lapso, vi a Carla con un hermoso niño en brazos, mi hijo, según me dijo Miguel.

—Ella no abortó a vuestro hijo —apostilló Matt con infinita tristeza—, ella lo perdió por



accidente, en realidad.

Carla besaba al niño y reía con él. Mi hijo era idéntico a mis gemelos.

—Aquel niño le hubiera salvado el alma —matizó Miguel—. Pero el destino tenía otros planes —su rostro se endureció—, el otro tenía otros planes.

Supuse que hablaba de Lucifer, el enemigo de Dios que asombraba mis sueños los últimos meses.

—Matt, te estoy viendo.

—Una más.

—Matt...

Anna apareció con otros niños, nuestros hijos.

—Carla y Anna hubieran sido amigas, a pesar de todo —convino Miguel—, pero Emma apareció en sus vidas y todo cambió.

¿Emma era la mala y no Carla? Miguel me explicó que Carla era tan mala como Emma, pero al lado de Anna podría haber cambiado, sin embargo, venció su lado oscuro, claro estaba.

—Es hora de volver a casa, Marcello —me dijo Miguel en un tono que me erizó toda la piel—. Matt, deja de arrancar mis plumas.

—Vale.

—Matt...

Miguel posó la mano en mi hombro y lo apretujó.

—Debes ser fuerte, Marcello.

De pronto, me vi frente a un panteón, de rodillas y llorando con amargura mientras llovía torrencialmente. Mis amigos estaban detrás de mí, llorando conmigo. Me oteé con ojos llorosos. ¿Quién había muerto? Mi corazón dejó de latir ante una posibilidad.

«*Anna Bellini*».

—Debo hablar contigo, Marcello —me dijo Matt, con una seriedad inusual en él—. Necesito pedirte un favor, hermano.

Las lágrimas rodaban una tras otra por mis mejillas. El corazón me dolía tanto, que mal conseguía respirar. ¿Vivir una vida sin ella? ¿Sin Anna? Varias imágenes nuestras empezaron a sucederse una tras otra, abriendo un enorme abismo en mi alma.

—Debes volver al plano terrenal, o caso contrario... —miró hacia atrás—, tus hijos se perderán.

Me di la vuelta y escruté con ojos lacrimosos a mis hijos en un mundo sin mí y sin Anna.

—¿Aquella es Anya? —le dije, horrorizado—. Dios mío.

Mi hija consumía drogas con otros jóvenes. Tenía el pelo oscuro y varios tatuajes en los brazos. Estaba irreconocible.

—Anya perdió el rumbo de su destino —me dijo Matt, con tristeza—, la depresión cegó su cordura.

De pronto, vi a mis hijos en una calle con unos hombres de aspectos muy sospechosos. Matt golpeó a una mujer con violencia y mis otros hijos también. La mataron a golpes por órdenes del hombre.

—Tus hijos serán mafiosos en ese mundo sombrío, Marcello —me dijo Miguel—, solo tú puedes evitarlo.

El corazón me latía con tanta fuerza que pensé que estallaría.

—Abril y Antonella murieron en un accidente —el llanto me dominó—, estaban muy borrachas cuando salieron de una disco.

Matt me contó tal cual serían las cosas si no volviera al plano terrenal, pero sin Anna

Bellini era incapaz de hacerlo.

—¿Crees que Anna te perdonará el triste final de vuestros hijos? —convino Miguel.

Anna Bellini no pudo escapar de la muerte como yo.

—No puedo...

Me arrodillé a cámara lenta en el césped y lloré con toda el alma. Me dolía respirar, me dolía partes del cuerpo que ni siquiera sabía que existían. Matt se acuclilló a mi lado y me tocó la cabeza.

—Nada es definitivo, Marcello —me consoló—. Pero si no regresas a la vida, nunca volverás a verla a ella y a tus hijos.

Abracé mis piernas y lloré con desconsuelo, lloré hasta perder las fuerzas.

—No puedo, Matt —le dije, agonizando de dolor—. No puedo...

«Marcello» la voz de mi mujer irrumpió mi cabeza de pronto.

Me levanté del suelo y la busqué con los ojos.

—¿Anna?

La vi al otro lado del puente colgante de nuestro pueblo, en el parque Villa Fiori. Todo se ralentizó alrededor de nosotros como solía pasar en las películas.

—¡Marcello!

Corrí hacia mi mundo.

—¡Anna!

La tomé en brazos y la llené de besos mientras llorábamos a lágrima viva. ¿Acaso ella conocía nuestro destino? ¿Sabía que aquel era nuestro último encuentro?

—No quiero irme, cielo —lloré con desesperación, —no sin ti...

Se rompió a llorar entre mis brazos.

—Uno de los dos debe regresar, Marcello —apretujó su rostro empapado contra mi pecho — o nuestros hijos perderán la brújula de sus vidas.

Unos ángeles aparecieron en el lugar y extendieron sus grandes alas blancas. Matt estaba al lado de Miguel con los ojos inundados de dolor.

—Te amo, Anna Bellini —la besé con toda el alma— te amo, cielo mío.

Anna no pudo articular una sola palabra, el llanto se lo impidió.

—¡No quiero irme! —chillé a todo pulmón—, ¡no sin ti!

Los ángeles nos separaron.

—¡No puedo vivir sin ti, cielo! —grité mientras la apartaban de mí—, ¡no puedooo!

Anna intentó volver, pero la detuvieron al otro lado del puente. Yo intenté correr hacia ella, pero un cristal transparente se interpuso entre mi deseo y el del destino.

—¡Te amooo, Annaaa Belliiii! —grité a voz en cuello sin dejar de golpear el cristal—. ¡Tee amooo!

Anna gritaba desde su sitio, gritaba con desesperación. Golpeé el cristal con los puños a medida que me iba deslizando por él hasta caerme en el suelo sin fuerzas. Matt se acercó y me abrazó.

—¡¿Por qué, Matt?! ¡¿Por quééé?!

Mi hermano lloró conmigo.

—Es hora de volver a casa, Marcello —me dijo con voz lejana—, es hora de volver —su voz se apagó lentamente.

Todo empezó a darme vueltas. La imagen de Matt empezó a borrarse ante mis ojos.

—¡Marcellooo! —gritó alguien—. ¡Ha abierto los ojos! —chillé.

Su voz retumbaba en mi cabeza como un eco lejano. Abrí los ojos con mucha dificultad. Un

médico me pidió que enfocara la vista en él. No conseguía, era como si no pudiera hacerlo o no quería hacerlo.

—¡Anna ha abierto los ojos! —exclamó alguien a mi lado—. ¡Anna ha vuelto! ¡Es un milagro! ¡Han vuelto al mismo tiempo!

Mis ojos se nublaron al oír aquello.

«Abre los ojos y vive por los dos, hermano» me dijo Matt.

—¿Anna no murió? —pregunté, llorando.

El corazón empezó a latirme en el pecho.

—¿Marcello? —dijo ella—. ¿No murió?

Su voz era el soplo de vida que necesitaba mis pulmones.

—Anna.

Y solo entonces, volví a la vida.



## Matt - Una segunda oportunidad

**A**lguien gritó mi nombre y supe al instante quién era. Intenté levantarme de la camilla, pero las fuerzas me fallaron y no pude hacerlo. Ella apareció ante mis ojos e iluminó todo mi rostro. Al fin la había encontrado tras tanto tiempo buscándola. Un hombre de apariencia lamentable y aliento a cigarro barato examinó mis ojos. Hablaba en italiano y escupía al hacerlo. Una mueca de asco se adueñó de mi cara y un taco en alemán se me escapó a continuación.

—Mi amor —me dijo Lizzy, y la mueca se convirtió en una de puro amor—, has vuelto, mi amor.

Fruncí el entrecejo al no comprender su afirmación.

—No comprendo.

Estaba robando plumas del arcángel Sariel cerca de un manzano mientras le contaba un chiste de ángeles.

— ¿Por qué los ángeles se ríen tanto? —le dije y le arranqué una pluma sin que se diera cuenta—. Por la gracia de Dios.

Él estaba rezando o eso me pareció.

—Matt, deja de robarme las plumas.

Para mantenerlo distraído, le conté otro chiste religioso.

— Buenos días, padre —dije, sonriendo—. Me enteré que una amiga quedó embarazada con un ave maría en su iglesia.

Él seguía ignorándome y yo aproveché para robarle unas plumas más.

—No, hija —continuó con mi chiste—, fue con un Padre Nuestro, pero ya lo despedimos.

«Matt» resonó la voz de Peter en mi cabeza y no pude evitar sonreír. ¡Lo echaba tanto de menos!

—Deja de arrancar mis plumas —me advirtió Sariel.

A pocos metros de nosotros vi a Gabriel, el arcángel más bueno y paciente del cielo. También el más atractivo, según mis amigas monjas con quienes solía tejer por las tardes.

—Hola, Gabriel.

Me senté sobre una piedra y escruté maravillado las plumas que había «prestado».

—Hola, Matt.

No eran como las de las aves, eran distintas y más llamativas. Tenía unas cuantas, pronto podría hacerme unas alas y fingir que era un ángel para poder pasar al purgatorio y buscar a Lizzy. Aunque, Pedrito hermoso, me dijo que si fuera allí nunca volvería a ser el mismo. San Juan y San Francisco me dijeron lo mismo. Pero les dije que pasé por verdaderas calamidades en la tierra y que podría enfrentarme incluso a Lucifer. Ellos me miraron con expresión elocuente como diciéndome: ¿y nosotros qué? ¡Eran tan egocéntricos!

—¿Te cuento un chiste de monjas, Gabriel?

Me miró con los ojos achicados.

—No.

Lo ignoré como Sariel minutos atrás a mí.

—Dos monjas son capturadas y violadas en amazonas por los nativos —le dije y él por muy poco no puso los ojos en blanco.—Perdónales, Señor, porque no saben lo que hacen, dice una

monja.

Me miró con reprobación.

—Será el tuyo, porque el mío es un experto, dice la otra.

Extendió sus grandes alas de repente y en un acto reflejo me levanté. Perdí el equilibrio y golpeé la cabeza contra algo muy duro. Todo se oscureció tras eso.

—¿Me recuerdas? —me preguntó Lizzy, preocupada.

Le quise decir que en el cielo no se perdía la memoria como solía pasar en las telenovelas, pero engullí mi comentario antes de que saliera de mi boca cuando ella me sonrió.

—Siempre —le dije con una sonrisa bobalicona.

Ella me dio un apasionado beso y resucitó cada fibra de mi ser. Aquel beso era tan real, tan vivaz y tan terrenal que sentí un enorme deseo de hacerla mía allí mismo. Aquello encendió una alarma en alguna parte de mi cabeza.

—Temí perderte, Matt.

El médico volvió y le dijo que mi recuperación era un verdadero milagro. Que no podían explicarle cómo había vuelto a la vida tras el infarto cerebral que sufrí meses atrás. Y solo entonces, me di cuenta que estaba en un hospital terrenal y no celestial.

«Dios mío».

—No te muevas —me dijo el médico— estás muy débil aún.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—¿Estoy vivo?

Lizzy ahuecó mi rostro entre las manos y me regaló una preciosa sonrisa.

—Al fin has vuelto, mi amor.

¿Era real? ¿O un nuevo capítulo de *«The walking dead»*? ¿Empezaría a comer gente para sobrevivir? Tragué con fuerza la saliva mientras las lágrimas rodaban por mis mejillas una tras otra sin parar.

—¿Te duele algo, Matt?

Negué con la cabeza, incapaz de controlar el llanto. ¿Qué estaba pasando? ¿Era una prueba? ¿Un pasaje? ¿Un lapso? Lizzy estaba allí, por eso no la encontraba en el cielo. Ella había vuelto a la vida, tal vez para terminar cosas inacabadas como yo.

—Te amo, Lizzy —le dije, llorando—, con... to... da... el alma.

Me dio un beso lleno de amor y fe. Me rompí a llorar con toda el alma, sin entender por qué había vuelto a la vida. Recostó la cabeza en mi pecho y sollozó. Tratava de rezar, pero las palabras sonaban raras, parecían más bien balbuceos.

—Y yo a ti, Matt.

«Es un milagro» resonó la voz de Peter en mi cabeza.

—Es un milagro —repuso alguien desde la puerta—, un milagro, Matt.

Era el arcángel San Miguel vestido de médico. Se acercó con mi historial médico entre las manos y un estetoscopio colgado del cuello. Estaba serio, como de costumbre. Lizzy se apartó y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Las lágrimas rodaban por mis mejillas sin parar.

—¿Crees en las segundas oportunidades, Matt? —me preguntó él con una sonrisa en los labios—. Lo único malo en esta historia es que no puedes contarle a nadie quién eres en realidad.

Me tocó la cabeza con la mano.

—Tienes un año para estar con los que ama y tras ello...

—Volveré al cielo.

Negó con la cabeza.

—No, vivirás la vida que te robaron.

Miré con amor infinito a Lizzy.

—Vosotros dos tenéis una segunda oportunidad, pero todo tiene su sacrificio.

Tras un año, borrarían mis recuerdos para siempre y tendría la oportunidad de ser feliz con Lizzy como nunca pudimos serlo en la otra vida.



Escruté con lágrimas en los ojos la iglesia de Peter, que estaba totalmente abandonada. Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y traté de contener las ganas de llorar. Un hombre se acercó y me saludó con amabilidad. Luego me dijo que la iglesia había sido alquilada por unos griegos por más de cien años. Ya no era católica, sino ortodoxa. Le agradecí por la información y tras unos minutos, me marché a mi antigua casa. Mi móvil timbró, era Lizzy.

—Hola, mi amor. ¿Qué tal el viaje?

Ella estaba en Italia, en su pueblo. Le dije que necesitaba unos documentos para realizar nuestra boda. También le pedí que no comentara nada aún con sus tíos, quería darles una gran sorpresa a ellos y, en especial, a mi hermano gemelo.

—Vuelve pronto, Matt.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Lizzy no recordaba nuestro pasado, aunque tampoco el suyo. Eso la protegía del dolor, del abismo en que se sumergió tiempo atrás.

—Te amo —le dije, con una dicha indescriptible en el pecho—, con toda el alma.

Colgué justo cuando llegué a mi casa, tan deslucida y abandonada como la iglesia de Peter. ¿Por qué la alquiló? ¿Por qué desistió de Dios? Me acerqué a la puerta principal con cautela y busqué la copia de la llave en su escondite secreto. Bajo una de las piedras del jardín, donde continuaba intacta.

—Es raro volver de la muerte —me dije con expresión desencajada—, ¿Jesús no resucitó el tercer día?

«No eres Jesús» me recordó Sariel

—Solo di gracias —me dije.

«Amén».

—Mmm...

Una gran tristeza se adueñó de mí cuando entré en mi casa tras tanto tiempo. El olor a olvido asaltó mis fosas nasales. La humedad y el moho hicieron lo suyo en los muebles.

—Qué sensación más rara.

Los rayos solares se filtraban por las ventanas que tenían las cortinas corridas. Unos pasos me hicieron cerrar la puerta de un empujón. Me escondí a toda prisa tras el sofá y escruté con el alma a mis pies a Peter.

—Dios mío... —las lágrimas rodaron una tras otra por mis mejillas—, Peter.

Mi amigo de toda la vida parecía un muerto viviente. Estaba muy delgado y con unas ojeras muy pronunciadas. Llevaba unos pantalones chándal negro y una camiseta con el eslogan del grupo Scorpions. Cogió un puñado de algo del armario de la cocina y se lo llevó a la boca. Lo masticó y luego bebió un poco de agua. Soltó un suspiro y se volvió hacia mí. No podía verme, pero yo sí a

él. Llevé el puño a la boca para ahogar un grito de dolor.

—¿Matt?

Peter tenía la mirada perdida como un demente.

—¿Anna?

La depresión lo estaba volviendo loco. Se dio la vuelta y se dirigió hacia el sótano. Me senté de espaldas al sofá y lloré con toda el alma, lloré como si estuviera en su velorio.

—Pe... ter... —dije entre sollozos—, oh, Dios...

Pegué las rodillas al pecho y lloré con tanta desesperación, que tuve incluso un ataque de hipo.

—Lo siento, amigo.

Tras recomponerme, decidí bajar al sótano y salvarlo de sí mismo. La humedad del lugar no era sana ni siquiera para las ratas. Bajé las escaleras con el corazón en un puño. Peter estaba sentado en un rincón bajo una de las ventanillas. La miraba como si estuviera esperando algo o a alguien. Tal vez una señal del cielo para seguir viviendo. Mis ojos se pasearon en su escuálido rostro y luego en su cuerpo delgado. Parecía un enfermo terminal. Las lágrimas tendían a desobedecerme y rodaban por mis mejillas. Por primera vez, tras mucho tiempo, me santigué y rogué a Dios por un milagro, uno más.

«Oh, Peter».

Me acerqué con la garganta muy inflamada y me arrodillé delante de él, que ni siquiera se dio cuenta de mi presencia.

—¿Peter?

Me buscó con la mirada y al verme allí, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Matt?

Alargó la mano esquelética y me tocó la cara entretanto unas lágrimas se fugaban de sus ojos sin brillo. Posé la mano sobre la de él y lloré en silencio.

—¿No estoy soñando?

Negué con la cabeza sin lograr controlar el llanto. Era complicado, no podía decirle nada, pero en aquel estado en el que se encontraba, lo más probable, era que lo olvidara con el paso del tiempo o terminara creyendo que se trataba de una alucinación.

«No puedes interferir en el destino de los humanos» me recordó Miguel.

—Aquí estoy, Peter.

—Oh, Matt, ¿vienes a por mí?

Todo mi cuerpo vibró de dolor al ver la ilusión en sus ojos, la ilusión de partir, de dejar de sufrir.

—¿Peter?

Un grito agudo de dolor se me escapó cuando se desmayó. Lo estreché entre mis brazos y lloré con tanta pena, que pensé que me partiría en dos.

—Vengo a salvarte, Peter —le dije, anegado en lágrimas—, vengo a salvarte...

Todos los arcángeles aparecieron en el lugar y me miraron con profundo pesar. Miguel se arrodilló y le tocó la cabeza a Peter con ternura.

—No lo llevéis —les imploré—, Peter merece una segunda oportunidad.

Una luz dorada iluminó el pecho de Peter cuando Gabriel le tocó. Mi amigo abrió los ojos y me miró con devoción, me miró como lo hacía en el pasado.

—Peter...

Las ojeras desaparecieron y su rostro recobró su color natural poco a poco. Algo oscuro salió de su boca y se deslizó por su barbilla.

—Su alma es libre —me dijo Miguel—, el alma que su padre ofreció a uno de los demonios.

Rafael le tocó la cabeza y Sariel le cogió la mano mientras Raguel le cogía la otra.

—El día que destruyeron el sótano de su casa de infancia, abrieron un portal peligroso y cambiaron, de cierta manera, su destino —me dijo Uriel.

Peter regaló la casa a una asociación para que la usaran para un albergue. Tal vez, ellos hicieron esos cambios en el sótano. Lanzaron los objetos raros que su padre coleccionaba, objetos que nos daban mucho miedo.

—Es libre en el nombre de Dios —me dijo Gabriel—, llevará su tiempo hasta que recupere por completo su alma.

Un ángel de alas negras apareció y me asusté mucho.

—Soy Azrael, el ángel de la muerte —me dijo con la mirada clavada en Peter.

Miguel lo miró de reojo y le dijo algo que no comprendí. Ni siquiera el Google traslate conseguiría hacerlo.

—Tú eres la oveja negra de la familia ¿eh? —bromeé y todos me miraron con curiosidad —, nada.

Aquella noche, Peter moriría, pero Dios le dio una segunda oportunidad como lo hizo conmigo.

—Gracias —le dije a los arcángeles.

Estuve exactamente tres días con Peter, antes de llevarlo hasta la granja donde fuimos tan felices en el pasado. El padre Frank lo acogió con amor y mi amigo recuperó la fe en la vida y ante todo, en Dios.

—Muy buen trabajo —me dijo Gabriel—, deja de arrancarme las plumas, Matt.

Estábamos cerca de unos manzanos, separados de Peter por el lago, aquel inolvidable lago.

—Fuerza de la costumbre.

Peter estaba con unos niños. Juguetaban alegremente y reían con toda el alma. Él se volvió y miró hacia nosotros. Esbozó una sonrisa y luego levantó la cabeza y vocalizó:

—Gracias, Matt.

Los ojos se me llenaron de lágrimas ante la emoción, en especial cuando persignó la taza de café que acababa de coger de la bandeja de Petra.

«¿Un café bendito, Matt?» resonó su voz en mi cabeza.

Gabriel posó la mano en mi hombro. Me dijo que era lo mejor, que no podía cambiar ciertos acontecimientos porque podían alterar el destino de muchas personas. Y no era justo.

«¡Te quiero, Peter!» grité en su cabeza.

Él se volvió hacia nosotros y arrugó el entrecejo. No podía vernos, pero tal vez, podía sentirnos. Cogí una manzana y la lancé al lago.

«Matt» dijo, emocionado y lloré con toda el alma.

Gabriel sonrió, me dijo que nuestra conexión era cosa de almas gemelas. No siempre las almas gemelas eran parejas, a veces, podían ser unos amigos como Peter y yo.

«Te llevo conmigo, Peter».

Levantó la taza a modo de brindis y lloró.

«Te quiero, Matt».

Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y me di la vuelta a cámara lenta. Seguí mi camino, lejos de él, de mi hermano del alma.

«Adiós, Matt» dijo él y me rompí a llorar.

—Hasta luego, Peter.



Nuestros mejores recuerdos asaltaron mi mente mientras me alejaba del lugar para siempre...



## Marcello - El secreto de los Hoffmann

Las lágrimas rodaban una tras otra por mis mejillas mientras observaba a mi familia desde el umbral de la puerta de la cocina. Mis hijos reían a mandíbula batiente de las carantoñas de Gigo y Alexis. Anna y Leticia preparaban la cena entretanto esperábamos a nuestros amigos. Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano, justo cuando clavé la mirada en la imagen del ángel que se encontraba en una mesa.

«Gracias» le dije, llorando.

Toda mi vida dudé de sus existencias, hasta que la muerte se cruzó en mi camino cambió mi vida para siempre.

—¡Te amo! —me dijo Anna y me lanzó un beso.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Te amo.

Habíamos cruzado la línea que separaba a la vida de la muerte. Nada, nunca, sería igual en nuestras vidas tras aquel lapso. Los recuerdos se adueñaron de mí lentamente...

Anna y yo estuvimos dos meses en coma tras el accidente. Fue un milagro, dijeron los médicos que nos atendieron. Ninguno tuvo contusiones serias, algunos hematomas, costillas y dedos rotos, nada serio.

—Te amo, cielo.

Anna y yo no podíamos parar de besarnos.

—Te amo tanto, Marcello.

En más de una ocasión dormimos juntos en la misma camilla, a pesar de las reprimendas de las enfermeras. No podíamos estar lejos el uno del otro un solo segundo.

—Vuelvo enseguida, mi amor —me dijo Anna—, me tienen que hacer unos exámenes —me lanzó un beso—. Te amo.

Una enfermera la llevó.

—¡Te amo! —le dije, emocionado hasta el alma—, por siempre.

Mis amigos suspiraron hondo, demasiado hondo diría yo. Andaban tan «melancólicos» que incluso lloraron mientras veían los Simpson.

—El impacto del coche hubiera aniquilado a cualquiera —me dijo Peter.

«Los ángeles intervinieron» pensé con una rara sensación en el corazón.

—Fue un milagro —me dijo mi cuñado.

Erich sufrió un infarto cuando los médicos alegaron que ninguno de los dos sobreviviríamos.

—¿Cómo te encuentras, Erich?

Estaba mejor, pero aún seguía en observación. Además de ello, chantajeaba a todo el mundo con que sufriría, en cualquier momento, otro infarto. ¿No sería él el gemelo de Matt?

«Quizá» imaginé que diría mi hermano. Los ojos se me nublaron, irremediadamente. En especial, cuando evoqué a mi madre.

«Mutti, ¿dónde estás?»

—Ahora mejor, Marcello —contestó Erich.

Jonás empezó a llorar, no podía más con la carga de su corazón.

—Fueron los meses más largos de mi vida —me confesó Peter, llorando.

Mi amigo, el más serio, al fin se desmoronó.

—Cuando el médico me dijo que no sobrevivirían —apostilló Erich, anegado en lágrimas—, tan fuerte fue la punzada que sentí en el pecho, que pensé que mi corazón había estallado de dolor.

Envolví el óvalo de su cara con la mano y él se rompió un poco más.

—Aquí estoy, rubio —le dije entre lágrimas—. Listo para más aventuras...

Los tres se miraron y sonrieron tras enjugarse las lágrimas con la sábana de la camilla. Después fueron los mocos. ¡Eran unos cochinos!

—¡Muchas aventuras se avecinan! —gritamos y nos abrazamos a continuación—, os quiero —les dije, incapaz de contener las lágrimas—, sois mis hermanos del alma.

Tras recomponernos, la enfermera me sirvió la merienda. Erich cogió la gelatina a toda prisa, antes de que Peter lo hiciera.

—Esto me tiene hechizado —me dijo Erich, tras devorar lo único bueno de la merienda—, necesito más.

Se levantó y se acercó a la mesilla de la enfermera que repartía la merienda a los demás pacientes de la sala. Mi cuñado cogió dos gelatinas a toda prisa.

—¿A eso te dedicas ahora? —le dije algo enfurruñado—, ¿a robar gelatinas de enfermos?

Erich estaba demasiado ocupado con las gelatinas como para replicarme. Peter y Jonás lo miraron con estupor.

—¿Qué? —dijo mi cuñado en tono arisco—, ¿no habéis tenido antojos raros durante el embarazo de vuestras esposas?

Evoqué mis raros antojos.

—Yo me pasaba chupando las tetas de mi mujer, me encantaba la leche materna —dije con cara de embeleso—, ¿lo dije en voz alta?

Rieron de buena gana.

—Al menos no te pasaste olisqueando las axilas de tu mujer —soltó Peter, justo cuando dejamos de reírnos—. ¿No os pasó? —se ruborizó, lentamente.

Lo miramos con asombro.

—No —dijimos los tres.

Reímos por lo bajo ante su metedura de pata. Jonás cogió el mando a distancia y empezó a pulsar los botones.

—¿Por qué no funciona?

Erich y Peter miraron horrorizados al paciente de la cama contigua.

—¡Jonás! —chillaron monocorde—, ¿es el mando de la cama!

—En-fer-me-ra —decía el pobre anciano de al lado.

Jonás escondió el mando a distancia a toda prisa bajo la sábana de mi cama y nos echamos a reír una vez más. La vida sin aquellos tres no tendría el mismo sentido para mí.

Mi móvil timbró y me devolvió al presente de golpe. Cuando cogí la llamada, las lágrimas asomaron a mis ojos.

—Hola, hermano —me dijo Matt.

—¿Matt?

—He vuelto —hizo una pausa—, del coma.

Llevé la mano a la cabeza antes de salir al jardín y clavar los ojos en el cielo estrellado de aquella mágica y milagrosa noche.

—¿Matt? ¿Estás bien?

No era mi hermano gemelo, pero formaba parte de él. Peter me dijo que, probablemente, las sospechas sobre Matt eran ciertas. El hombre que los creó, aunque sonaba terrorífico, era un científico especializado en clonación humana. Su primer experimento fue mi hermano Matt. Ante el dolor de mi padre, su hermano, decidió jugar a Dios.

—Sí, muy bien.

Él lloraba con amargura al otro lado del teléfono.

—Soy yo, Marcello.

Toda la piel se me erizó.

—He vuelto, hermano.

Una estrella fugaz cruzó el cielo en ese preciso instante y un deseo brotó de mis labios casi de manera automática. Le pedí a los ángeles que aquel Matt tuviera el alma de mi hermano gemelo. Las copas de los árboles empezaron a bailotear una canción muda que solo nuestros corazones conocían.

—*Yesterday*... —canturreó Matt, llorando.

Llevé el puño a la boca y ahogué un grito de alegría más que de dolor.

—No sé por qué empecé a canturrearla —me dijo, con la voz afónica—, la siento tan mía, aunque nunca me gustó antes del coma.

«En su alma vive la de él» pensé, anegado en lágrimas.

Y entonces, alguien saltó delante de mí con mucha agilidad. Cayó de cuclillas y levantó la cabeza para mirarme. Cuando vi su rostro, el móvil terminó en el suelo.

—Hola, Marcello —me dijo.

A pesar del bronceado, el pelo rapado y la barba de un mes, aquel rostro me era inconfundible.

—Soy Marcello Hoffmann —afirmó tras incorporarse—, el hermano gemelo de Matt.

Mis ojos se llenaron de lágrimas y el corazón dejó de latir en mi pecho ante la fuerte impresión. El hermano de mi padre no había clonado solamente a mi hermano, sino también, a mí.



Llegamos al centro de Hagen armados hasta los dientes para rescatar a un grupo de personas que fueron tomadas de rehenes en una tienda. Erich y Peter monitoreaban todo desde el helicóptero mientras yo dirigía a más de cien hombres en tierra. Jonás y sus primos estaban en las terrazas de los edificios listos para lanzar las flechas mortales creadas por Stefan, su hermano. Me puse el casco y bajé las lentas balísticas mientras apuntaba el arma a laser hacia la tienda.

—¿Qué está pasando?

El cielo azul se puso de pronto en un tono rojo sangre muy intenso y lenguas de fuego devoraron las nubes mientras una melodía muy triste y dramática empezaba a sonar en alguna parte como si aquello fuera parte de alguna película de guerra.

—¿Qué cojones está pasando? —me dijo Jonás, a través de los auriculares.

Una voz femenina asaltó el lugar y muchos de nuestros hombres soltaron sus armas como si estuvieran siendo hechizados.

—¡Taponad vuestras orejas! —grité a voz en cuello—, ¡taponadlas!

El casco nos protegía, pero muchos no lo llevaban y terminaron siendo hipnotizados por aquella sombría voz del más allá. Muchos cayeron al suelo y empezaron a convulsionar.

—¿Qué está pasando? —me preguntó Erich.

Del cielo empezó a caer plumas blancas manchadas de sangre. ¿Eran las plumas de los ángeles?

—Estáis matando a Dios —dijo alguien en mis auriculares—, el ser humano ha elegido al mejor de los dos.

Un ser de apariencia tenebrosa apareció en el cielo. Cogí los prismáticos para ver de quién se trataba.

«Lucifer» dije al reconocerlo.

Aterrizó de golpe y caminó con su peculiar elegancia hacia nosotros, que tratábamos en vano, de detenerlo en su afán de destruir la ciudad.

—¿Qué quieres, Lucifer?

Sus demonios aterrizaron tras él y extendieron las alas.

—Vuestras miserables almas —me dijo con sarcasmo.

Tenía los puños cerrados mientras caminaba con pasos firmes hacia nosotros. Jonás lanzó varias flechas hacia él con sus primos y su hermano, pero el amo del infierno era inmune a ellas.

—¡Es inmortal! —gritó Jonás.

Ninguna atravesó su carne. Cogimos las armas a laser y empezamos a disparar contra él, pero en vano. Ni balas, ni flechas podían derrotarlo.

—¿Queréis acción?

Abrió de golpe los puños sin dejar de caminar y todo a su alrededor estalló. Los coches salieron volando por los aires al igual que los cristales rotos. Observé atónito la escena apocalíptica. Él extendió sus alas mientras detrás todo se incendiaba. El fuego se tragaba todo a su alrededor, lapso en que en el cielo se formó un enorme remolino de color naranja sangre. Todos empezaron a gritar, algunos de terror y otros de dolor. Me sentía incapaz de actuar, como si estuviera paralizado.

—¡Tienes algo mío! —chilló, encolerizado—, Marcello Hoffmann.

Su afirmación me dejó completamente alelado. Lo miré a través de las gafas especiales del casco con estupor antes de lanzar una granada que él cogió con la mano sin mucha dificultad. La miró y luego la aplastó sin mucha dificultad.

—Humanos.

Extendió las alas negras tras cambiar de apariencia. Ahora volvía a ser el empresario refinado que llegó a Hagen meses atrás. Llevaba pantalones vaqueros oscuros y un suéter del mismo tono. Parecía un hombre común y corriente, pero no, en realidad era el mismísimo diablo.

—¿Qué quieres?! —le grité a voz en cuello.

Y entonces, mi hija Antonella apareció en medio de ambos con una muñeca entre las manos. La miré con el alma a mis pies.

—¿Papi?

Mi hermano Matt también apareció y me miró con lágrimas en los ojos.

—Qué difícil es elegir, ¿no? —me dijo Lucifer—, ¿a quién elegirías? ¿A tu adorada hija o a tu atormentado hermano?

Matt estaba con el torso desnudo y los pies descalzos. Lloraba con tanta amargura mientras empezaba a arañarse el abdomen hasta abrirse la piel.

—¿Sabías que durante toda su infancia sus padres abusaron de él? —me dijo y los ojos se

me llenaron de lágrimas—. Tanto el padre como la madre adoptiva —sonrió con picardía—. Luego lo sedaban y él olvidaba, en parte, de las cosas horribles que vivió en su hermosa mansión.

Matt se sentó y abrazó las piernas anegado en lágrimas.

—¿Crees que una persona como él sería feliz?

Por eso mi hermano intentó quitarse la vida en más de una ocasión. Para olvidar su pena, su martirio.

—El dolor físico que padeció en manos de aquellos padres abusivos siempre vivirá en su alma —se puso pensativo—, incluso en la de su clon.

Nunca logré decir aquella palabra fuera de mi cabeza, como si mi subconsciente se negara a hacerlo.

—No satisfechos, los padres solían prestarlo a un amigo para realizar sus fantasías pedofiliás con él.

Las lágrimas rodaron una tras otra por mis mejillas al imaginarme lo que Matt había sufrido en su infancia por culpa de la maldad de aquellos que lo adoptaron.

—Ese amigo era nada más y nada menos que Zeus.

Todo se ralentizó a mi alrededor al escuchar aquel nombre.

—Uno de mis tantos discípulos que también sufrió abusos en su infancia, pero a él lo transformó en uno con el tiempo.

Matt me miró con profundo dolor.

—¿Podrás olvidar esta información, Marcello?

—¡Malditooo! —grité y empecé a disparar contra él.

Lucifer negó con la cabeza.

—¡Tu odio alimenta mi alma! —se burló, riendo.

—¡Matt! —grité con todas mis fuerzas cuando él lo tiró del pelo con violencia.

En el cielo aparecieron los arcángeles con sus enormes alas y sus espadas.

—¡No lo toques, Lucifer! —le ordenó Miguel, con prepotencia.

—Es solo un humano destruido por dentro.

Un ángel aterrizó delante de Lucifer, y cogió a Matt en brazos.

—¿Tú?

El joven de pelo negro como el ónix, piel blanca como la leche y ojos muy azules lo miró desafiante, como si no le tuviera miedo.

—Déjalo en paz, padre.

—¿Padre? ¿Lucifer era su padre?

Lucifer ladeó la cabeza y sonrió.

—¿Piensas que me importa tu amenaza, hijo pródigo?

Él lo miró con el cejo fruncido.

—¿Por qué no me arrancas la cabeza entonces?

—No me tientes.

—No lo haces por mí, sino por ti —le desafió el joven y se elevó—, padre.

Salió volando con Matt en brazos.

—Nada le pasará, papá —me dijo con los ojos clavados en mí—, ten fe.

—Hijo —le dije con el corazón encogido—, yo era su padre humano, el padre que nunca conoció.

«Nuestro primer hijo murió por culpa de Emma» resonó la voz de Anna en mi cabeza.

—No ha muerto, ahora es un ángel.

Los arcángeles bajaron del cielo para ayudarnos a defendernos del diablo. Miguel me miró

con profundo pesar antes de clavar los ojos en mi hija. ¿Por qué la miraba de aquel modo? ¿Qué sabía él que yo desconocía completamente? ¿Por qué Lucifer puso los ojos en mi hija?

—Todos tenemos nuestras debilidades, agente Hoffmann.

Se acuclilló y llamó a mi hija. Ella me miró a mí y luego a él con ojos interrogantes.

—¡Déjala en paz! —grité, afónico.

Un ángel de alas negras la cogió en brazos y la llevó lejos de los dos. Era el ángel de la muerte, Azrael. Me saqué el casco y grité con todas mis fuerzas:

—¡Antonellaaa!

Cuando ella giró el rostro, ya no era una niña, sino una mujer. Era idéntica a mi madre cuando tenía unos veinte años. Envolvió el cuello del ángel con los brazos y él posó la frente sobre la de ella. Parecían dos enamorados. Lucifer se acercó y me cogió del cuello con su garra. Me levantó del suelo y me miró con odio. No podía respirar y sentí que era mi fin.

—¡Nooo! —grité al despertarme—, Gott... —tosí sin parar.

Anna encendió la luz a toda prisa y trató de calmarme. Pero estaba poseído por la desesperación. Anna me abrazó, me dijo dulces palabras de consuelo. Los últimos descubrimientos me tenían aterrado.

—Shhh... —me decía mi mujer mientras me tocaba la cabeza—. Ya pasó.

Pero mi martirio apenas había empezado. El gemelo de Matt, conocido como Chelito, me dijo la noche anterior que fueron creados por nuestro tío, un hombre al que mi padre nunca mencionó.

—Encontré muchas cosas en su laboratorio —me dijo con solemnidad, al día siguiente en mi despacho—, entre ellas, esta foto.

Me alargó la foto.

—¿Mutti?

Tras la imagen decía: Mi única razón de vivir.

—Él estaba enamorado de ella y por lo que leí, la conoció antes que su hermano.

No lo llamó papá, ni siquiera dijo su nombre.

—Por eso tu padre nunca lo mencionó.

Nunca la llamaba mamá. Me miró fijo por unos segundos, los mismos que yo a él. Éramos idénticos, aunque, al mismo tiempo, muy diferentes. Él tenía pocos años menos que yo, pero su apariencia era de un joven de veintitantos. Su pelo rapado, su bronceado y su barba le daban un aire más relajado y despreocupado. Era tan extraño mirar a alguien que nació de ti, que llevaba tus genes y tu alma.

—No somos hermanos —le dije de repente.

Él negó con la cabeza.

—No.

Nadie dijo lo que era, no era necesario. Tras unos instantes de mutismo, me alargó una carpeta negra con un título bastante intrigante: «El secreto de los Hoffmann».

—Son solo anotaciones de lo que hizo aquel año —me dijo, pensativo—. Era un genio enamorado que hizo de todo por devolverle la felicidad a su amada.

Mientras revisaba las fotos de mi madre y unas cuantas anotaciones químicas, él me dijo que Matt había estado en un psiquiátrico por años. Levanté la vista y lo miré atónito.

—¿Cómo?

Matt sufría de depresión desde los ocho años, cuando empezó a decir que alguien venía a verlo y a tocarlo. Nuestro tío nunca encontró nada y los médicos tampoco. Lo que en aquel entonces sintió, eran huellas de las cosas que el verdadero Matt había vivido.

—De cierta manera, estaban conectados —prosiguió con su peculiar seriedad—, lo que uno sintió, lo sentía el otro.

Temí preguntarle lo que él sintió durante toda su vida, sin embargo, a pesar de ello, le pregunté:

—¿Eres feliz?

Yo había pasado muchas cosas en mi vida, cosas tristes en su mayoría. ¿Tuvo él la misma fortuna? Encendió un cigarro y me miró fijo.

—Soy un exseminarista —me dijo y me paralizó—, pero tenía un problema.

Nunca pretendí ser cura en toda mi vida. Aquello me dejó descolocado y mal podía disimularlo.

—¿Cuál?

Él enarcó una ceja.

—Me gustaba pecar —sonrió con malicia—, en especial con las novicias rebeldes.

En nuestro caso éramos muy distintos, claro estaba.

—Ah.

Luego me dijo que se convirtió en comandante de las fuerzas armadas y que actualmente combatía el crimen con sus hombres. No eran muchos, pero eran muy buenos. Algo teníamos en común al fin. Estaba soltero, tenía amantes ocasionales, vivía con una perra llamada: Ángela Merkel como nuestra actual canciller. Era dan de ella, por cierto. No creía en la justicia divina, pero sí en el karma. Era francotirador profesional y sexópata. La enfermedad era incurable, por el momento. Aquella información no era relevante. Tenía un doctorado en ingeniería nuclear y era amante de la naturaleza como también de las matemáticas. Se hizo la vasectomía a los veinte años, cuando descubrió que algo no era normal en su vida. No pretendía tener hijos y que ellos sufrieran por su culpa. La mafia rusa y china lo buscaba hacía años y no podía poner en peligro a nadie.

—No quiero conocer a tu familia —me dijo a bocajarro—. Ni formar parte de ella.

—Está bien.

Era lo mejor, me dijo tras calar hondo su cigarro. Ya era raro que uno apareciera y fuera tan parecido como para presentar a otro.

—¿Conociste a mi mujer?

Según Anna, ella había conocido a un joven en el pasado que era idéntico a mí. Pero la edad no encajaba, según ella, hoy en día tendría unos treinta y dos años y no treinta y cuatro.

—Sí —me dijo sin pestañear—, pero mentí mi edad para poder estar cerca de ella.

Aquella afirmación me hizo apretar con fuerza los dientes.

—No necesito decirte por qué, ¿no?

Era tan arrogante y engreído.

—No.

Me miró desafiante y con cierta chulería.

—¿La amaste?

Se puso pensativo.

—No lo sé.

Alguien tocó la puerta, era mi secretaria. Al entrar, Chelito la miró de reojo con deseo. Ella le regaló una sonrisa huidiza.

—¿Hablaste con Matt?

Él asintió.

—Él no está del todo bien —me dijo con pesar—, no recuerda muchas cosas y por ende, te busqué para ponerte al tanto de todo, al menos de lo que descubrí.



Matt y él llevaban años buscando respuestas, hasta que él descubrió un antiguo laboratorio de nuestro tío al sur de Alemania. Allí encontró lo que necesitaba, y supuse que muchas cosas más que no podía o no quería revelarme. Por pudor y por proteger a su creador.

—Debo irme —anunció y se levantó—. No creo que volvamos a vernos.

Era un hombre directo y sin rodeos.

—Si me echas de menos, tienes el espejo —bromeó y sonreí.

Me tendió la mano y la cogí con cierto resquemor. Los dos nos miramos con atención por varios segundos. Aquel encuentro, sería el primero y él último de nuestras vidas. Chelito era firme y decidido como yo.

—Adiós.

No dijo mi nombre.

—Adiós.

Tampoco yo.

Salió de mi vida como había llegado, sin dejar rastros. Y cuando traté de buscarlo, no lo encontré por ningún sitio. Porque él, simplemente, no existía.

—Hola —dijo alguien, de repente—, Marcello.

Estaba leyendo unos documentos en mi sala cuando alguien entró en la sala. Una corriente eléctrica me recorrió de pies a cabeza y un enorme deseo de llorar se apoderó de mí cuando levanté la cabeza para mirarlo.

—Matt.

Sus ojos estaban repletos de lágrimas.

—Marcello.

Fuera llovía plácidamente mientras la canción: Human de Aquilo, el grupo favorito de Anna, empezaba a sonar en el ordenador. La letra me estremeció. ¿Era una señal de los ángeles?

*Sé que ha sido duro,  
se muestra en tu reflejo.  
Has perdido el contacto,  
perdí en el camino.  
Sé que no es suficiente,  
pero estas cosas. Todas, mejorarán  
e incluso si es difícil.  
Somos nosotros, lo sabes por dentro.*

Matt se apoyó contra la puerta y me miró con el rostro anegado en lágrimas. La fuerte emoción me derrumbó y terminé llorando también. Me levanté de la silla a cámara lenta y me acerqué a él sin dejar de llorar.

—Hermano.

Él se aproximó y ahuecó mi rostro entre las manos. Posó la frente en la mía y sin contener las lágrimas me dijo:

—Hermano.

Nos miramos fijo por unos segundos antes de fundirnos en un abrazo que llevábamos años esperando. Me abracé a él con todas mis fuerzas.

—Te necesité toda la vida, Marcello.

Tal vez no era Matt, no el verdadero, pero su alma era la misma y con eso me bastaba.

—También tú a mí, Matt.

A pesar de la lluvia, aquel día decidimos ir al cementerio. No llevamos paraguas, ni siquiera fuimos en coche. El camposanto estaba a muy cerca de la agencia. Compramos unas flores en la floristería de la esquina y nos dirigimos al panteón de nuestra madre. Matt llevaba ropas informales y oscuras, mientras yo iba bien trajeado.

—Es aquí.

Sobre la lápida estaba un ángel de mármol de tamaño considerable con un corazón.

—Antonella Hoffmann —dijo Matt, enronquecido—, Mutti.

Se arrodilló en el césped y depositó el ramo en el florero. Después deslizó el dedo en las letras doradas mientras las lágrimas caían por sus mejillas sonrojadas.

—Toda mi vida te eché de menos, Mutti.

Las lágrimas atravesaron mi rostro lentamente, entremezclándose con la lluvia.

—Nunca recibí amor de la mujer que robó tu lugar —comenzó a decir—, ni un abrazo, ni un beso de buenas noches, ni una mirada tierna —se quebró un poco más—, solo insultos, golpes y abusos.

Fruncí el entrecejo al escuchar sus palabras.

«Matt tiene recuerdos ajenos a él» me dijo Chelito, pero nunca pensé que fueran tan reales al punto que parecían sus experiencias y no las del verdadero Matt.

—¿Por qué nos separaron?

Matt se recostó sobre la lápida y lloró con desfallecimiento. Me acuclillé a su lado y le toqué la cabeza mientras la lluvia se intensificaba al mismo compás que mi llanto. No podía darle consuelo, no podía curarle las heridas y mucho menos borrarlas de su alma. Levanté la cabeza y escruté el cielo con ojos suplicantes. Rogué a los ángeles que le curaran las heridas, que eliminaran el dolor y los malos recuerdos de él. Pero algunos deseos eran, simplemente, imposibles.



## Anna - El milagro del amor

**M**att y Lizzy aparecieron aquella noche indeleble en que festejábamos el hecho de estar vivos. Marcello y Matt se estrecharon con tanto afecto, como si llevaran toda

la vida esperando por aquel abrazo.

—Hola, Matt —le saludé a mi cuñado.

—Hola, Anna Bellini.

Quise corregirle, pero era la marca registrada de los Hoffmann.

—Hola, Lizzy.

Lizzy parecía otra, ya no era la misma joven tímida y sumisa que conocimos. Matt tampoco era el mismo, estaba mucho más chispeante y bromista. Se entendió muy bien con Erich, aunque muchas veces lo llamaba Albert.

—Eres tan sabio como él —le dijo y Erich sonrió con petulancia—. Muy parecido a él.

Marcello lo miraba con atención cada tanto, parecía buscar algo en él.

«A su gemelo» me respondí.

Matt hacía lo mismo, observaba a Marcello sin que nadie se diera cuenta, excepto yo. Por alguna razón, inexplicable, sentía cosas raras cada vez que miraba a Matt. No me pasó lo mismo cuando lo vi por primera vez, y eso me llamaba mucho la atención.

—¿Te cuento un chiste, Erich?

Todos se echaron a reír.

—¡No soy la víctima esta vez! —chilló Jonás.

Matt bebió un sorbo de cerveza antes de soltar:

—Un hombre le pregunta a un rubio: ¿Qué opinas del muro de Berlín? —Erich resopló—.

Y él le contesta: No lo sé, no está en mi Facebook.

Todos nos reímos, menos Erich.

—¡Es malísimo! —chilló Matt—, debo actualizarme, aunque los religiosos me van mejor.

Aquella afirmación hizo que Marcello enarcara una ceja.

—Hemos regalado mi casa —anunció Lizzy—, a una familia de rumanos que necesitaban una.

Matt le dijo que lo mejor era deshacerse del pasado para siempre.

Mi madre me había contado parte de lo que se decía de Lizzy en su pueblo. Cosas realmente macabras y poco creíbles. Sin embargo, por algo las personas seguían recordando aquella historia, la oculta tras las gemelas Smith.

—No recuerdo las cosas horribles que me contaron los vecinos, y prefiero no hacerlo jamás.

Marcello y Matt intercambiaron una mirada teñida de interrogantes. ¿Qué estaban ocultando de todos? ¿Qué había tras aquella mirada de complicidad y preocupación compartida?

—El pasado no siempre es bueno, mi amor.

Gigo y Alexis se despidieron de nosotros antes de la medianoche, ambos viajarían a Noruega junto a Paloma, amiga de Alexis.

—Conoceremos a Lasse Matberg —me dijo resolutivo Alexis—, al menos lo perseguiremos por toda Stavanger hasta que unos policías súper sexis nos arresten —rieron de buena gana.

Gigo y Antón terminaron a pocas semanas de nuestra recuperación. Mi amigo estaba muy mal y un viaje le vendría muy bien.

—Estás tan hermosa —me dijo Marcello, que mal podía estar lejos de mí—. Matt y Lizzy vivirán aquí por un tiempo —anunció y me alegré mucho.

Me volví y ahuequé su rostro entre las manos.

—¿En serio?

Sus ojos desprendieron un brillo muy peculiar, el brillo de la felicidad.

—Sí.

Matt llegó a su vida para curar su alma herida. Los hermanos gemelos tenían una conexión especial que los unían fuertemente.

—Te amo, ¿lo sabes no, Marcello?

Hemos estado dos meses en coma, aunque en aquel mundo paralelo parecía menos tiempo que en el terrenal. Saber que existían aquellos submundos tras la muerte generaba cierta paz y temor al tiempo en mí. Todos los días me preguntaba por qué no había olvidado aquel viaje. Quizá para tener esperanza, me decía siempre.

—Cielo, Matt descubrió hace unos días que tiene un hijo con una colombiana.

Abrí tanto los ojos que casi salieron volando de mi cara.

—¿Qué?

Me llevó hasta el sofá y nos sentamos. Sabía que había algo tras aquellas miradas misteriosas que intercambiaron durante toda la cena.

—Fue una aventura —repuso, algo pensativo—, pasó hace unos siete años atrás.

El niño, que se llamaba Daniel, tenía seis años en la actualidad y vivía con su madre, que según entendí, fue mucama de Matt en el pasado. Ella regresó a su país cuando la madre falleció y allí descubrió que estaba embarazada.

—Ella le escribió una carta a Matt hace unos meses —señaló Marcello—, esa carta estaba entre las últimas correspondencias que recibió antes de viajar a Italia.

El tono de voz de Marcello no me convencía. Había algo más, algo que solo él conocía. Probablemente, ni siquiera Matt estaba al tanto de ese secreto tan suyo.

—Dios mío... —susurré, abatida.

—La madre del niño murió, Anna.

—¿Cómo?

Marcello me comentó que la mujer fue asesinada tras el secuestro de su hijo, a pocos meses de haber enviado la carta a Matt.

—Daniel terminó siendo secuestrado por una banda conocida en Colombia —exhaló hondo—, una banda dedicada a vender niños a Europa.

—¡Eso es terrible, Marcello!

Él asintió a la vez que enterraba la cabeza entre las manos.

—Debemos ir a por él, cielo.

—¿A Colombia?

—Sí y mi padre es el único que puede ayudarnos.

—¿Por qué?

—Porque él conoce mejor que nadie el sitio dónde están estos hijos de puta.

A Marcello le dolía el alma y sus ojos lo delataban ante los míos. No sabía al cierto dónde estaba el padre, pero lo encontraría y le pediría ayuda para rescatar a su nieto.

—Hazlo, mi amor —lo animé—, es tu sobrino.

—Te amo tanto, cielo.

Nos besamos como si no hubiera un mañana, a veces, no lo había. Se apoderó de mi boca sin darme la oportunidad de pensar. Invadió mi boca, introduciendo la lengua en mi cavidad. Lo agarré de los hombros con un gemido ronco.

—Seré cuidadoso, cielo —me prometió—, nuestras costillas recién curadas requieren de ciertos cuidados —se mofó y nos echamos a reír.

Levanté las manos y enterré los dedos en su pelo, sujetándole la cabeza mientras le devolvía el beso. Comencé a mover las caderas con sensualidad.

—Te deseo tanto, Marcello.

Nos desnudamos a toda prisa. Al final, me dejó solo con las bragas de encaje.

—Y yo a ti, cielo.

Separó mis piernas al tiempo que lamía mis pechos.

—Oh, Marcello...

Me quitó las bragas y me penetró con sumo cuidado. Entrelazó las manos con las mías y las situó sobre la almohada. Me rompí a llorar.

—¿Demasiado rápido, cielo?

—No, es que me emociona estar aquí contigo.

Cerró los ojos con fuerza y dejó de moverse.

—Dios es maravilloso, cielo —se inclinó para besarme—. Nuestro amor es un milagro, Anna Bellini.

Entrelazamos nuestras lenguas con delicadeza.

—Te amo, Marcello —las lágrimas rebosaron mis ojos— más allá de la propia muerte.

Me apretó las manos y se las pegó con más fuerza a la almohada mientras comenzaba a moverse otra vez, despacio al principio, dejando que yo me adaptara al ritmo.

—Por toda la eternidad —gimió sobre mis labios—, Anna Bellini.

Atesoré la inmensa paz que sentía en aquel momento mientras me dejaba llevar, a salvo, entre sus brazos.



La vida con Matt era toda una aventura. Llena de risas y travesuras. Cierta domingo, el cura del vecindario llamó a Marcello, y le habló de nuestros gemelos y sus ocurrencias. Cuando mi marido escuchó las barbaridades que Ian y Engel dijeron, supo, de manera automática, quién estaba tras ello. Convocó a mis gemelos y a Matt en la sala de estar.

—Estábamos jugando —le dijo Matt, que tenía unos cuernos de ciervo en la cabeza—, ¿por qué me miras así?

Marcello estaba furioso. Cogí mi móvil y desde aquel día, empecé a grabar los momentos más chispeantes de Matt y Marcello.

—Ian —empezó a decir Marcello, con mucha seriedad—, existen 10 mandamientos y no 12, los apóstoles eran 12, no 7 y ninguno era enanito.

Matt se puso serio e Ian también.

—Engel, David derrotó a Goliat con una honda y una piedra —miró a su hermano con

atención—, y la chica de Juegos del hambre nada tuvo que ver con el tema.

Engel entrelazó las manitas y asintió algo pensativo.

—Judas no reencarnó en Darth Vader y los curas no se refieren al Papa como el padrino — me mordí el labio inferior para no echarme a reír—. El exterminador del futuro no tuvo nada que ver con la muerte de Jesús.

Matt puso cara de circunstancia.

—Magdalena no es la madre de la princesa Leia y San Pedro no es el portero oficial del equipo de Dios.

—Marcello, era una bromita.

—La próxima vez que robéis hostias para comer con mermelada con vuestro tío, os castigaré —les advirtió—. Ian, ¿le dijiste al padre que debían hacer hostias de chocolate?

—Sí —le dijo él, cantarín—, tío Matt —Matt lo miró con expresión elocuente—, me invitó una y no me gustó, pero cuando la comimos con un poco de Nutella, ¡me gustó!

Marcello lo miró anonadado.

—Shhh —le dijo Matt.

Me mordí el labio inferior con expresión divertida.

—Matt, el ángel Gabriel no vino montado en un unicornio —le dijo en tono serio—, Fiona no es la Virgen María y Shreck —le enseñó los muñecos—, no es San José y Burro... —negó con la cabeza—, no llevó a la Virgen María —le enseñó uno de los bebés de esa pareja adorable—, ¿esto te causa gracia?

Una sonrisa ladina apareció en los labios de Matt.

—Solo un poco.

Marcello estaba a punto de echarse a reír, pero no podía delante de nuestros hijos.

—Hora de merendar —anuncié y los tres se levantaron del sofá—, ¿hostias con mermelada?

—¡No! —protestó Marcello—. ¿Tú también, Brutus?

Matt y yo nos miramos con complicidad.

—¿De qué estás hablando, Willis? —soltamos monocorde y nos echamos a reír.

Anya entró en la sala con una rara expresión.

—Papá.

Tras ella, apareció Otto Hoffmann, su abuelo.

—Hola, hijos.

Tanto Matt como Marcello se quedaron completamente sorprendidos.

—Papá —le dijo Matt, con la voz temblorosa.

Los ojos de Otto se nublaron lentamente. Podía ser un hombre implacable, orgulloso y fuerte, pero, ante todo, era padre. Tragó con fuerza y se estremeció un poco ante la fuerte emoción que experimentaba.

—Matt...

Matt se acercó y lo miró fijo mientras las lágrimas empezaban a rodar por sus mejillas una tras otra sin parar. Otto ahuecó su rostro entre las manos y lo miró con profundo amor. Le dijo tantas cosas sin emitir una sola palabra.

—Sé lo que sufriste —le dijo Matt en un susurro—, tanto como yo, papá.

Otto se rompió a llorar y no pude evitar quebrarme con él. Marcello me estrechó entre los brazos, parecía que quería protegerme o salvarme de algo, algo que solo él conocía.

—Esperé más de treinta años por este momento —le dijo Otto y toda la piel se me erizó—, la vida, al fin, me dio una segunda oportunidad, hijo.

Un llanto profundo se le escapó a Marcello al oírlo. Lo miré con expresión de confusión. Otto, al igual que Marcello, no sabía de la existencia de Matt hasta que el destino les citó en el mismo lugar.

—Como a mí, papá.

Se estrecharon con mucho afecto, con una añoranza colosal y una tristeza indescriptible. No podía imaginarme algo más lacerante que perder a un hijo.

—Ven, cielo —me dijo Marcello—, ellos necesitan un tiempo a solas.

Salimos de la sala en silencio y nos dirigimos a la habitación. Marcello me llevó hasta el balcón y encendió una vela redonda. La puso delante del ángel que se encontraba en la barandilla. Levantó la cabeza y miró el cielo mientras lloraba con cierta amargura.

—Mi amor, ¿qué te pasa?

Las lágrimas atravesaban mi rostro sin parar.

—Cielo —me dijo sin fuerzas—, necesito contarte algo sobre Matt.

Se dio la vuelta y me miró con tristeza infinita entretanto las lágrimas rodaban por sus mejillas encendidas.

—Matt es la creación del hermano de mi padre.

¿Creación? ¿Qué quería decirme con aquello? Lo miré atónita por unos segundos, esperando su respuesta, pero las palabras se habían atorado en su garganta. Tras varios minutos de silencio venenoso, dijo al fin:

—Es el clon de mi gemelo.

Di un paso hacia atrás y terminé sentada en el sillón de mimbre de golpe. Una brisa perfumada asaltó el lugar y apagó la vela de paso.

—¿Qué?

Marcello se acuclilló delante de mí, incapaz de contener las lágrimas.

—Mi tío estaba enamorado de mi madre —me dijo con un temblor en la voz—, y cuando mi madre perdió a Matt, entró en una profunda depresión —me rompí a llorar al imaginarme la pena de mi dulce suegra—. Él cogió muestras de mi hermano y tras varios intentos, logró lo imposible, cielo.

Junté las manos cerca de mi boca en actitud de oración mientras las lágrimas anegaban mi rostro.

—Marcello, es Matt, tu gemelo —le dije, llorando—, has recuperado a tu hermano...

Él enterró la cabeza en mi vientre y lloró con toda el alma.

—Dios te devolvió a tu hermano, mi amor.

Levanté la vista y miré el cielo con amor infinito.

«Antonella».

Pero mi suegra nunca supo de su existencia. El hermano de mi suegro desapareció con Matt, tras el rechazo de mi suegra. Ella no quería que clonara a su hijo, eso no era cosa de Dios y lo tachó de loco. Lo que ella nunca supo es que él había conseguido tal hazaña, había logrado clonar a su hijo perdido. Un secreto que al final, el universo desveló ante los Hoffmann.

—Matt no lo sabe —me dijo tras recomponerse—, y es mejor que nunca lo sepa, cielo.

Asentí con un cabeceo.

—Es lo mejor.

Marcello se levantó y entró en la habitación. Después volvió con un vaso de agua y me lo ofreció. Lo cogí y bebí un buen sorbo mientras él me miraba con adoración.

—Lo siento, cielo —me dijo, llorando.

No comprendía muy bien por qué me decía aquello.

—Yo lo siento —le corregí y me levanté.

Posé el vaso en la mesilla y luego me abracé a él con todas mis fuerzas. Marcello me tocó la cabeza con afecto mientras ronroneaba nuestra canción favorita. Entrecerré los ojos y me perdí en ella completamente.





## Marcello - Rescatando a Daniel

**M**i padre localizó con exactitud al grupo colombiano tras unos días intensos de búsqueda por el país. Matt nos acompañó, a pesar de que Lizzy le rogó que no lo hiciera. Le había entrenado unos días antes del viaje, ya que estaba medio oxidado. Al ver que no me seguía el ritmo en los entrenamientos, le dije que no iría, pero él fue tajante y me dijo que iría de todos modos. Era su hijo, el hijo que nunca conocí. Aquello me convenció, a medias.

—Ángeles —rogué al bajar del avión—, ayudadnos.

Llevaba varios días sin soñar con ellos. Anna me dijo que estaba muy estresado y que por eso tenía aquellas raras pesadillas.

«Anna» musitó, abatido. Me sentía culpable por haberle borrado la información que yo mismo le di la noche que mi padre apareció en casa. Era lo mejor, aunque no lo más justo. Sin embargo, era una información peligrosa que podía alterar su paz tarde o temprano.

—Marcello —me dijo Peter, a modo de confidencia—, Chelito no es un exseminarista.

Me detuve para mirarlo mientras nuestros hombres se vestían para la misión.

—¿Cómo?

Peter se puso el casco de metal sin apartar la vista de mi cara.

—Es un cura —me replicó—, un exorcista estilo Exterminador del futuro —apostilló—, cazador de demonios, según me dijeron —se abrochó el cinto del casco bajo la barbilla—. Y sus mejores amigos son dos curas —enarcó una ceja—, los que exorcizaron a Lizzy en el pasado.

Y de pronto, evoqué algo.

«Te protegeré del mal que asombra tu vida» me dijo la única vez que lo vi, a pocos metros de la puerta y de espaldas a mí.

—Por eso ya no sueño con los ángeles y demonios.

—¿Qué?

Peter me miró con extrañeza.

—Nada.

«Sigue los consejos de tu corazón» me dijo Arael tras mucho tiempo. ¿Había vuelto? La carne se me puso de gallina.

«Lo haré» le contesté mentalmente.

«Estaré contigo».

Cogimos las armas y las mochilas. Durante todo el viaje, pensé en Chelito y en su manera de ser. No teníamos nada en común. ¿En verdad era parte de mí aquel ser humano? Escruté a Matt de reojo. Estaba muy pensativo y callado. En general hablaba hasta por los codos, al menos tras despertar del coma. No conocí a mi gemelo, pero según lo que mi padre averiguó del verdadero Matt, era todo un personaje, como su... fui incapaz de terminar mi propia frase. No era normal, aquellas cosas, no eran obras de Dios.

—¿Te pasa algo? —me preguntó Matt.

Nuestro padre nos hablaba del grupo durante el viaje. De vez en cuando nos miraba, pero nunca nos dirigía la palabra. Solo nos miraba, como Peter y Erich. Matt y yo éramos idénticos, la diferencia de edad casi no se notaba. Ambos conocían el secreto tras ese enorme parecido, eran mis amigos y no podía ocultarles nada. A Jonás lo dejé fuera.

—No, nada.

—Son guerrilleros muy peligrosos —nos dijo Jonás, al leer los informes de Stefan—. Será una misión suicida.

Las cosas que hacían aquellos hombres eran abominables, en especial en contra de las mujeres y los niños.

—Ese grupo trafica drogas y órganos —comentó mi padre, en tono sombrío—, también se dedican a la prostitución infantil y a la adopción ilegal de niños.

Todos prestábamos atención en él. Debíamos estar allí lo antes posible para rescatar al hijo de Verónica Gómez, la joven que trabajó para Matt en el pasado y con quien tuvo una aventura.

—Daniel Gómez, seis años de edad, hijo de Verónica Gómez que lo registró como madre soltera —leí el informe—, vendido al grupo por la propia tía —maticé con un enorme nudo en la garganta—, hija de puta.

—Dios mío —susurró Matt.

Mi padre me miró con expresión sombría. Supuse que a lo largo de su vida vio muchas cosas horribles, cosas innombrables.

—No hay fotos del crío —adujo Stefan—. Por cierto, el mes que viene lo venden a una familia rusa que necesita un corazón para su hija y el de él es compatible.

—¡Dios! —chilló Matt.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y por muy poco, también los míos. Me puse en su lugar, fue inevitable. Pensé en los miles de niños que tenían el mismo final, el mismo destino. Oteé de reojo a mi hermano y evoqué las cosas horribles que el verdadero había pasado y que, de cierta manera, él sentía como experiencias suyas a través de pesadillas ajenas a él. No eran suyas, como tampoco su alma.

—Lo salvaremos —le prometí.

Antes de las tres de la tarde, estábamos en el pueblo donde se encontraba mi sobrino. La pobreza de aquel sitio estrujó mi corazón con saña.

—Llegamos, hijo —susurró Matt.

En el hotel estudiamos todos los pasos que seguiríamos antes del amanecer del día siguiente.

—Tenemos poco tiempo —dije tras colocarme el chaleco antibalas.

Mis amigos y nuestros mejores hombres me acompañaron a una de las más difíciles misiones como agentes. En general, cuando envolvía a la familia, era mucho más complejo no envolver el corazón. Me despedí de mi esposa e hijos con el alma a mis pies el día anterior.

—Te amamos —me dijo Anna, a través de la pantalla del ordenador—, mis ángeles os acompañarán.

Toda la piel se me erizó.

—Os amo —les dije con lágrimas en los ojos—. Nunca lo olvidéis —el agobio agitó mi ser con violencia—. Dios, acompañadnos.

La voz de mi padre me arrancó de mi trance de golpe.

—La ventaja que tenemos sobre ellos, es que no nos están esperando —dijo mi padre, tras colocarse el casco—. La sorpresa los petrificará.

Mis hombres se metieron en la cueva del lobo tras mi señal.

—Manuel y Daniel —dije solemne—, se quedarán a cargo del pueblo con los demás agentes —ambos intentaron protestar—, es una orden, agentes Lenz.

Erich se despidió de sus sobrinos con un fuerte abrazo. Equipados con armas y cascos, descendimos por la colina en fila india. Los primos de Jonás se habían dispersados y escondidos

en lo alto con otros agentes, después de montar sus ametralladoras y flechas mortales. Además, teníamos preparados varios cinturones porta-munición y otras armas supermodernas que podían hacer volar todo el pueblo, esperábamos no llegar a eso.

—¿Y yo qué haré? —preguntó Matt.

Le di un arma y le rogué que me siguiera.

—¿Seré tu sombra?

—Exacto.

Abrió la boca para protestar, pero la volvió a cerrar al ver mi expresión.

—Ok —musitó.

Mis hombres estaban muy nerviosos por participar en una misión de alto riesgo a plena luz del día.

—La visibilidad es muy buena de día —comentó mi padre, tras esconderse detrás de un árbol—. Aquí aprisionan a los niños que donarán sus órganos —glosó, abatido—, aquí perdí a Mika, tiempo atrás —no dio más detalles—, la ventaja es que no tienen tanta seguridad como en las demás fortalezas.

Andreas lanzó sus famosos dardos con el fármaco que había creado en su laboratorio para hacer dormir profundamente por tres días a sus víctimas. Los lanzaba a la nuca o a los hombros de los guardias que rodeaban el lugar.

—Avancemos —dijo mi padre.

Nos acercamos a los guardias sedados por Andreas, y vaciamos sus armas. Luego los esposamos y amordazamos. Erich y Peter los colocaron cerca de un árbol. Michael y Frank los cubrieron con pajas.

—Estos hombres despertarán en tres días en alguna fría y oscura celda —se mofó Andreas—. Los muros son muy altos —observó con expresión de tristeza y lanzó unos dardos hacia arriba.

Tres hombres cayeron con violencia hacia abajo.

—Sus uniformes nos servirán —señaló mi padre—, para entrar en la fortaleza como uno más de ellos.

Nos cambiamos de ropas a toda prisa. En ese lapso, me percaté de lo delgado que estaba mi padre.

—Matt, tú estate atento a mis pasos —le recordé.

Mi padre nos miró con ojos melindrosos, para él éramos sus gemelos. Desvió la mirada repleta de lágrimas. Se sorbió por la nariz con discreción, pero no la suficiente como para que no lo escuchara.

—Sí, hermano.

Una brisa perfumada me rozó la cara y un escalofrío me recorrió toda la espina dorsal. Eran ellos, los amigos de Anna.

«Ángeles».

Nos agachamos y nos preparamos, sin respirar apenas para entrar en el infierno.

—Allí está el guardia de la entrada principal —les dije.

Sin darle ocasión de levantarse, ni de vernos, me abalancé sobre él y lo derribé al suelo. Le inmovilicé los brazos y le tapé la boca en menos de dos segundos. Sujetándolo con fuerza, me acerqué a su oído y le susurré:

—¿Dónde están los niños?

Empezó a dar sacudidas, forcejeando en su lucha por zafarse de mí. Lo mantuve inmóvil colocándole un brazo por encima del pecho mientras le tapaba la boca con la mano.

—¿Dónde está Daniel Gómez? —le pregunté en español—. El niño que donará su corazón

—tragué con fuerza.

Pestañeó al comprenderme. No podía destaparle la boca hasta estar seguro de que no se pondría a gritar, porque si gritaba, la operación habría concluido antes de empezar. Jonás se acercó y sacó su cuchillo de combate. Lo arrimó al cuello de aquel infeliz mientras yo continuaba sujetándole con todas mis fuerzas.

—Escúchame, te va a destapar la boca —le dijo él—, pero si articulas una sola palabra, aunque sea un solo sonido más fuerte que un susurro, este cuchillo te rajará la garganta. ¿Lo has entendido?

El hombre asintió con los ojos huidizos. Yo seguía sujetándole con fuerza la cabeza.

—Y antes incluso de que él te rajé con el cuchillo —le dije austero—, yo te romperé el cuello. ¿Entendido?

Él asintió con la cabeza por segunda vez. Erich observaba el lugar con los prismáticos de rayos X.

—¿Sabes dónde están los niños? ¿Daniel Gómez? ¿Te suena ese nombre? —le preguntó Jonás.

Negó con la cabeza.

—¿Quieres que te llevemos al pantano repleto de cocodrilos? —le dijo Peter—. ¿Quieres que Natalia termine allí? ¿Quieres eso para tu hija de seis años?

Negó con la cabeza con energía. Matt suspiró hondo tras de mí. Lo miré de reojo con expresión interrogante. Era el mejor agente de su agencia, pero, al parecer, no lo recordaba.

—Pues debes colaborar, amigo.

Éramos muy rápidos para hacer ciertas averiguaciones. Stefan se acercó y me dijo que toda la familia de aquel infeliz estaba en mira de nuestros agentes.

—¿Dónde está el niño que donará su corazón? —le preguntó Peter, con voz severa.

Él volvió a encogerse de hombros y a forcejear de nuevo. No aparté la mano de su boca.

—Si no nos lo dices —lo amenazó Jonás—, capturaremos a tu esposa y también a tu hija.

Mi padre y yo intercambiamos una mirada.

—¿Dónde está el niño de ojos azules? —le pregunté en un tono más suave que el de Jonás—. ¿El niño está adentro de la fortaleza? ¿Está ahí?

Como no respondió, le tiré de la cabeza hacia atrás con violencia. Soltó un gemido contra mi palma, pero no me respondió. Estaba a punto de morir decapitado, ¡por el amor de Dios! El hermano de Jonás apareció con la esposa del hombre. La sujetó con fuerza al tiempo que le tapaba la boca con la mano.

—Nada le pasará a Virginia si nos dices lo que deseamos saber —le dijo Stefan—. Caso contrario —colocó su mano en el cuello de la mujer, que lloraba con desesperación—. La mataremos.

—No queremos hacerle daño a su mujer o a su hija —Andreas le enseñó la foto de su hija en los brazos de Manuel—. Sólo queremos liberar a los niños que están ahí, inocentes como su hija.

Andreas le inyectó el suero de la verdad en el brazo. Decidí arriesgarme y destaparle la boca. Él permaneció tendido en el suelo, jadeando y sin fuerzas, sin tratar de escapar, sin decir nada. Jonás se apartó unos centímetros, sin alejar el cuchillo de él, y yo me aparté medio metro. Matt estaba tras de mí como le ordené durante todo el camino. El hombre miró a uno y luego al otro con ojos interrogantes. ¿Acaso conocía a uno de los dos?

—¿Verónica lo envió? —me preguntó y miró a Matt—. ¿Cuál de los dos es el padre de Daniel?

Todos nos miramos con asombro. ¿Verónica le habló de Matt?

—Vi una foto del padre —me dijo.

Matt se puso a mi lado y le dijo que él era el padre. No había necesidad de hablar de nuestro parentesco.

—Por favor —le dije—, dime sólo dónde está Daniel.

Abrió la boca y habló en voz baja con la mirada clavada en Matt.

—¿Sabe? —le dijo, con calma—. Ella me aseguró que usted no sabía nada sobre el niño.

Matt y yo intercambiamos una mirada teñida de interrogantes.

—¿Qué? —susurró Matt.

—Verónica era mi mujer antes de viajar a España y conocer al alemán millonario... ¡El maldito que la embarazó!

La impresión me volvió el corazón. Matt le pisó la mano con violencia y mucha rabia.

—¿Está vivo?! —le preguntó, iracundo—. ¡¿Daniel sigue vivo?!

Un gemido de dolor se le escapó al hombre.

—No lo sé —le respondió con un hilo de voz—. Creo que ya se lo llevaron de aquí.

Matt lo miró furioso y negó con la cabeza. Me dijo que mentía y que merecía la muerte a cambio. Nunca lo vi de aquel modo desde que lo conocí.

—Llega demasiado tarde —soltó una risita burlona.

Mi padre le puso un electrodo en la frente y revisó el detector de mentira manual. Negó con la cabeza y respiré aliviado tras ello. Aquel hombre estaba mintiendo.

—Ahora está cerca de la capital —le dijo a Matt—. No tardarán en trasladarlo a Rusia —rio entre dientes—. A Verónica siempre le gustaron los muñequitos de ojos claros —tragó con fuerza—, pero nunca pensé que alguien como usted la miraría...

Mi padre me miró con expresión seria.

—Eres un jodido mentiroso —le gritó mi padre—. Daniel sigue adentro —soltó, furioso—, nadie ha logrado mentirme a mí, maldito hijo de puta.

No escuchaba sus palabras y lo miraba como si fuese mudo.

—El niño fue juguete sexual de muchos hombres —acotó el infeliz—. Lo violaron frente a su madre, antes de decapitarla.

—Mientes —le dijo Jonás.

Apretujé su cuello con fuerza. Mi padre y mi hermano intentaron apartarme, pero la furia me poseyó. Jonás me empujó con brusquedad a un costado.

—¿Hay guardias adentro? —le preguntó mi padre, frunciendo el ceño ante sus mentiras.

—Muchos. Pero ¿qué más da? Daniel ya no está ahí.

—¿Guardias armados? —le pregunté con poca delicadeza.

El detector era claro, aquel hombre mentía.

—Fuertemente armados.

Permanecimos en silencio.

—Cada palabra que sale de su boca es una puñetera mentira —exclamó Jonás—. Daniel está ahí.

—No, no lo está —le dijo el hombre sin alterarse—. Pero sí hay treinta centinelas.

Mi padre negó con la cabeza.

—¿Treinta guardias? —exclamó Peter, con ironía—. ¡Mientes muy mal!

Andreas sedó a la mujer del hombre. Stefan la llevó hacia el pantano. El infeliz se removió e intentó gritar, pero la patada que le di en la mandíbula se lo impidió. Con los puños apretados con fuerza, sin una gota de compasión en el cuerpo por aquel hombre, le volví a dar una patada.

Matt me sujetó por el codo y me miró con ojos implorantes.

—Lo necesitamos vivo —me dijo.

Asentí y traté de calmarme.

—Su hijo está lleno de heridas emocionales —le dijo con voz vacilante a Matt—, no tiene sentido salvarlo, porque siempre vivirá en las tinieblas...

Aquellas palabras sonaron distintas en su boca, como si otro hubiera hablado por él.

«Lucifer».

—Muérete, Marcello —me dijo el hombre.

—¡Nooo! —gritó mi padre y me empujó a un lado con violencia.

Y antes de que tuviésemos tiempo de movernos, de respirar siquiera, una bala se incrustó con virulencia en la parte interior del muslo de mi padre, un proyectil disparado por el infeliz. Mi padre cayó al suelo tras soltar un grito de dolor.

—¡Papá! —gritamos en un acto reflejo—, está sangrando demasiado —les dije a mis amigos.

El hombre aprovechó el momento de distracción y abrió la boca para gritar, pero Andreas le inyectó algo para que durmiera por un buen tiempo, quizá, para siempre. El mundo no necesita hombres como aquel.

—Papá —decía Matt, llorando—, resiste, por favor —le suplicó.

Frank le ató la pierna para evitar que el veneno se expandiera por su cuerpo.

—Salvad a Daniel —nos pidió—, salvadlo...

Tocó nuestras caras con las manos.

—Salvad a mi nieto.

Había algo más tras aquella petición, algo que no comprendía muy bien. Matt le dio un beso en la cara y mi padre lloró con amargura.

—Salvaré a tu nieto, papá —le dijo Matt, llorando—, a Otto Daniel.

Los ojos de mi padre se llenaron de lágrimas.

—Os amo, hijos.

No le dije nada, solo le di un beso en la cabeza.

—Lo siento, Marcello.

Asentí sin replicarle.

—¡A por Daniel! —gritó Peter.

Jonás sujetó la pierna de mi padre, y acto seguido sacó el kit de emergencia de su mochila. Le limpió la herida y le puso algo para que dejara de sangrar. Colocó la venda de primeros auxilios y la fijó con cinta adhesiva. Envolvió la segunda venda dando dos vueltas alrededor de la pierna. Todo eso no le llevó más de treinta segundos.

—Hay que detener la hemorragia —repuso Andreas, en voz baja—. Para ti la misión ha terminado, agente Hoffmann.

Miré la herida, profusamente sangrante de la pierna de mi padre, mientras Stefan recostaba a la mujer cerca de su marido.

—Estaré bien, hijos.

Stefan nos dijo que aquella mujer prostituía a sus hijas y sobrinas. Andreas tuvo deseos de inyectarle el somnífero eterno, pero le dije que las autoridades se encargarían de ambos. No éramos como ellos, no éramos asesinos.

—Se hace tarde —nos dijo Peter—, está anocheciendo.

La operación se inició sin mi padre, que estaba recostado contra un árbol al lado de Andreas y Matt.

—Vámonos —me dijo Peter.

—A por mi nieto —nos dijo mi padre.

Mi corazón palpitó con fuerza al oírlo. En aquella tétrica fortaleza se encontraba mi sobrino. ¿Y si no era cierto? ¿Y si el hombre no mintió? ¿Y si Daniel ya no estaba allí?

«Sigue el consejo de tu corazón» me dijo de pronto alguien y toda la carne se me puso de gallina.

—Miguel.

Encendí la radio.

—Hans —susurré en el transmisor—. Intervenid.

Al cabo de unos instantes, se oyó la voz cargada de ansiedad de Hans.

—Necesitamos apoyo, ahora mismo —le dije en tono seco—, entraremos en la fortaleza.

—Si ese hombre estaba diciendo la verdad, no somos suficientes. Si estaba mintiendo, seríamos demasiados —acotó Erich.

Miré fijamente a mi cuñado.

—Debemos arriesgarnos, Stolz.

Él asintió con firmeza.

—Lo más probable es que los guardias estén durmiendo —comentó Jonás—. Es un buen momento para atacarlos.

¿Por qué había tan poco movimiento? ¿Cómo no notaron la ausencia de sus guardias? Jonás abrió la boca para hablar, pero se lo impedí.

—Capitán, éste no es el mejor momento para discutir.

Meneando la cabeza con gesto resignado, el vikingo levantó una mano dócil.

—Sí, Hoffmann.

Matt sujetaba la mano de nuestro padre mientras rezaba. A pesar de todo lo que padeció, según Chelito, seguía teniendo fe.

—Tengo que rescatar al hijo de Matt. Eso lo entiendes, ¿verdad?

—Lo entiendo —contestó, al tiempo que extraía sus flechas y sus gafas de visión nocturna—. Hoffmann.

—Allí dentro es como un búnker —señaló Peter—. Un frío túnel donde la vida no vale nada.

Todos nos miramos por unos segundos.

—Quiero el máximo sigilo, sólo las armas con silenciadores, cuerpo a cuerpo, pero nada de ruido —maticé con firmeza.

—De acuerdo —dijeron todos.

—Pero tenemos que darnos prisa —nos rogó mi padre—, pronto se darán cuenta que los guardias de arriba ya no están.

La ilusión de mi padre estrujó mis entrañas. ¿Y si el niño no era hijo de Matt? ¿Y si la tal Verónica mintió?

«La verdad está en Daniel» resonó la voz de Miguel en mi cabeza y por unos segundos, por unos breves segundos, me tranquilicé.

—Atención todos —intervine—. Entraremos por las ventanillas del sótano.

Asintieron con la cabeza mientras un enorme nudo se me formaba en la garganta. Algo malo pasaría, algo muy malo.

—Voy a abrir la trampa y entraré —nos dijo Erich al tiempo que me colocaba las gafas de visión nocturna—. ¿Listos?

—Sí —contestamos con firmeza.

Erich abrió la trampilla e intentó oír algún sonido procedente de adentro. No se oía nada. Tomó aire, asintió con la cabeza y entró de un salto. Permanecí alerta con los cinco sentidos, con el corazón acelerado y conteniendo la respiración mientras las lágrimas empezaban a rodar por mis mejillas.

—Volveré pronto —les dije a Matt y a mi padre—, volveré con Daniel.

—Tranquilo —me dijo mi padre—, te quiero, hijo.

me sequé cómo pude las lágrimas con el dorso de la mano enguantada.

—Y yo a ti, papá —le dije y le di un beso en la cabeza—, no lo olvides —me alejé sin darle tiempo a replicarme.

Me volví para mirarlos por última vez antes de meterme en la boca del lobo. Les dediqué el saludo militar y giré sobre mis talones.

—¿Listo? —me preguntó Jonás.

—Sí.

Me zambullí en la oscuridad de aquel lúgubre lugar tras mi cuñado. ¿Por qué estaba todo tan oscuro? No se oyeron disparos, pero sí dos silbidos del silenciador.

—Venid —musitó Erich, desde su sitio.

Antes de que mis ojos se acostumbraran a la penumbra de aquel sitio, alguien se abalanzó sobre mí de manera inesperada, apenas tuve tiempo de levantar el cuchillo para repeler el ataque. Andreas lo sedó con rapidez. En la Bermer nunca matábamos, solamente en casos extremos.

—Estoy bien —le dije a Andreas—. Eso creo —me dije con aquella rara sensación en el corazón.

Avanzamos a pasos lentos y vacilantes. Encontramos a Erich en el interior de uno de los pasillos, forcejeando con un guardia robusto que intentaba estrangularlo. Jonás lo apartó y su primo terminó el trabajo aplicándole el sedante.

—No disparéis a nadie si podéis evitarlo —les susurré—. Limitaos a encontrar a los niños.

—Aquí no hay nadie, Marcello —me dijo Erich—, creo que el hombre nos ha dicho la verdad.

—No —dije, abatido.

En ese momento íbamos todos en grupo. Reinaba un silencio absoluto, pero pensé que tal vez era un silencio falso.

—Este lugar es enorme —les dije, compungido—, ¿es un hospital?

—No, fue un hospicio —me dijo Stefan.

Se oía el goteo constante de líquido en alguna parte. Olía a moho, a olvido y a dolor. De repente, oí unos gemidos.

—Shhh —les dije y presté atención en los gemidos—, hay algo allí —les indiqué con la mano.

Avanzamos por uno de los pasillos sin linternas de ninguna clase, sólo con nuestras gafas de visión nocturna, las pistolas listas para disparar y con los cuchillos en la mano.

—Allí —dijo Peter—, escucho voces en ese pasillo.

Por lo visto, sólo había esos guardias. No tenían previsto que alguien viniera a causarles problemas. Erich y Peter continuaron hacia delante, se deslizaron en uno de los pasillos y desaparecieron en la oscuridad.

—No hay más guardias —masculló Jonás—. Qué raro.

—No lo es —le dije tras desbloquear mi arma—, ¿quién en su sano juicio vendría a molestarlos?

—Nadie.



—Ajá.

Avanzamos un paso con sumo sigilo, luego otro, era imposible hacer menos ruido.

—Aquí —dijo Erich, desde una puerta.

Nos acercamos a ellos con cuidado. Abrimos la puerta y nos encontramos con unos diez niños que se acurrucaban en un rincón de la sala, como unos animalitos a punto de ser sacrificados.

—Aquí están —me dijo Peter, emocionado.

Mis ojos se nublaron ante aquella cruel imagen. Aquellos niños estaban condenados a morir para salvar a otros. No era justo. Me quité las gafas de visión nocturna y susurré:

—¿Daniel?

Aparté la mirada, no podía soportarlo.

—¿Papá? —me dijo un niño idéntico a mis hijos—, ¿tú eres mi papá alemán?

Me rompí a llorar al verlo por primera vez. No necesitaba ninguna prueba de sangre para saber que aquel niño era el hijo de Matt.

—Es idéntico a él —me dijo Erich con una sonrisa en los labios y lágrimas en los ojos—, es mi sobrino...

Besé a Daniel en la cabeza.

—No soy tu papá —le dije y él suspiró—. Él está fuera con tu abuelo... —lloré con toda el alma cuando se lanzó a mis brazos y me dijo tío por primera vez.

—¡Vámonos! —nos dijo Jonás—, antes de que vengan.

Salimos de aquel lugar sin problemas con los niños, quienes retornarían a sus familias respectivas con la ayuda del gobierno. Una vez afuera y con mi sobrino en brazos, dije llorando:

—Matt, papá —las lágrimas anegaron mi rostro— me presento a Daniel Hoffmann.

Matt se levantó del suelo y cogió a su hijo en brazos.

—Hola, hijo.

Daniel enterró su carita en su cuello.

—Papá —le dijo y mi hermano se rompió a llorar—, mamá me dijo que vendrías a por mí.

Matt se acuclilló cerca de nuestro padre y le presentó a su hijo. Había algo en su semblante que me alarmó.

—Este es tu abuelo, Daniel.

El niño le tocó la cara y lo llamó abuelo con timidez. Mi padre, a pesar de las pocas fuerzas, lloró emocionado, lloró como si acabara de encontrar a su hijo.

—Joder —dijo Erich, conmocionado.

Matt lloraba con desconsuelo a su lado. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué me estaban ocultando?

—Nunca moriré —nos dijo mi padre—, mientras viváis, no moriré jamás.

Erich cogió a Daniel en brazos.

—El proyectil tenía un veneno —me dijo Andreas con pesar—, un veneno letal, Hoffmann.

Llevé las manos a la cabeza y solté un grito agudo de dolor antes de caer de rodillas a los pies de mi padre.

—Perdóname, hijo —me rogó sin fuerzas—, perdóname por todo...

Matt estaba arrodillado a mi lado, llorando con mucha amargura. Me miró de reojo y me suplicó que le indultara a nuestro padre por todo lo que hizo. Me cogió de la mano y luego la juntó con la de mi padre.

—Te perdono, papá —le dije con toda la sinceridad que albergaba en mi corazón—, te perdono por todo.

Cogió mi mano y la de Matt.

—Os amo —nos dijo en un murmullo—, sois mi orgullo, hi... hi... hijos —logró articular.  
Abrió mucho los ojos y la boca, dejando libre su último aliento de vida. Cerré sus ojos y le di un último beso, el beso del adiós.

—Buen viaje, papá —le dijo Matt y reclinó la cabeza sobre su pecho—, siempre te eché de menos.

«Adiós, papá»



## Matt - Dos almas y un secreto

**E**l avión de la Bermer aterrizó en la pista privada de la agencia, donde nos esperaban nuestras familias y los miles de colegas de mi hermano. Andreas cogió a mi hijo, el hijo que Verónica tuvo de mí en el pasado. Cuando encontré la carta entre las tantas correspondencias en mi mansión, casi perdí el conocimiento ante la emoción. Peter no había leído ninguna, tras mi muerte, de cierta manera, algo murió en su interior. Me hubiera pasado lo mismo en su lugar.

—Marcello —le dije ese mismo día a mi hermano—, necesito tu ayuda para encontrar a mi hijo.

Nadie sabía nada de aquel Matt, de la copia. Excepto su hermano gemelo, Marcello. Aquellas informaciones eran para volver loco a cualquiera, sin embargo, un alma como yo, que había vuelto de la muerte, podía asimilarlo con más facilidad.

—Lo encontraremos, Matt.

Marcello averiguó todo lo que pudo y viajamos lo antes posible a Colombia. Lizzy, al inicio, parecía asustada, pero le aseguré que Verónica no fue más que una aventura de un lunático drogado en tierras ajenas. Ella no comprendía mi lenguaje, no recordaba muy bien mi manera de ser. Porque ella no recordaba quién era como yo.

—Vuelve pronto —me dijo con lágrimas en los ojos—, y trae a nuestro hijo.

Verónica había muerto, según lo que Stefan, uno de los agentes, averiguó. Daniel fue vendido por la tía a un grupo criminal del país que traficaba órganos humanos.

—Te amo, ¿lo sabes?

Ella ahuecó mi rostro entre las manos, anegada en lágrimas.

—No puedo darte hijos y entonces, Dios nos regaló uno —me dijo, emocionada—, somos muy bendecidos, mi amor.

Le di un apasionado beso antes de llevarla a la cama y hacerla mía, dejar en su cuerpo las huellas del mío.

—Para siempre, Matt.

Seguía dentro de ella, perdido en su mirada.

—Por siempre, Lizzy.

Salimos de la casa a muy temprana hora de aquel día, rumbo al aeropuerto particular de la agencia Bermer, donde nos esperaban una legión de agentes preparados para matar o morir.

—Buen día, Conde Monteschinni —le saludó Marcello al magnate, al dueño de la agencia.

Era un hombre enigmático a simple vista, pero de un corazón muy noble, según mi hermano.

—Zeus está en Italia —le dijo él y no pude evitar estremecerme.

Aquel nombre me era muy familiar, era el nombre del amigo íntimo de mis padres adoptivos. Con quien solían hacer encuentros íntimos en la mansión. Muchas veces, me obligaron a participar. Y solo tenía ocho años. Tragué con dificultad la saliva al evocar las barbaridades que me obligaron a hacer tras emborracharme. Por eso no conseguía recordarlo, no conseguía recordar su rostro.

—Lo cogemos —anunció mi hermano con firmeza—, al fin, lo cogemos.

La operación fue llevada a cabo con éxito, jamás imaginé que alguna vez participaría de algo remotamente similar. Mi hermano y su grupo eran agentes al estilo James Bond. Yo dominaba el arte de la esgrima y los tiros al plato, pero no tenía idea de cómo usar aquellas armas ultramodernas. La habilidad de aquellos hombres era inimaginable. Los observaba con

fascinación, preguntándome si el Matt que él conoció era tan bueno como ellos. Todo iba bien, hasta que mi padre recibió un disparo en la pierna y todo se ofuscó. Tras vendarlo, Marcello y su grupo fueron a por mi hijo.

—Tranquilo, papá.

Él me miró con devoción.

—Matt.

Parecía solo una herida, pero cuando Azrael apareció, supe que algo no estaba bien. Lo miré con ojos suplicantes, pero él no cambió el deje de su cara. Venía a por mi padre. Las lágrimas rodaron por mis mejillas sin parar y tras meditarlo bastante, decidí abrir mi corazón a mi padre. Le conté sobre un encuentro que tuvimos en una cafetería de Hagen. Yo necesitaba encontrar a alguien muy especial para Peter, y lo contraté sin saber que se trataba de mi padre, mi verdadero padre.

—¿Matt? —me dijo, llorando con mucha amargura—, ¿mi Matt?

No era el clon de su hijo, no era su copia, era el verdadero, el hijo que le robaron en el pasado.

—Soy yo, papá.

Tenía mucha fiebre y su pecho estaba muy agitado. No estaba seguro si comprendía la verdad oculta tras mi afirmación, pero cuando sonrió, supe que sí lo hacía.

—Mi Matt.

Me tocó la cara con adoración mientras lloraba con desconsuelo.

—El día que te vi en Hagen —me dijo sin fuerzas—, sufrí un infarto —lloré con amargura—, y no pude buscarte —me dolía respirar—, y cuando lo hice, te encontré en una morgue de hospital sin vida...

Seguía sin comprender por qué Dios me había dado una segunda oportunidad, una rara segunda oportunidad.

—¿Cómo es posible que estés vivo?

No podía darle esa respuesta, porque la desconocía completamente.

—Existe un cielo —le dije, sollozando—, y también un infierno.

Le hablé de los ángeles y del sitio donde estuve un tiempo tras mi muerte. Pero no le mencioné a mi madre, porque a ella no la vi.

—¿Crees que está en otro sitio?

—No lo sé, papá.

Me prometió que la encontraría y que la salvaría. Tal vez, su alma iría al mismo sitio, al lugar de las almas perdidas, de las almas condenadas por las penas de la vida. Por mucho tiempo, pensé que Lizzy estaba allí, hasta que volví a la vida y la encontré. Tal vez, mi madre ha reencarnado como ella. Miguel nunca me confirmó nada, pero tampoco lo negó.

—Te he buscado toda la vida, Matt.

Era consciente de ello, aunque no los tuve, fui muy amado, muy querido como nunca me quisieron los que me criaron.

—Te amo, hijo.

Recliné la cara cerca de la suya.

—Y yo a ti, papá.

La voz de Marcello me devolvió al presente de golpe.

—¿Matt?

El avión acababa de aterrizar. Andreas cogió a mi hijo, que dormía profundamente tras correr por el pasillo gran parte del viaje.

—Llegamos, hermano.

Me puse las gafas de sol para proteger mis ojos inflamados. Marcello también llevaba unas. Bajamos a pasos fúnebres las escaleras mientras los hombres de Marcello bajaban el ataúd de nuestro padre. A lo lejos, estaban nuestras esposas, atentas a cada uno de nuestros pasos. Marcello y yo intercambiamos una mirada de soslayo antes de agarrar las asas del ataúd y colocar la cinta porta ataúd sobre los hombros. En el cielo sobrevolaban los aviones de la Bermer, dejando un rastro de humo a su paso en honor a uno de sus fundadores, en honor a mi padre.

—Papá —dijo Sarah—, buen viaje —apostilló antes de tender la bandera de la agencia sobre el ataúd.

Ella me dijo cierta vez que el único padre que tuvo era Marcello. A pesar de la poca diferencia de edad de ambos, él la crio como un verdadero padre lo haría. No le dije nada, solo la estreché. Yo no tuve padre, aunque legalmente sí los tenía. Peter, mi mejor amigo, fue lo más cercano a uno.

—Adiós —le dijo Sarah, tras depositar un beso en el ataúd.

La Bermer preparó una ceremonia especial en su honor, una ceremonia que me hizo comprender quién era en realidad Otto Hoffmann.

«Adiós, papá» musité y lancé una rosa blanca sobre su féretro.

Marcello decidió enterrarlo en el panteón de la familia, al lado de nuestra madre. Él no dijo nada, se limitó a observar todo en el más absoluto mutismo. Estaba sufriendo mucho, pero a su manera.

—Lo siento —me dijo Lizzy, llorando—, lo siento mucho, Matt.

La miré con lágrimas en los ojos. Nunca pensé que volvería a verla. Ahora ya no sufría de problemas mentales, ahora era una mujer libre y feliz, ajena a todo recuerdo doloroso de su pasado, de su oscuro pasado.

—Mi pésame —me dijo de pronto alguien por detrás—, Matt.

Cuando me volví, me encontré de cara con Miguel.

—Ha llegado el momento, Matt.

Negué con la cabeza.

—Me dijiste un año —le reclamé—, ¡un año!

Nadie podía oírnos, porque todo se había ralentizado en el cementerio como si alguien hubiera pulsado el botón de stop.

—Hemos cambiado de opinión.

Los demás arcángeles aparecieron tras él vestidos de blanco y con sus grandes alas blancas.

—Me dijiste que tenía un año de tiempo —le repliqué, iracundo—, ¿acaso los ángeles mienten?

Posó la mano en mi hombro y me miró con indulgencia.

—Tienes dos opciones, Matt.

Las lágrimas rodaban por mis mejillas sin parar.

—Una: olvidar todo para siempre —me dijo con su peculiar seriedad—, o vivir con el pasado.

Entorné mucho los ojos al oírlo.

—¿Puedo elegir?

Él asintió.

—Si eliges la segunda opción... —me miró con pesar—, deberás guardar ese secreto para ti y nadie más —todo mi cuerpo empezó a vibrar ante la emoción—, es la única condición —me

miró con elocuencia—, ¿podrías vivir toda la vida fingiendo ser otro?

Todo en la vida tenía un precio y ese precio era alto, en mi caso. Podía elegir, como nunca pude hacerlo cuando era niño, cuando gritaba de dolor y rogaba piedad a aquellos que debían amarme como padres. Hoy, tras la muerte, tenía la opción de elegir, la libertad de escoger lo mejor para mi alma. Me di la vuelta y escruté a Lizzy con ojos soñadores y luego a mi hermano, a mi gemelo. No quería olvidar quién era, pero tampoco quería recordar mi martirio.

—Miguel —le dije, anegado en lágrimas—, lo mejor es...

Él asintió antes mismo que terminara la frase. No necesitaba escucharla para conocer mi decisión. Posó la mano sobre mi cabeza y una luz muy blanca me recorrió de arriba abajo, curándome cada una de las heridas de mi alma. Ahora, al fin, era libre.



Tardé casi tres meses en aceptar que la mejor decisión que tomé fue no olvidar quién era en realidad. Miguel me dijo que la mayoría hubiera elegido olvidar, sin embargo, yo era la excepción, claro estaba. Lizzy y Daniel eran mis mayores bendiciones, tenerlos en mi vida hacía que todo fuera más llevadero. También el amor de mi hermano y su familia, mi familia.

—No todos pueden visitar sus lápidas —me dijo Miguel—, esa taza de café es de Peter —me dijo antes de cogerla—, sigue caliente.

La cogí con lágrimas en los ojos y bebí un sorbo de aquel café bendito.

—Viajó a África —me dijo Miguel—, en busca de su destino.

No podía buscarlo, ni a todos aquellos que alguna vez formaron parte de mi vida anterior. Debía olvidarlos, debía anularlos o, el cielo tomaría cartas y podían pagar incluso con sus vidas.

—Os daremos una ilusión —me dijo Miguel tras limpiar la lápida con la mano—, el ser humano necesita una tras la muerte de un ser querido.

Parecía tan humano cuando hablaba.

—Deja de arrancarme las plumas —me dijo en tono serio—, ¿ahora para qué las quieres?

Para guardarlas en el corazón.

—Tras este día —me dijo con una sonrisa—, por la noche —enarcó ambas cejas—, no volveremos a vernos, Matt.

Ladeé la cabeza en un gesto de confusión.

—¿No?

Negó con la cabeza.

—Olvidarás nuestros rostros para siempre.

No le repliqué, después de todo lo que hicieron por mí, era lo mínimo que podía hacer, aceptar sus designios. Ambos escrutamos la lápida con mi nombre y el de Lizzy.

«Dos almas y un secreto».

Nuestra historia tuvo un antes y un después que solo yo conocía. Bebí el resto del café bendito, el último que probaría en esta vida.

«Peter».

Algún día volveríamos a vernos, algún día volveríamos a abrazarnos. Posé la taza sobre mi

lápida y me dirigí al coche con Miguel.

—Deja mis plumas, Matt.

—Fuerza de la costumbre.

—Matt...

Me eché a reír, en especial cuando le dije que Jesús y yo teníamos muchas cosas en comunes.

—¿Puedo transformar agua en vino?

—No, Matt...

—¿Multiplicar peces?

—No, Matt.

Le arranqué una última pluma aquella tarde, la última vez que lo vi.

—¡Matt!

Y aquella noche, mientras Lizzy dormía entre mis brazos, un ángel me visitó y me tocó la cabeza. Era Uriel.

—Sé feliz, Matt.

Tal vez no recordaría sus rostros, pero nunca lograría olvidarlos mientras viviera. Pues ellos estarían siempre en mi corazón, acurrucados allí en medio de mis recuerdos con aquellos que formaron parte de mi otra vida.

—Matt, deja de arrancar mis plumas.

—Solo una.

—Matt...

Y cuando cerré los ojos, sus rostros se apagaron de mi mente para siempre, como también en la de Marcello y Anna, qué tras aquel día, no recordarían sus experiencias angelicales durante el coma.



## Marcello - El secreto de la felicidad

### Meses después...

**O**bservaba con lágrimas en los ojos las fotos que Matt había tomado durante nuestro viaje a Colombia. Muchas selfies con papá y otras donde hacíamos pis en el matorral. Solté una risita al ver mi cara y la de Erich ante la sorpresa. Mi hermano era todo un personaje, un Erich elevado a la décima potencia cuando se trataba de gastar bromas.

—Matt.

Sonreí al ver la foto del gatito que rescató: Matt-cat. Estaba bastante herido y hambriento. Le habían arrancado una oreja y parte del hocico estaba mutilado. A pesar de su estado, él lo trajo y lo salvó. Era símbolo de aquella operación. De aquel trágico y milagroso día al tiempo. Ahora tendrá gatitos con Vita, la otra gata de Lizzy. Era como Matt, no perdía el tiempo, según él.

—Papá —dije apenado y me sequé las lágrimas con un pañuelo—, has dado tu vida por mí.

Aquel proyectil venenoso era para mí, no para él. Tardé mucho tiempo en comprender sus motivos, las razones por la que fingió su muerte y me traicionó en el pasado. Hoy, al fin, estaba en paz con él y conmigo mismo.

—¿Y esto?

Miré con cara de espanto la invitación que me había llegado ayer por correo. Gigo y Antón formalizarían su relación tras la reconciliación.

«*Dance Monkey*» sonaba en la sala y supe al instante que Matt y Anna hacían un directo por Instagram con los niños. Amaban aquella canción que yo detestaba con todas mis fuerzas.

Jonás me envió un wasap justo cuando Matt entró con mis hijos y el suyo en la cocina. Estaban disfrazados de gato, él también, por cierto.

—Aquí está mi hermano gemelo —dijo frente al móvil y luego me enfocó—. Es tan guapo como yo, pero más reservado.

Lo fulminé con la mirada.

—Amargado —susurró y los niños se echaron a reír—, no ha olvidado el día que entré en el cuarto de baño justo cuando salía de la ducha.

—Envuelto en toalla —le recordé.

Matt había grabado solo la parte de arriba y para todos estaba desnudo.

—Miau —me contestó.

Se lamió la pata y luego la deslizó por la cabeza. Los niños le copiaron el gesto y no pude evitar enarcar una ceja.

—Miau —dijeron los niños y empezaron a gatear.

Matt me dedicó una sonrisa de oreja a oreja. Una corriente eléctrica me recorrió de pies a cabeza. ¿Qué tenía en mente?

—Mmm.

«¿Vemos el partido?» decía el mensaje de Jonás.

«Claro» le contesté.



Mi hermano cogió la tarjeta de mis manos.

—¿Irás?

Anna me habló con entusiasmo de la fiesta de despedida de su mejor amigo, días atrás. Gigo era la mosca de mi sopa, la molesta mosca de mi sopa. Vivía asediándome. Aunque, ahora también a Matt.

—No lo creo —le dije mientras leía la tarjeta un tanto pintoresca.

—Parece divertida.

—¿Irías en mi lugar?

Gigo estaba enamorado de él, también. Pero Matt disfrutaba de su acoso, le gustaba sentirse deseado y asediado. Lo llevaba mejor que yo.

—Solo si vas tú.

—¿Le tienes miedo?

Me miró con extrañeza.

—No, precisamente.

Enarqué una ceja.

—¿Y entonces?

Frunció los ojos.

—No sería lo mismo sin ti.

Solté un taco.

—¿Te gusta que me fastidie?

Me miró con expresión inocente.

—No...

Resoplé hastiado.

—Mientes fatal, Matt.

Abrió mucho los ojos y la boca.

—Miau...

Negué con la cabeza.

—Mmm...

Anna y Paula estaban organizando la despedida de Gigo para la semana entrante, sin embargo, al parecer, habría otra más, organizada por sus amigos.

—Hola —me saludó Anna, vestida de gatita—, ¿qué tal me veo?

—Preciosa.

Matt y ella eran almas gemelas, claro estaba. Esboqué una sonrisa antes de darle un beso en los labios. Le enseñé la tarjeta.

—No iré —le dije tajante.

—¿No?

—No.

Mi esposa, mi pequeña y dulce mujer, me fulminó con la mirada.

—No me mires así —espeté y su ceño se frunció aún más.

Matt estaba muy callado y aquello me robó la atención. ¿Estaba grabando? ¿En vivo?

—¡Matt!

—Oh oh —dijo frente al móvil y salió corriendo.

Resoplé hastiado.

—Ya te mataré —musité.

Anna se cruzó de brazos y Matt volvió con los niños gateando. Al menos no tenía su móvil.

—No sabía que eras discriminativo —empezó y no paró hasta que terminé cambiando de

opinión—. Hazlo por mí —insistió—, Matt te acompañará.

Mi hermano maulló. ¿Era sí en el idioma gatuno?

—Te amo —me dijo Anna, y me derretí como hielo bajo el sol.

Me miró con picardía antes de dirigirse a nuestra habitación.

«Miauu» maullé y ella rio por lo bajo.

—Sois unos pervertidos —me dijo Matt.

—¡Cínico!

Lizzy apareció en la cocina disfrazada de gatita sexi.

—Ajá —le repliqué y él me guiñó un ojo.

—Nos vemos, niños —dijo el muy desvergonzado—, estás tan hermosa, mi amor.

Mis amigos también recibieron sus invitaciones “pletóricas”.

—Debemos irnos —repuso el rubio, mientras entrenábamos a nuestros hombres bajo el tórrido sol de inicios de verano del 2019. — Seguro será muy divertido, tanto como él —bebió un poco de agua—, nos vendrá bien antes de la gran misión en Italia.

Faltaba tan poco para coger a Zeus y sus hombres.

—Tienes razón —le dijo Peter—, dentro de un mes nos lanzaremos al abismo —nos recordó—. Y todo puede pasar, Marcello.

Asentí tras suspirar hondo.

—Matt irá —les dije y los tres rieron—, no sé quién es más pesado, Gigo o Matt.

Se miraron y luego me miraron a mí.

—¡Matt!

Gigo era divertido, acosador, pero divertido al fin. Matt era pesado, hacía bromas y comentarios bastante pesados. Tenía un humor muy inglés. Aquel pensamiento me hizo fruncir el entrecejo en un acto reflejo. Clavé la vista en nuestros agentes y suspiré hondo. Algo inquietaba mi alma hacía un par de días. Algo absurdo, realmente absurdo.

—*Schneller!* <sup>[23]</sup> —les gritó Erich a los agentes.

Jonás gritó tras él, era el más duro de los cuatro a la hora de entrenar. En realidad, competía con Peter por el primer lugar.

—¿Os busco? —nos dijo Jonás, y nos limitamos a asentir.

Mi móvil timbró, era el GPS que había instalado en el coche de Matt. Me despedí de mis amigos a toda prisa y cogí una de las motos Kawasaki Ninja del garaje de la Bermer. Me puse el casco y la chaqueta antes de arrancar. Seguí las coordenadas del GPS mientras aceleraba a toda potencia la moto a la vez que evocaba a mi hermano y sus comentarios. Su manera de ser y pensar.

«Matt Hoffmann se hizo la vasectomía a los veinte años en una clínica clandestina al sur de Francia» me dijo uno de los investigadores que contraté a escondidas del mundo.

Daniel no era su hijo, sino de Matt Caffrey, mi hermano gemelo según las informaciones que recaudé. Verónica Gómez trabajó para él en España. Matt Hoffmann nunca viajó a ese lugar, a esa isla mientras vivió. La garganta se me cerró ante la fuerte emoción que experimentaba.

«Es una locura» me dije una y otra vez durante días, hasta que lo vi cerca de la antigua casa de Matt Caffrey, la casa de mi hermano gemelo.

«Dios mío».

Matt Hoffmann no conocía a Matt Caffrey. Ni Matt Caffrey conocía a Matt Hoffmann. Ninguno jamás preguntó el uno por el otro. Cuando la agente de moda de Matt apareció en casa, él no la reconoció, no sabía quién era. Tampoco recordaba su trabajo como agente encubierto en la agencia Ricci, ni de su aventura con Luciana. Simplemente no podía recordar la vida que no le pertenecía, porque él no era ese Matt.

—¿Esto es posible? —miré el cielo—, ¿es obra tuya, señor?

Tras el coma, algo pasó, tal vez en el cielo se confundieron y enviaron a otro, enviaron al verdadero Matt.

—No te ilusiones —me dije con los ojos llorosos—, no lo hagas.

Pero la ilusión era indomable como el amor. Aparqué con sigilo la moto cerca de unos árboles y me dirigí hacia la mansión de los Caffrey con una rara sensación en el pecho. Me volví y escruté el vecindario con ojos curiosos. Matt vivía a unos cinco kilómetros de mi casa. A tan solo cinco kilómetros de su verdadera familia. Vivió allí toda la vida. Vivió en aquella mentira toda su vida.

—Dios mío —susurré con lágrimas en los ojos—, ¿qué está pasando?

No podía contarle a nadie lo que desconfiaba. Era una verdadera locura. Matt entró en la casa y cerró la puerta tras beber algo. Supuse que estaba repasando algo, tal vez, sus recuerdos. Sus verdaderos recuerdos.

Me acerqué con cautela y busqué la manera de entrar sin levantar sospechas de nadie, en especial la de él. Trepé el árbol que se encontraba a un lado y con extrema habilidad, entré en una de las habitaciones. El corazón me latía por todas partes. Caminé de puntillas para no hacer ruido y observé el lugar con atención. La composición de Bach «Adagio» empezó a sonar en la planta baja. Matt, mi gemelo, tocaba el piano, su clon, no. Llevé la mano a la boca para ahogar mi sollozo.

—Tranquilo, Marcello —me dije, anegado en lágrimas—. Tranquilo.

Bajé las escaleras a pasos lentos, siguiendo la melodía con el alma bajo los zapatos. Me puse tras una estantería y observé a Matt con el pulso acelerado. Él estaba llorando mientras tocaba el piano con los ojos entrecerrados. A un lado, la chimenea consumía papeles y fotos, al menos eso me pareció desde mi sitio. La composición de Yiruma: «*River flows in you*» sustituyó a Bach minutos después. Adoraba esa composición.

«¿Crees en la reencarnación?» me preguntó cierta vez Anna.

En aquel entonces, mi respuesta fue un no contundente. No creía en muchas cosas, pero ahora, empezaba a tener dudas, muchas dudas.

Matt se levantó de la butaca y cubrió el piano con una sábana. Se secó las lágrimas con un pañuelo y luego apagó el fuego de la chimenea con un cubo de agua. Giró sobre sus pies sin dejar de llorar.

—Adiós —vocalizó sin fuerzas.

¿Se despedía de su vida pasada? ¿Era eso? Corrió las cortinas y cubrió los muebles mientras yo me partía en dos tras la estantería, incapaz de controlar el llanto.

«Dios» musité y me tapé la boca para ahogar el llanto. Matt salió de la casa como había entrado, en silencio. Me deslicé por el mueble hasta sentarme en el piso, preso de un ataque de llanto incontrolable. Mi padre lo sabía, por eso lo miró de aquel modo aquel día. ¿Cómo eso era posible? ¿O me estaba volviendo loco? Me levanté del piso y me acerqué a la chimenea. Entre las cenizas, había restos de fotos de Matt y otras personas, las que formaron parte de su vida pasada. Una moneda de un centavo de marco se encontraba entre las cenizas. Era la moneda que le regalé.

—Es él... —me dije, con la voz rota—, es mi... mi... gemelo... —me arrodillé y enterré la cara entre las manos—, Matt... —dije, llorando—, Matt... —lloré con toda el alma—, al fin, has vuelto a casa...

Salí de la mansión de noche, tras buscar las huellas de mi hermano. Entre sus cosas, encontré una foto nuestra del campamento. Era la única foto que teníamos juntos de aquel indeleble tiempo en que no sabíamos que éramos hermanos. Lo guardé en mi cartera junto con la

foto que encontré en el sótano de casa en Toscana. Las únicas fotos que tenía con mi gemelo.

—¿Marcello? —me dijo Matt cuando llegué a casa.

Estaba en el jardín, sentado en el borde de la fuente del ángel de Anna. Un trueno en el cielo nos hizo respingar a los dos. Pronto llovería.

—¿Te pasa algo?

Las lágrimas rodaban por mis mejillas una tras otra sin parar. No podía decirle lo que pensaba, temía alterar algo y volver a perderlo, así que, decidí callarlo para siempre. Morir con esa duda. Con ese secreto.

—Pensaba en nuestros padres y en lo que vivieron —le contesté, anegado en lágrimas—, en cómo hubiera sido nuestras vidas si aquel demonio llamado Zeus no hubiera cambiado nuestros destinos.

Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras dentro de la casa empezaba a sonar «*Ashes*» de Celine Dion, la canción que Anna escuchaba para escribir su actual novela: Almas perdidas, almas encontradas. Matt se incorporó a cámara lenta y sin decir nada, me estrechó con todas sus fuerzas.

«Matt» musité y me aferré a aquel abrazo como si la vida misma se me fuera en él.

—¿Crees en las segundas oportunidades, Marcello?

Una tímida lluvia empezó a caer sobre nosotros dos bajo la mirada atenta de aquel ángel de cemento que parecía estar observándonos. ¿Fue obra de ellos?

—Sí —le dije, llorando—, ahora sí.

Las luces de la fuente se encendieron de repente y el agua empezó a caer del jarrón que aquel ángel sostenía. Matt y yo lloramos con amargura aquel soñado reencuentro escrito por Dios.

—Yo también, Marcello.

Y en el cielo, al fin, nuestros padres encontraban la paz.



El fin de semana llegó y con él, la gran noche de Gigo. Matt se puso una camisa gris y unos pantalones negros muy elegantes. Estaba bastante bronceado, tanto o más que yo tras las vacaciones en el Caribe semanas atrás. Mientras me hablaba, evoqué lo que el conde me dijo días atrás.

«Ludwig von Höllemann es un empresario multimillonario que tiene una agencia muy parecida a la nuestra».

Aquel nombre me era tan familiar, pero no sabía de dónde me sonaba. Cuando vi su foto, era como si lo conociera de algún lugar. Pero no tenía idea de dónde.

—¿Qué tal estoy? —nos preguntó Jonás.

Los cuatro optamos por vaqueros y camisas informales. Matt se arregló el pelo y cogió algo de la mesa. A veces no podía evitar mirarlo con cierta curiosidad. A veces, me preguntaba si él era consciente de que su alma no era la misma antes del coma. Jamás volvió a su casa, la mansión que ahora pertenecía a su heredero universal. El padre Peter. Me prometí a mí mismo no averiguar nada, no alterar el curso normal de aquello que nos tocaba vivir. Por temor, más que nada.

—¿Marcello?

—*Gut* <sup>[24]</sup>—le dije tras otearnos.

—Soy el más guapo —lanzó Matt.

—Y el más modesto —le dijo Erich—, robaste mi puesto.

Erich hizo una mueca de fastidio.

—¿Te cuento un chiste de rubio, Erich?

Pusimos los ojos en blanco.

—No, gracias.

Matt le contó de todos modos.

—Un rubio llega a su casa temprano del trabajo y oye ruidos extraños, provenientes del dormitorio. Se apresura a subir y encuentra a su esposa desnuda en la cama, sudando y jadeando. «¿¡Qué pasó?!» le dice él, asustado. «¡Estoy teniendo un ataque al corazón!» grita la mujer. El rubión se apresura a bajar para coger el teléfono, pero justo cuando está marcando, su hijo de 4 años se acerca y le dice: «¡Papá! ¡Papá! ¡El tío Ted está escondido en tu armario y no tiene ropa puesta!».

—Mmm —dijeron Jonás y Erich.

Pero Matt los ignoró.

—El tipo deja el teléfono y entra torpemente en el dormitorio, pasa al lado de su esposa, que llora, y abre la puerta del armario. Efectivamente, está su hermano, totalmente desnudo, acurrucado en el suelo del armario.

Me reí entre dientes.

—Maldito bastardo, le dice el rubio. «¡Mi esposa tiene un ataque al corazón y tú estás corriendo desnudo y asustando al niño!».

Peter se echó a reír, era el único que reía de los chistes de Matt.

—¡Buenísimo!

—Mmm —refunfuñaron los rubios—. Ya me vengaré —musitó Erich, con una expresión muy ladina.

¡Era mi infierno personal!

Llegamos a la fiesta de despedida de Gigo en el centro de Hagen. Bajamos del coche y escrutamos el sitio con ojos curiosos.

—Es más bien una taberna —les dije y ellos asintieron condescendientes—. Demasiado decente, diría yo.

—Eso pensé —me dijo Matt mientras se remangaba la camisa—. Aunque esa canción...

Madonna asaltaba el lugar, advirtiéndonos qué tipo de fiesta nos esperaba dentro.

—*Material girl* —repuso Peter, y le dirigimos una mirada curiosa—. También os gusta —nos dijo y sonrió con malicia—. Mmm.

«Sin comentarios».

—Amaba a Madonna —nos dijo Matt—, las pajas que le dediqué antes de follármela en persona.

Los cuatro clavamos las miradas en él.

—¿Cómo? —le dijo Erich, incrédulo.

Pero yo sabía que decía la verdad. Mi hermano tuvo una vida bastante ajetreada y lujuriosa.

—Es coña —le dijo Matt.

Río por lo bajo antes de alargarnos unos chicles.

—No me la follé —dijo riendo—, ella me folló a mí.

Cogimos las gomas y las metimos en la boca sin rechistar. Tenían un sabor exquisito y un

poco raro a medida que la masticaba.

—¿Qué tienen esas gomas? —quise saber.

—Un poco de marihuana —soltó Matt como si tal—, para relajarnos un poco —me palmeó la espalda—, estáis muy estresados y decidí daros algo especial.

—¿Es coña?

Empecé a canturrear la canción de Madonna y a mover un poco las caderas de un modo bastante sospechoso.

—Claro —repuso Matt, con expresión ladina.

—Material girl —canturreó Peter.

Jonás recogió su melena rubia en un rodete.

—Es chicle normal —nos dijo Matt.

—Ajá —le dijo Erich, con suspicacia.

—Os prometí que me comportaría bien —nos recordó Matt—, que no volvería a drogaros.

Me sentía tan pequeño al lado de aquellos gigantes de casi dos metros. Pero yo era el más deseado por el futuro novio.

«Eso sonó delicioso» me dijo Gigo en mi cabeza.

¿Qué hacía en mi cabeza? ¿Era el efecto del chicle alucinógeno?

«Prefiero tu ropa interior» me dijo el muy desvergonzado.

Ni likes, ni comentarios.

—Matt, estos chicles no son alucinógenos ¿verdad?

Me miró con asombro.

—No...

—Mmm.

—Te lo juro por la vagina virginal de Madonna.

No comprendí sus palabras y mis amigos tampoco.

—Está bien.

Entramos y miramos horrorizados a dos hombres de tanga en el palco, deslizándose por un caño con mucha soltura.

«Dios mío».

Alexis, la otra libélula, grababa el show con su móvil.

—Jesús —soltó Matt—, ¿es un club de striptease gay? —nos miró de reojo—, había estado en uno, pero de lesbianas —acotó.

Lo miramos con curiosidad, como si acabara de salirle un pene en la frente. ¡Dios! ¡Mi lado gay estaba aflorando!

«Es el chicle» me dije, pero con poca convicción.

—Hacían deliciosas tijeras —apostilló Matt—. Fue maravilloso, hasta que una mujer de unos doscientos kilos trató de hacerlo con otra de su mismo peso.

—Aggg...

—Fue grotesco, pero me excitó de todos modos.

Asentimos sin abandonar nuestros dejes de espanto.

—Ah...

—No despreciaría jamás a una mujer ni por sus kilos de más, no de menos. ¡Jamás! ¡Un macho alfa no rechaza una vagina jamás!

—¡Aggg! —chillaron los presentes al oírlo—. hola —nos saludaron.

Todos se volvieron y nos miraron con... nos miraron con... con avidez, como unos perros hambrientos mirarían un buen trozo de carne. Erich, Jonás y Peter se pusieron detrás de mí, como

dos damiselas en apuros mientras Matt les saludaba con amabilidad a todos. ¡Era tan social!

—¡Hola! —nos saludó Gigo, con su peculiar alegría—. No os asustéis, sé que en la invitación decía tragos y bocadillos, pero, ¡no me resistí y contraté unos strippers! —me miró con deseo y luego a Matt—, doble penetración —solfeó con una voz muy inquietante.

—En tus sueños —le contestamos ambos al unísono.

—Si supierais lo que hicimos en mis sueños...

—Mmm.

Intentó besarnos, pero nos limitamos a tenderle la mano. Soltamos un gemido al clavar los ojos en los culos de aquellos hombres que meneaban las caderas de un modo muy, pero que te muy «inquietante».

«Piensa en Anna Bellini» me dije y cerré los ojos. No estaba funcionando. Scheiße!

—¡Holaaa! —nos saludó Alexis—. ¡Mi vikingo favorito!

Una mueca de estreñimiento se asomó en la cara de Jonás, que estaba algo bronceado para no decir, sonrojado como un marisco. Gigo y Alexis nos miraron con deseo, como si fuéramos unos enormes consoladores a batería.

«Menos, Marcello».

—No se me armaría ni con una pistola apuntada a la cabeza —susurró Erich, horrorizado.

—Ni en la horca —acotó Peter, tan asombrado como el rubio.

—Ni dopado —espetó Jonás, tan azorado como ellos.

—Ni en coma —dijimos Matt y yo.

Gigo nos llevó a una mesa, y nos sirvió unas copas muy llamativas.

—Goza en mi cara, chúpame los huevos, lámeme el culo y méteme donde quieras —nos dijo en tono sensual y lo miramos con estupor—. ¡Nombre de las bebidas, tontitos!

El mesero, semidesnudo, nos echó el ojo antes de pasarnos unos collares de flores. Cogimos los mismos con manos temblorosas y bolas encogidas. Aquel sitio era más asustador que un Gulag ruso en plena Segunda Guerra Mundial. Un nazi sentiría menos miedo en un calabozo ruso.

La canción de Matt empezó a sonar.

—¡Dance Monkey! —soltó Matt y empezó a hacer un directo vía Instagram—, estamos en la despedida de Gigo —él apareció en la pantalla y lanzó besitos.

—Marcello y Matt —dijo con su vocecilla de hada—, estáis a tiempo de impedir esta boda.

Matt se puso a mi lado con el móvil enfocado en nosotros.

—¡Ni de coña! —exclamamos y Gigo apareció en medio de ambos—, ¿cómo...? —le dije, asombrado y el muy cabrón nos dio un beso en la mejilla a cada uno.

—Bebed y relajaos —nos aconsejó Gigo—. Permiso, debo atender mis otros invitados.

Nos tocó el culo de paso.

—Mmm —dijimos los cinco.

Alexis nos lanzó un beso antes de alejarse con Gigo.

—Prefiero las lesbianas —nos dijo Matt—, Albert casi tuvo un infarto cuando le envié a un club como este —se rio a carcajadas—, fue cuando empezó a dudar de su sexualidad —se puso serio.

Supuse que el tal Albert fue su víctima en el pasado.

—En fin... —dijo y terminó su directo.

Unos tíos acababan de entrar en el lugar. Gritaron de un modo muy, pero que te muy, escandaloso, como si estuvieran en el concierto de Madonna o Lady Gaga. Erich comenzó a comer

las uñas, Peter a rascarse la cabeza y Jonás a morderse la punta de la melena mientras Matt masticaba el chicle con cierta impaciencia. Yo, mal podía cerrar la boca.

—Está exquisito —resaltó Peter, tras beber su copa—. Lámeme el culo —leyó la etiqueta de su bebida—. Sin comentarios.

Quería ser el pez Doris en estos momentos.

—Pues... —Erich leyó la suya—, méteme donde quieras no está nada mal.

—Chúpame el orto con la punta de la lengua está deliciosa —soltó Matt, y se puso serio.

Jonás y yo ni siquiera leímos las nuestras. Bebimos para relajarnos un poco.

—¿Más chicles? —nos preguntó Matt.

Nos miramos y luego a él.

—¡Sí!

Si tenía marihuana, pronto tendría efecto en nosotros. Tras unos tragos, Lady Gaga usurpó nuestros cuerpos. Empezamos a reírnos como locos y a silbar a los strippers como si fueran unas bellas y sexis mujeres.

—¡Mi Cher interior acaba de aflorar! —chilló Erich.

—¡Soy Demi Moore! —bramó Matt.

Jonás subió al palco y se quitó la camisa negra de un tirón, como un stripper profesional. Todos gritaron y pidieron más. Subió Peter e hizo lo mismo, alegrando a todos con su sensual baile. Erich no se resistió y los siguió. Matt igual, ¡era un profesional en el caño!

—¡Marcello! ¡Marcello! ¡Marcello! —clamaron a voz en cuello los presentes y la adrenalina domó mi timidez.

—¡Pon la canción: *Despacito!* —exigí al DJ, y al rato, Luis Fonsi asaltó el lugar.

Me levanté de un salto y subí al palco dispuesto a enseñarles cómo se bailaba aquella sensual e inolvidable canción.

—¡Mi amor! —gritó Gigo y saltó—, ¡es mi Marcello!

—¡Solo tuyo! —le grité y él perdió el conocimiento.

Me desabroché cada botón con mucha sensualidad mientras los presentes canturreaban a viva voz la canción.

—¡Mi amor! —chillaron y me animé a más.

Meneamos las caderas con mucho erotismo, como alguna vez la tía de mi secretaria nos enseñó.

—¿Queréis más? —gritó Peter, y se quitó los pantalones vaqueros.

Le copiamos el gesto. Nuestro lado «gay» asumió nuestras acciones a partir de entonces.

«Secreto en la taberna».

No recordaba cómo, ni qué hora llegamos a mi casa con Matt. Pero me pasé vomitando toda la madrugada y él también.

—Tranquilo, mi amor —me dijo Anna, y volví a vomitar.

—Nos doparon, cielo.

—Mi vida, tranquilo.

Me quité las ropas para ducharme tras evacuar mi estómago.

—¿No llevaste ropa interior? —me preguntó Anna, y puse los ojos como platos.

—¡Nooo!

Ninguno llegó con ropa íntima.

—No ha pasado nada —les dije sin mucha convicción.

Erich y Peter enarcaron las cejas en un gesto de desconfianza. Jonás y Matt parecían meditar al respecto.



—¿Os duele el culo? —soltó Matt, y resoplamos como machos alfas.

—¡Nooo!

—Tampoco a mí —suspiró aliviado—. O caso contrario...

—¡Nooo!

Para empeorar la situación, el domingo, en pleno almuerzo entre amigos, mi hija adolescente gritó:

—¡Papi! ¡Estáis en YouTube!

—¿Qué?

—¡Tenéis más de cinco millones de visualizaciones!

Casi tuvimos un infarto.

—*Was?! [25]*—chillamos monocorde y con las caras enrojecidas como unos tomates a punto de ir a la cacerola.

Anya nos enseñó el vídeo donde aparecíamos bailando con sensualidad: «*Despacito*». Sin camisa y sin dignidad.

—¡Dance Monkey! —gritó Matt y se quitó toda la ropa.

Delante de su parte íntima apareció un cartel negro con la palabra en blanco: censurado. Animados, también nos desnudamos al ritmo de aquella detestable canción, que sabíamos de memoria.

—¡Dance Monkey! —canturreamos, desnudos y con la moral a los pies delante de aquellas libélulas.

Gigo apareció con un velo y un ramo en el palco, entre los cinco, que posamos para una foto. Alexis dijo que ese vídeo sería el boom del momento.

—¡Os mataré! —grité.

Gigo y Alexis se miraron.

—Oh oh...

Y tras ello, los cinco les perseguimos por toda la casa.



## Anna - El secreto de la felicidad

### Meses después...

**G**igo y Antón se casarán hoy. ¡Matt y Lizzy también! Estábamos preparando la fiesta en el restaurante “Waldlust”, ¡nuestro restaurante desde este mes! Lo habíamos alquilado entre todos para mantener vivo aquel épico lugar condenado al olvido, infelizmente. La gente cambiaba de hábitos con el paso del tiempo.

—La mesa cinco desea esto —me dijo Marcello, uno de mis tantos camareros sexis—. Te amo, cielo —besó mis labios.

Jonás, Erich, Peter, Antón, Matt y un montón de agentes súper sexis trabajaban los fines de semana para mí y las chicas, en especial tras alegar que era pan comido. ¡Pagaron aquel comentario trabajando para nosotras!

—La mesa siete desea esto —le dijo Jonás, a Valentina tras besarla—. ¿Recuerdas nuestra cafetería, pulgarcito?

Ella le dio un largo y apasionado beso.

—¡Un chocolate para tu corazón! —suspiró hondo—. ¡Un príncipe a mis 30! —le dijo él.

Prostituir a nuestros maridos era un gran negocio. Chocamos los cinco mientras Alejandra y Sarah daban de mamar a sus hijos a un costado. Peter y Erich se durmieron en el baño, minutos atrás. Marcello y Jonás sintieron pena de ambos, mientras Matt hacía unos memes con sus fotos. Erich y Peter estaban sentados en las tazas con las cabezas recostadas contra la pared. Marcello colocó un rollo de papel higiénico en sus manos y les tomó unas fotos. Jonás les grabó mientras roncaban fuertemente. ¡Eran tan infantiles!

—¡Hora de la decoración! —exclamó Paula.

Su grito me arrancó de mi trance de golpe, devolviéndome al presente, al dulce presente.

—¡Está precioso! —chilló Paula—. ¡Será una gran fiesta!

El patio estaba repleto de mesas y sillas blancas con detalles en negro como quería Gigo y Lizzy, las novias.

—Me siento tan útil, Paula —le dije a mi prima con los ojos enrojecidos.

Me estrechó con fuerza.

—Eres esencial, Hormiguita —enterré mi cara en su pecho—, nadie es capaz de vivir sin ti, mujer.

Mamá me contó cómo sufrieron durante mi coma. Paula y Gigo prácticamente vivían en el hospital como Alex y Luigi. Ambos estuvieron pendientes de mí todo ese tiempo, me comentó mi prima cierta vez. El hecho de saber que eres amada no tenía precio. Volver a la vida fue un gran premio.

—¡Mamá! —chilló Ian—, Matt no sabe ponerse los zapatos.

—Ellos no sabrían vivir sin ti —me dijo Paula—, tampoco yo, prima.

Nos dimos un beso de esquimal como solíamos hacerlo desde niñas.

—Te quiero, Paula.

—Te quiero, Anna.

Con la ayuda de mamá y mi nana vestimos a mis pollitos mientras nos arreglábamos al tiempo. Daniel ya sabía decir algunas palabras en alemán, su padre y sus tíos se encargaban de enseñarle. Yo lo ayudaba con el italiano. Era un niño muy inteligente y muy cariñoso. Por fortuna, no le habían hecho nada en Colombia, tras los exámenes médicos y psicológicos lo hemos comprobado.

—Te quiero, tía —me dijo tras besarme en la mejilla—. A todos.

Era tan parecido físicamente a mis hijos, como si fuera un hermano más. Cuando creciera sería la copia fiel de su padre, de Matt. Marcello me abrazó por detrás.

—Te eché de menos, cielo.

Me volví y miré con ojos soñadores a aquel alemán que amaba con toda el alma. Le arreglé la corbata blanca con delicadeza. El traje negro le sentaba tan bien, aunque sin él...

—Y yo a ti, mi amor.

Los hombres vestían traje negro y corbata blanca. Las mujeres llevaban vestido blanco sin tirantes y falda amplia con detalles en negro. Pelo recogido y guantes negros de seda. ¡Estábamos tan elegantes!

—¿Eres feliz, cielo?

Le bajé la cara para besarle los labios.

—A tu lado siempre, Marcello.

Nos dimos un largo beso de amor mientras los músicos tocaban nuestra canción favorita: *Io che amo solo te* de Sergio Endrigo.

—¿Siempre piensas en todo, agente? —susurré sin apartar mis labios de los suyos—. Por eso te amo tanto, Marcello.

Bailamos sumidos en nuestros mejores momentos desde 1998.

—Ante todo en ti, cielo.

Le rodeé el cuello y giramos de un lado al otro con mucha gracia, como lo hicimos en nuestro primer curso de baile en Pisa. ¿Lo recordáis? Para completar «*Se*» de Josh Groban empezó a sonar de fondo.

—Te amo tanto —su voz se quebró—, la muerte es solo el inicio, cielo —sus ojos se nublaron—, no me imagino una vida sin ti, Anna Bellini.

Una lágrima se resbaló de mi ojo y él, como de costumbre, la enjugó con el dedo pulgar.

—Te amo, Marcello —reclinó la cabeza y posó los labios sobre los míos—. Por toda la eternidad.

Giramos de un lado al otro mientras los invitados iban llegando, entre ellos el conde Monteschinni y su esposa.

—Me siento como un pingüino —me dijo con sorna—. Gigo eligió estos pantalones súper ajustados ¿no, cielo?

Me reí entre dientes.

—¿Es necesario responderte?

—No.

Giramos con gracia por el lugar, como si allí estuviéramos completamente solos. Se detuvo y ahuecó mi rostro entre las manos al tiempo que posaba la frente sobre la mía.

—¿Sabías que cuando un pingüino encuentra pareja, permanecen juntos para toda la vida?

Macello besó la punta de mi nariz.

—Tú eres mi pingüino —me dijo con ojos melosos.

Hice una mueca divertida.

—¿Por mi tamaño y mis curvas?

Sonrió de lado.

—¿Cómo podría vivir sin esto?

Me sonrojé como un tomate.

—Es imposible vivir sin tus tonterías, cielo.

¿Eh? Puse cara de Rambo perdido en medio de la cinta de Fast & Furious. Rio de buena gana ante mi deje de estupefacción.

—¿De qué estás hablando, Willis?

Reía a mandíbula batiente, en especial cuando le pellizqué el brazo. Me dio un beso muy apasionado por respuesta.

—¡Hora de la boda, cielo! —seguía riendo.



Los novios llegaron y se posicionaron en el altar que montamos en el jardín. El sol seguía imponente aquel hermoso sábado de junio. Matt y Antón estaban guapísimos con sus trajes de novios. Marcello y sus amigos eran los padrinos de ambos. Gigo y Lizzy llegaron minutos después. Mi amigo estaba tan hermoso con su traje blanco y sus zapatos blancos. Lizzy parecía una princesa con su vestido estilo medieval. Los ojos de Matt se llenaron de lágrimas y los de Antón de un brillo incandescente.

—Espero que seas muy feliz, Gigo —le dijo Marcello, antes de darle un tímido beso en los labios.

Gigo palideció y casi perdió la consciencia ante el gesto de mi marido. Era un regalo de ambos, por todo lo que había hecho por nosotros los últimos meses en que se pasó cuidando a nuestros pollitos con Paula y mis padres. Gigo era mi hermano del alma. Matt carraspeó nervioso y Gigo alargó los labios.

—Gigo —le reprendió Antón.

Le pellizqué el culo.

—Uy, ¡Marcello!

—No —le dije y él me miró decepcionado—, pon atención.

La ceremonia estuvo plagada de lágrimas y sonrisas. ¡Fue una ceremonia tan emotiva! De pronto, un helicóptero cruzó el cielo y una lluvia de pétalos de rosas rojas y blancas cubrieron el lugar. ¡Indecible! Lizzy y Matt se dieron un largo y apasionado beso de amor al igual que Antón y Gigo.

—¡Felicidades! —gritamos a coro y aplaudimos al tiempo.

El vals nupcial comenzó a sonar de fondo y los novios se dispusieron a bailar en el centro del jardín, cerca del palco montado a un costado donde estaban los músicos.

—¿Bailarías conmigo esta pieza, cielo? —me dijo Marcello—, mi dulce amor.

En aquel mágico instante, más pétalos de rosas cayeron del cielo.

—¿Te gusta, cielo?

¿Aquella lluvia de pétalos de rosas era para mí? ¿Era obra suya? Reclinó la cabeza y

capturó mis labios en un apasionado beso de amor.

—Eres mi mundo, Marcello —susurré sobre sus labios—, mi todo.

Paula, Valentina y Alexis gritaron de un momento a otro, cuando el helicóptero posó en el patio del restaurante.

—¡Es Luis Fonsi! —exclamaron a voz en cuello—. ¡Es Luis Fonsi y Daddy Yankee!

Marcello escrutó embelesado al cantante, aquella sorpresa nadie se lo esperaba. El conde sonrió ampliamente al ver las caras de sus agentes. ¿Era obra suya? Los cantantes saludaron a todos y tras ello, subieron al palco y «Despacito» empezó a sonar en vivo.

—¡La sorpresa! —chillaron Erich y Peter.

Se quitaron las chaquetas a toda prisa y remangaron las camisas negras hasta los codos. Marcello y unos cuantos agentes empezaron a bailar aquella famosa canción con mucha sensualidad y de una manera muy bien sincronizada.

—¡Síí! —chillamos todos los presentes.

El conde y su mujer aplaudían el baile de Jonás, Peter, Erich y Marcello, que comandaban el baile especial que habían preparado para los novios. Gigo gritaba emocionado al lado de su esposo. Alexis, a su vez, parecía una mariposa que zigzagueaba entre ellos con una gracia única. Gigo lo siguió, su alma de libélula era indomable.

«Y la felicidad al fin llegó a nuestras vidas, despacito, pero llegó».

Anya grababa el espectáculo con su móvil como muchos de los invitados lo hacían. Aquel vídeo era digno de muchos likes en el futuro.

«El secreto de la felicidad era este, el hecho de estar vivos y con aquellos que amábamos».

A continuación, unos fuegos artificiales estallaron en el cielo en honor a los novios mientras unos millones de corazoncitos de papel caían sobre nosotros como si fueran gotas de lluvia. Regalo de Nicolás Ricci y Paula.

—¡Despacito! —chillamos los presentes a viva voz—. Pasito a pasito, suave suavecito nos vamos pegando poquito a poquito. ¡Ey! ¡Ey! ¡Pasito a pasito, suave suavecito, nos vamos pegando poquito a poquito! ¡Despacito!

¡Luis Fonsi volvió a cantarla tras finalizar la primera vez! Marcello me buscó y la bailamos con mucho erotismo mientras en la enorme pantalla montada tras el palco enseñaba miles de fotos de los novios.

—Matt está muy enamorado —le dije a Marcello.

Mi marido escrutó a su hermano, que bailaba con Lizzy a nuestro lado. Matt le dedicó una sonrisa antes de perderse en un profundo beso de amor.

—Ven, cielo —me dijo Marcello de un momento a otro.

¿Adónde me llevaba? Fuimos al hotel y subimos a uno de los cuartos. Marcello colocó nuestra canción «*Io che amo solo te*» versión Fiorella Mannoia.

—¡Oh, por Dios! —chillé al ver el cuarto repleto de calas—. Mi amor... —las lágrimas anegaron mis ojos.

Se acercó con una cala entre las manos. La cogí emocionada hasta el alma.

—Tus padres cuidarán a nuestros pollitos por una hora, cielo —me dijo, sonriendo de oreja a oreja—, necesitaba estar a solas contigo —dibujó mi cuello con sus labios—, sentirte —bajó la cremallera del vestido lentamente—. Amarte entera...

—Marcello —gemí mientras le ayudaba con su camisa—, te amo tanto —un enorme nudo se me formó en la garganta—, no podría vivir sin ti.

—Tampoco yo, cielo —susurró antes de hundir su lengua en mi boca—, tú eres el motor de mi corazón.

El amor verdadero es para siempre... Incluso la muerte era un puente para llegar a él...



## Marcello - La felicidad

**D**os semanas se había pasado tras la boda de Matt y Lizzy y Gigo y Antón, que seguían de luna de miel por Italia. La ceremonia fue bastante emotiva, en especial para Matt, que volvía a casarse con su mujer tras la muerte.

—*La vida es un misterio, Marcello —me dijo antes de su viaje—, como la muerte.*

—*La felicidad es el puente entre ambas dimensiones, Matt.*

*Estábamos en la terraza del restaurante, observando el cielo estrellado mientras bebíamos un poco de cerveza.*

—*Lo que haces en vida, recibes tras la muerte.*

*Pensé en nuestra madre y las lágrimas se hicieron presentes.*

—*El secreto es no perder la fe.*

«Los milagros existen» me dije al volver al presente con un enorme nudo en el pecho. Escruté la moneda que Matt me regaló en el pasado y una lágrima osó atravesar mi mejilla.

—Tu secreto morirá conmigo, Matt.

El temor a cambiar algo, me obligaba a callar, a enterrar aquella duda que siempre asombraría mi vida. Mi móvil timbró, era Matt. La canción «Dance Monkey» me lo advertía. Era un vídeo suyo y de Gigo.

—Estamos bien —me dijo Matt, sonriente—, felices los cuatro —Gigo lo miró con adoración—, pero por separado —lo empujó—, ¡no toques mi culo, Gigo!

—No puedo evitarlo, eres tan parecido a él —miró la pantalla con su cara de Bob Esponja enamorado—, tú, Marcello.

Una risita agitó mi pecho y unas lágrimas rodaron por mis mejillas ante la fuerte emoción de tenerlos en mi vida. Matt se puso serio al atisbar el mar. Tal vez pensaba en los suyos, en aquellos que jamás volvería a ver.

—¿Quieres un bocadillo? —me preguntó Erich, desde la cocina y me arrancó de mi trance.

Estábamos en su apartamento aquel caluroso día.

—Sí, gracias.

Él discutía con Peter y Jonás, para variar. Esbocé una sonrisa. Era un hombre muy bendecido. Muy afortunado.

—¿Por qué no lames mi culo, vikingo?

Reí entre lágrimas. No los cambiaría jamás. Y la vida sin ellos no sería la misma. Eran esenciales como el aire mismo.

—¡Porque es feo!

Mi móvil de emergencia timbró y los cuatro nos paralizamos ante ello. Cuando aquel móvil timbraba, nunca era buena señal. Cogí la llamada, era Annabella, mi secretaria.

—Dios mío... —le dije con el corazón latiéndome a mil por hora—, estaremos ahí lo más rápido posible —colgué.

—¿Qué pasó? —me preguntaron mis amigos al ver mi cara descompuesta por la tristeza.

Aspiré una gran bocanada de aire antes de responderles.

—La mujer y el hijo de Albert Schmidt murieron en un accidente de tráfico esta tarde.

Albert Schmidt era uno de nuestros mejores agentes, el más disciplinado y socarrón de la

agencia. Siempre estaba feliz, siempre estaba de buen humor.

—Jelines de chocolate —siseó Erich, con la cara descompuesta por la noticia—. Pobre Albert.

Jonás llevó las manos a la cabeza y soltó un bufido de dolor. Peter se sentó de golpe en el sofá. Yo mal podía respirar ante la triste noticia.

—Iré a verlo —anuncié y me levanté.

—Iremos contigo.

Días después, en el sepelio, Albert nos desgarró el corazón con su emocionante discurso de adiós.

—La última vez que abracé a mi mujer y a mi hijo —las lágrimas anegaron su rostro rubicundo—, ellos estaban en una fría mesa sin vida —suspiró hondo—, y ya no podían escucharme, ni sentirme, ni devolverme el gesto.

Apretujé la mano de Anna con fuerza.

—Cogí a mi mujer —simuló con los brazos el gesto—, y le dije: siempre te amaré, Evelyn, aunque pasen mil abriles antes de volver a vernos...

Las lágrimas atravesaron mi rostro al tiempo que estrechaba a mi mujer con brío contra mi cuerpo.

—Luego cogí en brazos a mi pequeño hijo de diez años —Erich sollozó—, y le conté su cuento favorito —meció sus brazos—, y tras ello, le di el último beso —el dolor se adueñó de él por completo—, pero él no me dijo: te quiero, papi como siempre lo decía tras escuchar su cuento.

Evoqué a mis hijos y lloré con amargura.

—Lo único que me consuela —se sorbió con fuerza por la nariz—, es que mientras vivieron, siempre les dije cuán importantes eran en mi vida... —sonrió con amargura—, no debemos perder un solo segundo de nuestras vidas sin decir a aquellos que amamos cuán importantes son en nuestras vidas.

Valentina se abrazó a Jonás, que permaneció quieto en su sitio. Peter estrechó a su mujer con afecto mientras una tímida lágrima atravesaba su mejilla.

—Anoche, mientras veíamos una película infantil con nuestro hijo, mi mujer me dijo: si muero antes de ti, Albert —miró con devoción el ataúd de su mujer—, quiero que sepas que fui la mujer más feliz de este mundo, y que siempre, siempre te volvería a elegir a ti —se secó las lágrimas con un pañuelo—. La vida es un instante, amigos míos. Hoy puedes estar con todos aquellos que amas y, mañana —se arrodilló en medio de los cajones y posó las manos en ellos—, puedes estar enterrándolos... —lloró con amargura—, solo por unos instantes —todos nos conmocionamos—, imagínense estar en mi lugar...

Albert besó los cajones encharcado en dolor. El recuerdo de mi madre asaltó mi mente en ese preciso instante y despertó el dolor que experimenté el día de su muerte. Apretujé a Anna con más fuerza, porque en aquel entonces, ella no estaba conmigo, físicamente. Porque nuestras almas siempre estuvieron conectadas más allá de la distancia y el tiempo.

—Adiós, mi primer y único amor —rozó el cajón con la mano—, fui tu Romeo en el colegio —ahogué un sollozo—, y tú mi dulce Julieta —volvió a besar el ataúd—. Durante siete años esperamos a nuestro bebé —besó el pequeño ataúd de su hijo—, mes a mes sin perder la esperanza, y cuando llegó, sin que lo esperáramos más, casi nos morimos de alegría... —me rompí a llorar—, Dios nos envió al mejor de sus ángeles —estreché a Anna contra mi cuerpo—. Has estado diez años a mi lado, diez maravillosos años a mi lado, mi pequeño campeón...

Levantó la cabeza y escrutó el cielo.



—Tú mejor que nadie sabes lo que haces —dijo sollozando—, ya nada me resta en esta vida más que bellos e indelebles recuerdos.

El dolor de Albert ahora pertenecía a todos.



Decidimos ir al apartamento de Erich tras el sepelio. Necesitábamos un momento a solas con nuestros pensamientos y, ante todo, con nuestros sentimientos.

—Si me pasara algo similar —dijo Erich llorando como un crío—, moriría de pena —mis ojos se llenaron de lágrimas—, por un momento, por un infeliz momento —su voz se enronqueció—, imaginé a Sarah y a uno de mis hijos en aquellos ataúdes, por... Dios... —mi cuñado enterró la cara entre las manos y se rompió a llorar.

Lloramos quedamente en nuestros sitios, sintiendo el dolor de nuestro colega como si fuera nuestro.

—Pobre, Albert... —se me escapó en un susurro bañado de dolor.

Fuera empezaba a llover de manera desapacible mientras evocaba lo que Anna me dijo antes de salir de casa...

*—La muerte es sólo un viaje —me dijo tras besarme—, mi cielo es el tuyo, Marcello —acomodé mi cabeza sobre su regazo y lloré, estaba sobrecargado—, shhh —ronroneó mientras me acariciaba la cabeza.*

*Me puse en el lugar de Albert, y, por unos instantes, vi a Anna en un ataúd. El dolor que sentí fue indescriptible. Me encogí en los brazos de mi mujer y lloré con toda el alma.*

*—Te amo tanto, Marcello —lloró conmigo.*

*No podría vivir sin ella, no tras conocerla. Anna era mi corazón y si me lo arrancaran, moriría al instante.*

Erich se levantó tras enjugarse las lágrimas con un pañuelo totalmente empapado y me arrancó de mi trance de golpe. Se acercó a la televisión y conectó el móvil a ella.

—Este vídeo lo hice días atrás —nos dijo con la voz nasal—, cuando lo vi —se rompió un poco más—, me dije llorando: ¡qué bendecidos somos!

Me levanté y lo abracé con afecto. Erich se rompió a llorar entre mis brazos como el día que murieron sus padres.

—Nunca pude decirles a mis padres cuánto los quería —lloró con amargura—, y no hubo un solo día en que no me arrepintiera de ello...

El recuerdo asaltó mi mente y zarandeó con violencia mi corazón. Los tres estábamos en la casa de Erich cuando unos policías aparecieron y nos dieron la peor noticia de nuestras vidas. La señora Lena y el señor Marcus Stolz habían sufrido un grave accidente de tráfico a pocos kilómetros de Hagen. Erich no reaccionó, no dijo nada, no lloró. Durante el sepelio se limitó a mirar ambos ataúdes mientras su hermana mayor perdía por completo la sensatez.

—Los echo tanto en falta —sollozó Erich, y me devolvió al presente—, ¿por qué no les dije cuánto los quería? —preguntó, con la cara empapada y muy enrojecida—. ¿Por qué?

Mi amigo tardó seis meses antes de romperse a llorar por sus padres en el pasado. Lo hizo mientras veíamos «Casper» en la televisión. Casper le contaba a Kat su historia en la cinta cuando mi amigo al fin desahogó su corazón. Erich lloró con tanta amargura que, al final, los tres terminamos llorando con él.

—Ellos siempre lo supieron, Erich —le dije, ahogado por el dolor—, ellos siempre lo supieron, amigo...

—Yo tampoco pude despedirme de mis padres —dijo Jonás, anegado en lágrimas—, no tuve tiempo para eso y se marcharon sin saber que eran... —no pudo terminar la frase.

Los tres lo miramos con profundo pesar.

—La noche anterior, mi madre estaba viendo una película —sonrió con nostalgia—, Stefan y yo, para variar, estábamos discutiendo por algo y ella nos llamó. Ambos recostamos nuestras cabezas en su regazo como nos gustaba —se sorbió por la nariz—, ella nos acarició las cabezas y nos dijo que nos amaba con toda el alma y que siempre, siempre velaría por los dos... —meneó la cabeza en un gesto negativo—. Era como si, de alguna manera, sabía que pronto se marcharía.

A veces la muerte nos otorgaba una oportunidad para despedirnos antes de marcharnos. Mi madre murió en mis brazos tras decirme que era el mejor hijo del mundo y que algún día sería un excelente esposo y un padre muy cariñoso. El recuerdo agitó con violencia mi corazón...

*—Nunca cambies, mi amor —me dijo una semana antes de partir.*

*Le hacía masajes en los pies mientras las lágrimas atravesaban mi rostro una tras otra.*

*—Mutti —sollocé.*

*—Tu destino es Anna —articuló tras suspirar hondo—, tarde o temprano, volveréis a estar juntos, mi amor. ¿Aún la amas, cielo?*

*Lloré con amargura, mi madre se estaba muriendo y yo no podía hacer nada para evitarlo.*

*—Con toda el alma, Mutti.*

*Llevaba tiempo sin ver a Anna Bellini en aquel entonces. Pensé que no volveríamos a estar juntos, que nuestro destino en esta vida era estar lejos el uno del otro. Sin embargo, siempre desconfié que mi madre se encargó de acomodar bien algunas piezas de nuestro destino...*

—Mi madre me dijo que era el mejor hijo del mundo —comentó Peter—, me rogó que cuidara siempre a mis hermanos y a mi padre.

Peter era el más fuerte de los cuatro, pero aquel día, la pesadumbre lo desarmó.

—Me muero si algo le pasa a mi mujer y a mis hijos —se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano—, me muero...

Ninguno de los cuatro estábamos preparados para una prueba similar, creo que nadie nunca lo estaba.

—Os quiero —les dije—, no sabría vivir sin vosotros.

Aquella tarde lluviosa y ensombrecida, cuatro hombres, cuatro agentes, se reunieron para desahogar sus penas, para compartirlas y, ante todo, para buscar consuelo.

—Tampoco yo —dijo Jonás—, y eso que no llevamos mucho tiempo juntos.

—¿Vemos el vídeo?

—Sí...

Nos sentamos en el sofá y vimos el vídeo que Erich nos preparó de sorpresa días atrás para festejar el hecho de estar vivos. La banda sonora de Marley y yo sonaba de fondo, era su favorita.

—¡No! —chilló Peter frente a la videocámara, con cara de espanto—, ¡Erich lo hará!

Mi cuñado apareció con un bañador rojo y unas gafas de sol en forma de corazón. Empezó a bailar la canción que lo definía muy bien «*I'm too sexy*» del cantante Right Said Fred. Peter y yo nos pusimos tras él y desfilamos con gracia. Estábamos algo ebrios aquella noche del 2008.

—¿Cuándo fue aquello? —preguntó Jonás, con expresión ladina y ojos inflamados.

Peter y yo nos reímos al evocarlo.

—Fue en Sicilia tras una misión —repuso Erich, sonriente.

Después aparecimos bailando «*Despacito*», nuestro himno favorito.

—¡Me encanta esa canción! —chillé mientras cocinaba—. ¡Suave suavecito!

Peter apareció en la pantalla y simuló que la cantaba con una espátula que usó como micrófono. Erich giró el móvil y grabó la escena. Cogí un pepino y me dejé llevar por el ritmo latino de Luis Fonsi. Jonás cogió el móvil y nos grabó mientras bailábamos con destreza.

—¡Pasito... pasito... suave suavecito nos vamos pegando poquito a poquito!

Jonás giró el móvil y grabó su cara de espanto.

—¡Estamos locos! —chillamos, riendo.

En la siguiente escena, Erich apareció en la granja de Peter. Hacía un calor infernal aquel diciembre. Hice mi aparición minutos después, usando solamente un bañador azul al igual que mi cuñado. Peter grababa con el móvil desde su sitio.

—¡Pollitos! —chilló Erich, y cogió uno.

—¡No lo hagas! —exclamó Peter.

Ambos giramos los rostros y lo miramos con atención. Jonás apareció minutos después y salió corriendo al ver algo. Nos volvimos y nos encontramos con la madre del pollito.

—¡Nooo! —gritamos y salimos corriendo.

Ella nos persiguió estoicamente por todo el patio. Peter se carcajeó como un loco.

—¡Mala! ¡Gallina mala! —gritó Erich.

En otra escena, los cuatro llevábamos unas pelucas, fue en el cumple del vikingo.

—¡Hu! —dijimos los vikingos más falsos del planeta.

Gigo y Alexis nos persiguieron por toda la fiesta. Aquellas libélulas formaban parte de nuestras vidas.

—¡Marcello! —chilló Gigo, frente a la videocámara—, ¡soy tuyo!

Erich se carcajeó. ¡Tenía que ser obra suya!

—Te ama —me dijo y me dio un golpecito en el brazo—, y tú a él.

Sin comentarios.

—Quien calla... —dijeron Jonás y Peter—. ¡Otorga! —completaron los tres.

Observamos emocionados las imágenes de nuestros hijos y nuestras esposas. ¡Dios! ¡Éramos tan felices! ¡Tan bendecidos!

—Se hace tarde —les dije y me levanté.

Nos miramos y con lágrimas en los ojos nos abrazamos los cuatro.

—Os quiero —nos dijimos y nos separamos.

—Mañana toca barbacoa en lo de Peter.

—Nos vemos.

Cada quien siguió su camino.

—Hasta mañana.

Llegué a mi casa con el alma renovada. Crucé la puerta principal en silencio. Puse las llaves del coche sobre la mesita rinconera.

—¡Ya sé por qué te llaman hormiguita atómica, mamá! —chilló Ian, entre risas.

—¿Por mi culito redondeado? —se mofó Anna, y todos se rieron.

Me acerqué a pasos silenciosos hasta la cocina y escruté con ojos soñadores a mi hermosa familia. Se me nubló la vista al evocar la suerte de nuestro colega. No imaginaba dolor más grande que aquel.

—Estás preciosa con las trenzas, Abril —le dijo Anya tras besar a su hermanita—, ahora tú, Antonella.

Engel y Matt miraban concentrados a Anna e Ian.

—¿Por qué me llaman Hormiguita atómica? —repuso Anna tras besar a nuestro hijo más travieso.

Ian deslizó la manita en la cara de su mamá en un gesto muy cariñoso.

—Porque comes muchos bombones, Mutti —le dijo Ian, riendo—. Traficas bombones —acotó entre risas—, no sé qué es traficar —esboqué una sonrisa.

Anna puso cara de asombro y supe al instante lo que diría.

—¿De qué estás hablando, Willis?

Nuestros pollitos se echaron a reír. Esboqué una sonrisa ante la eterna ocurrencia de mi mujer, mi mundo, mi todo. Una lágrima atravesó mi rostro al evocar a mi hermano, a mi madre y a mi padre. Por unos instantes, por unos fugaces instantes, me los imaginé a ellos en la cocina. Los cuatro, felices, cantando o bromeando. Mi padre siendo un hombre amoroso y atento con mi madre. Matt tomándome el pelo cada dos por tres. Quizá hubieran tenido más hijos.

«El destino tenía otros planes, cielo» imaginé que me diría mi madre.

Anna rio de buena gana y me arrancó de mi trance. La miré con adoración, con embeleso, con amor infinito entretanto los recuerdos de nuestras aventuras asaltaban mi mente. Recuerdos desde que nos conocimos, desde 1998. Risas, lágrimas, peleas, bromas, aventuras, besos, muchos besos. Ella era, sin lugar a dudas, mi alma gemela.

El secreto de la felicidad la encontré en sus brazos, en su amor.

—¡Papá! —gritaron mis hijos al verme.

Anna se acercó y se abrazó a mí.

—Te echábamos de menos, mi amor.

Me recliné y le di un beso llorando con mucha pena.

—¿Qué tienes, papi? —me preguntaron mis hijos.

Los ojos de Anna se nublaron.

—Soy un hombre muy afortunado por tener a la mejor familia del mundo.

Estreché a Anna con mucho afecto.

—Te amo, cielo.

Ella mordió mi barbilla con suavidad.

—Y yo a ti, agente guapetón.

Le enseñé una caja de bombones, la misma que le había regalado la primera vez hacía más de veinte años atrás.

—*Alles Liebe* <sup>[26]</sup> —me dijo sonriendo con nostalgia—, oh, Marcello.

Mis hijos y mi sobrinito corrieron hacia mí. Me acuclillé y los abracé con mucho afecto.

—Os amo tanto —les dije, llorando—, sois mi mundo...

«La felicidad no tiene definiciones específicas, la felicidad se vive, se siente».

Y de pronto, alguien apareció tras nosotros.

—¿Vemos la película de los Minions? —propuso Matt, y todos saltaron de alegría, incluso mi mujer—. ¡Hemos vuelto!

Estreché a mi hermano como si lleváramos una vida entera sin vernos.

—Os echábamos mucho de menos —nos dijo Lizzy y cogió a Daniel en brazos—, por eso decidimos volver.

Matt ahuecó mi rostro entre las manos y sonrió.

—Te eché de menos, Marcello.

—Y yo a ti.

Sus ojos se nublaron.

—Toda la vida.

Y aquello confirmaba al fin mis sospechas.

—Te extrañé, aún sin conocerte, Matt.

Y en ese lapso, para completar nuestra dicha, llegaron nuestros amigos.

—¡Sí! —chillaron los niños de alegría.

Peter me enseñó unas cajas de cerveza y Erich un par de biberones.

—¡Día de familia! —gritó Jonás—. Sí que somos muchos —acotó al ver la cantidad de personas.

—¡Hu! —gritaron sus primos al entrar en la casa con las libélulas—, uy —dijeron ambos y nos echamos a reír.

Anna pidió pizza y nos enfilamos al jardín.

—¡Hola! —saludaron Paula y Nico—, ¡traje pizzas!

Nick y Anya se dieron un beso mientras Giulio saludaba a Anna. Kaori y Daniel también vinieron minutos después.

—¡Traemos cervezas y chipas! —gritaron las hermanas de Alejandra y sus maridos, hermanos de Peter.

—¡Sí! —gritaron todos.

Los observé con el corazón latiéndome a mil por hora. Si Dios me preguntara en este momento qué era la felicidad, le diría:

«Estar siempre con mi familia y mis amigos».



## Anna - El final es solo el comienzo...

**M**arcello decidió entrenarme, decidió convertirme en una guerrera, en un ejemplo de superación y en la única dueña de mi destino. Podía bajar los brazos, culpar a Dios y encerrarme en el dolor, pero decidí ser feliz tras comprender que la vida era una sola.

—¿Cuándo viajas a Sicilia, mi amor?

Algo escondía tras aquel viaje. No podía decírmelo, pero mi alma lo sabía.

—Fin de mes, cielo —me contestó sin agregar nada más.

Toqué el colgante en forma de ángel y sonreí.

—Todo saldrá bien, Marcello.

Aprovechamos las vacaciones de verano para empezar mi duro y extenuante entrenamiento.

—Iremos a Isola Santa —me dijo y sonrió—, en ese sitio nos conectaremos con tu guerrera interior.

¡Era su pequeño saltamontes!

—¡Sí!

Unas lágrimas se asomaron a mis ojos, me emocionaba mucho que Marcello creyera en mí, como nunca pude hacerlo yo misma.

—¿Crees en mí, Marcello?

Me dio un largo y apasionado beso de amor.

—Como tú en mí, Anna Bellini.

Le devolví el beso con el mismo frenesí.

—Te amo, Marcello.

Me miró con ojos de cordero degollado.

—Te amo tanto, cielo —me acarició la mejilla con ternura—, te daría mis ojos si pudiera —me rompí a llorar—, para que pudieras ver el mundo con claridad —besé su mano con adoración—, y pudieras cuidarme como hoy yo lo hago contigo —una lágrima atravesó su mejilla—, ¿me amarías igual, Anna Bellini?

Lloré con desconsuelo, anoche le dije que el amor que me profesaba tenía un ápice de piedad.

—Con todo mi ser, Marcello.

Besó mis ojos llorosos.

—Entonces, mejor que nadie comprendes lo que siento yo por ti —musitó con la voz quebrada—, es amor, cielo —asentí con la cabeza—, y el verdadero amor no tiene nada que ver con piedad o lástima. El verdadero amor no necesita ojos para ver más allá de lo visible —sonrió—, el verdadero amor es dar lo mejor de uno para ver feliz al otro, incluso la propia vida.

—Marcello —gemí de dolor—, eres mi corazón.

Cogió mi mano y la posó sobre su pecho.

—¿Puedes sentirlo, cielo?

Asentí con la cabeza.

—Cada latido suyo lleva tu nombre, Anna Bellini —lloré a moco tendido—, él no podría vivir sin ti, cielo...

Le di un beso como si fuera la primera vez que lo hacía en toda mi vida.

—Eres mi todo, Marcello...

Ahucó mi rostro entre las manos y posó la frente sobre la mía.

—Como tú lo eres para mí.

Nos marchamos al lugar entre risas y bromas, evocando nuestras travesuras durante la madrugada, hora especial para hacer de las nuestras. Miré a mi marido con ojos soñadores, Marcello estaba cada día más guapo y sexi. ¡Era como el vino! Deslicé mis ojos por su torso musculoso, sus brazos torneados y terminé mi inspección visual atrevida en sus maravillosas piernas y asociados. Él hacía lo mismo conmigo, oops, hizo una leve curva sobre mi tripita saliente, resultado de los bombones secuestrados y tantos embarazos. No era perfecta, pero él me hacía sentir exactamente lo contrario. Para él era perfecta tal cual era.

—Llegamos —me dijo con una deliciosa sonrisa en los labios.

—Cada año lo veo distinto —le dije, apenada—, aunque si cierro los ojos, puedo volver a ver como antes.

—Cuando cierro los ojos, te veo a ti en el muelle —me dijo, con nostalgia—, con diecisiete años.

Abrimos los ojos y nos miramos con amor infinito.

—Igual yo.

Nos aproximamos al lago, a pocos metros del muelle de madera. Marcello me pidió que cerrara los ojos y tras ello me quitó las gafas de sol.

—Confía en mí, cielo.

Me puso una venda de goma, era parecida a las gafas que usaban los atletas de natación. Me dijo que la había hecho uno de sus hombres en el laboratorio de la agencia, eran especiales para alguien con Retinosis Pigmentaria. El sol era nuestro peor enemigo, éramos como vampiros visuales. Dicho en otras palabras, siempre veíamos el mundo como si el sol estuviera sobre nuestros párpados. Nada era nítido, ya que el ángulo y la agudeza de los ojos eran muy limitados.

—Quiero que uses tus otros sentidos, cielo —me dijo con voz grave—, que te centres en ellos y olvides tu vista por completo...

A continuación, puso las canciones del grupo Audiomachine en su móvil, para amortiguar un poco la agudeza de mis oídos. Temblé de miedo por unos segundos, hasta que me cogió de la mano y me dijo que confiara en él.

—¿Te acuerdas lo que te enseñé estos últimos días, cielo?

Asentí con la cabeza.

—Lo pondremos en práctica ahora.

Aspiré y exhalé hondo antes de atacar a mi marido usando solamente los otros sentidos. Podía oír su respiración y también el ruido del agua. A punto estuve de caerme en el lago, pero mi instinto me salvó. Seguí el perfume de Marcello y el ruido peculiar de su respiración. Logré darle un golpe certero en el abdomen con los puños. Me sujetó las manos y aproveché para darle un golpe letal en su entrepierna. Sujetó mi rodilla antes de que lo lastimara. ¡Era tan habilidoso!

—¡Lucha, Anna Bellini! —me gritó—, ¡no dejes que la tristeza y el desánimo te vengzan!

Lo atacé con toda la rabia que llevaba dentro.

—¡Soy la maldita Retinosis Pigmentaria! —me gritó y le di un puñetazo certero en el estómago—, ¡tú puedes contra ella, cielo!

Giré con destreza sobre mis talones al percibir su movimiento y le di un golpe certero en el costado sin que pudiera defenderse. No veía bien, quizá incluso no oía bien por culpa de la enfermedad que tenía, pero mi instinto era superior a mis sentidos.

—¡Yo puedo! —chillé y le di otro golpe—, ¡no me vencerás! ¡Nunca lo harás! —troné con

la voz enronquecida por la emoción—. ¡Nuncaaa!

Peleé como una guerrera, vencí mis miedos y enfrenté la peor batalla de mi vida, la impuesta por mis genes.

—¡Nunca me ganarás! —grité a todo pulmón—. ¡Nuncaaa!

Lloré con amargura ante mi primera victoria contra mi destino. La enfermedad podía robarme la luz de mis ojos, pero no la felicidad.

—¡Eres mejor que ella, cielo!

Me abrazó con fuerza y lloró conmigo.

—¡No la dejaré vencerme, Marcello! —troné como una leona enfurecida—, ¡nunca!

Un sollozo agitó el pecho de mi marido, un sollozo que retumbó en el mío.

—¡Por eso te amo tanto, cielo! —bramó, llorando—. ¡Mi hormiguita atómica! —me cogió en brazos y me giró en el aire.

La Retinosis Pigmentaria llegó a mi vida para poner a prueba mi corazón y mi alma. Pero yo decidí ser feliz, decidí vivir y jamás perder la fe. Nada era absoluto en esta vida, nada, excepto la muerte.

«Mientras haya vida, siempre habrá esperanza».

En el pasado me dijeron que no podía, que no era lo suficientemente lista, ni guapa, ni fuerte, pero se equivocaron. ¡Completamente!

—¡Eres mi Supergirl! —me dijo Marcello, riendo.

Verlo feliz era mi premio, mi mayor premio en esta vida.

—¡En miniatura y morena! —me mofé y le robé otra risotada.

La vida de una persona con Retinosis no era simple, tenía limitaciones físicas e incluso emocionales, sin embargo, la mayor fuente de fortaleza se encontraba dentro de uno mismo.

—¡A festejar la vida, señora Hoffmann!

Tras el entrenamiento, nos dirigimos a nuestro amado pueblo para festejar mi primera victoria contra la realidad.

—¿Qué es esto, Marcello? —le dije emocionada hasta las lágrimas—, ¿lo has preparado tú?

El parque estaba adornado con flores y serpentinas de todos los colores.

—Organizamos una fiesta de despedida antes de viajar a Agrigento —me dijo en un tono cargado de incertidumbres.

—¿Es muy peligrosa?

Me miró con magnitud.

—Venceremos al enemigo, cielo.

Le toqué la cara con ternura.

—Mis ángeles estarán contigo, Marcello.

Besó la palma de mi mano con los ojos entrecerrados.

—Lo sé, anoche soñé con ellos —me dijo cantarín—, aunque también con el diablo.

Una corriente eléctrica me recorrió toda la espina dorsal.

—¿Volviste a soñar con ellos?

—Sí.

Toqué el colgante de ángel que le regalé.

—Todo saldrá bien.

Le di un beso cargado de amor y pasión.

—¡Te amamos! —gritaron nuestros amigos, nuestros hijos, sobrinos y mis padres—. ¡Te amo, hija! —me dijo mi mamá, que luchaba contra su propia enfermedad.



Nos bajamos del coche llorando.

—Gracias —mascullé, anegada en lágrimas—. ¡Os amo!

Observé a cada uno con amor infinito. A mis padres, a mi nana, a mis hijos, a mis sobrinos, a Paula y Nico, a Kaori y Daniel, Matt y Lizzy, a Sarah y Erich, a Alejandra y Peter, a Valentina y Jonás, Gigo y Antón, Alexis y Frank, a nuestros amigos y a los hombres de mi marido que se convirtieron en compañeros de aventuras. Todos ellos formaban parte de mi vida, de mi historia, de mi alma.

—Eres mi mundo —me dijo Marcello.

Le di un beso muy apasionado en mitad del puente, de nuestro puente colgante.

—Por siempre, Marcello.

La canción del grupo alemán, Santiano, «*Wir werden niemals untergehen*» empezó a sonar a todo volumen. Mi marido y sus amigos la cantaron a todo pulmón. ¡Era el himno de victoria de este grupo de héroes!

«Wir werden niemals untergehen,  
wir werden alle Stürme überstehen.  
Wir werden unsere Heimat wiedersehen».

*Nunca vamos a desistir.  
Sobreviviremos a todas las tormentas.  
Veremos de nuevo nuestra casa.*

«Nunca lo haremos».

El secreto de la felicidad estaba allí, en cada uno de aquellos que formaban parte de mi historia.



Marcello y sus amigos viajaron a Agrigento para una misión llamada: Operación Zeus. Valentina lo descubrió mientras Jonás hablaba por teléfono con mi marido. No teníamos idea de qué se trataba, pero éramos conscientes de que se trataba de algo muy delicado, algo que envolvía al conde Monteschinni. Me senté en el banco del parque Villa Fiori y observé mi pueblo con ojos soñadores. Mis hijos jugaban en el puente, perseguían mariposas y otros insectos.

—¡Mutti! —gritó Anya—, me dijeron en el pueblo que este parque fue vendido el mes pasado a un tal Ludwig von Höllemann.

Se detuvo y miró con expresión de asombro algo tras de mí. Me volví en un acto reflejo y me encontré con un atractivo joven vestido de negro de pies a cabeza. Tenía unos veinticinco años como mucho y medía unos dos metros. Antonella se acercó y me enseñó algo.

—Hola —me saludó él y volví a mirarlo—. Soy el nuevo dueño de este lugar.

Antonella lo miró con el cejo fruncido.

—Hola, preciosa.

Mi hija le devolvió el saludo con cierta suspicacia. Nunca saludaba a los extraños por petición nuestra, solamente si estábamos cerca de ellos.

—Hola —le devolví algo incómoda el saludo.

El hombre empezó a molestarme.

—Tiene hijos preciosos —me dijo antes de sentarse a mi lado.

Antonella corrió hacia sus hermanos, que estaban concentrados en algo. Acucillados alrededor de algo, en realidad.

—¿El parque ya no será público?

Él observaba con atención a mis hijos.

—Siempre estará abierto —me contestó y me miró de reojo de un modo bastante inquietante— para todos —sus ojos se oscurecieron—, siempre estaré cerca.

Las ramas de los árboles empezaron a emitir un sonido muy raro, parecía el llanto de unos niños. Me froté los brazos con las manos en un acto reflejo. ¿Qué sensación más extraña?, me dije con un enorme nudo en el pecho.

—¡Mutti! —gritaron Abril y Matt—, ¡ven!

Me levanté y me dirigí hacia ellos tras pedir permiso al joven. Me acerqué a mis hijos y miré con curiosidad el pájaro que sostenía Engel entre las manos.

—No se movía, Mutti —me dijo Antonella, maravillada—, ¡Engel le toco la cabecita y empezó a moverse!

Saltaron de alegría.

—¡Ian le tocó las alas y ahora las mueve! —gritó eufórico Matt.

Miré a mis hijos con una expresión que rayaba la suspicacia y la sorpresa. Me volví hacia el parque en un acto reflejo, el dueño del parque ya no estaba allí.

—¡Mutti! —gritaron mis hijos.

El pájaro salió volando de las manitas de Engel.

—¡Vuela!

La carne se me puso de gallina, en especial cuando una brisa me rozó la cara, una brisa perfumada que me recordaba mucho el perfume de mi suegra. ¿Era un beso suyo desde el cielo? Y para completar aquel épico momento, el sol apareció e iluminó todo el lugar de un momento a otro, tragándose las nubes grises de aquel plomizo día. Una sensación de paz me recorrió todo el cuerpo.

—¡El cochecito del helado, Mutti! —me gritaron mis hijos y me sacaron del trance—, ¡yo quiero uno!

—Está bien —les dije y salieron corriendo hacia el heladero.

Anya se acercó.

—Mutti, cómprame el heladero —se mofó Anya y no pude evitar reírme—, ¡es guapo a rabiar!

El joven atlético de pelo rubio, ojos muy claros y altura aventajada me miró con una sonrisa amistosa en los labios. Le alargué un billete y él negó con la cabeza.

—Es un regalo —me dijo sin abandonar su sonrisa preciosa.

Leí el nombre de la heladería con el cejo fruncido: Ángeles custodios.

—¡Gracias! —gritaron mis hijos y salieron corriendo hacia el parque.

Anya tardó unos minutos antes de alejarse.

—Gracias —le dije con timidez—, pero no puedo aceptar.

Él me dijo que había hecho una promesa y que estaba repartiendo helados por el pueblo a todos los niños.

—Alquilé el cochecito —me dijo y me alargó un helado.

El envoltorio tenía la imagen de un ángel.

—Gracias.

—Nunca dejes de creer en ellos, Anna.

Cuando dijo mi nombre, toda la piel se me erizó. Él arrancó el cochecito.

—¿Cómo te llamas?

Me miró con magnitud.

—Gabriel.

Y tras ello, se marchó. Los ojos se me llenaron de lágrimas.

«Nunca dejaré de creer en vosotros».

Me di la vuelta y escruté maravillada el crepúsculo de aquella tarde indecible en que mi alma volvía a conectarse con aquellos seres de luz que siempre estuvieron a mi lado.

«Esta luz nunca se apagará» dije emocionada hasta el alma.



## Epílogo

**M**arcello y sus hombres escrutaron horrorizados la pantalla del ordenador en la sala de reuniones. En ella, aparecía la legión de soldados de Ludwig von Höllemann, dueño de la agencia: Höllemann. Eran miles de hombres entre veinte y treinta años, que entrenaban como verdaderos demonios del infierno. Peter y Erich intercambiaron una mirada teñida de terror. Había algo en aquel grupo, cuyo emblema era la calavera que alguna vez usaron los de las SS. Que les aterraba. Era algo que no podían definir con palabras exactas.

—El entrenador principal del grupo es el bisnieto de un general nazi —comentó Jonás—, Heinrich von Witzleben.

Los soldados de Ludwig von Höllemann extendieron el brazo derecho y chillaron:

—Heil, Höllemann!

Todos negaron con la cabeza en la sala.

—Para competir con ellos —anunció el conde Monteschinni desde su silla—, he contratado a uno de los mejores entrenadores del mundo.

Pulsó un botón y las puertas se abrieron de par en par. Un joven de unos veinticinco años, alto, fuerte y de mirada penetrante apareció tras ellas. Marcello lo miró con atención, ¿de dónde lo conocía?

—Os presento al comandante Miguel Himmelberg —les dijo el conde antes de levantarse—, bienvenido a la milicia de la Bermer.

Miguel entró y escrutó a todo con atención.

—He venido para entrenaros contra él —miró hacia la pantalla—, contra el mismísimo diablo.

Marcello se acercó y le tendió la mano.

—¿Nos conocemos de algún lugar, comandante?

Miguel sonrió antes de coger la mano del alemán con firmeza.

—Tal vez.

Intercambiaron una sonrisa amistosa.

—He traído a mis hombres —anunció Miguel—, para ayudarme.

El conde se cruzó de brazos a la altura de los pechos.

—Perfecto, comandante.

Todos se sirvieron un poco de café y charlaron amablemente sobre la gran misión del grupo la semana entrante en Italia. Zeus estaba en Agrigento y la operación que llevaba su nombre, iniciaría en ese mes. Todos estaban optimistas, pero también amedrantados. Sería una de las misiones más peligrosas llevada por el grupo en todos los años de su existencia.

—Buenas tardes —saludó alguien desde la puerta.

En ese lapso, Matt entró en la sala y escrutó al comandante con expresión curiosa. ¿Dónde lo había visto antes? El hermano de Marcello estaba encharcado en sudor tras un duro entrenamiento. Quería convertirse en un agente a toda costa y por ende, entrenaba horas y horas en la agencia. Sus compañeros lo adoraban, tanto que, terminó fundando un grupo en la página de Instagram llamado: Todos aman a Matt. Y a pesar de sus bromas pesadas, sus respuestas un pelín burlonas, todos, sin excepción alguna, lo amaba.

—Permiso —les dijo y se acercó a su hermano—, ya sé por qué el diablo te persigue en tus sueños —bisbiseó—, porque no estás bautizado.

Aquella información dejó completamente alelado a Marcello.

—¿Qué? ¡Es imposible! Mamá era muy católica.

Matt le enseñó un papel que había conseguido a través de sus contactos en El Vaticano. Y menos que unos ángeles le habían ayudado a través del mundo onírico.

—El cura que te bautizó fue acusado de... —Matt no terminó la frase—, la iglesia confirmó que nunca terminó los estudios en el seminario.

Matt miró de reojo a Miguel. ¿Por qué lo imaginaba con alas y robándole sus plumas? El comandante de dos metros y diez centímetros se puso muy serio y Matt tuvo que desviar la mirada. Negó con la cabeza y se concentró en su hermano, que volvía a tener aquellas macabras pesadillas que involucraban a los ángeles y a los demonios. No comprendía lo que se ocultaba tras ellas, pero presentía que algo lo unía a ambos seres, tanto a los ángeles como a los demonios.

—Debes bautizarte, Marcello —le palmeó la espalda—, nos bautizaremos.

Matt fue bautizado unas cien veces por su mejor amigo en el pasado, el padre Peter. Pero aquel cuerpo, no era el suyo, precisamente.

—Os bautizaré yo —anunció Miguel y todos posaron los ojos en él—, soy cura.

Nadie dijo nada, la impresión les había enmudecido por completo.

—¿Mañana? —le preguntó Matt.

Miguel achicó los ojos al leer su mente. ¡Matt seguía obstinado con las plumas de los ángeles! Pero tras el bautismo, quizá, lograría curar su manía angelical.

—Perfecto.

Al día siguiente, toda la familia y amigos de Marcello y Matt se reunieron en el parque de la ciudad para asistir al bautismo de ambos.

—¿Por qué llevas esas alas, Matt? —le preguntó Marcello, con el cejo fruncido.

Matt llevaba una túnica y unas alas blancas muy llamativas en la espalda.

—Mi alma de ángel aflora.

Miguel carraspeó con fuerza.

—No eres un ángel, Matt —le dijo y todos se echaron a reír.

El comandante le guiñó el ojo en señal de complicidad. Matt se quedó mirándolo por unos segundos.

—No me conoce bien —se defendió Matt—, soy casi virgen.

Lizzy se echó a reír a carcajadas y todos posaron los ojos en ella. Matt la reprendió con la mirada, pero ella, simplemente, fue incapaz de contener la risa.

—Aquí —les dijo Miguel y se metió en el lago con los pantalones remangados hasta la rodilla—, hoy el señor derramará su bendición en vosotros dos —comenzó a decir.

Lucifer apareció en el lugar, pero solo Miguel podía verlo.

«Llegas tarde» le dijo Miguel tras hundir la cabeza de Marcello en el agua.

«Tal vez no vuelva a soñar conmigo, pero yo siempre estaré cerca, Miguel».

Matt tragó un poco de agua y tosió con cierta dificultad. Miguel tuvo que bautizar aquel cuerpo creado por obra humana y no divina. Ahora, al fin, su alma y su cuerpo eran uno solo.

«Como yo, Luzbel».

Engel e Ian miraban con atención al demonio. ¿Ellos podían verlo? Lucifer se acuclilló y los miró con atención. Aquellos niños tenían algo especial, algo que los diferenciaba de todos. El señor de las tinieblas levantó la vista y escrutó con ojos desafiantes a Miguel.

«Creo que tenemos niños especiales aquí, Miguel».

El arcángel enarcó una ceja.

«Los niños siempre ven más allá de lo visible, Luzbel».

El demonio se incorporó y extendió sus alas negras con altivez. Los niños lo miraron impresionados mientras todos aplaudían alrededor de ambos. Anna movió el cuello y le dijo a Paula que sentía una rara energía. Lucifer enarcó una ceja. Aquella mujer, aunque no podía verlo, tenía la capacidad de sentir su presencia. Tal vez, los niños heredaron esa capacidad o don especial.

«Estaré atento, Miguel».

Miguel extendió sus grandes alas blancas y una luz brillante iluminó todo el lugar. Los niños gritaron de alegría al verlo.

«También yo, hermano».

Y desde aquel día, Marcello jamás volvió a tener pesadillas, al menos ninguna que involucrara a ángeles y demonios.

—Anoche soñé con nuestra madre, Matt —le dijo mientras bebían cerveza en el jardín—, ella tenía solo diecisiete años —los ojos se le llenaron de lágrimas—, y estaba en el cielo, esperando a papá —suspiró hondo—, que él seguía entre nosotros.

Matt lo miró con el cejo fruncido.

—¿Eso te dijo?

Marcello se encogió de hombros.

—Los sueños no tienen mucho sentido, Matt.

Una estrella fugaz cruzó el cielo y ambos pidieron un solo deseo.

«Ser felices».

Ian y Engel se acercaron a Miguel y lo miraron con embeleso. El arcángel se acuclilló delante de ambos y les tocó las mejillas con afecto. Los niños sonrieron ampliamente.

—¿Me guardareis el secreto?

Los gemelos se miraron y asintieron. Miguel se levantó y observó el cielo azul maravillado mientras los otros arcángeles aterrizaban a su lado con sus grandes alas blancas extendidas de par en par. Se miraron y sonrieron con complicidad. Mientras todos reían cerca del lago, ellos lanzaron una luz sobre ellos, una luz que iluminó sus almas y siempre les guiaría mientras vivieran.

«Esta luz nunca se apagará».

## Más allá de la luz - Chelito

### Entre ángeles y demonios

**L**eí la carta que acababa de recibir de mi creador tras muchos años de silencio. Veinte años para ser más preciso. En la carta solo había un mensaje codificado. El papel estaba en blanco para cualquier ser humano, pero cuando derramé unas gotas de sangre sobre ella y la esparcí, apareció una dirección. Si fuera sangre de otra persona, no descodificaría aquel enigma. La tinta que usó solo se disolvía con la sangre de la persona elegida, en este caso, yo.

—Entonces vives allí —dije al descifrar la dirección.

Giré la carta y la puse contra la luz. La frase me hizo sonreír, a pesar del enfado, de la rabia y el resquemor, aún lo consideraba como si fuese mi padre.

«Te eché de menos, hijo».

Quemé la carta y acto seguido, me duché. Mientras el agua tibia caía sobre mi cuerpo, evoqué a mi hermano gemelo, a Matt. Tras el coma era otro, alguien que desconocía su pasado completamente. Motivo por el cual decidí no confesarle nada acerca de ambos. Él merecía ser feliz tras tantos sufrimientos. Su psiquiatra enloquecería al verlo.

—Matt.

Salí de la ducha y me vestí dispuesto a viajar hasta mi creador. Cogí mis armas y algunas cosas que necesitaría. Antes de salir, me miré al espejo con curiosidad. Era humano a simple vista, pero no había sido concebido como uno normal, sino creado en un laboratorio de otro ser humano. Era su clon, su copia.

—Marcello Hoffmann —me dije con una mirada sombría—, ¿quién eres en realidad?

Después de descubrir mi origen, ciertas dudas nacieron con él. Dudas que involucraban mi alma. ¿Tenía una o también era una copia como ciertos sentimientos?

—Desconecta —me dije y cogí mi chaqueta.

Monté mi moto negra y salí disparatado rumbo a mi destino. Cuando llegué al sitio, me quedé observándolo por unos largos segundos. Era un antiguo y abandonado monasterio en medio de un pueblito olvidado en Italia.

—¡Chelito! —chilló mi creador desde la puerta de entrada—. Hijo.

Josef Hoffmann había envejecido bastante tras el duro e inútil tratamiento contra el cáncer de páncreas. Estaba muriéndose y necesitaba contarme algo, confesarme algunos secretos. No me lo dijo, algunas cosas no eran necesarias decirlos.

—Padre.

Me acerqué y lo estreché con afecto. Una profunda tristeza se adueñó de mí y me obligó a cerrar los ojos. Siempre cerraba las persianas de mi alma para amortiguar el impacto de la pena.

—Preparé ravioles —anunció con la voz enronquecida.

Se apartó para ocultar sus ojos, ocultar sus emociones ante los míos.

—Aparte de clones eres especialista en pastas —me mofé, pero él no me siguió el chiste.

Se dio la vuelta y puso las manos, entrelazadas, en la espalda. Estaba algo jorobado, pero seguía manteniendo su porte firme, su porte alemán.

—Cuando supe que estabas aquí —me dijo mientras recorríamos el sitio épico repleto de árboles de tilo—, supe que era el momento de que conocieras mis razones, Chelito.

Aquel sitio me recordaba mucho el castillo donde crecí con Matt al sur de Austria. Estaba construida en una montaña, rodeada por bosques sombríos y misteriosos. Allí vivimos hasta los doce años y luego nos mudamos al sur de Alemania.

—Vuestra madre estaba hundida en el más profundo abismo cuando la visité —empezó a decirme—, mi hermano había desaparecido en una misión —se sentó en un banco de madera hecho por él mismo, conocía muy bien su trabajo como carpintero—, nadie sabía nada de él y Antonella —la piel se me erizó—, se perdió en el dolor.

Me senté a su lado y escruté maravillado la imagen de la Virgen María tallado por él. Era enorme, de unos dos metros de altura como mínimo. A un lado se encontraba el monasterio cubierto totalmente por enredaderas y rosas roja. Era un edificio antiquísimo de piedras medievales y toques victorianos.

—La cuidé durante días —los ojos se le llenaron de lágrimas—, y también a Marcello —sonrió de lado—, él estaba muy desnutrido y abandonado.

Según él, por eso Marcello era muy cerrado, porque cargaba muchas heridas emocionales. Ambos padres, tras el secuestro de su gemelo, simplemente, lo olvidaron por completo. Era como si no existiera o su existencia les trajera dolorosos recuerdos.

—Antonella estaba catatónica —continuó él con un tono teñido de pena—, entonces le dije que podía devolverle a su hijo, a Matt.

Él llevaba años investigando sobre cómo clonar a un ser humano. En aquel entonces, ya sabía cómo hacerlo.

—Y ella fue la elegida —le dije en tono seco.

Me miró con ojos implorantes.

—El amor la eligió, Chelito.

Me levanté del banco y le di la espalda.

—No lo conoces —acotó—, nunca lo conociste.

Me di la vuelta y lo fulminé con la mirada.

—Tu manera de amar es retorcida —le reproché—, ¿de qué sirvió que le clonaras a los hijos? ¡Ella no los conoció!

Una sonrisa bobalicona imperó en sus labios.

—Ella no solo los conoció —me dijo con calma—, sino que también los llevó en su vientre por nueve meses.

Un jadeo se me escapó del pecho ante la sorpresa.

—Antonella os llevó en el vientre y os esperó día tras día mientras yo, prácticamente, criaba a Marcello.

Mis ojos empezaron a escocerme.

—Él pensó que yo era su padre —se echó una mirada—, Otto era mi hermano gemelo —di un paso hacia atrás—, de ahí viene la estirpe de gemelos de la familia Hoffmann.

Choqué contra la imagen de la Virgen.

—Otto sufrió un grave accidente en una misión y tuvieron que reconstruirle parte del rostro —el corazón me latía con fuerza—, por eso no nos parecíamos tras los treinta años.

Aquello era una verdadera locura.

—Por eso no hay fotos vuestras del pasado —le dije, asombrado—, por eso destruiste la casa natal de vosotros.

—Mi madre abandonó a Otto y me llevó a mí —me corrigió—, ella destruyó las fotos, no



yo.

Una joven de pelo oscuro, piel blanca y estatura baja apareció de un momento a otro.

—La comida está lista —le dijo.

Ella me miró de pies a cabeza con curiosidad.

—Te presento a María —me dijo él con serenidad—, mi ahijada —la miró de reojo—, tu nueva misión —me dijo en alemán.

¿Mi nueva misión? ¿Qué quería decirme?

María me miraba con recelo desde su sitio, como si fuera un tipo de monstruo de siete cabezas. La comida no atravesaba mi garganta tras tantas informaciones recibidas de un solo golpe. Mi creador apenas probó bocado. El cáncer lo estaba consumiendo vivo.

—¿Por qué ella nos dio a ti? —le pregunté en alemán, dejando a María fuera de aquella charla íntima.

Josef suspiró hondo.

—Porque Otto volvió y tras él los demonios.

¿Demonios? Bebí un sorbo de agua, atento a cada gesto de María, que retiraba los platos de la mesa en silencio. De vez en cuando, me lanzaba una mirada interrogante.

—Antonella me dijo que tarde o temprano la historia se repetiría y que lo mejor era alejarlos del mal, de vuestro padre.

Quería entenderla, pero no conseguía hacerlo.

—Por amor hacemos sacrificios inhumanos, Chelito —me dijo con su peculiar tono paciente—, a lo que muchos llaman locuras.

Él nos llevó a Austria, al castillo «Kummer», que significaba pena en alemán. Teníamos apenas seis meses de edad cuando ella nos entregó a él, nuestro creador.

—Antonella dio parte de su corazón aquel día —me dijo, profundamente apenado—, ¿sabes lo que es vivir con una pena de ese tamaño en el alma?

No lo sabía y, probablemente, nunca lo sabría.

—No la juzgues antes del tiempo, Chelito.

Lo miré con el cejo fruncido. ¿Qué me quería decir con aquello? María me sirvió café en una taza con una imagen de un ángel. Levanté la vista y la miré fijo por unos segundos. Sus rasgos me recordaban mucho a alguien, pero no sabía a quién precisamente.

—Ven conmigo —me dijo Josef, y se levantó de la mesa—, necesito que veas algo.

Empezaba a tener miedo de él y sus secretos. Tras suspirar hondo y echarle una última mirada a María, lo seguí con el alma a mis pies. Recorrimos un largo camino de piedras rodeado por arbustos y flores de todo tipo. Era un jardín de ensueño, muy parecido al del castillo. Era como si él hubiera reconstruido aquel sitio aquí. En silencio absoluto, nos dirigimos a un lugar desconocido para mí hasta ese día. me volví y escruté maravillado las imágenes de ángeles tallados en madera, en troncos. Cuando él frenó, delante de una lápida de mármol, solté un grito ahogado.

—Ella murió el mes pasado —me dijo antes de arrodillarse.

Escruté horrorizado la foto de la persona que había enterrado allí. Negué con la cabeza mientras las lágrimas empezaban a rodar por mis mejillas. Nunca había llorado antes, nunca sentí aquel dolor antes.

—No es cierto...

Josef soltó un grito de dolor a la vez que enterraba las manos en el césped. Lo levanté del suelo y lo zarandé con violencia.

—¿Qué has hecho?!

Me sujetó la cara con las manos sin dejar de llorar.

—¡La amaba! —me gritó—, ¡con toda el alma!

Me aparté de él como si su contacto me quemara la piel.

—¡No puedes jugar a Dios! —bramé, herido como un león—. ¡no puedes sustituir a las personas!

Cayó de rodillas, vencido por el dolor y la derrota.

—Cuando amas de la manera en cómo la amé, pierdes la noción entre el bien y el mal —llevé las manos a la cabeza en un gesto de incredulidad—. Antonella vivió dieciséis años —me dijo en tono sombrío—, pero algo salió mal y su cuerpo empezó a deteriorarse —el corazón me latía de manera alocado en el pecho—, empezó a envejecer años en un solo día —el llanto se apoderó de mí—, y murió de una rara enfermedad que no conseguí curar y volví a perderla.

¿Tan grande era su amor a tal punto de perder por completo la razón? ¿De no distinguir? No podía comprenderlo. No podía aceptar sus argumentos. Simplemente no podía.

—Querías saber la verdad —me dijo tras recomponerse—, ahora lo sabes.

Me arrodillé a su lado sin fuerzas y con la respiración entrecortada.

—Pero no te llamé para eso nada más.

Nunca me llamaba para algo sencillo. Siempre había algo más, algo más oscuro y sombrío como los secretos de su alma enferma.

—¿Qué quieres? —le dije en tono seco—, es lo último que haré por ti.

Me miró con lágrimas en los ojos. No viviría mucho más que unos meses, era consciente de ello, pero aquel sentimiento que nació en mi interior en su contra, viviría para siempre. Él no tenía derecho a jugar con las almas, a jugar a ser Dios.

—María lleva en su vientre la salvación de la humanidad —me dijo con la voz cargada de dolor—, y tú debes cuidarla de todo mal.

Abrí la boca como para replicarle, pero la volví a cerrar cuando alguien apareció en el jardín en ese preciso instante. Disparó contra Josef sin que pudiera evitarlo. Me di la vuelta tan rápido como pude y sin pestañear, le disparé en la cabeza. Todo pasó en milésimas de segundos.

—¡Papá! —grité tras recuperarme de la impresión.

Cogí a Josef entre los brazos y escruté con profundo pesar la sangre que emanaba de su pecho. Me temblaron las piernas y también el corazón.

—No hay tiempo, ellos ya saben sobre el bebé —me dijo sin fuerzas—, coge a María y sálvala... —me tocó la cara con la mano manchada de sangre—, no dejes que lo cojan... —me rogó con lágrimas en los ojos—, el mundo lo necesita, Chelito...

¿Quiénes lo buscaban? ¿Qué tenía ese bebé de especial? ¿Qué se escondía tras él?

—Padre, ¿a quién me estoy enfrentando?

La mano empezó a deslizarse por mi cara, dejando un rastro de su sangre por mi piel. ¿Era la marca de la bestia o el estigma del salvador?

—La i-gle-sia ca-tó-li-ca —deletreó con sus pocas fuerzas—. Él debe volver para tomar su trono, para desvelar los secretos oscuros de la mayor mentira creada en su nombre.

Aquello me paralizó.

—Me estás diciendo que ese bebé es...

No me dejó terminar la frase.

—Sí...

Mis lágrimas empaparon su rostro grisáceo mientras los recuerdos asaltaban mi mente y agitaban mi corazón con saña inhumana. Era como si una garra clavada sus uñas en él y lo rasgaran lentamente.

—María tiene en su colgante las respuestas que necesitas, Chelito.

Unos pies descalzos aterrizaron cerca de nosotros. No necesitaba mirarlo para saber quién era.

—Azrael.

Levanté la vista para mirarlo con profundo dolor. Él se acuclilló y tocó la cabeza de mi creador para otorgarle el eterno descanso. Desde niño podía sentirlos y verlos. Al principio me asusté, luego comprendí que era un don que podía usar a favor de los demás.

—Debes cumplir con la misión que te dio tu creador —me dijo el ángel de la muerte con su misteriosa voz—, es la única manera de salvar el mundo.

Me rompí a llorar, unos instantes atrás, pensé que no podría perdonarlo, pero ahora me fallaban las fuerzas y mis propias certezas.

—Dios te envió una misión para que comprendieras que él no te ha olvidado...

Josef abrió mucho los ojos y la boca antes de dar su último aliento de vida. Todo se ralentizó a mi alrededor mientras veía como su alma empezaba un largo camino espinoso por un sendero desconocido por cualquier ser humano. Azrael extendió sus alas negras de par en par y emprendió un vuelo en busca de otras almas que lo necesitaban en aquel mismo instante.

—¡Nooo! —grité con todas mis fuerzas tras volver en mí—. Padre...

María apareció y soltó un grito agudo de dolor.

—¡Padrino!

Se acercó y se arrodilló a mi lado. Me miró anegada en lágrimas y luego, abrazó el cuerpo sin vida de Josef, sin apenas haber notado el otro cuerpo a un lado. La miré con los ojos vidriados de dolor mientras evocaba las últimas palabras de mi creador.

«María tiene en su colgante las respuestas que necesitas, Chelito».

Ella se levantó con el torso manchado en sangre y me miró con temor. Desvié la mirada a su cuello y escruté el colgante en forma de la Virgen María.

«Bendita sea entre todas las mujeres» resonó la voz de Gabriel en mi cabeza.



Cogí las cosas de María tras el improvisado sepelio de Josef en el jardín a escondidas del mundo entero. No teníamos tiempo para realizar un velorio en condiciones. Por fortuna, él ya tenía preparado un ataúd, hecho por él mismo en su taller de carpintería, donde también estaba un Moisés para el bebé que esperaba María.

—No puedo irme con usted —me dijo María.

Era una joven bastante cabezota y remolona.

—Tu hijo corre peligro —le dije con poca delicadeza y ella palideció—, ¿cuántas semanas tienes?

Llevó la mano al pecho y se tambaleó de un lado al otro. La cogí en brazos e impedí que perdiera el equilibrio. Su cercanía alteró los latidos de mi corazón de un modo muy extraño.

—¿De qué está hablando? —me dijo con la voz temblorosa—, yo no puedo estar embarazada.

Aquella afirmación encendió una alarma en alguna parte de mi cerebro. La miré estupefacto por más tiempo del que deseé.

—No estuve con nadie jamás —repuso, con lágrimas en los ojos—, ¿por qué mi padrino le dijo eso?

Me aparté de ella con cautela. La miré con una expresión que rayaba la incredulidad y la sorpresa. María me dijo que tenía tan solo diecinueve años y que vivió en un convento hasta sus doce años cuando Josef apareció en su vida.

—¿Por qué me dijo eso? —le pregunté, atónito.

Y entonces, un impulso impensado, me hizo tocarle el vientre. Ella soltó un gemido ante la sorpresa, pero no apartó mi mano. Había aprendido muchas cosas en el ejército, entre ellas, a escuchar más allá de lo audible a través de las manos. Cerré los ojos y presté atención en cada uno de los movimientos internos de sus entrañas. Cuando levanté la vista, ella soltó un grito. No podía explicarle con palabras lo que acababa de sentir.

«Está embarazada» pensé con el corazón encogido. Ella se alejó y se sentó en la silla con la cara descompuesta por las emociones que experimentaba ante aquella posibilidad.

—¿Josef te hizo algún examen médico?

Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas una tras otra.

—Sí, semanas atrás —me dijo, llorando—, me dijo que me curaría de la endometriosis — se secó las lágrimas con el dorso de la mano—, tenía molestias muy fuertes durante la regla.

—Creo que tu embarazo fue obra suya.

—¿Por qué me haría algo así?

—Debo descubrirlo antes de marcharnos de aquí.

—¿Adónde iremos?

—Dónde Dios nos lleve.

Le pedí que me llevara al consultorio de mi creador y que me diera su colgante. Ella titubeó unos instantes, pero al comprender que solo quería ayudarla, cedió. Me llevó hasta el consultorio o, mejor dicho, su laboratorio.

—¿Me dejas a solas?

Ella asintió y antes de que saliera, la cogí de la mano.

—No temas, María —le dije en tono pausado—, yo estoy aquí para ayudarte —miré su vientre—, ayúdalos.

Se retiró del lugar sin replicarme. Estaba asustada y totalmente perdida. Mi creador, una vez más, había hecho de las suyas sin consultar a nadie.

—¿Por qué no me sorprende?

Cogí el colgante y lo estudié con minuciosidad. Josef era demasiado meticuloso cuando se trataba de guardar secretos. Observé el lugar con atención y anulé parte de los objetos que no me servirían para descodificar el colgante. Una biblia me llamó la atención. Era pequeña y negra con letras doradas en la tapa. La empecé a hojear y algo saltó a la vista. Era un versículo:

«Mateo 2:11: 11 Y entrando en la casa, vieron al niño con su madre María, y postrándose, le adoraron, y abriendo sus tesoros, le ofrecieron dones, oro, é incienso y mirra».

Leí dos veces más antes de descifrar lo que en verdad se ocultaba tras aquel versículo. Miré a un lado y me encontré con un cuenco de metal repleto de mirra e incienso.

—Pensaste en todo —dije con una sonrisa, ufana.

Cogí el mechero de plata que me había regalado años atrás y encendí el incienso y la mirra. El humo aromático activó el detector de humo que en lugar de emitir el pitido tradicional, me dio un mensaje de Josef.

—Muy bien, Chelito —me dijo la voz grabada en el aparato—. No esperaba menos de ti.

Ahora necesitaba descubrir el secreto que se ocultaba en el colgante. Miré el cuenco con atención y por instinto, pasé el colgante sobre el humo. El calor hizo que la imagen de la Virgen María se despegara del metal y allí estaba un pequeño chip, casi inexistente a simple vista. Con mucho cuidado, lo puse sobre una mesa blanca. Era tan diminuto que temía perderlo.

—¿Dónde usarías un chip tan pequeño como este? —me pregunté.

Levanté la cabeza y sonreí con astucia. Me subí a una butaca y con mucho cuidado cogí el aparato en forma de detector de humo. Era mucho más pequeño y más complejo. Lo revisé con suma atención y tras unos minutos, deduje cómo abrirlo.

«Mateo 2:11: 11».

Pulsé los números en el centro como código Morse y el aparato se abrió como una estrella de David. Cogí el chip y lo puse en el centro con suma cautela. Un paso en falso y la verdad quedaría perdida para siempre en él.

—Falta algo —me dije al ver que el aparato no se volvía a unir—, pero ¿qué?

Cogí la biblia y la hojeé lentamente.

—Espera —me dije al percibir algo.

En cada Evangelio marcó una letra. Hojeé con cautela mientras iba uniendo las letras hasta formar la clave que me faltaba para conectar aquel aparato y descubrir la verdad oculta en él. Cuando uní todas las letras, el corazón dejó de latirme y los ojos se me llenaron de lágrimas.

«Yo soy Otto Hoffmann».

Todo se ralentizó a mi alrededor a tal punto que podía oír hasta los mínimos ruidos de mi cuerpo. La respiración se me entrecortó y el pulso se me aceleró. Una melodía dramática empezó a sonar en alguna parte de la sala. Parecía un coro de ángeles o, tal vez, de demonios. —Dios.

Giré sobre los pies a cámara lenta y vi cómo una enorme pantalla aparecía en la pared. Tecleé la contraseña en el aparato y este se cerró tras emitir un pitito. Dos segundos exactos después, apareció mi creador, mi verdadero creador en la pantalla.

—Hola, hijo —saludó con su peculiar solemnidad—. Has conseguido —sonrió con expresión orgullosa—, ahora ya sabes quién soy en realidad.

Escruté al hombre que me había creado y criado con la garganta seca. Toda mi vida creí que era una persona, pero en realidad, era otra, alguien que creía un verdadero desconocido, a pesar de llevar sus genes.

—Ya conoces uno de mis tantos secretos.

Un cronómetro apareció en una de las esquinas de la pantalla. Sesenta minutos duraba el vídeo, sesenta minutos duraban toda su vida.

—Soy científico y no un simple espía como todos pensaban —afirmó—, incluso mi mujer —parpadeó y suspiró hondo a la vez—, era el precio que tenía que pagar para protegerlos de mis enemigos.

Bebió un sorbo de agua con tanta tranquilidad que quise atravesar la pantalla y sacudirlo con violencia para que prosiguiera.

—Él había sufrido un grave accidente en Rusia —me dijo tras pestañear—, era un soldado común al que tuve que entrenar para convertirlo en quién fue.

Josef usurpó su lugar por un tiempo, porque el verdadero Otto necesitaba a alguien para mantener ocupados a sus enemigos, que no eran pocos. Todos querían atraparlo para lograr sus oscuros objetivos. Otto era un científico brillante a quien llamaban «Dios».

—Él llegó a la vida de mi mujer y mi hijo con los recuerdos prestados —sonrió con pesar—, alegó que había perdido parte de la memoria en el accidente y nadie, absolutamente nadie,

desconfió que no era yo, en realidad.

Unas fotos tuyas con Josef aparecieron en la pantalla, confirmando sus palabras. Eran idénticos como Matt y yo.

—Nuestra madre y su hermana gemela habían estado en Auschwitz por ser hija de un desertor —continuó—, cuando el doctor Mengele descubrió que eran gemelas las llevó a su laboratorio —toda la piel se me erizó—, su hermana murió de una grave infección en Navidad, en sus brazos —había angustia en sus ojos— lo que la convirtió en un ser frío y cruel.

Enseñó la foto de su madre en aquella época.

—Tenía tan solo doce años cuando mutaron su alma en aquel campo —la voz se le enronqueció—, y tras salir, tuvo dos pares de gemelos —mal podía oír los latidos de mi corazón—. Huyó de casa con mi hermano mientras mi padre y yo estábamos en el supermercado. Estaba cansada de ser golpeada y violentada por su propio marido.

Había frialdad y dolor en su voz.

—Por eso los Hoffmann llevan en los genes la capacidad de tener gemelos.

Hizo una pausa dramática que me robó un largo suspiro de indignación.

—Josef me traicionó dos años después —frunció el entrecejo en un gesto de duda—, al final creyó en todo lo que le dije y decidió fugarse con mi familia a Berlín sin dejar rastro alguno, lapso en que los rusos me cogieron y me aprisionaron por varios años, los que no estuve con vosotros dos en el castillo.

Ahora todo empezaba a cobrar sentido.

—Mi hermano se enamoró de Antonella y ella de su hermano gemelo que había llegado a su vida para darle un poco de esperanza.

Josef usurpó su vida hasta que sus enemigos, los del verdadero Otto, empezaron a perseguirlo. No tuvo otra opción que alejarse de ellos lo antes posible y fingió su muerte.

—Cuando ni él, ni yo volvimos a su vida, se entregó a la voluntad de Dios y decidió marcharse a su pueblo natal donde vivió una corta temporada con Marcello.

Ella sabía de nuestra existencia, pero no tenía idea de dónde estábamos. Él nunca se lo dijo por temor a poner en riesgo su vida y la de Marcello.

—El día que los rusos me cogieron, salía de Austria rumbo a Alemania —prosiguió—, Manuela, vuestra nana, tenía órdenes expresas de llevaros a Italia por si no volvía en tres días. Y así lo hizo, os llevó a Turín donde, infelizmente, Matt sufrió su primer ataque de psicosis.

Toda mi vida pasó ante mis ojos en cuestión de segundos.

Manuela os crió hasta que cumplisteis la mayoría de edad —me recordó—, y luego desapareció del mapa como le pedí.

Otto tenía el alma mutilada tras años en las manos de los rusos que querían resucitar a Stalin y a Hitler. Querían unir a ambos en uno solo. Pero él, a pesar de sus intentos, no lo consiguió. Los bebés siempre nacían con defectos físicos y mentales. Todos fueron eliminados al cumplir los cinco años.

—Cuando hui de aquel Gulag moderno con la ayuda de un hombre que nunca supe quién era, decidí hacer algo por la humanidad, algo antes de morir por culpa del cáncer que me provocaron aquellos medicamentos durante mi prisión.

Un dibujo a carbón apareció en la pantalla, aquel rostro me era muy familiar. Llevé las manos a la cabeza y arrastré el pelo hacia atrás. Era uno de los arcángeles más poderosos del cielo.

«Miguel lo salvó».

Miré con el cejo fruncido la pantalla que enseñaba un mapa antiguo. Había varios puntos

rojos y otros negros. Luego apareció el famoso velo de la Verónica con el rostro de Jesús. Me acerqué y escruté con atención el mapa que hacía un largo recorrido por varios países hasta llegar a un pueblo en Italia, en el que estaba hoy.

«Sara» leí el nombre en un papel.

—Es el nombre de la hija de Jesús y María Magdalena —dijo mientras los puntos empezaban a unirse en uno solo—, unos científicos rusos robaron el velo de la Verónica para lograr la clonación del hijo de Dios —se rascó la barbilla—, yo decidí seguir sus pasos hasta llegar a la última descendiente viva de él en la actualidad.

Una monja de unos setenta años apareció en la pantalla.

—La iglesia católica se encargó de guardar muy bien este secreto, aunque muchos, para no decir la mayoría, duda de que esto pudiera ser posible —sonrió con malicia—, el lavado cerebral que recibieron desde pequeños no os deja ver la verdad, la única existente.

La mujer había sanado a muchos enfermos, entre ellos, a una niña que había fallecido. Cuando ella la cogió en brazos, la niña volvió a la vida y lo hizo por obra y gracia de Dios.

—Esa niña se llama María Magdalena Rossini.

Y en la pantalla apareció la foto de María, su ahijada.

—Por eso la elegí —me dijo en tono serio—, para ser la madre del hijo de Dios.

Aquellas informaciones empezaban a afectar mi cordura. ¿Quién era en realidad Otto Hoffmann? ¿Por qué Miguel lo salvó? ¿Para clonar al hijo de Dios?

—En tus manos está salvarla —me dijo con lágrimas en los ojos—, llevo años cuidándola de los impíos, los años que me dejó vivir el cáncer —sonrió—, por obra de un verdadero milagro viví más de lo que cualquier ser humano viviría con ese tipo de cáncer.

Solté un largo suspiro. No bastaba con ver seres de otros mundos, ahora debía cuidar a la mujer que llevaba nada más y nada menos que al hijo de Dios en su vientre.

—¿Por qué yo?!

Toda la vida me sentí diferente a los demás, como si no fuera de este mundo. ¿Tenía algo que ver con mi origen? ¿Tenía algo que ver no tener un alma propia? Puso la palma en la pantalla y dejó caer una lágrima.

—Te quiero, hijo.

Me acerqué y puse la palma en la pantalla.

—Y yo a ti.

La pantalla se oscureció lentamente hasta apagarse para siempre.

«Este vídeo será autodestruido en cinco minutos» dijo una voz automática.

—¡Joder!

Salí del laboratorio y cogí las maletas de María como alma que lleva el diablo. Ella estaba en la cocina, ¡cocinando! La cogí de la mano y la arrastré de la casa hasta el garaje. Tenía menos de dos minutos para coger el coche de mi padre.

—¿Qué pasa?

La metí en el coche y luego las maletas como pude. Entré en el Maserati negro de mi padre y arranqué. Cuando salimos de la residencia, la parte de arriba explotó.

—¡Dios mío! —chilló ella y se tapó las orejas con las manos—, ¡¿qué está pasando?!

Aceleré el coche mientras observaba el incendio a través del espejo retrovisor. Mi padre había pensado en todo, como de costumbre. Debía eliminar todo tipo de pruebas para que nadie pudiera encontrarla, a ella, a María.

Viajamos por tres días en unas carreteras olvidadas por el mundo. Durante el viaje, hablamos un poco. María no recordaba lo que pasó cuando era niña. Mi padre no le dijo nada, al

parecer. Tampoco yo me atrevía a decirle.

—Comeremos allí —anuncié y aparqué el coche.

María bajó y me pidió permiso para ir al servicio. Por su tono de voz, sabía que me mentía, pero la dejé ir. Quería saber hasta dónde pretendía ir en verdad.

—No tardes —le dije antes de tomar asiento en la mesa.

Visualicé el reloj de pulsera mientras pedía algo a la camarera, lapso en que unos hombres vestidos de negro entraron en el lugar y supe al instante que venían a por María. Podía oler sus pretensiones oscuras y malolientes. María acababa de correr hacia el bosque, la vi a través de la ventana acristalada. Negué con la cabeza y me levanté en silencio. Los hombres me rodearon. Eran siete, número favorito del diablo.

—Hola, Hoffmann —me dijo uno de ellos.

La cicatriz que tenía en la mejilla me robó por completo la atención. Era un viejo enemigo.

—Freud —le dije con ironía.

La dueña del lugar y las camareras gritaron al comprender lo que pasaría en cualquier momento. Tragué con fuerza y antes de que abriera la boca, le propiné un puñetazo certero en la barbilla. Levanté la pierna y golpeé al que estaba detrás de mí a la vez que entrechocaba las cabezas de los dos que estaban a mi lado entre sí. Freud intentó atacarme con una barra de hierro, pero me agaché y su compañero recibió el impacto por mí. aproveché su distracción y le di un rodillazo certero en el estómago.

—No puedo creer que fuimos amigos en el seminario —le dije y lo santigüé.

En general, no mataba, pero ganas no me faltaban. Tras dejarlos inconscientes, cogí unos billetes generosos de las carteras de mis opresores y los entregué a la dueña.

—Buenas tardes —la saludé a ella y salí del lugar como alma que lleva el diablo.

María estaba a unos dos kilómetros del lugar. La encontré siguiendo su aroma. Tenía muy sensible el olfato.

—¡Suéltame! —gritó durante todo el camino de regreso.

La eché a los hombros como un verdadero cavernícola. Ella pataleó y me golpeó con los puños protestando sin parar. La acomodé en el asiento del copiloto y le puse el cinturón.

—No te haré daño —le dije y muy pocos centímetros de sus labios—, al contrario, debo cuidarte.

Sus pechos subían y bajaban, robándome por completo la atención. Aquella menuda joven despertaba un lado mío que desconocía hasta ahora.

—Traes desgracias —me dijo con los ojos llorosos—, la muerte te acecha.

No le repliqué, opté por el silencio.

—¿Por qué no me dejas libres? No tienes ninguna obligación.

Arranqué sin responderle y puse la radio para camuflar el ruido de su llanto. Durante el viaje, le alargué un paquete de galletas de chocolate que tenía en la guantera. Cuando mi brazo rozó su rodilla, ella se estremeció. Aquella reacción me llamó mucho la atención.

—Gracias —me dijo con voz temblorosa.

Comía las galletas con mucha voracidad.

—¿Quieres una?

Negué con la cabeza.

—No me gustan los chocolates.

Ella miró el paquete y luego a mí con desconfianza.

—Entonces... por qué... lo... tenías...

El sueño la venció. Aquellas galletas tenían un sedante natural, uno que no haría daño al



feto, por supuesto. El viaje fue tranquilo y bastante inquietante. María llevaba un vestido muy ceñido y corto. Como dormía plácidamente como si estuviera en una cama, parte de su ropa subió y dejó a la vista sus piernas. Sus blancas y delicadas piernas. Aparqué para repostar combustible en una gasolinera. Aproveché el momento para arreglarle el vestido.

—Dios.

Cuando mis ojos se clavaron en su entrepierna, se encontraron con unas braguitas de encaje blanco que dejaba a la vista la tentación hecha carne. El corazón me latía con fuerza en el pecho. Deslicé la mano por su pierna hasta llegar a su parte íntima. Ella se removió y aparté la mano a toda prisa.

—Pero ¿qué haces? —me reproché.

Cerré la puerta y llené el tanque del coche sin lograr olvidar lo que había visto. Llevaba treinta y tres años luchando contra la tensión y es la primera vez, en toda mi puta existencia, que no consigo vencerla del todo. Puse la canción: *Hell* de Disturbed a todo volumen para anular mis pensamientos pecaminosos. María dormía a pierna suelta, con las piernas abiertas.

—No la mires —me dije y aceleré.

Cuando llegamos a un pequeño hotel en la montaña, la cogí en brazos y la llevé a la habitación. La encargada del lugar no me preguntó nada fuera de lo normal. María era mi esposa y estaba muy cansada. La puse en la cama matrimonial con cuidado.

—Descansa.

Le arreglé el pelo y luego el vestido.

—Tú y yo no tuvimos otra opción —le susurré a muy pocos centímetros de sus labios—, nuestros destinos fueron trazados por un ser mundano que se creía Dios.

Ella suspiró hondo.

—Llevas a alguien muy especial dentro de ti.

¿Y si me había mentido? ¿Y si dentro de ella estaba el mal? Las dudas asaltaron mi mente y encogieron mi corazón. Recliné la cabeza y la posé sobre su vientre. Allí había un ser, pero no estaba seguro si era bueno o malo.

—Escucha tu corazón —me dijo de pronto alguien.

Al girar mi cara me encontré con Gabriel.

—¿Por qué permitisteis esto? ¿Por qué ella?

Escondió sus grandes alas blancas y adoptó su actual forma en la tierra. Un joven de unos veinticinco años, alto, atlético, rubio y de ojos muy claros.

—No dependía de nosotros —me dijo con pesar—, sino de los humanos.

Se acercó y puso la palma sobre el vientre de María. Una luz muy blanca le iluminó el interior.

—¿Es él? —pregunté algo agobiado.

Los ojos de Gabriel se nublaron.

—Sí.

Me miró con magnitud por unos segundos, antes de desaparecer de la habitación. Toda mi vida me pregunté por qué podía verlos. Por qué yo y no Matt que era mil veces mejor que yo.

Me dirigí al cuarto de baño y me duché con agua helada, lapso en que unos pasos me robaron por completo la atención. Cerré el grifo de la ducha y agudicé los oídos. Eran pasos enemigos. Salí de la ducha como una exhalación y cogí mi arma de la mesilla. María soltó un grito al verme desnudo y empaado. Estaba de espaldas a ella cuando un hombre entró en la habitación tras dar una patada a la puerta.

—¡Aquí está la puta Nazarena!

Le disparé en la pierna sin piedad y luego le di una patada certera en la cara. Otro hombre entró y tuvo la misma suerte. María gritaba en la cama como una loca.

—¡Malditooo! —gritó el primero e intentó dispararme.

Pero su arma salió volando por los aires antes de que tuviera tiempo de apretar el gatillo. Dos más entraron y les molí a golpes.

—Eres... eres...

—Ágil —completé.

—Increíble —adujo ella, boquiabierta.

Después me miró de pies a cabeza y jadeó con cierta dificultad, era como si el aire no le llegaba a los pulmones. Por su mirada, supuse que nunca había visto a un hombre desnudo y menos uno como yo, lleno de tatuajes y músculos.

—¿Crees en los ángeles?

Todos mis tatuajes eran en homenaje a ellos.

—Vístete —le ordené con poca delicadeza—, debemos marcharnos.

Salimos del lugar en medio de la noche y nos dirigimos a uno de los tantos refugios de mi padre en aquel lugar. Allí encontré un coche blindado y dinero.

—Siempre pensaste en todo —dije con una sonrisa.

María estaba muy cansada y decidimos dormir en la casa que estaba en medio a un bosque. Mientras ella dormía, yo leía la biblia de mi padre. Leía los pasajes marcados por alguna razón. Mi padre nunca hacía nada sin un motivo u objetivo.

«Si hablo en lenguas humanas y angelicales, pero no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o un platillo que hace ruido».

—1 Corintios 13:1 —dije, pensativo.

Cuando puse este versículo en el GPS del coche de mi padre, supe adónde tenía que irme con María al día siguiente.

«El amor es paciente, es bondadoso. El amor no es envidioso ni jactancioso ni orgulloso. No se comporta con rudeza, no es egoísta, no se enoja fácilmente, no guarda rencor.»

—1 Corintios 13:4-5 —escribí en el GPS—, villa «el amor verdadero».

María se dio la vuelta y el vestido le subió hasta las nalgas. Apreté con fuerza los dientes y los puños alrededor de la biblia. La miré como hombre y no como cura. Cerré los ojos y dije mentalmente:

«Pero decía, que lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre».

—Mateo 26:41 —repuse al abrir los ojos.

Miré estupefacto mi entrepierna. Me levanté de la cama y me metí en el cuarto de baño para ducharme y desfogarme. Era cura, no santo.

Cuando salí, me encontré con la tentación sentada en el borde de la cama y bostezando. Me miró de pies a cabeza con una rara expresión en la mirada.

—Me ducharé —anunció tras su escaneo—, permiso.

Esbocé una sonrisa teñida de picardía.

—Salimos dentro de una hora —le dije cerca de la puerta—, es un largo camino hasta

nuestro nuevo destino.

La puerta se entreabrió y mis ojos se encontraron con su cuerpo desnudo. Ella estaba de espaldas, lavándose la cabeza con los ojos cerrados. Tragué con fuerza antes de cerrar la puerta.

—Dame fuerza, señor.

Llevaba meses fuera de la iglesia, no ejercía mi rol de cura por falta de fe y convicción. Algo en mí se había apagado, algo que hoy volvía a encenderse, pero de manera diferente en mi corazón. ¿Era María una prueba? Negué con la cabeza y me aparté de la puerta.

«Hazla tuya» resonó la voz de alguien muy familiar en mi cabeza.

—Lucifer.

La puerta se abrió de par en par y un hombre de unos dos metros apareció con cara de pocos amigos. Se abalanzó sobre mí y terminamos en el suelo. Traté de apartarlo, pero tenía demasiada fuerza y me fue imposible liberar mi cuello de sus garras. El aire no llegaba a mis pulmones y los ojos empezaban a arderme. Dos segundos después, alguien lo golpeo con una botella. El cristal se esparció en el aire a la vez que él giraba el rostro hacia la persona que lo atacó. María llevaba únicamente la toalla y el miedo estampado en la cara. Temí lo peor cuando mi agresor se alejó de mí y la cogió del cuello. La levantó sin dificultad del suelo y la zarandeó con violencia hasta dejarla completamente desnuda. Cogí mi arma y sin piedad, le disparé tres veces.

—¡María! —grité al ver cómo el hombre perdía el equilibrio y caía sobre ella.

Como si alguien lo hubiera empujado, el hombre cayó de espaldas con ella encima. La cogí y la llevé a la cama con el alma a mis pies.

—María, ¿me escuchas?

Como no reaccionaba, le hice respiración boca a boca y tras unos pocos segundos, ella volvió en sí. Lo que al inicio era un acto desesperado por salvarla, después se había convertido en un beso, en un apasionado y vedado beso. Cuando me aparté de ella, me miró con expresión desencajada.

—Debemos irnos —le dije sin darle tiempo a que reaccionara o pensara.

Salimos del lugar a toda prisa y en un mutismo sepulcral. Ni María, ni yo hablamos durante todo el camino. Algo se había encendido, algo que ninguno de los dos lograba apagar. Llegamos a la villa de mi padre tres días después y nos encontramos con un verdadero jardín de Edén.

—¡Es precioso este sitio! —gritó ella, emocionada.

Parecía un cuento de hadas.

—Lo es —le dije, abrumado.

La casa estaba abandonada y bastante sucia. Ambos nos pusimos a arreglarla y ordenarla.

—Conseguí harina, huevos, mantequilla, leche, frutas y verduras —anuncié días después.

María cocinaba mientras yo arreglaba el huerto repleto de tomates, zanahorias, pimientos y cebollas. Había decenas de verduras y un sinnúmero de árboles frutales.

—Es el paraíso me dijo ella por la noche—. ¿No tienes frío?

Ella llevaba un delicado vestido blanco sin tirantes y el pelo lo llevaba suelto.

—No.

Tenía el torso desnudo y los pies descalzos en el jardín donde se podía apreciar las estrellas más brillantes del cielo aquel verano caluroso. Bebí un sorbo de vino de la copa sin apartar la vista de ella.

—Tu tatuaje es impresionante —me dijo tras mirar de refilón mi espalda—, es San Miguel. Mi arcángel favorito.

—Lo hice cuando tenía unos veintitrés años —le confesé—, en gratitud a él.

Le había salvado a Matt de la muerte en el psiquiátrico y fue mi manera de agradecerle.

—A mí me salvó el arcángel San Gabriel —me dijo y me erizó toda la piel—. Había muerto un día —la miré de reojo con asombro—, nadie podía explicar mi... —hizo una pausa—, regreso.

María había vuelto de la vida por obra de un milagro y por eso fue la elegida. De pronto, evoqué lo que mi padre me dijo sobre Jesús y su descendiente.

«¿Y si ella es la descendiente de María?».

Mi padre no la eligió al azar, sino por alguna razón específica. La duda me hizo suspirar hondo.

—Anoche soñé con un ángel —me dijo algo cohibida.

Me puse delante de ella y le levanté la barbilla con suavidad.

—¿Y qué te dijo?

Ella me miró con expresión soñadora.

—Bendita eres entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu vientre.

Alargué la mano y le toqué la cara con ternura.

—Bendita eres, María.

Ella posó la mano sobre la mía y cerró los ojos. Una brisa perfumada acarició nuestros rostros. Sin meditarlo mucho, recliné la cabeza a cámara lenta y capturé sus labios en un profundo beso. Ella, para mi gran sorpresa, se enganchó a mi cuello y profundizó la caricia de nuestras almas, que desde el primer momento que se encontraron, se reconocieron, quizá, de otra vida.

—María...

—Marcello...

La cogí en brazos y la llevé hasta mi habitación sin dejar de besarla un solo instante. La deposité sobre la cama con suma delicadeza. La ventana estaba abierta de par en par y la brisa jugueteaba con las cortinas con mucha gracia. Apagué la luz central y encendí el velador de la mesilla. María

—Yo... nunca... estuve...

Posé la frente sobre la de ella y aspiré sus suspiros.

—Tampoco yo.

Me miró sorprendida.

—¿Tú nunca estuviste con una mujer?

Era casi un excura. Nunca había estado con nadie, porque nunca tuve esa necesidad, hasta ahora.

—Nunca.

Ella descendió el pecho del vestido lentamente, sin apartar la vista de mi cara. Me temblaron las piernas y, ante todo, el músculo vital que estaba en mi caja torácica. María se tumbó en la cama tras quitarse el vestido y su ropa íntima. Podía salir corriendo y huir de aquello que poco a poco se estaba apoderando de mí, aquello que llevaba años esquivando por temor a herir a otros, más que a mí mismo. Sin embargo, ahí estaba, quitándome las ropas y precipitándome sobre ella, sobre su templo immaculado.

—Quiero ser tuya —me dijo con la voz revestida de miedo.

Los caminos de Dios eran misteriosos y perfectos. No había maldad en aquel acto, tampoco falta de fe, porque tras muchos años, al fin, comprendía lo que significaba.

—María.

Nos fundimos en un solo cuerpo aquella mágica noche en que ambos comprendíamos mejor la misión que nos tocaría tras aquella entrega. No hubo declaraciones de amor, ni promesas a

largo plazo, solo hubo el presente, el ahora.

—¿Conociste el cielo? —le pregunté al día siguiente en el jardín, donde estábamos acostados entre los girasoles y amapolas—, ¿cómo es?

Ella giró mi cara y me dijo:

—Como este beso.

El beso nos llevó al paraíso, nos llevó al cielo y nos llenó de una rara emoción, aquella que decidimos, por común acuerdo, aunque tácito, no mencionarlo jamás.

—Mira —me dijo cierta vez—, los cuatro meses empiezan a notarse.

Los meses habían pasado volando, sin que nos diéramos cuenta.

—Casi no se nota.

Ella tejía ropitas mientras yo montaba la cuna.

—Hoy toca la consulta —le recordé.

Ella me miró con expresión bobalicona.

—¿Quieres saber el sexo del bebé? —me preguntó con ilusión.

Me acuclillé delante de ella y le toqué la panza.

—Sí.

Cuando una sonrisa apareció en su rostro, el corazón se me volcó. No había sentido nada similar en toda mi vida. Un nudo enorme se me formó en la garganta y no sabía muy bien por qué. Le puse el chal blanco que se encontraba en su hombro y la miré con embeleso. María era descendiente de la Virgen María, según todo lo que investigué y las pistas que mi padre me dejó en la biblia.

«Tu corazón conoce la verdad» resonó la voz de Gabriel en mi cabeza.

—¿Te pasa algo?

Negué con la cabeza sin apartar los ojos de ella.

—Terminaré de montar la cuna —le dije y ella sonrió.

Días después, ella sintió un fuerte dolor en el abdomen y la llevé al hospital del pueblo más cercano, donde realizaba sus exámenes prenatales. Mientras la esperaba en la sala de espera, evoqué a mi creador y suspiré hondo. Nunca comprendí sus sentimientos, aquel amor tan profundo y enajenador.

—María —dije con pesar—, ¿qué me pasa contigo?

Una profunda tristeza se apoderó de mí y decidí salir al balcón en busca de aire fresco. Escruté el cielo estrellado con ojos lastimeros, preguntándome por qué me habían elegido a mí para una misión de aquella índole. Junté las manos en actitud de oración y empecé a rezar. Una sensación de paz invadió mi ser, una sensación que jamás había experimentado antes. Los ojos se me llenaron de lágrimas y la respiración se me entrecortó.

—¡Tú! —gritó alguien desde arriba.

Levanté la vista y me encontré con el hombre de la cicatriz.

—¡Mira!

María apareció en la terraza del edificio.

—No... —dije con la voz rota—, ¡no le hagas nada!

—¡Ven a por ellos!

Con el alma a mis pies, subí hasta la terraza del hospital. Freud sujetaba a María por el cuello con mucha fuerza. Ella mal podía respirar y su semblante la delataba.

—Son siete pisos —me dijo él—, no sobrevivirían a la caída.

Pensé en mis posibilidades, pero todas eran muy arriesgadas.

—Aquí me tienes —puse las manos en actitud de rendición—, no os hagáis daño —le

supliqué.

Pero aquel hombre era incapaz de sentir compasión por nadie y, mucho menos por alguien que era importante para mí.

—La amas —me dijo con una sonrisa burlona—, ¿te enamoraste de ella?

Había incredulidad en su cara y ternura en la de ella. No sabía que la amaba hasta ese momento como tampoco que aquel hombre era un ser oscuro del infierno. Cuando sus alas negras se extendieron tras él, supe que algo muy malo pasaría a continuación. Se elevó a una altura considerable y se apartó de la terraza. Y tras sonreír, lanzó a María al vacío sin piedad.

—¡Nooo! —grité con todas mis fuerzas y corrí hacia ella—. ¡Maríaaaa!

Ella alargaba los brazos y gritaba mi nombre con desesperación.

«*Por amor somos capaces de dar todo sin pensarlo dos veces*» me dijo cierta vez mi creador.

Todo se ralentizó a mi alrededor mientras ella caía rumbo a la muerte segura.

«Sálvala» me dijo Miguel.

Y sin meditarlo mucho, me lancé tras ella sin saber muy bien por qué lo hacía hasta que, unas enormes alas me sostuvieron en el aire.

—Sálvala, Arael —me dijo Miguel—. Solo tú puedes hacerlo.

La cogí en brazos, a pocos metros del pavimento, y evité su muerte. Ella me miró con lágrimas en los ojos.

—¿Eres un ángel?

Hasta aquel día, tampoco yo lo sabía. La elevé lentamente mientras sus lágrimas anegaban su hermoso rostro. Unas imágenes asaltaron mi mente en ese lapso. Vi cómo Otto creaba un solo embrión y cómo sus ojos se llenaron de lágrimas al ver a dos bebés la primera vez que Antonella se hizo una ecografía. Era obra de Dios, no de él.

—María.

Ella me tocó la cara y ante la fuerte emoción, perdió el conocimiento. Aterricé en la terraza con suavidad y la miré con profundo amor.

—Arael —me dijo Miguel, a pocos centímetros—, debes llevarla al sitio elegido.

Lo miré con lágrimas en los ojos cuando se acercó a ella y le tocó la cabeza. Una luz muy brillante iluminó su interior, borrando los últimos recuerdos de su mente.

—Ella no recordará quién eres —me dijo en tono suave, — tampoco lo que vivieron los últimos meses.

Miguel me dijo que mientras estuviera a su lado, correría siempre peligro. Los demonios olían a los ángeles como nosotros a ellos. Y lo mejor para ella y su hijo, era que me distanciara.

—Has cumplido tu misión —me dijo Miguel—, has vuelto al sendero de Dios.

María me salvó a mí todo este tiempo y no yo a ella.

—Podrás velar por ella y su hijo, pero desde lejos.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Podía ser un ángel, pero aquello que sentía era humano. Completamente humano.

—Es aquí —me dijo cuando llegamos a un sitio lejano de todo y de todos—, el convento Santa Anna.

La miré con infinita ternura.

—Es lo mejor para ambos, Arael.

Una sucesión de recuerdos antiguos me hizo comprender al fin quién era.

—Arael —susurré.

Miguel extendió sus alas y salió volando del lugar antes de que los demonios pudieran

detectar su aroma. Debía hacer lo mismo, aunque me partiera en dos por dentro.

—María —dije con la voz quebrada.

Le di un último beso en los labios antes de depositarla en la cama del convento elegido por los ángeles.

—Te echaré mucho de menos —le toqué la cara con ternura—, fuiste lo mejor que conocí en la tierra.

Ella dijo mi nombre y me rompí a llorar.

—Te llevaré siempre conmigo —me arranqué una pluma y la deposité cerca de su corazón—. vaya donde vaya.

Me levanté y extendí mis alas blancas.

—Dios te salve, María.

Me dirigí a la ventana del balcón con el corazón encogido por la tristeza. Me volví y la escruté con ojos llorosos antes de partir de su vida.

«Te amo» le dije a aquel humano que me había salvado del abismo.

Extendí las alas a la vez que miraba el cielo azul iluminado por el sol con majestuosidad aquel día. Los ángeles aparecieron en la bóveda celestial con sus grandes alas blancas, dándome la bienvenida.

—Te amo —dijo María desde la cama.

Me volví para mirarla.

—Arael...

Un gemido se me escapó del pecho ante la emoción.

—Su alma nunca te olvidará —me dijo Gabriel.

«Como la mía a ella».

En mis alas llevaba parte de nuestra historia, parte de una vida ajena a la mía.

—Adiós, mi amor.

Evoqué todo lo que viví en ese lapso mientras volaba rumbo al sol, rumbo a mi casa. Las lágrimas que rodaban por mis mejillas no eran angelicales, sino humanas. Porque dentro de mí, nació la humanidad, la fragilidad y el amor terrenal.



## El secreto de Engel e Ian Hoffmann

**L**legamos al zoo de la ciudad con nuestro clan de veinte niños dispuestos a hacernos la vida imposible aquel último fin de semana antes del viaje a Italia para nuestra gran misión. Les pusimos en fila como si fueran soldados de la Bermer. Jonás, el más duro y exigente, después de mí, claro estaba, se paseó frente a ellos antes de dar sus primeros órdenes.

*No separarse del grupo.*

*No correr.*

*No gritar.*

*No dar de comer a los animales.*

*No subir a los muros de protección.*

*No olvidar las primeras reglas.*

Ellos asintieron monocorde antes de romper todas las reglas impuestas por nosotros. Era un excelente ejercicio, dije mientras corría tras mis hijos con la hija de Peter Cora colgada en mi pecho en su mochila de transporte. Peter llevaba a Christian y Jonás a Carlitos.

—La próxima solo uno —le dije a Peter, con sorna.

Se santiguó.

—¡No habrá una próxima!

Erich llevaba a sus gemelos: uno delante y el otro atrás mientras trataba de alcanzar a sus cuatro hijos.

—¡Marcus! ¡Lena! ¡Mia! ¡Dana! —gritaba tras ellos—, ¡me matarán de un infarto!

Las personas se divertían más con nosotros que con los animales del lugar. Los hermanos de Peter llegaron minutos después con los primos y el hermano de Jonás. ¡Gracias a Dios! Algunos no tenían hijos: Andreas, Frank y Stefan, hermano de Jonás, eran almas libres.

—¡Ian! ¡Matt! ¡Daniel! ¡Abril! ¡Antonella! ¡Engel! —grité mientras mecía a mi sobrina en la mochila—. ¡Matt! —le grité a mi hermano, mucho más loco que todos mis hijos juntos—, ¡me dará algo! ¿Dónde está Engel?

Engel levantó la cabecita y me miró con ojitos interrogantes.

—Papi, aquí estoy —frunció el entrecejo—. No estaba con mis hermanos...

Solté un gemido de lamento.

—Lo siento, hijo —le dije algo, ruborizado—, fuerza de la costumbre.

Los primos de Jonás empezaron a correr tras nuestros hijos. Erich, a pesar de estar muy ocupado con los suyos, tuvo tiempo para coger su móvil y colocar la canción: Cuban Pete. ¡Era un pesado! Eso sin mencionar los diferentes tonos que usaba para acentuar ciertas situaciones. Peter y yo le dimos una colleja en la cabeza.

—¡Ey! —se arregló los rizados con gracia—, necesito ir a la peluquería antes del viaje a Italia —hizo una mueca triste—, y dormir más de cinco horas...

Peter suspiró al oír la última parte.

—Sería un sueño —dijo, embobado.

Me reí por lo bajo.

—¡Desgraciado! —me dijeron.



Mis hijos ya habían crecido y no eran bebés como los suyos.

—¡Matthias Otto Hoffmann Bellini! —grité a todo pulmón, — ¡baja de ahí!

Matt valía por diez niños.

—¡Me va a dar algo! —dije con las mejillas arrojadas—, ¡qué calor de mierda hace hoy!

Jonás se hizo un rodete.

—Hasta pienso en cortarme el pelo —nos dijo el vikingo y sus primos se persignaron—, es broma —apostilló—, por ahora.

Peter cogió el termo del tereré y sirvió unos mates a sus hermanos.

—Llegamos hace unos días de Paraguay —dijo Thomas, su hermano—, allí es invierno, pero de frío nada.

Stefan asintió tras secarse la frente con una toalla. Luego limpio la baba de su hijo con ella.

—Mejor nos vamos a nadar más tarde —propuso él.

Todos asentimos.

—¡Helados! —gritó mi hermano Matt—, ¿quién quiere uno? —la canción Dance Monkey empezó a sonar en su móvil—, salud a la cámara y decid lo que os enseñé —les pidió—, ¡todos amamos a Matt! —chillaron, eufóricos.

Nos quedamos mirándolo como si acabara de salirle otra cabeza.

—Increíble —musité, embelesado.

Los niños corrieron hacia el heladero y empezaron a saltar alrededor del encargado que miró complacido la cantidad de niños que querían helados.

—Se quedará sin helados dije divertido.

Por unos minutos, por unos maravillosos minutos, se quedaron sentados y disfrutaron de sus helados mientras Jonás nos contaba las anécdotas de Valentina aprendiendo el alemán.

—El otro día me pidió una: *Fahne* <sup>[27]</sup> para cocinar.

Todos ladeamos la cabeza ante su rara petición.

—¿Y para qué quería ella una bandera? —le preguntó Thomas, intrigado.

Jonás lamió su helado con una sonrisa en los labios.

—Al inicio no entendí, así que, cogí la bandera española que teníamos y se la di —contó con expresión seria—, pensé que era algún ritual para hacer la paella.

Todos seguíamos mirándole con expresión interrogante.

—Pero no, en realidad ella lo que quería era una: *Pfanne* o sea, una sartén.

—¡Ahhh! —dijinos a coro.

Thomas se echó a reír y luego nos comentó lo que Aramí pidió la primera vez que fueron a un restaurante en Alemania.

—Ella pidió sopa de perro mientras fui al servicio —nos dijo, muerto de la risa—, la camarera me dijo que mi mujer le había pedido una sopa de perro cuando volví a la mesa.

Aramí confundió la palabra *Huhn* con *Hund*. Aunque sonaba lo mismo, el sonido y el significado eran muy distintos. El primero es perro y lo que ella quería era en realidad sopa de pollo.

—Perlita le dijo a nuestra vecina de ochenta años «Hure» en lugar de *hübsch* —apostilló Stefan—, le dije: acabas de llamarla puta y no guapa, cielo.

Nos echamos a reír.

—Alejandra igual —nos dijo Peter, riendo.

A su esposa le pasó algo similar cuando estudiaba en el instituto. Le dijo a él que pronto obtendría el cerdo de su vida. Al inicio Peter no le dijo nada, porque pensó que era alguna costumbre paraguaya. Comer cerdo al recibir un título. Pero no, ella quería decir certificado que

era: Schein, pero ella le dijo: Schwein que era cerdo.

—Te amo, Engel —le dijo Victoria a mi hijo de un momento a otro.

Thomas cogió a su hija en brazos.

—Cuando tengas treinta años podrás salir con Engel.

Erich puso el tono de un grito desgarrador.

—Ten cuidado, Thomas —le dijo él—, Marcello era así, conquistaba a todas las niñas con sus ojitos azules y su belleza angelical.

Peter y él intercambiaron una mirada socarrona.

—Peter y yo teníamos que regalar dulces a las niñas y esas mismas niñas regalaban nuestros dulces a Hoffmann.

—Marcello tenía a todas embobadas en la escuela.

Matt gritaba con los niños a un lado. ¡Mi hermano era más infantil que ellos! Luego empezaron a jugar al trencito. Al menos los mantenía ocupados con sus locuras.

—No puedo creer que Sarah no sintió celos al ver los pelos rubios en mi coche —dijo de pronto Erich—, incluso me dijo: no te lées tanto con Jonás.

Jonás le lanzó un beso.

—No puedo creer que mi plan de haceros pelear funcionó —solté, indignado—, algo anda mal.

Los niños empezaron a gritar a coro cuando vieron a unos payasos. Erich, por muy poco, no se echó a correr ante el terror que les tenía. Me puse muy serio.

—¿Qué hacen estos payasos aquí? —pregunte, desconfiado—. Estaros atentos —les dije a mis colegas.

Aquello nos llamó mucho la atención.

—¿Dónde está Engel? —pregunté con nerviosismo—, ¡Engel!

Me quité la mochila y le di a Thomas al tiempo que cogía mi arma de los pantalones. Nos pusimos en alerta al no ver a Engel por ninguna parte. Los payasos se marcharon del lugar haciendo malabarismo mientras los niños los seguían.

—¡Engel! —tampoco vi a Ian—. ¡Ian! —grité con el corazón acelerado.

Seguimos a los payasos gritando el nombre de Engel e Ian a voz en cuello. ¿Dónde se habían metido? En un principio, pensamos que los payasos tenían algo que ver, pero tras unos minutos, los encontramos sobre uno de los muros más alto del zoo.

—¿Cómo llegaron hasta allí? —me pregunté con la cara arrebolada—, son más de tres metros de altura...

Estupefactos, los miramos antes de que Andreas y Frank treparan un árbol para cogerlos en brazos.

—Hijos, ¿cómo llegaron hasta allí?

Engel e Ian lloraban con mucha amargura.

—El mono —me dijo Engel, sin dejar de llorar—, murió, papá.

Todos lo miramos con atención y cierta curiosidad.

—Solo queríamos ayudarlo, papá —me dijo Ian, llorando a lágrima viva.

Fruncí mucho el entrecejo. El otro día, Antonella me dijo que un ratoncito muerto había resucitado cuando Engel lo tocó.

—No pude hacer nada, papá.

Engel e Ian tenían una inteligencia extrema y una sensibilidad inhumana. Actualmente, iban a una escuela especial, para niños súper dotados.

—Ya pasó —les dije, apenado—, Dios lo llevó al cielo.

Victoria se rompió a llorar y luego, solidariamente, todos los demás empezaron a llorar. Incluso los bebés.

—No fue Dios —me dijo Ian—, alguien lo golpeó y lo mató, papá.

El llanto a coro de mis hijos y sobrinos no me llamó tanto la atención como aquello que Ian acababa de afirmar.

—Las personas son malas —me dijo Engel, llorando—, muy malas.

Al día siguiente, confirmé las palabras de Engel e Ian, el mono murió tras recibir un fuerte golpe de uno de los encargados del zoo, actualmente preso por maltrato.

—¿Cómo Engel e Ian lo sabían? —me preguntó Erich—, ¿pueden hablar con los animales como el doctor Dolittle?

Y es que Erich creía que el don del doctor era real.

—¿Lo es? —preguntó Jonás.

No dije nada, me limité a mirar a mis hijos, que jugaban a un lado. Me puse a observarlos. Mis hijos eran diferentes a todos los niños de su edad. ¿Serían como el niño de la película Sexto sentido? ¿Podían ver cosas más allá de lo visible?

«Nuestros hijos son especiales» resonó la voz de Anna en mi cabeza.

Anna quedó estéril tras el aborto que sufrió en su adolescencia y ningún médico pudo explicarnos cómo logró concebir a cinco niños.

—Papi —me dijo Engel y me sacó de mi trance de golpe—. Debéis iros al bosque que está en Hattingen.

Me acuclillé y lo atrapé entre los brazos. Lo miré con ternura infinita.

—¿De qué estás hablando, mi amor?

Engel me miró con su peculiar seriedad.

—El niño está en el bosque, cerca de una piedra grande y un árbol de cerezo.

Todos nos miramos entre sí antes de clavar los ojos en él.

—Él tiene mucho miedo, papá, tiene miedo de su tío.

Ian se acercó.

—Martín tiene mucho miedo —nos dijo y nos paralizó.

Me levanté de golpe y miré con mucha seriedad a mis amigos.

—¿Es el niño que buscamos? —me preguntó Peter—. ¿Cómo lo sabían?

Sin emitir una sola palabra, fuimos al bosque en cuestión y encontramos al hijo de uno de los empresarios más ricos de Alemania, estaba allí, en el lugar que nos indicó Engel.

—Tranquilo, pequeño —le dije tras cogerlo en brazos—, ya pasó.

El niño confirmó lo que Engel e Ian dijeron, su tío, hermano de su padre, fue el autor moral de dicho secuestro.

—Un ángel me trajo comida y agua —me dijo Martín y me miró con extrañeza—, era muy parecido a usted.

Fruncí mucho el entrecejo al escucharlo.

—El hambre provoca alucinaciones —me dijo Erich.

Asentí sin decir una sola palabra.

—Arael —soltó Martín y el corazón se me encogió—, él os envió ¿no?

Los ojos se me llenaron de lágrimas al escuchar aquel nombre.

—Sí, tesoro, él nos envió.

Martín me abrazó y contuve con todas mis fuerzas las ganas de llorar.

—Él siempre estará a tu lado —me dijo y una lágrima rodó por mi mejilla.

Salimos de la mansión y nos dirigimos a nuestras casas con una paz indescriptible en el

pecho.

—Los milagros existen —nos dijo Jonás—, el tío pretendía matar a su sobrino hoy y no mañana.

No emití nada, las fuertes emociones solían dejarme sin palabras. Cuando llegué a mi casa, entré en la habitación de mis hijos para darles un beso de buenas noches. Engel se despertó y me dijo en un susurro:

—Te quiero, papá.

Le di un beso en la cabecita.

—Y yo a ti, mi amor.

Salí de la habitación y me dirigí a mi despacho, donde tenía preparado las maletas para el viaje a Italia. Me senté y encendí el ordenador. Busqué informaciones sobre niños con dones especiales. Había muchas informaciones, pero una me llamó mucho la atención.

«Niño tiene contacto con seres de luz».

—Engel e Ian ¿eran como esos niños?

Mi móvil timbró y me sacó de mi trance. Cuando cogí la llamada, me llevé una gran sorpresa.

—Hola, Marcello —me saludó Chelito.

Toda la carne se me puso de gallina.

—Iré con vosotros a Italia.

Esbocé una sonrisa mientras un enorme nudo se me formaba en la garganta.

—Gracias, hermano.

—Nos vemos, Marcello.

La ventana se abrió de golpe cuando colgué y un aroma muy dulce asaltó todo el lugar. Sentí una paz indecible en el corazón, como si una mano invisible me lo hubiera tocado y absorbido todas las penurias que allí guardaba hacía mucho tiempo. Pensé en mis hijos y en sus dones especiales. Nadie podía saberlo, no quería que nadie los lastimara. El mundo no estaba preparado para aceptar a los que eran distintos, a los elegidos.

—Mientras viva, nadie os hará daño —me juré.

De pronto, algo me llamó la atención, era una pluma blanca que yacía sobre el alféizar de la ventana. Me levanté del sillón y me acerqué sin abandonar mi deje. La cogí con lágrimas en los ojos. Levanté la cabeza y observé el cielo estrellado con un júbilo indescriptible en el pecho mientras evocaba el sueño que había tenido la noche anterior. En él, alguien me regalaba una pluma idéntica a esta. Cuando me desperté, le pedí a los ángeles una señal, necesitaba saber si esa persona estaba con ellos y no en otro sitio.

«Estoy en tu corazón, hijo mío» resonó la voz de mi madre en mi cabeza y las lágrimas anegaron mis ojos.

Llevé la pluma al pecho y sollocé emocionado.

«Mutti» dije emocionado hasta el alma.

—Te amo —le dije mirando el cielo—, siempre te echaré de menos —supuse que ya sabía que Matt estaba aquí y me la imaginé sonriendo con dulzura—. Lo cuidaré con mi vida, Mutti.

Engel e Ian entraron en el despacho con mucha cautela. Me volví y los miré con amor infinito.

—¿Jugamos una partida, papá? —me preguntó Engel y me sequé a toda prisa las lágrimas.

—¿Estás triste, Papá? —me preguntó Ian.

Negué con la cabeza y ellos me sonrieron con inocencia.

—Me encantaría jugar, hijos.

Me acerqué al escritorio y guardé los archivos acerca de los niños con dones especiales, en una carpeta secreta tras teclear el nombre que había elegido.

«El secreto de Engel e Ian Hoffmann».



Regalo de la autora



**Un poco más de Erich**  
**Un poco más de Peter**  
**Aventuras extras**

## Erich

**M**e gustaba observar a mi mujer mientras dormía. Su belleza exótica me tenía hechizado desde sus trece años. La conocí en la casa de mi mejor amigo, su hermano. Marcello y ella eran enemigos declarados, sin embargo, mi amigo era un can rabioso cuando se trataba de su hermanita, Sarah.

—Hola —me saludó ella, el primer día que la vi.

Su larga melena oscura y sus grandes ojos azules me dejaron sin aire en los pulmones.

—Hola.

Jamás había sentido aquello y nunca, nunca pensé que sería una víctima más del maldito cupido.

Visitar a mi amigo se hizo una adicción y no ver a su hermana, una verdadera catástrofe.

—Hola, preciosa —le saludé cierta tarde mientras Marcello se duchaba.

Me recliné para besarle las mejillas, pero el deseo habló más alto y terminé besándola en la boca. Ella me correspondió de cuerpo y alma.

Un beso y me tenía rendido a sus pies.

—Esto está mal —le dije y ella me llevó a su habitación.

Me empujó hacia la cama tras cerrar la puerta.

—Solo bésame, rubio.

Tras aquella tarde, empecé a salir con todas las mujeres que se me cruzaban en el camino. A veces, incluso salía con más de tres en el mismo día. Follar como un verdadero semental no solucionó mi problema. Al contrario, lo empeoró.

—¡No puedo estar prendado de una niña! —me reprochaba cada mañana antes de ir a entrenar—. No, eso es imposible.

Golpeaba la bolsa de arena en un intento absurdo por huir de mi condena. ¡Estaba enamorado de una niña!

—¿Qué? —me dijo Peter, el día que le confesé mis sentimientos hacia Sarah—: Marcello te matará.

Mi semblante lo desarmó.

—¡Madre mía! ¿Estás enamorado de verdad?

Quería decirle que no, pero lo estaba, de cuerpo, alma y corazón. Quizá la amaría por unas cinco vidas más o por el resto de la eternidad. Estaba enamorado y súper cursi.

—Lo estoy, Peter.

—Joder.

—Sí, joder.

Decidí huir de lo que sentía.

—La indiferencia le dolerá, pero es lo mejor —me decía cada día.

Sarah no era como las niñas de su edad, no, ella era tan tozuda y orgullosa como su hermano. En lugar de llorar por mí indiferencia, como cualquier adolescente normal ante el desamor, empezó a salir con el hermano de Peter, el rubicundo con cara de muñeco, Thomas.

—Peter, desmembraré a tu hermano.

—Lo haces y te mato a golpes.

En más de una ocasión, desfiló con él en mi frente, cariñosa y divertida. ¡No era justo! Ella debía estar llorando por mí y no viceversa. Enfurecido y celoso, la cogí cierta tarde y la besé con una pasión desmedida.

—¿Me has echado en falta? —le pregunté, pero antes de que pudiera responderme, Marcello apareció—, mierda —ella me besó con mucha pasión.

—Ven mañana.

—¿Eso quieres?

—Sí.

Todas las tardes hacíamos lo mismo, a escondidas de mi amigo o, caso contrario, hoy no estaría contándoles mi historia.

A veces, incluso entraba a escondidas en su cuarto, como un vulgar ladrón. Cierta noche, Marcello apareció y me escondí en el armario a duras penas. Mi amigo desconfiaba de algo, era demasiado sagaz como para no percibir los cambios en su hermana, la fiera indomable, como solía llamarla.

—Sarah está rara, Erich.

Casi me tragué la lengua.

—Ah, ¿sí?

—Sí, creo que es lesbiana.

Escupí el zumo de manzana al oír su desconfianza.

—¿Qué?

Me miró de un modo muy raro.

—¿Por qué estás sudando?

Sudando, suspirando y casi haciéndome encima.

—Estoy enfermo.

«Enamorado».

—Cuídate.

Sarah y yo no pasábamos de los besos y caricias atrevidas. Pero no estaba seguro de cuánto tiempo soportaría sin hacerla mía.

—¿Es amor o pasión? —me preguntó Peter.

Si fuera pasión, estaría poniendo en riesgo mis bolas y mi amistad de toda la vida con Marcello. Él jamás me perdonaría semejante desliz por mi parte y lo dejó muy en claro el día que nos pilló en la sala. Me persiguió por toda la ciudad, hasta que astuto me subí a un autobús. No me habló por dos semanas, hasta que su madre falleció y todo, todo se derrumbó.

—Lo siento tanto, Marcello.

Él se abrazó a mí con todas sus fuerzas.

—Se fue, Erich —me dijo, roto por dentro—, se fue.

Durante días consolé a Sarah, que lloraba a lágrima viva el adiós de Antonella.

—La echaré en falta —me decía entre sollozos.

No supe sobrellevar aquel momento y me alejé de ella. Cuando tenía quince años, mis padres fallecieron en un grave accidente de carretera. Nunca superé el adiós de ambos, nunca.

—Lo mejor es alejarme a tiempo, Peter.

—Te estás muriendo, rubio.

—Resucitaré.

Sarah no me buscó. Su orgullo no le permitía. La añoranza fue mayor que mis temores y la busqué en el colegio con un enorme peluche entre las manos el día de su cumpleaños. Nunca olvidaré aquel día, el día que la hice mía.



No lo había planeado, solo pasó. Fuimos a mi casa, donde le prepararé una sorpresa. Tarta, velas, rosas y muchos besos.

—Te amo —me dijo mientras me hundía en ella con delicadeza y mucho apego.

No le repliqué, aquellas dos palabras eran un tabú para mí. En lugar de ello, la besé con toda la pasión que me inspiraba.

«La quiero» me dije, pero no conseguía exteriorizarlo.

Todos los días nos encontrábamos en mi casa y hacíamos el amor hasta que nos fallaran las fuerzas.

—¿Cuándo hablarás con Marcello?

¿Hablar con Marcello? ¿Qué quería decirme con eso? ¿Quería formalizar lo nuestro? ¿Ser novios de verdad? Mi mutismo la enfureció.

—Sarah.

Mi vacilación me condenó.

—Vete a la mierda.

El miedo me paralizó y Sarah dio por terminada la relación. Me mandó al infierno tras una bofetada que casi me echó los dientes frontales. En realidad, ella me dio un puñetazo. Sarah era una fiera cuando se enfadaba.

No volvimos a vernos tras aquel día.

—¿La quieres? —me preguntó Peter.

No estaba seguro de lo que sentía. ¡Era un maldito cobarde!

—No lo sé.

Salí con varias mujeres. Me enrollé con todas mis vecinas, colegas o compañeras de universidad. Ninguna encendía mi cuerpo como Sarah. Y mucho menos mi corazón.

—La amo —le dije a Peter, en Ibiza, tras pelearme feo con mi futuro cuñado.

Peter palmeó mi hombro.

—Ya lo sabía, Erich —alegó tras beber un sorbo de su cerveza— y Marcello también lo sabe.

Puse los ojos en blanco y el corazón en punto muerto. ¿Marcello lo sabía?

—¡Es el mejor investigador! —exclamó Peter, y me dio un golpe en la frente—. Por eso está enfadado contigo, no tanto por tu mordaz comentario sobre Anna.

—Scheiße...

Esperé un tiempo más, hasta que Sarah decidió ir a Canadá por unos años. Una patada certera en el culo me hizo dar el gran paso.

—Te amo —le dije y con esas palabras, le entregué mi corazón.

A pesar de que salíamos a escondidas, éramos fieles o caso contrario, sería fiambre, me lo aclaraba ella siempre que podía.

—No puedo engañarla, Peter.

—¿Le tienes miedo?

—No, la amo.

Marcello pasaba una terrible fase con Caroline, una desquiciada que estaba obcecada por él. En ese lapso, Elena, mi ex, retornó y puso a prueba mi fidelidad.

—Estás enamorado —me dijo el día que intentó seducirme.

No necesitaba hablar, los ojos lo hicieron por mi boca.

—Como nunca pensé estarlo —le confesé.

Nunca en mi puta vida imaginé enamorarme así. Siempre me burlaba de Marcello, y el destino decidió vengarse de mí. Peter conoció a su gran amor a los treinta y cinco años, al otro

lado del planeta, durante una misión en Paraguay. Alejandra González domó su corazón el primer día que se vieron.

—La amas.

—Con toda el alma, Erich.

—Bienvenido al club de los corazones enamorados, Peter.

Entrechocamos las copas en el aire.

—Prost...

Marcello fue el primero a caer en sus redes. A los diecisiete años me dijo que estaba perdidamente enamorado de Anna Bellini, su pequeño gran amor. Sufrimos con él el martirio del olvido, que al final, nunca llegó.

El día que decidí hablarle de mis sentimientos por su hermana, mientras volábamos rumbo a Italia, me persiguió por todo el avión. Tardó mucho en aceptar que amaba a su hermana, cinco años más joven que yo.

—La amo —le confesé llorando—. Como tú a Anna Bellini.

Mi declaración sonaba como lo era, sincera. También súper cursi, lo sé.

—Te mataré si la haces sufrir —me amenazó antes de estrecharme—, te lo juro.

Marcello y Anna al fin volvieron tras una dura batalla impuesta por el malvado destino.

—¡Felicidades! —gritamos el día de su boda.

—Pronto será tu turno —me dijo mi cuñado el día de su boda—, muy pronto... —había algo en su tono que no me gustaba del todo—. He he he...

El día de mi despedida de soltero, Marcello se vengó y en lugar de contratar a unas strippers como la gente normal, contrató unas payasas asesinas que resultaron ser unas vulgares atracadoras. Nos asaltaron y no conformes, nos desnudaron y nos abandonaron en alguna calle lejana a nuestras casas.

—¡Es tu culpa, Marcello! —rugió Peter, al tiempo que cogía unas hojas de periódico del cubo de basura.

Marcello le dio una patada en el culo y Peter le devolvió el gesto. Me carcajeé y ambos me dieron una patada certera en el mío.

—¡Capullos!

Más patadas.

—Busquemos a unos policías —les sugerí al tiempo que masajeara las nalgas.

—Buena idea.

Caminamos lado a lado en aquel tibio junio. Aunque, en mi país, nunca el calor era suficiente, ni siquiera en verano.

—Se me congelan las pelotas —dijo Marcello, que estaba muy resfriado.

Peter resopló hastiado.

—Jamás olvidaremos este día —refunfuñó.

Unos coches aparecieron de la nada y empezaron a bocinar.

—¡Mi amor! —nos gritaron unas mujeres.

Las hojas de los periódicos empezaron a moverse de un lado al otro, dejando al descubierto nuestros culos.

—¡¿Por cuánto pasaríais la noche conmigo?!

Llevaban velos de novia.

—¡Tómale unas fotos!

Nos metimos en un bosque y esperamos allí hasta que aquellas locas se marcharan.

—¿Ya se marcharon?

Supusimos que estaban haciendo lo mismo que nosotros horas atrás, una despedida de soltera. Un coche bastante viejo paró.

—¿Os acerco a alguna parte? —nos preguntó una anciana de unos ochenta años.

Agradecemos al cielo por su ayuda. La dulce y amable abuela tardó dos horas en llevarnos a la casa de Peter. Su Navegador era de la época de los nazis.

—Cómo premio, ¿puedo ver vuestros penes? —nos preguntó y nos echamos a reír.

Ella no.

—¿Habla en serio?! —dijimos los tres al unísono.

Ella retiró el periódico de Peter, que estaba a su lado y acercó su cara casi a la altura de su miembro.

—Su futura esposa será una mujer muy afortunada —le dijo y lo manoseó con descaro—. Perdona el temblor, mi amor.

Marcello y yo salimos como alma que lleva el diablo del coche. Peter salió minutos después, rojo como un tomate y con una erección portentosa entre las piernas. La abuelita tenía sus años, pero sabía tocar a un hombre como ninguna. Fue prostituta en su juventud, nos comentó durante el camino.

—¡Me vengaré! —juró Peter, enfurecido.

Marcello y yo nos desternillamos.

—¿Te ha excitado sus manos temblorosas? —inquirimos entre risas.

Peter nos mandó a la mierda, entretanto nos reíamos como dos locos. Una mujer salió de su casa y nos reprendió duramente.

—¡Degenerados! —nos gritó—. ¡¿No tenéis vergüenza?!

Tampoco ropas y dignidad, quise decirle, pero decidí callarme. Nos metimos de un salto en el apartamento de Peter, y ante el apuro, nos tropezamos. Marcello se derrumbó sobre mí y Peter se carcajeó ante la escena.

—¡Ey! —le empujé—. Amo a tu hermana —le dije y él soltó un taco antes de levantarse.

¡Éramos tan azarados! El día de mi despedida quedó inmortalizado para siempre.

—Espero que seáis muy felices —me dijo Marcello, el día de mi boda—. O juro que te desmembraré caso contrario.

¡Era un dulce de membrillo mi cuñado!

Sarah y yo nos casamos tiempo después que él y su mujer. Fue una ceremonia sencilla, pero muy emotiva. Nunca pensé llorar tanto en una boda.

—Cielo, tranquilo —me dijo mi mujer.

Lloraba como una damisela en apuros, pero eran las malditas hormonas. Cada embarazo lo mismo, llantos y antojos sin falta.

—Buen día —me dijo mi mujer y me devolvió al presente, al dulce presente a su lado.

—Buenos días, mi amor.

Me dio un beso muy apasionado.

—Te amo.

—Y yo a ti.

Fue lo mejor que me pasó en la vida.



## Peter

**E**n general, soy un hombre muy reservado con mis cosas, pero decidí ser más Erich, perdón, más abierto, más espontáneo. Por cierto, soy amigo de Erich y Marcello desde que tenía tres años de edad, nos conocimos en el jardín de infancia y desde entonces éramos inseparables.

Actualmente, incluso éramos buenos vecinos. En el pasado, en más de una ocasión, muchos llegaron a pensar que éramos más que amigos.

—Lena pensó que eras mi novio —me dijo cierta vez Erich—. Solo porque nos vio tomando helado juntos en la plaza.

Le miré con estupor, como si acabara de meterme la lengua en la garganta.

—¡Es tu culpa! —me quejé.

Marcello rio abiertamente. Teníamos trece años y un gran problema a cuestas. ¡Y él reía como si aquel drama no le importara en lo más mínimo!

—¿Tú de qué te ríes? —aseveré—. ¡Ella piensa que los tres somos amantes!

—¡¿Qué?!

Lena era la chica más popular del colegio y estaba coladita por Marcello, que a su vez, estaba coladito por Elena, que a su vez, estaba coladita por mí. Erich estaba coladito por ambas. ¡Para variar!

—¡No soy gay! —profirió Marcello, tras levantarse—. ¡Está loca!

Erich y yo intercambiamos una mirada socarrona antes de abrazarnos con sensualidad, amábamos fastidiar a Marcello. Él casi se atragantó ante lo que veía.

—Erich y yo sí —nos dimos un beso de esquimal—. Aunque estamos confundidos —Marcello era el retrato vivo de la estupefacción—. ¡Te deseamos a ti! —gritamos y lo acorralamos.

Nos tumbamos en el piso de mi cuarto y empezamos a hacernos cosquillas. Mi prima, Ada, entró de un momento a otro y nos miró con verdadero asombro. Erich estaba encima de mí y Marcello encima de él.

—Hola —le dijimos con las caras arreboladas—. Ada... —acoté más rojo que un tomate.

En más de una ocasión, mi prima nos pilló en situaciones muy raras. Cierta vez, Erich nos dijo que algo le había salido en la cintura. Nos enseñó y ambos estábamos mirando concentrados aquella verruga rara que le había salido muy cerca de la raya del culo. Ante mi prima, Marcello y yo estábamos «embelesados» con el culo de Erich. Para demostrarle que no era gay, tuve que besarla. Fue mi primer beso y no estuvo tan mal, era inmoral, pero delicioso al tiempo.

—Te amo —me dijo mi prima, tiempo después.

Ella estaba completamente desnuda en mi cama. ¡Era mi prima! ¡Era casi mi hermana! ¡Por el amor de Dios!

—Soy gay —le dije y destrocé su corazón.

El tiempo pasó y nuestra amistad solo se afianzó más y más. Eso sin contar con las tantas aventuras azarasas que vivimos a lo largo de los años desde que nos conocimos. ¡Éramos inseparables! Hasta que...

Un día, mientras leía un libro en el balcón de mi cuarto, Marcello apareció calado hasta los huesos y me dijo llorando:

—Mi padre y mi novia son amantes —mi amigo estaba destrozado.

Decidió huir de sus fantasmas con nuestra ayuda.

—Esto te ayudará por un tiempo —le dije tras entregarle algo de dinero—. Piensa en tu madre, Marcello.

Mi amigo no escuchaba razones. Entonces, decidí cuidar a su madre durante su ausencia con la ayuda de Erich. La señora Hoffmann era una mujer muy buena y no merecía un marido como el suyo. Sin embargo, cuando Marcello desapareció, su padre casi enloqueció. ¿Por qué lo traicionó entonces?

—Estoy en el pueblo de mi madre —me dijo Marcello, meses después—. En Bagni di Lucca.

Mi amigo solía llamarme a diario.

—El pueblo es pequeño y muy perfumado —comentó con la voz apagada—. No lo recordaba muy bien...

Allí conoció a su gran amor, Anna Bellini, la chica de la panadería de la esquina, como la llamaba antes de conocerla, un año después. Marcello siempre la veía en el parque Villa Fiori, pero nunca se acercó a ella.

—¿Habla con su tripa? —le dije, cierta vez.

Marcello me comentó que aquella tímida, pero divertida italiana, solía tener largas charlas solitarias cerca de una de las torres de un parque llamado Villa Fiori. En más de una ocasión, ella conversó largo y tendido con su panza un pelín abultada.

—Es rellenita y muy pequeña —me dijo con un tono raro—. Pero mañana me mudaré a la cabaña de papá y no volveré a verla.

El destino tenía otros planes.

Su padre murió ese mismo año de un infarto. Marcello volvió a Alemania y decidió viajar con su madre a Italia, para terminar el instituto.

—La amo, pero estoy saliendo con su mejor amiga —me dijo cierta vez.

El temor a sufrir lo llevó a cometer un grave error, enrollarse con Carla Ferruzzi, la mujer que casi destruyó su vida y la de Anna.

Muchas cosas pasaron durante su estancia allí y tras su triste retorno aquí en Alemania. Mi amigo nunca pudo olvidar a su pequeño amor, como la tildó Erich, que tiempo después, se enrolló con la hermana de Marcello. Mis amigos conocieron el amor mucho antes que yo...

La vida me arrebató en ese lapso a mi madre. Nunca pensé que el adiós dolería tanto... Marcello y Erich comprendían mejor que nadie mi pena, porque al igual que yo, perdieron a sus madres.

Tardé tiempo en asimilarlo, tanto como mis dos hermanos menores: Stefan y Thomas. Mi padre nunca lo hizo. Meses después, conocí a Marta Smith, una mujer preciosa cuya alma nunca conocí.

—Marta me engañó —les dije, muchos años después.

Mi futura esposa murió en un accidente premeditado por nuestros enemigos, que venían a por mí. Tras su muerte, descubrí que nunca me amó y que el hijo que esperaba era de su compañero de trabajo y no mío. Me hundí en una profunda depresión y decidí canalizar toda mi ira en mi trabajo. Era un agente secreto cuya misión era exterminar delincuentes. Y eso lo hacía.

—Deberías casarte y tener muchos hijos —me dijo cierta vez Erich—. No es justo que duermas más que nosotros.

Mi amigo siempre era muy chistosillo.

—Mi destino es morir solo —le dije con pesar.

Pero tiempo después, conocí a Alejandra, la hermana mayor de Aramí, el gran amor de mi

hermano Thomas. Por cosas de la vida, el mafioso que buscábamos, en aquel entonces, secuestró a Aramí, y durante la misión, perdí el control de mi corazón.

Nunca, nunca había sentido aquello en mi vida. El pecho me ardía, las mejillas se ruborizaban y un extraño hormigueo me recorría cada vez que la tenía a mi lado. Un beso me bastó para saber que era suyo de cuerpo y alma.

«Joder» dije el día que comprendí lo que sentía por ella. No pensé que en tan poco tiempo se podía amar tanto a alguien que apenas conocía.

—Estás enamorado —me dijo Thomas, el día que le conté sobre mis sentimientos.

—¿Sí? —le dijo Stefan, aterrado—, espero que no sea contagioso.

—Ya te tocará —le dijo Thomas.

—¿Me estás echando una maldición?

—No.

—Mmm.

Tras el rescate de Aramí, le entregué mi corazón a Alejandra y le prometí cuidar el suyo por el resto de mi vida... ¡Estaba enamorado!

—Tengo miedo —me dijo Stefan—, seré el próximo.

—Así es.

Le pedí en casamiento durante la fiesta premamá que le habían organizado sus hermanas y sus amigas. Como veréis, no había perdido tiempo y pronto seríamos padres.

—¿Ya sabes quién será tu padrino? —me preguntó Erich, algo zaherido—. Casi te mataron en la última misión por mi culpa —estaba muy triste.

Marcello lo abrazó con afecto y le dijo que no era su culpa, sino suya. Un enorme nudo en la garganta obstaculizó mi respiración.

—Nadie tuvo la culpa —les dije con la voz enronquecida.

Erich y yo fuimos padrinos de Marcello en su boda. Marcello y yo de Erich. Así que...

—Sois mis hermanos y os quiero a ambos como padrinos —les dije con el corazón en la mirada—. Habéis arriesgado vuestras vidas en más de una ocasión por mí y no tengo cómo agradecerlos —pausa para recuperar el control de mis emociones—. Tenía tres años cuando el destino nos unió —otra pausa—, siempre, siempre seréis mis mejores amigos.

Los ojos de los tres se nublaron.

—Jaaa!

Luego evocamos nuestro juramento de amistad eterna en el Stadtgarten, cuando apenas teníamos siete años.

—Nunca lo olvidaremos —nos dijo Erich, con la voz rota—. Creo que algo se me metió en el ojo.

Estaba a punto de llorar. El embarazo alteraba mi estado anímico, como ellos me dijeron tiempo atrás.

—Malditas hormonas —les dije y los dos me abrazaron—. Os quiero tanto.

Lloramos como si alguien muy querido hubiera muerto. Las fuertes emociones podían con nosotros.

—Peter, ¿quieres comer sopa paraguaya? —me preguntó Alejandra, tras entrar en el cuarto—. Oops —apostilló con una expresión difícil de definir con palabras.

Los tres la miramos con cara de circunstancia, sin apartarnos el uno del otro. Erich y Marcello se sorbieron por la nariz con fuerza mientras mi futura esposa nos escrutaba con curiosidad desde su sitio. Un monito apareció en mi cabeza y empezó a hacer piruetas en el aire.

—Momento gay —dijimos los tres en nuestro idioma.

El monito empezó a aplaudir. ¿Quién era aquel monito? ¿Mi consciencia? De pronto apareció otro monito y rio con él. ¿De qué se reían? Ambos se cruzaron de brazos y ladearon las cabecitas.

«De mí» dije furibundo y ambos volvieron a hacer piruetas.

Así éramos los tres, inseparables y a veces, algo sentimentales.

—Te amo —me dijo Alejandra, antes de salir.

—Y yo a ti, mi vida.

Ella se retiró del cuarto y los tres volvimos a abrazarnos. ¡Eran las malditas hormonas!



Mis hermanos y yo compramos una granja en tierras paraguayas, donde realizaría mi boda con Alejandra, mi dulce paraguaya.

—¿Tenemos que bañarnos ante Tupá? —le dije a Alexis, algo asombrado—. ¿Quién es Tupá?

Según Alexis, debía bañarme en un arroyo durante la luna llena con un tipo de gurú paraguayo ante Tupá, que era el dios guaraní. También mis futuros padrinos, el mismo ritual que Thomas hizo antes de la boda. ¿Por qué no lo recordaba? Erich me dijo que estábamos muy borrachos cuando Thomas se bañó en el río Paraná ante Tupá.

—¿Desnudos? —dijimos los tres el día que Alexis nos llevó junto a su brujo.

A orillas del arroyo que se encontraba en la granja de mi familia, mientras los demás preparaban la cena en la casa quinta, decidimos hacer el ritual preboda.

Erich y Marcello me miraron con desconfianza. Alexis me tocaba los pectorales con cierta lascivia. Aquel chico vivía acosándonos, pero por alguna razón ilógica, no nos importaba mucho. Gigo hacía lo mismo en Alemania.

—Es Gigo versión paraguayo —musitó Marcello.

Erich lo miró con socarronería.

—¿Por qué te acuerdas de Gigo?

Marcello le dio un empujón y Erich casi se derrumbó en el arroyo.

—¡Lo echas en falta! —se mofó Erich, y Marcello lanzó su ropa interior al arroyo—. ¡No! —gritó Erich y lanzó la ropa interior de Marcello.

¡Qué maduros! Le di una fuerte reprimenda y ambos lanzaron mi ropa interior al arroyo.

—¡Sois unos críos! —despotriqué en nuestro idioma.

Hacía mucho calor, así que estar desnudo no era problema. El brujo apareció con un bolso enorme entre las manos.

—Buenas noches —su voz era tan... tan... tan... ¿Alexis?

Marcello y Erich me miraron fijo.

—Es del bando de Gigo —dijo Marcello, en alemán.

Ambos asentimos. El brujo nos pasó un aceite perfumado por todo el cuerpo. Me sentía tan raro al ser tocado por un hombre de aquel modo. Alexis se dedicó a mis amigos, que en más de una ocasión, apartaron sus manitas atrevidas de algunas zonas prohibidas de sus cuerpos.



—¡Madre! —solté en un acto reflejo.

El brujo me apretujó las pelotas sin previo aviso, alegando que era un ritual para la fertilidad.

—Si sigue así, matará a mis pobres hijos antes de que nazcan —le dije algo ruborizado.

De un momento a otro, una voz escalofriante irrumpió el lugar. Miré a un costado y no vi nada. La luna iluminaba el sitio con majestuosidad aquella cálida noche.

—Hola —nos dijo una mujer.

Todos giramos las cabezas y oreamos con terror a la mujer, que a primera vista, no tenía piernas. Gritamos a todo pulmón cuando nos miró con rabia. ¡Sus ojos brillaban de un modo muy asustador!

—¡Es Amalia! —gritó Alexis—. ¡El fantasma del arroyo!

Gritamos como locos antes de salir corriendo como alma que lleva el diablo hacia la granja. Nos metimos en un matorral repleto de ortigas.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —chillamos sin detenernos en nuestra huida.

Alexis nos dijo que Amalia era un alma en pena, que deambulaba por aquellos lados desde su trágica muerte cerca del arroyo. ¿Por qué no nos dijo eso antes de comprar aquella finca?

Cruzamos el patio de la casa y pasamos frente a la enorme ventana acristalada de la sala, donde estaban nuestras familias y amigos, que alarmados, salieron a nuestro encuentro. Los tres nos tapamos nuestras partes con las manos cuando los vimos en el jardín con cara de espanto. Alexis jadeaba a mi lado.

—¿Qué ha ocurrido? —nos preguntó Thomas, alterado.

Nos miramos con cara de circunstancia. ¿Por qué, señor? ¿Por qué siempre nos pasaban cosas así a los tres? ¿Era nuestro karma?

—Nos hicimos el baño preboda —les dije jadeante—. Ante Tupá.

Alejandra me miró perpleja al igual que sus hermanas. Thomas y Stefan estaban más perdidos que Tarzán en: Los juegos del trono.

—¿De qué estás hablando, mi amor? —me preguntó mi futura esposa tras recuperarse de la impresión.

Alexis dio exactamente tres pasos antes de que corriéramos tras él.

—¡Mi sueño hecho realidad! —gritó el muy cabrón—. Amalia vendrá a por ustedes —chilló y los tres frenamos de golpe.

Marcello quedó entre los dos, expuesto y sudoroso.

—¿Por qué estás cosas siempre nos suceden? —dijimos al unísono.

Algún día escribirán sobre nuestras locas y azarosas aventuras. Terminaremos en Hollywood tarde o temprano.

—Es verdad, Peter —dijo de pronto Erich.

—¿Qué haces aquí? —le dije, enfurruñado—. ¡Tú ya has contado tu historia!

—Me gusta fastidiarte, Peter.

—Ya han contado sus historias, así que largaos de aquí —nos dijo Marcello—. El único que narra en esta novela ¡soy yo!

Le alborotamos el pelo y le dimos un beso en los mofletes.

—Aún seguimos confundidos —le dijimos.

Marcello corrió de esta narración tras soltar un taco. ¡No podía vivir sin nosotros! Aunque no lo admitiera...

—Eso sonaba muy gay, Peter.

—Sí, lo sé, rubio.

El monito apareció en mi cabeza y rio entre dientes.

—¡Vete de aquí! —le dije con poca delicadeza.

¡Ya conocéis más de nosotros!

—Hola —saludó Jonás.

—¿Tú que haces aquí? ¡Tienes dos novelas tuyas!

Lo empellamos de esta narración.

—¡Habrán nuevas aventuras! —chilló Alexis y ambos nos paralizamos—, hoolaaa...

Erich y Peter salieron de la narración.



Capítulos extras –

**Las locas aventuras de mis agentes**



**Marcello – Test rosa**

**Jonas – Al desnudo**

**Peter – El latigo**

**Erich – Bloquear a un amigo**

**Marcello - Entre los niños**

**Marcello - La pijamada**

## Marcello - Test rosa

**D**ance Monkey sonaba en el reproductor de música a un volumen considerable. Estábamos jugando con los bebés de Erich y Peter, que ya gateaban. Apostábamos quién llegaría primero a la meta, no era muy maduro, pero molaba mucho.

—¡Bien! —gritó mi cuñado.

Cogió a Cora, hija de Peter, y la levantó por encima de la cabeza pensando que era su hijo. Luego se dio cuenta de que no era uno de sus gemelos y la volvió a poner en su sitio. Peter le fulminó con la mirada. Cogí el biberón de Bastián y lo llevé a la boca por confusión. ¡Me equivoqué de botella! Mis amigos se echaron a reír a carcajadas.

—¡Serás rubio! —me reprendió Peter.

Jonás y Erich tuvieron un ataque de risa, hasta que captaron lo que Peter soltó. Esta vez, nos echamos a reír los dos al ver las caras de ambos.

—Bob Esponja —me dijo Erich.

—¡Ey! —se quejó Jonás—, no insultes a Bob Esponja.

Erich puso los ojos en blanco.

—No seas llorica, vikingo.

—Al menos yo no tomé la leche materna de mi mujer con cereales —señaló Jonás, y volvimos a reírnos.

—¡Me equivoqué! —se defendió Erich—, ¿tú de qué te ríes, Peter? ¡Alejandra le dijo a Sarah que bebiste su leche directo de sus tetas!

Peter soltó un gemido de estupor justo cuando la canción «Blinding lights» de The Weekend, mi canción favorita de aquel catastrófico 2020, en que todos hablaban del Covid-19 y nadie podía salir de sus casas para evitar el contagio.

—¡No lo hice para beber su leche! —se quejó Peter—, ¡fue sin querer!

Erich puso las manos en la cintura en un gesto de escepticismo.

—¡Le chupaste la teta por más de cinco minutos!

El rostro de Peter se relajó.

—Bueno, no sabía mal.

El encierro empezaba a tener efectos colaterales en nosotros, claro estaba.

—Ah.

No dije nada. Me mantuve callado. No respiré. No miré a nadie. ¿Estaba mal beber leche de la teta de tu mujer? Mejor me guardaba mis dudas para mí solo.

«Mejor» me dijo mi cerebro.

En ese lapso, mi cuñado comentó sobre su última hazaña sexual con mi hermana.

Mi hermana.

Mi hermana.

Le repetí unas cinco veces, pero aquel ser humano era incapaz de comprender lo que se escondía tras mis palabras.

—Estaba tan cansado tras nuestra última misión en Colombia —continuó el desgraciado—, que me quedé dormido mientras le hacía sexo oral...

Una colleja salió volando hacia él.

—¡Ey!

A veces quisiera ser sordo.

—Calla —le dije y sonrió.

La canción «Oops I did it again» de Britney Spears empezó a sonar en su móvil. Era Sarah. ¿Por qué aquella canción? Erich cogió la llamada y puso el altavoz para poder coger a Björn, que lloraba escandalosamente mientras su gemelo, Bastián, se reía a mandíbula batiente de él. Nos quedamos mirándonos como si fueran los hijos de Burro, el amigo de Shreck. Ya sabíamos quién era la copia fiel de su padre.

—Hola, bombón —le dijo Sarah, sin percibir que estaba en el altavoz—, me debes una mamada, Erich.

«Joder» dije enfurruñado, para mis adentros.

Mi cuñado abrió la boca como para decirle que estábamos escuchándola, pero la volvió a cerrar cuando ella agregó:

—Ya sé que me quedé dormida con tu polla en la boca días atrás, pero estaba muy cansada, mi amor.

¿Dijo polla? Sonaba terrible en la boca de mi hermana menor, pero era tan sexy en la boquita de mi esposa. El recuerdo me hizo suspirar hondamente, tanto que, mis amigos me miraron con cara de ¿y a este qué coño le pasa? Fue un suspiro inapropiado y fuera de lugar. Me hice del tonto y miré a mis sobrinos.

—Mi amor, estás en altavoz.

Sarah tosió con dificultad.

—Hola, fisgones.

Sin comentarios.

—Hola —le saludamos.

Las libélulas, Alexis y Gigo, entraron en la casa con otra libélula, más llamativa que ellos dos juntos. Llevaba pantalones de color rosa, blusa ajustada y rosa, zapatillas rosas, gafas rosas y labial rosa.

Nombre de la película: La pantera rosa.

—Holi...

Traían las compras de la semana. Era un trabajo voluntario cuyo único fin era vernos con pocas ropas. Como era primavera, aunque fría aún, podíamos estar en camisetas de tirantes y pantalones chándal por la casa.

—¡Ohhh, Dios míooo! —soltó la libélula nro. tres—, ¿estoy en el paraíso? —bajó y subió las gafas de montura en forma de corazón unas tres veces—. Lástima que no tengo el poder de Superman —se pasó la lengua por los labios de un modo muy inquietante—, visión de rayo x...

Tuve deseo de cubrirme con una manta.

—¡Yo preferiría tener a Superman! —chilló Alexis.

Soltamos un resoplido bastante elocuente.

—¡Ay! ¡Yo también! —exclamó Gigo y se abrazaron.

La libélula nro. tres se dio la vuelta sobre sí mismo de un modo muy perturbador. Aunque lo que Abril, mi hija de cuatro añitos, dijo segundos después, fue mucho más inquietante.

—Papi, ¿dónde está mi clítoris?

«¡¿Qué?!» gritó un Marcello nada viril en mi cabeza.

La miramos con asombro, como si acabara de salirle otra cabeza. Tartamudeé, sudé, suspiré y quise salir corriendo para golpear la cabeza contra algún árbol.

—¿Tú qué, cielo?

Mis amigos clavaron los ojos en mí de manera sincronizada.

—Mi clítoris, papi.

Abrí la boca para replicarle, pero su hermana melliza, Antonella, entró en la cocina con un peluche muy raro entre las manos y no salió nada más que un jadeo de ella. ¿Qué era? ¿Un dinosaurio con cola de gato y orejas de oso?

—¡Encontré a orgasmo! —chilló Antonella, y casi perdí el equilibrio—, Clítoris estará por la sala también.

¿Sus peluches se llamaban clítoris y orgasmo?

—No comprendo nada —dije, rascándome la barbilla.

Gigo me explicó que aquellos peluches raros se los habían hecho él y Alexis.

—Reciclaje casero —apostilló Alexis—, algunos eran calcetines —asintió—, y trozos de ropas íntimas —vocalizó en un tono muy raro—, agentesss... —se abanicó la cara con la mano.

—Ah... —dijimos, monocorde.

Lo de los nombres no tenían idea de dónde los sacaron. Mía, la hija de Erich, apareció con un peluche que parecía un elefante, ya que tenía trompa, pero sus ojos parecían los de un perro y su cola la de un león.

—Ya encontré a erección —dijo ella, sonriendo.

¿Erección? ¿Qué faltaba? ¿Eyaculación? ¿Semen? ¿Penetración? Y como si lo hubiera adivinado, Lena se acercó con su peluche con cara de mono, pero con orejas de cerdito y rabo de gato.

—Mi pene busca a su hermano Condón.

Nuestras caras cambiaron de color unas cincuenta veces en menos de un minuto.

—¿De dónde habéis sacado esos nombres? —quiso saber un Erich completamente sonrojado—, me dará algo...

«También a mí».

Lena nos dijo que escucharon aquellos nombres de la boca de Anya y Saori. Pronto tendré una charla con mi hija adolescente.

«Mi depravada hija adolescente» refunfuñé.

—Esos nombres son horribles, mi amor —le dije a Abril—, por qué no le pones «Toby o Lila».

Abril me miró con expresión de confusión y luego ladeó su hermosa carita a un lado. Tamborileó el dedito sobre su boquita en forma de corazón y tras analizar las posibilidades dijo con firmeza:

—Prefiero clítoris, papi.

Fue como recibir una bofetada, mini-bofetada, en este caso. Tratamos de convencerlas por todos los medios posibles de que cambiaran los nombres de sus peluches mutantes, pero en vano, infelizmente.

—Necesito vuestra ayuda —soltó la libélula nro. tres—, ¿podrías hacer un test? —fruncimos los entrecejos—. A cambio lograré que vuestras hijas cambien los nombres de sus peluches.

—¿Cómo lo harás? —quise saber.

Me miró con astucia libélulosa.

—No contaré mis secretos.

Lo miré con seriedad y cierto escepticismo. No dije nada por varios minutos, rellenos con suspiros y vocecillas infantiles. Nos miramos desafiantes por otros segundos más. Parecíamos dos gallitos de lucha a punto de pelear.

—Está bien —terminé diciendo.

—¡Sí!

Aceptamos la ayuda, estábamos desesperados, claro estaba. Y, por obra de un verdadero milagro, las niñas cambiaron los nombres de sus peluches por unos más raros aún: Cleodón, Pitón, Plutarquino, Teodorisio y así, sucesivamente.

—Bueno, al menos ya no son nombres obscenos —dijo Peter.

Cogimos la revista que nos alargaba la libélula nro. tres, alias Pepe, primo de Gigo. Por cierto, ambos estaban a mi lado, uno a cada lado.

—Necesito espacio —les dije y los empujé—. No se puede estar tan cerca —les recordé —, no olvidéis que por el tema de la cuarentena tengo que soportar a mis amigos y ahora a vosotros.

Unos peluches volaron hacia mí.

—¡Ey! —protesté y aproveché el momento para empujar a aquellas libélulas.

Ambos perdieron el equilibrio y terminaron en el suelo de un modo muy patoso.

—Oops, fue sin querer.

En dos segundos, estaban a mi lado, otra vez.

—¡Dos metros! —les grité—, ¿no sois conscientes de las normas?

Se apartaron lentamente tras besarme las mejillas. Entrecerré los ojos en un gesto de derrota.

—Señor, ¿por qué?

Nuestras esposas estaban en el centro comercial mientras nosotros cuidábamos a los niños. Hoy tocaba comprar ropas y como no podíamos ir todos, decidieron ir solas. Tramposas, nos ganaron en piedra, papel o tijera.

—A ver —dije y cogí la revista.

Leímos la portada con aire suspicaz: ¿todos los hombres son un poco gay?

—Es mentira —dijo Erich, riendo.

Minutos después...

—¿Soy semi-gay? —soltó mi cuñado con expresión de perplejidad—, semidios sí, pero semi-gay ¡no!

Los cuatro éramos semi-gay, aunque a Jonás por muy poco no le salió casi gay.

—¿Solo porque cuido mi pelo y mi barba?

Erich hizo de nuevo el test, y ahora era gay.

—¡No lo soy! —se negó—, soy metrosexual no homosexual —repuso y volvió a hacer el test.

—Yo soy metrosexual —acotó Jonás—, soy el más alto.

Peter y yo nos quedamos mirándole por unos segundos, hasta que la libélula nro. tres soltó algo realmente perturbador.

—Conocí a un vidente que lee las arrugas del culo y acierta todo —le dijo a Gigo y Alexis —, os daré su dirección.

¿Qué? ¿Arrugas del culo? ¿En serio? Infelizmente, mi cuñado soltó la pregunta tácita en nombre de todos.

—¿Y cómo lo lee?

¿Era necesario preguntar lo obvio? Cuando se dio cuenta de lo que acababa de preguntar, soltó un «oh» apenas audible.

Silencio.

Miradas.

Suspiros.

—Mmm, todo está tan silencioso —dijo Peter, desconfiado.

Los niños estaban muy callados. Nos levantamos de golpe de la mesa y corrimos hacia la sala donde los encontramos durmiendo plácidamente mientras Bob el constructor hacía una casa. Soltamos un «ahhh» de alivio y acto seguido cerramos la puerta con mucho cuidado.

—Volveré a hacer el test —dijo Erich, resuelto—, ¡no soy semi-gay! —exclamó tras finalizarlo—. Soy más gay que vosotros tres —lloriqueó.

Todos teníamos un lado femenino, claro estaba.

—Me pondré la crema anti-age —anunció Erich—, gay o no, tampoco quiero ser un viejo arrugado.

Nos echamos a reír.

—Semi-gay —le recordamos.

Y así, pasábamos la cuarentena, entre risas, peleas, juegos sin sentido, test ridículos, peluches con nombres obscenos y sexo con nuestras mujeres, mucho sexo. ¡Por fortuna ya no había peligro de embarazarlas!

«Gracias, vasectomía» dije para mis adentros.

—¡Tengo hambre! —gritó Matt, mi hijo.

Cinco minutos después, nuestros veinte hijos aparecieron y transformaron la cuarentena en un verdadero carnaval.

—¡No soy gay! —gritó Gigo, mientras servíamos la merienda—, esta revista está mal.

Y así, los cuatro suspiramos como unas damiselas en apuros. Carraspeamos con fuerza y suspiramos como machos alfas acto seguido.

—¡Soy gay! —soltó Erich y nos echamos a reír.

Tal vez era efecto de la cuarentena.

«O tal vez no».

—¡No soy gay! —gritó tras la décima vez—, ¡no lo soy! —saltó con los brazos levantados—. ¡Soy un macho alfa en potencia!

Los niños, inocentes, saltaron a su alrededor con los bracitos levantados. Lo aplaudimos y le entregamos un pan a modo de trofeo.

—Quiero agradecer a la Academia por este premio que acabo de recibir por no ser gay —dijo y mordisqueó el pan—, ¡esto va dedicado a mi mujer!

Y entonces miró las uñas de la mano y suspiró hondo.

—Necesito una lima urgente y un esmalte transparente para proteger mis uñas —soltó algo apenado—, las cutículas están de pena —nos miró con cara de póker—. Sí, soy semi-gay —espetó y nos echamos a reír.





## Jonás - Al desnudo

Viajamos con mis colegas hasta la isla paradisíaca donde nuestro blanco estaba pasando sus vacaciones con un grupo de mafiosos bastante peligroso. Nada fuera de lo normal en nuestro trabajo.

—Es aquí —les dije tras leer el nombre del local—, debemos registrarnos antes de ir a la playa privada.

Los ricos y sus excentricidades. Ulises era un hombre bastante precavido y muchos como él venían a sitios privados para no llamar la atención de sus enemigos.

—A por él —les dije con mi peculiar seriedad.

Cruzamos la puerta acristalada y nos llevamos un susto de muerte.

—Buen día —nos saludó una mujer, completamente desnuda.

Soltamos un gemido nada viril ante la impresión. ¿Por qué aquella mujer estaba desnuda tras su escritorio? Nos miramos con ojos interrogantes. Un hombre muy moreno se acercó a su mesa tan desvestido como ella. Sentí que los ojos se me quemaban ante la grotesca imagen de su cuerpo peludo al descubierto.

—Buen día —nos saludó el gemelo de King Kong.

La mujer nos explicó a continuación la temática de la playa nudista. Los cuatro palidecimos. ¿Qué? ¿Playa nudista? Una de las reglas para entrar en el lugar era estar como la mayoría, completamente desnudos.

—El vestuario es allí —nos indicó ella—, podéis dejar vuestras cosas en uno de los casilleros.

Ninguno se movió. La mujer nos miró algo desencajada.

—Permiso —le dijimos.

Nos metimos en el vestuario tras recibir una patada imaginaria. No podíamos darnos el lujo de levantar sospechas en nadie.

—Solemos bañarnos juntos —comentó Erich, tras desnudarse—, me siento raro —se tapó sus partes con ambas manos—. Muy raro.

Ya fuimos sacerdotes, strippers, prostitutos y bailarines, pero estar desnudos entre gente extraña era otro rollo. Marcello nos pidió que fuéramos más veloces que Ulises, un paso en falso y toda la operación se iría al carajo.

—Ese hijo de puta mató a Sebastián —nos pusimos muy serios—, le debemos una a nuestro colega.

Sebastián Schneider, nuestro colega, fue asesinado meses atrás por los hombres de Ulises, tras rescatar a Milena, la hija de un renombrado empresario alemán que vivía en Canadá hacía un par de años. Él nos contrató para rescatar a su hija de las frías garras de Ulises, su captor.

—Es hora —nos dijo Peter, y se puso las gafas de visión especial—. Ulises tiene un tatuaje de dragón en la espalda, hecho con una pintura creada por una agencia americana para marcar a sus mejores agentes —comentó con su peculiar seriedad—, que estas gafas resaltarán—. Uno de sus agentes vendió la composición a unos rusos —lo miramos con atención—, esa pintura prácticamente los convierte en más ágiles, más fuertes. Ulises lo sabía y por eso se hizo el tatuaje que lo convirtió en un titán digno de los Juegos de tronos.

Aquellas gafas especiales fueron diseñadas por uno de nuestros ingenieros más sagaces. El tatuaje se iluminaría ante nuestros ojos y nos desvelaría quién era el famoso «cazador de sueños»

como lo conocían en el mundo de la mafia. No teníamos cómo llevar armas, así que la fuerza física sería nuestra única opción.

—No hemos entrenado en vano —convine orgulloso—, ¡a por él!

*Dance Monkey* sonaba en alguna parte de la playa.

«Odio esa canción» me dije y empecé a ronronearla.

—Mmm.

Marcello retiró una botella de su mochila.

—¿Queréis un poco de vodka? —nos preguntó—. Para relajarnos un poco.

Bebimos un buen sorbo antes de salir de los vestuarios. La dependienta nos miró con una expresión que rayaba la lujuria y el éxtasis.

«No mires sus enormes pechos» me dije e hice exactamente lo contrario.

Valentina irrumpió mi mente y cualquier atisbo de excitación desapareció de un plumazo. ¡Vaya poder de mi Pulgarcito!

—Me imaginaré que una carita feliz me tapa mis partes —comentó Erich con seriedad—. Sonriente, de preferencia.

Preferimos no opinar. Mi mente me traicionó y un Emoji sonrojado apareció para cubrir mi miembro. ¡Maldita imaginación! Nos dirigimos a la playa como habíamos venido al mundo, portando únicamente las gafas especiales. Frenamos de golpe.

—¿Qué significa esto? —dijo Peter, perplejo ante lo que veíamos a unos metros de nosotros—. ¿Una playa nudista gay?

Nos tapamos las partes en un acto reflejo.

—Scheiße! —rugimos y llamamos la atención de todos los presentes, que nos miraron como los zombis de la serie «*The walking dead*» ante una buena comida—. JODER...

Los hombres se pasaron las lenguas por los labios de un modo muy perturbador. Cogí la mano de Marcello en un acto reflejo.

—Finge que eres mi pareja —le dije.

Erich y Peter se cogieron de las manos. Éramos dos parejas de amigos en una playa nudista gay.

—Me lastimas —me dijo Marcello.

Le miré con expresión ladina.

—Lo siento, cielo.

Me fulminó con la mirada.

—Mmm.

Observamos las espaldas de todos los hombres, que a su vez miraban nuestras partes íntimas y nuestros culos.

—Mentalmente, nos están follando —repuso Erich, y los tres le dimos un coscorrón en la cabeza—, ¡ey! ¡Es la verdad!

Dimos un respingo bastante discutible cuando un hombre alto, moreno y muy peludo se acercó a nosotros saltando como Caperucita roja en el bosque.

—Hola —nos saludó con una voz muy discutible—. Bienvenidos a la mejor playa nudista de intercambio de parejas.

—¿Qué?! —soltamos sin querer.

Abrimos con exageración los ojos al oírlo. ¿Intercambio de parejas? ¿Oí bien? Aquel hombre era más peludo que mi perra Laila. Apretujé con fuerza la mano de Marcello, mi lado gay afloró sin querer.

—Somos recién casados —le dijo Erich, y acarició la mejilla de Peter de un modo muy

inquietante—, los intercambios no nos van por el momento.

Peter apretó con fuerza la mandíbula. El hombre de tripa abultada resopló tras inspeccionarnos de arriba abajo con verdadera adoración. Giró, y su culo peludo nos robó un gemido de asco. ¿Acaso no conocía la depilación?

«¿Preferirías ver su trasero al descubierto?» me dijo mi macho alfa.

«Sin comentarios».

—¿Vosotros sois parejas también?

Apretujé a Marcello contra mi cuerpo desnudo y algo sudoroso. Él me arañó la espalda y solté un gemido muy raro.

—Así es, nena —le dije, sonriendo—, mi esposa es mi mundo.

Era un gay falso, pero activo de todos modos. Marcello me fulminó con la mirada por segunda vez.

—Ah... —nos dijo, apenado.

Nos apartamos del hermano de Chita y decidimos broncearnos como solían hacer las parejas enamoradas.

—Ni de coña te pasaré el bronceador —murmuró Marcello—, esposo mío.

Me reí.

—Cielito...

Todos nos miraban con ojos voraces. Era mucho más incómodo que tener los cojones al aire libre.

—¡No me cogerás! —chilló un chico—, ¡no lo harás, amor!

No solo lo cogió, sino también lo tumbó en la arena y lo besó.

—¡Aggg! —dijimos monocorde y unos cuantos giraron a nuestro alrededor con cara de espanto—, ¡viva el amor! —bramó Marcello de un modo muy afeminado—. Convivir con Gigo ha ayudado en mi interpretación —musitó.

—Ajá —le dijimos los tres.

De pronto, unos negros de casi dos metros de altura empezaron a mirarnos con deseo. ¡Eran los clones del negro del WhatsApp! Los tres se abrazaron a mí. ¿Había algo más gay que un abrazo en grupo y sin ropas? Se apartaron de un salto cuando la razón volvió a ellos.

—Uy —dijo el hermano de Chita—, esos tíos son muy malos —puso cara de niña con diarrea—, cuando le echan el ojo a alguien no desisten hasta lograr sus objetivos —pusimos cara de espanto—, son unos famosos matones de Portugal.

Eran más de seis. No podíamos actuar ya que nos descubrirían antes de completar la operación. La canción «Tik tok» de Kesha empezó a sonar en alguna parte y Erich la canturreó con una voz muy rara.

—¿Qué? —nos dijo con cara de pocos amigos—, Kesha puede conmigo.

Los tres nos pusimos a bailarla y Erich resopló al vernos. A veces se nos iba la olla y todos los cubiertos correspondientes.

—Esos hombres nos miran raro —les dije con voz lúgubre, imitando a Cole, el niño de la película «Sexto sentido»—. Vienen a por nosotros —añadí nervioso—, ¡mierda! ¡Vienen a por nosotros!

Salimos corriendo del lugar como cuatro mariposas emborrachadas. ¿Había peor cosa que correr desnudos? ¡Los cojones se movían de un lado al otro con mucha violencia!

—¡Mi pene se siente maltratado! —chilló Erich—. ¡Me cago en la leche!

Nos alejamos bastante del lugar.

—¡Joder!

Nos tumbamos en la arena como machos cavernícolas y cubrimos nuestras partes con la arena. Erich hizo una montaña, haciendo alusión a su tamaño.

—Necesitaré más arena —se mofó él.

En aquel sitio había menos avispas peligrosas. ¡Nuestros culos estaban a salvo allí!

—¿Aquel tío tiene un pene? —soltó Erich, y todos giramos los rostros en su dirección—, ¿lo dije en voz alta?

El maullido de un gato nos robó la atención de un momento a otro.

—¿Es un gatito? —pregunté, atónito.

—No, es un perro con problemas de personalidad —me dijo Marcello, y quise darle un puñetazo.

Peter se levantó de un salto y decidió rescatar al animal, que al parecer estaba en algún árbol. Trepó con agilidad. Desviamos las miradas ante «el gran espectáculo» que nos ofrecía.

—¡Joder! —chilló Erich—. ¡Vi el más allá de Peter!

Bajó con el animal y le acariciamos la cabecita.

—Pobrecillo —dijo alguien tras nosotros—, han encontrado a mi Hércules.

Giramos en la dirección del hombre de unos setenta años. Sonrió con afabilidad antes de acercarse a Peter y coger al animal.

—Gracias —le dije—, ¿queréis venir a la fiesta de mi hermano?

Negamos con la cabeza.

—Ulises se hubiera alegrado tanto en conocer a los héroes que salvaron a nuestro gatito.

Una lámpara se encendió sobre nuestras cabezas. ¿Ha dicho Ulises? La canción «*Blinding lights*» de The weeknd empezó a sonar y la bailamos como lo harían Gigo y Alexis.

—Encantados —chillamos y dimos un giro bastante discutible.

Por la noche, fuimos al chalet del tal Ulises, repleto de hombres desnudos. Tras saludarlo, comprobamos nuestras sospechas, aquel hombre era Ulises.

—Será complicado —les dije.

—No más que estar desnudos entre hombres desnudos —apostilló Erich.

Unos escoltas bien armados custodiaban la casa, sería imposible coger a aquel malnacido sin llamar la atención de aquellos guardias.

—El más guapo lo seducirá —nos dijo Peter—, Marcello.

Marcello puso los ojos en blanco unas tres veces consecutivas mientras nosotros lo mirábamos con ojos interrogantes.

—¿Qué? Para mí es el más guapo —acotó como si tal Peter.

Erich se sintió muy ofendido.

—Ni siquiera lo meditaste —resopló el rubio, zaherido—, ¿me has mirado bien?

Quise decirle que aquel momento era muy incómodo, pero las palabras brillaron por su ausencia ante la rara situación. Un camarero se acercó a nosotros.

—El señor Ulises le ha enviado esta copa —me dijo el joven.

Los tres me otearon con atención.

—Soy el más guapo —les dije tras beber de un sorbo la copa—. Mi prostituto interior debe entrar en acción.

Minutos después, Ulises cayó rendido ante mi propuesta indecente. En el cuarto le di lo que quería, una fuerte golpiza en la nuca que lo dejó inconsciente. ¿Qué habéis pensado? ¡Degenerados!

Marcello y Peter lo llevaron al balcón, de allí lo llevamos hasta la playa. Nuestros hombres aparecieron minutos después en un barco y lo llevaron a nuestra fortaleza.

—¡Sí! —chillamos tras entrechocar las manos en el aire.

Volvimos a bailar la canción de The weeknd de un modo muy raro.

—Hola —nos dijeron los negros—, ¡qué bellos culitos!

Salimos corriendo del lugar, protegiendo nuestros culos de aquellas cobras venenosas. Nos metimos en un matorral repleto de ortigas. ¡Hemos huido en vano! ¡Al final nuestros culos fueron duramente atacados!



## Peter - El látigo

**E**l sonido de un latigazo sonó una vez más desde el móvil de Erich, el pesado número uno del grupo. Esta vez le tocó a Marcello, que acababa de salir de su casa con varias bolsas entre las manos, eran las sorpresitas para los niños que vendrían a la fiestita de cumpleaños de Matt.

—Mmm—ronroneó Marcello, fastidiado.

—Esclavo—le dijo Erich.

Cada vez que nuestras esposas nos llamaban, el rubio colocaba aquel «molesto» sonido.

—Sois esclavos de vuestras esposas—nos dijo mientras llenaba uno de los globos con helio.

Marcello cogió el globo y en lugar de hacerle un nudo para que el aire no saliera de él, lo aspiró.

—Somos—le corrigió con una voz muy chistosa—, siempre quise hacer esto.

Como de costumbre, como si no tuviéramos mil cosas por hacer aquella tarde, nos pusimos a jugar con el helio. Canturreamos «Despacito» en una versión muy Minions, alegrando a nuestros hijos. Sarah salió de la casa con cara de pocos amigos y miró con severidad a su esposo. Los tres aprovechamos el momento para poner el sonido del latigazo en honor al rubio. ¡La venganza era tan deliciosa!

—Imbéciles—nos dijo él con voz de cigarra resfriada—, mi amor.

Sarah puso los ojos en blanco antes de entrar en la casa refunfuñando algo que solo ellos dos comprendieron. Seguro el rubio hizo de las suyas, siempre lo hacía.

—¿Ya no me quieres?—le dijo Erich, con aquella voz tan rara—. ¿Cómo sería un orgasmo con esta voz?

Erich empezó a gemir y todos resoplamos hastiados. ¡Era un desvergonzado de lo peor!

—Menos, Erich—le dijo Marcello.

En ese lapso, evoqué lo que mi mujer me hizo el otro día y lo comenté mientras ordenábamos las mesas.

—¿Te tomó fotos mientras dormías al lado de las cunas?—me dijo Marcello, riendo.

—En lugar de despertarme, me tomó fotos y me grabó roncando—les dije, entristecido—, hasta aquel día no sabía que roncaba como un león hambriento—enarqué una ceja—, ahora es el tono de mensaje de su móvil.

Se echaron a reír. ¡Nuestras esposas eran más terribles que los narcos que perseguíamos!

—Pues no sé si te servirá de consuelo, Peter—me dijo Jonás, tras ordenar los globos—, pero el otro día me metí en la cuna de Walter como solía hacer Valentina por las tardes y la cuna se vino abajo.

Todos nos reímos tras tragar el helio, bueno, ya sabéis, éramos medio críos cuando estábamos juntos.

—Y Walter, en lugar de asustarse, me pidió que repitiéramos la hazaña—nos dijo, riendo—, es la copia fiel de Valentina—apostilló—. Dentro de poco empezará con sus chistes sobre vikingos rubios—musitó en tono preocupado—. Se unirá al clan Erich y Pulgarcito contra los vikingos rubios.

Marcello cogió un dulce de una de las bolsitas de las sorpresitas para los niños. Erich le reprendió, diciéndole que uno de los niños recibiría menos que los demás.

—Lo mejor será coger el mismo dulce de las otras bolsitas.

¡Todo por la igualdad!

—¡Tú tienes más! —protestó Erich—, dame dos —me dijo y en lugar de dárselos, los comí —, eres un capullo, Leuenberger.

Me encogí de hombros masticando con apetencia los dulces que robamos de los niños. ¡Éramos El Grinch de los dulces!

—Anoche mi mujer me ató a la cama boca abajo —nos dijo de pronto Erich y Marcello resopló—, me dijo, ¿jugamos a las cincuenta sombras de Grey? Y yo acepté encantado.

Jonás acababa de robarme un dulce, pero no le dije nada, al final terminaré robándole dos. Aunque, de común acuerdo, robamos uno de Marcello y otro de Erich. No satisfechos, nos robamos el uno al otro.

—Y empieza a pegarme con el látigo que se había comprado —acotó Erich, y nos echamos a reír al ver su mueca de dolor—, en lugar de gemir, me puse a llorar y Sarah tuvo que consolarme toda la noche —meneamos las cabezas en un gesto negativo—, luego vimos Titanic y jugamos que éramos Jack y Rose —nos guiñó el ojo en señal de complicidad—, en el coche —nos aclaró.

Marcello se llenó los pulmones de helio y soltó.

—¡Cabrón! ¡Es mi hermana!

Erich parpadeó de un modo muy extraño.

—Y si fuera gay me casaría contigo, Hoffmann.

Marcello casi se atragantó al oírlo.

—Pensé que te casarías conmigo —soltó Jonás—, espera, eso sonó muy raro.

Prefería no decir nada, ya que Erich me había dicho tiempo atrás que yo sería su pareja ideal si fuera gay. Espera, ¿me sentía dolido por si acaso? Por muy poco no me puse a exigir mis derechos de ese cualquiera que quería a todos para ser su pareja en un mundo paralelo donde era Gigo. A veces teníamos charlas tan raras cuando estábamos borrachos.

«No estáis borrachos» me recordó mi malévolo cerebro.

—Mmm.

Por fortuna, no podían leer mentes.

—Si fuera gay no me casaría contigo —soltó Marcello.

—Eso dices porque no has visto la tarta de chocolate que te compré, Marcello.

—¿Con relleno de mazapán?

¿En verdad estábamos teniendo aquella conversación tan Gigo y Alexis? Hablando de ellos, aparecieron en la casa con sus alas invisibles y brillantes. ¿Invisibles dije? Me fijé mejor en ellos y comprobé lo que me negaba a creer, aquellos dos llevaban unas alas de mariposas y saltaban con gracia mientras repartían burbujas de jabón a los niños.

—Para completar nuestro día —soltó Marcello—, ¿alguien trajo algún insecticida contra mariposas inoportunas?

Nos echamos a reír, una vez más.

—¡Hoolaaa!

—Hola.

Les devolvimos el saludo tras tragar el helio. Aquello era medio adictivo. ¿Tendría algún efecto colateral en nuestros cerebros? Los niños salieron corriendo tras las mariposas, lapso en que Erich subió a la escalera para colgar unos dibujos de Superman. Los tres nos acercamos y le bajamos los pantalones.

—¡Jesús! —chilló Marcello.

—¡Odín! —gritó Jonás.

—¡Tander Cat! —dije yo.

—¡Ohhh! —completamos y nos reímos.

Luego miramos horrorizados el tanga casi inexistente del rubio. ¿Era un tanga femenino? No es que fuera experto en el tema, pero ya fui prostituto y stripper como para poder hablar de ello. ¿Qué? ¿Nunca os pasó?

—Scheiße! —protestó.

Se levantó los pantalones a toda prisa.

—Era mi sorpresa para Sarah tras el cumpleaños.

Sarah salió con unos platitos y unos vasitos entre las manos.

—¿Por qué les mientes, mi amor?

Los tres pusimos mucha atención en ella, que risueña, dijo.

—Anoche hicimos una apuesta y él perdió —miró a su esposo—, él lleva hoy mi tanga y yo su bóxer. Ya sabéis quién manda en casa, chicos.

Erich cogió su móvil con expresión triste y puso el sonido del latigazo, robándonos una gran carcajada.

¡El hechizo contra el hechicero!



## Erich - Bloquear a un amigo

**E**scruté horrorizado mi móvil mientras Sarah preparaba los biberones de los gemelos antes de que el sol emergiera en el horizonte. Bostecé unas cincuenta veces antes de despabilarme bien. Mi mujer se acercó y me besó los labios apretados por la rabia y luego me tocó la parte íntima de un modo muy inquietante. La miré con reproche, anoche se quedó dormida durante el acto y tuve que terminar solo. Ella me ignoró, ¡era tan petulante! Aquello en lugar de molestarme, me excitó.

Tras dar de comer a los bebés, nos metimos en el cuarto de baño y apagamos el fuego de nuestros cuerpos. Yo sentado sobre el váter y ella a horcajadas sobre mí con el camisón arremolinado en su cintura y yo con los pantalones sobre los pies. No teníamos tiempo para desnudarnos y meternos en la cama como en el pasado. Ser padres de seis niños era todo un reto, las 24 horas pasaban en un suspiro.

—¿Por qué estás enfadado, mi amor? —me dijo tras abusar de mí.

Le di un golpecito en el culo, en ese precioso culo que me tenía embrujado desde siempre. No conforme, le mordí una cacha y ella rio por lo bajo. ¡Era tan hermosa cuando reía! Me levanté y la abracé por detrás.

—Jonás me bloqueó en el Facebook y en el Instagram.

—Mmm —ronroneó antes de apartarse.

Sarah se puso una camiseta roja y unos vaqueros color caqui. La miré con atención. Mi mujer me tenía embelesado desde que la conocí. ¿Qué me hizo? Mmm, evoqué lo que me hizo el día que me conquistó. Si Marcello supiera que me lie con ella cuando tenía apenas catorce años, hoy no estaría narrando este capítulo.

—¿Qué has hecho, Erich?

Abrí mucho los ojos y la boca. ¿Por qué pensaba que hice algo yo y no él? Me sentí profundamente ofendido.

—Nada —le dije con soltura.

Sarah se acercó y besó mi cuello con lascivia.

—Dicho en otras palabras, la has fastidiado, rubio.

Solté un taco y luego quise comer el taco con algo de mostaza. Últimamente tenía antojos, tanto que, Sarah se hizo una prueba de embarazo, temerosa de que la vasectomía no hubiera funcionado, pero no, eran solo antojos de un casi cuarentón.

—Soy inocente —me defendí.

—Hannibal Lecter también —apostilló.

—Mmm.

Salí del cuarto y mis hijos vinieron corriendo a mi encuentro. ¡Era el mejor regalo de Dios! Les preparé el desayuno mientras veíamos a Bob el constructor. Marcus me dijo que era programa de bebés, pero necesitaba saber cómo haría para construir aquella chimenea. Cuando tienes hijos pequeños, dejas de tener vida propia y te acoplas a las de ellos.

—Con que me bloqueaste, vikingo —dije al mirar mi móvil—, ¿se enojó por mi sincero comentario acerca de Thor? ¿En serio?

Abrí la cuenta de Sarah y empecé a enviarle solicitudes de juegos. ¡Odiaba aquellos juegos virtuales! Luego le etiqueté en todo lo que veía. Cuando abriera su página se encontraría con más de quinientas notificaciones. Mi Grinch virtual usurpó mi cuerpo.

—Papi —me dijo Lena y me arrancó de mi venganza—, tengo una duda muy grande. Bajé mi móvil sobre la mesa y la cogí en brazos. Le di un beso y ella rio.

—¿Qué duda, mi amor?

Lena se ruborizó como un tomate.

—Tengo dos novios y no sé a quién quiero más, papi.

El mundo se estremeció bajo mis pies y todo empezó a darme vueltas. Me sentía en un carrusel desgobernado. ¿Estaba a punto de sufrir un infarto?

—¿Tienes novios?

¿En plural? ¿Lo escuché bien? Mi corazón empezó a latirme en alguna parte de los pies. Marcello irrumpió mi cabeza y rio de buena gana, rio como el jefe de Homero Simpson ante mi desgracia. ¡Era el karma de los indecentes! Intenté explicarle a mi hija sobre las consecuencias de amar en aquella edad y mi mujer me reprendió duramente cuando Lena le contó, llorando, que si tenía novio antes de los treinta años, yo me moriría.

—¡Es una niña! —me gritó—, los niños se enamoran cada dos por tres, Erich.

La miré con reproche.

—Niñas de doce están teniendo hijos y mujeres de veinticuatro están siendo abuelas.

—¡Estás exagerando!

Le dije que no pensaba cambiar de opinión, solo si Lady Gaga ganara un Oscar. ¡Maldita sea mi suerte! La muy condenada se ganó un Oscar.

—¡Y deja de enviar solicitudes a Jonás! —me gritó Sarah.

Enarqué ambas cejas antes de coger mi móvil y etiquetar al vikingo en todo lo que fuera posible, incluso en las páginas de Shakira.

«¡Deja de molestar!» me escribió en el Messenger.

«Me has bloqueado y ahora seré tu peor virus Troyano, vikingo».

Le perseguí por todos los medios posibles inventados por internet. Incluso hice una foto montaje suya con Shakira.

«¡Odio esa foto!» me escribió.

Jonás aparecía con los ojos semiabiertos y la boca algo torcida. Parecía borracho y para acentuarlo, le puse una latita de cerveza en la mano.

«¿Cerveza en lata? ¡Te has pasado, rubio!»

La cerveza en lata era lo peor para un alemán. Un macho alfa bebía de botellas no de latitas. Me reía a carcajadas cuando Marcello me llamó.

—Deja de fastidiarlo —me pidió mi cuñado—, ¿por qué eres tan insufrible, rubio?

Ahora empecé a enviarle solicitudes a él también. Marcello hizo lo mismo y estuvimos así unas setecientas notificaciones más o menos.

«Reunión en casa» me escribió el domingo.

Llegamos con mi tribu tras el almuerzo. Las libélulas, según entendí, serían los jueces de nuestro pleito virtual. Nos metimos en la sala de estudio de los niños y tomamos asiento en los pupitres. Los primos y hermanos de Jonás también aparecieron. Gigo y Alexis entraron y empezaron a desfilar como si fueran modelos de pasarela. Un enorme signo de interrogación apareció sobre nuestras cabezas mientras esos dos continuaban desfilando sus delgados cuerpos. Miré con atención sus vestimentas, ¡ni Lady Gaga sería tan extravagante! Gigo llevaba unos pantalones de cuero brillante de color azul eléctrico, una blusa del mismo tono y una chaqueta negra con una enorme mariposa brillante en la espalda. Alexis tenía unos pantalones color mostaza y un suéter azul marino con lentejuelas repartidas por todo él. Eso sin mencionar sus gafas de sol en forma de corazón. ¿Dónde compraban aquellas ropas y accesorios?

«¿Acaso te gustan?» me dijo mi macho alfa con voz grave y tras eructar. Meneé la cabeza al tiempo que Jonás se sentaba a mi lado con cara de pocos amigos.

—Me has enviado más de quinientos gifs de Shakira —me dijo sin mirarme—. ¡Eso solo en el WhatsApp!

Asentí con aire victorioso.

—Y todas sus canciones —acoté—. No niego que bajar sus canciones y enviarte me dieron mucho trabajo, pero valió la pena.

Jonás ladeó la cabeza con un gesto muy raro.

—Sabes que soy tu entrenador, ¿no?

«Mierdaaaaa».

—Sí —le dije con firmeza.

—¿Eres consciente de lo que te espera?

«Mierdaaaaa».

—Sí.

—Muy bien.

«Mierdaaaaa».

Alexis y Gigo se sentaron a la mesa tras ponerse unas pelucas blancas, aquellas que solían usar los ingleses en los juicios, pero con unas mariposas que movían las alas. Todos prestamos atención en ambos y nos olvidamos por unos segundos de nuestro drama.

—Empieza el juicio —dijo Alexis tras golpear la mesa con un martillito rosa púrpura—, que hable el acusado de acoso sexual —todos resoplamos, — virtual —se corrigió—, es que sois tan guapos que me distraigo fácilmente —rio como una niña de cinco años—. Mi takuchila interior aflora.

—No es cierto —le dijo Gigo—, eres takuchila por naturaleza.

Desvergonzada en guaraní, el segundo idioma de Paraguay, sonaba tan chistoso.

«Eres takuchilo».

«Lo soy».

—Ay, sí —le dijo Alexis y ambos se lanzaron besitos—, bueno, que hable el letrado Erich.

Me levanté y me puse serio como si en verdad estuviera en un tribunal. Conocía mis derechos, era abogado de profesión, además de agente secreto súper ágil y sexy. ¿Qué? ¡Es la única verdad!

—Se enojaron porque les dije que Thor era vikingo y rubio —empecé mi alegato—, y que no tenía sentido que fuera médico, que no tenía madera para eso.

—¿Piensas que todos los vikingos somos iguales? —soltó Frank—, mmm, mejor me callo...

Me reí por lo bajo y Jonás me fulminó con la mirada.

—¿Por qué no vemos un buen partido como amigos que somos? —propuso Marcello—, pensé que después del beso apasionado que se dieron en la última misión estaban muy «conectados».

Lo interrumpí en seco. Jonás me besó para fingir que éramos pareja ante unos rusos despiadados. ¡Era cuestión de vida o muerte!

—¿Qué tiene que ver eso con esto, Marcello?

Él se encogió de hombros.

—Nada, pero moría por sacar ese tema —dijo el muy infeliz.

—¡Tú le diste un beso de lengua! —exclamó Jonás.

Marcello soltó un taco bastante soez.

—¡Es cierto! —le dije en un impulso impensado—, ¡ey! ¡Ese beso fue de vida o muerte!

«También».

—¡Eso pareció! —tronó Peter, riendo.

—¿De qué te ríes tú? —despotricó mi cuñado—, ¡Erich enterró su lengua en tu boca mucho antes que en la mía!

Peter se levantó y lo empujó.

—¡Me estaba muriendo asfixiado! —se defendió.

Alexis y Gigo empezaron a abanicarse las caras con ambas manos.

—Vaya —dijo Frank—, ¿cuándo me besareis a mí?

Michael soltó un resoplido de indignación.

—Menos, Frank.

Jonás carraspeó nervioso.

—Anoche, Walter estuvo muy enfermo —soltó el vikingo—, y en lugar de preguntarme por él, te pasaste enviándome porquerías virtuales.

Aquello me destrozó en dos. Todos enmudecimos al escucharlo. ¡Qué imbécil fui!

—Oh, Jonás, no lo sabía —le dije abatido—, Dios mío, perdóname.

Él se puso muy triste y todos me miraron con aprehensión. ¡Me sentía como Judas!

—Lo siento, haré cualquier cosa para recuperar tu amistad en el Facebook e Instagram.

No había peor cosa en el mundo que un bloqueo sin previo aviso. Jonás me dijo que no pasaba nada, pero yo insistí y él muy desgraciado me pidió que me disfrazara como los de Avatar y sirviera los bocadillos mientras veían el partido de la Bundesliga.

—¿Qué? ¿Dónde conseguiré el disfraz de Avatar un domingo?

Marcello cogió una caja.

—Aquí tienes, rubio.

Puse cara de póker.

—Lo tenías todo planeado ¿no, vikingo?

—Soy el mejor agente, Erich.

Lo peor de todo, las libélulas fueron las encargadas de pintarme el cuerpo de azul. Mis colegas rieron tanto al verme, que pensé que sufrirían un ataque al corazón en cualquier momento. El Grinch era verde, pero en esta historia era azul.

«Me vengaré».

—¡Erich! —me gritó Sarah días después—, ¡deja de enviar cosas desde mi Facebook!

«Eh eh eh» me reí tras enviar más solicitudes de juegos a todos mis colegas.

—La venganza es un plato que se sirve frío —dije mientras tomaba mi sopita de letras con mis hijos—, ¿encontraste la letra E? —le dije a Marcus.

¿Qué? ¡Me gustaba formar mi nombre en la sopa!



## Marcello - Entre los niños

**L**os niños gritaban a nuestro alrededor mientras intentábamos conversar en la sala. Tener dieciocho niños para cuidar era una de las misiones más difíciles que nos tocó en la vida como agentes.

Mis gemelos peleaban con mis mellizas mientras mis sobrinos los alentaban. Orgullosos, bebíamos las cervezas como machos alfas en potencia que éramos.

—Anoche tuve la misma pesadilla —lanzó Erich, con expresión de asombro—, incluso siendo Gollum soy guapo.

Mi cuñado empezó a tener aquel sueño recurrente tras perder el anillo de boda en una de las misiones. El duende de la película: «El señor de los anillos» fue el ladrón de su anillo, al menos según sus sueños.

—Cuando perdiste tu virginidad soñabas con la niña de «El exorcista» —le dijo Peter, con sorna—, hacerlo mientras veáis esa película fue un grave error, rubio.

Nos echamos a reír.

—Ver a esa niña poseída bajo el edredón haciendo cosas indecentes con mi amiguito fue una de las experiencias más terroríficas de mi vida —acotó Erich—, tras el payaso de Stephen King persiguiéndome por la calle completamente desnudo.

Lo miramos con asombro.

—Lo dije en voz alta ¿no?

—Ajá —le dijimos.

—El cansancio me está matando.

Nos levantamos para preparar la merienda de los niños antes de que se pusieran a llorar a coro y agitar nuestros oídos. Erich cambió los pañales de sus gemelos mientras Peter y Jonás cambiaban el de los trillizos. Miré con amor y temor infinito a esas cinco criaturas preciosas que pronto caminarían y llorarían con los demás. Esboqué una sonrisa torcida, no sabía si alegrarme o ponerme a llorar.

—Anoche, mis gemelos lloraron a todo pulmón —nos comentó Erich, tras doblar el pañal sucio a un lado de Bastián—, no sabía qué hacer para que dejaran de llorar, así que me puse a llorar con ellos.

Esa técnica era infalible, me solía pasar a mí con mis hijos cuando eran pequeños. Por alguna razón ilógica, el llanto les relajaba o les causaba gracia, dependía del momento y de la intensidad del llanto.

—Walter casi no llora —nos dijo Jonás—, suelo buscar audios relajantes en YouTube para que se tranquilice —lo miramos—, ayer me dijo algo en coreano —se puso pensativo—, es que a veces los audios me relajan y me quedo dormido —enarcó una ceja—, en una de esas, mi hijo vio Peppa Pig en coreano.

No sabía cómo reaccionar al respecto. Si felicitarlo o darle una patada certera en el culo. ¿Estaba hipnotizando a su hijo pequeño? ¿Funcionaría con los míos? Pero ¿qué estaba diciendo?! Era el cansancio y el aburrimiento. Esta cuarentena me estaba matando.

—Necesitamos viajar y cazar criminales —les dije con nostalgia—, ser libres como antes.

Me miraron con atención.

—Al menos esos días de viaje.

—Ah...

Erich empezó a hacer carantoñas a sus hijos y Bastián le hizo pis justo cuando tenía la boca abierta. Nunca pensé reírme tanto, hasta que...

—¡Jolines de menta! —chillé al levantar mi mano—, pero ¿qué come tu hijo?

Sin querer, mi mano terminó en el pañal sucio. Los tres desgraciados se echaron a reír como focas drogadas. Me lavé la mano a toda prisa en el baño de visitas.

—Anoche, mi mujer me torturó —soltó Peter, tras recomponerse—, vimos la película «Cincuenta sombras de Grey».

Nos echamos a reír, una vez más. No estábamos borrachos, solo aburridos en la cuarentena. Tanto ocio era como inhalar marihuana.

—Si un joven millonario, que sabe pilotar un helicóptero y es extremadamente guapo te pega, es sexi —dijo Jonás, con aire pensativo—, pero si un albañil panzudo y pobre lo hace va a la cárcel.

—Las mujeres están como cabras —dijo Erich, sonriente— y nosotros peor que la vaca loca por amarlas.

Mi cuñado era pésimo haciendo metáforas. Calenté la leche para mis hijos y cogí la caja de cereales de la tarde.

—¿Por qué les gustan tanto las comedias románticas a las mujeres? —lanzó Peter y Erich se puso serio—, una hora y media de sufrimiento y malos entendidos —mi cuñado suspiró hondo—. Y diez minutos antes de que termine la cinta ¡descubren que el amor lo es todo!

Jonás rio por lo bajo.

—Anna y yo cruzamos el infierno antes de ser felices —acoté con melancolía al evocar nuestra historia de amor—, ¿por qué en las películas no muestran la realidad de una pareja?

Los tres asintieron.

—Las peleas —dijo mi cuñado—, el sexo desenfrenado tras ello —puse los ojos en blanco—, las noches desveladas cuando entran en parto o cuando tienen ataques de melancolía o suicida antes, durante y después de sus reglas...

Asentimos monocorde.

—O cuando están ovulando y odian al mundo —dije pensativo—, o cuando quieren dominar el mundo.

Jonás se sirvió un poco de café.

—Peor cuando se callan —adujo Peter—, y te miran como Hannibal Lecter tras un mes sin comer carne humana —puso cara de espanto—, y tú ni te enteras de lo que supuestamente has hecho mal.

—¡Sí! —exclamamos y nos santiguamos.

—Lo mejor es actuar como un perro en esos casos —dijo Jonás—, saca la lengua, menea la cola, mírala con ojos de cordero degollado y hazte el muerto.

Nos carcajeamos de sus muecas.

—¿Funciona? —le pregunté, curioso.

Él asintió.

—Ahora tengo un collar, una correa y una bola para jugar —lo miramos con asombro—, Valentina es bastante creativa.

Una carcajada sonora recorrió toda la casa y gran parte de Alemania.

—Uau uau —dijo el vikingo, con una sonrisa.

Mi cuñado preparó los biberones de sus gemelos al tiempo que nuestros hijos se acercaban y se sentaban a la mesa gritando y riendo. ¿De dónde sacaban tantas energías? Quizá absorbían las nuestras, repuse con cara de intelectual.

—Pues se nota que nunca vieron la serie Sexo en la ciudad —nos dijo Erich, con una sonrisa victoriosa—, es el manual de las mujeres.

Intenté verla tiempo atrás, pero me quedaba dormido mientras empezaba.

—¿La vemos? —propuso Erich.

Curiosos, nos pusimos a ver la serie americana sobre aquellas cuatro mujeres que vivían buscando el amor a través del sexo. Por fortuna, Anna nunca fue fanática de aquella serie.

—Eres como Samantha —le dije a Erich—, insaciable y un cualquiera —sonreí de lado—, Peter es la aburrida Charlotte y Jonás la tirana Miranda.

Los tres me lanzaron cojines con mucha ternura, tanta que, casi me rompieron los dientes.

—¡Sí, Carrie!

En ese lapso, por alguna razón muy rara, evocamos el día que Gigo y Alexis nos pidieron nuestros espermatozoides para concebir sus futuros hijos. Nos pusimos a imaginarnos cómo serían esos hijos si existieran. Me vi siendo como Gigo, saltando como un conejito y vestido con ropas muy ajustadas y coloridas.

«Mmm».

Nos miramos con cara de espanto. Supuse que también se imaginaron a ellos mismos siendo como aquellas libélulas.

—Sería un vikingo con dos coletas y labial rojo —musitó Jonás con cara de espanto—, con camiseta rosa y vaqueros ajustados.

Me lo imaginé tal cual lo describía y un escalofrío me recorrió de arriba abajo, lapso en que imaginé a Erich y a Peter en las mismas circunstancias, lavándose el pelo y dándose besitos el uno al otro.

—Aggg —dijimos frotándonos los brazos al mismo tiempo—. ¡Somos machos alfas! —chillamos a coro.

Miré mis uñas y solté un gemido de asco. Necesitaba una lima. Mi pensamiento «femenino» me hizo enarcar ambas cejas en un acto reflejo.

—¿Cerveza? —propuso con voz de macho alfa el vikingo.

Nos levantamos del sofá de un salto y exclamamos como unos cavernícolas:

—¡Jaaa!

Los hombres también nos poníamos a pensar en cosas raras cuando estábamos juntos o algo hormonales. Eso sonaba muy Gigo.

—¡A por ellas!

Al final decidimos comer cereales de chocolate con leche tibia en nuestros tazones de superhéroes. ¿Qué? ¿Los machos alfas no pueden tomar un poco de leche con cereales y ver una serie considerada solo para mujeres?

—Aidan es perfecto para Carrie —dije con voz melosa—, Big es malo.

—Charlotte merece encontrar el amor —dijo Erich.

—Miranda es tan aburrida —apostilló Jonás.

—Samantha es tan... tan... —dijo Peter con una expresión muy rara.

—Zorra —dijimos los cuatro.

Nos miramos, nos analizamos y tras ello dijimos en tono varonil:

—¡Necesitamos ver Los juegos de tronos!

Pero terminamos viendo Sexo en la ciudad, necesitábamos saber más sobre aquellas cuatro mujeres con premura. ¿Qué? ¿Algún problema?

La cuarentena estaba matando nuestro lado masculino trocito a trocito.





## Marcello - La pijamada

**N**os tocaba pijamada con las niñas en casa. Anna me había comprado un pijama celeste con dibujitos de los Bananas en pijamas. ¡Era una reliquia! Erich apareció con su pijama azul con dibujitos de los Minions y su viejo peluche «Oscar». Cogí mi ajado osito con una oreja mutilada y le saqué la lengua a Erich, interpretando a la perfección mi papel de niño de treinta y ocho años. Erich me pegó con su peluche en la cara. Le fulminé con la mirada.

—¿Por qué me pegas?

Erich se encogió de hombros antes de meter una paleta en la boca.

—Es difícil saberlo a ciencia cierta, Marcello...

Le empujé y me ganó otro coscorrón peluchino. En ese lapso, aparecieron Peter y Jonás.

—Hola —nos saludaron.

Peter tenía un pijama con dibujitos de ositos y Jonás, claro, de Bob Esponja. Lo miramos con atención y cierta socarronería.

—¿Qué miráis? —nos dijo el grandullón—, pensaré que estáis enamorados de mí.

Nos echamos a reír antes de entrar en el cuarto de mis hijas, donde estaban con mis sobrinas. Saltaron de alegría al vernos.

—¡Hola! —chillaron, emocionadas.

Abril y Antonella se agarraron a mis piernas con fuerza.

—¡Papi!

¿Era necesario acotar cuánto las amaba? ¡Eran mi mundo! María, la más pequeña, se acercó a Peter, su padre, con pasos más firmes que semanas atrás. Él se acuclilló y abrió los brazos de par en par.

—¡Morenita de papá! —ella se lanzó a sus brazos, riendo—, ¡encanto de mi vida! —la llenó la cara de besos.

María era idéntica a Alejandra, con la diferencia de que tenía ojos azules. ¡Vaya combinación! Las hijas de Erich se acercaron a Jonás, estaban coladitas por el vikingo, algo que enfurecía a Erich.

—Soy imán para las pulgarcitos —bromeó Jonás, y las besó—. Amores de tío...

—Son unas desvergonzadas —se quejó Erich—, ¿por quién salieron?

Lo miré con cara de espanto.

—¿No tienes idea, rubio? —le repliqué y él asintió tras cavilar.

—Tienes razón, Marcello. ¡Sarah es terrible!

Sin comentarios.

—Hmm.

Nos sentamos en la moqueta y empezamos a jugar con nuestras princesitas. Abril me sirvió té en una taza muy pequeña mientras Antonella me ofrecía una galleta de plástico deliciosa. Erich y Peter montaban cosas con los legos mientras Jonás peinaba unas muñecas de trapo.

—Estás muñecas necesitan hidratante con urgencia —se quejó tras arrancar unos hilos de sus cabezas—. Oops...

Con mucha discreción, ocultó la prueba de su crimen en el bolsillo de su pijama. Me reí tras meter la galleta de plástico en la boca, rubio él, tonto yo. Peter y Erich empezaron a discutir, ya que el rubio quería construir un parque de diversiones ultramoderno al estilo de Universal en Disney y Peter una casa con un jardín pletórico, palabras suyas, no mías. Jonás y yo miramos los

legos y nos preguntamos cómo mierda pretendían hacerlo. ¡Vaya imaginación! Jonás se hizo una trenza con mucha habilidad y nuestras hijas soltaron un gemido de admiración que nos hizo reír.

—¡Yo quiero una trenza, tío! —empezaron a gritar a su alrededor.

Decidimos jugar a la peluquería, a continuación. Abril me pintó los ojos con una sombra celeste muy llamativa, para combinar con mi pijama y mis bellos ojos.

—Estás muy guapo, papi.

Me miré horrorizado en el espejo.

—Mucho, cielo.

Erich rio de buena gana hasta que su hija le pintó los labios con un labial rosa muy impactante.

—¡Dios! —chilló Peter, y nos asustó—, eso... es... —vaciló—, un marcador...

Erich se levantó de golpe y llevó las manos a la cara con una expresión de horror muy teatral.

—¡Nooo! —chilló—. ¡Es permanente!

Peter se carcajeó.

—¿De qué te ríes? —le empujó Erich—, ¿te causa gracia mi desgracia?

Verlos pelear de aquel modo tan infantil me transportaba al pasado, al jardín de infancia, donde nos conocimos.

—Mucho —le contestó Peter.

Erich lo miró con los ojos achicados.

—Me vengaré.

Peter hizo una mueca de duda.

—Hazlo.

Jonás terminó su labor con las niñas, mientras ellos seguían discutiendo.

—Me rio de tu ingenuidad, rubio. ¡Más de treinta y cinco años se pasaron y sigo tomándote el pelo! No es marcador, sino un inocente labial de fresa...

Erich lo empujó y Peter perdió el equilibrio, cayéndose de culo sobre los legos. Las niñas gritaron asustadas.

—Pero ¿qué les pasa? —grité y una muñeca de goma aterrizó sobre mi cabeza—. ¿Estás loco? —le reprendí a Erich, que me sacó la lengua.

Jonás se interpuso entre Peter y Erich, los sujetó por las cabezas y contó hasta tres antes de soltarlos. Ambos chocaron entre sí, robándonos una carcajada muy sonora. Las niñas empezaron a saltar en sus camas la mar de contentas con el espectáculo gratis de los agentes más azarados de la tierra. ¿Les gustaba las peleas? ¡Eran nuestras hijas! ¡Sin lugar a dudas! Aquello no era bueno, en absoluto.

—Hora de contar cuentos —les dije y me bajaron los pantalones—, ¿estáis locos? —me levanté los pantalones y empecé a perseguirles por el cuarto, alegrando a nuestras hijas sadomasoquistas—. ¡Os mataré!

Erich se tropezó y se cayó de un modo muy patoso en el piso. Me detuve para reírme de él, luego perseguí a Peter y a Jonás.

—¡Sí! —chillaban nuestras hijas en sus camas—, ¡corre, papi! —me animaron mis mellizas—, ¡mata a los tíos!

Frenamos de golpe y entrechocamos entre nosotros.

—¿De qué estás hablando, Willis? —les reprendí con la mirada.

—Mátalos de amor, tío —me dijo Lena, la hija de Erich—, mi papá siempre mata a mi mamá de amor por las noches —se encogió de hombros—, no sé qué significa, pero el amor

siempre es algo bueno, ¿no?

Los tres miramos con severidad a Erich, que continuaba en el suelo.

—¿Qué? —nos dijo enfurruñado—. Hija, el amor siempre es bueno, aunque tu mami, muchas veces, deja agotado a papi con su exceso de amor.

Le lanzamos varias cosas, entre ellas unas zapatillas. Erich protestó riendo. ¡Era un cabrón! Mia, su hija soltó de repente:

—¿Qué es un orgasmo, tío Peter?

Peter soltó un gritito bastante discutible. Empalidecimos ante su pregunta. Erich se levantó de golpe y protestó.

—¡Ey! ¿Dónde escuchaste esa palabra?

Ya lo dijeron en otra ocasión, cuando bautizaron a sus peluches mutantes con nombres muy indecentes.

—Mamá lo dijo el otro día, papi.

Erich puso los ojos en blanco y soltó un taco mental, ¿cómo lo sabía? Podía oírlo en mi cabeza. ¡Estábamos unidos de cuerpo y alma!

«Eso sonó raro».

—Orgasmo es una bruja muy mala —empezó a decir Jonás—, era la gemela de la madrastra de Blancanieves.

Nuestras hijas se sentaron en sus camas y lo miraron con mucha atención, al igual que nosotros. ¿Orgasmo era la gemela de la madrastra de Blancanieves? ¿Y penetración era su padre? Me reí de mi impúdica ocurrencia.

—¿Condón es su novio? —soltó Abril, y casi tragué la lengua, de no ser por Erich, que me dio una buena palmada en el hombro.

Jonás enmudeció unos segundos.

—Condón es el novio de orgasmo, en general siempre están muy unidos —continuó Erich —, son malos, no se les debe nombrar porque pueden aparecer de noche y robarles la pureza —le di un codazo—, la inocencia —otro codazo—, la inteligencia —le guiñé un ojo en señal de aprobación y me gané un codazo certero en el estómago.

—Ay...

Empezamos a inventar un cuento sin sentido.

—Blancanieves en realidad tenía una mascota muy diferente —dijo Peter, con voz misteriosa—, tenía un lobo...

Nuestras hijas llevaron las manitas a sus caras en un gesto de asombro y luego soltaron un «ohh» de puro espanto.

—En complicidad con Caperucita, su hermana menor —proseguí con la misma entonación —, decidieron capturarlo y meterlo en una torre...

Soltaron un gemido.

—Donde vivía Rapunzel, la prima de ambas —matizó Erich—, hija de Thor y nieta de Odín... —tenía que exagerar como siempre.

Jonás frunció mucho el entrecejo al oírlo.

—Hasta que Superman y Flash aparecieron para ayudarla a huir de la torre y coger con la ayuda de Arrow al lobo malo... —acoté, riendo.

Nuestras hijas nos miraban con tanta admiración que me sentí súper poderoso.

—Caperucita roja le prestó su capa mágica a Superman —matizó Jonás, con sorna—, y se confundió dándole la capa invisible de Harry Potter —rio por lo bajo—, hasta que los Minions se unieron y los ayudaron a vencer al dragón «Ball Z» que pretendía robar el corazón de

Cenicienta...

¿En serio? ¿No bastaba con meter a héroes, brujos y a los Minions?

—¿Con quién se casa Cenicienta? —preguntaron las niñas.

Los tres miramos expectantes a Jonás, que risueño dijo:

—Cenicienta decidió que no amaba al príncipe y entonces se casó con el gato con botas y tuvieron lindos gatitos cenicientos...

¡Qué horror! Aquel cuento empezaba a darme miedo.

—Luego se mudaron a Holanda donde aceptaban mejor ciertas cosas —acotó Erich, y no pudimos evitar reírnos.

—¿Qué pasó con orgasmo y condón? —preguntó Lena, antes de taparse la boca con ambas manos—, ¿vendrán a por mi inteligencia?

Erich soltó un taco.

—Mermelada de hígado con fresas.

¡Qué asco! Las niñas soltaron un gemido de repugnancia al oírlo.

—Orgasmo y condón terminaron en «Los juegos del hambre» donde perdieron sus vidas a manos de Toretto en complicidad con Rambo y Kill Bill.

Nos echamos a reír.

—Entonces Shreck tiró un pedo y todos se desmayaron en aquel mundo oscuro y cruel, momento en que los Simpson y Pepa Pig aparecieron y salvaron a las princesas de Disney, luego las vendieron a unos mafiosos y terminaron en una fábrica en China con Hello Kitty y los Pitufos. La fábrica pertenecía a los Power Rangers y Godzilla.

Nos desternillamos. Luego preguntaron por la madrastra de Blancanieves y Rapunzel.

—La madrastra de Blancanieves se casó con Voldemort —acotó Peter— y fueron brujos para siempre...

—Blancanieves se casó con Justin Bieber y tuvieron un Justin Nieves, que cantaba mucho mejor que su padre —comenté, y no pude evitar reírme de mi estupi-bibier—, pero luego se separaron y ella se casó con uno de los One direction y él ocupó su lugar en la casita de los siete enanitos, le molaba mucho el vestido de su ex —me reí a carcajadas.

Mis amigos se reían más de mi carcajada que de mi chiste.

—Rapunzel huyó de la torre con la ayuda de Flash y se casaron en tierra dos, donde tuvieron a toda prisa hijos —enfaticó Jonás, riendo—, a toda prisa, ¿lo captáis?

No éramos rubio, quise decirle, pero no podía por culpa del ataque de risa que sufría. Nuestras hijas lo miraron con atención y cierta desconfianza.

—Y Sheldon Cooper era el padre de los Minions —les dije con voz seria—, ¿es sarcasmo? —me reí de mi propio chiste sin sentido.

Erich me lanzó un peluche y acertó de lleno mi cara. Le devolví el gesto, pero acerté la cara de Peter, que tomó represalias y acertó la cara de Jonás, que se vengó metiendo plastilina en mi ropa interior. Erich se rio, momento en que metí la plastilina que había quitado de mi trasero en su boca. ¡Nos carcajamos de su exagerada reacción!

—¿Bob Esponja es gay? —preguntó Mia de repente—, ¿qué es gay?

Nos dijo que Marcus, su hermano, le había dicho que Bob Esponja era gay. Jonás casi tuvo un infarto.

—Bob Esponja no es gay —defendió el vikingo—, es un personaje alegre, colorido, divertido y muy vivaz que ama disfrazarse de flor de vez en cuando —puso cara de póker al analizar lo que acababa de decir—, sí, creo que es gay o el gemelo de Gigo —repuso y nos reímos.

Pensé en Gigo cuando lo describió. ¿Pensé en él? ¿En serio?

«Eso fue muy gay» me dije tras menear la cabeza.

Peter le dio un codazo, las niñas no sabían qué era gay, al menos era difícil de explicarlo aún.

—Bob Esponja decidió cantar con Luis Fonsi y transformaron «Despacito» en «Esponjocito» —dijo Peter y nos echamos a reír.

—¡A bailar! —chillaron nuestras hijas.

Antonella puso la radio en forma de Minions y la canción «Despacito» empezó a sonar. Nos levantamos y rapeamos en la versión Bob Esponja con movimientos muy bien sincronizados.

—¡Esponjocito! —chilló Peter.

—Pasito a pasito —glosé yo.

—Suave suavecito... —acotó Erich.

—Nos vamos pegando, poquito a poquito —dijo Jonás.

—¡Esponjocito! —chillaron nuestras hijas con euforia.

¡Éramos los peores contadores de cuentos del mundo!

—¡Mierda de cuarentena! —chilló Erich y nos abalanzamos sobre él—, ¡nooo!

¡La cuarentena empezaba a enloquecernos!

Pero, por vuestro bien, por favor, quedaos en casa y venceréis esta guerra.

—¡Os mataré! —gritó Erich y metió la plastilina en su ropa interior—, ¡me vengaré!

Nos persiguió por toda la habitación con la plastilina entre las manos. Nuestras hijas lo alentaban para que nos arrancara las cabezas.

¡Eran tan sadomasoquista!

—¡Nunca olvidaréis esta cuarentena! —nos amenazó y salimos corriendo de la habitación.



## Recomendaciones:

Si quieres saber cómo empezó la historia de Anna y Marcello, no puedes perderte:

**El disfraz de una mentira 1: Secretos del alma**

**El disfraz de una mentira 2: Entre el amor y el odio**

Si quieres saber más de Paula y Nico no puedes perderte la novela de ambos:

**Siempre te extrañaré**

Si tienes curiosidad acerca de Valentina y Jonás, tienes la biología:

**Un príncipe a mis 30**

**Un príncipe a mis 35**

Si has amado a Matt y deseas saber más acerca de su amistad con el padre Peter y su gran amor, Lizzy, no puedes perderte la biología:

**Dos almas y un secreto**

**Dudas del alma**

Y si quieres saber más de Peter Leuenberger y sus hermanos, puedes deleitarte con la novela:

**No me olvides**

Todas las obras de la autora

**El disfraz de una mentira (1)**

**El disfraz de una mentira (2)**

**Dos almas y un secreto**

**Dudas del alma**

**Un príncipe a mis 30**

**Un príncipe a mis 35**

**No me olvides**

**Siempre te extrañare**

**Secretos de sangre**

**Alguien como tu**

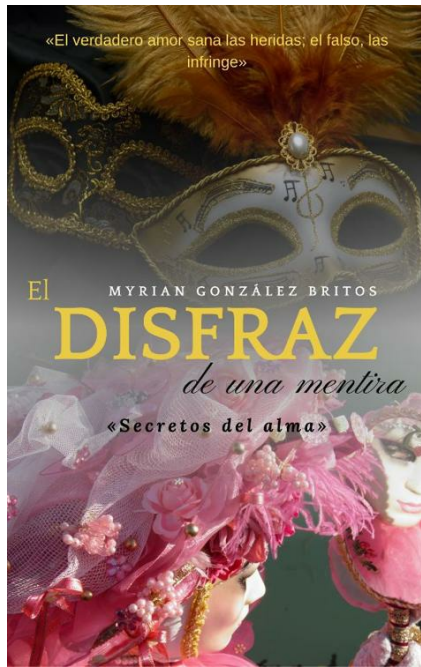
**Dulce destino**

**Esclava de un nazi**

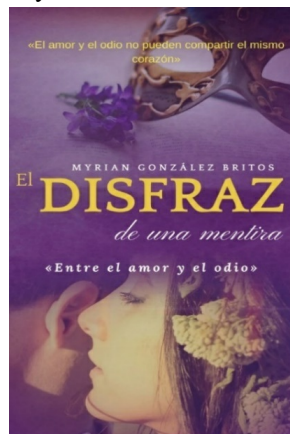
**Mi cenicienta XL**

**Mi cenicienta XL – Diez años más tarde**

**En el corazón del águila**



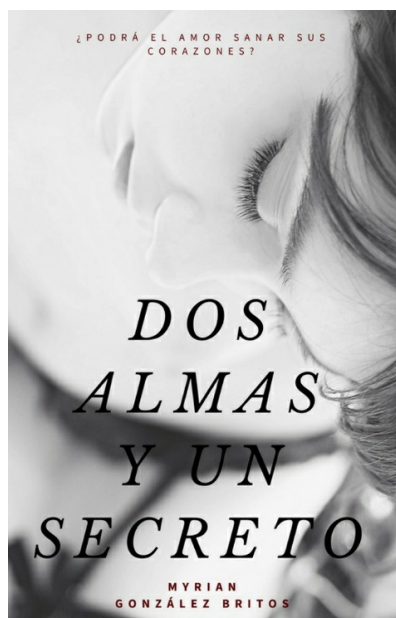
¿Qué razones nos llevan a escondernos tras un disfraz? Para algunos es la inseguridad, el miedo. Para otros, la maldad. En Bagni Di Luca, un pequeño pueblo de Italia, Anna Bellini se refugia en los libros y la comida para huir de la soledad. Carla Ferruzzi no duda en brindarle su amistad, y entre ellas se genera un lazo que parece inquebrantable. Un lazo que se pone a prueba con la llegada de Marcello Hoffman. Las verdades salen a la luz, las máscaras caen y no hay disfraz que resista las pruebas del amor. El disfraz de una mentira, una novela que habla del valor de la amistad, el amor y la sinceridad.



«Entre el amor y el odio, porque no pueden residir ambos sentimientos en el mismo corazón» Anna y Marcello se separan tras una trampa bien armada por Carla. Cada uno



sigue con su vida, aunque, jamás consiguen desconectar sus almas. Anna se marcha a estudiar periodismo en Turín, donde disfruta de su juventud con sus amigos y conoce a Alex Mancini; sin embargo, no consigue olvidar a su primer amor. ¿verdadero? Marcello sufre una gran pérdida e intenta reconstruir su vida al lado de Caroline, pero, a pesar del tiempo y la distancia, no logra olvidar a Anna. El pasado y el destino parecen conspirar contra la felicidad de ambos, ¿o era alguien más? Cuando a Anna le diagnostican una grave enfermedad visual, y la tragedia golpea su puerta una vez más, se sumerge en una profunda y peligrosa depresión. Todo empeora, el día que descubre una verdad oculta detrás de una mentira bien disfrazada. Nadie era quien parecía ser en su vida. El odio y la venganza comandan su corazón a partir de entonces. Nada parece capaz de hacerla desistir, salvo, quizá, el inmutable amor de Marcello, que retorna a su vida, para poner a prueba su corazón y su propio destino. ¿La venganza será su salvación o el amor.



Todos tenemos un secreto inconfesable en esta vida». Matt lo tenía. Lizzy, también.

Matthew Caffrey, un millonario excéntrico y perturbado, lucha contra su pasado en un desesperado intento de que éste no rija su presente; pero el vacío que siente es cada vez más profundo y difícil de llenar.

Lizzy Smith carga con una historia de dolor y abusos. Su alma parece ahogarse en las penas y sólo desea ser feliz, aunque sea una vez en la vida. Dos corazones. Un secreto. Una oportunidad de sanar.



Érase una vez...

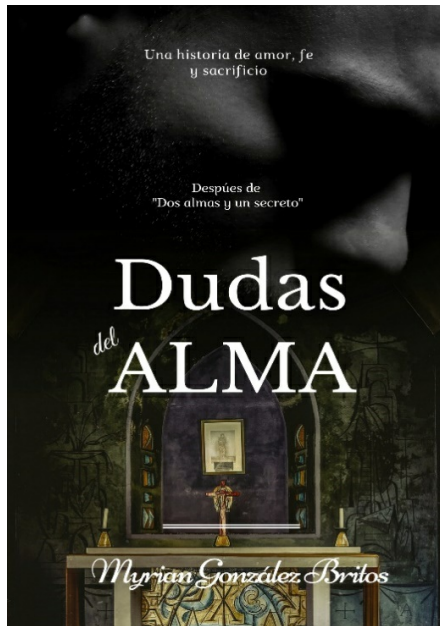
Valentina González no creía en los finales felices y mucho menos ahora que estaba a punto de cumplir sus treinta años. La muerte de su madre había dejado un enorme vacío en su corazón. La pena y la desesperanza tendían a crecer cada día más y más en su interior.

¿El destino se apiadará de ella?

Jonás Müller había huido de su país tras pillar a su hermano y su prometida en la cama.

Nada tenía sentido para el triste vikingo, hasta que llegó a Somo, y conoció a Valentina, la princesa que vivía encerrada en una librería.

¿Podrían dos almas rotas escribir una linda historia de amor?



«Una historia de amor, fe y sacrificio»

Peter Stanzenberger, un fervoroso cura alemán, viaja a Italia por una misión, sin sospechar que el destino pondrá a prueba su devoción.

Anna María Barsi, una dulce y soñadora italiana, prepara su boda convencida de haber encontrado el amor de su vida.

Cuando el padre Peter llega a su humilde pueblo, sus planes y sus propias certezas cambiarán para siempre.

Un amor vedado ante los ojos de los hombres y de Dios.

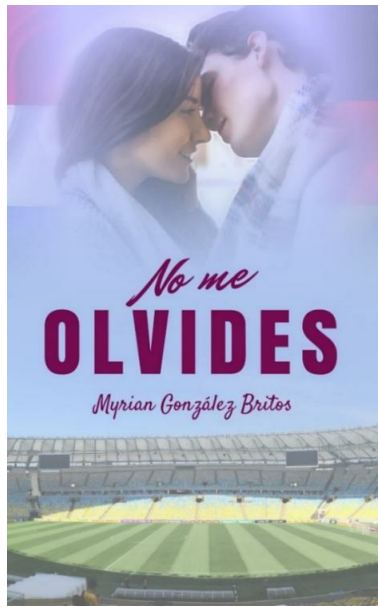
¿Es el amor un pecado mortal? ¿Podrán vencer las pruebas impuestas por el destino?

Una historia conmovedora, que pondrá a prueba incluso tu propia creencia.



Valentina y Jonás escribieron su historia a pulso. Juntos lograron vencer los obstáculos impuestos por el implacable destino. Sin embargo, había muchas pruebas más a vencer a lo largo de la vida. Un campeonato de surf en la playa de Somo prometía desatar los demonios más salvajes de Pulgarcito. Jonás, el dulce vikingo, disfrutará como nunca del lado más ladino de su pequeña y simpática esposa.

Para completar su suerte, su hermano, Stefan, retornará a su vida y pondrá a prueba su corazón. El cuento de hadas era idílico, hasta que un video erótico del alemán comenzó a circular por las redes sociales, desestabilizando por completo los pilares de su matrimonio. ¿Podrá el amor de Pulgarcito y el vikingo dorado vencer esta inesperada y brutal oleada?



Aramí González tenía el corazón roto cuando llegó desde Paraguay a Río de Janeiro para ayudar a su tía enferma. Lejos de los suyos, intentó rehacer su vida y encontrarse a sí misma.

Thomas Leuenberger estaba a punto de casarse, pero antes de dar el sí, haría un último viaje de soltero con su hermano y unos amigos; el destino: Brasil, Copa del Mundo 2014.

Un encontronazo marcado por el destino cambió sus historias para siempre.

Aramí y Thomas iniciaron el gran juego de sus vidas.

¿Era el amor el gran premio?



Volver a la vida no era una tarea sencilla para Paula Bellini y Nicolás Ricci. Ambos habían sido privados de su libertad por aquellos que menos esperaban.

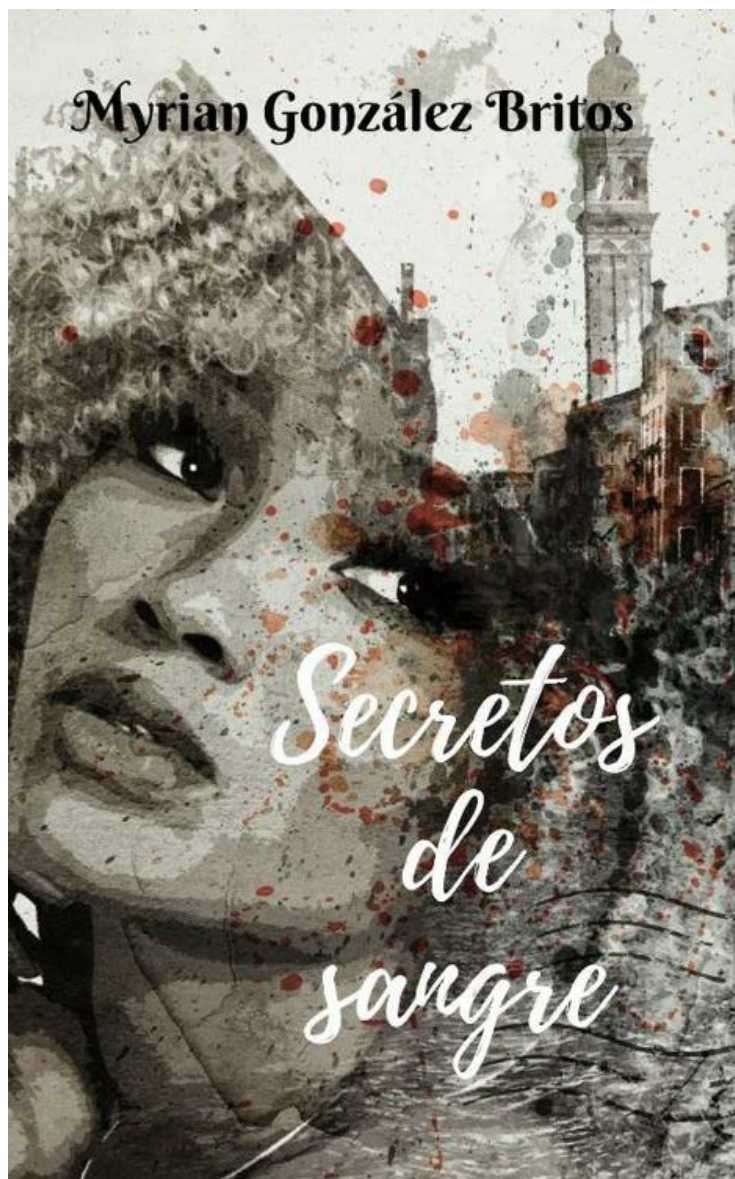
Cuando Paula llegó a la vida de Nicolás, a través de sus sueños, algo renació en su interior. ¿Cómo era eso posible? ¿Soñar con alguien que nunca había conocido?

Paula llevaba años haciéndose la misma pregunta, soñaba despierta con él desde su adolescencia, conocerlo en persona fue la magia que necesitaba en su vida.

El destino les tenía preparada una gran sorpresa.

Una sanación que no esperaban, un milagro que no creían posible.

«El amor iluminó sus abismos».



«La peor batalla siempre la libra el corazón»

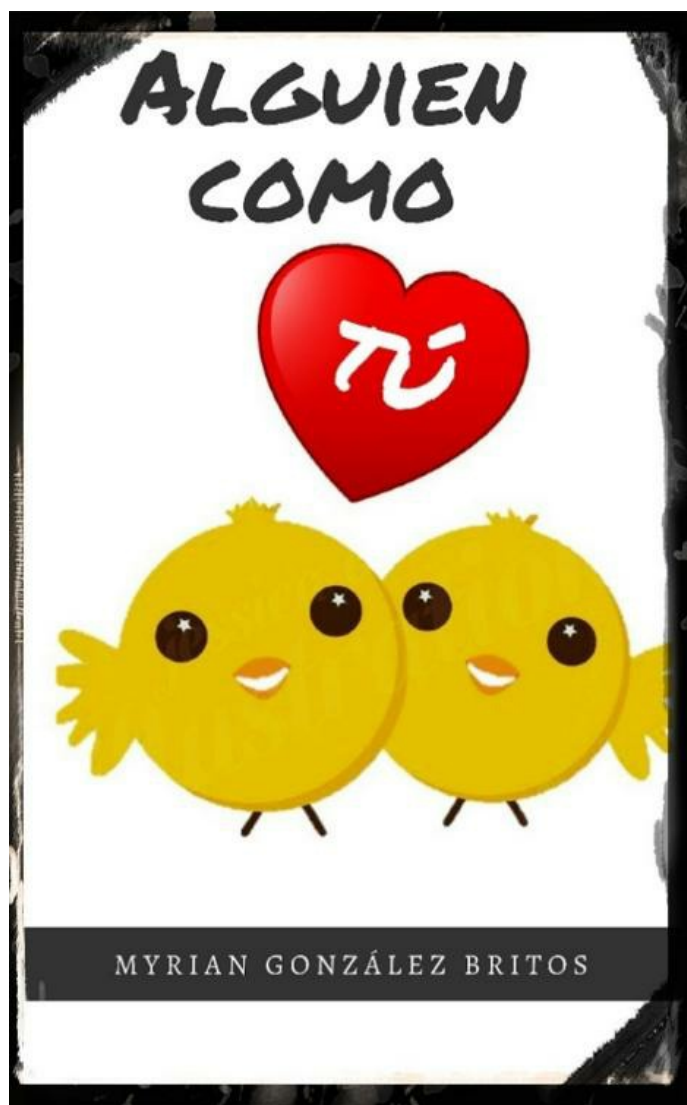
La bella y tímida pastora judía Giovanna Bianco paseaba todas las mañanas por los valles de su pueblo con sus ovejas y su fiel perro. Ser hija de una judía nunca fue un problema para ella, hasta que se desató la guerra.

Paul Bachmann era un atractivo e inmovible capitán nazi, cuya misión en Italia era clara hasta que conoció a la inocente pastora y todo cambió.

Un sentimiento desconocido nació en su duro pecho y cambió su destino para siempre.

Les unía el amor y también un secreto. ¿Podrán vencer los obstáculos impuestos por la guerra?

Una novela que desatará una dura batalla en tu corazón.



Elena creía en las segundas oportunidades, a pesar de todo lo que había sufrido a lo largo de su vida. Huyó de su pueblo y decidió reconstruir su historia lejos de los malos recuerdos.

Cierta tarde, vio a su nuevo vecino y pensó perder la cordura ante semejante dios mítico. Nunca sintió tanta atracción por alguien, pero con un pequeño defecto: era gay.

Alan tenía el corazón roto tras el inesperado y duro divorcio. Reconstruir su vida no sería una tarea simple y menos sin trabajo. Todo iba mal en su vida hasta que conoció a Elena, su vecina. Verla se le hizo vital. Era la mujer perfecta, pero con un pequeño fallo: era lesbiana.

Una confusión que los llevará a cometer grandes y divertidas locuras, mientras el amor comandaba en secreto sus corazones.

¿Quieres formar parte de este dulce gallinero?





«La peor deficiencia del ser humano es la incapacidad de amar».

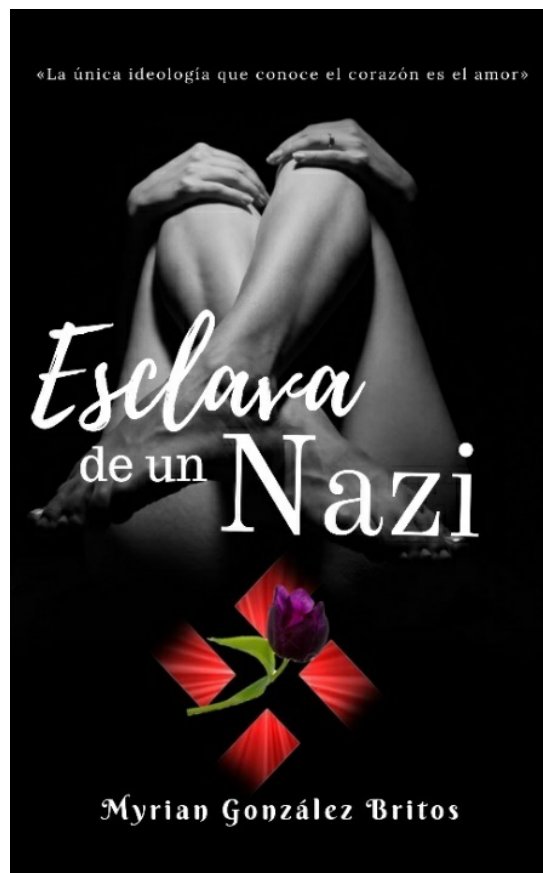
Beatriz Aquino decide aceptar la propuesta laboral del señor Weber, dueño de la granja Dulce destino. Necesita el dinero para abrir su propia clínica en el futuro.

En aquel lejano pueblo, conoce a Daniel Schmidt, un hombre cuya belleza angelical y ternura la cautivan desde el primer día que lo conoce.

La bella veterinaria descubre con el tiempo que Daniel sufre de una discapacidad intelectual leve, un aspecto que, en lugar de alejarla, la acerca más y más a él.

La amistad se convierte en algo más, en algo mucho más fuerte y toda diferencia queda soterrada bajo ese sentimiento.

¿Podrá el amor vencer la barrera impuesta por los prejuicios?



El 30 de enero de 1933, Hitler es nombrado el jefe del gobierno alemán y muchos alemanes creen que han encontrado al salvador de la nación. Mientras tanto, en el bucólico pueblo de Blankenstein, el humilde jardinero, Sebastián Ackermann, llega a la vida de la caprichosa judía, Lya Rubinstein, para doblegar su corazón y su propio orgullo.

Entre peleas, disputas, bromas y muchos besos, viven una intensa historia de amor prohibida, hasta que, un mal entendido cambia el destino de sus almas.

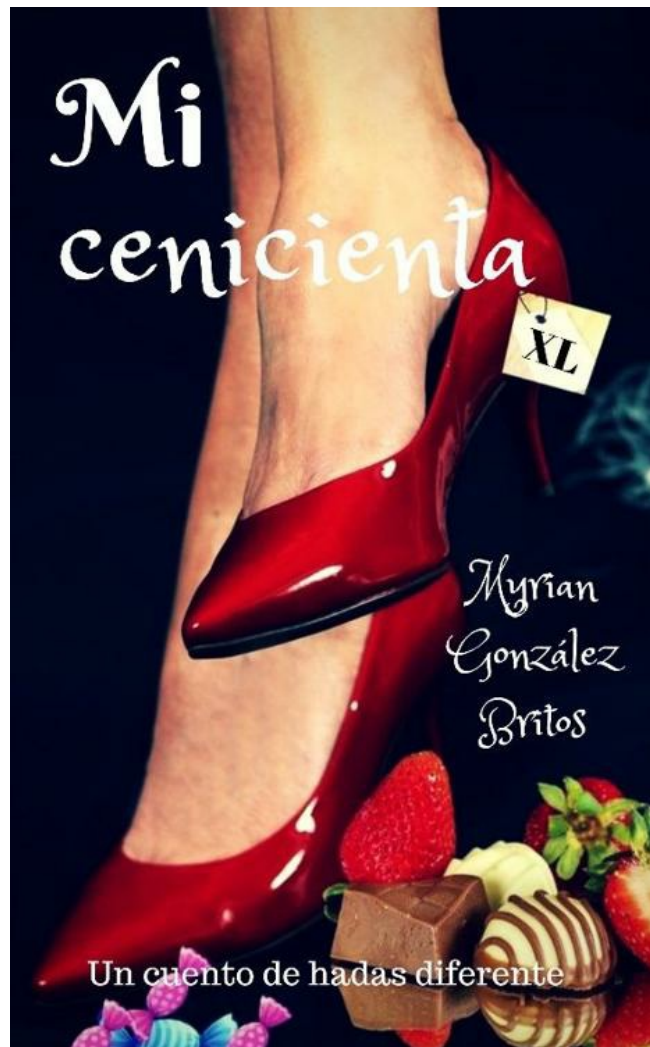
Sebastián y Lya toman caminos distintos sin lograr olvidar el pasado.

Él se alista a las SS y ella vuelve a Berlín tras su repentina boda. La vida se transforma en un laberinto sin salida para ambos.

Una segunda oportunidad surge en medio del caos, pero, el orgullo, una vez más, comanda la razón de Lya y todo toma otro rumbo.

Herido, el joven capitán de las SS decide vengarse de ella en la primera ocasión que surge y la convierte en su esclava, en esclava de un nazi. ¿Podrá el amor vencer la peor batalla de sus vidas? ¿Podrá el perdón curar sus heridas más profundas?

Una trepidante historia de amor y sacrificio, donde la única ideología es la que conoce el corazón.



Patricia y su mejor amigo, Nahuel, luchan contra la báscula. Entre dietas y dietas viven una sabrosa historia de amistad que, con el tiempo, se convierte en algo más, un secreto que ambos ocultan uno del otro.

Un día, ella le propone hacer la dieta del sexo y él, encantado acepta.

Todo va de maravilla, hasta que un malentendido los separa. Patricia siente que la tristeza y la añoranza la matarán, sin sospechar que a Nahuel le sucede lo mismo.

Cinco años después, vuelven a hablar y el amor renace con fuerza en sus corazones, lapso en que el atractivo y misterioso multimillonario, Heinrich Holmberg, dueño de la empresa donde Patricia trabaja, aparece en su vida y pone a prueba su corazón.

¿Con quién decidirá quedarse nuestra cenicienta?

Una deliciosa y calórica historia de amor que promete hacerte reír y llorar.

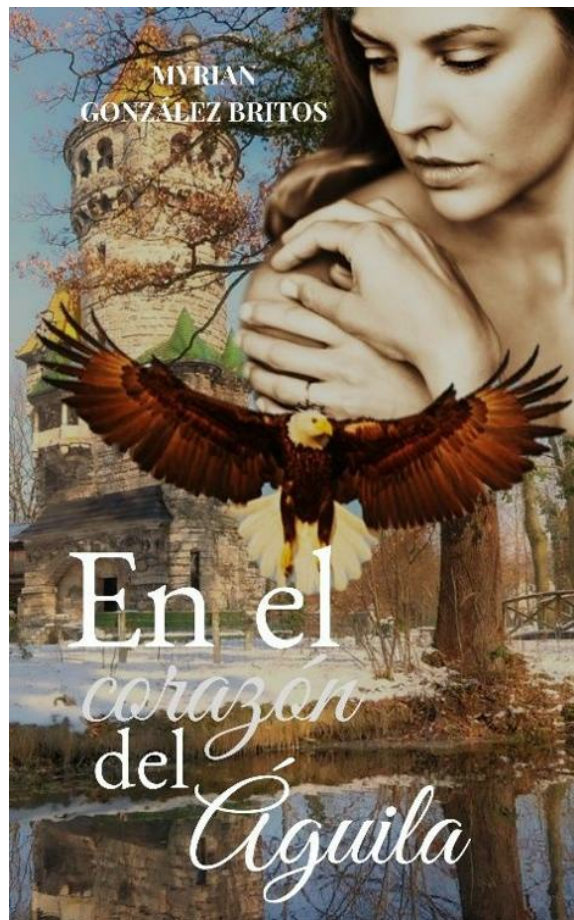


¿Quién no se acuerda de “Mi cenicienta XL?”

Diez años pasaron desde entonces y Patricia sigue tan loca como de costumbre, pero esta vez tiene otras aliadas: sus hijas.

La vida de casada no podía ser más divertida y a la vez llena de aventuras.

¿Te perderás esta deliciosa historia de amor y locura?



Verano de 1941, en plena Segunda Guerra Mundial, el futuro conde von Falkenhausen, Wilhelm, retornó al castillo de su familia tras recibir una llamada de su padre, que se encontraba muy enfermo.

El conde exigió a su hijo que desposara a una mujer lo antes posible o su primo, capitán de las SS, Hermann, su enemigo número uno, sería el nuevo conde. Wilhelm comprendió que era momento de sentar cabeza o perdería el título de nobleza y todos los privilegios que conllevaban el mismo como consecuencia.

Allí, en medio del caos, conoció a Ela Bokowski, una polaca que había nacido y crecido en Alemania. Una mujer cuya belleza lo encandiló. Aunque, su carácter y su rebeldía rompían por completo el halo de su beldad angelical.

Con el tiempo, descubrió sobre su origen gitano, pero no el mayor secreto que ocultaba bajo siete llaves. Tras ello, sin miramientos, le propuso matrimonio a cambio de su protección. Necesitaba estar casado un año para poder heredar el título de su padre.

Ela aceptó por varios motivos, algunos más altruistas y otros no tanto. Durante un año, fingirían ser una pareja amorosa y perfecta, sin embargo, la atracción que ambos sentían el uno por el otro podría romper las reglas impuestas por el corazón de Wilhelm, protegido por el águila que llevaba tatuado en el pecho.

Una emocionante historia de amor y sacrificio, cuyo final te dejará completamente sorprendido.

Próximos lanzamientos:

Para el Premio Literario de Amazon 2020 participaré con la novela:

**Marcas del destino**

Para quienes amaron la novela: Esta luz nunca se apagará, se viene la historia de los hijos de Anna y Marcello:

**El secreto de Engel Hoffmann**

**El secreto de Ian Hoffmann**

Y más adelante:

**Ángeles y demonios.**



¡No olvides poner un comentario en Amazon o en otras plataformas! Eso nos ayuda mucho a las escritoras Indies. ¡Muchas gracias de todo corazón!

Índice

Nota de la autora

Agradecimientos

Dedicatoria

Prólogo

Anna - Más allá de lo visible

Marcello - Señor y señora Hoffmann

Anna - Mis ángeles

Marcello - El disfraz de tu alma

Anna - Despacito

Marcello - Despacito

Anna - Casita

Marcello - Entre el amor y el odio

Anna - Una noche especial

Marcello - Romiau y Juliau

Anna - El canal de Anna & Gigo

Marcello - Memorias de Marcello

Anna - Vida de casados

Marcello - Primera cita de Anya

Anna - Tú & yo

Marcello - Una amistad más allá del tiempo

Anna - Rescatando a Marcello

Marcello - Buscando a Francesco Rizzo

Anna - El azar de Anna

Marcello - Rescatando a Anna

Marcello - ¿Dónde está Ian?

Anna - La lucha

Marcello - ¡Feliz cumpleaños Matt!

Anna - El otro lado del espejo

Marcello - Conversación amorosa

Anna - Gordicienta

Marcello - Agentes vs. Esposas

Anna - Un mensaje del cielo

Marcello - ¿Quién es Matt?

Anna - El toque de un ángel

Marcello - El disfraz de Anna Bellini

Anna - Rueda gigante

Marcello - Lazos de familia

Anna - Matt & Lizzy

Marcello - Nuestro mundo

Anna - El destino y sus casualidades

Matt - El abismo de Lizzy

Marcello - ¿Niñeros o agentes?

Anna - Chica bombón

Marcello - Charla de chicos

Matt - Entre sombras

Anna - Las sombras de Anna

Marcello - Ángeles y demonios

Anna - El reencuentro

Marcello - Lágrimas de amor

Matt - Prueba de amor

Marcello - ¿Sueño o pesadilla?

Anna - El ángel caído  
Marcello - La mano del otro  
Matt - El viaje  
Marcello - Una misión escolar  
Anna - Fiesta del colegio  
Marcello - El baile soñado  
Anna - Una geisha en peligro  
Marcello - Caperucita roja  
Anna - Prueba de amor  
Marcello - Los desafíos del amor  
Marcello - Nuestro secreto  
Campamento de verano  
Anna - Encuentro del destino  
Marcello - Entre el bien y el mal  
Anna- En mi cielo  
Marcello - En mi cielo  
Matt - Una segunda oportunidad  
Marcello - El secreto de los Hoffmann  
Anna - El milagro del amor  
Marcello - Rescatando a Daniel  
Matt - Dos almas y un secreto  
Marcello - El secreto de la felicidad  
Anna - El secreto de la felicidad  
Marcello - La felicidad  
Anna - El final es solo el comienzo...  
Epílogo  
Más allá de la luz - Chelito  
El secreto de Engel e Ian Hoffmann  
Regalo de la autora  
Erich  
Peter  
Capítulos extras –  
Marcello - Test rosa  
Jonás - Al desnudo  
Peter - El látigo  
Erich - Bloquear a un amigo  
Marcello - Entre los niños  
Marcello - La pijamada  
Recomendaciones:  
Todas las obras de la autora  
Próximos lanzamientos:

---

[1] *Hasta pronto*

[2] *Por supuesto*

[3] *No tengo ni idea*

[4] *mierda*

[5] *naturalmente*

[6] *Estas loca*

[7] *Tonto*

[8] *naturalmente*

[9] *Maldito sea*



- [10] *Sin ti*
- [11] *ahora*
- [12] *mierda*
- [13] *desvergonzado*
- [14] *Sin ti*
- [15] *La tarantela es un baile popular del sur de Italia*
- [16] *exactamente*
- [17] *Nunca vamos a naufragar*
- [18] *era mierda en japonés*
- [19] *se me empaparon las bragas en japonés*
- [20] *gemidos en japonés*
- [21] *exactamente*
- [22] *Mierda*
- [23] *Mas rápido*
- [24] *bien*
- [25] *Qué*
- [26] *Con todo amor*
- [27] *bandera*